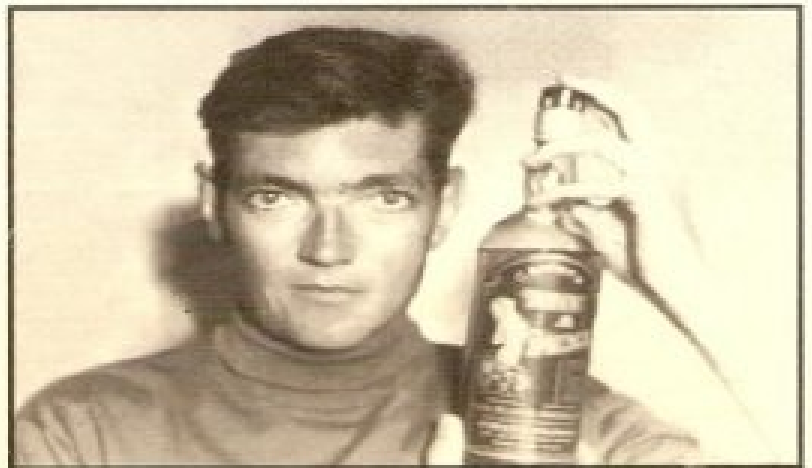


C *JULIO* R GORTÁZAR



Cartas 1937-1963

Edición a cargo de
AURORA BERNÁRDEZ

1

ALFAGUARA


BIBLIOTECA CORTÁZAR

- [Datos del libro](#)
- [Cartas 1937 – 1963](#)
 - [Julio Cortázar](#)
 - [Nota](#)
 - [El don epistolar](#)
- [1937](#)
 - [A Eduardo A. Castagnino](#)
 - [A Eduardo A. Castagnino](#)
- [1939](#)
 - [A Eduardo A. Castagnino](#)
 - [A Luis Gagliardi](#)
 - [A Luis Gagliardi](#)
 - [A Eduardo A. Castagnino](#)
 - [A Luis Gagliardi](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
- [1940](#)
 - [A Lucienne C. de Duprat](#)
 - [A Luis Gagliardi](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Lucienne y Marcelle Duprat](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Lucienne C. de Duprat](#)
 - [A Marcelle Duprat](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
- [1941](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Marcelle Duprat](#)
- [1942](#)
 -
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Luis Gagliardi](#)
 - [A Lucienne C. de Duprat](#)
- [1943](#)
 - [A Lucienne y Marcelle Duprat](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Eduardo A. Castagnino](#)
- [1944](#)
 - [A Lucienne C. de Duprat](#)
 - [A Eduardo A. Castagnino](#)
 - [A Mercedes Arias](#)

- [A Lucienne C. de Duprat](#)
- [A Mercedes Arias](#)
- [A Lucienne C. de Duprat](#)
- [A Eduardo A. Castagnino](#)
- [A Marcela Duprat](#)
- [1945](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [A Mercedes Arias](#)
 - [A Lucienne C. de Duprat](#)
- [1946](#)
 - [A Gladys Adams de Hocévar y Sergio Sergi](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [A los firmantes de una nota del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo \(Mendoza\)](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [Sergio Sergi](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [1947](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [1948](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [A Fredi Guthmann](#)
 - [A Sergio Sergi](#)
 - [A Fredi Guthmann](#)
 - [1949](#)
 - [A Fredi Guthman](#)
 - [A Fredi Guthmann](#)
 - [1951](#)
 - [A Fredi Guthmann](#)
 - [A Fredi Guthmann](#)
 - [A Fredi Guthmann](#)
 - [1952](#)
 - [A FREDI GUTHMANN](#)
 - [1953](#)
 -
 - [A Fredi Guthmann](#)
 - [A Fredi Guthmann](#)
 - [A Eduardo y Alda Castagisio](#)
 - [1954](#)
 - [A Fredi Guthmann](#)
 - [A Damián Bayón](#)
 - [A Fredi Guthman](#)

- [A Damián Bayón](#)
- [A Damián Bayón](#)
- [A Fredi Guthmann](#)
- [A Damián Bayón](#)
- [A Damián Bayón](#)
- [A Ana María Barrenechea](#)
- [A Damián Bayón](#)
- [A Marta y Jean Barnabé](#)
- [1955](#)
 - [A Marta y Jean Barnabé](#)
 - [A Damián Bayón](#)
 - [A Damián Bayón](#)
 - [A Eduardo A. Castagnino](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
- [1956](#)
 - [A Damián Bayón](#)
 - [A Juan Prat](#)
 - [A Octavio Paz](#)
 - [A Eduardo A. Castagnino](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
- [1957](#)
 - [A José Lezama Lima](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
 - [A Eduardo A. Castagnino](#)
 - [A ANA MARÍA BARRENECHEA](#)
 - [A José Lezama Lima](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
- [1958](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
 - [A Paul Blackburn](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
 - [A Kathleen Walker](#)
 - [A Perla Rotzait](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
- [1959](#)
 - [A Amparo Dávila](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
 - [A Paul Blackburn](#)
 - [A Paul Blackburn](#)
 - [A Jean Barnabé](#)
 - [A PAUL BLACKBURN](#)
 - [A LAURE BATAILLOY](#)
- [1960](#)
 - [A Francisco Porrúa](#)
 - [A Ana María Barrenechea](#)

Datos del libro

Autor: Cortazar, Julio

ISBN: 9789505115907

Generado con: QualityEbook v0.62

Julio Cortázar

Edición a cargo de Aurora Bernárdez

DISEÑO de cubierta: Julio Silva

LA generosidad de amigos, de personas conocidas y desconocidas, me ha permitido recoger estas cartas que aparecen ahora, a quince años de la muerte de Cortázar. Imposible excluirlas del cuerpo de la "obra"; pese a su espontaneidad y, a veces, a su carácter circunstancial, forman el revés de la trama de la vida y la escritura del autor.

Los azares de viajes, de incidentes y accidentes personales de los destinatarios, fueron mermando insidiosamente este verdadero mar de papeles. La voluntad de salvarlos fue más fuerte que la conciencia de mis limitaciones para este tipo de tarea.

Diré en particular que la exclusión de algunas cartas y de algunos pasajes de ellas no ha obedecido, en ningún caso, a forma alguna de censura. Se ha tratado de evitar en lo posible las repeticiones y las referencias a cuestiones de escasa importancia para el lector.

Las pocas notas (Cortázar era enemigo de que se interrumpiera la continuidad de la lectura) tienen por objeto, sobre todo, dar al lector alguna información sobre hechos y personas que pueden resultarle desconocidos, en la mayor parte de los casos, por razones generacionales. Para facilitar su acceso, se han situado al final de cada carta. Las referencias de Cortázar a su propia obra figuran con asterisco al pie de página.

Los originales en inglés y francés, cuya ortografía se ha respetado, van seguidos de la traducción. También se han traducido ciertas frases en esas lenguas.

Para terminar, espero que algún día estas cartas, más las que puedan aparecer a lo largo de los años, sean objeto de la edición crítica que merecen.

Quiero agradecer, por último, a todas las personas e instituciones como el Centro Damián Bayón del Instituto de América, de Granada, y la Mandeville Special Collections Library, de la Universidad de California, que respondieron diligentemente a mi pedido, así como quienes me ofrecieron espontáneamente las cartas que poseían. A todas ellas añado a Gladis Yurkievich sin cuya infatigable colaboración mi trabajo no hubiera sido posible.

Aurora Bernárdez

El don epistolar

LAS cartas de Julio Cortázar lo representan conmovedoramente. No del todo, quizá, no por entero, pero siempre con esa cálida, fervorosa y pródiga humanidad que era calidad entrañable de su persona. Pocos escritores conozco que tengan, como tuvo Julio, tanta disposición epistolar. Incorporó el carteo de modo tan incitante y asiduo a su costumbre, conectó la carta de manera tan activa, reactiva y creativa con su escritura que su correspondencia cobra un valor fundamental. Sumamente importante como diario de vida, es complemento indispensable de sus libros. Así como va dando cuenta de su motivación y modo de existencia, Julio muestra en ellas su encaminamiento literario: estas cartas son su verdadera autobiografía.

La correspondencia despliega sucesivamente, insertas en su propia temporalidad personal, las circunstancias que entran ese algo perseverante que reconocemos como destino, destino de escritor. Revela las razones y sinrazones, las carencias y apetencias, las vicisitudes y ambiciones, las búsquedas, las quimeras de este intrépido, anhelante ser que todo absorbe y proyecta, configura y transfigura en prosa o verso, en cuento, poema o novela. La correspondencia es como el laboratorio central, el lugar de las síntesis alquímicas entre acontecimientos y figuraciones, entre el acaecer y la fábula. Es el registro de lo real que sobreviene, de la historia subjetiva en tren de concatenarse. Es el lugar donde ese transcurso íntimo va en busca de su propia trascendencia, de su transmutación en palabra literaria, en objeto de arte verbal.

El pacto postal (carta recibida, carta contestada) era sagrado para Julio. Y siempre procuró respetarlo, hasta que el volumen de correspondencia rebasó su capacidad de respuesta. A esta observancia de la reciprocidad se añadía una excepcional disposición epistolar. Mientras no fue famoso (cuando lo conocí, antes de *Rajuela*, recién comenzaba a cobrar renombre) el número de sus corresponsales le permitía cumplir con el pacto. Aunque detestase las cartas cablegráficas, aunque le gustara explayarse, podía mantener con todos un carteo equivalente a la demanda. Su tendencia a la carta larga hace que cada una contenga una cantidad impresionante de información. Todas eran mecanografiadas, y atiborraba cada hoja de signos a espacio simple y con los mínimos márgenes. El pacto epistolar está reforzado por el vínculo amistoso, en muchos casos precedente, y en otros (como con Graciela de Sola, que emprende los primeros estudios sobre la obra de Julio, o Gregory Rabassa, su mejor y más conspicuo traductor al inglés) es generado por el carteo mismo. Las cartas entonces son como tanteos de reconocimiento o como sondas en busca de las zonas de consonancia.

En situación de complicidad amistosa, de suficiente afinidad, la correspondencia de Cortázar cobra una importancia suprema porque es el vivido sustituto, es el representante más directo, es la encarnación de su persona. Julio instala en la escritura epistolar (que tiene sus marcas y sus fórmulas específicas, que más o menos libremente sigue sujeta a un protocolo genérico) la plenitud de su personalidad manifiesta y toda su potencia verbal.

Más que a un gusto o a una propensión expresiva, sus cartas responden a un efectivo Eros epistolar. Julio vive, como yo todavía vivo, las postrimerías de la era epistolar (sucedida por la era telefónica o la informática del e-mail). La carta, para él, no es mero medio comunicativo, es un acto de plena implicación personal, es la personalísima reveladora del ser, del querer y del hacer. Es la transmisión íntima, transubjetiva de pasajes (como es propio de la vida y de la escritura) o transcurros que son instancias y estancias (porque se asientan en palabras) del existente que se mira vivir. Las cartas libran los pedazos de vida que van componiendo ese entuerto, ese enredo, ese rompecabezas de ajuste variable, de integración dispar, con claros o partes confusas, que permite entrever la figura en la historia contingente y que esboza esa órbita que acostumbramos denominar destino.

Ya en junio de 1942, desde Chivilcoy, donde Julio ejerce como profesor del secundario, en una extensísima carta a su amigo Luis Gagliardi —a quien conoció en Bolívar durante su primera etapa de docencia—, Cortázar define su concepción del acto epistolar. (Luis Gagliardi es uno de los primeros corresponsales con saber y sensibilidad aptos para un diálogo saturado de referencias culturales que satisfaga al apetente escritor en formación.) La carta no es mera misiva circunstancial, sino "un rito, una consagración tan atenta como la labor esencialmente creativa". Tiene algo de ceremonial sagrado, confía un mensaje trascendente porque el mensajero pone mucho de sí, pone lo mejor y lo peor, se entrega por entero en esta ofrenda epistolar donde hace el don de su persona.

La carta —según lo anticipa en la antecitada —posee un doble y antitético carácter: "Si me consagro tan enteramente a ellas —bien sé que las sé perdidas para el futuro—¿será porque, al escribirlas espontáneamente, sin preparación ni borradores de ninguna especie, las convierto en las más auténticas expresiones de mi ser?". Cortázar se vuelca en la carta a vuelamáquina para acoger en libre flujo la corriente de su conciencia. Las cartas se legitiman por esa entrega del ser, se afinan en el presente de su emisión, son flashes o fragmentos de vida y a la vez, como toda escritura de escritor, son actos literarios que montan sobre la escena de la página el teatro del sujeto escribiente. En ellas la subjetividad empírica se transporta o traduce a términos literarios porque no hay escritor que no pueda, en relación con la lengua, dejar de percibir su pulsación rítmica, dejar de oír su disposición sonora, dejar de organizarla estéticamente. Su sexto sentido configurador interviene aun en la escritura más inmediata. La evolución, que en la sucesión de cartas de esta voluminosa correspondencia se vuelve notoria —de la carta moderada, ponderada, protocolar, parsimoniosa a la carta con swing, ocurrente, vibrátil, versátil, relampagueante, divertida—, será la misma que se opera en la escritura de intención literaria. Las cartas de los años pampeanos (de 1939 a 1944) a las damas de Chivilcoy, a Marcela y Lucienne Duprat o a María de las Mercedes Arias, aunque llenas de afecto, son cartas de un joven serio, circunspecto, pundonoroso; abundan en fórmulas de cortesía y no están exentas de estereotipos. Cartas convencionales en las que prima una delicada urbanidad plagada de lugares comunes. Hacen la crónica de una vida socialmente monótona, de abrumadores horarios de enseñanza insulsa, vida animada sólo por la brega de la escritura y por el vasto y variado acopio de lecturas de un voracísimo consumidor, un autodidacta que aprende por su cuenta inglés para traducir a Keats y a Wordsworth, y alemán para traducir a Hölderlin y a Rilke. Historian un período opaco, penitenciario, de aislamiento que frustra y gasta, de ensimismamiento forzado.

El salto epistolar, la apertura desbordante, sobreviene a partir de la corta estancia en Mendoza donde Julio es nombrado profesor universitario. Por fin puede allí poner en juego todo su acervo literario, citar a Baudelaire y dictar cursos sobre D. H. Lawrence, Virginia Woolf y Aldous Huxley (sin duda, la estructura disonante de *Counterpoint* condicionará la composición de las novelas *cortazarianas*; sin duda, estos tres escritores ingleses influirán en la narrativa de Julio). De la enseñanza mendocina proviene *Teoría del túnel*, premonitoria propuesta de una narrativa renovadora. Allí comienza Julio su existencia gozosa. Allí encuentra un medio cultural y humano más propicio, allí traba una relación tan sustancial como entretenida con un artista talentoso y jovial, partidario del "vive como quieras": Sergio Sergi, considerado por Julio uno de los mejores grabadores argentinos. Visitante asiduo de los Sergi (Sergio, el Oso; Gladys, su esposa, que cultiva alcauciles y toca el ukelele, y sus dos hijos, los runruneantes cachorros), puede con ellos en confraternidad lúdico-humorística dar rienda suelta tanto a su yo sesudo como a su duende travieso. En enero del '45 inicia con Sergio Sergi un carteo que inaugura una extraordinaria mutación de estilo. Comienza la etapa más atractiva, marcada por una versatilidad mimética y paródica, propulsada por una pulsión rítmica, como la de los *takes* o arranques de los músicos de jazz, de impronta jocosa, efervescente, libérrima, que abunda en chispazos y chistes, en fulguraciones poéticas, en subidas y bajadas súbitas de bromista a lo cursi y a lo reo, al exabrupto y al cliché.

En Julio, ese volcarse directo en el escrito, esa instalación generadora en un ritmo que lo escande y que propicia el empuje o revuelo, impulsa la sucesión discursiva a seguir el compás, a incorporarlo como principio desencadenante del texto. Esa vibración o balanceo anima, basamenta y cohesiona los pujos verbales. Como se dice de un conjunto de jazz, la formación rítmica en las prosas de Cortázar pauta la distribución de alturas, frecuencias, *tempo*, tonos, registros, motivos dominantes, dirige los entrelazados entre acentos de intensidad y dibujo melódico, —esas alternancias entre *fox trot* blues que Julio denodadamente persigue—. Esta prosa proteiforme, polirrítmica comienza a la par en la obra literaria y en la correspondencia, que es el terreno de prueba.

Devoto del jazz, música que el fuego central afoga, colmo vital y sùmmum de inventiva inspirada, Julio pulsa y modula la prosa como un solo de Lester Young, con esa maestría del súbito, con esa potencia que improvisa para dar paso a las prefiguraciones apremiantes o que juega para salir de las casillas y concitar extraños encuentros en planos extraordinarios. Ese don del vértigo verbal, de captar velozmente el mandato impulsivo, de resolver arrebatadamente y sobre la marcha toda dificultad técnica, esa maestría que debe —como en el arquero zen— volverse instintiva, se adquiere progresivamente, merced a una práctica denodada que empieza conjunta y complementariamente en las cartas, en las primeras novelas (*Divertimento* y *El examen*) y en las lúdicas prosas de *Historias de cronopios y de famas*.

Esa presteza de la escritura espontánea, de inspirada inmediatez, necesita de una prontitud mecanográfica que Cortázar adquiere a tal punto que prescinde de escribir a mano. Ya en la primera carta a Luis Gagliardi de enero del '39 le advierte de su preferencia por la máquina: "Ante todo: perdón por escribirle a máquina, pero se trata en mí de una costumbre que, a la larga mis amigos me agradecen; mi letra es casi ininteligible, y tiene el inconveniente que termina por desmoralizarme... por eso vuelvo a mi fiel Royal, que conoce mis gustos y se presta dócilmente al tren acelerado de mis dedos...". En la carta a Gagliardi del 2 de junio de 1942, Cortázar acota: "Odio las cartas 'literarias', cuidadosamente preparadas, copiadas y vueltas a copiar; yo me siento a la máquina y dejo correr el vasto río de los pensamientos y los afectos". También el efecto contrario es posible. En una carta a Sergio Sergi fechada en Buenos Aires el 21 de mayo de 1946, justifica su tardanza en contestarle porque el trabajo en la Cámara del Libro le absorbe demasiado tiempo y lo desanima a tal punto que "la sola contemplación de la máquina de escribir me causa horror, y le huyo como si estuviera viva y dispuesta a mordirme. (¿Ha pensado usted en el mordisco de una máquina de escribir?...)". De noche, extenuado, más que escribir a máquina, prefiere escuchar discos o leer a Keats. "Tal motivo rastrero —aclara Julio— ha venido demorando mi respuesta, pues bien sabe usted que soy incapaz de escribir a mano y que las lapiceras me parecen objetos aborrecibles y altamente detestables." La máquina cobra alma, se personifica, resulta un dócil auxiliar o se rebela, obra por su cuenta, intimida y agrede, hace de las suyas. La máquina para Julio es más que imprescindible transcriptora, es como el teclado de Thelonius Monk, el medio de expresión que conecta directamente con el centro emisor del mensaje; contribuye a modelarlo y modularlo. Su velocidad debe corresponder con el *impromptu* que demanda, sin dilación, ser mecanografiado tal como se vuelca, así como cae, incontinente y plasmático. Lo he visto digitar a toda carrera sobre su máquina, saturando la hoja de apretujados signos para no tener que cambiarla, para no perturbar la urgente urgencia que procuraba librar tal cual afloraba. La máquina es sumisa extensión de la mano pero, separada del cuerpo, impone la pareja y legible tipografía manufacturada, una distancia que desprende el escrito del escritor y lo objetiva. En sus frecuentes viajes, Julio, el osado bucanero de la Remington, llevaba siempre consigo su pequeña máquina portátil y era capaz de escribir en cualquier lugar —donde trabajaba o donde se alojaba, en los ministerios de Europa o en los innúmeros cuartos de ocasionales hoteles—, urgido siempre por un cuento que le caía sobre la cabeza como una pera madura o por una carta que lo ponía en escritura: cualquier situación lo hacía ingresar en el batimiento rítmico de la percusión somática. Muchísima literatura de Cortázar fue escrita en lugares de pasaje.

Sus cartas, según opinión del remitente, no son premeditadas, no están hechas para perdurar. Son transferencias inmediatas de la persona misma, de su mismidad. Julio se da en ellas como cree ser, como entresacando pedazos vividos de su existir para manifestarse a partir de un ahora sin intención ulterior. No tienen finalidad literaria, en el sentido canónico de esta categoría. No pretenden ser memorables aunque la memoria actúe en ellas, como en todo diálogo a distancia, actualizando la imagen del interlocutor. La carta, según Cortázar, es soliloquio, pantalla blanca donde el que la escribe se autorrefleja. La carta personalísima es espejo de tinta, permite al redactor mirarse a sí mismo, autorreferirse y autoexpresarse, es decir autorretratarse. Pero, en tanto historia intermitente, fragmentaria, de la vida diaria, mezcla de lo circunstancial con lo confidencial (aunque en las cartas de Julio escasee lo confidencial), estaría destinada a la caducidad. Tal fue la predicción precoz de Cortázar, desautorizada por estos gruesos volúmenes de su correspondencia. Julio no contaba con la indiscreta curiosidad de sus admirativos lectores que hurgan en busca de su persona entera, la refleja y la reflejante. Sin embargo, acierta cuando devalúa lo epistolar. La carta tiene algo de género tráfuga, algo de equívoco con respecto a lo propiamente literario. Cortázar no se propuso en sus cartas hacer literatura, a la que consideraba como algo autárquico, autosuficiente y que no necesita de cordón umbilical que la ligue al autor. (Mientras la literatura personifica, la carta individualiza.) La carta es, con respecto a lo literario, un dominio de sustitución, tal como Julio lo dice en enero del '57 a Jean Barnabé para justificar su poca productividad literaria: "...uno acaba por no escribir porque cada vez que siente que debe hacerlo, tiene ganas de escribir una carta larga y detallada". ¿La carta es una escritura supletoria o es un entrenamiento preparativo de lo propiamente literario?

El género epistolar concierne al misterio del ser. Es una zona enigmática entre la vida del escritor y su obra. Intermediaria entre lo que él es y lo que escribe, da cuenta de cómo la vida pasa a la obra. Cortázar, hasta 62. *Modelo para armar*, vive por escrito. Sobre una base autobiográfica, fabula, amplificando e intensificando, propulsado por la imaginación deseante, la existencia de Oliveira o de Juan, potenciándola con toda carga experiencial atesorada y por toda la carga fantasmática que su imaginación genera. Sus personajes de ficción conllevan la personalidad del novelista a punto tal que la identidad del autor se fusiona con la identificación de sus representantes en la novela. El vivir en la ficción se confunde con el vivir "real". Más tarde, por una especial conjunción de circunstancias, decide que lo escribible sea en él lo vivible y cambia notablemente su modo de existencia y su mundo de relación. Este propósito nace de un equívoco contranatura, el del autor en busca de sus personajes. Pero en las cartas no hay otro personaje que ese yo locuaz que monopoliza la palabra y que la focaliza en aquel que habla de sí mismo y por sí mismo. La correspondencia es inevitablemente un universo egocéntrico y es ese persistente sujeto elocutivo quien la sustenta y autentifica.

La personalidad epistolar, introspectiva y exteriorizada, se basa en la autoconsideración y autoevaluación, en otra y más acendrada ficción psicológica, en otra recreación fantasiosa del propio ser y propio mundo. Esta autorrepresentación epistolar no difiere mucho de la representación literaria. El yo epistolar es consanguíneo de los otros yoes de ficción, sobre todo de los novelescos. Varían en parte las contingencias y el acontecer que viven los protagonistas masculinos en ese teatro del *como si*, del simulacro narrativo, pero no la personalidad y sus modos de manifestarse. El yo epistolar que lleva la firma de Julio se complementa con los yoes multifacéticos puestos en escena narrativa por el mismo firmante, para transmitir por la palabra de similar proveniencia, procedente de igual epicentro verbal y vivencial, una visión de sí, una figuración de su persona sólo aprehensible a través de todos sus escritos.

La carta tiene algo de confesionario, incita a la introspección y al autoanálisis. En lo lúcido y en lo lúdico, lo atribulado y lo burlesco, Julio se ausculta y diagnostica. Cuenta sus andanzas, va relatando su vida en episodios. La correspondencia tiene algo de novela por entregas, pero es intermitente. Abunda en señas de identidad y en signos de vida, pero relativos a ciertos períodos. Comienza en 1939, cuando Cortázar tenía veinticinco años. Parece excepcionalmente prolífica del '64 al '67, luego merma la

frecuencia y las cartas se vuelven cortas, parcas. Tiene que vencer su aversión a las cartas-telegrama y resignarse a escribirlas, porque no puede ya responder al aluvión cotidiano de correspondencia. Para el cartero, Monsieur Cortázar es un cliente privilegiado.

La correspondencia de Julio permite entrar en confianza, ingresar en su recinto privado. Ese diario dialógico al que a menudo se confía, donde se sincera, se devela, nos otorga el privilegio de entrar en contacto directo, intimar con la persona. A pesar de lo caudaloso de su correspondencia (por lo menos la recogida en estos tres tomos), Julio es siempre espontáneo y reservado, como lo fue en el trato amistoso (quizá también en el amoroso). Locuaz pero púdico en sus cartas, se sitúa y nos sitúa con respecto a sus estados y circunstancias, discurre sobre sus trabajos, hace el balance del día, se narra, cuenta cómo anda y por dónde anda, qué lee, qué ve, qué escucha, da cuenta de su actividad literaria, del propósito, del proceso de gestación, de edición, habla de sus desplazamientos como traductor para organismos internacionales, como militante revolucionario o como defensor de los derechos humanos, se explaya acerca de sus viajes por placer, comunica sus intereses, sus sueños, sus afanes, sus utopías. Muestra las otras caras del ser y cómo ese ser múltiple, polimorfo, atraviesa ansiosa, apasionadamente el mundo. Lo muestra palpitar con muchas cosas al unísono, inmerso en el curso de la vida, la suya y la de los otros, comprometido con todo lo que magnifica y dignifica al hombre.

Saúl Yurkievic

BOLÍVAR, 23 de mayo de 1937

Amigo Eduardo:

Ya sé, ya sé. Habrás protestado de lo lindo por mi silencio, ¿no es cierto? Y las reglas de urbanidad ordenan que, a renglón seguido, yo arree la mulita de las excusas. Pero como sucede que soy un individuo a quien la urbanidad —ésta, la "social"—le interesa tan poco como las poesías de don Arturo Capdevila, no te diré sino que el problema de habituarse a un medio, las pequeñas grandes dificultades que se plantean al encarar una nueva esfera de actividad, y todas las zarandajas del caso justificarán sobradamente mi retardo. Con decirte que aún me falta escribir a miembros de mi familia...

Recién hoy, domingo, me siento más libre. Es de mañana, y estoy solo. A Vecino lo llamó el doctor Solís desde Buenos Aires, y me temo que haya algo raro en eso. Pero no quiero adelantar impresiones hasta saber qué demonios ocurre con el pibe. Lo de "demonios" debes interpretarlo como un simple recurso para infundir mayor firmeza al período.

Este Colegio Nacional de Bolívar es un gran edificio relleno a medias de estudiantes y algunos profesores. Prácticamente, aún no se ha hecho nada en materia de enseñanza, y he tenido oportunidad de enterarme de algunas pequeñas comidillas. Por ejemplo, que de no venir varios profesores —entre los cuales nos contamos Vecino y el que te tortura —la Inspección hubiera armado un tremendo escándalo, ya que, a un mes de iniciadas las clases (!), la única materia que se dictaba era Ciencias Biológicas. Además, Música, pero eso no es una materia; eso es algo inefable, algo que va más allá de las palabras. Presenciar clases de Música en los colegios secundarios significa horrorizarse hasta el punto de que yo, tras de la experiencia, llego a sentir cierta simpatía por Canaro. ¿Qué más se le puede pedir al hombre, finalmente, con ejemplos tales como los que tú y yo habremos recibido más de una vez? Cuando me acuerdo de Llena...

La vida, aquí, me hace pensar en un hombre a quien le pasean una aplanadora por el cuerpo. Sólo hay una escapatoria, y consiste en cerrar la puerta de la pieza en que se vive —porque de ese modo uno se sugestióna y llega a suponerse en otra parte del mundo —y buscar un libro, un cuaderno, una estilográfica. Nunca, desde que estoy aquí, he tenido mayores deseos de leer. Por suerte que me traje algunas cosas, y podré, ahora que estoy más descansado, dedicarles tiempo. El ambiente, en y fuera del hotel, en y fuera del Colegio, carece de toda dimensión. Los microbios, dentro de los tubos de ensayo, deben tener mayor número de inquietudes que los habitantes de Bolívar. Ayer, como excepción honrosísima y fenómeno increíble, encontré a una persona que "ha oído hablar" de Arturo Marasso. Imagínate que, en tercer año del nacional, no sabían quién era Beethoven. Tuve que aclarar una frase en la que incluyera el nombre del músico, convencido de que todos tendrían, por lo menos, un ligero esquema, un recuerdo... Aquí, un vigilante de la capital pasaría por erudito.

Tal como era de imaginarse, en vista de los informes que Gómez le diera a Solís acerca de mi persona, me han *sugerido* que haga uso de la palabra, mañana a las diez. Eso significa que cuando retire esta hoja de la máquina, tendré que colocar otra, en blanco, y empezar: ¡Oh...! ¡Ah...! ¡Uh...! Si sustituyes los puntos suspensivos por los lugares comunes de rigor, tendrás el discurso perfecto para Bolívar.

Perdóname las innumerables faltas de estilo, pero no pienso hacer borrador y pasar luego en limpio la carta. Te escribo directamente, ya que no me preocupa el temor de tanta gente que está a la espera de que se publiquen, en la edición de las "Obras Completas", las correspondientes colecciones epistolares. Por lo tanto, si deseas modelos de estilo, dirígete a don Leopoldo Lugones (sénior, naturalmente, porque el júnior...) y sabrás lo que es limpieza de conceptos y elegancia de factura. Aquí, en *Nosotros*¹ me

entero de que hay un señor que se ha tomado el trabajo de contarle a don Leopoldo las innumerables repeticiones de la rima: "Azul, tul". Yo, que la víctima, me suicidaba, después de recibir semejante palo en las costillas. Pero no hay que temer decisiones desesperadas en don Leopoldo; tanto él, como el poeta por kilómetros —me refiero a Capdevila —gozan de una salud a toda prueba.

Pero ya que me permito el lujo de hablar mal de nuestros grandes poetas, pagaré mi culpa proporcionándote tema para que me critiques con esa ironía anatolesca que tienes, y que se entra despacio, como un estilete, para que la herida no sea ostentosa y la sangre se derrame —mortal —por el lado de adentro. Bien sé que no comulgas con la generación de Gironde y de Neruda. (No he olvidado tus indignadas protestas en *Addenda*.²) Con todo, y quizá por eso mismo —ya que sería ir a la batalla ganada ofrecerte algo que de antemano fuese a gustarte—, copio para ti esto que yo llamo poesía, y que escribí una noche en que el frío me helaba las palabras, y sólo quedaba el expediente de volcarlas en un papel. Se llama "Ataraxia", y se despacha como sigue:

Tras de los cansancios, hay latir de tiempos no todavía futuros.

En las sienes, calor de bolsillos invernales, de bares ahumados
—epítetos que se caen sentados junto al nombre—

Olvido de mis países a conocer, geografías aún ingenuas, frío de la noche.

Pero todo ha empezado a ponerse igual, como ladrillos junto a ladrillos cuando camino calles nubladas de sueño.

Tengo vida hasta los codos, hasta las rodillas; y me muevo apoyado en el aire.

Los tejados hacen la mueca de los grises, gozando al saber que no siento.

Vendrán tranvías a levantarme, acaso, nunca, puede que —...

Ese guión con que termina la poesía, es algo que me niego a explicar. Naturalmente que, frunciendo olímpicamente las cejas, estarás sumamente enojado conmigo, y pensarás: "Y yo que le he dado cátedras... ¡Qué equivocación, madre mía...!". Entonces, para tranquilizarte un poco —¿sabes que las poesías de Molinari eran muy buenas?—te copio esto que yo —candor de la adolescencia —llamo romance. Se titula "Diálogo de Inocentes", y fue escrito poco antes de venirme a estos páramos.

Era un sol y era una flor y catorce vacas blancas delante de un cielo que de sangre se disfrazaba.

Para escapar a la noche dormíanse las campanas después de sacar la lengua con postreras carcajadas, y se doblaban jacintos rompiendo quejas de ráfagas.

—Madre, que yo tengo miedo de que me lleven las ánimas.

—Clavel te puse en el pelo para alejar de tu almohada

la legión de los vampiros y las brujas de cerámica con que sueñas, niño tonto, cuando te vas a la cama.

—Madre, tírame una mano y hazla trizas en mi cara. No quiero ver, en el campo, sombras que semejan larvas, sombras que trepan y enroscan su salinidad de lágrimas.

—Haré que suene un pandero para llamar la mañana, y nos quedaremos juntos...

Dos cabezas y una almohada.

Era una luna, era un canto y catorce estrellas pálidas, delante de un cielo que de monje se disfrazaba.

Y tú, contagiado por la influencia geográfica del romancillo en cuestión, dirás, desesperado:

—Buen pez está hecho este Cortázar, que se va a trescientos kilómetros, lejos del alcance de mis puños, y de allí me tira eso que él llama versos...

Reacciona, hombre, y tranquilízate. No te copio más poesías, y cuento acabado. Aunque alguna vez —cuando lo pase en limpio —te haré rabiarse enviándote cierto estudio crítico (!!) que hice sobre Federico³ —yo le llamo así, y bien sabes a quién me refiero —a fin de que vuelvas a solazarte con aquello de:

La tarde, loca de hogueras y de rumores calientes

cae desmayada en los muslos heridos de los jinetes...

Y piensa que para aquella ocasión de *Addenda* no elegiste lo más incongruente —desde tu punto de vista, claro está—. En *Canciones*, hay algo que dice, más o menos:

Por tu amor me duele el aire, el corazón y el sombrero.

Y paso a otra cosa, porque serías el primer amigo fallecido de apoplejía y no es una enfermedad que me agrade.

Bueno, amigo, pensándolo mejor, he decidido no pasar a otra *cosa*, y terminar aquí esta carta, que tiene de todo menos de carta. Perdona su aburrimiento, perdona su ramplonería, y piensa que el aire local empieza a surtir su efecto. Quizá, en otros mensajes, logre decir algo. Y si aquello de: "La intención basta" te es simpático, déjame que lo aplique aquí y mi conciencia habrá quedado tranquila.

Mis saludos a tu esposa, a quien te ruego agradezcas una vez más su gentileza para conmigo. Y para ti, oh mártir de mis efusiones líricas, un apretado abrazo de

Julio Cortázar

Mi dirección —hasta nueva orden —es: Hotel "La Vizcaína", Bolívar, F. C. Sud.

P.D. Mis saludos a Gómez y a Estrella Gutiérrez. Cuando mi situación aquí quede bien definida —aún no lo está—le escribiré a Gómez.

BOLÍVAR City, 27 de mayo de 1937

Caro Eduardo:

El largo y el ancho del sobre que acabo de recibir —a las seis de la tarde— eran académicos, y no presentaban ninguna señal destacada; pero me bastó palpar su espesor, para sentirme el individuo más feliz de Bolívar, lo cual ya es mucho decir en un pueblo donde la gente es de lo más simple y, por lógica consecuencia, dichosa hasta la medula. Habrás notado la falta del acento en la anatómica palabreja con que termina la frase anterior. Pues recién tres días antes de zarpar de Buenos Aires me enteré de que "médula" es anticuado. Y como hay que marchar al día, en medula me quedo.

Vuelvo al sobre. Qué hermosa carta habías acostado en ese lecho con estampilla (¿qué tal eso del lecho?) y con cuánto placer, no exento de seriedad y de sonrisa alternadas, la he leído hace un instante. Gracias, amigo, por escribirme tanto. Si supieras lo que significa para mí recibir algo tuyo, que me traiga vientos de Fronda, para acudir a una feliz expresión parisina que por cierto queda muy bien en la provincia de Buenos Aires.

Observo —y es confesión tuya, además— que lo que tú llamas "puntas de fuego", ha resultado un verdadero Toddy espiritual. Yo estaba temiendo que retardaras indefinidamente tu respuesta, o que te libraras de la tarea con una carilla. Y ahora, entro decididamente en el terreno polémico, dispuesto a no cortarme el cabello hasta vengar a Patroclo. Esta última frase —habrás notado que me analizo— es digna de Miguel Cañé.

Eso de que yo "maneja la pluma con rara habilidad", es cosa que ignoraba hasta el arribo de tu carta. Me creo poseedor de alguna facilidad para redactar cosas que la bondad de los amigos suele denominar cartas, y allí se termina todo. Ahora bien, si en lo de "manejar la pluma" encubres alguna alusión a trabajos en los que participe un plumero, allí te doy la razón. Nadie como yo para quitar el polvo al techo de un ropero sin subirme a una silla, y tu elogio deja de serlo para reflejar, simplemente, la desnuda verdad. Además, ello explicaría por qué agregas, a renglón seguido, que "esa magnífica cualidad no te la envidio". ¡También, como para envidiármela, tú, un profesor normal! Lo que me resulta algo más oscuro es eso de: "lo que natura non da... etc., etc.". Pero ello se debe a que mis conocimientos de sánscrito no son nada del otro mundo.

Y vamos a lo del "veneno". Si yo hice alguna vez alusión a tu pluma "emponzoñada", ten por seguro que no pasó de una simple broma, provocada, sin duda, por aquellas apostillas referentes al caso Federico⁴ y al caso Neruda. Pero, fuera de eso, jamás podría yo decir que tú tienes veneno, desde el momento que incurriría en un pecado de lesa mentira. Lo que tú dices —"se me ocurre que esto del veneno es un escape de mi impotencia intelectual"—merece un "uppercut". Apronta la mandíbula, y recibe el golpe. Muy bien, el honor queda vengado. Usted, joven, no tiene ni medio de impotencia intelectual y ya quisieran unos cuantos —con el que suscribe a la cabeza— gozar de su inteligencia, de su juicio crítico y de su estilo.

Grandísimo modesto.

¿Conque la ironía franciana te produjo contracciones en el peritoneo? Como diría Greta Garbo: "I am sorry...". No hubo ninguna mala intención, pero me alegro en el alma de haberlo puesto, porque ello —*punta de fuego*— me ha dado la satisfacción de leer tus opiniones sobre el maestro. En serio, te creí más encariñado con Anatole. Lo de "bonito" quizá le quede un poco chico, aunque, naturalmente, no es posible hipertrofiar los adjetivos recordando a hombres como André Gide y Marcel Proust. Estos dos nombres han sido puestos por mí en base a una simpatía personal, y no porque tenga un criterio dogmático con respecto a los puntales de la literatura francesa moderna. Queda, pues, campo abierto

para sustituir o relegar. Me gustaría saber —y ahí va un tema —qué piensas de Gide. Alguna vez, házmelo saber, y te lo agradeceré con un mohín de mis ambrosianas cejas. Y no te olvides del compromiso que entraña esta frase que "copeo" al punto: "Pero toda la ironía de la *Isla de los Pingüinos* o de cualquiera de los volúmenes de su *Vida Contemporánea* no valen una pulgarada de rapé. Y *el porqué creo esto, será el tema de otra carta*. Conque, amigo, a no olvidarse.

Y ahora, héteme aquí metido en el sector más belicoso de tu carta: el sector dedicado a la poesía. Esto va a ser el disloque. Decir que Neruda es pirotecnia, significa azotarme en ambas mejillas, ¡voto a Dios! Ni siquiera con el atenuante de preceder la frase con: "todo lo que he leído de él...". Yo parto de la base de que has leído mucho. Te concedo —homenaje a la amistad, o armisticio momentáneo —que *Residencia en la Tierra* sea un merengue y que resulte necesario desmontar el libro verso a verso, sacarle lustre y luego mirar adentro, para ver que hay. Concedido. Pero, ¿y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*?. Ahí tienes algo que es muy simple, simplísimo. Una iniciación a Neruda. ¿Qué contestas, acusado? ¿No contestas nada, con mil diablos?... Lamento no tener aquí el libro, y carecer de memoria; de contrario te endilgaba algunos versos que habrían de mostrarte si ese chileno es o no un señor poeta, quizá menos que Federico, pero sin que esto sea lesivo para él, ya que Federico es la cúspide. Todavía más; te invito a que compres *Residencia en la Tierra* —yo no lo tengo, por desgracia, y lo he leído fragmentariamente —y le dediques un mes. Bien vale un mes de vida el descubrimiento de un poeta.

"La poesía la siento, no la razono", dices. Perfectamente aceptado, mientras no pase de frase elegante —como todas las tuyas —pero inadmisibile si intentas darle valor ético, valor de conducta ante la poesía. Piensa, carísimo, que si te dedicas a sentir la poesía, y te guardas la razón para las ciencias naturales o la geometría, acabarás frente al mar, totalmente despeinado, a la triste manera del vizconde de Chateaubriand. Será el tuyo un final a lo Hugo o a lo Musset. Y para rematar, a lo Lamartine, que es la apoteosis del puro sentir... y del absoluto vacío intelectual. Yo te invito a que medites en la actitud meramente "sensible" ante una poesía, y verás algo sumamente curioso. Ante todo, que es una concepción romántica, y romántica furiosa, lo cual es ya más lamentable. Olvidarse de las facultades intelectuales, de todas esas admirables casillitas que tan bien suele describir Fatone —para no mencionar a Kant, que trae rigidez alemana a mi carta —significa ser, sí, "sensible", pero significa algo peor, a la luz de la poesía moderna: ser "sensiblero". Y yo sé perfectamente que tú no tienes de sensiblero ni la vereda de tu casa.

Ergo, aunque trates de negarlo, tú razones la poesía, lo cual no quita que la sientas. Precisamente, el equilibrio estaría —a mi parecer —en crear una poesía que reflejara estados interiores —ya que eso es, al fin, todo lo que puede reflejarse en este mundo —pero sublimados, embellecidos en el *crisol* de una expresión personal. Algunos suelen llamar a esto último la técnica del poeta. Yo protesto contra el vocablo y creo que es mejor seguir utilizando el de "expresión poética". Mallarmé tenía una expresión simbólica. Baudelaire una expresión menos oscura, más "humana". Neruda es algebraico. Pero si alguna vez has entrevisto tú en esa obra del chileno cierta consistencia poética, ¿no vale la pena estudiar su lenguaje, su instrumental, para seguir la caza codiciada?

Este es un pequeño aspecto del problema, y no creo haber dicho nada interesante. Hay un segundo sector que en cierto modo choca con el fácil distingo que hice más arriba entre la poesía en sí y la manera de expresarla. Este segundo concepto es el que sostiene que la expresión poética es la poesía misma. El simbolismo exagerado llevó a eso. Un soneto simbolista era un conjunto de ritmos, de colores, de músicas. Eso era la poesía. Las jitanjáforas responden al mismo criterio. Que a mí, sinceramente, me parece una gran macana. Y corto el chorro para ir a cenar. Seguiré después de haberme alimentado convenientemente.

[Al margen, abarcando los tres últimos párrafos, con letra manuscrita: "Todo esto —mea culpa — es una confesión de pedantería y de retórica. ¡Perdónalo, Eduardo: no sabe lo que hace!".]

De regreso, a las 21.

Pienso en dos cosas: que mañana tengo clase a la primera hora —si es que no me encuentro con que me han hecho sonar, cosa que, a juzgar por el "affaire" Vecino no me sorprendería en lo más mínimo —y ello significa levantarse a las seis y media. Me da sueño por anticipado. Segundo: esta carta es una lata. La voy a terminar, a fin de que el correo se la lleve temprano y la recibas lo antes posible. De lo contrario, no saldría hasta el sábado. Desde mi casa, el domingo, te hablaré por teléfono. Mis saludos a tu esposa, y para ti un pedido de perdón por todo lo que antecede, y un abrazo.

Julio

BOLÍVAR, 1939

Amigo Eduardo:

Nada de reproches. ¿Acaso no soy yo quien tiene que acusarse de un sinfín de incorrecciones y de irregularidades? Te enumeraré algunas: a) no avisarte inmediatamente después de recibir la noticia de mi nombramiento, b) no enviarle a Estrella Gutiérrez —esta incorrección también te atañe —las críticas bibliográficas prometidas, c) no escribirte de inmediato al llegar a Bolívar por segunda vez.

Bien te darás cuenta de que, puestos en el terreno de deslindar agravios, soy yo quien quedará malparado. Mas como alguien dijo que siempre está uno a tiempo para arrepentirse de sus errores, he aquí que me acerco, con las manos juntas, a abrazar tus rodillas y a decirte estas palabras aladas: (!)

—¡Oh, Eduardo Castagnida —lo siento, pero era necesario helenizar tu apellido dada la índole de mi estilo—, no me hundas bajo el peso de tu tronitonte furor, y escucha a tu esclavo! (Conste que eso de esclavo no es más que literatura. No sea que te lo tomes en serio...)

Me gusta eso de "tengo una cuenta pendiente contigo que pronto la cobraré". Me palpito la entrega de un sobre que va a venir echando chispas y coleando como un cohete. Pero, ¿verdaderamente tienes tantas cosas que cobrarme?... Trato de recordar el texto de la carta que te envié, y no logro fijar sino dos cosas: a) que estaba mal escrito, b) que al final se hablaba de poesía. Ahora bien: de esto que acabo de estampar, tú sacarás a tu vez dos conclusiones: a) que sigue mi falsa modestia, b) que soy un ingenuo al emplear la palabra "poesía" para lo que yo pienso. Y yo, de rebote, extraigo de tus consecuencias otras dos: a) que tu bondad llega a lo sobrenatural, b) que tienes razón.

A la espera de tu andanada, entonces, voy a responder a esa patrulla de reconocimiento que me enviaste —siete renglones, miserable.—descerrajándote algunas noticias locales. Ante todo, el Colegio Nacional se ha visto honrado con la presencia de los colegas Cancio y Sordelli, quienes tomaron las riendas hace una semana y todavía no se han caído del sulky. Con una bronca bárbara lo veo a Sordelli dictar castellano, mientras yo tengo que hacer mapitas. ¡Yo, mapitas, con esa memoria cuyo límite máximo se extiende a una semana atrás! Al menos, en materias filológicas y sus derivados, me tengo un poquito más de fe. Más el destino —la Moira, como diría don Arturo —lo ha querido así.

La manera de divertirse, en Bolívar, es inefable. Consta de dos partes:

- a) Ir al cine.
- b) No ir al cine.

La sección b) se subdivide a su vez:

- a) Ir a bailar al Club Social.
- b) Recorrer los ranchos de las cercanías, con fines etnográficos.

Esta última sección admite, a su vez, ser dividida en:

- a) Concurrir, pasado un cierto tiempo, a un dispensario.

b) Convencerse de que lo mejor es acostarse a las nueve de la noche.

Como ves, el programa es de lo más variado. Los habitantes de Bolívar, con el dinamismo que los caracteriza, encuentran que es excesivo, y sostienen que se hace derroche de pasatiempos...

Antes de que me olvide, quiero tocar el asunto Estrella Gutiérrez; jamás podré arrepentirme tanto de algo como de lo que ha sucedido. Pero, viejo, fue inevitable; piensa que yo tengo 9 horas, repartidas en tres años distintos, lo cual significa aprenderse tres geografías (matemática, Asia, África, Europa, América, Argentina; más de 3, ahora que releo), corregir trabajos... y traducir. Tú sabes que yo sigo trabajando para Sopeña, y que todos los días tengo que pasarme tres o cuatro horas preparando material inglés y francés para esa gente de *Leoplán*.⁵ Además, me vine sin haber tenido tiempo de comprar libros que se prestaran a crítica. Bien sabes que Estrella me habló un sábado, me fui el domingo, y mi viajecito intermedio no me dio tiempo para buscar. Sólo me traje esos tres tomos de la antología de Oscar Beltrán; pero si yo hago la crítica de "eso", voy a tener que repartir una tanda de palos, empezando por los prólogos y terminando por la impresión de los libros, que en ciertos cuadernillos resultan verdaderas odas a las páginas en blanco. Y como Estrella me solicitó que fuese "buenito" para mis pacientes... no podía debutar con aires hitlerinos. Bien ves que mi situación no ha sido nada cómoda, y que los trescientos kilómetros me pesan mucho. ¿Cómo puedo averiguar lo que conviene leer para luego someterlo a crítica? ¡Si vieras la librería máxima de Bolívar...! El orgullo del dueño es tener una colección literaria completa y encuadernada: la de *Delly*.

¿Leíste en *La Nación* ese estudio acerca de Rilke? Muy mal escrito, pero con el regalo de dos versos del poeta, y de un retrato impresionante. ¿Te gustan los trabajos de Víctor Delhez, que aparecieron en *La Nación* o en *La Prensa*?

Jonquiéres me envió un libro que aún me falta leer de Rilke —fíjate en la *exquisita* construcción de la frase con que inicio esta página, y después atrévete a hablar de "estilo"—: *Les Cahiers de Malte Laurids Brigge*. Es el tomo, traducido por Maurice Betz, en que constan los capítulos de la muerte del chambelán, la mano debajo de la mesa... Tú conoces todo eso, ¿verdad?

Son las cuatro de la tarde del sábado, y me dispongo a tomar mate. Mi pieza es amplia, y cierta mucama llamada Josefa —¡cuándo no!— me ha traído ayer el regalo de un gran sillón giratorio, en el cual estoy sentado en este instante. Encenderé la radio, y escucharé media hora de buena música de "jazz". Jazz negro, que es el genuino. Después, volveré a la lectura de *Madame Bovary*, te confieso avergonzado que aún no la conocía... y he querido borrar ese pecadillo. Más tarde —lo siento en la atmósfera, y eso es mal presagio— temo que voy a escribir algo. Ni siquiera en Bolívar me abandona la enfermedad poética. Advertirás que el nombre que le doy es otro síntoma claro de mi caradurismo.

Aún más: voy a enviarte cinco sonetos que escribí de un tirón, el domingo pasado; estaba en cama, con un poco de fiebre —¿tendrá ella la culpa?— y se me ocurrieron los temas. Aún a riesgo de que me llames "poseur", te diré que esos cinco sonetos estaban ya *hechos* desde varios días atrás; sólo fue necesario encerrarlos en sus correspondientes vasos. Tal como resultaron, te los envío. No te van a gustar, lo cual no deja de entristecerme un poco.

Bueno, amigo, finalizo mi mensaje. Y quedo a la espera de lo prometido. Esta carta, llegando a tus manos, no significa nada, porque estás en Buenos Aires, y vives. Yo, solo en esta ciénaga, me aferró a las palabras que se me envían con desesperación. Si esto puede estimularte un poco... pon mano a la obra ya mismo. No sabes la gran alegría que me darás.

Si llegas a verlo a Comi y te has levantado de mal humor, dile de mi parte que se cuelgue de un árbol. Ya me he enterado de la demostración al inefable D'Agostino, el animal público número uno; *La Prensa* de hoy le saca el prontuario, como si fuera una gran cosa. Los guardias de corps del señor director —hay que reconocerlo— han sido designados a su medida... Cosas del antropocentrismo.

Eduardo, perdóname la tirada, y hasta pronto. Si puedo ir a Buenos Aires para las vacaciones, haré los trámites para verte enseguida. Me agrada-
rá charlar, mirar libros, sentirme nuevamente un poco porteño. Entretanto, acepta mi abrazo, y da mis saludos sinceros a tu esposa, cuya amabilidad no he olvidado,

Julio

BUENOS Aires, 4 de enero de 1939

Amigo doctor:

Gracias por su amable respuesta. Lo menos que puedo hacer, ahora, es cumplir mi promesa esbozada en la tarjeta que recibió usted; creo que en ella le prometía una carta, y aquí la tiene. Ante todo: perdón por escribirle a máquina; pero se trata en mí de una costumbre que, a la larga, mis amigos me agradecen; mi letra es casi ininteligible, y tiene el inconveniente de que termina por desmoralizarme a mí mismo, a tal extremo que no puedo pasar de una carilla. (Eso quizá resultara ventajoso para usted; pero yo me he decidido a escribirle algo más de una carilla, y por eso vuelvo a mi fiel Royal, que conoce mis gustos y se presta dócilmente al tren acelerado de mis dedos...)

¿Cómo está Bolívar, y cómo han recibido al nuevo año? Los diarios, últimamente, se han ocupado con especial preferencia de esa ciudad; lástima que la razón no era precisamente para enorgullecerse de ello; pero supongo que ya habrá vuelto la paz, como dicen en las comedias de salón. ¿No piensa usted visitar Buenos Aires este verano? Si lo hace, recuerde que mi teléfono está en la guía, y que me agradecería mucho que nos viéramos para charlar. Yo no pienso veranear este año; imperativos económicos me lo vedan. Con todo, ayer se me ocurrió irme a Méjico, y pensé que, después de todo, no era algo tan impracticable. Claro que tendría que ser un viaje decididamente romántico: salir sin dinero, en un buque de carga, trabajar hasta la llegada, ganarme la vida en Méjico durante los pocos días de mi estadía, y retornar en las mismas condiciones. ¿Pero no cree usted que sería algo admirable? (Precisamente por lo que tiene de romántico; yo no concibo las "agencias de turismo", me dan horror los itinerarios y los precios fijos.) Usted debe estar preguntándose si yo me he vuelto loco; pero no es así. Lo más probable es que no me vaya a Méjico; en primer lugar porque apenas dispondría de tiempo para estar allí diez días (calculando 18 de viaje, que con el regreso hacen 36). Quizá el año que viene... Otra cosa que usted se preguntará es por qué Méjico; la respuesta es simple: porque allí ha vivido siempre (pese a las encontradas tendencias de los gobiernos) una juventud llena de ideales, trabajadora y culta, que apenas se encuentra en Buenos Aires. Me gustaría poder apreciar por mí mismo si todo lo que me han contado de Méjico es cierto: desde las pirámides aztecas hasta la poesía popular. Probablemente me iré el año próximo (a menos que ocurra un milagro que me habilite para marcharme mañana o pasado); este verano lo aprovecharé para proveerme de datos útiles. Siempre he pensado que viajar en un buque de carga, siendo un poco pasajero y otro poco tripulante debe ser algo admirable. Una valija pequeña, un cuaderno, un libro de poemas (Neruda, por ejemplo, que escribe para que se lo lea en alta mar) y nada más. ¿Sabía usted que hay unos barcos de carga los cuales, a cambio de mil pesos, lo llevan y lo traen a usted de Buenos Aires a Estocolmo? ¡Tardan tres meses en total! (Horribles, esos transatlánticos que hacen el viaje en cuatro días...) En fin, le estoy dando la lata de los viajes; pero después de un año entero de sujeción a la geografía (en el doble sentido de la enseñanza y la residencia en un lugar fijo) me despierto todos los días con el ansia de la fuga. Me he convencido de una cosa: que cuanto más alejado está el punto de destino, más fácil es llegar a él sin dinero. Para irse a Méjico, todo consiste en encontrar al capitán que acepte una pequeña suma y la contribución personal; en vez, para irse a Mar del Plata o a Nahuel Huapí... el dinero es absolutamente necesario. De ahí que yo elija instintivamente Méjico —sin ocultarle que lo prefiero en sí mismo, por las razones que ya apunté, creo, en la carilla que ahora la máquina no me permite ver.

Usted pensará: "Cosas de muchacho". Ojalá fuera así. ¡Yo me siento tan viejo! La juventud fue mi tiempo de estudiante. (Ayer encontré un número de una revista estudiantil de la cual era el director. ¡Viera usted mis arranques líricos, mi romántico surgir a los veinte años! Todo eso es una niebla lejana,

ahora.) Cuando era más joven los viajes no tenían eso de *necesario* que ahora los circunda; eran, más bien, ese ideal común a todos los hombres que presienten un triste destino condicionado por la burocracia y la medianía económica. Ahora, en vez, es otra cosa. Ahora es algo grave, un despertarse en plena noche y decirse: "O te vas, o te mueres". Un morir que no es el poco importante morir fisiológico; un morir en vida, un progresivo paso de hombre a máquina, de conciencia a simple cosa... (Y basta de esto, que usted estará ya en el linde del sueño, sobre todo si esta carta le llega con el correo vespertino.)

De música, nada nuevo. Le agradezco más que nunca que me haya hecho conocer la *Sonata* de Franck; ahora, cada vez que la escucho por L.S.I., experimento una plenitud maravillosa. (Música, poesía, formas de evasión y de viaje...) Hace unas noches, en casa de un amigo, escuché los *Preludios Corales* de Bach, en la grabación del organista Albert Schweitzer; ya los conocía, por haberlos escuchado el verano anterior; pero en Bach las sorpresas son tantas como compases tienen sus obras. No emplearé ningún adjetivo; sería absurdo decir: "hermoso", "sublime", etc.; eso está por encima de la música, la trasciende, entra en otra esfera; eso es la comunicación misma con Dios. ¡Qué humana —y *demasiado humana*— parece el resto de la música cuando se regresa de Juan Sebastián!

Tuve el placer, además, de escuchar música hindú, en casa de Vicente Fatone profesor de filosofía y gran orientalista. No podría describirle mis impresiones; las voces de los cantantes son una cosa desgarrada, angustiada; el repetirse del mismo acompañamiento termina por envolverlo a uno en un ambiente de "horror sagrado"; se sale de esos discos como de un pantano palúdico; pero se vuelve a ellos como el criminal al lugar del crimen —y perdón por el conato de imagen.

Como sé que usted se interesó por *Presencia*⁶ le diré las últimas novedades que se registran en torno a él; primero, silencio absoluto de la crítica; segundo, a mis amigos no les gusta, salvo peregrinas excepciones; tercero, yo me muero de risa por lo primero y lo segundo. Visité y conocí al gran Ricardo Molinari; es un hombre digno de su poesía, y me dijo que mi libro indicaba una juvenil falta de equilibrio; me hizo notar falta de selección en el vocabulario, y me regaló con la lectura de dos obras suyas inéditas, que aparecerán este año.

No trabajo nada; fuera de un par de poemas de cierta extensión, que no le envió porque no le gustarán, me limito a recoger algunos apuntes dispersos acerca de poesía, y trato de ordenarlos en forma coherente; cuando esté completo, se lo daré a leer (si usted me lo permite). Tampoco le envió alguno de los cuentos prometidos, porque acabo de darme cuenta *de que son malos*. (Voy a tener que resignarme a convenir en que los cuentos breves son patrimonio exclusivo de los sajones: después de Faulkner, Hemingway, Bates, Chesterton y la joven escuela yanki, no queda nada que hacer; ni siquiera un Kafka... ¡y ya es decir algo!)

No he leído la "novela de la indolencia rusa". La razón es que, apenas llegado, me dispuse a terminar con uno de mis grandes remordimientos: no conocer bien a Goethe. La emprendí con el *Fausto*, y con él seguiré durante este mes. Leí la traducción francesa de Nerval, que resultó ser detestable; en vista de eso, me procuré la traducción comentada de Guido Manacorda; como yo leo el italiano —más o menos de corrido —el estudio de la obra me resulta accesible. Confieso no haber encontrado aún la grandeza de Goethe; esto no quiere decir que la niegue.

Bueno, amigo Luis, esta carta es ya un libro (¡y si por lo menos fuera un buen libro!). Mil perdones por no haber conseguido para usted la obrita de Cyril Scott que le había prometido; pero el dueño está en Mar del Plata y no sé si podré pedírsela con éxito. Los *Tristes* de Aguirre formarán parte de una carta próxima; y con ello habré saldado una pequeña parte de la deuda que tengo con usted.

Me despido con un poemita que quizá no le disguste del todo; la razón de ser del mismo es la muerte de un viejo canario que todos queríamos mucho en casa.

Jaula callada

Ido al azid intenso, que virará a un celeste

de ensueño, de frase murmurada, de retrato con besos

—lenta caída dulce del recuerdo—

tu moneda de oro es una ausencia nueva,

tu risa un esperar en el registro agudo.

Quedan hierros y granos, y un pedazo
de aire vacío.

Por lo breve parece un "hai-kai" japonés, ¿no? (Al menos tiene ese mérito: su brevedad.)

Dícales a sus familiares que los recuerdo siempre con todo afecto. Mis saludos al doctor Vignau y señora, y a todos los amigos de Bolívar que usted bien conoce.

Hasta pronto, con un abrazo y el afecto de

Julio Cortázar

Una caricia y un bizcocho de mi parte a Sammy^Z. Saludos muy cordiales para Cholo Cabrera y Pórtela.

BUENOS Aires, enero de 1939

Amigo Gagliardi:

Gracias por su muy interesante carta. Empezaba yo a inquietarme, se lo confieso. Y mis inquietudes, en este terreno, se resuelven siempre por un desfile de hipótesis tan absurdas como torturantes. Su silencio me hacía pensar en la posible pérdida de mi carta —cosa en sí insignificante, pero que habría lamentado por cuanto estaba dirigida a usted—. Pero hace dos noches, al volver del centro, encontré su mensaje que leí con verdadera alegría.

Algunas noticias mías. Primero, algo que usted ya habrá sospechado al recibir mi carta: que no me fui a Méjico. Con gran tristeza se lo digo; porque yo sé que ese viaje me habría *salvado* —en un sentido muy especial, que trataré de explicarle, y del cual ya le he hablado algo—; inconvenientes materiales (¡triste mundo de las cosas, contra el cual se estrella la tentativa de evasión!) me detuvieron aquí. Ante todo: no hay barcos que vayan a Méjico saliendo de Buenos Aires. Es preciso partir de Chile... y eso significaba una complicación tan imprevista como decisiva. Mis investigaciones en las dársenas no dieron otro resultado que el de una sorda desesperación. Es horrible sentirse atado, en cualquier sentido. Tonto de mí, que pensé líricamente en la posibilidad de marcharme como tripulante, o polizón, o cualquier cosa...

Naturalmente, ese admirable sentido de vida que todos tenemos, ha dado un cuarto de vuelta en mí, y se orienta hacia esa mágica frase: "El verano próximo". Pienso que, entonces, ya decidido desde un comienzo —y con dinero, que ahora me faltaba —podré irme. No sé si a Méjico o aún más lejos. Pero la tierra de Anáhuac me atrae por razones quizá inexplicables pero que —como todo lo inexplicable —son las más poderosas. Usted mismo, con su referencia a los gemelos de Zuñi y a la curiosa terapéutica indígena, hace hervir en mí la tristeza por lo que no ha podido ser, y la esperanza de un futuro próximo lleno de barcos, de mar, de ruinas aztecas... (¡Romántico hasta los huesos!)

Me pregunta usted, con graciosa ironía, si perdí en mi viaje el libro de Neruda. Le confieso que preferiría haberlo perdido en una sentina que no verlo ahora, burlón, en la biblioteca. El fracaso —pequeño en sí, inmenso para mi situación en la vida —me hace ver reproches en todo. ¿Por qué te quedaste? ¿Por qué no huiste a esa tierra lejana, donde te esperabas a ti mismo, en el puerto, sonriéndote?" Oigo palabras así, no siempre iguales pero siempre las mismas, de día y de noche. Y, justamente, hay unos versos de Neruda que reflejan como sólo puede reflejar la poesía mi situación de hoy. ¿Me permite que se los copie?

Innecesario, viéndome en los espejos, con un gusto a semanas, a biógrafos, a papeles, arranco de mi corazón al capitán del infierno, establezco cláusulas indefinidamente tristes.

Yo destruyo la rosa que silba y la ansiedad raptora: yo rompo extremos queridos: y aún más, aguardo el tiempo uniforme, sin medida: un sabor que tengo en el alma me deprime.

¿Ve usted? Así estoy yo. Sólo que, por desgracia, no arranco de mi corazón al capitán del infierno; él está allí, y se llama El viaje. Se quedará todo este recogido invierno que me espera en Bolívar, y luego... (¿Pero puede uno hacer proyectos? ¿Tanta confianza se tiene en la vida, en la marcha del corazón, en la persistencia del existir? No sé si estaré vivo el próximo verano. Quizá sí, pero puede ocurrir que ya no sea yo el mismo. ¡La vida nos cambia tanto! Hay seres lo bastante ingenuos como para decir: "Yo ya estoy formado". Nada está formado, todo fluye hacia un estado distinto, y lo que seré yo mañana puede ser la contrafigura de mi ser de hoy. Me quedará el nombre, el cuerpo, los datos civiles. ¡Pero lo que cuenta es el alma!)

Pobre amigo, lo estoy aburriendo demasiado. (¡Lo que no le perdono es que haga compartir su

propio aburrimiento al doctor Vignau, cuya infinita gentileza y bondad no merece semejante "recompensa"! Me voy, entonces, a otras cosas, antes de dejarlo en libertad. Ha escuchado usted hermosa música. *La dama elegida*⁸ me parece admirable. Cierto que se inspira en un poema digno de semejante comentario sonoro. (Una vez intenté la traducción, pero desistí; día a día me convenzo más de que la poesía no puede ser traducida; algo muere en esa *mudanza a otros moldes*; algo se marchita, en la pura flor. Por eso se debería leer en todos los idiomas posibles... lo cual no siempre resulta posible.) ¿Sabe que estoy estudiando alemán? ¡Y con qué entusiasmo! (Hay una doble razón que usted comprenderá: primero, yo ansío alcanzar ese admirable idioma; segundo, necesitaba narcotizarme con algún trabajo, para olvidar Méjico. Creo que lo estoy logrando, penosamente, pero con seguridad.) Compré un excelente diccionario, y me procuré dos libros de... ¡Rainer María Rilke! Vale decir, que empecé por lo más difícil; pero no tengo paciencia para leer libros de lectura escolar, y además los resultados que he obtenido con mi sistema son positivos. Creo que en un año —Bolívar y su calma me ayudarán a ello —leeré sin grandes dificultades a Heine. (¡Y a Holderlin, amigo mío, a Holderlin!) Mi horario de estudio lingüístico se extiende a lo largo de todo el día, motivo por el cual mi familia me cree loco de remate, cosa que yo me atrevería a discutir...

Gracias por la noticia que me da acerca de esas horas de Lógica Es usted el heraldo que trae la buena nueva. Yo no sabía nada. Y lo felicito por su inclusión —tan merecida y tan necesaria para el Nacional —en el cuerpo de profesores. Sí, dictaré Lógica con todo cariño (en el caso de que efectivamente me corresponda hacerlo); será una gran cosa para mí, porque mi mente no posee la disciplina necesaria para encarar la realidad con orden y seguridad; la constante sujeción a las categorías quizá demasiado rígidas de la lógica me obligarán a metodizarme. Y eso, hasta en la Poesía es necesario.

Lo siento mucho, pero insisto: no le envío cuentos. ¡Son malos! Me alegra que les haya gustado —incluso al buen amigo Vignau —el poemita. No he escrito más desde entonces. Creo que no hubiera podido hacerlo. Leo y estudio; Buenos Aires es para eso, y no para el trabajo de creación; falta el equilibrio que sólo la calma exterior puede proporcionar. *Presencia* sigue silenciosamente su ruta de olvido; es mejor así... por ahora.

Gracias por el ofrecimiento del *Fausto*. Terminé hace días la admirable traducción italiana de Manacorda. Creo que he logrado entrar en la obra; y no pido más. Goethe es, sin duda, un admirable espíritu, una fuerza natural domeñada por la reflexión y el ansia de la pureza. Es un libro donde hay páginas maravillosas. (Lo que no quita que tenga partes lánguidas, desesperantemente inútiles...) Goethe, hay que reconocerlo, ha envejecido. A él le entristecería mucho saber esto, si pudiera saberlo; porque el privilegio de las grandes obras consiste precisamente en resistir al tiempo —mejor aún; en situarse fuera del tiempo, en dimensiones eternas—. Esto es algo que todos los espíritus inteligentes de nuestra época han comprendido, y por eso buscan la obra universal, es decir aquella alejada de la circunstancia, de la limitación de tiempo y espacio. A veces no puedo menos de sonreírme, al leer las obras de Paul Valéry y comprender con qué lucidez previsoras están construidas. Son obras que no pueden morir (sobre todo la poesía) porque encaran estructuras válidas en todo momento y para todo hombre. El problema del ser, por ejemplo, vale tanto ahora como dentro de cinco siglos, mientras que una oda a la plaza de la República —perdón por el ejemplo —está sujeta a la decadencia de su tema, de la circunstancia que la motivó. Por eso es que Andrade, Guido Spano y Almafuerte son decididamente insoportables, mientras que Rubén Darío resiste el embate del tiempo. Y no creo que haya contradicción en el hecho de que una obra que narra hechos circunstanciales, como por ejemplo *La Ilíada*, siga apasionando a todo espíritu sensible a la belleza; porque el sello del genio está precisamente en dar universalidad a lo particular, en convertir una circunstancia en un arquetipo. (Esto se está poniendo francamente insoportable. ¡Perdón, suspendo este diluvio verbal!)

La hija de Iorio es, sí, admirable. Celebro que le haya gustado; por otra parte, no podía ser de otro

modo. ¿Qué opina el doctor Vignau? Yo creo que D'Annunzio *se salvará* —su renombre se ha visto comprometido por muchas obras intrascendentes —con ese drama, y algunas otras cosas. Lo malo en ese hombre fue el ser demasiado esteta, demasiado artífice de su lenguaje; alguien le llamó el "Oscar Wilde italiano". Justa la denominación en parte; pero "il divo Gabriele" tuvo una intuición de lo trágico, de lo grandioso, que da a su obra un sello profundo. Si Wilde no ha muerto, tampoco morirá el poeta de *La hija de Lorio*; Italia no ha tenido, en los últimos 30 años, nadie comparable a ese hombre extraordinario, verdadero creador de belleza y de poesía.

Y ahora, definitivamente... ¡basta! Le devuelvo su libertad, amigo, ya harto comprometida con estas columnas —¡ojalá lo fueran, en el buen sentido de la palabra!—. Será hasta pronto. Mis saludos a todos los suyos, a los amigos, en particular al doctor Vignau, mis deseos de que esta carta los encuentre a todos muy bien, y un apretón de manos con todo el afecto de

Julio Cortázar

Espero —si no es demasiado pedir —una carta; no sabe cuánto me alegra leer sus palabras.

Debo haberme expresado mal en mi carta; ¿entendió usted que yo le enviaba un bizcocho a Sammy? ¡Mi intención fue mucho más egoísta: se trataba de que usted le diera un bizcocho... de mi parte! (Pero repararé personalmente el error, y yo mismo le daré a comer un bizcocho, cuando tenga el gusto de volver a su casa, donde he pasado horas tan bellas, tan inolvidables.)

Muy mal hecho el no estudiar el piano. Eso es im-per-do-na-ble. En nombre de la Música... ¡protesto!

A Eduardo A. Castagnino

CHIVILCOY, 20 de agosto de 1939

Amigo Eduardo:

Dos líneas para que sepas de mi suerte —en el sentido de "destino" y también en el otro. Soy ciudadano confirmado de la muy progresista y nacionalista ciudad de Chivilcoy, con 16 horas en la Escuela Normal. Habito en una infame fonda llamada HOTEL (!) RESTELLI y dicto geografía, historia e instrucción cívica (hélas!) en la susodicha institución de enseñanza.

Ahora, más que nunca, siento el impulso de dirigirme a ti, pues bien sé cómo tuvo comienzo esta aventura docente por el interior del país. Ya sé que te revienta que te hable de gratitud, y por eso suspendo el párrafo. Pero tú comprendes, ¿no?

¿Te has mudado o no te has mudado? Quedaste en avisarme, creo. Te advierto que estoy un poco preocupado por tu silencio. Pero he andado en tantos líos, la movilización Bolívar—> Chivilcoy ha sido un ajetreo tan cansador, que recién ahora puedo escribirte con una relativa calma. Relativa, porque no he solucionado todavía el problema de mi alojamiento, y porque tengo mucho que leer con las materias nuevas.

¿Cómo anda ese "Moreno"? ¿Todos bien por tu casa? No dejes de mandarme aunque sean *dos líneas* a casa.

Bueno, amigo, perdóname la concisión. (Extraño terriblemente mi Royal. No sé escribir sin ella.) Mis saludos a los tuyos, y para ti un abrazo de

Julio

Escríbeme a Gral. Artigas 3246. Dto. 8.

En cuanto recupere la máquina (creo que me alojaré en una buena pensión, a fin de mes, y entonces podré llevar todas mis cosas) te mandaré una carta *inacabable*, con resumen de no menos 10 libros, películas, música, etc., etc. Ya puedes, pues, ir adquiriendo dosis de bromuro.

Enérgico apretón de manos a Huguito.

CHIVILCOY, 15 de septiembre de 1939

Querido amigo Luis:

Perdóneme; he tardado bastante más de la cuenta, y bien sé que sólo su buen corazón habrá reprimido el juicio lapidario que mi silencio merecía. Pero, ¿para qué inaugurar una inacabable lista de atenuantes? Créame solamente que no ha habido falta de voluntad, sino de tiempo. Anteayer regresé a Chivilcoy, procedente de casa, donde estuve un par de días. Me traje mi máquina, sin la cual me siento un poco amputado, y como ausente del clima necesario a mi vida. ¿Creerá usted que no puedo escribir cartas si me falta esta aliada que sigue con toda buena voluntad la carrera de mi pensamiento? Me exaspera el no poder escribir rápidamente, y sólo este artificio mecánico corre de acuerdo con mis deseos. Por eso, en cuanto recuperé mi tranquilidad —porque mis 16 horas significan otros tantos problemas de información y estudio —quise cumplir como usted lo merece, y aquí me tiene, en una tentativa de anular el tiempo y el espacio, y llevar a su lado todo mi afecto y mi amistad.

Quiero creer que todos los suyos —su familia, su novia, los amigos —estarán bien. Y que su vida de hombre generoso —que se prodiga demasiado, sacrificándose a sus deberes en desmedro de sus preferencias íntimas —habrá encontrado un ritmo menos agitado, lleno de momentos que dedicar a aquello por lo cual verdaderamente vive. Bien sabe que me refiero a la música, a *su* música, que tanto extraño y que recuerdo siempre como un puro paréntesis de belleza en mis dos años de permanencia en Bolívar. Por lo mismo que eso significó tanto para mí, es que siento una especie de deber en ambicionar para usted la suficiente libertad que se traduzca en lo que el espíritu tanto quiere y tanto comprende. (Ahora que la distancia pone coto a las miradas, a esa timidez que quizá usted reconozca en mí, es que me atrevo a pedirle lo que tantas veces hube sólo de sugerir: que encuentre usted para su piano el regalo que éste le solicita: tiempo, un gran tiempo que llenar de música, de armonía. Esto parecerá un sermón, para el cual no tengo ni autoridad ni derecho; pero los amigos tenemos, acaso, el privilegio de insistir en lo que nos parece necesario. Y yo sé que los manes de Schumann y de Ravel, de ese pobre y dulce Federico y de Juan Sebastián, asisten mi súplica y la celebran.)

¡Si supiera qué largo es aquí el tiempo! En Bolívar, su afecto lo redujo, lo anuló. Cada rato pasado en su casa, al lado de ese piano cuyo sonido me traen los recuerdos, era como una infinita recompensa a mi destierro de Buenos Aires. Porque aunque yo callara, usted debió comprender al conocerme que yo me sentía desterrado. Ahora, en que la soledad vuelve a erguirse a mi lado, en que todo es nuevo, extraño, indiferente, la impresión de destierro cae sobre mí como una mano gigantesca. Por eso es que todo lo que yo le debo, amigo, adquiere desde mi presente un valor todavía más grande que el que tenía allá; por eso es que mi egoísmo —harto justificado en este caso —insiste en pedirle que no se aleje usted demasiado de todo aquello que es su verdadera vida, la vida real, honda, y no la circunstancia y el accidente.

¡Y basta de impertinencias! Le voy a hablar de mí (¡como si hasta ahora hubiera hecho otra cosa!) y de esta nueva etapa que cumpla en un viaje cuyo fin cada vez veo menos claro y menos preciso. Chivilcoy es grande, muy grande; una ciudad orgullosa de sí misma, que no advierte sus graves defectos y se complace en perpetuarlos. Una ciudad con bellas calles asfaltadas, plazas versallescas (!) y edificios engolados. Con personas que se creen "al día" y manejan conceptos de una generación anterior; con un cuerpo de profesores que —salvo honrosísimas y muy raras excepciones —desarrollan sus actividades dentro de un marco de mediocridad tan desoladora como exasperante. (Exasperante, sí, porque esto es uno de los espejos del país; porque ciudades como ésta hay en todo el suelo argentino, y porque parecemos estar condenados al atroz castigo de ser una nación joven dirigida por ideas

seculares, por mentes seniles y por prejuicios dignos del tiempo de nuestros abuelos.)

Después de esta explosión de cólera (he releído el párrafo y he tenido que reírme) le diré que acaso sea yo injusto. De Bolívar pensaba más o menos lo mismo durante mi primer año de vida allá; luego empecé a conocer lo que verdaderamente merecía conocerse. Aquí puede muy bien ocurrirme lo mismo; ocurre que las personas de méritos no acostumbran a gritarlo en las plazas ni en los periódicos. Hay que cumplir una delicada tarea de buceo, hasta dar con los tesoros —¿no son tesoros los dos o tres grandes espíritus que pueden vivir entre cuarenta mil habitantes?—y gozar de su presencia. Veremos más adelante; por ahora, mi sentido de la estrategia ha resuelto el problema en idéntica forma que en Bolívar; usted conoce el procedimiento, porque también habrá tenido que practicarlo; consiste en encontrar una habitación aislada, donde pueda uno tener algunos libros y un poco de paz; la luz de una lámpara al anochecer, las cartas de los amigos, la dulce tarea de contestarles... ¿Hace falta más, cuando se sabe que lejos, a la distancia, hay corazones que se acuerdan de uno? No, yo creo que bien puede uno ser un poco feliz, así.

Mis cátedras me llevan gran parte del día; bien sabe usted que tengo cuatro materias nuevas, que he tomado a mitad del programa, y que debo dominar en breve plazo para tranquilidad de mi conciencia. Pero yo poseo el arte —¿no es acaso un arte?—de crearme *mi* tiempo. Y en él leo, y a veces, muy pocas, escribo. Quisiera tener una tranquilidad interior de la cual carezco. La guerra, que aquí se sigue con absoluta indiferencia, con el solo interés estúpido de las estadísticas de muertos y heridos, ha caído sobre mí como una amenaza que presentía desde hace mucho. Ciertamente, ¿quién no lo presentía? Pero ahora es realidad, y ahora la anuncian en las calles, y su espanto se inscribe en las tintas desmesuradas de los diarios. Yo sufro esta guerra en mi propia carne, porque comprendo sus raíces, abarco lo que supondrá dentro de cinco años, cuando la generación que nos sigue a nosotros empiece a hacer preguntas, a buscar maestros, a demandar libros. Cuando la juventud descubra repentinamente que a lo largo del río de las batallas cayeron todos aquellos por los cuales este planeta merecía seguir siendo; cuando ya no estén los Romaines, los Valéry, los Mann, los poetas y los músicos, los artistas y los sabios; cuando el mundo se despierte *vacío de inteligencias*—, entonces, recién entonces se comprenderá el verdadero sentido de una guerra. ¿Conoce usted las tesis de Klages sobre el espíritu? Me espantó leerlas, el año pasado; y sin embargo, una situación como la que ahora ha enfrentado Europa, parecería confirmarlo, parecería decirnos a todos que el espíritu del hombre no es el hombre mismo; que el espíritu marcha contra la corriente, que el espíritu es decadencia... Pero entonces, ¿por qué vive usted, por qué vivo yo? ¿Será posible que la guerra sea el triunfo único y legítimo de la condición humana? Preferiría matarme a aceptarlo; el suicidio es la única actitud digna que podría seguir a la aceptación de semejante cosa.

Y el viejo Hobbes sabía lo que decía...

En fin, paso a otra cosa menos triste. No sé si le dije en mi carta-relámpago (¿la recibió?) que había asistido al concierto de despedida de Albert Wolff. Escuché, primero aburrido y luego repentinamente despierto a la belleza rítmica del último movimiento, la Cuarta Sinfonía de Albert Roussel. (Le confieso que yo esperaba algo de más envergadura.) ¿Oyó usted por radio el concierto para dos pianos y orquesta de Francis Poulenc? Es una maravillosa travesura, llena de Mozart, jazz y, encima de ello, el espíritu de Poulenc, que se me antoja uno de los músicos más considerables del siglo.

Mis impresiones musicales se terminan ahí; a pesar de mis deseos, me quedé sin conocer al Cuarteto Lener; no lamento en lo más mínimo haber perdido a Misha Elman pero sí no haber asistido a mayor número de recitales Brailowsky, que sigue siendo, a mi juicio, un artista incalificable, digno de uno de esos epítetos que sólo Homero sabía encontrar para sus olímpicos. (Esto suena a exageración, pero, ¿no hay algo de divino —en el sentido pagano, y acaso también cristiano —en un hombre como Brailowsky?) Los helenos hablaban de la "*manía*", de la comunicación del dios en el hombre a través del acto creador y de la inspiración que determinaba ese acto. Cada vez que yo, inclinándome sobre el

antepecho del teatro, he mirado a un pianista o a un director en el acto mismo de *recrear* la música, he sentido como si algo de sagrado se transmitiera por ellos a mí. Dios no está sólo en las iglesias; y yo me atrevería a afirmar que Él prefiere por ministros a los grandes creadores de belleza...

Bueno, amigo, empiezo a creer que el castigo de esta carta amenaza alcanzar la duración de un diluvio. Por eso cesaré de quitarle su tiempo, pero no sin antes preguntarle por el doctor Vignau, a quien espero transmitiré mis afectos, extensivos a su señora esposa, a Jorge y a *Héctor* —cuyos dibujos, dicho sea de paso, me llenaron de asombro—. Dígale al doctor que si no le escribo, es porque aún no he logrado reconquistar un equilibrio suficiente para hacerlo; él comprenderá y me disculpará.

Mis saludos a su novia, a su familia, y en especial a Buby. ¿Cómo está su sobrinito? Si ve a quienes sabe que son mis amigos, recuérdelos mi nombre. Y para usted, amigo Luis, el deseo de que ésta lo encuentre bien, y un apretón de manos de

Julio Cortázar

CHIVILCOY, 14 de octubre de 1939

My dear friend:

Me limito a escribir en inglés el encabezamiento; bien sé que soy oscuro —y acaso tenebroso— en mis poemas; pero comprendo que llego a lo ininteligiblemente cavernoso cuando intento hacerme entender en el dulce lenguaje de Shelley. Me atrevería a escribirle en inglés si contara con una corrección previa de alguien que entendiera el idioma; pero aquí, en Chivilcoy, el nacionalismo alcanza expresiones absolutas, y no hay que esperar nada de un pueblo donde la lectura de THE STANDARD es considerada como "acto subversivo y revelador de ideologías exóticas" (!).

Muchas gracias por lo que me dice acerca de mi *promesa* —que, fríamente pensado, es más bien un *abuso*, máxime cuando no ignoro el sacrificio que usted consagra a descifrar algunas de mis demasiado crueles poesías—. Su frase decía: "Your poems will be always welcome". Se lo agradezco, y aquilato en lo que vale la terminación del párrafo: "...if not always understood".⁹ Siempre he pensado que yo no debería dar a leer mis cosas a nadie, porque en el fondo, para nadie están escritas. Aclaro: suelen ser escritas pensando en alguien, o con referencia a determinado momento de mi vida que, por fatalidad propia de nuestra condición, se relaciona con alguien —uno o varios seres ligados de un modo u otro al propio ser—, Pero, en lo que respecta a la obra en sí, no es creada en función de un lector. ¿Me hago entender? Quiero decirle que escribo, muchas veces, con referencia a otros seres; pero que nunca pienso en ellos como posibles lectores. Ellos pueden dictar mi obra; pero yo no la creo para ellos. Todos, o casi todos mis poemas, son *por* X o Z; pero nunca *para* X o Z. De donde se sigue, por lo común, una oscuridad que yo soy el primero en deplorar, pero de la cual no me desprenderé jamás, a menos que una imprevista gracia descienda del cielo para enseñarme una belleza menos compleja.

Y, a pesar de ello, ocurre que yo entrego cosas mías a un libro, y a algunos amigos. Usted me ha dicho muchas veces que no comprendía bien algunos poemas de mi libro; ¿le servirá de consuelo el saber que, hasta ahora, nadie me ha dado la alegría de comprenderlos íntegramente? Ni siquiera algunos seres *por* quienes los sonetos surgieron de mí mismo; esos —dolorosamente se lo confieso— fueron los primeros en no comprender, en decirme, a manera de crítica, que nada había más helado y más distante de la Poesía que ese pobre montón de versos. Quizá usted crea que yo hablo "por la boca de la herida"; no es así. Yo sé —ahora, sobre todo, que ha transcurrido el tiempo— cuántos y qué graves son los defectos de mi libro; sé que, en el fondo, no debí publicar versos que no habían sido escritos para que los leyeran. Y sin embargo, usted y acaso uno o dos amigos vieron con intuición admirable pasajes y alusiones tal como yo los había intuido y deseado. Usted posee una gran sensibilidad para la Poesía. (No es ni lugar común ni lisonja; ¿por qué habría de serlo?) Es por eso que siento el placer de enviarle lo que yo puedo escribir; créame que me es imposible sentir la Poesía de manera distinta; si yo escribiera para el público, acaso mis poemas tuvieran bellezas más universales; no lo sé verdaderamente. Pero en el muy pequeño círculo de espíritus amigos que me consuelan de la vida, usted está desde hace mucho; y por eso siento la alegría de poner mis músicas en sus manos. Usted es demasiado modesta, a veces; yo sé que lee en mi Poesía mucho más de lo que confiesa. Quizá lea todo; y si no encuentra más, *es porque no hay*. Cuántas veces, detrás de la oscuridad se oculta el vacío.

Creo que nunca le pregunté —con un egoísmo lleno de inconsciencia— si usted escribía. Lo he pensado recién hace poco, y me tortura el no haber sospechado mucho antes que un espíritu tan rico podría muy bien verter su "élan" en la Poesía o en la literatura. Quizá usted esté sonriéndose; pero, muy seriamente, yo le pregunto: ¿nunca ha escrito usted un verso, un cuento, una prosa? Y si la ha escrito, ¿sería mucho pedir que, alguna vez, pudiera yo asomarme a su obra?

Quizá me haya equivocado en mi sospecha. Pero, entonces, ¿puedo sugerir un consejo? Dear friend, en su naturaleza hay todo aquello que cumple la grandeza de una obra escrita. ¿No lo ha pensado nunca? No, quizá, porque usted es harto modesta. Pero a los seres modestos hay que sorprenderlos en su refugio, y exigir de ellos lo que se cree posible; de lo contrario, la modestia termina por parecerse mucho al egoísmo. Y no me crea moralista; nadie más alejado de los preceptos éticos que yo. Pero estaré enamorado de la Poesía mientras viva, y allí donde sospecho que arden sus fuegos, allí trato de descubrirla...

Y, siguiendo una graciosa frase suya, en el supuesto de que me haya equivocado y que mis suposiciones carezcan de sentido, "I'll be rather sorry for my lasts sentences... or nonsenses?".¹⁰

A propósito de su "sorry": ¿por qué eso de "do not let your pupas take up *so much* of your time?"¹¹ No lo entiendo bien, y la P.D. termina de oscurecer su sentido. ¿Cree usted que yo me consagro en exceso a la Escuela? Si es así, se engaña. Escamoteo todo el tiempo posible; leo hasta por demás, y me ocupo preferentemente de mí mismo, con un narcisismo que será escandaloso, pero que a mí me ha parecido siempre encantador. Cierto es que tengo muchas horas semanales; Pero insisto en que ningún establecimiento oficial del mundo logrará jamás "take up so much of my time". (Ahora, si no he entendido lo que usted quiso decirme, espero que lo aclarará; confieso mi fracaso.)

¿Cómo está Bolívar? Chivilcoy es aburridor, como todo pueblo de provincia. ¿Verdad que basta alejarse de la capital para comprender lo que ella significa? Una mañana —¿recuerda?—usted y yo hablamos de cómo se pierden los amigos a poco de alejarse de ellos. Tiempo y espacio: factores eternamente negativos. Usted lo había sufrido, y yo supe de eso y lo sigo sabiendo en la actualidad. Ahora que la capital está tan cerca de mí, ahora que voy todas las semanas... es ya tarde. Tarde para retornar a un pasado lleno de cosas hermosas; es tarde para volver a ser como antes, encontrar los mismos afectos y las mismas esperanzas. Hay, en todo esto, una ciega crueldad que no me importa analizar. Me he vuelto harto escéptico acerca de valores que antaño se me antojaban incommovibles; el concepto de la amistad es uno de esos valores que ha perdido para mí gran parte de su sentido. ¿Qué fuerza genuina hay en la amistad, si basta distanciarse, enfrentar problemas distintos durante cierto tiempo, para que todo lo que antes mantenía vivo el afecto se enfríe y se desnaturalice? En suma, la amistad es un inmenso egoísmo: se tiene un amigo mientras ese amigo refleja los mismos problemas que lo afectan a uno; mientras es una especie de espejo complaciente. Pero cuando el amigo se aleja, recobra su individualidad, se torna verdaderamente *otro*, entonces, precisamente cuando la amistad debería cumplir todo su sentido, es cuando se derrumba, y se reduce a una fría relación que espanta y que, en suma, es mejor romper y terminar...

¿No le parece que tengo un poco de razón? ¿No le ha pasado algo así, a usted?

Bueno, quizá le estoy amargando una hermosa mañana de sol, o una tarde serena; será mejor que ponga punto final a tanta tontería. Pero antes, un pedido. Se trata de lo que usted llama —so nicely—mi "lovely sonnet".¹² Después de enviárselo, comencé a sentirme cada vez más disconforme con el último verso del segundo cuarteto, y terminé por modificarlo. Le copio la modificación, pensando en que usted verá como yo que la idea gana en claridad, y el verso en música y ritmo. (Perdón por tanta vanidad; pero mis sonetos son como músicas para mí; un acorde falso me anega de amargura.)

"Cantar, ya cuando, nunca en el ahora."

Y muchas gracias.

Me gusta mucho el tomito de Christina.¹³ Despierta mis recuerdos y, al margen de eso, posee una poesía de tono menor, que un crítico llamaría crepuscular, a la manera de Samain. Alguna vez intentaré traducir algún poema, y le pediré su opinión. Los Rossetti han sido injustamente olvidados por los traductores; merecen ser más *conocidos*, bien que estos tiempos no sean como para sentir *con hondura* su belleza elegíaca y un poco "fade".¹⁴

Le agradeceré mucho que cuando visite a Marcela a su mamá, les *transmita mis saludos y mis deseos* de que estén bien. Dígale —si no es mucho pedir —a la señora de Duprat, que su hermoso regalo alegra mi comedor, que es como una ventana abierta sobre el paisaje de Bolívar, paisaje que concierta en mí tantos recuerdos, tanta gratitud.

Y ahora, punto final a mí ya excesiva intrusión en su "valuable time". Con un soneto de despedida, un poco amargo y acaso falso, pero con la compensación de una claridad absoluta, que termina por tornarlo un poco tonto.

Mínima

Yo no tendré jamás la poesía, como una piedra azul entre las manos. Tú me dijiste —triste —que eran vanos los ríos que mi sed le encarecía.

Fría la música, ay, melancolía de juncos agostados, de milanos negros; de cárcel, siempre de vernos ausente, viuda en sí de melodía.

Y volverán los aires a poblarse y volverá el narciso a doblarse tembloroso de sed al agua fría; será el alba en la paz que ya no espero, será la fuente en la alta noche, pero yo no tendré jamás la poesía.

Hasta siempre, con la amistad de

Julio Denis¹⁵

,

A Mercedes Arias

BUENOS Aires, diciembre de 1939

Dear friend:

You said it! So you invite me, to write you in english? All right, you will pay for it! If you can understand my hyerogliphics (look that orthograph!) I'll be surprised! So now you know; its not my fault...¹⁶

Abandono el inglés —o lo que sea —para pedirle perdón por mi demora en contestarle; pero los exámenes —y las semanas que los precedieron —fueron una pesadilla. Chivilcoy es un desierto —con 60.000 habitantes; funny eh?— donde se vive, y se habla, y se camina; y se rabia dentro de la más absoluta inconsciencia; involuntaria por parte de casi todos los moradores del pueblo, y voluntariamente decidida por mí. Yo tengo un miedo que no sé si usted ha sentido alguna vez: el miedo a convertirme en *pueblero*. ¿No ha advertido —¡cómo no!— la espantosa mediocridad espiritual que caracteriza al habitante "standard" de cualquier ciudad chica? A veces me sorprendo a mí mismo en pequeños gestos, en mínimas actitudes que delatan una influencia de ese medio; y me aterro. Siento que me rodea el vacío, que cualquier cosa es preferible a caer en ese pozo vegetativo que es un Chivilcoy, un Bolívar... Aún aquellos que leen, que tienen inquietudes, que comprenden algo, no pueden huir del *clima* emponzoñado del ambiente. ¡Y esto es la Argentina! (No, no; la Argentina es Buenos Aires, y luego el paisaje; una gran ciudad, y muchos maravillosos paisajes repartidos en los cuatro vientos; nada más...)

Su carta, llegada a Chivilcoy, fue una gran alegría para mí. No, I'm not disappoointed because you say you understand my poems. In the contrary, I feel very glad; it's a comforter thought, to know I have a friend who reads me, and feel the same feeling I have. You say: "I like them" (the poems). Thanks for that; it's wonderful to hear it.

It's a pity you don't write; I feel you have things to say, and that you could say them nicely.¹⁷ (No es exactamente la palabra, pero usted comprenderá. Además, y aunque usted se enoje, le voy a decir una cosa: no le creo del todo; sobre todo después de esa frase suya: "I consider literature the highest art and I won't help to degrade it".¹⁸ ¡Hum! Cuando se considera a la literatura "the highest art", es difícil desoír el canto de las sirenas. So my conscience is not eased, and I will keep always my suspicions about you!¹⁹

¡Gracias por *Rocking Chair*! Ya la sé de memoria, cosa sorprendente, porque jamás puedo recordar una letra —los atardeceres de Chivilcoy me han sorprendido más de una vez compitiendo con Hoagy Carmichael. Todavía no he comprado nuevos discos de jazz, salvo uno de la orquesta negra de Spike Hughes, que es excelente. Se llama *Air In D Fiat*, y *Sweet Sorrow Blues*.

Me gustaría no hablarle de la guerra. Es un tema que me desagrada. Pero nos rodea, nos envuelve, y termina uno por sentirse coparticipando de ella. El drama del *Graf Spee*²⁰ ha cerrado los anillos de la atmósfera que ya era de por sí espesa y caliginosa. ¿En qué terminará esto? Nosotros, colonia comercial del Reino Unido, ¿seremos arrastrados al torbellino? (Espero que no tendrá inconvenientes en ser mi madrina de guerra...)

Esta vez no le envío sino un muy pequeño poema, que tiene para mí un encanto especial. ¿No piensa usted que la rosa es una flor *sobrenatural*? Está —junto con el narciso, el lirio, y acaso la amapola —más allá de la botánica; trasciende lo puramente natural; es ya mensaje, idea, qué sé yo. Es casi canto; le falta la voz, que es lo que ha querido expresar ese poemita; cuando la rosa se abre, ¿no piensa usted que hay en ella como una desesperada ansiedad de música? Pero es la vana espera, para ella como para todos. Destino de los que estamos aquí abajo, y que nos une un poco al animal y a la planta... (Francamente, debo estar aburriéndola hasta lo indecible; que la placidez de estos días de

Navidad le dé paciencia suficiente...)

I hope you will like Coleridge's poems. I confess that I searched a book with William Blake poetry; I could not find it, so I thought that perhaps you don't disagree (This must be awfully writ —ten) entirely the rhymes I send you. Don't you think that Coleridge was a great poet? Maybe a little "prosista" at times, which do not surprise me, because is the "national mark", in all those poets. You know, Poetry is a thing that only French can handle easily...

What about your french? Do you read fluently? If you do, let me know; I have a book for you to enjoy; poems by Rainer Maria Rilke, the greatest poet that Germany ever had. They are translated into french, and are a little difficult to *feel*, because Poetry is a matter of feeling, of intuition, more than simple understanding.

My german has been interrupted since I went to my new work. But I've promised to myself a severe and ascetic study during the holidays.

My friend, as a foxtrot says, THIS is PLENTY! You must be in the very doors of sleep.²¹ Espero que esta carta encontrará muy bien a su familia y a usted, y que pasará unas hermosas vacaciones. ¿Viajará? (Supongo que no a Bolívar...)

a very peaceful christmas and a terrifically happy new
YEAR.²²

¡Cheerio!

Julio Denis

ENERO de 1940, en Buenos Aires

Muy apreciada señora y amiga:

El comienzo de su carta es un fiel prelude a su entero contenido. Ha escrito usted con la bondad y la profundidad que el destinatario no merecía; sus palabras de amistad me llenan de agradecimiento y —sería tonto negarlo —de confusión; porque insisto en no merecerlas, en estar muy por debajo del concepto que usted tiene de mí. No tiene usted —ni tampoco Marcela —que preocuparse por una carta anterior que quedó sin respuesta; en primer lugar, porque si no estoy muy equivocado, mi carta era contestación al gentil obsequio que recibí en mi cumpleaños; y, además, porque entre nosotros no tiene por qué existir la muy social, urbana y convencional costumbre de responder indefectiblemente a los mensajes recibidos. Con lo cual yo también cierro este "prólogo" y me dedico a la muy agradable misión de escribirle.

Le pido que le diga esto a Marcela: que si alguna vez deja de escribirme por un escrúpulo "literario", me obligará a pensar mal de ella; a creerla vanidosa, puntillosa, y demás conceptos análogos. Agréguele que cuando yo escribo a alguien que aprecio, suelo dejarme la literatura en la antesala, ya que una cosa es el sentimiento, y otra el metier y que si bien muchas veces ambos pueden conciliarse elegantemente, no es ello condición "sine qua non"; tras de lo cual le agradeceré que le agregue las mismas palabras que me ha escrito a mí, y que son muy justas. Yo pienso como usted que la amistad trasciende lo intelectual, y que puede muy bien prescindir de toda gala... Y, finalmente, que Marcela no sea tan modesta —falsamente modesta, estoy seguro, porque ella tiene todo el "esprit" y toda la instintiva gracia femenina que vale más que lo literario... Y luego pídale perdón de nuestra parte por todo esto, porque estoy casi seguro de que se va a enojar mucho, va a hacer uno de sus mohines característicos, y va a mirar es —carta con esa expresión entre resentida y burlona que tantas veces le he sorprendido...

[...] Muchas gracias por sus votos de felicidad, que le agradezco hondamente, me agrada saber que le gustó el librito, y que acerté con una de sus preferencias. Pero no puedo menos de protestar por sus "sospechas" a propósito de mis juicios sobre sus cuadros. Señora, el día en que no me guste un cuadro suyo, tenga usted la seguridad de que se lo diré con la misma sinceridad con que le he elogiado los restantes —entre los cuales se destaca particularmente el paisaje que ahora mismo estoy mirando—. ¿Acaso no le dije una vez que no me agradaba el esbozo de retrato de Marcela que usted había comenzado? Sus paisajes tienen un algo que me alcanza hondamente; qué es, me resultaría imposible precisarlo, porque es antes una cuestión de sentimiento y de sensación que un mero balance intelectual. Sus cuadros me recuerdan siempre una frase de Corot, que leí en un libro de ese Jean Cocteau que tanto desdeña Marcela. La frase del gran paisajista dice: "He experimentado esta mañana un placer extraordinario al ver de nuevo un cuadrito mío. No había nada en él; pero era encantador y estaba como pintado por un pájaro".

Así son sus paisajes. ¿Qué hay en ellos? Nada: es decir, lo de siempre, agua, árboles, mínimas construcciones, cielo, nubes; todo lo que apenas miramos en nuestra marcha fugitiva por el tiempo. Y sin embargo, el pájaro ha cumplido su misión; usted ha visto estéticamente, es decir, ha ennoblecido, ha re-creado el paisaje. Vea qué íntimo y delicioso sentido tiene la palabra "recreación" cuando se la aplica a la obra del artista. Sus cuadros son un recreo para quien los mira con la inocencia necesaria; y son un recreo sencillamente porque son un re-creo. ¿Me he puesto sibilino? No me parece; pero, con todo, quisiera explicarle eso de "inocencia necesaria"; he querido referirme a la actitud que todo asistente a una obra de arte debe crear en sí mismo; siempre me ha parecido que hay que asomarse a la belleza con

la pura actitud del niño, que es niño precisamente porque es puro e inocente, porque ignora los prejuicios. ¿Y qué es un prejuicio? Es, en la mayoría de los casos, lo que nos oculta la verdad de algo. Rilke, el gran poeta alemán, lo dice en un poema que quisiera tener para copiárselo. Recuerdo este verso: "Y esto se llama perro, y esto se llama casa... Vosotros, con vuestros nombres, andáis matando las cosas". ¡Es así! Matamos las cosas poniéndoles nombres, etiquetas, llenándolas de prejuicios; cuando queremos asomarnos a la belleza, esa clasificación rigurosa nos oculta su lumbre. ¿No le ha ocurrido a usted ponerse a mirar un semblante ya conocido, clasificado, rotulado, y encontrar de pronto que es distinto, que es otra cosa, que repentinamente se intuye y se descubre? Es una experiencia aleccionante, se lo aseguro; puede repetirse con cualquier cosa, hasta con una palabra; me pasa a mí repetir diez, quince veces una palabra común y repentinamente darme cuenta de lo distinta que es al sonido y a la imagen que habitualmente tengo de ella...

Bueno, bueno, no hay derecho a que me extralimite en esta forma; hace rato que estará usted aburrida; pero déjeme decirle algunas cosas más acerca de sus cuadros —usted les llama "cuadritos" y "obritas", y le aseguro que el diminutivo me resulta encantador—. Todo lo que sea paisaje rechaza con igual fuerza la excesiva intelectualización —disección, le llamaría yo—, y la reproducción textual, fotográfica. Usted ha logrado evitar ambas cosas; no hay en sus cuadros la tiranía absoluta del dibujo —que Ingres exageró sin medida— ni la voluptuosidad del color por el color mismo —peligro al que se abocó la escuela del impresionismo y del mismo Cézanne—. Yo encuentro en sus paisajes un equilibrio que concilia sin esfuerzo las mayores exigencias de la sensación y del pensamiento. No hay fotografía; pero tampoco hay Van Gogh. Y me gusta que sea así; yo me sumerjo en sus paisajes con la seguridad de volver de ellos lleno de serenidad, y de... falta la palabra justa; yo tengo una imagen, que me niego a explicar, y que es ésta: yo vuelvo de sus cuadros, prolijo de palomas. Raro no? ¡Pero dice todo exactamente lo que siento!

(Usted ve, la poesía está para que uno pueda expresar lo inexpresable; cuando se es un mal poeta, nadie lo comprende a uno; pero cuando se es grande, entonces todos tienen una parte de ese paraíso. Pero yo no puedo nacer de nuevo...)

Y ya que hablo de poesía, Marcela y usted me perdonarán que no les envíe ningún poema; estas últimas semanas me he encontrado trabajando en ellos intensamente, con motivo de un cierto... llamémosle certamen, instituido por la agrupación de *Martín Fierro*²³ y le aseguro que me he cansado un poco, y que quiero dejar dormir un tiempo todos mis últimos poemas. Por eso les debo el cumplimiento de mi promesa tan gentilmente aceptada por usted.

En cambio, me parece que descubrí el poema de Montesquieu al que se refiere usted en su carta. No se llama "Le vieux serviteur", sino *Prière du serviteur*. ¿Será el mismo? El tema parece coincidir con las referencias que encuentro en su carta... De todos modos, se lo envió con mucho gusto, y ojalá haya acertado:

Prière du Serviteur

J'ai rangé la demeure et refermé la salle; je veille sur les biens de mon maitre endormi; Le grand chien du logis, qui s'étend sur la dalle N'a pas ainsi que moi les yeux clos h demi.

J'aifait taire la vasque et fait luiré la lampe: J'ai serré la vaiselle et plié les habits; Et, dans la paix obscure ou s'achève la rampe, Mes pleurs silencieux coulent sur mon pain bis.

Je n'aurai de repos, Seigneur, que sous la pierre: Pour la première fois l'appel me sera doux Lorsque je l'entendrai dans le fond de ma bière, Et que je dirai: "Maitrel" et que ce sera Vous!

Me gustaría copiarle, además, una bella poesía de Rémy de Gourmont, que encontré en una vieja antología. Hay en ella un perfume que usted y Marcela —almas cristianas— sabrán aspirar plenamente. Si yo encontré la belleza de ese poema, ustedes sabrán ver además lo que en él hay de santo y de angélico. (Le agradezco mucho el relato que me hace de la misa de Navidad; y sus deseos de saberme próximo a la gran perfección: ¿quién sabe? ¿Conocemos el mañana? ¿Conocemos acaso el segundo que

sucedará a este segundo que vivimos? Los caminos de Dios son inexplicables; muchos lo han dicho, y Él lo prueba diariamente. Pero yo parezco estar condenado a esa "sécheresse d'âme",²⁴ y mi camino de Damasco ha de estar lejos...)

Pero más interesante y más bello que esto es el poema de Gourmont:

L'eglise

Simone, je veux bien. Les bruits du soir
Sont doux comme un cantique chanté par des enfants;
L'eglise obscure ressemble a un vieux manoir;
Les roses ont une odeur grave d'amour et d'encens.

Je veux bien, nous irons lentement et bien sages,
Salués par les gens qui reviennent des foins;
J'ouvrirai la barriere d'avance a ton passage,
Et le chien nous suivra longtemps d'un oeil chagrin.

Pendant que tu prieras, je songerai aux hommes
Qui ont bâti ees murailles, le clocher, la tour,
La lourde nef pareille a une bête de somme
Chargée du poids de nos péchés de tous les jours:

Aux hommes qui ont taillé les pierres du portail
Et qui ont mis sous le porche un grand bénitier;
Aux hommes qui ont peint des rois sur le vitrail
Et un petit enfant qui dort chez un fermier.

Je songerai aux hommes qui ont forgé la croix,
Le coq, les gonds et les ferrures de la porte;
A ceux qui ont sculpté la belle sainte en bois
Qui est représentée les mains jointes et morte.

Je songerai â ceux qui ont fondu le bronze
Des cloches où l'on jetait un petit anneau d'or,
A ceux qui ont creusé, en l'an mil deux cent onze,
Le caveau ou repose saint Roch comme un trésor;

A ceux qui ont tissé la tunique de lin
Pendue sous un rideau a gauche de l'autel;
A ceux qui ont chanté au livre du lutrin;
A ceux qui ont doré les fermoirs du missel.

Je songerai aux mains qui ont touché l'hostie,
Aux mains qui ont béni et qui ont baptisé;
Je songerai aux bagues, aux cierges, aux agonies;
Je songerai aux yeux fermés qui ont pleuré.

Je songerai aussi aux morts du cimetiere,
A ceux qui ne sont plus que de l'herbe et des fleurs,
A ceux dont les noms se lisent encore sur les pierres,
A la croix qui les garde jusqu'à la dernière heure.

Quand nous reviendrons, Simone, il fera nuit close;
Nous aurons l'air de fantômes sous les sapins,
Nous penserons à Dieu, à nous, à bien des choses,
Au chien qui nous attend, aux roses du jardin.

Que los poemas les agraden, que hayan comenzado felizmente el nuevo año y que estas vacaciones de Marcela sean para ella y para usted motivo de muchas alegrías, es el deseo de su siempre amigo
Julio Cortázar

Espero que Marcela regrese felizmente de su excursión a través de la pintura antigua. Que se cuide de los dragones y los hipogrifos que, a manera de pintoresco resabio pagano, los monjes visionarios del medioevo agregaban a sus figuras de santos, quizá como compensación y contraste. Y que si se siente en peligro, que clame por San Jorge: los pintores venecianos le enviarán sus admirables figuras del santo, o, en el supuesto de que el rubio caballero esté ocupado en alguna nueva aventura redentora, le harán llegar un San Cristóbal, que protege a los niños y a las niñas empeñados en cruzar los ríos... aunque sean ríos de color, de línea y de relieve. Con muchos saludos a su abuelita.

Julio Cortázar

BUENOS Aires, febrero de 1940

Amigo Luis:

Hace un mes que recibí su carta. ¿Ha observado usted que hay veces en las cuales resulta imposible responder de inmediato a un mensaje amistoso? A mí me ocurre con desoladora frecuencia; y ello me ha traído como consecuencia no pocos reproches de amigos queridos. Pero —y esto me *interesa* particularmente —no quisiera que usted hubiese interpretado mi silencio como una especie de "sanción" o cosa parecida; en primer lugar, porque carezco de motivo para ello; en segundo, porque aún habiendo razón, jamás me consideraría con la suficiente autoridad para ello; y, finalmente, porque semejante actitud no entra en mi carácter. Con lo cual creo haber disipado toda posible sombra de inquietud por su parte.

Me alegró mucho recibir sus palabras, porque yo sí estaba inquieto, y hasta receloso; temía haber incurrido en alguna falta que provocara el silencio de su parte, y estaba ya camino de esa peligrosa pendiente que nos conduce al escepticismo y a la reflexión amarga. Cosa que le confieso con arrepentimiento, ya que jamás debí interpretar su silencio como un alejamiento afectivo.

Acabo de releer (y no por primera vez) su carta. No insistiré en el tema al cual usted se refiere con pena y amargura; sería absurdo y cruel. Pero me da una gran alegría al decirme que me extraña junto a su piano; ¡si supiera cuántas veces, en la larga soledad de Chivilco y, privado hasta de música, he reconstruido en mi corazón esas tardes que usted me dedicaba! Un amigo me hizo notar, hace años, el maravilloso poder evocativo que posee todo lo musical; uno asocia instintivamente, a cierta obra gustada con deleite, el ambiente, el escenario, y todo aquello en cuyo marco la obra fue escuchada alguna vez. Yo no puedo ahora abrir las puertas de Schumann sin encontrarlo a usted; no puedo pasearme por los tilos y las fuentes de Ravel sin incluir su recuerdo en mi paisaje; y así con todo lo que nos gustaba a ambos y que ambos vivimos en común alguna vez.

Si algo le agradezco, es que me diga que ha releído aquello que mi preferencia, y que piensa en una próxima visita mía a Bolívar. Ahora más que nunca, siento el deber —¡agradable deber!— de acudir otra vez allí donde encontré amigos buenos, y donde supe que el arte no es privilegio de las grandes ciudades... Amigo Luis, en los últimos días de febrero —acaso en los primeros de marzo —estaré yo en Bolívar, para apretarle la mano y sentirme nuevamente un poco dueño de su piano. (¡Y qué exigente me voy a poner, y cómo le voy a pedir *La maja y el ruiseñor* y la *Pavana!*)

No, no me fui a Méjico. Es casi cómico —por exceso de *humanidad*— el hecho de que los factores materiales rijan casi siempre toda tentativa de orden superior. Es en estos días en que comprendo la fortuna que llevan en su alma los verdaderamente aventureros. Un Eugenio O'Neill, que conoce las cuatro esquinas del mundo, que se muere de hambre en Buenos Aires, reacciona en Río, es feliz en Acapulco, se enferma de tifoidea en Singapur, se casa en Yokohama, naufraga en Bali... La libertad absoluta, el disponer de sí mismo para vivir y para morir; el negarse a la dependencia, a hundir la raíz en algo que obligue más tarde a permanecer estable, atado y fijo...

Yo podría irme a Méjico sin dinero; ¿pero podría volver? Basta la segunda parte de la cuestión para anular la primera, y eso es lo que me resulta cómico (ya no me desespero, por otra parte; a todo se acostumbra uno). Yo he comprendido, amigo, que no soy Julio Denis; yo soy solamente una cifra mensual, que debe llegar a manos de una familia que depende íntegramente de mí. Si me voy, la cifra puede desaparecer; y mi cariño hacia esos seres que siempre confiaron en mi burocrático camino hacia las "24 horas", es la más sólida raíz que pueda atarme a Buenos Aires, como antes me ató a Bolívar, y me fijará durante quién sabe cuánto tiempo a Chivilcoy...

(Le estoy diciendo cosas que callo siempre, y que no me agrada confiar a nadie. Pero una particular amargura que empaña la paz de todas mis vacaciones, es causa directa de este desahogo. Además, aquí en Buenos Aires se vive un clima de creciente histeria, de neurosis general. La guerra, la economía, todo ello crea un algo de malsano en el aire que respiramos, en las palabras que decimos. ¡Cómo no lamentar, entonces, el viaje imposible!)

No he escrito nada que valga la pena de leerse. Pero le voy a dar una noticia; envié a un certamen, organizado por la Sociedad Argentina de Escritores, los originales de un libro de poemas. Supe que se trataba de un concurso *serio* —dentro de lo que ello es posible, en este inefable país de influencias y de academicismos—; el premio se dedica a los escritores menores de 30 años (lo cual elimina a los "padres de la poesía" y sus consiguientes influencias políticas y de todo orden); es una iniciativa simpática, que me resultó tan agradable que no pude resistir al deseo de adherirme. Por otra parte, es la antigua y querida revista *Martín Fierro* la que ofrece el premio, y el jurado está constituido por tres positivos valores de la crítica nacional: González Lanuza, Luis Emilio Soto y Jorge Luis Borges. Usted ve que hay las suficientes garantías como para no creer haber perdido del todo el tiempo en mandar un trabajo. Envié poemas extraídos de muchos cuadernos míos y algunos de los cuales usted debe conocer; le advierto que este libro (que se llama *De este lado*²⁵) es el polo contrario —necesariamente contrario — de *Presencia*. Por varias razones: el contenido, alejado de todo preciosismo y de toda "música" exterior; el verso, blanco y enteramente libre; la intención, orientada exclusivamente hacia la raíz de lo *poético*. ¿Hay algo de valor en estos poemas? Quizá; a mí me gustan mucho. Tres personas lo leyeron íntegramente; los tres me dijeron que *De este lado* supera a *Presencia* en aquello que es esencial: en la intensidad poética. Creo lo mismo, lo cual no me impide conservar un cariño lleno de ternura hacia ese primer librito tan bizantinamente concebido, pero lleno de intenciones que, "¡helas!", acaso no se transparentan... (Con *Presencia* pasa esto: que mi orgullo lo perdió. Ocurre que toda la primera parte es soberbiamente oscura, hay deliberación y vanidad; yo quería rechazar *al lector amigo de lo simple, de lo correcto*. Y tanto lo conseguí, que muy pocos se dieron cuenta de la sencillez, de la ausencia de artificio que reinaba en el resto del libro. No estoy arrepentido, por otra parte; nunca he pensado en el lector cuando escribo; usted sabe hasta qué punto es íntimo mi verso. Pero en esta nueva tentativa que ya leerá, me he quitado la pesada sobrepelliz; del soneto [piedra preciosa que sólo unos pocos elegidos facetaron con perfección] y me he quedado con mi piel desnuda, mi piel un poco salvaje a pesar de mis apariencias tan civiles; esa piel desnuda es la que he aprendido a querer verdaderamente. Usted verá algún día si vale la pena...)

Mi amigo Luis, será hasta pronto. Haga presente al doctor Vignau mi invariable recuerdo. Todos mis afectos a su familia, a su novia y a la familia del doctor Capredoni. Que esta carta no lo haya aburrido mucho, es el deseo sincero de su amigo

Cortázar

CHIVILCOY, abril de 1940

Dear friend:

May I begin writing in english? In a little while, if I insist in sending you letters like this, you'll become an expert in hieroglyphics. (It happens that I have not my dictionary here, so I don't even know how to spell the words. Heaven will forgive me, perhaps, but you... you must be blaming me very sternly!)

According to that, I'll go on in my spanish.²⁶

¿Todos bien en su casa? ¿Su tío se repuso?

Hace días que pensaba escribirle; pero tengo mucho trabajo. Además, debía enviarles antes unas letras a Marcela y a su mamá; estaba en deuda con ellas desde enero. ¿Están ya de vuelta en Bolívar? Me imagino que sí.

Eso de que tengo mucho trabajo no es un "alibi"²⁷ ni cosa parecida. Entre la instrucción cívica, la historia de la Mesopotamia y las montañas del Brasil, para no mencionarle las costumbres feudales, los viajes de Colón, etc., etc., estoy al borde mismo del "surmenage".

En fin, digamos que estoy un poco cansado. ¡Y eso que recién comenzamos! Usted dirá que es tonto consagrarse tanto a los alumnos. (Si no estoy equivocado, una vez recibí una frase un tanto enigmática acerca de ese mismo asunto.) Pero yo empiezo lentamente a querer mi trabajo; me gusta advertir señales de progreso en los chicos. Además, ellos se merecen que uno dedique todas sus energías a su enseñanza. ¿No representan el futuro? (Parece una frase de inspector de escuela primaria en gira por el interior.) Yo estoy un poco decepcionado de mí mismo; día a día toma incremento en mi interior un segundo individuo, peligrosamente inclinado al escepticismo, a la angustia —que es lo contrario del escepticismo, lo cual no deja de ser gracioso —y al abandono de toda tentativa.

Gosh! Ahora empiezo a creer que usted, probablemente enterada de que el famoso premio recayó en otro concursante, se dirá sonriendo: "Mr. Denis is a little upset, but he will recover soon". Si tal es su pensamiento, YOU ARE MISTAKEN.²⁸ Perdón por las mayúsculas. Lo que me sucede no es una novedad, y a usted misma ha de ocurrirle despertarse ciertas veces con la sospecha de que la vida es una cosa inútil y absurda, y que Shakespeare tenía mucha razón en su famosa frase. La diferencia conmigo es que yo me despierto... y me quedo por mucho tiempo en esa actitud; la noto peligrosamente viva en mí, desde hace tres años. 1940 me trae una recaída. ¿Durará? No importa; ¿por qué habría de importar? El hecho es que uno vive.

Pero, claro, del concepto que se tenga de esa vida depende el futuro, la obra a realizar todo...

Leyó *La condición humana*. Yo releí ese libro la semana pasada acordándome de que se lo había recomendado calurosamente. Insisto en que es una admirable novela; uno sale de ella un poco menos egoísta, un poco más humano, en el sentido amplio de humanidad.

Pero mi egoísmo es incurable; ya habrá advertido usted que pocas veces o nunca abandono la primera persona en mis cartas. Es de una vanidad insoportable e irremisible. Nuestro tan querido Bernard Shaw es un "bundle of violets" al lado mío...

En cambio, usted, que es humilde, habla poco de sí misma en las cartas que me ha enviado. La invito al orgullo y al egoísmo. Y espero, por lo tanto, una carta donde "I" (yo) sea la palabra escrita mayor número de veces.

He leído poco: Plotino me absorbe. Cuando vaya a casa, el sábado 27, haré un paquete con la monografía prometida y se la remitiré. ¿Cómo va esa Facultad? Cuénteme, cuénteme. Espero una carta, en la que haya también alguna noticia de Bolívar, población inefable.

En las librerías se venden los poemas de Rafael Alberti. Losada ha hecho una edición integral. ¿Quiere leer a un gran poeta? Allí lo tiene.

Con mis saludos a todos los suyos —y uno especial para su tan gentil, culta y "very charming" tía—, me salgo de esta aburrida carta diciéndole: "Cheerio!".

Julio Denis

No se sorprenda del tono un poco inconexo de estas líneas. Vivo un clima raro, que sólo puede ser expresado así.

Hasta pronto.

Do you like "And the angels sing"? Did you see *The Wizard of Oz*?

A Lucienne y Marcelle Duprat

CHIVILCOY, 10 de abril de 1940

Mis siempre recordadas amigas:

No sé cómo empezar esta carta, a menos de hacerlo con el consabido: "Perdón por haber tardado tanto"; y, dicho sea de paso y a la manera de Lope de Vega... la carta está ya empezada. No me excusaré ante ustedes; soy un haragán, el verano me aletarga, me olvido hasta de los buenos modales. Pero mi arrepentimiento se ha hecho tan intenso desde que la soledad de Chivilcoy avivó la imagen de ustedes en mi recuerdo (esto suena tonto, pero es así) que no quiero dejarle al tiempo un solo pedazo más de vida sin llenarlo con mi carta. Las supongo de regreso de Córdoba; tuve el gusto de recibir la participación del acontecimiento que tanto significa para ustedes. No he tenido el gusto de conocer al flamante esposo, pero como sé que su dicha es la dicha de ustedes dos, la comparto yo también y les deseo toda clase de venturas en su nueva vida.

Fuera de la participación, una carta de Marcelle, fechada en enero, es lo último que recibí. Pero tenía noticias aisladas, por Mercedes y Cancio (y últimamente por Cabrera). Supe que estuvieron en Buenos Aires. Yo no me moví de aquí, a pesar de sentir unos desesperados deseos de irme a Méjico. (Eso me ocurre todos los años, y, naturalmente, se queda en deseos...) Nada me ha ocurrido que merezca un comentario especial. No me dieron el premio de poesía. No escribí nada digno de mención. Mil novecientos cuarenta entró en mi corazón con la misma lisa continuidad de esta vida casi inútil.

Chivilcoy es un pueblo como todos. Si alberga espíritus afines, eso no lo sé aún, y con la vida minuciosamente solitaria que llevo, estoy en camino de no saberlo nunca. Pero —y he aquí la admirable compensación —Buenos Aires me estira la mano, a dos horas y media de tren... Viajo todos los sábados, y regreso los lunes por la noche. Resignado y con fuerzas para resistir mis dieciocho horas semanales y el clima horizontal de esta ciudad...

Marcela, ¿sigue usted recortando las revistas encuadernadas, para indignación de su mamá? ¿Completó su colección de primitivos? Me dice usted que teje tricotas "pour les poilus". Las veo a las dos trabajando, y pensando en la guerra; comprendo que tiene que alcanzarlas dolorosamente. Yo también la siento como una herida, y me siento más que nunca cerca del espíritu de Francia, que tanto significa en esta hora amarga. Los acontecimientos de esta semana se precipitan como una pesadilla inconcebible. Y sin embargo... se diría que nadie toma ya en serio la guerra. La distancia y la aparente falta de conexiones entre la Argentina y los pueblos beligerantes, crean una atmósfera de absurda ignorancia. ¿Será mejor así? Yo no puedo resignarme a creerlo, vivo la guerra con cada fibra. Y pienso en ustedes, trabajando para los soldados, como esas figuras de costureras que pintaban los flamencos, con un rayo de luz tibia entrando por un ventanal, mojando dulcemente esas caras redondas, inocentes.

Hablemos de pintura. Lo otro... lo otro está más allá o más acá de las palabras; es fatalidad de la historia... ¿Han leído ustedes la *introduction a la peinture hollandaise*, de Paul Claudel? Es un librito delicioso, verdadero paseo por un aire de tulipanes y lejanos molinos, con las sombras augustas de Hals, de Rembrandt, de los Van Eyck... Madame Duprat, ¿ha pintado usted nuevos paisajes? El que me regaló llena de contento una habitación de mi casa; sé que ya se lo he dicho, pero el repetirlo me causa un particular placer.

¡Los libros! No sé cuántos he leído; sé que fueron muchos, pero se me ocurre que no me han dado todo lo que esperaba de ellos. Día a día comprendo que no se debe supervalorar la cultura, como es corriente —y en una gran medida necesario —en nuestro tiempo. ¿Tendrá razón el alemán Klages, será el progreso una negación del hombre? Difícil resulta creerlo; pero, sin llegar a afirmaciones tan extremas, ¿no piensan ustedes que, en cierta medida, hemos llegado a creer con Ma —llarné que todo

termina en un libro? Cuando, en realidad, yo preferiría insinuar que es allí donde todo empieza...

(Tengo la horrible duda de que estas cartas sean tediosas; ¿serán ustedes sinceras y me lo harán saber, si así fuera? Mis problemas de todo orden se acumulan en todo mensaje que yo envíe a un amigo; y muchas veces temo que tal acumulación carezca del más mínimo interés...)

Es que, en el fondo, ¡estamos tan solos! Rilke —un grande y admirable poeta, Marcela, a pesar de haber nacido en Praga y pertenecer al ciclo germano —lo vio con desoladora profundidad, en un libro que ustedes leerán alguna vez con emoción y que se llama *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. (Hay alguna traducción francesa de Maurice Betz. ¿Les gustaría tenerla? Díganmelo.) Rilke, como todo poeta, midió el abismo de soledad que disfrazamos con el nombre de corazón humano. Él se dio cuenta de que si los hombres no tuvieran a mano de Dios que los sostiene, caerían como un plomo dentro de sí mismos... Y llegó, en sus últimos años a considerar como una dignidad del ser esa soledad absoluta de la condición humana. En los *Cahiers* había dicho: "Cada uno lleva su muerte en sí mismo, como el fruto su semilla". Y luego: "Cada uno debe morir su muerte". Él murió la suya, torturado por el dolor físico, pero negándose a que lo mecieran con calmantes, porque eso no hubiera sido su muerte...

Estamos solos: somos islas. Pero nos desesperamos por tender puentes, y todas nuestras actitudes —lo religioso, lo social, el amor, la amistad —no son otra cosa que esos puentes. Los poemas, los cuadros, ¿no son acaso sordos y a veces inconfesados anhelos de perduración y de inmortalidad? No nos resignamos a nada; y en eso está nuestra grandeza, que es nuestra miseria... Et assez!

No les envío poemas —a pesar de la promesa —porque no he traído mis cuadernos a Chivilcoy. Será en la próxima, entonces.

No saben ustedes lo que me alegrará recibir una respuesta a esta carta. Toda vez que ustedes me han escrito, he tenido una gran alegría. ¿Les contó Mercedes que estuve en su casa —una casa tibia y acogedora como la de ustedes —y que las recordamos muchas veces? Y no sé si les ocurre lo que a mí; yo me quedo con las casas donde he sido feliz, donde he asistido a la belleza, a la bondad, donde he vivido plenamente. Guardo la fisonomía de las habitaciones como si fueran rostros; vuelvo a ellas con la imaginación, subo escaleras, toco puertas y contemplo cuadros. Yo no sé si los hombres son demasiado ingratos con las cosas, o si en mi gratitud hacia ellas hay algo de neurosis. El hecho es que amo los recintos donde he encontrado un minuto de paz; no los olvido nunca, los llevo conmigo y conozco su esencia íntima, el misterio ansioso por revelarse que habita en toda pared, en todo mueble. Una vez (las autorizo a que me tilden de tonto si es que no lo han hecho todavía) un querido amigo mío se mudó de casa, estando yo en Bolívar me comunicó la noticia cuando la antigua residencia había sido ocupada por nuevos moradores. ¡Si supieran ustedes cómo me dolió saberlo! Había en aquella casa, en lo alto de una escalera de hierro, una piecita donde, siendo estudiantes, tres o cuatro camaradas nos habíamos reunido cien veces, para fumar, reír, soñar y decir todos los lirismos que se dicen en la adolescencia. Mi amigo acababa de irse de esa casa, y yo supe de una manera inexplicable pero imperiosa que no había subido a esa piecita para despedirse de ella, para decirle adiós. Se fue de esa casa como la mayoría de los hombres se van de sus casas: fríamente, sin concederle otro valor que el de cosas útiles que repentinamente han dejado de serlo...

Y así se lo dije; se lo escribí doloridamente, y él comprendió. En nombre de todos nosotros, él hubiera debido despedirse de aquella habitación humilde que alguna vez cobijó nuestros veinte años. Cada vez que paso delante de esa casa —en la calle Rivadavia, y es una casa como cualquier otra —siento un remordimiento. Pero me tratarían de loco si pidiera permiso a los nuevos habitantes para subir a despedirme de aquella piecita; me siento cobarde... y sigo de largo.

Ahora pienso que eso les sucede a los argentinos por la misma razón que determina muchos de sus actos: la carencia de una historia.

•tas casas de Europa! ¿Cómo no quererlas, si están casi vivas? Los siglos, las costumbres, la tradición, la han ido llenado de una atmósfera que sólo un extranjero podría ignorar. ¡Pero aquí, con

nuestra civilización de cemento armado y techos defendidos de la humedad! ¡Aquí, con nuestra bonita arquitectura moderna! Claro, uno no puede sentir las *casas*; y sin embargo *yo sé* que ellas tratan de comunicarse, de hacerse querer... Los poetas lo vieron y lo dijeron: yo balbuceo estas incoherencias, como una tentativa inútil de expresar lo que vivo. (Yo me explico los fantasmas: ¿cómo no regresar de la muerte, algunas veces, a visitar las casas queridas? ¿Cómo no acariciar las colgaduras, entornar las puertas de los armarios, asistir al lago de los espejos, entreabrir el aire de los aparadores? Yo seré un fantasma incansable, alguna vez; ¡tengo tantas *casas que* visitar de nuevo, diseminadas en la ciudad, en los pueblos, en las novelas, en la historia...!)

Y basta. ¡Basta! No debería enviar esta carta. Han de estar ustedes conteniendo bondadosamente un gesto de hastío. Perdón, y hasta pronto. Con muchos saludos para la abuelita, mi deseo de que esta "divagación pitoyablemente romántique" las encuentre bien y el afecto de

Julio Cortázar

CHIVILCOY, mayo de 1940

Dear friend:

¿Sabe una cosa? Recibí su carta. La recibí el martes pasado, luego de una serie de peripecias en las que tomaron parte activa un cartero distraído, un buzón equivocado, una vecina, dos chicos, y cuarenta y ocho horas de tiempo. (Con el tiempo solemos ser injustos, y lo excluimos de nuestros repartos; ¿pero no es él, acaso, el arquitecto supremo? A menos que, como Kant, pensemos que... pero no he de empezar con abstracciones; sorry!)

Usted dirá que bien pude hablarle por teléfono para comunicarle la noticia; pero yo —al margen de mi horror hacia ese insecto monstruoso, dotado del don de la palabra —creí preferible escribirle; con el agregado lamentable de que una serie de problemas familiares (una enfermedad de mi hermana) me alejó de la paz y del silencio, condiciones "sine qua non" de mi capacidad epistolar. ¿Es esto una excusa? Nada de ello; apenas una explicación.

Nota importante e inevitable; ahora sí me convencí de que usted no entiende cuando le escribo en inglés (!). Lo veo por la serie de preguntas dubitativas que me formula acerca de mis estados de ánimo con referencia al famoso concurso. ¡Yo, que estaba convencido de haberme expresado con toda claridad! Bueno, habré de convencerme: el inglés no es para mí... Y paso a aclararle sus dudas en mi mejor y más prolijo castellano.

No estuve ni estoy "upset". ¡Dios me libre! Tuve una primera sorpresa. ¡Estaba tan seguro de que premiarían mi libro! ("Vanitas vanitatem", sí; pero condición humana también, y no tengo por qué fingir estúpidas modestias.) Leí diez veces el nombre del ganador. Pues... no decía Denis... y se acabó. No aventuraré mi opinión hasta tanto se publique la obra; hoy me enteré, en Chivilcoy, de que en algún diario o revista de Buenos Aires apareció una declaración del jurado en la cual se menciona especialmente mi libro. ¿Sabe usted algo de eso? Han quedado en averiguarme con precisión esa noticia que, de todos modos, confirma la inteligencia de Borges y & (As you can see, I don't hide my thoughts).²⁹

Me ha escrito usted una carta filosófica. Femeninamente filosófica, es decir, procediendo con una arrobadora sucesión de impulsos y emociones. En realidad, tiene usted mucha razón al suponer que esos problemas se hallan "beyond explanation";³⁰ pero encuentro poco consistente que, a manera de solución —o de sucedáneo —se lance usted a estudios como los que puede ofrecerle la Facultad. Ciertamente que aquello es una disciplina (y, según sus justas palabras, "a way of filling, or killing life")³¹ y que todo estudio supone nuevos problemas y nuevas esperanzas. Con todo, yo he aprendido a través de algunos años de lectura y pensamiento que la solución a esos problemas no viene jamás del exterior. Si alguna vez se despierta usted con la respuesta justa, es que la habrá encontrado en las raíces mismas de su ser, por vías de revelación, acaso... ¿Se acuerda de la famosa frase? "No me buscarías si ya no me hubieras encontrado..." Una enorme lección dicha en nueve palabras. Pero ahora pienso que usted podría replicarme con otra frase no menos célebre: "Por muchas vías se va a Roma". Y me callo.

Hace muy bien en estudiar las disciplinas que se enseñan en la Facultad; pero —¿no se lo he dicho antes?—no deposite en ello demasiada esperanza. Nuestra universidad carece de grandes maestros en la medida suficiente a lo que de su misión se espera. Ciertamente que usted no; asistirá a las clases; no se alarme, porque los libros suplen fácil y ventajosamente las lecciones de un Alberini, de un Rojas o de un Oriá. Observación: la biblioteca de la Facultad es excelente; tiene un fichero donde podrá usted hallar todo lo que precise. Eso, y el faltar a clase, —es lo mejor de Viamonte 430; se lo digo por experiencia.

Me habla usted con mucha amargura del problema de la muerte y de la segunda vida. ¿Quiere encontrar una amarga satisfacción? Lea *Del sentimiento trágico de la vida*, de Unamuno. (¿O lo leyó? Empiezo a creer que hablamos de eso en Bolívar, allá en 1937.) Ese libro —que es una inútil, una desesperada tentativa de *construir la inmortalidad*— deja una serena conformidad. En el fondo, ¿qué importancia tiene todo ello? Se trata de pensar la muerte en función de la vida; conferirle un *valor* que nos haga más preciosa la vida. Y, si la vida: no tiene para nosotros aliciente de ninguna especie, entonces la valoración de la muerte asumirá la tonalidad de *consuelo*; ¿y por qué no desesperanza? Ya ve usted que si hay un concepto rico y positivo, es el de la muerte. Lo moldeamos en nuestras manos, y no hay dos seres humanos que piensen de él la misma cosa. Se ha acostumbrado a creer que la muerte suponía negación. Lo es en el sentido directo; ¿pero no ha leído usted que Heidegger, el más grande metafísico de nuestros días, encuentra el *ser* apoyándose en la *nada*? De la nada sale el ser; y de la muerte sale la vida, si se quiere...

No, I don't believe in an eternal nonsense. That would be stupid. I let that idea for young people,³² que pretenden explicar positivamente la realidad. Cada día me convenzo más de que la vigilia y el sueño son momentos de una realidad que se nos escapa íntegramente, y de la cual sólo advertimos (o creamos) fragmentos aislados. Nunca amé demasiado el racionalismo frío y absoluto; ahora lo detesto profundamente. Creo que en la intuición, en los valores emotivos, en la poesía de todo acto intensamente vivido, se esconden las fuentes últimas de la verdad. Y que es más fácil encontrar a Dios en el pétalo de un jazmín que en el sistema aristotélico...

Por eso, un "eternal nonsense" no tiene justificación para mí. ¿No ve usted que aceptarlo significa destruirse a sí mismo? Sí, ya sé que lo ve con claridad, porque sus palabras me lo demuestran. Pero, dear friend, he aquí algo que yo vivo intensamente y que quisiera transmitirle: el hecho de que no poseamos a Dios, que jamás hayamos tenido una revelación ni una vivencia de su Ser, no es razón suficiente para negar una *finalidad* del mundo y sus seres; no es razón suficiente para creer todo esto una vasta pesadilla, un error, un absurdo, a tale told by an idiot...³³

Usted cree haber hallado una solución a su problema de vida, y habla de "relatividad" de su existencia. No creo que sea solución, ni mucho menos; rechazar la angustia —si se está genuinamente angustiado —es suicidar el corazón. Es matar las riquezas del espíritu y lo que es peor, estérilmente.

Cuando yo me angustio, me angustio hasta la raíz del cabello. Usted lo sabe, porque le he escrito algunas veces cuando estaba bajo un ciclo de desesperación metafísica —perdón por la pedante terminología, pero es así...—. No quiero erigirme en ejemplo vivo. ¡Eso sí sería tonto! Pero, ¿no piensa conmigo que las cosas hay que afrontarlas? Si para usted el problema de Dios, de la muerte, existen, entonces no debe ni puede darles la espalda. Usted *debe vivir*: esos problemas. Si tuviera capacidad creadora, haría poemas, cuadros, sinfonías. Usted afirma no tenerla —cosa que dudo siempre—; pero eso no la excusa de vivir el problema en sí, sin disfraces. Afróntelo; yo lo he hecho y lo hago. A veces es él quien me vence a mí, y yo escribo cosas desesperadas (y desesperantes); a veces venzo yo al problema, y entonces escribo poemas sobre los ángeles, como uno que le enviaré dentro de poco, si no lo quemo antes. Don't turn your back!³⁴ Toda duda es fecunda, y de toda angustia puede nacer una luz. Lo horrible, lo aplastante, es el abandonar el problema y considerarse satisfecho con los pequeños y míseros acontecimientos cotidianos. A mí me parece que es como renunciar a la dignidad misma del ser humano; quitarse el espíritu y el corazón como si fueran túnicas gastadas...

Y si no se encuentra la solución, ¿qué importa? ¿Quiénes la encontraron? Unos pocos iluminados, unos pocos que descubrieron a Dios o —como lo insinúa Unamuno —lo crearon en sí mismos, lo hipostasiaron, proyectándolo al exterior, y luego creyeron que Dios venía a ellos... ¿Pero qué importa todo esto? Se trata de vivir el drama de nuestro ser; sólo así encontraremos la muerte con una honda paz. Lo que venga luego no será ya sorpresa, ni alegría, ni espanto. Porque todo había sido presentido, y explorado mentalmente, y vivido en esencia anteriormente.

WELL, WELL, WELL...

Tengo una mala noticia, que le doy con mucha pena; ocurre que el miércoles 8 (mañana) es el cumpleaños de "granny"³⁵ y, como yo no podré estar con ella, mi familia ha decidido celebrar un "party" el: domingo 12. *Ello* significa que no podré cumplir con su tan gentil invitación.

Si usted cree que el próximo domingo (19) mi presencia —and the records —no serían una molestia en su casa, estoy libre y puedo ir con mucho gusto. Usted me lo hará saber; y, desde ahora, perdón por este inconveniente surgido a último momento y que yo debí prever cuando hablamos por teléfono. (Pero en el teléfono me olvido de tantas cosas...)

Con muchos saludos a los suyos, a Madame y Mademoiselle Duprat, y hasta pronto,
Julio Denis

A Mercedes Arias

CHIVILCOY, 18 de julio de 1940

My dear friend:

Yes, I've been caught up here, too. No week-end at all. But I have so much work (14 mesas) that I can't even think of this sad happening. I'll be free in a few days, and I hope Mr. Coll will give us a little "rest season". I'm *hungry* of run like a wild cat to Buenos Aires just because there are four black boys *called* Mills.

Can you explain me the "resurrection" of John Mills, the eldest one? I was sure he was dead. I *read* it! The papers (about three years ago) were full of news about. They told that the "old man" was taking John's place. And now —I've been looking the snapshots in the Puerto. They're just four boys and a guitar! Jeepers Creepers!

Are you going to listen them? I feel a little afraid. Maybe they are less great than my own conception or them. Who knows? We'll see!³⁶

Lamento que el cambio de horario la perjudique tanto. ¿No hay modo de arreglar el horario? Pasar muchos días seguidos en Bolívar —como en Chivilcoy —es lisa y llanamente una atrocidad.

War, war, war. So that? Escuche: de esto, pase lo que pase, va a surgir, acaso definitivamente, una concepción negativa de la historia como itinerario hacia un fin. Empiezo a admitir seriamente la egoísta salida que ofrece todo nihilismo. Ser optimista, *ahora*, es grotesco. Y, con todo, es la actitud heroicamente necesaria. Hay heroísmos grotescos, éste es uno.

Pero yo empiezo a ver la necesidad de un análisis *esencial* de conceptos tales como *cultura, hombre, democracia, valores, teología, progreso*. No se me escapa que, en épocas de guerra, el pensamiento tiende a aislarse, a contemplar con abstracto pesimismo, la agonía de pueblos que se matan. Pero hay mucho de justo en la amargura que vivimos hoy. Comprendemos de improviso cosas que ayer, en la paz, no hubiéramos tolerado. Yo advierto que la democracia (con sus típicas formas de gobierno) no pasa de un ideal *jamás* realizado. Los pueblos no tienen un nivel espiritual como para regirse. ¿Qué les falta? ¿Cultura? ¿Pero es la cultura suficiente? No. Marx tenía razón, y el capital hace bailar los títeres. El dictador fascista o nazi es el hombre que sustituye un *valor* por *otro*—, quita la riqueza como signo de poder, y la sustituye por la *ambición* (ambición de todo orden: "lebensraum", dinero, gloria, megalomanía autenticada por un programa político y una +).

En las repúblicas manda el capital (disimuladamente).

En las "dictaduras" la ambición (sin máscara).

Esto no intenta ser un paralelismo. Pretende únicamente postular que el hombre del siglo XX —como *masa*— sigue siendo exactamente tan imbécil y miserable como bajo los Césares y los Alejandros.

Pretende sostener que el cristianismo no ha servido para nada, y que nosotros, la minoría culta, alejada del dinero y la ambición, con fines sublimados (arte, poesía, Dios, qué sé yo) haríamos muy bien en permanecer alejados de toda milicia, de toda participación.

Pero no podemos con el genio, y seguiremos sufriendo como sufre usted, como sufro yo. Y —I'm afraid —per saecula saeculorum.

Voz de algún angelito que lee por sobre mi hombro: "So WHAT?".

Es cierto. So what? La Tierra es nuestra cárcel; sufrámosla sin *demasiada* desesperación que, en el fondo, es orgullo. (Todo esto último como inspirado por el angelito, es franciscano y evangélico. Take it or leave it! I leave it!)

Porque en el fondo, soy de un orgullo luciferino.

What's wrong in this sentence? Of...? It doesn't *sound* right to me.³⁷

(Julio 19)

(¿Es que, después de todo, hemos perdido la fe en la democracia? No. Como forma de gobierno, como ideal social, sigue siendo la coronación histórica, moral, ética del hombre. Pero es un *ideal*. MÓKse ha logrado aún. Y uno teme —*now*— que no llegue a realizarse nunca. ¿Serán las fuerzas primarias —instinto, apetito, afán de poderío, fuerza —más *humanas* que la cultura, que el espíritu? ¿Tendrá razón la psicología del inconsciente, y estaremos guiados por fuerzas que escapan a nuestro control lúcido? ¿Dónde está el *valor*? ¿En el espíritu, en la libertad que buscan expresarse *socialmente bajo formas liberales*? ¿O en la ciega fascinación que provoca la conquista —actividad sexual desviada, disimulada —y el imperio de la fuerza? Hace años (Cuando vivíamos ingenuamente seguros de lo primero] no habríamos vacilado en responder. Ahora, todo es distinto. ¡Piense en Francia! ¡En Francia! Esto es una nueva Edad Media. Al dogma religioso sucede el dogma político-económico-social y recomienzan los actos de fe. Y el antisemitismo.

Pero por encima de ello —como en la Edad Media —algunos cerebros y algunos corazones se evaden, y esperan.

Se espera siempre. Algo. What else can we do, today, *here*?)

(Me voy a corregir pruebas,

Hasta la noche.)

Home, lunes

This is a very unusual letter! Me vine el sábado por la tarde y recién hoy encuentro *clima* para seguir escribiéndole. By the way, I found out the Milis mystery. Poor John is *really* dead. Yesterday, I heard a record: *Rockin'Chair*. How sad was the voice of that boy, saying: "Send me down, send me down, sweet chariot, for the end of my troubles I see".

Aren't we romantics?³⁸

Advierto con toda claridad las lagunas de mis anteriores ideas acerca de los destinos del "homo sapiens". Pero me perdonará usted si cierro ese capítulo. Me resultaría penoso continuarlo. Con todo, espero que no habrá *misunderstanding*. No he perdido la fe en los sistemas que tienen en cuenta la *dignidad del hombre*. Ocurre que esa dignidad no ha sido plenamente *sentida* por los pueblos. Y que la democracia por ende sigue siendo un sistema a la medida del superhombre...

Felicitaciones por el comportamiento de sus chicos. Los míos han estado muy bien, y estoy contento. Le copio algunas "perlas" chivilcoyanas:

"Los papas se excomulgaron a sí mismos, haciendo extensiva la excomunión a sus descendientes".

"José (el patriarca) le dijo al copero del faraón que iban a fusilarlo a los dos días."

"Una prueba de instinto la dan los horneros, que no trabajan en día domingo..."

And plenty more!

No sabe cuánto me alegro de que le haya gustado mi "Nocturno". Sí, acaso irá en el libro, si el libro *acaece*, como diría Borges. Revisaré los versos que no le agradaron; creo, "a priori", que tiene razón. Pero el poema se quedó en Vilchicó —así le llamo a Chivilcoy —y no puedo hacer la pericia. So you had "Bedtime Story"? I like that little thing. It's *deep*, in a sense; an every time I read it again, I feel an strange "youch", as if something were *alive* in it. Funny! But I feel it.³⁹

Acabo de escuchar a los Mills Brothers. You see, the boys are the strongest note (por lo repetido) in this letter. (Rather, a *blue* note, don't you think?)⁴⁰ Los escuché por L.R.4. Me gustó "Just a kid named Joe", pariente cercano de "Shoe-shine boy", que ellos cantan también admirablemente. The boys are *amazing* John must be satisfied, now, in his heavenly place, near "de Lawd", in the "green pastures".⁴¹

No sé nada más bello, más hondo, más *mío* que el folklore y la religión —lo cual es la misma cosa

—negroamericanos. And now, Stop!

Las ideas de Mr. Cabrera son, como siempre, sorprendentes. No se queje de conocer *sólo* (sic) literatura inglesa. Pero en este caso pienso que deberían iniciar a los chicos con cosas más accesibles. Por ejemplo —y esto le va a parecer paradoja—¿el teatro de Maeterlink? ¿Por qué no *Les Aveugles*? ¿*O La Intrusa*—: (O'Neill, en manos de actores aficionados derivará al "grand guignol", lo cual será deplorable.) El teatro es una cosa admirable, que yo desconozco minuciosamente. De lo contrario le propondría títulos y autores (cosa que usted, por otra parte, no me ha pedido). Espero que me haga llegar noticias de los resultados de la heroica empresa. (¡*Heroica*, en Bolívar, en un *pueblo*!) ¡Vaya si lo es...!

Me gusta que haya escrito sobre "Gene"⁴² su monografía. ¿Tendré la suerte de leerla? Creo que Battistesca lo hará; el hombre suele hacerlo, cosa no frecuente en la Facultad. Recuerde que espero tener el gusto de conocer a O'Neill a través de su opinión.

Sí, los poemitas de los chicos santafecinos son hermosos. Los leí en el mismo volumen del cual hablamos. Es cierto: nosotros matamos al niño. Pero —y he aquí nuestro atenuante —librado a los juegos independientes de su inteligencia y su sensibilidad, el niño termina casi siempre por ceder al hombre (cerebralmente lúcido, razonador, *no-poeta*) que dormía en él.

Unos pocos se salvan. Y éstos —piense en Rimbaud, en Rilke, en Lautréamont —pasan por encima de toda *educación* (en el sentido burgués del término) y llegan a su destino. Nobody can stop a poet!⁴³

En cuanto al pequeño Roney, demostró que todo niño sensible es capaz de reaccionar sinceramente —es decir, poéticamente, libre de preconceitos o moldes —cuando quien lo escucha es tan sensible como él. Misteriosos lazos unen a los corazones. Roney le dijo a usted una cosa bella; todo niño que se sabe comprendido abre las esclusas de su intimidad. Pero es preciso que haya a su lado alguien que, como usted, sepa leer hondo en las almas de los demás.

Hasta pronto,

Julio Denis

Afectos a los suyos.

CHIVILCOY, 31 de julio de 1940

Chère madame:

La llegada de una carta de Marcelle desató los remordimientos que se habían venido acumulando en mí. No le pediré perdón por mi retardo en responderle; de lo contrario, creo que tendría que iniciar así *todas* mis cartas. Mi castigo será lo que usted piensa a estas horas de mí; y le aseguro que, para mí, es un duro castigo, que espero no merecer más en el futuro.

Mi silencio no supone indiferencia hacia la tan bella carta que recibí de usted. Esa carta me acompañó cuatro veces a Buenos Aires, y otras tantas retornó conmigo a estas *landas*. Cada vez esperaba hallar la paz y el silencio que me dictarán la adecuada respuesta a tanta dulzura, a tanta íntima confianza que emanaba de esas páginas como un perfume, como un sonido lejano pero clarísimo...

Hoy *debo* contestarle. Y no crea que me falta el clima adecuado. Es un día gris, hace frío: escenario de pintores holandeses. Luz fría pero cordial. Un gran silencio —¡raro!— en la calle. Aquí, un olor a libros, y una música suave, que mis discos me dan generosamente. Preparé lecciones; me siento contento con mis chicos de la escuela. Me quieren, y yo los quiero. Estudian mucho. Y eso me basta, hoy...; Yo *sabía* que usted guardaba consigo casas viejas, jardines, "capillas", y cosas, muchas cosas. ¿Cree que, de lo contrario, le habría hablado de *mis* casas? No crea que lo hago con frecuencia; a usted le ocurrirá, como a mí, sentir un pequeño e inofensivo egoísmo que lleva a callar todo ese mundo que es ya sueño y fantasma, a guardarlo para raras horas de confianza. Por eso es que le agradezco tanto su gesto de responderme con sus propios recuerdos, recuerdos que han llegado intensamente a mí, a través de sus palabras tan finas.

Me habla usted de las casas de Francia, de los nogales, de los parques. ¿Qué será de todo eso? ¿Dónde estará hoy el alma de esa tierra que tanto queremos? En unos pocos corazones, la llama sigue viva, y de ellos surgirá mañana una nueva libertad. No quiero hablarle «te la guerra, porque sería inútilmente cruel. Que la pesadilla termine; nosotros estamos despiertos, y mirando hacia la luz... (Muchas gracias por haberme confiado esos paisajes y esas *cosas llenas* de palpitante luz —que tanto significan para usted. Yo las guardo cuidadosamente, y no se convertirán en *objetos*. Acaso, algún día, *§a* en un poema que será solamente para Marcelle y usted. Acaso.) V Leí los versos de esa señorita. Ante todo, protesto —mais tres doucement —por una frase suya: "Le repetí que es usted "mallarméen" y que por lo tanto sus versos no pueden agrandar", etc. ¡Oh, no! Je vous repéte: non! chère amie, *j'aime la Poésie, avec ou sans* Stéphane. Mon Dieu, je vous en prie de ne me *ranger* pas, de ne m'attribuer pas un *partí pris*! J'avoue ma prédilection pour "Mallarmé", mais si vous saviez comme j'aime d'autres Poetes! Avec la même raison, vous pourrais —c'est bien ça? (Pardon)— m'honorer avec des titres comme "rimbaudiste", "lautreámontiste", "rilkiste"—jusqúa l'infini!⁴⁴ Comprendo que lo que en realidad ocurre es un malentendido perfectamente explicable. Ustedes conocen *Presenciay* no mucho más, dentro de lo que yo he podido escribir. Desgraciadamente me expreso de una manera oscura (¿mea culpa?); y eso, a juicio de ustedes —amén de mi confesado cariño hacia el simbolismo— me acerca al dulce Stéphane y a su escuela. Pero (lamento hablar tanto de mí, pero tengo que hacerlo para aclarar mi situación) ocurre que *lo único* que me acerca al simbolismo es esa aparente oscuridad. ¿Y es ése mi parentesco? No, porque se trata de una consecuencia *externa* al Poema en sí, a su intención, y a los cánones que rigieron su nacimiento. El *simbolismo* es —ahora— un ilustre muerto. Sería falso y anacrónico pretender insistir en sus peculiares intenciones, y en las *maneras* con que esos poetas las llevaron a cabo. Si hay versos míos de forma y música simbolistas, es sólo resultante de la forma empleada, el soneto, que lleva a un cierto hermetismo, y al deseo de lograr resonancias eufónicas. Yo sé

que en *Presencia* hay mucho de ello, y no niego la influencia enorme que sobre mí tuvo y tiene "Mallarmé". Pero no soy "mallarméen". ¿Sabe qué admiro esencialmente en él? Su admirable *tentativa* —il échoua!—⁴⁵ de lograr el Poema puro, la Poesía que fuese ya esencia misma, lo que él llamaba "musique". Admiro esa sacrificada autocrítica que restringió (hélas!) de tal manera su obra; admiro más la Lección que la Obra.

Estoy muy lejos de Mallarmé. En cambio, ¡qué cerca me siento de Rimbaud! Y —por encima de ese "ravisser du feu",⁴⁶ como le llama Raïssa Maritain —amo a mis grandes contemporáneos. No al extremo de *buscar* su lección. Sus voces vienen a mí, y resuenan con una profundidad que despierta mis propios ecos. Es una lástima que usted no lea a Rafael Alberti, a García Lorca, a Molinari y al más grande poeta de América: Pablo Neruda. Si usted gustara de esa acre y virgen Poesía, se me ocurre que, *entonces*, dejaría de considerarme "mallarméen".

Pero también puede ocurrir que deje de hacerlo cuando lea un *posible* próximo "bouquin" —el que envié al concurso —y entonces yo me sentiré muy contento porque —debo confesárselo —no me gustan nada las etiquetas... aunque tengan el ilustre nombre de aquel que escribió:

Hyperbole! de ma mémoire
Triomphalement ne sais-tu
Te léver aujourd'hui, grimoire
Dans un livre de fer vêtu

(No vaya a creer que lo anterior es una protesta. Se trata solamente de un deseo de ser bien conocido por aquellos que, como usted; me demuestran afecto.)

Et revenons à *Mademoiselle-qui-écrit-des-vers*. Le genre m'est bien connu. Et, comme vous m'autorisez à être franc —et j'aurai été franc tout de même-VOILA!⁴⁷

La autora ha escrito un poema en prosa: "Las Acacias". Era de temer, porque basta el simple hecho de que el poema en prosa sea una de las *formas* más difíciles de lograr poéticamente, para que todo escritor novel se lance a él con inocente desenfado. Los resultados son (helas), deplorables. Aquí, la autora nos descerraja una violenta serie de adjetivos, que se suceden infatigablemente. ¿Hizo Ud. la lista? En veintidós líneas —no pude resistir a la perversa tarea de censarlos —aparecen muchos más adjetivos de los necesarios a un *poeta* para todo un libro. ¿No ha notado usted que la medida en los epítetos y calificativos es siempre un signo de estilo logrado y de clara y segura expresión? ¡Oh, cuándo comprenderán nuestros *hacedores de versos* que la Poesía sólo admite lo *necesario*, y que cada palabra *de más* la obliga a retroceder, vencida!

Vea que no exagero. Dice nuestra amiguita ignota:
Como las alas diáfanas de las transparentes libélulas,
como unos vividos encajes que anima un aliento misterioso,
la sombra inmaterial del follaje danza y se agita a mis pies.
Ouf! fa m'accable! Et regardez, car il y a de plus:⁴⁸

¿Qué palabras ligeras podrían traducir su encanto fugaz?
¿Qué aéreo pincel podría expresar su furtivo centelleo?
¿Qué arpa interpretaría su muda melodía?

No, no y no. Si el verso es flor, el poema en prosa es bajorrelieve, y misteriosas leyes de ritmo, sonido y esencia rigen el logro de la Poesía. Vea usted: "podrían", y luego otra vez: "podría". Como si

en el bajorrelieve una mano de torpe aprendiz trazara un doble perfil idéntico... ¿Sabe nuestra amiguita cómo sufría Gustave Flaubert antes de escribir su prosa? (¡Y eso que no le interesaba la Poesía!) ¿Sabe nuestra amiguita que Théophile Gautier estuvo una vez diecinueve días dudando en la elección de *una* palabra?

Cuando sepa todo eso, entonces comprenderá que el Poema es un largo sacrificio, y que a su flor se llega por ásperos caminos, en los cuales es preciso ir dejando vanidades, ignorancias, y hasta el nombre mismo de poeta...

Me envía usted además un poema en versos libres. Lamento decirle que no me ha consolado del anterior. La autora insiste en errores que, evidentemente, no advierte. Esto, por ejemplo, es intolerable: "*potentes y nostálgicas fragancias*".

¡Qué desdichada elección, qué choque íntimo resulta de ello, y cómo falta la Poesía!

El poema, por otra parte, no puede ser calificado de "bueno" o "malo". Ocurre, simplemente, que no es un poema, por cuanto falta en él ese *fluidido* inefable que revela la existencia de la Poesía. Nuestra amiguita necesita una página para intentar *decirnos las magnolias*. Vea, en cambio, esta frase de... ¡perdón!... Jean Cocteau, en un libro donde *no* se intenta deliberadamente la Poesía:

Nous passâmes pres d'un magnolier. Il dressait contre le mur une généalogie de colombes.⁴⁹

¡Genealogía de palomas! ¡Qué imagen! Las magnolias son como palomas posadas. ¿Recuerda usted los árboles genealógicos del renacimiento? Se trazaban medallones con los retratos de los ascendientes, curiosos frutos del árbol racial. Recuerdo haber visto algunos bellísimos. Y todo esto surge, y tanto más, con sólo quince palabras...

Et maintenant, je vous demande pardon pour mes pas mechantes ironies à propos de cette jeune femme. Dites-lui de travailler. Dites-lui de lire un petit livre: *Lettres à un jeune poete* de Rilke (tou — jours Luí!). Il-y-a une remarquable traduction chez Bernard Grasset, et elle la trouvera à Buenos Aires.

(Quand je relis, je suis horrifié par mon affreux patois; mais je trouve un vrai plaisir en vous adressant quelques mots dans ce beau "Chateau de la Poésie", comme disait —qui?)⁵⁰

Y, para despedirme, le copio un poema de estos últimos tiempos, que es en cierto modo una fervorosa gratitud al milagro que nos trajo, en horas inolvidables, Arturo Toscanini.

Música

Música, frontera de Dios, cómo nos haces falta esta noche en que volvemos a descubrir la ignorancia de nuestra sed, la sed sin respuesta de las fuentes Es tarde, ya, es demasiado tarde para alcanzar la luz negada, y cada hora aprieta la angustia de los labios secos. Pero vienes tú, innominada, desnuda, con las llaves del consuelo, con el agua de los ríos últimos. Cuando ya se ha terminado todo, y estamos en los bordes, tendidos hacia la muerte, entonces dulcemente nos trae hacia atrás la mano.

* Con mis saludos a Marcelle —a quien escribo en estos días—, a la abuelita, y la agradecida amistad que para usted guarda,

Julio Cortázar

"La leo sin respuesta —vous me comprenez, n est-ce-pas.?"

Mais je cherche, et j'espère.

A bientôt![51](#)

CHIVILCOY, 16 de agosto de 1940

Chère Marcelle:

Votre "déblatération" —comme vous la nommez—était tres amusante, et j'ai lu ces quatre pages comme si elles n étaient qu'une, c'est à diré, trop vite. Je vous remercie chaudement d'une lettre qui soyons justes!—se faisait trop attendre.

Vous me demandez pardon par votre "jargon". Mais pas du tout! C'est vraiment rigolo! Voyez, vous avez une vraie copine (ca peut se diré ca?) et je vous serre la pince. (Qu'est-ce que vous pensez de mon jargon, hein? Pas mal, n est-ce pas?)⁵²

Sigo en castellano, porque lo anterior va camino de asumir proporciones catastróficas. La culpa de ese lenguaje la tienen los poco ortodoxos escritores con quienes me codeo: Aragón, Francis Careo, Céline, y —¡cómo no!—"Pauvre Lelian" (saviez vous que ceci c'était Panagramme de Paul Verlaine? Et saviez vous, mademoiselle, que Paul Verlaine est un des plus grands poetes de cette triste planète à nous?).

Si vous ne le saviez pas, alors écoutez-moi ca:⁵³

Paysage en Lincolnshire
L'echelonnement des haies
Moutonne à l'infini, mer
Claire dans les brouillard clair
Qui sent bon les jeunes baies.
Des arbres et des moulins
Sont légers sur le vert tendre
Oü vient sébattre et setendre
L'agilité des fontains⁵⁴
Dans ce vague d'un dimanche
Voici se jouer aussi
De grandes brebis aussi
Douce que leur laine blanche.
Tout à l'heure déferlait
L'onde, en des lentes volutes,
De cloches comme des flütes
Dans le ciel comme du lait.
P.V., "Sagesse"

Y ahora voy a intentar poner un poco de orden en esta "carta" a fin de que no me crea en vías de volverme loco. Usted me llama "ilustre"—ou en passe de l'être... y tengo que hacer méritos. Ya sé que cuando yo muera (de alguna manera rara, ya verá) ustedes los amigos publicarán mis obras completas, y que, en bellos apéndices, agregarán mi copiosa correspondencia. Por lo tanto tengo que lucirme.

Espero que, a estas horas, el "cafard" se le habrá pasado. Aunque usted no me lo diga, y disfrace sus sentimientos con "mainte déguisement" creo ser capaz de comprender su tristeza en estos tiempos. ¿No la sentimos todos? Ignoro si en una carta que envié hace dos semanas a su mamá, le hablaba de

Francia. (En todo caso, aunque se me pasara, yo hablo de Francia en cada letra que escribo; su mamá y usted pueden tener la seguridad de que aquella tragedia me alcanza con toda su triste realidad — realidad de hoy, de un futuro gris, pantanoso—; y pienso que hay un cierto alivio en saberse más unidos por un mismo dolor!)

¡Cómo va a sufrir el mundo la derrota francesa! Nos espera una crisis de espíritu —no en el sentido que le da Paul Valéry al concepto—, una bancarrota que abismará a la generación que se estaba levantando en procura de la luz. No creo que solamente de Francia nos venga la verdad y la belleza, pero sí me parece que en ella se alcanza la síntesis, el equilibrio, que en sus laboratorios del espíritu se operan las alquimias que, compendiando todo lo que surge del cerebro y el corazón del mundo, logran su sublimación a través de un poema, de un ensayo, de una conducta, de una libertad. Ahora, monsieur Laval hará lo que pueda para arrasar con todo. Su majestad Hitler lo exige...

Pero hay que creer en los "tommies" (a pesar del cañoneo a la flota, chère amie; eso era necesario. Mercedes se lo habrá explicado, ¿no?) Y ellos, acaso, signifiquen un mañana mejor. Pourquoi-pas?

Vos "potins" du collége sont tres amusantes.⁵⁵ Creo como usted (a través de una charla que sostuve con Cancio) que el pobre Crespi a de la concurrence" y que le espera un amargo despertar. Me imagino lo divertida que estará la sala de profesores, con la división en acciones. Pero usted, ¿por qué se hace mala sangre si ya lo *conoce* a Cabrera? Pretender discutir con él es tarea de héroes que, ¡helas!, no asoman ya a este mundo. Juraría que su totalitarismo es una simple e ingeniosa manera para pelear con todo el mundo. Cabrera se me antoja lo bastante inteligente como para que no lo engañe. Mais on ne sait jamais!

Quisiera poder asomarme a su ya respetable colección de pinturas. Descuento que debe ser muy interesante. ¿No tiene reproducciones de Hyeronimus Bosch, ese holandés que vivió en la última mitad del siglo XV? Místico, profeta —ahora, además, le llamaríamos "surrealista"—y gran pintor del Infierno sobre la Tierra. En alguna carta, hágame saber su opinión sobre ese artista. ¿Colecciona japoneses? ¿Y el arte africano?

Petite aclaration en marge: la "manusse" que j'ai donné à Mercedes, na rien à voir avec mon pauvre bouquin "frappé", bousculé, repeté, écrabouillé par ces requins du "jury", amén! C'est un poème de date tres prochaine (¿está bien dicho?: j'en doute!) et, dans une certaine mesure, éloigné du livre. On va me redonner le manuscrit, et il y aura pour votre maman et vous, et pour Mercedes, naturellement.⁵⁶

Le agradezco que haya sentido "Nocturno del Cielo". Sé que a Mercedes también le pareció "réussi". Pero prefiero no comentar esta frase suya, acerca de mis poemas: "Mettez y encore un peu plus de votre coeur". Me duele escuchársela a usted; eso estaba bien en los días de *Presencia* porque un corazón allí yacía bajo aguas muy densas, y nunca he negado la dificultad del lector para intuir los sentimientos. Pero usted ha conocido otras cosas mías; tuvo en sus manos un cuaderno en el cual todo era dicho simplemente, aún con peligro de quedarse en mera confesión y olvidar la Poesía. En fin, olvidemos el párrafo, un poco cruel (desde mi punto de vista); pienso que cuando lea *De este lado*, descubrirá "mon coeur mis à nu, comme disait le pauvre cher grand Baudelaire". Y sí no es así j'appellerai au plus grandes vertus chrétiennes et, naturellement, je me résignerai. (Puede ser —gardez moi le secret!—que publique este libro, si le "magot" comme vous disiez, me lo permet. On verra!)⁵⁷

No le copio ninguna cosa mía porque, fuera de algunos sonetos "à la maniere sibylline", no tengo nada. Ni le cuento cosas de Chivilcoy porque, no conociendo el ambiente, han de aburrirla. Dígale a su mamá que después de enviarle mi carta, lamenté un poco mi severidad crítica con respecto a esos versos de Mlle X.X.; pero que me tranquiliza saberla a ella (su mamá) tan serena; ustedes me conocen n'est-ce pas?

Cher confrère, espero que no reincida en sus abisales silencios, mis afectos a los suyos, saludos a los amigos y reciban un "à bientôt" de su siempre amigo

Julio Cortázar

Pregunta grafológica: ¿qué significa mi repentina transformación de las "s"? Yo, antes, empezaba una palabra así: saludos, saludos, saludos. Y ahora: saludos, saludos, saludos, saludos, saludos.

Qu'est-ce que cela signifie?

Question à résoudre.

CHIVILCOY, 9 de septiembre de 1940

Dear friend:

Cuando miro la fecha de su carta, siento que la vergüenza cae sobre mí. No es el caso de pedirle perdón, pero sí intentar una cierta disculpa para los últimos diez días, en que fui prisionero de la más lozana "grippe" que pueda usted imaginarse. Todavía no estoy repuesto, pero no podía seguir faltando, de modo que me vine el jueves pasado y creo que no tendré motivos para nuevas preocupaciones. Hoy, lunes, día libre para mí, está dedicado a esas tareas en que *me recupero* un poco, vuelvo a ser quien verdaderamente soy, más acá de las tareas y de las obligaciones civiles. ¿No es cierto que si uno no guardase celosamente una hora —aunque sólo sea una —para sí mismo, terminaría por aniquilarse, por disolverse en este gris escenario de nuestra vida pueblerina? Soy de un egoísmo atroz, lo sé, pero *me salvo*. La escuela (a la que me entrego gozosamente, porque me gusta enseñar) es lo único que me aleja un poco de mis preferencias absolutas; fuera de ella, cierro los ojos a toda actividad que presuponga *dar el tiempo* a fines extraños a mí mismo. Si me piden un artículo para una revista exige *carta blanca*; eso los asusta, y no insisten; si me piden una conferencia, les hago saber que mi tema será la metafísica hegeliana, o el surrealismo como posibilidad gnoseológica. Naturalmente, huyen a toda carrera... Y yo he ganado un poco más de tiempo para cumplir mi destino...

A propósito de esto, ¿no le parece a usted que el supuesto *altruismo* de cierta gente no es más que un disfraz con que tales seres intentan ocultarse a sí mismos *su propia pérdida*?. Pienso ahora en un todavía joven profesor de literatura, allá en Buenos Aires. (Debe ser profesor suyo, by the way.) Su afán magistral, su dispersión en cien asociaciones culturales, ateneos, peñas, sus a veces cotidianas conferencias sobre temas inverosímilmente dispares... todo eso es máscara para ocultar el abismo. No predico un silencio pitagórico (que yo no guardo) ni una introversión a lo Buddha; pero creo, con Rilke —¡siempre él!— que si el hombre tiene algún mensaje que dar a sus iguales, ese mensaje debe nacer en el silencio, adquirir su valor final en esas aguas íntimas del secreto y la meditación. Una voz sin *raíces*, no es más que eso: una voz. Por eso aborrezco a nuestros satisfechos poetas argentinos, que se despiertan, se levantan, van a su mesa y deciden genialmente: "Hoy voy a escribir un soneto". ¡Y lo escriben! (Las excepciones usted las conoce; son tan pocos...)

Todo este discurso nació del hecho de que hoy, lunes, yo soy enteramente Julio Denis. Por eso le escribo. Odio interrumpir las caras (como me sucedió con la anterior) y siento, al dejar caer sobre el cada palabra, como una emoción de liturgia, de cosa ritual. ¿No le pasa a usted lo mismo? Los diálogos huyen; pero esto permanece, en cierto modo, *obra*. No estéticamente concebida; sin *intención*, ero legítima obra de un espíritu que se tiende hacia otro que sabe de sus mismos afanes y de sus inquietudes.

The Mills Brothers! I understand all you said in your letter. Did you see them? They are charming! so plain, so friendly!⁵⁸ Uno los siente de inmediato muy próximos, como si siempre hubieran estado aquí. Yo creo que ellos no pueden imaginarse lo que en verdad representan para nosotros. You are right: it looks like a dream, a dream that is gone now. I'm happy knowing that you could listen to them. Of course your aunt is an Angel! She is —let's see —she is Gabriel! (You see, the darkies love Gabriel more than any other ángel, because he'll guide them some day to the Green Pastures.)⁵⁹

La mitología negra: ¡qué tema para un libro! ¿No lee usted *Romance*, la revista mexicana? Se la recomiendo calurosamente; la encontrará en lo de Viau, donde tienen la colección completa (11 números) a tres pesos; you see, it's cheap. (He convencido a mis amigos de Viau que inicien un intercambio de revistas con México, Colombia, Venezuela, etc. ¡y lo van a hacer! De modo que

sabremos de nuestros hermanos de Latinoamérica, que hacen cosas magníficas (como *Romance*) de las que hasta hoy estábamos totalmente alejados.) Well, le mencioné esa revista porque en ella hay un trabajo de Ballagas sobre la mitología negra de Cuba, donde, por ejemplo, nos enteramos que un cierto ídolo de nombre africano, al que se le rinde un culto salvaje, es la transformación de... ¡asómbrese!... de Santa Teresa de Jesús... ¡Si los misioneros que enseñaron el evangelio en el siglo XVI pudieran ver eso! (Es que a una raza no se le puede *inyectar* una religión que no surja de su propia sangre. Los negros de Estados Unidos, en épocas de la esclavitud, hicieron también curiosas transformaciones míticas. Hay en ellas la señal de la raza: poesía y ritmo. Ayer le escuché a Manan Anderson un "spiritual" que se llama, creo "I know the Lord layed his hand on me", o cosa parecida. Y volví a intuir eso de indefinible [y que no todos alcanzan] que hay en la música de la "dear old Southland", en su alma densa e infantil, asustada y perezosa, sedienta y esperanzada.)

Thanks for "Just a kid named Joe". It's so touching! The way they sang it —it was like a prayer.⁶⁰ Sí, me gustó "Solitude", y también ese curioso principio, que creo se llama "Imagination". En cuanto a "Mr. Paganini", aunque reconozco la técnica, la tontería del tema me hizo lamentar la ausencia de alguna bella canción negra que pudieron haber cantado en su lugar. "The song is Ended" me pareció una creación maravillosa; tiene usted razón; hay una *plástica* en el tono que logran allí los Mills, con esas repeticiones del tema que lo torturan, lo desmenuzan. Me hacía pensar en los "caligrammes"; en un poema, hubiera sido preciso escribir así:

The Song
the Song is ended but the melody
the melody lingers on.⁶¹

¡No me gusta! Es imposible acercarse a esa *construcción*, a esa arquitectura sonora que logran esos muchachos.

Nombres de canciones que me parecieron bellas: "Sweet Lucy Brown" (la cantaron en un cine, estando yo, y era preciso maravillarse de la labor de Herbert, obeso y jovial, pistón y voz inconcebiblemente hermosos); "Sleep in the Deep" (¿es así?), "Let's dance", "Julius Caesar" (*atta swing!*, diría un yankee). Y, finalmente, una melodía de vals, que ellos convierten en una balada deliciosa, y que se llama "I had a dream, dear", o bien "Tell me your dream, dear, and I shall tell you mine". Las voces, aquí, logran una perfección que asombra. Did you like it?

¿De modo que estudia latín? God bless you! ¿Va con alguna frecuencia a la Facultad? ¿Qué opina de los profesores? ¿Escribe alguna monografía? Well, what a shower of questions!

Vi "The Grapes of Wrath"; creo que es una obra extraordinaria, y después de ésta nadie podrá acusar a los yanquis de andar ocultando sus problemas. Tengo que leer el libro; of course, I'll read it in english. The preacher who has lost the call, "Ma", Tom Joad, they all are symbols of this dark time.⁶² Leí *A Modern Hero*, de Louis Bromfield, pero no me pareció una obra lograda; tiene, con todo, *momentos* que la tornan considerable.

No, no colaboro en *Canto*,⁶³ por varias razones (más o menos provisorias) entre las cuales se destaca mi antipatía por esos cenáculos, esas "capillas" que se forman al margen de un premio, de un manifiesto o de un maestro. De todos modos, y conservando mi total libertad, podría ocurrir que alguna vez publicase algo allí (ni siquiera conozco la revista, tengo que conseguirla cuando vaya al centro).

El ganador del premio publica su libro en estos días. Ya le hablaré de él cuando lo haya leído. Sí quiere conocer un poeta íntimo, sincero y digno de estima, busque un libro que se llama *Rojo farol amante* de Rafael Dieste.

No se ría de lo que voy a contarle. (La que se va a reír es Marcela.) Ocurre que nuestra amiga me escribió diciéndome que le había estado "Nocturno del Cielo"... y que *perseverara* (!) en ese *tono*; además en su carta me daba la impresión de estar convencida que ese poema pertenecía al libro presentado por mí al concurso. Bueno, una frase me molestó un poco (no tengo nada de franciscano, y carezco de humildad) y le contesté a Marcela diciéndole que el *tono* del poema no tenía mucho en común con el libro, etc. A todo esto, consigo recuperar los originales (que no veía desde diciembre). Releyendo la obra —como si no fuese mía —constaté: 1) que había *demasiadas* cosas; 2) que era un libro *desigual*, ya que sus cuatro secciones carecían de los suficientes nexos como para lograr esa *unidad*, eso de *ciclo cumplido* que debe tener el Libro (así, con mayúscula).

Consecuencia: suprimí de golpe toda una sección, que se llamaba *Diario de viaje*, y que estaba constituida por varias prosas un tanto surrealistas. Reducido a tres partes —verso todo —creí lograr la unidad. Y fue entonces que —¡oh confusión!—advertí que "Nocturno del cielo" *coincidía perfectamente*, casi *necesariamente* con la primera parte. Lo copié, y forma ya parte de la obra. Por lo tanto, las palabras de la carta de Marcela se adaptan ahora en un todo a la verdad. No les envió copia, porque sólo me devolvieron *una* (los señores del jurado se quedaron con las demás) y yo no tengo aquí mi máquina, como puede usted comprobar. Pero como a fin de año *puede ocurrir* que yo me decida a publicarlo... (De todos modos, el mes que viene puedo hacerle llegar la copia que yo tengo; ahora está en manos de un amigo.)

La molesto con una consulta. ¿Qué entiende usted en estos dos versos de Shelley?

A loftier Argo cleaves the main
Fraught with a later prize

(Es de "A New World" final chorus from "Hellas".)

Argo" must be the famous greek ship whose skipper was Jason.⁶⁴

Si "Ángel" no le quitó todavía la radio le voy a indicar un programa que se escucha aquí con toda claridad. Los *jueves* a las *23 horas busque* en la gama de *19 metros* una poderosa estación americana que se llama *KGEI, San Francisco*. De *23 a 23 y 30*, todos los *jueves* actúa Bob Crosby con su magnífica orquesta; es una audición llamada *CAMEL CARAVAN*, y el mismo Crosby "does the talking". Insisto en que se oye con mucha claridad, y con un poco de "training" podrá escuchar esa audición todas las semanas.

Leo a Keats. ¡Qué poeta! ¿Tiene usted el tomo de la colección *Everyman's*. Si así fuera, le pido que en algún rato libre (*no hay el menor apuro*) intente traducirme "On the Elgin Marbles" que pese a mis esfuerzos, sigue resultándome oscuro, casi ininteligible. Es un soneto, en la página —? no recuerdo. (Yo lo leo en otro libro: esa antología de *Albatros*.)

Y con esto, le devuelvo su libertad, que le he robado a lo largo de cuatro páginas. Mis saludos a los suyos, recuerdos a Marcela y su mamá, y hasta muy pronto.

Julio Denis

Me olvidé de cuál era la librería donde compró esos tomitos ilustrados. Por si todavía encuentro alguno, ¿me dará los datos?

And thank you.

CHIVILCOY, lo de junio de 1941

Dear friend:

Aquí estoy yo, de regreso de las profundidades. Quise escribirle hace mucho, en marzo o abril. Pero no pude hacerlo entonces como a mí me agrada, lentamente, en una tarde enteramente libre, con una música agradable y una taza de café llenando la habitación de perfume. En aquellos días de marzo y abril yo seguía viajando. Mi viaje geográfico terminó con febrero, pero me estaban reservados dos penosos itinerarios que no había previsto: los de la enfermedad y la muerte. Enfermedad mía, que aún no me ha abandonado; muerte de uno de mis más queridos amigos,⁶⁵ perdido en unos pocos días, en una ráfaga de angustia que todavía tortura mis noches y me aleja de toda alegría y de toda conformidad.

Le debo a usted esa explicación. Ya está dicha, y no la apenaré con más pormenores. He vuelto del infierno, como volvió Rimbaud: liso y doblegado, pero en paz con lo ajeno y lo propio. Ahora habito otra vez esta piecita clara, en Chivilcoy, y enseño mis programas. Todo es como antes; solamente falta un nombre para escribir en el sobre de alguna carta. Pero los otros amigos persisten, y por eso le escribo hoy, domingo de tarde, seguro de encontrar, como siempre, su cordial simpatía.

¿Recibió unas líneas mías, en enero? Las envié antes de marcharme de Buenos Aires. No se imagina usted qué hermoso viaje se hizo presente para mí. Algún día le mostraré fotografías —pálidas, inútiles, derrotadas en su tentativa de mostrar lo que sólo *los ojos* pueden aprehender—. El mío fue un pasaje de ensueño y fiebre; soñar con todo lo bello, afiebrarse en la sucesión de incidentes, climas, sorpresas, revelaciones. Juzgue usted misma. Salimos —con un amigo que *sabe* viajar sin ser molesto ni caer en papeles de "turista"—de aquí a mediados de enero. Córdoba, La Rioja, mostrándonos las avanzadas andinas. ¡Todo rojo, y verde, bajo un cielo purísimo, casi doloroso en su intensidad! Catamarca. Un viaje en auto, para cruzar la montaña y pasar a Tucumán. Piedra, calor y vértigo; inolvidable paisaje por la cuesta del Totoral. Del desierto a la gracia del agua —¡ríos de caña de azúcar, Verdísima!—para arribar a una Tucumán grande y rica, con calles abigarradas y sandías como hielo rosado. (No me olvidaré jamás del cielo nocturno de Tucumán, bebido mientras andaba yo por una avenida de calor y sueño a las once de la noche, envuelto en perfume de jazmines y palabras de tonada caliente...)

Salta, descubierta al atardecer después de un día entero de viaje, cruzando el valle del Mojotoro, sombrío en sus montañas arboladas, pero centelleante allí abajo, en las espadas múltiples del río. Jujuy, pájaro diminuto y encantador, dormido a la sombra del Chañí, con sus hombres adustos y cordiales —y no hay contradicción: milagro de la raza india que persiste—, sus mujeres flexibles y sus calles prolijas. Y la nieve, la nieve, allá arriba, demasiado arriba...

De Jujuy nos lanzamos —salto soberbio —a las alturas de la quebrada de Humahuaca. Aquí, donde quisiera ser más entusiasta, se me desploman las palabras, y sólo me resta silencio, un silencio grávido. Usted irá alguna vez a la quebrada de Humahuaca; usted comprenderá entonces, esa imposibilidad de hablar. Allí, en cada pico y en cada valle, se queda uno a solas con Dios.

Llegamos hasta Tilcara, ya bien cerca de Bolivia, y a 2.500 metros de altura. Mi corazón —siempre traidor —no quiso dejarme subir más. Estaba un poco "apunado". Cuatro días vivimos en ese pueblecito, viendo a los indios, oyendo sus músicas, aprendiendo sus músicas. Un poco a la fuerza, porque un aluvión había cortado las vías. ¡Pero qué cárcel tan dulce!

Volvimos a Jujuy —¿no la estoy aburriendo?—y de allí, en una terrible etapa de 36 horas, cruzamos el valle salteño y *todo el Chaco* hasta Resistencia. (¡Viera usted qué noche pasamos en aquel tren! Tierra hasta cegar y aturdir; un calor horrible, agua tibia y sucia, miríadas de insectos de inaudito

tamaño. Yo era feliz, vuelto a una antigua condición de niño, y *sentía* el trópico. Aquello era Salgari, Horacio Quiroga, Somerset Maugham, Kipling. ¡Dormí con una toalla mojada sobre la cara, hasta despertar, al amanecer, en un sitio llamado "Pampa del Infierno"...! Eso es el Chaco, y me alegro de haberlo cruzado así, en su época bravía, que es la legítima de esas tierras.)

Abrevio un poco. Pasamos a Corrientes, y de allí, en barco a Posadas. Un viaje maravilloso por el Alto Paraná. Ya casi no teníamos dinero; viajamos en la proa, y dormimos en cubierta, bajo unas lonas duras, admirables; y con un cielo fosforescente que no tenían los viajeros de primera clase...

En Posadas —ciudad sin personalidad, semialemana —dimos el último salto: a la sierra misionera. Allá, perdidos en una bravía soledad verde, vivimos 20 días en un bungalow perfecto. Nos bañábamos en un piscina natural de piedra; el agua brota de las rocas, helada y sabrosa. Cazábamos *para comer* (¡en serio!) y abríamos "picadas" en la selva más salvaje que haya yo sospechado, una selva sombría, en la que vuelan lentamente mariposas de grandes alas azules; en la que todo movimiento en el suelo puede preludiar la mordedura de la "yarará"; en la que pájaros extraños construyen una música virgen.

Fue un paraíso —sin otro pecado que el de mezclar nuestra civilización a la ingenuidad de la naturaleza —fue una isla de paz, sin guerra, sin tangos, sin Aldous Huxley, sin discusiones estéticas. Volvimos a Posadas, de allí a Corrientes, y en Resistencia —hermosa ciudad —hube yo de sentir las primeras fiebres de una enfermedad que culminó a mi llegada a casa. Cruzamos en tren el centro de Chaco, y hasta Santa Fe, en diagonal, para retornar al fin, felices y agotados, a esta Buenos Aires siempre fascinadora. Después... ya lo sabe usted. Y termino esta casi excesiva crónica.

Me gustaría saber cómo pasó sus vacaciones. (Ya ve que le sugiero el motivo para una carta.) No le hablaré hoy de libros, ni de músicas: pretextos para otra correspondencia.

En una tarde como ésta —que ya se muere —le escribiré a Marcela y a su mamá. Tengo con ellas análoga deuda. Si las ve en estos días, lléveles mi afecto.

Hasta pronto, con mis respetos a los suyos.

Julio Denis

CHIVILCOY, 13 de julio de 1941

My dear friend:

Descuento que ya rindió sus exámenes. Y que los aprobó. La felicito y me alegro de saberla ya en segundo año. Veo, por las referencias a unas monografías que encuentro en su carta, que se lanza usted por la senda de las Letras. (¿No le oí decir alguna vez que seguiría los caminos de la Academia, o del Liceo, eso que los programas llaman Filosofía?) En realidad, me alegro; pienso que su sensibilidad, tan fina, encontrará mayores resonancias en el estudio de la literatura. Lo literario es inagotable y generoso; lo filosófico, cuando se llega a su núcleo, se abre en una seca flor de sal y ceniza. Se lo dice alguien que leyó —y lee, buscando siempre— las agonías del pensamiento occidental. (En cuanto al pensamiento oriental, desconocido para mí, no arriba a mejores puertos, según me lo dice mi amigo Vicente Fatone, hondo frecuentador de los *Upanishads* y los tratados de metafísica india...)

El lunes pasado, en la librería de Viau, tuve el placer de encontrarme sorpresivamente con Marcela. Hablamos dos o tres minutos; ella estaba apurada —o nerviosa, no sé bien—; me dijo que usted iba a presentarse en el concurso de horas de inglés de Chivilcoy. La noticia es muy buena —si lograra confirmación— porque, en realidad, viajar de aquí a Buenos Aires es sencillísimo *and very cheap*. Is there any chance for you? I hope so!⁶⁶

Me apenó oírle a Marcela que el Colegio Nacional estaba positivamente insoportable. En mis tiempos no era precisamente un paraíso; había sus ángeles rebeldes, etc.; pero el término "insoporable" no se me ocurrió jamás en aquel entonces.

Esto —Chivilcoy, la Escuela Normal— es acentuadamente abominable. El Colegio Nacional es algo mejor. (¿Será porque no estoy yo en él, y sólo puedo juzgarlo "from the outside"?) La enseñanza secundaria de esta tierra, apoyada en miserables puntales de caudillismo, y con un generoso porciento de arribistas, inútiles y desinteresados, ofrece un triste cuadro presente, que supone fatalmente un no menos triste futuro. (En fin... usted lo sabe como yo; ¿para qué continuar? Quede la mínima alegría de hacer lo posible personalmente.)

Su carta, con el soneto de Keats, no llegó, y lo siento mucho. Sigo leyendo a Keats, y maravillándome. Jamás se había escrito antes de él, en un inglés tan límpido, tan musical. Milton y Byron se tornan ásperos —¡ellos!— a su lado.

Compré un diccionario inglés, el C.O.D. (Concise Oxford Dicc); estoy muy *contento* de él; recuerde —si ya no lo conocía— que en Viau puede encontrarlo. Ahora, al fin, encuentro *todas* las palabras de Keats...

Usted se quejaba, creo, de no llegar al más hondo sentido de los poemas de Rilke, a causa de su imperfecto conocimiento del francés. Si quiere conocer esa enorme meditación poética que se llama Elegías de *Duino* compre la traducción inglesa de H. B. Leishman and Stephen Spender. Es edición yanqui —bellísima—: W. W. Norton and Co., N. Y. También la encontrará en Viau. Es edición con prolijo prólogo y notas; además está el texto alemán, por si le interesa. ¿Sabe que le gané la batalla al alemán? *Ya leo textos*—no muy difíciles, ni alta poesía—; la lucha duró tres años menos tres meses, y tengo la satisfacción un poco vanidosa de decir que no conté con aliados. ¡Qué enemigo terrible! Y qué hermoso cuando, ya batido, empezó a mostrarme su gracia, sus matices...

Contesto a sus preguntas; mi libro no se publicó. No sé si saldrá algo mío este año o el próximo. He trabajado, cosas nuevas han nacido, y aquel libro no significa ya un deseo de publicación. La copia prometida tendrá que quedar en promesa por ahora: mi máquina está en manos de un amigo que la emplea en traducciones. Quizá la recobre hacia septiembre; entonces...

Gracias por los signos tipográficos. Me serán muy útiles.

Espero que me cuente sobre sus discos. Es una excelente noticia. Yo tengo algunas cosas que compré este año. La 5o y la 8o *Sinfonías* de Beethoven, grabadas por Toscanini; *Le Sacre du Printemps* de Igor Stravinsky; Bach, Mozart, César Franck... Nada de jazz; salvo un "blue" de Spike Hughes. En realidad, ahora hay que comprar viejos discos de jazz; su presente decadencia es notoria. El "boogie-woogie", etc., son fórmulas comerciales y nada más.

¿Leyó *The Murder of Roger Ackroid*, de Agatha Christie? ¡*Léalo!* (Pero ni se le ocurra espiar el final; pegue con goma las últimas páginas, si la tentación la asalta.) Lo encontrará, muy barato, en la colección Pocket Book (EE.UU.), *también* en Viau (Usted va a creer que mi amistad hacia la gente de esa casa me obliga a hacerles propaganda; la verdad es que yo compro casi todos mis libros allí, y que su colección de libros en inglés es extraordinaria). Si usted quiere, ¿por qué va allá algún lunes de mañana, a las once u once y media? Suelo andar huroneando por los estantes, y podríamos ver libros juntos...

Espero que se tomará un descanso tras los exámenes; no le haga *demasiado* caso a la Facultad. Y —un pedido —déjeme leer sus monografías; sé que son buenas. (Lo que llamamos "conocimiento apriorístico", bien que no en términos kantianos.)

Espero que ganemos la guerra contra los nazis. Más aún, me parece *que ya está ganada*. Acuérdesse de mis palabras. Afectos a los suyos, y hasta pronto.

Julio Denis

En *Huella*, N°1⁶⁷ —*también* en Viau —hay un trabajo mío. Creo que ya se lo dije en mi anterior; si así fuera, Im sorry. Cheerio!

CHIVILCOY, 25 de agosto de 1941

My dear friend:

A la verdad, poco pudimos hablar en Viau, y lo siento de veras; hacía tanto que no nos veíamos que sólo una larga charla —y no así, de pie, rodeados de gente —hubiera podido conformarnos; ¿verdad? Creo que nuestras respectivas inteligencias (it sounds funny!) se complacen en el vivo intercambio de ideas que dan, a una conversación prolongada y sin urgencias, su más profundo encanto. Quizá, si volvemos a vernos en Viau, sea por más tiempo. De lo contrario, recojo su invitación acerca de los discos, y será mi pretexto para ir a charlar toda una tarde. (Yo quisiera —le confieso que esta preocupación me ha detenido muchas veces que deseé ir a su casa —ser recibido sin la menor ceremonia *y sin el mínimo preparativo*. Todos ustedes son tan gentiles conmigo, que consideran necesario y conveniente crearse molestias domésticas por mi culpa. Yo le pido un favor: aunque se sepa de mi visita, que sea como si yo llegara casualmente. Is it a deal?)

Hizo bien en seguir Letras; me alegro sinceramente. Las disciplinas filosóficas tienen una motivación íntima, y si no se siente "the call" en forma irresistible, de nada vale lanzarse a las sendas del pensamiento crítico; además, para una visión clara del mundo, yo sé que usted tiene conocimientos hartos suficientes. Lo demás —se lo digo con una amarga experiencia —es girar inacabablemente en torno al mismo eje.

Lo literario, en vez, supone una frescura, una renovación constante. El espíritu y la carne se expanden allí libremente, sin trabas ni presupuestos. Todo termina, al fin, en una línea poética. (¡Los viera usted a los filósofos contemporáneos, Bergson, Scheler, Blondel, Marcel, Heidegger, acudiendo a la sabiduría poética para expresarse! ¿Sabe usted que Heidegger dijo: "La primera mitad de mi filosofía está en Hölderlin, y la segunda en Rilke"?)

Ya mencioné a *mi* Rilke. Es casi involuntario en mí. No sé si habrá tenido tiempo —y paz —para asomarse a las *Elegías*. Si alguna vez tiene el deseo de confiarme sus impresiones, hágalo con toda franqueza; sé de personas a las cuales no les gustó el texto, y apenas si hallaron poesía en él. Lea con confianza la versión de Leishman y Spender; han hecho todo lo posible —hasta donde una Poesía como la de Rilke admite la versión—. Pero esa obra *puede* ser traducida con más posibilidades que otros poemas de Rilke, en los cuales lo poético surge de asociaciones tan sutiles que sólo el dominio del idioma original puede re-crearlas en un lector. Las *Elegías*, en vez, son la estructura formal de amplias ideas poéticas, comunes a toda inteligencia lúcida, y accesibles por tanto a ser insertadas en otro lenguaje. Las *Elegías* aspiran a una universalidad, a ser *explicación* del destino humano y de la *misión del Poeta*. Su dificultad de interpretación radica en lo que es común a todo gran poeta: el hecho de que hay sentimientos que sólo mediante símbolos, analogías, pueden ser *comunicados*. ¡Y qué paciente sacrificio hace falta en nosotros para poder decir, alguna vez "Creo que él intenta decir *esto*, y no lo que una primera visión cree alcanzar"!

Pensando en Rilke y en Toscanini (don't jump!) escribí hace algunos días algunas páginas que le enviaré tan pronto como las copie a máquina. Allí se habla del drama poético y del musical, del creador y del intérprete. Y, aunque a algunos amigos míos les parezca escandaloso, yo sé que a usted la alegrará el ver en esas páginas una justa gratitud a lo que yo llamo "la lección del jazz". (Vaya pensando en cuál puede ser esa *lección*. Le enviaré pronto mi ensayo.)

Thanks for "Elgin marbles". Ahora veo el texto sin dificultad; pero admito que el poema sigue siendo extrañamente oscuro para mi sensibilidad —y cuando ésta no acusa la dulce herida, de nada vale para mí *entender* el poema—. No sabe qué alegría me dio oírle alabar "Ode on a Grecian Urn". En

verdad ese poema es una maravilla poética, una espera de plena gracia formal. Nada sobra, todo concurre para crear la arquitectura perfecta de los versos y su contenido. ¿Concibe usted una *traducción* de esa obra? ¿Y no admite que bien vale conocer un idioma para leer *solamente* esa oda, *solamente* algún soneto de Shakespeare, *solamente* la "Ode to the West Wind", de Shelley? Yo he estudiado el alemán para leer a Rilke, y aunque estoy todavía muy lejos de ello, toda vez que una aplicación amorosa me recompensa con la clara *vivencia* de un verso, de uno solo, mis manos se juntan en el eterno gesto de la gratitud, y sé que ya no debo pedir más.

(Es muy fina, muy justa, su interpretación de "Elgin marbles". Imposible aumentar la justeza de las aproximaciones al castellano. Ha hecho usted una paciente obra de analogías, que le agradezco.)

Me abruma leer en su carta que ya me había sido recomendado por usted el C.O.D. ¿Cómo no presté atención? En fin, ahora lo tengo y no hay problema que sus sabias páginas no me resuelvan. Lo que me parece grave es que usted sólo haya leído uno o dos libros en inglés... en un año. ¡Esa Facultad, esa Facultad! Yo —a pesar del alemán —le llevo ventaja. Ante todo, la completa y deleitosa lectura de *The Grapes of Wrath*. (¿Sabe que mi experiencia de "slang", acumulada en mis tiempos de traductor, es valiosísima para leer a Steinbeck, al gran Faulkner y a Richard Wright?) Luego leí *Art and Design* de Roger Fry, puros ensayos de estética. Luego las obras completas de Keats... y ahora, please don't get excited, las obras de Lewis Carroll, que encontré en un precioso GIANT de la Modern Library. Sobre esto último, le diré que desde hace mucho ansiaba conocer en su original *Alice in Wonderland*. No sólo no fue una decepción sino un encantador y *profundo* pasaje a la tierra de las hadas. El lenguaje, los juegos de palabras, las incidencias, todo es de una finura y una gracia que recompensan mi lectura con harta abundancia. (El reverendo Dodgson asoma, aburridamente, en los prólogos, pero "Lewis Carroll" es, como su Alice, inmortal.) ¿Le gusta a usted "Jabberwocky", conoce *Through the looking-glass*?

La felicito por haber acertado con el asesino. Yo anduve muy lejos de la verdad, y toda vez que la idea se me ocurría, la rechazaba como absurda. Why, you re a clever detective! I read *Murder in the Calais Coach*, but it disappointed me; silly tricks, and illogical explanation.⁶⁸ Perdón —otra vez —por no enviarle nada mío. Pronto será. Me alegra (por mí) saber que acaso venga a Chivilcoy; pero me entristece por usted. Este es un pueblo sin alma, acaso con menos alma que Bolívar. Supongo que ello no la desanimará —por cuanto estar aquí significa volar a Buenos Aires a cada rato—. Me dicen que el Nacional reúne excelentes camaradas... lo que no puedo decir de mi Normal.

Afectos a los suyos, forgive me such a "lecture", y hasta pronto.

Julio Denis

CHIVILCOY, 22 de octubre de 1941

Chère Marcelle:

Cuando miro furtivamente la fecha de su carta, siento que la gama del rojo logra en mis mejillas su más rutilante efecto. Del 6 de septiembre al 22 de octubre hay exactamente un mes y medio, lo cual excede los límites de una bondad, aun de una bondad como la suya, que conozco bien. Pido perdón de hinojos, y me abstengo de enumerar las causas por las cuales no le contesté antes. Usted está en su derecho de pensar que dichas causas son producto de mi reconocida facultad imaginativa; y por eso, ¿a qué darle motivo para que se sonría y haga uno de sus mohines tan suyos? Je me plante, en vous disant de nouveau: PARDON.

¡Y cuánto de interés tiene su carta! Merece de sobra la respuesta tanto tiempo demorada. Lo primero que he de decirle (porque se me escapa de la punta de los dedos como flechas que horadan la máquina) es que de aquella histórica entrevista en Viau —o, mejor, de aquello que pudo ser una entrevista —no me queda más que una sonrisa y un recuerdo entre burlón y amargo. Le doy a usted la razón, si eso la complace: el que estuvo mal fui yo. ¿Por qué? Lo ignoro; sorpresa, estado de ánimo, "migraine", imposible definir qué me ocurría esa mañana. Cuando usted se fue (¡y apenas habíamos cambiado 20 frases, atado y desatado un paquete!) yo busqué mentalmente un martillo para descargarlo sobre mi cráneo. Y veo por su carta que a usted le ocurría lo mismo, en la calle. Pensar que podíamos haber salido juntos, charlando en algún rincón del centro, frente a un par de helados o de "coktails", rememorando dulces tiempos viejos, aprobado o discutido ideas, libros, cuadros y pareceres; pensar todo eso... ¡y separarnos así, como dos tímidos colegiales; y sin siquiera un motivo válido para esa timidez!

Bueno, aquello fue atroz, y ojalá la suerte me permita rehabilitarme ante usted. Y no se olvide —porque ahora viene el capítulo de cargo —que usted tuvo su buena parte de culpa, Marcela amiga; usted, que pasó a mi lado con un aire a lo: "Ah, Cortázar... ¡qué coincidencia!", y me tuvo un minuto y medio con la mano tendida, hasta que terminó de quitarse ese bendito guante, mascullando a la vez frases no precisamente brillantes. Usted, que desvió la mirada toda vez que yo la fijé en sus ojos, como si mis pupilas fueran un yacimiento de "radium" o el famoso rayo de la muerte, siendo que generalmente miran con mansa dulzura de evangelista. En suma: nos portamos como usted y yo no debemos portarnos. Ojalá un lunes asoleado la lleve otra vez a Viau —donde hay bellos libros bien que, hélas!, ya no son franceses; por mí no volverá a ocurrir una tan tonta desinteligencia.

Me interesa y me alegra saber que su mamá trabaja tan activamente. ¿Ya expuso en La Plata? Leo poco los diarios, en estos días, y acaso se me haya escapado la noticia; tampoco tengo noticias directas, puesto que Cabrera se desencontró conmigo en Buenos Aires, y a Mercedes la vi un día pero no me acordé de preguntarle.

Me parece muy bien que su mamá se haya decidido a exponer; sus acuarelas encontrarán (a menos que la gente insista en su miopía habitual) el justo eco que provocan en toda sensibilidad afinada. Mi comedor, en casa, guarda celosamente el paisaje que me fue obsequiado tan gentilmente; dígale a su mamá que si piensa en él con cariño, y desea agregarlo a alguna exposición, puede disponer de él inmediatamente, aunque mi comedor lo extrañará mucho durante la ausencia.

Veo que sus lecturas se encaminan por los senderos de la alta Poesía. Y aunque Petite Chaperon Rouge no marcha muy confiada por ellos, y prefiere las orillas más seguras de algún lago inofensivo y mansas aguas, si persevera en el camino llegará a las riberas del mar, del Mar, y donde todo lago es olvidado como se olvida un candil al contemplar las estrellas. Lubicz Milosz —traducido por Galtier

con mucha aproximación —es uno de los más grandes poetas de estos tiempos. ¿Conoce usted su historia? Si le interesa, le enviaré un artículo que publicó *La Nación* hace un par de años, con motivo de la muerte de Lubicz. Lea muchas veces el poema que se denomina "La Charrete". ¿Le gustaría tenerlo en francés? El original es admirable, y yo se lo copiaré a cambio de un simple pedido suyo; no lo hago ahora porque en Chivilcoy tengo apenas los libros necesarios para no morirme, y lo demás permanece en Buenos Aires. Si supiera qué terrible es ese desgajamiento, esa separación que durante todo el año existe entre mí y los libros... Inútil intentar remediarlo; no puedo traer la biblioteca a esta casa mercenaria, y tengo que llenar mis valijas con los tomos que en el momento deseo releer o consultar. Pero la tragedia es que, apenas abierto uno de ellos, me asalta la seguridad de que necesitaría otro. Si lo leo a Verlaine, recuerdo que en mi edición de Samain hay una línea donde dice... O si leo a Samain, comprendo de inmediato que, junto con él, debí traer mi Verlaine... Y así vivo, en constante nostalgia de lo que dejé atrás. (Símbolo de toda una vida: lamentar lo que pasó, lo que no se tiene, lo que está más allá del alcance de las manos ávidas.)

Si desea conocer a un poeta admirable —del que muchas veces hable en su casa, porque entonces sólo yo conocía sus poemas, que él te enviaba junto con una correspondencia amistosa y constante —lea *La sombra*, de Jonquières. Se publicó en Viau, hace dos meses. Un hernioso volumen, de fina tipografía... y tan denso de Poesía, que no sé cómo se queda quieta, cómo no se vuela de la biblioteca, o florece por todas las páginas.

Ya veo, a través de reflexiones acentuadamente amargas —que su bondad encubre con buen humor —que la vida de Bolívar no es precisamente las delicias de Capua. Mercedes me dijo lo mismo. Sólo Cancio —mágico poder del amor y la falta de problemas esenciales y metafísicos —encuentra, nuevo doctor Pangloss, que éste es el mejor de los mundos posible; y acaso esté en lo cierto, y seamos nosotros, los insatisfechos, seres desdichados y frustrados que encaran la vida como una lucha y no como un valle de dicha...

(No lo creo, por otra parte; algo íntimo me dice que, mientras protestemos, estamos salvados. Con la conformidad empieza la medianía. Alors, du courage, camarade!)

Si usted conociera Chivilcoy advertiría que esto no es tampoco el Paraíso. Ultimamente, a raíz de una amistad con una niña que fue alumna mía cuando llegué en 1939, las lenguas viperinas (a propósito de viperino, lamento la pérdida del *Noeud de viperes* que me anuncia en su carta; para mí que Cabrera, admirado de la genial ejecución de nuestras pinturas, decidió quedarse con el "chef d'oeuvre"); las lenguas viperinas le decía, se han desatado en una forma tan terrible, que yo he pasado momentos decididamente amargos, bien que en la mayoría de los casos opté por el procedimiento olímpico de la carcajada. Observe usted, que un secreto rencor, una secreta envidia, mueve los actos de un pueblo contra aquellos que tratan de mejorarlo, de hacer algo por su cultura y su belleza. Mi desdén hacia las gentes de Chivilcoy —que se lo tienen bien ganado, modestia aparte —ha sido mal interpretado por ellos. Creyeron que mi ausencia de fiestas y bailes, de plazas y paseos, obedecía a una naturaleza retraída, solitaria y un poco salvaje. Por eso, cuando la suerte me puso frente a una persona con la cual se puede hablar, reír, conversar, toda la fauna local advirtió repentinamente que yo no era el oso o la violeta que se habían sospechado; y entonces, comprendiendo que en verdad yo no había querido mezclarme con ellos, dieron rienda suelta a su mal disimulada cólera. ¡Y viera usted los comentarios, las versiones, las interpretaciones, las profecías! La joven en cuestión y yo, nos hemos mantenido hasta ahora imperturbables; la lucha está empeñada, y dudo acerca de su fin. No dudo de mí, pero empiezo a temer que acaso no me sea dado el derecho de vivir plenamente una camaradería que en Buenos Aires es tan simple, tan lógica, pero que en estos aires emponzoñados se ve a través del cristal deformante de la maldad y la suspicacia.

¿Qué más puedo contarle? He escrito muy poco en estos últimos tiempos. El dolor por la pérdida de un amigo —que falleció en el mes de abril —secó todos los ríos, dejando sólo la esclusa de las

lágrimas y una Poesía que se apoya en las lágrimas, sin la serenidad para evitar el exceso o la tontería, es siempre peligrosa, esta amenazada de no ser Poesía, y sí solamente confesión y verso. Por eso, exceptuando algunos sonetos que se agrupan con el título de "Fábula de la muerte" y que alguna vez conocerá usted, es bien poco lo que he hecho.

Además, quise darle los últimos toques al aprendizaje del alemán, que está ya "depassé" en su aspecto gramatical; me queda la difícil tarea de comprenderlo —en su sentido íntimo, más allá de las acepciones del diccionario—. En fin, súmele a eso que hube de decir una conferencia aquí en Chivilcoy, y que su preparación me llevó casi un mes, porque no quise dar a mi público pueblerino el gusto de emocionarlo con trivialidades, y leí veinte páginas difíciles (porque cada palabra había sido medida, pesada, vivida; juzgue usted por el título, que es: "Ser y no-ser. Misión y máscara del hombre"; y deduzca...). Si le interesa, le haré llegar algún día una copia; hay fragmentos de Rilke, y mucho mío. Descontando que casi todos me entendieron mal, o simplemente no me entendieron; pero como yo lo descontaba, no me preocupó en lo más mínimo. La más hilarante de las interpretaciones es la de un redactor del diario socialista de la localidad, quien me atribuyó una intención anticlerical que, Dios es testigo, jamás tuve...

¿Qué harán ustedes estas vacaciones? ¿Cómo le va a su hermano? Me gustaría saber de sus planes. Y —esto se lo pido muy seriamente —si piensan visitar la capital pronto, hágame llegar dos líneas, porque no sabe usted el deseo que tengo de charlar con su mamá y con usted (¡no se sonría!). No sé si me iré a viajar este verano; tengo que pensar, mal que me pese, en un tratamiento médico que me restablezca completamente; y eso, entre los zarandeos de un itinerario como me gustan a mí, es un tanto problemático. Acaso, en febrero, me vaya al Cuyo, o vuelva a esa prodigiosa quebrada de Humahuaca, donde la mano de Dios-Pintor espera a quien sabe buscarla. Tal vez, remontando sus caminos inolvidables, suba yo hasta el altiplano de Bolivia y descubra, con esa capacidad que tengo para asombrarme (y que no tiene precio), la belleza del paisaje colla. (Sigo añorando un viaje a Méjico; pero no tendré dinero para llegar hasta allá...)

Chére amie, mis afectos a todos los suyos. Dígale a su mamá que comprendo las razones de su silencio, y que me alegra saberla tan trabajadora y tan dispuesta a dar a conocer sus obras; pero que a la hora del correo añoro siempre un sobre con su fina letra —más linda que a suya—.

Hasta pronto, Marcela; quítese pronto el guante, porque le estoy tendiendo la mano.

Julio Denis

TUCUMÁN, 13 de enero de 1942

Dear friend:

Algo lejos de Buenos Aires, ¿eh? Pues si supiera usted en qué forma relámpago hice yo los 1.600 kilómetros que separan Tucumán de Buenos Aires, le parecería que la distancia está anulada, que no existe. Salí en auto el 6 al amanecer. El 7 a medianoche o poco más, entraba en Tucumán. Semejante "cruce" destroza físicamente, pero en cambio confiere una cierta naturalidad, un decirse: "Estoy a un paso de la capital...". Aún no me siento *viajero* —y eso que, como usted sin duda sabe, tengo una admirable vocación en ese sentido, y soy capaz de viajar en el mismísimo centro de la ciudad —y probablemente pasarán muchos días antes de que advierta plenamente que me encuentro en la otra punta del territorio...

La razón de esta carta —además del placer siempre grande de escribirle y preguntar por su vida y ocupaciones —es que necesito disculparme de mi imperdonable silencio posterior a los exámenes. Habíamos quedado, en los últimos minutos de una gratísima tertulia en su casa, en que yo llamaría por teléfono después del 15, o sea a nuestra vuelta respectiva de los PARAÍOS. Del 15 al 30, pues, debía yo llamar, elegir mis discos preferidos, y reunimos para una verdadera tenida de "red hot jazz". Y yo no llamé. El motivo es harto simple: yo no tenía la menor idea de este viaje; pensaba simple y burguesamente, irme a Córdoba en febrero, a descansar quince días en un pueblito que responde al encantador nombre de Nono. Por lo tanto, disponía de todo enero para visitar su casa, una y aún dos veces si era posible. Tal es el motivo de mi silencio; no me sentía urgido para hacer esa llamada, pues me creía con muchos y largos días por delante. Cuando se acercaron las fiestas, algún misterioso Jimmy Cricket me susurró algo sobre "and always let your conscience be your guide".⁶⁹ Entonces, a lanera de prólogo a un pedido de perdón, le envié el librito (que espero le haya gustado). Tras eso, y con la alegría de recibir su amable tarjeta, me aprestaba a concertar una visita, cuando he aquí que en la tarde del 3 de enero, una especie de invasión bulliciosa, atropellada y por completo falta de contemplaciones, estremeció los cimientos de pobre casa. Una "panzer division" no habría procedido con más decisión y estrépito. Se trataba de mi amigo Reta —aquel con el cual viajé el año pasado más de 5.000 kilómetros—, su hermano mayor, la esposa del hermano, y dos angelitos de 6 y 2 años respectivamente, ambos prodigiosamente dotados para dar vuelta una casa en dos minutos. Comprenderá usted que semejante arribo, por otra parte inesperado, me sorprendió, y la sorpresa derivó a la atonía cuando, de sopetón, y sin otro anticipo que acorralarme contra una pared, rodearme de un círculo de ojos ansiosos y mirarse unos a otros con aire de complicidad, me soltaron la sorprendente invitación de que me fuera con ellos a Tucumán en auto... a dos días de la fecha.

(Lo decían así, como quien propone: "¿Vamos al Balneario? Es una linda noche...".)

Cuando se fueron, después de desplegar ante mí mapas, hojas de ruta, proyectos de etapas, hospedaje y variantes diversas, yo me tomé la cabeza entre las manos y le pedí —a la cabeza —que me hiciera el favor de ponerse a pensar. Porque hasta ese momento todos habían hablado por mí, discutido por mí y dado *mi* asentimiento... también por mí. Lo cual era ya algo desmedido.

Lo pensé, calculé que tenía el compromiso de irme a Nono en febrero, me puse a leer guías de ferrocarril, y descubrí con no poca sorpresa que, en realidad, bien podía yo irme a Tucumán en enero y a Córdoba en febrero, eslabonando ambos puntos con un sencillo viaje en tren y 7 horas de colectivo "through" la Pampa de Achala.

Llegadas las cosas a ese punto, no se sorprenderá usted que el día de Reyes, olvidado por completo de poner mis zapatos en el balcón, saliera con mis amigos a las 3 de la madrugada, en busca de

Córdoba, y de ahí a Tucumán. Estoy aquí desde hace cinco días, envuelto en un clima casi de pesadilla —hace un calor atroz, cosa que me encanta—, reposando en una tranquila casa familiar, con toda la fisonomía de las moradas provincianas, un patio oculto con un gran árbol en su centro, sirvientas de rostros oscuros que incansablemente ceban mate, y el calor, instalado como eje y columna de esta vida. Quizá le sorprendió mi frase anterior "Un calor atroz que me encanta": es la verdad. A más calor, más alegría de éste su amigo. Protesto, rabio, pero una satisfacción inexpresable se pasea por mí a cada grado que escala la columnita plateada. Ayer hubo 43 grados, cierto que aquí se tolera mejor que en Buenos Aires, pero asimismo convendrá usted que 43 grados... well!

Todavía no comencé a pasear. El hermano mayor de Reta —dueño del auto que nos sirvió de vehículo —representa aquí a unos laboratorios de especialidades medicinales, y tiene que hacer frecuentes giras. Ahora se fue a Santiago, y volverá el domingo; entonces empezaremos a utilizar el coche para conocer las villas y las montañas. Fuimos, con todo, a un sitio de montaña, llamado El Cadillal. El río brama en lo hondo de un precipicio, y obsesiona un poco oírlo, como una gran voz que llamara, sin prisa pero insistentemente. Termina uno por alejarse por los bordes del abismo y sentarse junto a las rocas que continúan hacia arriba la ladera. Los árboles, gigantescos, se adhieren a la pendiente con la desesperación de una vida que se obstina en permanecer, en subsistir a toda costa. ¡Y qué árboles! A veces, una mancha más clara obliga a detener la mirada en algunas ramas; es un clavel del aire que enrosca su verde claro y de ahí se vuelca hacia abajo, como un trapeceista...

Viera usted el Parque 9 de Julio; es lo más bello que tiene la ciudad; con muy buen criterio, los tucumanos han preferido poner allí réplicas de las más bellas estatuas clásicas antes que sembrar las avenidas de mediocridades vernáculas. Muy bien cuidado, tiene uno la sorpresa de surgir de pronto ante una Venus Anadiomena, ante el Apoxiomeno, ante el Hermes de Praxiteles, ante el grupo de Laocoonte... Y a lo lejos —surgiendo por sobre la chata edificación ambiéntela cadena del Aconquija. Primeros planos azules, de un azul un poco... literario; pero más allá, brumosos, admirables, los picos del segundo y del tercer plano, cada vez más altos y más blancos, hasta las nieves de la cadena más elevada —el verdadero Aconquija—; es un espectáculo que agota toda posibilidad de transmisión verbal. Hay que verlo, y solamente verlo; todo el resto es tentativa inútil. Yo lo he fotografiado, pero sin esperanza; la fotografía es una constancia de forma, pero no de color ni de volumen.

¿Y usted, qué hace... o qué hará? Me gustaría mucho recibir una carta suya. Si, perdonado ya por su bondadoso corazón, decide usted escribirme, hágalo a mi nombre, Corrientes 203, Tucumán. Esto, hasta el 5 o 6 de febrero, porque más tarde bajaré a Nono y ahí, en verdad, no sé qué dirección tendré. Un amigo me aguarda en el único hotel del pueblito, pero ignoro el nombre del establecimiento. (Si se dispone a veranear, entonces no escriba; sería cruel emplear en correspondencia un tiempo que los cinco sentidos reclaman a gritos.)* Hasta bien pronto, buenas vacaciones, trate de pasear mucho, y diga que no a todas las circunstancias que pretenden impedirselo. Mis afectos a sus padres, a su tía y a sus hermanos. (Defiéndame un poquito ante ellos, en especial ante su hermana —quien sin duda no me perdona la traición al jazz y el olvido de mi promesa—.) We shall nave soon a nice sweet jumping jamboree!⁷⁰ Su amigo

Julio Denis

Al decir "correspondencia" me refiero sólo a Ud. Para mí ha sido y es gratísimo escribirle.

CHIVILCOY, marzo de 1942

My dear friend Mercedes:

Hace mucho que no tengo noticias tuyas, y la culpa es casi enteramente mía. (Escribo "casi"; su respuesta me dirá si debo eliminar el término.) Desde Tucumán le escribí una carta; debió ser el 10 u 11 de enero. ¿La recibió? ¿La contestó? Le pregunto esto último, porque circunstancias que ya le contaré me obligaron a regresar urgentemente a Buenos Aires, y bien puede haber ocurrido que una carta suya se haya extraviado en aquella ciudad. En fin, usted me sacará de dudas.

He pasado unas vacaciones bien tristes. Creo haberle contado cómo decidí mi viaje al norte; cuestión de muy pocas horas... y en marcha. Pero lo que no soñé nunca al irme es que el futuro me guardara un zarpazo tan cruel; apenas llevaba una semana en Tucumán, y principiaba verdaderamente a descansar, un telegrama me enteró del repentino fallecimiento de mi cuñado. Esto ocurría el jueves 15, al anochecer; después de una llamada telefónica a casa, donde confirmé lo ocurrido, sólo me quedaba volver, e inmediatamente. Lo hice en avión al día siguiente, y el itinerario que me llevó dos días de viaje para remontarlo, se redujo a cuatro horas y media de vuelo. Tuve la triste conformidad de llegar a tiempo para esa última contemplación de un rostro que sólo va a perdurar en el recuerdo; media hora más tarde se efectuaba el sepelio. Desde ese día no me moví de casa; mi pobre hermana (que acababa de cumplir su segundo aniversario de matrimonio) y mi madre me necesitaban. Yo comprendí el valor afectivo que mi presencia tenía bajo esas circunstancias, y compartí hasta hace tres días el clima de angustia, casi de pesadilla que reina en mi pobre casa. Tal es el balance de mis vacaciones, y por él comprenderá usted el desconcierto en que he vivido, desconcierto que se tradujo en silencio y retraimiento. Muchas veces estuve por telefonar a su casa, pero pensaba a continuación que mis palabras iban a apenarla. Y para penas... bastante las acumulamos durante el *año lectivo* —como dicen los inspectores—; ¿para qué hacer ingresar una más en su panorama de descanso? Sin embargo, ahora que he vuelto a Chivilcoy para los exámenes complementarios, siento la necesidad de recordarle mi presencia, y pedirle una retribución equivalente, si es que tiene tiempo y deseos.

Ayer me pregunté súbitamente (brincos repentinos del pensamiento) si el nuevo plan que empieza a aplicarse no va a perjudicarla. Creo recordar que hablamos algo, en su casa, pero no estoy bien seguro —Además, no tengo el esquema de la distribución de materias. Yo ignoro aún lo que va a ocurrirme; creo, por un lado, que ganaré una o dos horas; pero bien puede ocurrir que ese misterioso "reajuste" del que hablan los diarios, sea un desengaño para mis ilusiones. (Ilusiones que paso a explicarle, para que no me crea un empeñado a llegar a las famosas 24 horas; si me conviene aumentar una o dos, es porque, en caso de una coincidencia feliz, podría ofrecer la permuta a algún porteño ávido de aires campesinos. Ofrecer 18 horas es algo muy serio, y que bien puede decidir a un joven colega a abandonar sus paseos por Florida y embarcarse hacia la jungla. ¿Está bien claro? No se extrañe de mi insistencia; tengo que poner en orden los datos para mi biografía, y no quiero malentendidos...)

Me avergüenza pensar en todo lo que le debo. El libro aquél que envié al concurso de *Martín Fierro*; muchas cosas de 1941; un proyecto de nuevo libro, que me gusta mucho... qué sé yo cuánto más. Pero estoy dispuesto a cumplir las promesas; en esta semana que viene —supongo que usted la pasará como yo en su casa —confío en poder asomarme por allá una tarde. ¡Gosh, y además están los discos! (Alquilaré un camioncito.)

Como usted no va a tener tiempo de contestarme por escrito, y creo que nos veremos antes, queda en pie su respuesta a las siguientes preguntas: ¿qué hizo este verano? ¿Cómo anda la Facultad? ¿Qué se sabe del concurso?

Le regalo un reciente poema, y me despido hasta bien pronto, pidiéndole perdón por mis informalidades *reiteradísimas*.

Julio Denis

CHIVILCOY, 15 de abril de 1942

pear friend:

Casi un mes, y yo sin contestar su carta. Pero usted bien sabe que no soy demasiado perezoso, y que amo contestar las cartas que invitan, como la suya, a la reflexión y al comentario. Me ocurre —no se lo cuento como excusa, sino para enterarla —que estoy otra vez enfrentando un tiempo hostil. El camarada⁷¹ con el cual anduve de viaje por Misiones, está gravemente enfermo; tan grave, que en la noche del 21 de marzo tuvimos que internarlo en el Ramos Mejía, a las tres de la madrugada; estábamos con él unos pocos amigos y la familia con la cual vive. (Sus hermanos están lejos, en provincias, así como su padre.) Enfrentamos, pues, la dura responsabilidad de adoptar decisiones por cuenta nuestra, y afortunadamente las cosas no anduvieron tan mal como lo creíamos por un momento. Pasó el ataque — es una grave afección renal, con derivaciones cardíacas, anemia, alto dosaje de úrea, en fin, un cuadro clínico terrible—, y desde entonces hemos estado junto a él, escapándome yo a Chivilcoy durante la semana, y corriendo al Ramos Mejía tan pronto llego a casa. Los médicos son pesimistas; y son grandes médicos. Calcule, entonces, mi estado de ánimo. Me atrevo, con todo, a sentir optimismo; he visto a mi amigo en otras peores y reaccionó siempre bien; yo creo que habrá de abandonar el hospital antes de dos meses, y que con un enérgico tratamiento podrá vivir... hasta cuando sea la hora. (Qué cosa absurda es que estando todos condenados igualmente a la muerte, sólo cuando se nos fija un plazo determinado, aunque sea un largo plazo, empecemos a desesperarnos. ¿Qué diferencia esencial hay entre ambos estados? Yo no veo más que diferencias contingentes, accidentales.)

Para peor, es ésta una triste semana de aniversario. Mañana, 16, se cumple un año de la muerte de Alfredo Mariscal. No estaba usted errada; a él le está dedicada la "Fábula de la muerte",⁷² pero no es exacto que él falleciera durante mi estadía en Misiones. Yo había ya regresado, y nos habíamos visto un par de veces. Justamente cuando me tocó a mí enfermarme, y estando ajeno a toda sospecha de lo que ocurría a tan poca distancia de mi casa, la inconsciencia de médicos criminales acabó con una vida admirablemente joven, equilibrada y hermosa. Vi a mi amigo en su ataúd, calcinado por el sufrimiento de toda una horrenda semana de pesadilla. (El relato, hecho por una hermana me quita todavía el sueño y la paz.) Para él, ya más sereno, fueron naciendo de mí los sonetos de la "Fábula". No se extrañe, entonces, de que sean "un poco tristes". No se extrañe de que hable yo en ellos "de la juventud, en ese tono tan remoto". Mercedes, sólo se es joven una vez, y aunque los espejos sigan mostrando la misma figura familiar, el agua que fluye bajo el puente no es ya la misma. Mi juventud, para serle a usted cronológicamente exacto, hubo de terminar allá por el año '39. Curioso que yo pueda señalar tan exactamente la fecha, ¿no es cierto? Pero es que, a partir de un determinado momento de ese año, ya sólo pude aprehender la juventud como pasado, conceptualmente; dejó de ser una vivencia mía, un ser en mí. Y lo que yo haya podido decir poéticamente desde entonces —y sus voces más puras son los sonetos de "Fábula"—no pasa de ser la expresión de una nostalgia. Una nostalgia y una lucha, porque sordamente lucha en mí el deseo de retener el pasado, vivir en pasado, no dejarlo ir de mí, con sus plumas y sus músicas.

Me alegra saber que le gusta mi último libro. Creo que, si el dinero no me lo prohíbe, habré de editarlo, tal como lo ha conocido usted, o quizá con modificaciones en la distribución general. No me sorprende en lo más mínimo que los sonetos de "La Renuncia al Poema" le pareciesen algo oscuros. Lo son, desgraciadamente, y en sumo grado. Son un homenaje a Mallarmé, y aunque no creo haber caído en "pastiche" alguno, fui a la estética del maestro, a su hermética concepción del acto poético, y de ahí nacieron esos versos que, tengo que resignarme a ello, sólo alcanzan a sugerir lo que quiso ser dicho.

El terceto que la preocupa "Haz del verso la forma que ama Lieo", etc., es en realidad extremadamente simple en cuanto a interpretación. Ni siquiera creo que deba interpretarse—, tiene un sentido directo, a través de un simbolismo primario, escolar. Ese "Liao", que la obligó a registrar vanamente su diccionario, me prueba: a) que su mitología anda floja, b) que su diccionario es detestable. ¿No sabía usted que Liao es uno de los epítetos de Dionysos? Veamos entonces: "Haz del verso la forma que ama Liao" significa que el poema ha de tener una estructura bella, como es bello el soneto. El soneto es un ánfora, que contiene Poesía. Y el ánfora es la "forma que ama Liao", porque el vino se guardaba en las ánforas, allá en la Edad del Oro. Haz, pues, de tu verso, un ánfora; "y si en la columnata Apolo brilla" (verso siguiente), es decir, si en tu verso hay Poesía, "será también la forma para Orfeo". Porque Orfeo no es aquí la muerte, como dedujo usted muy sutilmente, sino la Música. ¿No fue Orfeo el primer músico? Comprendo que pensara usted en la muerte, pero ello no coincidía con el tono afirmativo del poema. La idea general del terceto sería, en suma: "haz el verso como un ánfora, armonioso en el continente para que sea digno de recibir el alto contenido de la Poesía; y si ambas cosas se cumplen, será la Música. La Música, en el sentido metafísico de la palabra; la Música, esa aspiración suprema de toda Poesía".

No sé si me expresé bien, pero creo que el terceto queda *demasiado* aclarado; pierde su misterio, y a usted no la atraerá ya más...

Veo en su carta algunas otras dudas acerca de fragmentos míos, no crea que me irrita explicarme; por el contrario, es un deber para con usted, y me proporciona la satisfacción de ser, en última instancia, bien entendido. Dice usted no entender esta frase de Racine: "Falta a la Poesía todo aquello que fijan los reactivos". En química —como en medicina— se usan los reactivos para determinar la presencia de determinados cuerpos, para fijar ciertos elementos, ¿no es así? Así también en la Lógica, puede uno descomponer cada concepto en sus significaciones primarias, averiguar su extensión y su comprensión (remember your Logic?); disecar, digamos, las palabras que significan conceptos. Los reactivos acusan todo el contenido (¡tan enorme!) del más modesto concepto. Mas he aquí que, en llegando al vocablo POESÍA, no hay posibilidad de fijarlo y, por ende, de definirlo. ¿Causa? Pues... que la Poesía es así. "Poesía es todo aquello que se queda fuera una vez que uno ha definido la Poesía", dijo un espíritu sagaz; y es bien cierto. Porque sólo se define aquello que, en una u otra forma, es admitido en los cuadros lógicos del pensar, en las categorías. Y ya sabe usted que la Poesía salta alegremente por encima de la lógica ("este perro es un arco iris", "mi alma es un trocito de campana", etc.) y sólo admite ser intuida, aprehendida con todo el ser en una vivencia a-lógica, mágica si usted quiere. (Otra frase sagaz: "La metáfora es una forma mágica del principio de identidad"; es decir que si ese principio —base de la Lógica se expresa: A es A, la Poesía dice: A es B... ¡y qué bonito queda!) Por eso —final sentencioso y moral— no se debe ir a la Poesía con el diccionario en la mano, sino envuelto en la más radiante inocencia de corazón.

(Toda esta aburrida explicación aclara también esa otra frase que la preocupaba y que copia usted en su carta: "Hasta el vocablo que la significa está fuera de lo lógico". En realidad, me refería yo a lo que el vocablo intenta abarcar. Pero ahora se entiende mejor, ¿no?)

Sus noticias de la vida didáctica bolivarensis me resultaron sumamente interesantes, máxime cuando por la misma fecha recibí una carta de Cancio que, of course, me daba una versión muy distinta del episodio de las 3 horas de Botánica. Averigüé que Miss Walkyria Rumi es hermana de un muchacho que fue alumno mío hace dos años ¡miento!: no fue alumno mío; estaba en otra división; yo le tomé exámenes solamente). El referido muchacho debía haberse llamado Sigfrido o Wotan, ¿no es cierto?, pero creo que respondía a un nombre mucho menos "nibelunguino"...

El reajuste no me dio esas 2 horas que yo esperaba; el ministerio tuvo la habilidad de cambiarme las materias y las divisiones, y tras astutos malabarismos me dejó las 16 horas. Pero estoy ahora con dos interinatos; 3 horas de Historia en tercer año, y 3 de Geografía en una nueva división de primero que se

ha creado hace cinco días. No sé si tendré la buena suerte de ser confirmado (Til never join politics)⁷³, pero hay amigos míos que, en Buenos Aires, harán lo que puedan. Momentáneamente tengo 22 horas, y le aseguro que es el infierno. Logré conservar el lunes libre; tengo 2 horas los martes, y luego 5 horas diariamente, lo cual es extenuante.

Advierto en su carta que, pese a lo desagradable de tener que invernar en Bolívar, no se siente usted del todo a disgusto. Pienso que hace muy bien en sobreponerse a la primera impresión; en realidad, sólo en un sitio como Bolívar se puede aprovechar plenamente el tiempo. No era necesario que usted me dijera explícitamente que la Facultad la había desilusionado un poco; eso le ocurre a todos los seres inteligentes que la pisan. Pero seguirá adelante, ¿no es cierto? Siempre es una disciplina, una razón de trabajo. Y ahí, en la soledad del pueblo, podrá trabajar mucho mejor que en Buenos Aires. Yo lo sé, y lo confieso con un poco de nostalgia: nunca leí, nunca estudié y nunca medité tanto como en esos dos años que pasé allá. Vivía vertical —mente, en cruz con la pampa. Mi vida actual, distribuida entre rápidos viajes y tareas intensas durante la semana de clases, me horizontaliza un poco, me torna más superficial en mis lecturas y en mis búsquedas.

(¿Sigue creyendo que Botticelli no es "módico"?)

Como despedida, le regalo este soneto un tanto hierático (pensaba yo en un Sebastián pintado por Cimabue, pero también en el de Sandro).

Martirio de San Sebastián
Ceñido —altivo y casto —en esperanza,
ya el árbol vivo cesa la plegaria;
desgajada de mano sagitaria
la muerte va a su ser y en él se alcanza.
Acaece el dolor —él ve la lanza
y al Pastor con el ansia solitaria—
mientras desde una música contraria
crece su sombra y en la sombra danza.
El mármol nace por el pecho y cobra
la adolescente rosa que se pliega,
arroyo inmóvil suplicando el ave;
mas Sebastián se busca y se recobra
de hinojos ante el cuerpo que le entrega
por su boca plural la cierta llave.
(Marzo de 1942)

(Ahora que releo la página anterior, advierto que me expresé mal; yo pensaba en un Sebastián que Cimabue *hubiera podido* pintar; pero el tema no gozaba en sus tiempos de favor. De todos modos, hubiera sido admirable.)

Y ahora, hasta pronto. Buena soledad —no demasiada —y recuerde que espero siempre sus cartas.
Julio Denis

CHIVILCOY, 2 de junio de 1942

Amigo Luis:

Hoy se cumple exactamente un mes desde que su carta salió de Bolívar camino de estas tierras mías. Por curiosa coincidencia, al encabezar mi respuesta advertí la similitud de fechas; y comprendí, de paso, todo el tiempo que dejé pasar sin escribirle, siendo que sus páginas, tan llenas de interés para mí, merecían y hasta demandaban una contestación inmediata. Sin embargo —y yo se lo habré dicho ya alguna vez —no sé escribir a un amigo si no dispongo de cierto clima interior —determinado muchas veces por elementos exteriores: paz, ciertas músicas, ciertos aromas —que me dicta las justas palabras que un amigo debe recibir de mí. Hoy era el día para usted; ni ayer, ni mañana; exactamente hoy, y lo seguirá siendo hasta que haya terminado mi carta. No piense que eso supone indiferencia u olvido en otros momentos; pero sí que la comunicación verbal está condicionada en mí por sutiles influencias de las que no sé ni quiero escapar. Desde hace años, he pensado que una carta no es el mensaje intrascendente que se redacta presurosamente y sin otra finalidad que la información efímera y circunstancial; por el contrario, una carta ha sido para mí un rito, una consagración tan atenta como la labor esencialmente creadora; sin la tensión, es cierto, que supone el poema; sin su desgarramiento, sus impacencias, sus placeres indescriptibles ante el hallazgo o la esperanza de logro poético. Pero siempre una ceremonia un poco —¿cómo decirlo?—, un poco sagrada; un acto con contenido trascendente. Comprendo muy bien que muchos hombres hayan dejado mejores cartas que libros: es que, quizá sin advertirlo, ponían lo mejor de sí en esos mensajes a amigos o amantes. Yo he escrito muchas cartas y, fuera de las estrictamente circunstanciales (que no se pueden evitar muchas veces), he dejado en cada una de ellas mucho de mí, mucho de lo mejor o lo peor que hay en mi mente y en mi sensibilidad. Y lo curioso es que bien sé el destino de esas cartas; el afecto de quienes las reciben les guardará acaso un cajón, las páginas de un libro... Pero todo ello es momentáneo; una correspondencia así, dispersa y sin fines literarios, está condenada a la extinción absoluta, fatal. Sólo los genios logran que la paciencia de los eruditos busque, hasta encontrarlas, todas sus cartas... que no siempre son geniales pero llevan su firma al pie. (Leía yo, hace tiempo, la recopilación de la correspondencia de Paul Verlaine; tres tomos y una infinita paciencia del compilador... bien que poco o nada de poético [hay] en ellas; quejas, insultos, equívocos, pedidos de dinero, detalles de "métier". Cuánta correspondencia de gentes menos encumbrada merecería los honores del libro, y nadie la buscará jamás...)

Si no le aburre este tema de las cartas, y ya que empecé a hablarle de él, agregaré esto que se me ocurre ahora. Si me consagro tan enteramente a ellas —bien sé que las sé perdidas para el futuro— ¿será porque, al escribirlas espontáneamente, sin preparación ni borradores de ninguna especie, las convierto en las más auténticas expresiones de mi ser? Odio las cartas "literarias", cuidadosamente preparadas, copiadas y vueltas a copiar; yo me siento a la máquina y dejo correr el vasto río de los pensamientos y de los afectos. Quizá por eso, porque reconozco el valor humano de cartas así, es que le doy una importancia grande en mi recuerdo. No las releo, naturalmente, ni las releeré nunca; uno no va a buscar a un amigo o a una querida para decirle: "Trae mis cartas, que quiero leerlas". (He tenido el coraje de quemar un paquete que me fue devuelto hace tiempo, sin abrirlo; fue duro, pero yo sentía oscuramente que no me era dado el derecho a releer lo que tan generosamente fue entregado a otro espíritu.) Entre una carta y su autor se produce una separación total; es como enviarla a la Luna, o al siglo V antes de Jesucristo, ¿verdad? No se las vuelve a leer, pero uno sabe, cuando las ha escrito como las escribo yo, que una parte legítima del propio ser ha sido entregada con cada página, con cada línea.

Y así, precisamente, son sus cartas, amigo. Esta última, síntesis de una primera etapa en esa nueva

que ha empezado a vivir, dice bien de todo lo que yo más estimo en un hombre: sensibilidad ante las cosas bellas, ante los espectáculos del "vasto mundo", e inquietud por sus viejos problemas que le quitan esa perfección que sueña todo artista, todo angustiado. Me cuenta usted sus viajes, y yo lo he seguido a través de ellos, entornando un poco los ojos y sustituyendo las palabras que leía por los correspondientes paisajes. (Usted sabe que los que pretendemos hacer poesía, poseemos algunos recursos surrealistas para entrecruzar la cruda realidad y los dulces ensueños.) No me extraña que les haya gustado Mendoza (¿me permite el plural? Bien sé que su esposa posee una fina sensibilidad, y que ambos habrán compartido impresiones de viaje análogas, si no idénticas); evidentemente, el paisaje de montaña posee un ascendiente sobre el corazón humano, un imperio inexplicable del que nadie puede librarse. Es algo que va más allá de lo plástico, de lo meramente espectacular; excede las dimensiones psicológicas comunes que condicionan la relación entre un hombre y un panorama. Órdenes espirituales ingresan en esa relación tan pronto se enfrenta la montaña; oscuros atavismos, leyendas olvidadas y, por eso, más efectivas sobre lo subconsciente; los gigantes petrificados, el Olimpo, el Walhalla, todo actúa sobre nosotros sin necesidad de expresarse discursivamente; viene desde abajo, para decirlo así, desde las raíces. ¿No ha sentido usted —porque se trata de sentir y no de comprender— una presencia de lo divino en el espectáculo cordillerano? Yo me sobrecogí, tuve miedo, miedo y alegría, algo así como un deseo de volar a las cumbres, sabiendo que sería castigado por ello y devuelto brutalmente a la tierra; algo como lo que debió sentir Ícaro, al lanzarse hacia el sol. Posiblemente (no puedo yo retener mi espíritu crítico, que malogra al posible poeta que pudo haber en mí) sean estas impresiones resabios de antiguos temores ante la grandeza de las montañas; reacciones del cavernícola, tan seguro en su modesto valle o en su llanura sin riesgos, ante el espectáculo de los picos inexpugnables. (Llevamos, de esos arcaicos abuelos, más sangre en las venas de lo que a veces creemos...)

No conozco Montevideo; sé, sin embargo, de la belleza de sus playas, y creo poder imaginar el placer que para ustedes habrá significado ese paisaje un poco más doméstico, después del chapuzón salvaje y terrible en los Andes. (Hace dos años, pasé en cuatro días de viaje desde las punas del noroeste a la placidez del Paraná medio; y en verdad que el contraste era hondo, casi hiriente; yo tenía hundidas las montañas en la retina, y hube de mirar mucha agua hasta lavar del todo mis ojos...)

Tengo tanto que contarle que, en verdad, no sé qué tema tocar primero. Ya que hablamos de viajes, le diré algo de mis frustradas vacaciones estivales. En enero me fui a Tucumán en automóvil, con dos amigos; cruzamos Córdoba, las Salinas Grandes —espectáculo pavoroso— y entramos en Tucumán salvando unas sierras bajas, al anoecer del segundo día de ruta, con unos violetas en el horizonte y unas nubes bajas, sanguinolentas, cayéndose detrás de los cerros.. Pensábamos tomar Tucumán como cuartel de operaciones, y desde allí lanzarnos una vez más al asalto de los altiplanos; yo insistía, además, en llegar hasta Bolivia a través de *mi* quebrada de Humahuaca. Pero la suerte había escogido una piedra negra en esta oportunidad, y la arrojó en el tiempo a los pocos días de estar yo frente al panorama soberbio del Aconquija. Ya sabe usted lo que ocurrió —permítame agradecerle sus palabras de condolencia que sé harto sinceras— y tuve que regresar inmediatamente a Buenos Aires. Lo hice en avión, utilizando el trimotor de la Panagra, que justamente salía aquella mañana de Tucumán; y, aunque mi estado de ánimo no era el más propicio para un goce de esa categoría, la naturaleza se impuso y tuve que mirar, y ad— mirar, y maravillarme de una tierra como ésta, tan bella desde el aire como desde el suelo. El espectáculo de las cadenas tucumanas, con sus picos agudísimos, que la altura de vuelo permitía detallar hasta en aspectos insignificantes; el cruce de las Salinas Grandes, las sierras de Córdoba, la cinta retorcida del Paraná, han quedado en mí como una incitación y una orden. Haré otra vez ese vuelo tan pronto me sea posible. (Y luego, el cambio absoluto de valores con relación a la perspectiva y al tiempo; a la ida, dos días de viaje al nivel del suelo; al regreso, cuatro horas y media a miles de metros de altura... Luis, no lamento haber nacido en este siglo; nos ha sido dado a nosotros ver la obra de Dios desde ángulos que la humanidad jamás había sospechado.)

Advertirá usted que le envió mi trabajo⁷⁴ tan traidoramente prometido.⁷⁵ Su suave reprimenda ha tenido el resultado que esperaba; ahí van esas páginas de las cuales sólo puedo decirle que fueron escritas rigurosamente, hasta con crueldad, y sin concesiones al público; tanto, que el público se quedó en ayunas. Las escribí para hombres que fueran capaces de angustiarse y volver, con algo ganado, de su angustia; por eso se las envió a usted, que las ahondará en sus verdaderas y legítimas intenciones. (Después que la haya leído, habrá de reírse en grande si le digo que un diario local definió mi disertación como "un alegato anticlerical" [¡sic!].)

Me da infinita vergüenza agregar esto: no he tenido paciencia de sentarme a la máquina y copiar íntegramente ese trabajo; sólo dispongo del original y de la copia que le envió. ¿Será demasiado impertinente pedirle que, alguna vez, la haga llegar a mis manos? Si, entretanto, yo logro algunas copias, le avisaré para que la conserve, o le remitiré otra con mi firma.

¿Hablemos de música? Usted replicará: eso ni necesita preguntarse. Quiero, antes de que me olvide, pedirle que escuche una audición que se efectuará el miércoles 10, a las 20 horas, por Radio del Estado (L.R.A.); hablará en ella ese amigo que le presenté en un intervalo del concierto de Malcuzinsky, y que se llama Jorge D'Urbano; quizá usted no lo recuerde; apenas conversó dos palabras con él. Yo puedo decirle que es un fino espíritu, dado de lleno a la música —como oyente y crítico— y de una austeridad intelectual que llama la atención en estos tiempos profanos. Hablará nuestro amigo sobre el gran Claudio Aquiles, y Rafael González ejecutará algunos Preludios (¿o "Childrens Córner"? No recuerdo bien). Ya ve que es una audición que merece escucharse; ojalá le agrade, y pueda escribirme su impresión acerca de ella.

No me sorprende que le agradara el concierto de Hugo Balzo; yo lo había escuchado por la onda del SODRE, en una audición dedicada a Bela Bartok y a Ravel, y en verdad que me pareció un excelente intérprete. ¿Pudo asistir a algún concierto de Claudio Arrau? Me dicen que progresa cada vez más notablemente, pero no me fue posible asistir a sus recitales. Creo que el público de Buenos Aires se está contiendo injustamente con Uninsky, que toca ante salas casi vacías; ¿ve usted cómo la prestancia física influye en la conducta de nuestros cultos medios musicales? Malcuzinsky, Apolo polaco, alivia las neurosis de las damas porteñas; pero como Uninsky tiene una nariz muy larga, y además anteojos... Bueno, esto ya se está poniendo venenoso de mi parte. ¿Vio *Fantasia*? Don Leopoldo sigue más fanteche e irrespetuoso que nunca; pero Disney tiene aciertos asombrosos, tanto en *Cascanueces* como en *Consagración de la Primavera*.

Posiblemente ya conozca usted una grabación de dos piezas breves de Poulenc, tituladas *Pastourelle* y *Toccata*, reunidas en la faz de un disco por ese gran artista (a veces) que se llama Wladimir Horowitz. *La Pastorela* es algo delicioso, de una gracia infinita, bruscamente sustituida al final por una serie de ritmos contradictorios, superpuestos, que no terminan de resultarme claros. En la faz opuesta está grabado el famoso *Etude pour les arpeges composés* de Debussy. (Si desea conocer esas obras —lo merecen— recuerde que es un disco "His Master s Voice".)

Tengo algunos discos buenos, que he ido reuniendo con el trabajo que supone una discoteca apenas pasable. Compré el mes pasado un Concierto "Italiano" de Juan Sebastián, maravillosamente grabado por Wanda Landowska; en la última faz hay tres pequeños preludios y una fuga, que no puedo escuchar sin emoción. ¿Leyó el libro de Van Loon sobre la vida y los tiempos de Bach? Es muy interesante, aunque no hondo. Walter Gieseking ha grabado el primer cuaderno de *Preludios* de Debussy, y ardo por tenerlos. (Lo malo es que seguiré ardiendo por un tiempo...)

No sabe cuánto me alegra leer en su carta que no ha olvidado usted su piano, y que estudia con lo que llama "más disciplina", expresión que no encuentro acertada, porque siempre lo conocí a usted como muy disciplinado en su labor de intérprete. Digamos que estudia usted más asiduamente, ¿eh?, y me parecerá más justo. Amigo, esa experiencia que usted me relata —ese buscarse a sí mismo frente al arte, y esa exasperación terrible al sentir un viento de fracaso— yo la conozco bien; cambie usted su

teclado por un papel en blanco... y es la misma cosa. Yo también sé lo que es obstinarse en lograr algo; una y otra vez, pacientemente al comienzo, con desesperación más tarde, para sentir repentinamente una náusea, un abismarse en la angustia, en la renunciación...

Pero uno vuelve siempre, ¿no es verdad? Y ahí, escondido en ese volver, está el triunfo. Una y otra vez se sentará usted ante su piano; una y otra vez vuelvo yo a abrir mi cuaderno en blanco... De cosas así está hecho nuestro pequeño paraíso terrestre.

Si alguna vez pude pensar en ir hasta Bolívar durante el año escolar, era porque los horarios me concedían algunos "huecos" aprovechables. Este año, en cambio, es imposible. Estoy dictando 22 horas de *clase* —en *las que se incluyen 6 de interinatos*—y todo abandono de mi labor significa la grave responsabilidad de dejar un número grande de claros en las tareas de los chicos. Yo he descubierto que soy más maestro de lo que pensaba: ahora me asusta faltar a clase. Quizá, con todo, haya la oportunidad de algunos días libres, y entonces tendré la satisfacción de acercarme a los lugares donde me fue brindada una amistad sin otro fin que el de la amistad misma; y me permitirá usted que señale su casa y la casa del doctor Vignau *como* los dos hogares donde más tibiamente fui recibido y tolerado.

He escrito algunas cosas, pero no le enviaré ninguna en esta oportunidad; mis cuadernos han quedado *en* Buenos Aires, y yo le escribo desde la pampa. Además, tiene usted las 20 páginas de ese ensayo que, permítame la autocrítica, son atrozmente pesadas. En otra carta, entonces, le copiaré poemas, algún cuento, lo que usted quiera.

Y ahora, amigo Luis, será hasta pronto. Lleve usted mis afectos al doctor Vignau, y ofrézcale de mi parte ese trabajo que quizá merezca su lectura. Para todos los suyos, para su esposa, mis respetos cordialísimos. A usted, como siempre, mi mano abierta y mi amistad invariable.

Julio Cortázar

BUENOS Aires, diciembre de 1942

Chère amie:

Está escrito que todas mis cartas han de comenzar con una especie de "compte rendu" que me sirva de excusa por mis injustificables silencios. Esta vez, sin embargo, la reseña que debo hacerle es singularmente triste; tanto, que siento el deseo de evitarla. Y, sin embargo, usted merece más que nadie que me confíe y le cuente aquellas cosas que marcan con piedra negra algunos momentos de mi existencia. Usted, sí, porque posee una infinita capacidad de comprensión —tantas veces notada por mí, y siempre agradecida—; usted, porque la edad la coloca en una actitud más serena, más alejada de la reacción bulliciosa y el comentario irreflexivo, y le permite decirme cosas hondas —pienso en su última carta—, en las cuales el afecto no oculta la severidad de juicio. Quizá todo esto sea inútilmente dicho, ya que bien conoce usted mi estima y mi cariño; pero siento una obligación moral de reconocerlo explícitamente, de decirle que encuentro en usted *un* espíritu cuyas resonancias acaso nunca había hallado en mi vida, y en este país tan poco espiritual.

El tema de la muerte vuelve una vez más. Pero esta vez no se trató de mí en forma directa, sino la que hoy segó una vida para mí muy cara. ¿Ha reparado usted cómo pierdo rápidamente a mis amigos? En dos años he visto apagarse tres miradas que me llenaban de contento; primero fue un camarada del cual le hablé en alguna carta de 1941; a principios de este año perdí a mi cuñado, a quien quería fraternalmente. Ahora —y pocos días después de llegada a mí su última carta de usted— hubo de ser otro amigo del cual no sé si alguna vez le dije algo. Era un compañero de *estudios* que, terminados esos años del magisterio y del profesorado, siguió conmigo los caminos amistosos de la lectura, del estudio, de los viajes. Se llamaba Francisco Claudio Reta; fue el camarada con quien viajé por todo el país hace dos años, ¿recuerda? Tenía una misteriosa capacidad para ser amigo, capacidad constituida por pequeños detalles, por finezas que pocas veces se hallan en la juventud. Y era un muchacho enfermo, con una afección renal surgida en la infancia, que lo minaba lentamente. No sé si la idea de su próximo fin —por cierto más fundada que mi idea, de la que volveré a hablarle más adelante— lo hacía más hondo, más vuelto a sí mismo y, por lo tanto, más capaz de silencio y de comprensión. Eso: la capacidad de silencio, ¡qué virtud maravillosa! ¿Ha reparado usted *cómo son* charlatanes los argentinos? Nos dicen un pueblo triste; si es así, ¿por qué se habla tanto? ¿Por qué se parlotea tanto desde las tribunas, los libros, las cátedras, los paseos, los teatros? Este amigo sabía callar, y yo también lo sé; por eso nos ocurría a veces pasar días de viaje sin cambiar más que las frases imprescindibles. Nos entrábamos tanto en el paisaje, en el color, en la experiencia toda del viaje, que las palabras se nos *antojaban* blasfemias, incongruencias que podían manchar tanta belleza ofrecida a cielo abierto. En fin, entre ambos había nacido un lenguaje sin palabra, que nos permitía entendernos de la manera más simple y más pura. Y luego, diez años de frecuentación constante, ¡cómo acercan a dos seres humanos! El distribuía sus cariños entre *una* novia, otros camaradas, su familia; a veces estuvimos meses sin vernos (cuando yo vivía en Bolívar); y sin embargo era suficiente encontrarnos para comprender que esa amistad nuestra estaba invenciblemente por encima de toda contingencia. Yo me sentía seguro de un afecto invariable; y sé que él tenía pruebas de sobra para pensar lo mismo. Así llegamos a este año, en que hube de regresar precipitadamente de Tucumán y empezar aquí una sorda vida de trabajo a disgusto y dolor por la pena de mi pobre hermana, pena que yo compartía intensamente. En marzo, mi amigo se enfermó gravemente; yo estaba a su lado en esos días, junto con otros compañeros; lo internamos en un hospital, donde se luchó por todos los medios para que reaccionara. Hubo una gran mejoría, acentuada en julio y agosto, y pensé que acaso el mal no fuera irremediable. Pero entonces, como llevado por un afán de

autodestrucción —que yo había reparado muchas veces en él, con no poca amargura— nuestro amigo quiso volverse a Tucumán, donde reside un hermano, y pasar allá el fin de su licencia. Sabíamos que sólo daño podía traerle un viaje así, e hicimos cuanto fue posible para disuadirlo. Se fue, sin embargo. Y regresó en octubre, justamente en esos días en que usted me escribió su carta. Yo acababa de leerla, en Chivilcoy, cuando una comunicación telefónica me informó del arribo y de la gravedad de Reta. Usted, que me conoce un poco, no se sorprenderá de mi conducta; abandoné las clases —sin remordimiento, porque llevaba adelantados los programas— y vine a Buenos Aires. Mi amigo no tenía parientes aquí, y sólo contaba con sus amigos. Estuvimos con él desde el 23 hasta fin de mes; yo pasaba las noches a su lado, y otros amigos se turnaban durante el día. Buscamos clínicos, agotamos recursos... ¿Para qué, si la muerte había entrado con nosotros en esa casa? Una horrible batalla de una semana; una agonía en una noche de luna llena, irrisoria y burlona. Murió rodeado por todos sus mejores amigos, lúcido hasta el fin, plenamente seguro de lo que iba a suceder. Desdichadamente, ¡a él le Ocurría lo que a mí!: ignoraba la fe. Esa noche comprendí lo que es *morir sin* el auxilio de una religión. Morirse físicamente, biológicamente; dejar de respirar, de ver, de oír. Y comprendí otra cosa —que ya conocía intelectualmente a través de los poemas de Rilke—: la soledad inenarrable de toda muerte. Estar junto a un ser humano, tocándolo ayudándolo; y tener que admitir, sin embargo, que inmensos abismos separan a uno de otro; que la muerte es una, solamente personal, indivisible, incompatible. Que se está solo, absolutamente solo y desgajado en ese instante; que ya no hay comunión posible entre seres que momentos antes eran como ramas de un mismo árbol.

En fin, cuando todo hubo terminado, regresé a Chivilcoy para la última etapa de clases. Las desempeñé como un autómatas, y sin embargo era lo único que me distraía de tanto alucinante pensamiento. Muchas veces, en esos días, pensé en escribirle; pero me sentí incapaz de todo esfuerzo. Fui aplazando el momento hasta llegar a las vacaciones; y hoy le envío estas páginas con una calma que entonces me habría sido imposible conservar. Es curioso, sin embargo; ahora estoy más apenado que en las primeras semanas. No sé si el agotamiento físico me vencía, después de extenuantes noches en vela, luchando por aliviar sufrimientos, fingiendo una alegría y un optimismo que se derrumbaban —como se cae un antifaz del rostro —apenas abandonaba esa habitación; quizá el esfuerzo fue demasiado, y me produjo un estado de falsa indiferencia, de resignación que a mí mismo me causaba asombro. Después, como una marea que retorna imperceptiblemente, las manos de la angustia han vuelto a mi garganta. Ahora siento verdaderamente ese vacío, esa ausencia. Estoy en vísperas de un viaje: el 10 de enero me voy a Chile por mar. Ese viaje, solo, después de tantos viajes al lado del camarada perdido, me da la justa noción de lo que me falta.

Nada me salva de meditaciones sordas y torturantes; ni el cansancio, ni los conflictos más o menos sentimentales, ni los libros, ni la música. Apenas si la Poesía... y eso por instantes, que hartos le agradezco.

Todo esto pasará. Lo monstruoso de la vida es precisamente que todo, aún lo más válido, pasa. Usted puede pensar: es mejor así. Ciertamente, desde un punto de vista pragmático, defensivo. Pero no es eso lo que un corazón inconfesadamente desea. Yo llevo a mis muertos —¡son ya muchos!— conmigo; y a veces, empero, me sorprende en momentos de culpable olvido. Culpable, sí, porque es gracias al recuerdo que los idos se perpetúan en el tiempo. Pero la vida exige sus derechos... y acaso sea necesario, y mejor.

Yo sé bien que estas frases mías no han de llegar a usted con su contenido intacto. Mi pensamiento es irreligioso, bien lo sabe usted, y yo soy el primero en deplorarlo. La muerte, desde mi punto de vista, asume una importancia que no tiene para un espíritu tocado de gracia. Lo que para usted es un tránsito —y una liberación —es para mí final, un aniquilamiento. ¿Y cómo no ser rebelde ante un final que llega cuando apenas empieza la vida? Frustración, fracaso, injusticia; vea usted los conceptos que se me ocurren.

Y vuelvo a lo que sugerí antes; siempre he creído que uno puede subsistir —en esencia, en idea — cuando se deja una obra o se vive en el recuerdo de aquellos a quienes se quiso mucho. Por eso soy celoso en el culto a mis muertos; me siento depositario de lo poco —o de lo mucho —que de ellos queda. Ahora que lo pienso, recuerdo haber escrito unos versos que le dirán esto mucho mejor que mi mala prosa. El poeta habla a la muerte y le cierra el paso: no crea ella que se lleva todo al matar. Lo más puro, lo más bello, permanece en los corazones de aquellos que subsisten.

*No te lo llevas todo cuando ciñes
la voz al abandono del que yace;
en tu seguro paso se interpone
algo que sobrevive y te derrota.*

*Detenida en los lindes de la nada
—esta mano en la sombra, calcinándote—
no te lo llevas todo. Entre los brazos
ves deshojarse el aire de tu reino.
Búscame en vano el pecho que mantiene
la flor arrebatada a tu codicia
—imagen viva, solamente mía—.*

*Nada es tuyo en la esfera clausurada;
aquí el clavel, desnudo de cenizas,
con la fragancia del ayer persiste.*

Es ya tiempo de dejar este tema, que sin duda la habrá entristecido. Quiero hablarle de su carta, su extensa y fina carta, que he leído muchas veces para comprenderla mejor. Pienso que acaso tenga usted razón al hacerme notar que la juventud cree haber vivido mucho sin que, en realidad, la existencia le haya deparado sus más rudas experiencias. Quizá yo sea vanidoso. Pienso, con todo, que un hombre depende menos de aquellas circunstancias que graviten sobre él de era hacia adentro (episodios, sucesos, desdichas y venturas) que de otras, infinitamente más grávidas, que tienen su principio y su fin en propia intimidad. Entre una conversión religiosa producida por el espectáculo de un milagro, y aquella otra producida por un lento fermento interior, ¿no cree usted que esta última es mucho más válida, digna? ¿Por qué han de ser los sucesos exteriores aquellos que conduzcan al hombre hacia la sabiduría y la madurez? Pienso en Pascal —a quien cita usted—; pienso en ese espíritu admirable, que arrancó de sí mismo, por sí mismo, todo lo que había de constituir su perfección moral y religiosa. Y, si acepta usted eso conmigo, convendrá también en que los términos "juventud" y "vejez", aplicados cronológicamente, carecen en sí mismos de sentido. Creo en una juventud del alma y en una madurez del alma. La edad física puede ser una ventaja o una desventaja; el hombre maduro tiene mayor suma de experiencia que el joven: pero esto, si hay en él una centella de perfección (o de perfectibilidad), no precisa necesariamente escalar el tiempo y cosechar, uno a uno, sus frutos y sus yermos. Y tampoco creo en la acumulación de dolores; pienso que un gran dolor —sobre todo el primer gran dolor —vale por todos los que puedan venir después; como creo que el primer gran amor es el molde donde se vacían, más tarde, otros cariños escalonados en el tiempo.

Le agradezco profundamente sus palabras acerca de usted misma y de Marcelle. Comprendo sus inquietudes con respecto al porvenir; en verdad que viviendo en Bolívar, ustedes no han de tener

muchas amistades. ¡Hay tan poca hondura en esas almas entregadas a lo cotidiano como si lo cotidiano fuese lo esencial y lo único necesario! Marcela y usted distan de esos seres por muchas razones; no solamente por motivos de cultura, sino por razones espirituales de raza, por ideales que, bebidos en las fuentes admirables de Europa, de Francia, hallan en ustedes dos fieles depositarías; y también por la calidad interior —puntilla finísima— de sus vidas. Lamento tanto no vivan ustedes en Buenos Aires, ciudad que, junto a sus gruesos defectos de metrópoli cosmopolita, destaca las aristas nobles de los grupos consagrados al arte, al pensamiento desinteresado. Cuando pienso que podríamos vernos seguido...

En el momento de recibir su carta —en octubre— confiaba yo poder ver su cuadro en los salones del Banco Municipal, tal como usted me lo anunciaba. El relato que ya le hice de cómo viví esos diez últimos días del mes me excusa de justificar mi ausencia de la exposición. No sabe cuánto me alegra saber que uno de sus cuadros fue adquirido en La Plata. Y más aún la idea de que insistirá en pintar la montaña; creo que, dentro del género paisaje, es el tema por excelencia; acaso precisamente porque pocos pintores han sabido "rendre" la montaña en lo que tiene de evasiva, de cambiante. Usted, que pinta esquemáticamente —entiendo por eso que evita la "fotografía" minuciosa y apoya su obra en los elementos verdaderamente significativos del tema— verá en la montaña aquello que está más allá de la forma y la piedra y los matices. Vaya usted a Córdoba, que le brindará, además de la presencia de su hijo y de Lucita Inés (esto lo sé por Marcela), *descanso* y motivos pictóricos; creo que este año la sierra y usted se encontrarán plenamente en el concierto de una tela. Siempre he pensado que el hombre recién alcanza a vivir plenamente un paisaje cuando vuelca sobre él su capacidad creadora. Usted, que la posee plásticamente, se adueñará sin dificultad de la belleza serrana.

Me alegró saber que el poemita a usted dedicado le agradó, así como la Balada. En cuanto al "San Sebastián", Marcela y usted declaran firmemente no comprenderlo. Y yo, ¡hélas!, no puedo explicarlo.

He trabajado un poco en estos últimos tiempos; hay algunas cosas más que no me disgustan del todo; con todo, estoy lejos de lanzarme a la publicación de otro libro, ya que *los problemas* derivados de la guerra se extienden a las artes gráficas y de manera especial a las ediciones en buen papel y tiraje restringido como debe ser un tomo de poemas. Sus palabras de aliento me proporcionan una gran alegría, porque bien sé hasta qué punto están dictadas por la amistad, y al margen de todo compromiso de urbanidad. No crea que desdeño afrontar el juicio de mis contemporáneos; creo que ese juicio es necesario en todos los casos, parezca o no justo. Antes bien, espero que 1943 me ofrezca la oportunidad de provocarlo mediante algún volumen. Entretanto... las páginas se acumulan, y bien sé yo cuántas alfombran mis anaqueles.

A modo de despedida, copiaré para usted unos versos simplísimos, que sólo tienen para mí el valor de haber sido recibidos por aquella que los motivó. Se habla en ellos de la más hermosa plaza de Chivilcoy, de un mediodía y de una cita.

Plaza España —Contigo

El sol de octubre besa los mosaicos dormidos;

en matinales nidos la mañana está presa

Pero mira la plaza llenarse de colores:

abre el sol por las flores la estremecida caza.

Canta la primavera con cada flor que asoma

prometido el aroma de su amor y su espera.

(¿Sabes por qué la rosa perfuma su contorno?

Porque aguarda el retorno de alguna mariposa.)

En la piscina fría y en la fuente sonora

es más clara la hora tibia del mediodía.
Canta el agua y olvida su fatiga de viajes
Los peces son celajes que demoran su huida
La vida es esperar y esperar es la muerte;
santa, la flor que vierte su pena en perfumar.
Y entonces tu figura viene a mí,
iluminada como la pincelada final de una pintura.
Y es ya perfecto el día si estás en su mañana,
jubilosa campana que tañe en mi Poesía.

Para usted y Marcela —a quien escribiré pronto —mi deseo de que pasen muy felices fiestas. Feliz Navidad y Año Nuevo, hasta pronto, y reciba usted el invariable afecto de su amigo

Julio Cortázar

P.D. Le enviaré unas líneas desde Chile, contándole mi viaje.

A Lucienne y Marcelle Duprat

VIÑA del Mar, 27 de enero de 1943

Mis queridas amigas:

No he olvidado mi promesa de escribirles durante mi viaje, aunque en verdad los días se han pasado en una sucesión tan variada de experiencias y de acontecimientos, que terminé por perder un poco la noción del tiempo. Ahora, justamente cuando me dispongo a retornar, comprendo que hace 23 días que salí de Buenos Aires, y que debo dar pruebas de mis recuerdos a los buenos amigos.

He viajado mucho. En síntesis, mi itinerario fue el siguiente: a Mendoza en tren, dos días ahí y luego el cruce de los Andes en automóvil (viaje tan maravilloso que no puede ser relatado, al menos por mí). En Santiago de Chile permanecí 6 días, y luego bajé al sur, atravesando el hermoso valle araucano. Conocí los lagos: el Llanquihue, enorme y tranquilo, con sus aguas de azul cobalto y sus cerros arbolados; el Todos los Santos, prodigiosamente verde, con un verde que jamás había creído yo posible. Allí descansé unos días, visité luego Osorno y Valdivia, y retorné a Santiago para pasar luego a Valparaíso f Viña. Valparaíso es una espléndida ciudad pacífica. Verla de noche —desde lo alto de un cerro —con todas sus luces rodeando la bahía, es un espectáculo inolvidable.

En Viña me disfracé de turista, para no desentonar. Hice, pues, cosas de turistas: bañarme en Concón, pasear en bicicleta, y perder dinero en el Casino (¡oh, ruleta, ruleta nefasta!). Eso sí, agregué algo muy personal: fui a ver todas las funciones del Original Ballet Russe del coronel de Basil que, para suerte mía, estaba justamente ofreciendo funciones en Viña.

Esta noche zarpa el *Arica*, llevándome —mejor, trayéndome —a Buenos Aires. Calculo estar allí el 17 o el 18 de febrero y si los señores del Eje no disponen otra cosa ya que mi barquito es de bandera chilena, más de 20 días de mar, y el Atlántico; un lindo viaje ¿no es cierto?

Espero que estas líneas las encuentre muy bien. Será hasta pronto, entonces, con mis mejores deseos para ambas y un cordial saludo de

Julio Cortázar

BUENOS Aires, febrero de 1943

My dear friend:

I am very glad knowing that your holiday makes you happy. (Your postcard exults happiness.) But... why spoil that "heavenly" place with my bitter, chilly and unpleasant poems? I thought, at first, that it was better if I refused to send them to you; but, after deep meditation... you see, there they go! I hope my poor verses won't cover your blue sky with another kind of "blues".⁷⁶

Me alegro de que le guste Córdoba, y le agradezco su pedido. Le envío copias que usted puede conservar. No sé si este "nuevo tono" que quizá usted no conozca en mí, la sorprenderá desagradablemente. Son poemas recientes, y de todos ellos prefiero "Oh, ven a mí..."; ¿no encuentra en ellos un desesperado deseo por decir lo que se anhela y evitar, a la vez, problemas de comprensión al lector? (Sus observaciones al respecto tienen mucho que ver en esta actitud; he comprendido que no hay derecho a escribir solamente para uno... si al final se termina dando los poemas a otros. De todas maneras, me agradecería una opinión.)

Que pase alegremente el resto de sus vacaciones, y gracias por el recogido y dulce atardecer que pasé en su casa, y también por su postal. Con mis afectos a todos los suyos,

Julio Denis

A Mercedes Arias

MUY gentil amiga:

Ya ve que no había olvidado mi promesa de escribirle; sólo las dos semanas se convirtieron en un mes. Mi trashumante existencia —cuatro días aquí y tres en casa —me dispersan de una manera tan deplorable como encantadora. Una correspondencia regular es la primera en resentirse, y concluye por pasar a la categoría de los ideales inalcanzables. Pero usted me conoce, y no tengo necesidad de excusarme más... (¿Cuántas cartas más empiezan, con pequeñas variantes, de la misma manera? ¡Interesante censo! Envíeme las cifras...) Decidí quedarme en Chivilcoy a pasar el "week-end". Hay buen cine, que aprovecharé; tengo dos novelas de Ellery Queen (*The American Gun Mystery* y *The Román Hat Case*); poemas de Salinas y de León-Felipe; la fascinante historia del Renacimiento, de John Aldington Symonds; una bella edición de Virgilio, *Le Grand Meaulnes*, y mis gramáticas alemanas. Se puede pasar un rato con todo eso, ¿no?

Me hubiera agrado poder charlar con usted en estos días en que todos los miembros del "apostolado" andan revueltos con la cuestión de los concursos; le hubiera preguntado, por ejemplo, si tales concursos no le ofrecen alguna posibilidad de traslado —aunque adivino la respuesta—; o, por lo menos, de mejora...

A mí me perjudicaron hasta ahora, porque, en previsión de que el concurso diera por resultado algún nombramiento insólito, el generalísimo" local se adelantó a los hechos en forma de un nombramiento provisorio en la persona de una joven y simpática parienta; me refiero a 4 horas de Historia que yo dictaba interinamente. Claro que, por razones de simple dignidad profesional, yo me presenté lo mismo, bien que descuento el resultado. En verdad, no crea que ello me afecta mucho; bien sabemos lo que son esos nombramientos interinos; y además, por suerte, la profesora nombrada superpone a su apellido todopoderoso la idoneidad de un título; basta eso para que yo no sienta rencor alguno, bien al contrario.

A Mercedes Arias Chivilcoy, 22 de mayo de 1943

¿Qué hace usted, cómo le va, qué lee, dónde pasea, a qué se dedica? El tiempo ha logrado que ya no me resulte fácil imaginarme la existencia en Bolívar, ¿es siempre la misma? Chivilcoy, inmutable, enfrenta las estrellas y las estaciones con invariable firmeza, cuidando de no mover un solo músculo de su severo rostro, ni desordenar en lo más mínimo los pliegues de su vestido. Así, de una manera un tanto homérica, permanece el apacible pueblo con sus numerosos ganados circunvecinos, sus preclaras gentes que comercian y dan vueltas a la plaza (debí decir "ágora", perdón), y el majestuoso despoblado de sus calles que la sombra de venerables plátanos flanquea y ornamenta. Yérguense en sus márgenes las estructuras imponentes del Colegio Nacional y de la Escuela Normal, en la cual última (como diría Cervantes) pasea éste su amigo la majestad de su toga profesional y el aburrimiento de varios cursos de historia y geografía, ciencias malignas y retóricas.

(¿No le resulta divertido, a veces, escribir imitando estilos arcaicos? Pienso en el placer que sentiría Gogol cuando escribió *Taras Bulba* que, supongo, usted habrá leído. En verdad es un admirable "pastiche" de Homero... Ahora me acuerdo de que una vez le escribí una carta en verso a un amigo; me había propuesto yo imitar cabalmente el kilometraje olímpico de don Arturo Capdevila, y lo cómico es que —de una manera totalmente seria —recibí calurosas felicitaciones por la tal epístola. Felicitaciones menos merecidas que las merecidas por Míster Count Basie, que en este mismo momento está tocando "Woogie" por la onda de L.R.9.)

Ya que salté a la música, creo recordar que usted había comprado o iba a comprar una radio para su pueblecito. Si tiene onda corta, siga cuidadosamente este consejo: los viernes, a las 22.30 en punto,

busque K.G.E.I., Frisco, en la gama de los 25 metros. Le llegará, muy claramente, un programa titulado "Jubilee". Tras nombre tan promisor, escóndese el arte prodigioso de Louis Armstrong, que está más grande que nunca; anoche le escuché *Shine*, y un *Lazy River* como hacía mucho no oía. Y luego, sus charlas en el micrófono, con esa *dulce* (¡tan dulce, sin embargo!) voz que le dio Georgia... Sume a eso un conjunto de "spiritual singers" llamado bellamente *The Charloteen*, y tendrá usted una idea de lo que es esa media hora inolvidable. So now you know!

Pero, si en verdad no tiene la radio, mil perdones: sé que mi descripción la hará sufrir, y lo siento.

Van los poemas prometidos, y una prosa que me gusta mucho porque fue escrita a lo largo de mi viaje por Chile, a razón de unas pocas frases por día, en los trenes, las galerías de los hoteles o el alto de los cerros. No le envió más cosas para no aburrirla; en otra carta, si usted quiere... De paso, las copias son para usted.

Hasta pronto, entonces, hágame saber de usted y recuerde que su franca opinión sobre mis poemas tiene para mí un valor inapreciable.

Julio Denis

EN alguna parte de la provincia, octubre de 1943

My dear friend:

Glad to find you studying english; hope we'll have pleasant chats someday. Traducción falaz y literal: alegre/ encontrarte/ estudiando/ inglés; espero/ nosotros/ tendremos/ agradables/ charlas/ algún día. Tu decisión me ha parecido excelente; creo, muy en serio que vas a la conquista de mucha belleza, de insospechadas rutas. Piensa: leer a Keats, leer *Romeo y Julieta* —algunas de cuyas escenas son de una musicalidad idiomática como jamás se ha logrado en el teatro—, leer al joven Winston, a Ellery Queen... (Interrumpo este sabroso programa para transmitirte —acabo de oírlo por radio —el nombramiento de Hugo Wast. Vaya, hemos encontrado por fin al intelectual que necesitábamos, el hombre democrático y de amplios alcances. Ahora sí que será Jauja en nuestro ámbito didáctico. El ornitorrinco nos va a hacer leer sus obras completas, tú verás, como condición "sine qua non" para inscribirse en los concursos. Es llegada la oportunidad de acomodarse, de ascender rutilantemente a las esferas áulicas; yo estoy ya preparando una conferencia sobre *Pata de Zorra*, un cursillo sobre las semejanzas entre la Biblia y *Flor de Durazno* y una clase magistral sobre las conquistas sintácticas de *El Kahal...*)

¿Entiendes tú lo que ocurre? Aquí en este pueblo del infierno, nada se sabe que responda ni remotamente a un esquema concreto, más o menos razonable; yo esperaba la renuncia del gran unicornio, y he aquí que tres de los canguros chicos se descuelgan del árbol... Mi prolija profecía se ha ido al demonio; ¿o va a cumplirse en los próximos días? Pensé que la designación de Farrell implicaba la inminente acefalía, ergo la inmediata ruptura, etc. Te confieso que me resulta más fácil la metafísica de Heidegger (que empiezo a leer, penosamente en su endiablado idioma) que los cabildeos oficiales y sus espectaculares consecuencias.

Desde anoche sufro los traumatismos derivados de las frases que nos aplican desde los receptores de radio. "No es de hombres propalar rumores, etc..., (¿será pues exclusividad de las gallinas?); "denuncie a los que... etc.", cristiana enseñanza inspirada, seguramente, por Victor Mac Laglen y Lyam O'Flaherty; es éste un gobierno de puertas abiertas.

¡Dulce Argentina! Cuando pienso que el ornitorrinco va a ser Muestro ministro, que el ministro de Obras Públicas se llama Vago y que Ameghino capitaneará la hacienda, me veo obligado a discrepar profundamente (¡por primera vez!) con los designios de la Providencia. "Tout va tres bien, madame la marquise..."

Gracias por el escudo. Es inefable. (¿No presientes tú algo así como que el texto redactado por los de *Crítica*⁷⁷ suena levemente a cachada? Eso de los pintores surrealistas, lo de que el sable de San Martín es de complicada simbología, etc..., todo eso tiene un tufillo de cachondeo. Ahora, si es versión de los comentarios oficiales, entonces el total asume características indescriptibles. El coronel Giani merece el último párrafo de *Contrapunto*: de gentes así será el reino de los cielos.)

Sí, señor, he leído los *Cuentos de Pago Chico*,⁷⁸ y precisamente a instigación tuya hace un par de años; me parecieron un gran libro, lo mejor —con *El casamiento de Laucha*— de la picaresca argentina. ¿Sabes que me he sorprendido de una coincidencia? Justamente terminé de leer la semana pasada lo que tú llamas "el ladrillo" o sea *Imperial City*. En líneas generales coincido con tus no muy amables opiniones. Ciertamente, la técnica es elemental, y sólo requería una paciencia de ostra para llevar adelante la ejecución del mamotreto. (¿Te imaginas el aspecto que habrá tenido el manuscrito?) Inclusive hay un error grueso que tú habrás observado: en una ciudad de 7.000.000 de habitantes, los veinte o treinta personajes del libro se encuentran "casualmente" a cada momento, incluso aquellos que

nadai tienen en común. Rice parece creer demasiado en aquello de "it's a small world". Pocas, entre esas marionetas, resultan interesantes. Hasta aquellos títeres más humanos (Greg, Gay, Judy) son demasiado prosaicos para alcanzar esa vida de los grandes personajes novelescos. Rice, pese a sus párrafos repentinamente desfachatados, es tan puritano como la mayoría de sus coterráneos; la forma en que maneja los amores irregulares de Maud y su camarera, y del artista que se casa con Corinne para romper un complejo homosexual (!) es francamente absurda. Está ciertamente mejor en lo directamente corriente; y reconocemos que, a pesar de su vulgaridad, probablemente lo mejor del libro sea el romántico idilio de Gay con su alumna; ahí, por sobre la vulgaridad de la situación, se respira un aire más humano y más bello. El resto —las tiradas políticas, Harlem, el desfile del 1° de mayo— todo es maqueta fría y sin sentido. ¿Qué intentó Rice? Por el título y la amplitud de los problemas abarcados, se deduce una intención "sinfónica", una cosa así como lo que los alemanes llamarían "cosmovisión" aplicada al total de una gran ciudad.⁷⁹ Pero no está logrado; salí del libro con la misma indiferencia que tú, y probablemente con el mismo fastidio por haber tenido que efectuar prolijos recuentos mentales para no olvidar las inacabables comparsas que entran y salen a cada momento.

Mi dactilógrafa descansa unos días en el campo. (Yo también, de ella)—Por lo tanto tendrás que esperar las copias.

¿Así que la guerra "continúa con su plácido ritmo de otoño"? (síc) Tengo la velada sospecha de que el alto mando alemán discreparía *contigo* si leyera tu carta. La caída fulminante de Zaporozhe (¿no te hace acordar al gran *Taras Bulba*, un libro admirable?) y las casi seas de Gomel y Kieff son indicio de asombrosos descalabros a plazo corto para los superhombres.

Consejo imperativo: procúrate la biografía de Bernard Shaw escrita por Frank Harris y publicada por Losada. Es divertidísima, por cuanto fue escrita en tono de polémica y terminada por el mismo Bernard Shaw a la muerte de Harris; figúrate lo que será eso. Cambian cartas violentas sobre temas como los siguientes: la codicia de Shaw, su insuficiencia sexual, su hipocresía, sus fracasos como dramaturgo, etc. Cosas así, ciertamente sólo pueden ser escritas y editadas en la isla. ¿Concibes tú a un tipo escribiendo una biografía crítica de Ibarguren —donde le dijera parte de lo que se merece— y que éste aceptara epilogar y editar? ¡Antes se alista en la Cuarta Internacional! Lo que ya es decir algo...

Me apiado de ti al enterarme de que tienes una hora más de clase en la primaria; en verdad que ha de ser desesperante. ¿No crees que el Ingeniero Maquinista hará algo en ese sentido? Consuélate, entre tanto, con la vecindad creciente de las vacaciones. Yo las espero con infinitos proyectos de dulce farniente, lecturas "ad libitum", música, atorranteos minuciosos por la ciudad, visitas a tu casa, amaneceres sobre el río... Creo que no viajaré este verano; mis finanzas están exhaustas y haré turismo en la capital, muchas de cuyas zonas conozco bastante mal.

Camarada Eduardo, hasta más ver. Saludos a los tuyos, y recibe un no menos patriótico abrazo de tu amigo

Julio

CHIVILCOY, 30 de marzo de 1944

Unos pocos días antes de venirme a mi pueblo para principiar la tarea, recibí su carta que no quise contestar y agradecer hasta no sentirme suficientemente tranquilo para hacerlo con la extensión y placer que esta correspondencia merece. Perdóneme pues haber tardado poco menos de un mes, tiempo en el que además de las clases (con nuevas materias y por lo tanto nuevos problemas a encarar) tuve en mis manos la traducción de un libro que debía ser perentoriamente entregado a una editorial, y que recién terminé hace dos días. (Bien sé que no necesito pedirle a usted disculpas por un retraso, ni darle explicaciones tan detalladas que usted jamás me pediría, pero lo hago por complacencia personal, para probarle que mi silencio obedeció a razones materiales e impostergables.)

Es curioso; apenas concluida esa traducción (nada menos que *Robinson Crusoe* para una edición de lujo que van a editar en Viau) y disponiendo de algún rato libre por la tarde, sentí crecer en mí la necesidad de releer sus cartas, mirar otra vez el encantador apunte que usted enviara y que tanto le agradezco; en una palabra, acercarme en busca de sus palabras y alcanzar el necesario estado de paz para escótele a mi vez. Digo que es curioso, porque esta máquina de escribir produce una especie de cólera sorda, producto de la larga fatiga de esa traducción que verdaderamente me ha agotado. Imagínese que empecé el 18 de febrero, es decir hace un mes y medio, y he vertido al español cuatrocientas páginas grandes de máquina... Es como para abominar de un teclado por muchas semanas, ¿no es cierto? Mi deseo hubiera sido cerrar la máquina, guardarla en un cajón y olvidarme de ella por una temporada. Y aquí me tiene usted utilizándolo con todo gusto para escribirle, y sin sentir la menor molestia, muy por el contrario.

Sabía yo bien que su carta de diciembre, misteriosamente extraviada en mi casa, no podía haberse perdido. La busqué hasta cansar —y como es natural no apareció, hasta que un día, entre el diez y el veinte de marzo, un chiquito que estaba en casa de visita abrió para distraerse un gran diccionario ilustrado... y su carta estaba allí entre las páginas. La rescaté con toda alegría y la tengo conmigo en Chivilr después de leerla otra vez con el mismo gusto que si fuese una nueva.

En cuanto a mi carta, cuyo destino me contaba usted en su última, bien perdida está si reposa en algún caminito serrano, en esa Córdoba tan hermosa y tan serena.

Con qué emoción he releído en su primera carta todo cuanto me dice sobre sus amigas desaparecidas. Sentía una necesidad interior de decirle algo, de participar de alguna manera en esa resignada melancolía suya que tan bien alcanzo en sus palabras. Pero he pensado luego que no soy yo capaz ni digno de consolar a nadie, y que usted posee un camino mucho más seguro que los míos para hallar conformidad. Sé que la ha alcanzado ya, la sé valiente y buena; callemos, entonces, y perdóneme si estas frases tan tardías, tan a destiempo, sólo sirven para despertar en usted un eco doloroso.

Me alegra mucho saber que las vacaciones en las sierras fueron agradables. Me imagino el contento que habrá tenido usted al encontrarse con los suyos, en especial con esas nietecitas que han de quererla tanto. Es curioso, pero uno puede separarse un largo tiempo de un niño, y cuando vuelve a encontrarlo, después de un momento de desconocimiento, se reanuda la cordialidad como si el tiempo no hubiese transcurrido. Ciertamente es como hallar a otro niño, más grande, con otras inquietudes, con otro lenguaje, pero detrás está el de siempre, el que no cambia. Con los mayores, en cambio, todo distanciamiento supone una pérdida irreparable, y usted misma lo dice con una suave amargura en su carta. Yo comprendo hartamente una frase como ésta que leo con frecuencia: "On se retrouve tout proches, mais un peu dissemblables".⁸⁰ Es cierto, es muy cierto; algo hay en las existencias y en los cariños que exigen la vida en común, o por lo menos una frecuencia muy grande en la relación mutua; y

qué doloroso es encontrar a un ser querido y empezar a advertir enseguida esos sutiles cambios (en él y en nosotros), esos matices imperceptibles, que son sin embargo abismos y montañas... Ciertamente que el cariño, puede acabar por vencerlos, pero si hay una nueva separación, y después otra y otra, las diferencias terminan por sobreponerse a las analogías; queda solamente el pasado, y a veces asusta un poco pensar cuántos cariños se sostienen solamente por una vida pasada mas no por el presente. Somos un poco como el crecimiento de un árbol; solamente un tallo, un tronco al principio, y después el lento apartarse de las ramas. ¿Pueden las ramas, aunque reconozcan el origen común, comprenderse tan íntimamente como las fibras del tronco? Algo hay que las distancia, que las torna extrañas unas a otras. Yo he sido tan sólo tallo, con algunos seres, años atrás; ahora nos miramos de rama a rama, y no es lo mismo; si cortan una rama la otra sigue viviendo, mientras que el tronco...

Me gustaría mucho contarle algo de mis vacaciones, pero fueron simples y sin interés alguno por cuanto permanecí todo el verano en casa. Hacía muchos años que no me quedaba con mi familia, y la salud de mi hermana impedía un viaje en común, de manera que decidí descansar de veras (porque mis habituales viajes son un motivo tremenda fatiga) y lo logré muy agradablemente. Tenía mis libros, los amigos, un campeonato de box muy interesante, música en cantidad, ¿qué más podría pedir?

Y hablemos de usted, y de su pintura. Me entristeció leer un lenguaje tan desilusionado como el de su última carta; se queja usted de haber conseguido "rendre" el paisaje serrano, y busca las razones de ese fracaso. ¿Verdaderamente es tan absoluto ese fracaso o se trata, como ya lo he advertido y admirado muchas veces, de un profundo sentido crítico que la hace ver con tanta severidad su obra? No puedo creer que se le haya escapado a usted la particular fluidez del serrano, el juego de luces y esa diafanidad especial que nota en el aire de montaña. Todo está en la línea expresiva que usted justamente domina tan bien, ya que son los mismos elementos esenciales que encuentro en sus acuarelas de Bolívar, y en especial esa de soy orgulloso poseedor. Releyendo sus cartas he llegado a creer (usted me dirá si me equivoco) que ya estaba usted un tanto intimidada antes de ir a Córdoba. Me lo sugiere un párrafo de su carta de diciembre, que me voy a permitir citarle a manera de prueba. Decía usted así: "Ne disposant que des faibles ressources de l'aquarelle, il me "semble presque impossible de m'approcher de tant de grâces, mais j'ai tellement délaissé l'huile...".⁸¹ Ahora, esas líneas adquieren un valor distinto, una especie de presentimiento de lo que iba a sucederle cuando enfrentara con la acuarela el paisaje serrano. Pienso que fue usted cohibida de antemano, y que por eso encuentra sus paisajes menos logrados de lo que hubiese querido. Claro que me guió por suposiciones, ya que no los he visto, pero creo no andar lejos de la verdad.

Y luego, hay otra cosa ¿Qué se trata de obtener en un paisaje a acuarela? Es evidente —usted lo ha visto bien —que la acuarela no es el instrumento apropiado para obtener la correspondencia cromática, los volúmenes ni esa densidad un poco áspera que tiene la montaña. Sin embargo, nada de eso es lo que debe preocuparnos en una acuarela; si miro un cuadro con un tema de montaña, exijo distintas cosas según que esté pintado al óleo o a la acuarela, y cometería un error si pretendiera hallar las mismas analogías en uno u otro. ¿Me permite una metáfora muy mala pero que me ayudará a explicarme? En el óleo yo buscaría el paisaje, su correspondencia justa; en la acuarela yo buscaría Espíritu del paisaje, el vuelo de la golondrina y no la golondrina misma, si eso es logrado por el artista, ¿a qué hablar de pobreza de medios?

Yo creo que la acuarela es, en la plástica, un tono menor. "Menor" es una calificación que induce frecuentemente a errores, porque sugiere idea de dimensión y de importancia, lo que es falso. Sería mejor decir que el pintor de acuarela tiene a su disposición una manera de enfrentar el paisaje desde una distinta dimensión, buscando ciertos valores, ciertas correspondencias, cierta belleza. Si el óleo es la orquesta sinfónica, la acuarela es el cuarteto de cuerdas; íntimo, más sumido y menos exterior, pero provisto de los mismos recursos y dueño de las mismas posibilidades para alcanzar la Belleza. Es una

cuestión de ángulo, de situación: mirar y traducir un paisaje desde la acuarela, tal es el problema que a usted se le planteaba y que sin duda resolvió perfectamente porque la sé dueña de esa técnica y de esa visión. Insisto en que no creo en su fracaso, y sí solamente en un complejo de inferioridad (¡perdón por el horrible término psicoanalítico que sin duda desatará las iras de Marcelle!) que le ha hecho considerar menos logrados esos paisajes que estos rincones simples, llanos, comunes de Bolívar.

Usted podrá contestarme sensatamente que el artista debe buscar la temática más adaptada al instrumento que domine, y allí estoy dispuesto a concederle la razón. Tal vez la montaña no deba ser pintada, no deba ser vista desde la acuarela. Pero yo eso no lo sé pues ignoro los recursos de la pintura, y me queda solamente el derecho a pensar que todo puede ser abordado por el artista si elige con agudeza el ángulo adecuado a su posibilidad.

Muchas gracias por el pequeño apunte serrano, tan suyo, es decir tan fino y sutil. Mi madre, a quien lo mostré, me pidió que se lo dejara tener en su habitación, y allí está ahora, con sus finos árboles y las sierras perfiladas.

Creo haber mentido al decirle que no salí de Buenos Aires durante las vacaciones. Empecé a traducir *Robinson* en febrero, y a partir de ese día me puse a viajar con él por los siete mares del mundo. Estuvimos en Argelia, donde nos apresaron los árabes; nos escapamos felizmente, decidiendo que nos haríamos plantadores en el Brasil. Luego, a causa de una terrible tormenta, abordamos en una isla desierta, donde vivimos veintiocho años y algunos meses. ¿No cree que he viajado mucho este verano? Y eso no es todo, porque luego vino la segunda parte (que pocos niños leen porque se suele traducir solamente el episodio de la isla) y nos embarcamos en pavorosas andanzas por la India, terminando con un memorable viaje en caravana desde Pekín hasta Rusia, para terminar en Londres muy fatigados...

No crea que me ha disgustado la tarea; cierto que Defoe escribía muy mal, que su personaje tiene los peores rasgos del británico (y algunos de los mejores, pero menos de lo que yo hubiese querido) y que largos capítulos resultan ahora aburridos y hartos pesados. Pero está siempre el recuerdo inolvidable de la infancia, cuando los episodios *de* la isla nos llenaban la mente de fantasías, cuando junto a Robinson mirábamos la huella del pie en la arena, espiábamos a los caníbales, salvábamos al buen Viernes... Le aseguro que he pasado buenos ratos intentando una traducción del viejo relato.

Hubiese querido hacerle llegar algunos poemas míos con esta carta, pero vine a Chivilcoy sin traer mis cuadernos, de manera que pronto los copiaré para enviarlos. Tengo muchos deseos de publicar este año un tomito con algunos relatos fantásticos que no me disgustan; si me decido, usted lo sabrá enseguida. Escribí el año pasado, terminándola hace un par de meses, una novela cuyo título provisional es *Las Nubes y el Arquero*⁸² Trabajé mucho en ella, y ahora duerme en un cajón esperando que la relea y la ajuste un poco; no me gusta, hay mucho "raté" allí dentro.

Y la guerra sigue y parece lejano el día final. Se harta uno, se emponzoña leyendo diariamente los comunicados, las discusiones, las masacres... Hasta me ocurre sentir repentinamente que ya no me afligión tanto —y es angustioso sentir algo así, darse cuenta de que uno se torna cínico, que acepta displicentemente las cosas. Qué lejos están los hombres de una mediana civilización; qué lejos están de Dios y de ellos mismos.

Chére madame Duprat, que esta deshilvanada carta le lleve mi amistad de siempre y mi deseo de saberlas a ustedes bien, con cordiales saludos a Marcelle y a usted de

Julio Cortázar

CHIVILCOY, 5 de junio de 1944

Querido Eduardo:

Gracias por el fragmento de *Le Horla*.⁸³ Por cierto que habrá que modificar ese párrafo de mi cuento, y que esto me sirva de lección por citar de memoria. (En realidad pienso que es la primera vez que la memoria me juega una tan mala pasada, a menos que la razón sea que no siempre tiene uno un amigo capaz de llamar la atención sobre el macaneo libre.)

Mamá me ha tenido fragmentariamente al tanto de lo que sucede con tu hermana, y yo le he pedido que no pierda contacto contigo a fin de hacerme saber cómo sigue. Los actos recordatorios del domingo me obligaron a quedarme en el apacible pueblo, de manera que recién iré el sábado 10a casa. Entonces nos veremos, espero, pues no son pocas las cosas que tenemos para charlar. Aquí han ocurrido cosas regocijantes, y más que nunca siento no tener en mí la pluma de Payró para entretenerme consignándolas con ese inimitable sentido del cachondeo.

Será, entonces, hasta el sábado, con mis deseos de que por tu casa anden las cosas lo mejor posible, y con un anticipado abrazo de tu camarada

Julio

MENDOZA, 29 de julio de 1944

My dear friend:

We are both guilty about this cold, long and contemptible silence. Let me take the bow and send you a first arrow with news pierced in it. A friendly arrow, of course, not in the Robin Hood's way. How⁸⁴ are you? Why didn't you write some lines to me? After all, women are supposed to be more gentle than men! I think you've been busy enough with your pupils, so I let drop the subject and, among others things, come back to old, sweet spanish.⁸⁵

Imagino lo que se ha de reír usted cuando lee mi monstruosa sintaxis y mis ingenuas construcciones en el avisado idioma de Aldous Huxley; es curioso, sin embargo, que me cueste iniciar una carta para usted sin algunas frases en inglés; la impaciencia se posesiona de mí a las cuatro líneas, cuando advierto la imposibilidad de expresarme, y renuncio. Quizá, si tuviera costumbre de hacer prolijos borradores... «Pero estas cartas deben ser como una charla.

"Los vientos de la fama quizá le hayan llevado a Bolívar la noticia de mi venida a Mendoza. Quiero, sin embargo, ponerla en justo conocimiento de las cosas, ya que vivimos en un tiempo de malentendidos y hasta a los buenos amigos es menester explicarles las actitudes que se asumen. Le pido, con todo, extrema reserva sobre esto; aún no me considero seguro ni mucho menos, y alguna palabra impensada podría crearme un nuevo y tal vez grave problema.

Mis últimas semanas en Chivilcoy (hasta el 4 de julio, también para mí día de independencia) fueron harto penosas. Los grupos nacionalistas locales me lanzaron una bruloteada salvaje, y cierta vez que volvía yo inocentemente como de costumbre a hacerme cargo de mis cursos, amigos fieles me avisaron que se me acusaba ("vox Populi") de los siguientes graves delitos: a) escaso fervor gubernista; b) comunismo; c) ateísmo. ¿Fundamentos? De a): que mis clases alusivas a la revolución (tuve que dictar tres) habían sido altamente frías llenas de reticencias y reservas; de b): quien incurre en a) entonces es b); de c): en ocasión de la visita del obispo de Mercedes a la Escuela Normal, yo había sido el único profesor —sobre 25 más o menos— que no besé el anillo de Monseñor (¡prueba irrefutable!). Juntando ahora los términos a), b), c), John Dillinger resultaba un ángel al lado mío.

Cierto que los colegas que me conocen, rompían lanzas violentamente en mi favor, y fueron ellos quienes vinieron a prevenirme. Pero la marea crecía, y por fin se llegó a cosas como éstas: que en un café se preguntara en voz alta, de mesa a mesa "si ya lo habían echado a Cortázar, y qué estaban esperando para hacerlo". Comprenderá usted, que de ahí a la denuncia formal no había mucho trecho. Deduzca que mi estado de ánimo no habrá sido precisamente jocundo; agravado, en este caso, por la total imposibilidad de defenderme, ya que las acusaciones eran tan ridículas o canallescás que toda defensa suponía un descenso moral hacia el pantano de mis dulces "prosecutors".

Usted me conoce un poco; de estar yo solo, sé bien que en Buenos Aires encuentro trescientos pesos mensuales con sólo chasquear los dedos. Pero está mi gente, por la cual vengo soportando ya cerca de ocho años de destierro; esa gente indefensa en absoluto, por ancianidad o por deficiencia física, que dependen en un todo de mi cheque mensual. En fin, preví la tragedia y volví a casa para mi "weekend" con la seguridad de que la bomba explotaría en cualquier momento.

Al llegar me dijeron que toda la tarde habían estado llamándome de la secretaría privada del Ministerio. Debo haberme puesto bellamente verde al oír eso. Llamé a mi vez, y oigo la voz de un muchacho a quien había conocido yo en Filosofía y Letras pero de quien estaba enteramente desvinculado. Quería hablar conmigo urgentemente, y allí salí yo en un taxi, seguro de que la denuncia había llegado y que este amigo intentaba prevenirme, acaso defenderme. (By the way: un mes atrás, yo

lo había encontrado en Viau y entre otras cosas supe que había desempeñado cátedras en Cuyo pero que acababa de renunciar por cuestiones internas; y —lo que es moralmente más importante —esa misma mañana le manifesté terminantemente cuál era mi criterio con respecto al gobierno de Farrell⁸⁶ y cuáles debían ser las legítimas medidas a adoptar en pro del país. Observe usted que mi posición estaba deslindada; ese mismo hombre era quien me llamaba ahora desde el mismo Ministerio.)

Y ahí ocurrió lo inesperado e inesperable: mi amigo, encargado del reajuste de la Universidad de Cuyo, me llamaba para ofrecerme el interinato de tres cátedras en Filosofía y Letras, aquí en Mendoza. Dos de Literatura Francesa, y una de Europa Septentrional. Yo vi la mano del Destino; si me negaba y volvía a Chivilcoy, ¿no era desafiar un impulso que me mostraba una puerta de escape? Apenas lo pensé; dije inmediatamente que sí, seis días más tarde gestionaba mi licencia y me venía a Mendoza donde estoy desde el 8 de julio.

En suma: libre de todo compromiso (porque eso hubiera sido el obstáculo infranqueable) y provisoriamente a salvo de ataques —ya que el nombramiento, por parte del Ministerio, cierra la boca de los jóvenes "recuperadores" de Chivilcoy—, No sé lo que ocurrirá; hacia Octubre deberé presentarme a concurso si intento ganar las cátedras. ¿Serán concursos legítimos, o mediará un compromiso de colaboración política? Hasta ahora no puedo saberlo, un silencio total rodea la Universidad, e incluso su Interventor (el gordo Ramón Doll) se conduce con una mesura que pasma. Yo tengo licencia en Chivilcoy hasta el 31 de diciembre; ergo, si esto me plantea una situación incompatible con mi sentir y mi querer, pues en marzo vuelvo a mis cátedras secundarias, seguro de que el rumorero habrá decrecido o cesado. Es —una aventura, como usted ve, pero una aventura en la que parte de las cartas la juega Míster Fate y yo apenas actúo con las otras.

De esta nueva vida apenas puedo decirle algunas cosas. He pagado el mes buscando solucionar el problema de la vivienda, que no es fácil por cierto; pero desde hace dos días habito en casa de una excelente familia, el pintor Abraham Vigo, su esposa y sus hijos. Es gente culta y tienen una casita en un barrio de Mendoza que se llama Godoy Cruz, donde hay un silencio admirable, grandes árboles, y yo tengo una habitación llena de luz y comodidad. Aún no conozco a Vigo, que está haciendo exposiciones en Rosario y Buenos Aires, pero su esposa es una mujer excelente en cuanto a mi condición de pensionista se refiere. Creo que aquí estaré bien. Las clases las principié el miércoles pasado, y puede figurarse la diferencia que significa dictar seis horas por semana (dos por cada cátedra) y no dieciséis. Lo mismo en cuanto al número de alumnos; en tercer año me encontré con una multitud compuesta por dos señoritas. Luego, el trabajo universitario hermoso ¡por fin puedo yo enseñar lo que me gusta! He organizado programas breves (apenas hay tres meses de clase) sobre la base de la Poesía; ya cuando nos veamos en las vacaciones le mostraré en detalle la forma en que he cumplido esta tarea.

Mendoza —que creo usted conoce —es una bella ciudad, rumorosa de acequias y de altos árboles, con la montaña a tan poca distancia que uno puede ir a estudiar a los cerros; yo lo haré apenas haya organizado algo más mi vida y mi trabajo. No le negaré que *siento* —casi físicamente —los 1.000 kilómetros que me separan de Buenos Aires; pero de algo ha de servirme ahora mi prolijo, minucioso entrenamiento para la soledad.

Espero una carta suya con noticias. Hábleme de todo, ya sabe que me gusta leer sus cartas, le prometo fiel y rápida contestación (stop laughing, please!).⁸⁷

¿Tiene usted las cartas de Keats a Fanny Brawne, cualquier obra de crítica concerniente a Keats o Shelley —no manual, sino libro especializado—? Biografía, papeles, correspondencia... Si tiene algo, ¿me lo envía hasta fin de año? God will bless you and fix for you a nice corner in Heaven, just like in "Cabin in the sky", with black querubs sitting upon white marble columns. (And Ethel Waters singing "Little Joe".)⁸⁸

Amiga, escríbame; cartas de allá me hacen falta. Mis afectos a los suyos, hasta pronto, y si quiere un título universitario véngase a Mendoza e inscríbese en mi Facultad; será un placer tomarle examen y,

naturalmente, aprobarla. Con afecto

Julio Cortázar

P.D.: ¡Los mendocinos me han sorprendido! La Facultad tiene un club universitario hermosamente decorado, que ocupa varias habitaciones de un subsuelo. Hay allí bar, discoteca con abundante "boogie-woogie", banderines de todas las universidades de América, y tanto profesores como alumnos van allá a charlar, seguir una clase inconclusa, beber e incluso bailar. ¿Cree usted posible eso en Mendoza? A mí me pareció, cuando me llevaron que entraba en Harvard, o Cornell; todo menos aquí. Y sin embargo es realidad: alegrémonos de ello.

Vivo en Las Heras 282, Godoy Cruz, Mendoza.

MENDOZA, 16 de agosto de 1944

Chère Madame Duprat:

Su silencio me inquieta un poco. ¿Habrá usted escrito a Chivilcoy y su carta, mal remitida por las gentes de mi pensión, se habrá Perdido? No quiero pensar que esté usted enferma, y más bien me inclino a creer que el tiempo habrá transcurrido sin que usted hallara ese estado propicio a la correspondencia. Yo mismo he dado muchas veces el ejemplo, dejando sin contestar sus cartas durante muchos meses; de modo que no pretendo quejarme ni cosa parecida. Sólo le expreso mi inquietud, y le envío ésta para hacerle saber de un brusco cambio de mi hasta ahora plácida tarea docente. Estoy en Mendoza desde el 8 de julio, enseñando Literatura Francesa y de Europa Septentrional en la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad de Cuyo. Mi nombramiento es interino, y pronto se llamará a concurso; veré entonces si este interinato lleva camino de convertirse en estabilidad o si a fin de año me toca emprender el retorno al apacible Chivilcoy de tantos años.

No es que me sienta incapaz de ganar concursos; simplemente —y eso usted ha de saberlo tan bien como yo —los concursos pueden ser ganados por caballeros del régimen. Mi designación ha sido, lo mismo que cuando fui a Bolívar, obra de un amigo que me recordaba con estima desde los tiempos en que yo iba a la Facultad; dicho amigo, que ocupa actualmente una destacada situación en el Ministerio, pensó que yo podría dictar pasablemente esas cátedras y me las ofreció; conociendo perfectamente mi modo de pensar con respecto a muchas cosas del presente argentino. Estoy, pues, libre de compromisos, pero eso es precisamente lo que me hace temer que los concursos no sean en definitiva para mí.

Llevo aquí un mes y profundamente satisfecho. Aunque deba volverme luego al hastío de la enseñanza secundaria, estos meses de universidad quedarán como un sueño agradable en la memoria. Piense usted ¡es la primera vez que enseño las materias que yo prefiero! Es primera vez que puedo entrar a un curso superior y pronunciar el nombre de Baudelaire, citar una frase de John Keats, ofrecer una traducción de Rilke. Esto se traduce en felicidad, en una indescriptible felicidad a la que se agrega la visión de las montañas, el clima magnífico y la paz de la casa donde vivo. (Y qué difícil —imposible —va a ser acondicionarme a Chivilcoy, si me toca volver allá...) Mi tarea es grande; debo dictar simultáneamente tres cursos de literatura, y aunque en total son seis horas semanales (¡diez menos que allá!) la tarea preliminar es en cambio hartamente más dura. Cuando se publiquen los programas le enviaré una copia para que vea usted lo que me propuse en este año; son visiones breves de la literatura francesa, pues apenas dispongo de tres meses para todo el curso. En Literatura Francesa (de segundo año de Letras) me ocupo de la "nueva poesía", desde Baudelaire a Mallarmé —con una introducción sobre los románticos que le hubiera gustado escuchar a Marcela, pues hice amplia justicia a su adorado Lamartine y conseguí realizar traducciones bastante pasables de "Automne" y otros poemas. En el segundo curso intentaré desarrollar una breve historia de la poesía francesa desde Rimbaud hasta nuestros días. Y en el curso de las literaturas septentrionales, he elegido el romanticismo en Inglaterra (principalmente Shelley y Keats) y la poesía contemporánea de Alemania: Rilke. Como usted ve, toco temas preferidos y largamente estudiados; me siento cómodo en ellos, y acaso consiga crear en mis alumnos (que son todo lo universitarios que uno desearía) una intuición acertada de esta difícil poesía moderna.

En cuanto a mi tarea, que usted siempre ha estimulado y me permite hablar en estas cartas con toda libertad y confianza, es más lenta y cuidada que antaño, los poemas nacen demoradamente; pero hay algunos últimos que me gustan mucho y que le enviaría en esta misma carta si no hubiesen quedado en Buenos Aires, en manos de un amigo a quien suelo dar a leer cosas mías. Una novela de la cual no creo

haberle hablado, se terminó en el mes de marzo, y la he traído para releerla e iniciar la penosa tarea de la corrección y el ajuste. Por cierto no tengo tiempo, de modo que quedará para las vacaciones. En cuanto a los relatos fantásticos, confío en que habrán de publicarse hacia fin de año; ya le daré noticias. (Un periódico interesante, *Correo Literario* que aparece quincenalmente en Buenos Aires, publicará uno de estos relatos. ¿No lee usted ese diario? Yo le enviaré el número con el cuento, donde he buscado trazar un panorama pueblerino —Bolívar, Chivilcoy —con esa modorra moral e intelectual que ni siquiera sería capaz de utilizar un don sobrenatural, una capacidad de milagro. La protagonista (usted, que como yo conoce bien a esas gentes, podrá entenderla) posee un don sobrenatural; verá usted en el cuento de que mezquina manera lo aprovecha.

Y ahora, hasta pronto. No sabe usted lo que me alegraría recibir unas líneas tuyas, aunque sólo sean unas pocas líneas. Espero y deseo que Marcela y usted estén muy bien así como su familia de Córdoba. Mis saludos a mi gentil colega de los ojos claros, y para usted mi cordial recuerdo de siempre.

Julio

MENDOZA, 24 de septiembre de 1944

My dear friend:

Hace calor, la primavera está aquí. La hermosa profecía —hábilmente sustentada por los almanaques —de nuestro Shelley se ha cumplido:

"If Winter comes, can Spring be far behind?"

Y hablando de Shelley, termino de leer la traducción al francés de un libro de Miss Isabel Clarke: *Byron and Shelley; A Tragic Friendship*. Yo encuentro que Byron es vulgar —¿no sospeché usted eso alguna vez, incluso en la desesperada y constante tentativa del hombre por mostrarse original y distinto? —y que *no* merece recuerdo duradero. Pero Shelley... Miss Clarke no es de las que escriben libros para elogiar a alguien (método argentino por excelencia, y del que *no estoy yo* exento a fuer de criollo, pues es siempre la alabanza lo que me lleva a escribir acerca de alguien) y sin embargo Percy Bysshe sale de ahí inmaculado y perfecto, el verdadero Ariel que vio Maurois. Leo ahora el *Keats* de Betty Askwith. En verdad que Keats —y su poesía lo prueba —estaba harto más cerca de la Tierra que Shelley. Keats es sangre, sentidos, broad shoulders. Uno advierte por contraste cuán cerca estaba Shelley de disolverse en humo. Pero el estudio paralelo de ambos poetas —tormento que inflijo dos veces por semana a mis alumnos de cuarto año de Letras— tiene la virtud de mostrar cómo la poesía es capaz de nacer de cualquier dimensión humana, y qué estúpidos eran los románticos franceses que sólo la imaginaban posible a través de pálidas mejillas, despeinadas cabelleras y malignas consunciones...

Raro modo de empezar una carta, ¿no es cierto? *Esta* parece de ésas que se escriben pensando en que alguna vez será publicada. Bléss me! ¿Leyó un cuento mío en *Correo Literario* del 15 de agosto? Está atrocemente impreso, con erratas a granel, puntuaciones arbitradas... but it's still a good story. Name: THE WITCH.⁸⁹ Si lo encuentra —pues yo no tengo ejemplar para enviarle, *tuve que comprar el mío en un kiosko*, ¿no es admirable?—dígame qué le parece.

169

No me extraña que Lugones la haya decepcionado; estamos ya un poco lejos de él, y además, esa indisciplina, esa irregularidad... Pero vuelva algún día a la parte de la antología donde está "El libro de paisajes" y lea algunos de los poemas sobre temas de pájaros; allí —ay un poeta. ¿Y le sigue gustando Molinari? Yo tengo aquí *Mundos La madrugada* —hermosa antología que publicó Losada —y a ratos perdidos vuelvo a él; creo que es la gran voz en la Argentina.

Mis dos alumnas de Literatura Francesa II (que usted me recomienda cuidar) han cumplido, metafóricamente se entiende, el consejo divino: "Creced y multiplicaos". Son ahora cinco que acuden regularmente a clase, de modo que trabajo menos solitario. Tengo tanta tarea —tres cursos simultáneos es demasiado para quien no tuvo tiempo de organizados previamente —que no salgo, no paseo, no miro siquiera las montañas, tan cercanas sin embargo... Y eso era lo que quería decirle al principio de mi carta: que la primavera está ahí pero yo cierro los ojos y no escucho sus oboes y sus flautas. En cambio traduzco a Wordsworth (¿no es atroc?) y me desespero intentando traducir a Keats. ¿Cómo, cómo, cómo, cómo?

Keen fistful gusts are whispering here and there... ¿CÓMO traducir eso? Y esta gente *canna speak english...*⁹⁰

Me insinúa usted su "state of mind" a cuenta de la guerra y la política; si yo le trazara un cuadro del ambiente que rodea esta alta casa de estudios, alcanzaría a comprender el mío:

Sometimes I feel like a motherless child...⁹¹

That's the idea. Pero Chivilcoy es peor, harto peor. No sé qué va a ser de mí, pues no se habla de concursos ni de confirmaciones. ¿Volveré a la llanura? Creo que es en parte para evitarme pensar que me hundo en lecturas agotadoras, que acabo en una tarde libros de 250 páginas, etc. Pero la guerra me consuela, pues es cosa que se termina rápidamente. ¿Y la posguerra? Allí nos angustiaremos de nuevo, ya lo verá usted.

"That novel, for instance, you spoke about once" (sic). Mecha, my novel sleeps here in the bottom of my desk, forgotten and nearly loathed. I brought it with me thinking in beautiful week-end work. But it happened that weeks have no end in Mendoza; they are like spheres, all alike wherever you turn and face them. So my book (nearly 600 pages, God be blessed!) slumbers in the dark, and I don't see the way for waking it.⁹²

De todos modos, le copio un poema que me divirtió escribir hace tiempo.⁹³ Usted le encontrará algún sabor según espero. Escríbame si tiene un rato, en otra seré más extenso y menos divagante. Must be the Spring, after all... Cheerio!⁹⁴ Hasta siempre,

Julio Cortázar

If you need a little laugh, go and see Danny Kaye in "Soñando Despierto".6

MENDOZA, 24 de septiembre de 1944

Chère Madame Duprat:

Las páginas que agregó a esta carta son el producto de la dura tarea de estos últimos ocho o diez días, en el curso de los cuales recibí su carta que tanto le agradezco. Tenía yo que pronunciar la conferencia que va usted a leer, y a pocos días de la fecha no había empezado todavía a prepararla, absorbido por mis cursos en la Facultad. Fue así que, con todo pesar, me vi precisado a no contestarle enseguida como era mi deseo; hoy, dicha mi conferencia y algo más aliviado de tareas pues que recién mañana por la tarde tengo clase, me apresuro a responder a una carta que, como las suyas, reclama una inmediata contestación. Espero que estas páginas sobre Paul Verlaine, escritas un poco presurosamente pero con el gran cariño que siento yo por el "pauvre Lélian", le resulten gratas y me encuentre usted en ellas. Las malas traducciones de poemas que hay en ellas las sustituirá usted mentalmente por los maravillosos originales. ¿Qué podía yo hacer? No tengo aquí versiones mejores, y estas mías intentan por lo menos guardar una correspondencia con la delicadeza y las músicas del francés.

Amiga mía, apenas alcanzará usted a comprender la impresión que sentía la tarde en que una carta de Marcela, saludándome en mi cumpleaños, me trajo la noticia totalmente inesperada de su enfermedad, su internación en Buenos Aires, y las horas terribles vividas por usted (y por ella y su hermano) luego de la intervención quirúrgica. Sentí —esa primera impresión irresistible que nos asalta— un sentimiento de rebeldía contra mí mismo, contra estos muros espesos que hay más allá de nuestros cortos y torpes sentidos. ¿Cómo no presentí que algo le ocurría a usted? ¿Por qué me ha sido negado a mí ese don que tantos otros tienen para alcanzar a distancia los acontecimientos que inciden sobre seres queridos? (Mi madre, por ejemplo, que presiente prodigiosamente las enfermedades de las que me cido de hablarle cuando estoy lejos.) ¡Pensar que en esos días yo iba a casa todos los fines de semana, que habré pasado a corta distancia de donde estaba usted sufriendo! Me dolió como una falta, como un incumplimiento de deber. Y sentí, a través de las palabras gentiles y emocionadas de Marcela, cuán penoso había sido todo para ustedes, aunque felizmente el final de su carta me traía el alivio y la alegría de saberla mejorada y próxima a retornar a Bolívar. Por lo que usted me escribe, imagino que ya estará en compañía de su hija, y que podrá terminar su convalecencia en la tranquilidad de Bolívar. Florida, sin embargo, ha de ser un sitio bellísimo para reposar, ¿no es cierto? El verano pasado estuve toda una tarde en casa de un amigo, escritor, que vive en Florida —en la calle Warnes—, con muchos árboles, flores y pájaros—. Me pareció aquello muy sereno y recogido, pensé que ustedes habían vivido allí tantos años, las recordé enseguida.

En fin, lo importante y definitivo es que usted se reponga —y el firme pulso de su carta, que yo miré ansiosamente antes de leer— parece probar su restablecimiento. Comprendo profundamente lo que me dice usted sobre su unión con Marcelle. ¡Cómo no comprenderlo, yo que las he visto a ustedes mirarse, sentirse próximas y hermanas! Así habrá de ser por muchos años, amiga mía, acepte usted esta profecía amistosa que le hago de todo corazón y de cuyo cumplimiento tengo la más entera seguridad.

[...] En una breve carta que le envié a Marcela, creo haberle apresado mi intención de visitarlas durante las vacaciones. No sé si las pasarán ustedes en Bolívar o si vendrán a Florida. Sea como sea, ya nos pondremos en contacto durante el verano, pues siento el deseo de charlar por lo *menos toda una* tarde —y mejor si son varias tardes— con ustedes. Quiero ver sus acuarelas (que ahora estarán un poco olvidadas ¿verdad? No tendrá ánimos para pintar) y conversar de mil cosas. La distancia (¡esto está tan lejos!) ha renovado en mí el deseo de acercarme a los amigos, y habré de hacerlo si usted me lo permite. De modo que antes de mucho habremos de estrecharnos la mano—y recordar al Bolívar de 1938, donde

en casa de ustedes pasé horas que no he olvidado.

Quizá le agrade saber algo de mi vida en Mendoza. Vine escapando a una situación penosa que se me planteaba en Chivilcoy, donde mi conducta de siempre resultó ofensiva para aquellos que van cambiando de conducta según soplen los vientos oficiales. Por no haber mostrado "fervor" en unas clases alusivas a la Revolución —según dieron en decir los jóvenes nacionalistas chivilcoyanos— y por haberme ausentado de la escuela el día en que se inauguraron los cursos de enseñanza religiosa (pues, de acuerdo a simples e invariables convicciones, no podía yo auspiciar con mi presencia una implantación que creo equivocada) fui naturalmente blanco de críticas que empezaron a tornarme la vida un tanto desagradable. (Es lo de siempre, y lo que yo le habré dicho a usted tantas veces: si yo no tuviese obligaciones que me atan a un sueldo mensual. Pero tener que cuidar un puesto y a la vez mantener una línea de conducta, he ahí la dura batalla en estos tiempos.) En fin, justamente cuando empezaba a temer una denuncia ante el Ministerio, un amigo a quien no veía desde hace mucho me llamó una tarde para ofrecirme estas cátedras en Cuyo. Como la oferta fue hecha dentro de la más absoluta libertad —pues ese amigo me sabe democrático y alejado de todo sectarismo— pude aceptarlas sin torcer mis principios; en realidad era como un milagro, un salvavidas que me tiraban cuando me sentía ya hundir en el fango chivilcoyano. Lo curioso es que cuando me marché del pueblo (en dos días, casi sin despedirme de nadie salvo de los amigos más próximos) la reacción igualó casi a los ataques anteriores; grandes llantos en los diarios, histerismo entre los colegas de la Escuela... algo así como si comprendieran oscuramente (y ya tarde) que yo me marchaba muy satisfecho de una atmósfera que se me había tornado irrespirable en grado sumo. Me queda allá la amistad de algunos colegas, y sobre todo de mis alumnos, que me escriben a cada momento y cuya simple, infantil ternura es mi alegría más grande; a ellos, por lo menos, no habían alcanzado aún a corromperlos...

Esta Universidad es muy grande, tiene un montón de institutos con nombres complicados, da la impresión de algo solemne y sorbonesco. Pero es provinciana hasta la médula, el nivel estudiantil deja que desear, hay espantosas rencillas políticas entre profesores y autoridades, y la vida intelectual no tiene la hondura que podría esperarse. (A la conferencia sobre Verlaine que va usted a leer, la juzgaron "difícil". ¿Cree usted sinceramente que en un medio universitario, puede haber dificultades para alcanzar las simples, hasta vulgares ideas que allí se expresan?)

Dicto tres cursos, dos de Literatura Francesa y uno de Literatura de la Europa septentrional. Me ocupo preferentemente de poesía, acerca de la cual tengo más bibliografía y algo más de conocimiento. Si me quedo aquí (pues de la cuestión concursos nada se sabe, y todos los interinos estamos como en el cráter de un volcán; en cualquier momento pueden terminarse nuestras tareas y vernos obligados a retornar, hélas!, a nuestras antiguas faenas...) si me quedo aquí veré el año próximo de hacer un buen curso de literatura medieval francesa, con Villon y *Le román de la Rose*; en el segundo curso iría Racine —a quien quiero deliberadamente— y tal vez el La Fontaine de los poemas líricos. En fin, para qué hacer planes... Mis alumnos parecen muy satisfechos de su profesor; tal es al menos la impresión que recojo de sus rostros, su asiduidad a mis clases, y aparte por algunas confidencias hechas a colegas que no han perdido tiempo en comunicármelas. He sido designado director de Seminario (fatigoso honor, pues me obliga a un nuevo despliegue de energía y a sacrificar hasta los pequeños paseos) y comenzaré esa tarea el viernes próximo; afortunadamente ya se vislumbra el fin de cursos, y estaré entonces más descansado.

Mi cuento "Bruja" apareció en *Correo Literario* del 15 de agosto; si le digo esto es porque en su carta hay un párrafo donde se menciona "la nouvelle promise", y es sin duda a ese cuento de ambiente provinciano al que se refiere usted; tengo idea de haberle anunciado en mi primera carta desde Mendoza que habrá de publicarse, ahora bien, no tengo aquí ejemplares del *Correo*, pues apenas obtuve uno en donde leer el cuento, casi de inmediato lo regalé. Ciertamente no encontraré otro en Mendoza, de modo que si ustedes lo dejaron escapar, quizá dos líneas a la redacción les procuren el número. (Mi pobre

cuento salió atrozmente mal impreso, mal puntuado, con faltas de ortografía [!!!], en fin, cubierto de todas las desdichas tipográficas habituales. Sigo creyendo, sin embargo, que es un buen cuento, aunque el *Correo* ha hecho todo lo posible porque los lectores piensen lo contrario...)

Chére Madame Duprat, gracias por sus gentiles palabras de aliento. Me ha dado una gran alegría con su carta, pues que me prueba su mejoría; a continuarla, entonces, a estar muy bien para que todos sus amigos que la queremos tengamos alegría al saberla repuesta. Dígale a Marcela que recibí su carta y el poema, y que le contestaré. A cuidarse mucho y a estar pronto perfectamente; verá usted cómo la primavera irá a tomarla del brazo y llevarla hacia la plena salud. Yo estoy también allí, le ofrezco mi brazo como siempre para que se apoye en sus primeros paseos. Pero no será necesario, ¿verdad’

Su siempre amigo

Julio Cortázar

MENDOZA, 9 de noviembre de 1944

Mi querido Eduardo:

Me has dado un mal rato con tu carta, pues yo entreveo en ella que tu surmenage ha sido —quizá lo es aún —serio. Trabajas como un bárbaro (y trabajas en esas faenas mezquinas de la docencia menor, que agotan y disgustan) tanto que muchas veces me he preguntado cómo podías resistir esos constantes desplazamientos por Buenos Aires, esos complicados horarios que te alejan largamente de tu casa, te dispersan y extenuan. Tienes que prometerte unas vacaciones absolutamente tranquilas, en o fuera de tu casa villaparquense, pero tran-qui-las. Mira que de lo contrario la receta de cavar pozos y los comprimidos de pasiflora resultarán ineficaces. Déjate de macanas y a encarar el futuro con vistas a un relativo sosiego. Porque tú, aparte del trabajo mismo, lees como un salvaje y hasta te queda tiempo para escaparte de cuando en cuando al cine. Y todas éstas son actividades paralelas que inciden en los nervios y los pulverizan.

(Presumo tu sonrisa sardónica y tu ponzoñoso: "¡Bueno eres tú para dar consejos de esa índole!".) Pero yo, por lo menos, estoy desde hace tres meses en la línea de mi propia vida, de mis intereses más caros. Enseño aquello por lo cual vivo, y si la coincidencia no es total —pues esto es docencia, al fin y al cabo, con todo lo pedestre que tienen nuestras docencias —por lo menos la fricción entre el querer y el poder no son tan hondas. Me agoto, pero sin ese encolerizamiento interior que traen los agotamientos cuando obedecen a menesteres que no nos complacen. Tanto que, luego de cinco días de descanso, ya estoy de cabeza en la revisión de mi famosa novela (¡600 páginas de máquina, ay!) y me dispongo a re-escribirla, tarea que terminaré allá por 1946 a juzgar por la lentitud con que procedo.

Apenas abrí el sobre donde me enviabas *La otra orilla* comprendí que tú o yo habíamos hecho una gran macana. Empiezo a creer que soy yo. Lo que preciso es el *total* de mis cuentos, que como recordarás llevan el *mismo título* que los enlaza y se hallan en una coqueta carpetita con broches de presión. Pero creo recordar que me los devolviste (pues tú tenías mi única copia) de modo que escribiré a casa para que me los busquen. Si por casualidad no fuera así, y estuvieran aun en tu poder, mándamelos. Ya sabes: una carpeta chica con tapas de cartulina, donde aparte de estos dos que me envías, está aquel con referencias a *Le Horla*, los prolegómenos a la astronomía, "Bruja", etc. Pero pienso que me los has devuelto —creo que un día nos encontramos en el centro, y tú me los llevaste a mi requerimiento... Sea como sea, gracias; estos que me envías te serán devueltos, pues te pertenecen y no es justo que te prives de obras tan excelsas. Joven profesor: su neura será grande, pero de ahí a olvidar lo prometido hay un paso mayor. ¿Dónde cuernos está tu *Martín Fierro*? ¿Tendré que buscar cierta carta y copiar letra por letra algún párrafo donde dicho ensayo me es prometido? Déjate de macanas y mándalo; salvo que prefieras esperarme, ya que apenas falta un mes para mi y dármelo en persona. Pero no te olvides.

Sí, me acuerdo muy bien de *La fin du jour*. Ese viejo y antipático individuo que se roba la película, es nada menos que MICHEL, el mismo viejo que casi se robaba "El muelle de las brumas", acuerdo contigo: es lo mejor del film, que por cierto es una película espléndida. También de acuerdo sobre la monocordia de Francen. Pero Jouvét está admirable, ¿eh?

Aquí hay muchos cines, y todos emplean sus carteleras en la loable tarea de perpetrar cine mejicano. Es sencillamente infame. Mis tareas no me permitieron ir a ver *Bernadette*, pero en cambio tuve el gusto de ver *Si yo tuviera un millón* (¿te acuerdas?) que todavía conserva su sabor en algunas partes. Esta noche dan aquí —hay una especie de Cine-Arte—*Bajo el puente*, iré, me acuerdo bien de

esa película. ¿Quieres un buen tratamiento para tu surmenage? Anda a ver a Danny Kaye en *Amando despierta*, te reirás inmensamente, creo que es la mejor película musical de estos tiempos. El tipo es sencillamente fantástico.

Me entero en este mismo instante del ya indiscutible triunfo de Franklin D. Me alegro muchísimo; contra la opinión de toda Mendoza, temía yo al siniestro señor Dewey y su derrota me prueba la sensatez de nuestros hermanitos rubios. ¿Qué te pareció el último "speech" de Pepe?⁹⁵

Releo —en plan de desintoxicación— *San Michele*. Hay mucha truculencia buscada, pero es un bello libro que resiste la crítica insidiosa de nosotros los profesionales. Leo cuentos del loco William Saroyan; algunos son espléndidos y quisiera tener tiempo y ganas para traducir dos o tres. Me alegro de que te gustara mi traducción de Keats. La sigo creyendo buena —porque acaso la mido aún por las fatigas que me ocasionó—, Chau, amigo, mis afectos a los tuyos, DISPONTE A DESCANSAR y no escribas si no tienes ganas. Ya nos veremos en diciembre.

Un abrazo fuerte,

Julio

¿Cómo van las cosas "chez" Atalira?

MENDOZA, 29 de noviembre de 1944

Amiga Marcela:

Largo tiempo ha estado aquí su carta sin que yo la contestara y toda tentativa de excusa sería inútil. No me crea olvidadizo, con todo, y sí envuelto en las prolijas tareas de una Universidad. Recién ahora —aunque todavía en período de exámenes— estoy algo más libre y puedo dedicarme sin trabas a la correspondencia. Y es además la época que precede a las vacaciones, cuando empieza uno a pensar más intensamente en los amigos y a desear verlos.

¿Cómo está su mamá? Me inquieta un poco no haber tenido respuesta a mi carta enviada hace ya mucho, a la que agregaba un trabajo sobre Verlaine. ¿No se habrán perdido ambas cosas? Si su mamá lo recibió, no dudo que habrá de hacérmelo saber pronto, pero ahora se me ocurre pensar que acaso alguna carta suya haya podido perderse. (No le tengo confianza al Correo. Me han ocurrido varias cosas harto desagradables con mi correspondencia, desde que vivo en Mendoza. Por eso lacro mis cartas y me cuido en lo posible.)

Si quiere tranquilizarme al respecto, sea gentil y mándeme solamente dos líneas diciendo si recibieron mi envío y cómo están ustedes. Mándelas a mi casa de Buenos Aires si escribe después del 10 de diciembre. Ya sabe usted que vivo en General Artigas 3246; Dto. 8. Si escribe antes, hágalo a Mendoza.

Gracias por el hermoso poema de Claudel. "Notre-Dame Auxiliatrice" me ha parecido siempre una obra maestra, allí donde Claudel abandona ese tono a veces un poco engolado, para tornarse confidencial y purísimo. Por razones que no alcanzo a explicarme, Claudel no es un poeta a quien yo sienta muy hondamente; me da con frecuencia una impresión de pesadez, hasta de grandilocuencia. No en este poema, sin embargo, que es bellísimo.

Hace un par de días hablábamos de esto con un amigo mendocino. Me preguntó, naturalmente, si mi apartamento de Claudel tendría... [falta texto]. Se me ocurre que usted debe haber pensado lo mismo al leer los párrafos anteriores. Y sin embargo no es así y trate de explicarlo a mi amigo con los mismos ejemplos que habré de dar le a usted ahora. Si para sentir una poesía cristiana fuese necesaria una cercanía de fe, entonces yo no podría sentir a San Juan de la Cruz, ni a Fray Luis de León, ni a Sor Juana Inés de la Cruz, ni a Charles Peguy que con frecuencia me emociona. Mi "distancia" de Claudel obedece sin duda a razones puramente literarias; lo encuentro un poco pesado y sentencioso, demasiado *dispuesto* al sermón y a la homilía vez —perdóneme la irreverencia— le llamé: "un ángel con tendencia a la obesidad". Cosa que no creo haya ocurrido jamás con Peguy, el muy gentil y poético Maurice de Guérin.

Por todo eso, he leído con gran placer el poema que me envía usted, pues ahí está el mejor Claudel, el que por un momento abandona el aire misionero y se torna próximo y amigo, y extiende la mano para que uno la estreche en vez de darla a besar...

Yo tengo algunas cosas de él que acaso usted no conozca. Van títulos, y si le gusta algo pídamelo y lo copiaré para usted. "Ballade" "La Vierge à Midi"; "Le Crucifix"; "Psaume XLIX"; "Saint Pierre" — ¡magnífico!—; "Sainte Scolastique" y "Le Sombre Mai". Creo que buena parte de estos poemas (que yo tengo en antologías) correspondan al libro de Claudel *Corona Benignitatis Anni Dei*.

¿Cómo le va, Marcela? ¿Mucha tarea con sus alumnos? Me encantaría una carta suya con buenas noticias que me recordaran —¡cómo si lo olvidara yo alguna vez!— los buenos tiempos de 1938. (Cuánto tiempo ha pasado, ¿no es cierto?) De mí no tengo mucho que cantarle, fuera de que terminé mis cursos con la seguridad de haber trabajado bien, que mis alumnos están rindiendo exámenes que

comprueban lo anterior, y que espero la definición de mi problema de vida, ya que aún no se ha llamado a concursos y la amenaza de volver a Chivilcoy sigue suspendida sobre mi cabeza. Volveré a Buenos Aires hacia el 15 de diciembre. Y espero encontrar cartas de ustedes que me alienten en mi propósito de hacer un rápido viaje a Bolívar y tener el muy gran placer de verlas y charlar mucho, muchísimo.

Dígale a Madame Duprat que le envío cariñosos saludos. A Usted, como siempre, toda mi amistad. Y hasta siempre

Julio Cortázar

PEROLANDIA, 7 de enero de 1945

Querido Oso redondo y gruñón:

Corriendo el riesgo de que me llame hipócrita, mentiroso y adulador, he de decirle que los extraño mucho a Gladys y a usted. Extraño el perfume de sus alcauciles, el ukelele de la Trovadora, la fonética del Bichito, las estampillas de Sergito, y el grato desorden de su taller y de su living. Es la primera vez en casi nueve años, que Buenos Aires no me ha envuelto en olvido y novedad. ¿Se inicia la vejez, la decadencia, el provincianismo? Me da muchísima rabia acordarme en esa forma desvergonzada de ustedes —y de Oonah y Felipe, a quienes también extraño muchísimo—. Quisiera no haberlos conocido, empiezan a resultarme antipáticos, aprovechadores; siento como si se tomaran atribuciones y prerrogativas a distancia; los detesto profundamente (en su actual forma de saudescos fantasmas) y por eso mismo los extraño más; A usted lo odio en una forma particular; odio sus corbatas, su goulash, —su grabado del Cortejo, el lado derecho de su cara, su caminar de contra maestre holandés en retiro. Lo considero un individuo tentacular que no contento con fastidiarme noche y día en Mendoza (¡oh buena vecindad!) proyecta su imperialismo afectivo hasta la más linda las capitales de la Tierra. Así es, Sergio Sergi; los extraño mucho, y esta carta no tiene otro motivo que el de decírselo e insultarlo por ello.

Mi vida bonaerense dista mucho de ser lo que necesitaría un universitario surmenagé y en víspera de concursos. Aquí se vive con el corazón en la boca, suspendido del teléfono y la radio, quemando todas las reservas nerviosas en un solo viaje al centro, fabricando cachiporras caseras y disponiéndose a lo peor. No intentaré describirle lo que es esto, el clima de violencia subiendo por momentos (y en especial a partir de hoy) y la amenazante probabilidad de que todo arda en cualquier momento. Si tuviera más ganas le contaría algunas cosas preciadas en la última semana; pero hace calor y el relato no es agradable. Además no quiero interrumpir la idílica calma de su hogar, donde, aparte de los alaridos de Fernandito, el patinar de Sergio Júnior, la de-sa-fi-na-ción de Gladys y los ladridos del dog, reina una calma que usted merece saborear en paz. Hundamos pues en el silencio los anales del peronismo porteño y vayámonos a otra cosa.

No he visto aún a ninguno de nuestros amigos comunes. Resulta hartamente doloroso encontrar que los puntos habituales de reunión están ahora desiertos, y que la gente se ve obligada a cambiar sus hábitos y mantenerse a la defensiva. Ni siquiera las librerías son hoy agradables; aparte de la falta de libros (o su equivalente en precios astronómicos) se nota una falta de hombres, de interés y de esperanza. Uno de estos días le averiguaré la cuestión de la marfilina; aún no he andado lo bastante libre para dedicarme a ello.

Tal vez ya sepa usted que la fecha de los concursos se ha corrido a marzo, y por lo tanto me quedará algo más en B.A. ¿Necesitará la valija? Estoy muy preocupado por eso. No tanto por el hecho de que usted pueda necesitarla, pues en realidad tal cosa me tiene enteramente sin cuidado, sino porque acabo de venderla a buen precio y me afecta pensar que usted podría pedírmela. También vendí eso otro que usted sabe, y con ese dinero iré a pasar una semana a Mar del Plata, donde según tengo entendido la gente se divierte una barbaridad este año ya que las autoridades han organizado un programa de "divertissements" en la playa a cargo de grandes artistas circenses. Hay un payaso que creo que se llama Cooke que causa creciente hilaridad; comprenda que yo no puedo perder esa emoción estética, y que la venta de sus objetos, ¡oh Plantígrado!, era necesaria y justificable.

My dear Gladys: me dirijo a usted personalmente, porque jamás he dudado acerca de *quién* abre y lee las cartas dirigidas al Oso. ¿Cómo están usted y sus runruneantes cachorros? Mi madre, que devoró

afanosamente los dos volúmenes de las *Narraciones Terroríficas* que traje de Mendoza, opina que usted ha obrado el milagro de mejorar mis gustos literarios, y que por fin tendrá ella algo interesante que encontrar en mi biblioteca. Cada vez que me lo dice, mi silencio asume proporciones cavernarias y sobrenaturales. Ya no estoy en edad de que me ofendan impunemente, y planeo desde ya una venganza perfecta, que la alcanzará a usted y a ella simultáneamente. (Por ejemplo, regalarles una edición de lujo con las obras completas de Delly o *de Hugo Wast*, aunque ésto último ya es demasiado cruel.)

Bueno, bichos, me salgo del papel como los dibujitos de Mac-Manus. Seguid bien, arrulláos como es vuestro hábito, acordáos de *raí* que os quiero mucho. Cariños a los amigos y hasta bien pronto, con un gran abrazo que los envuelve a los cuatro, a Pelusa y a Petunia,

Julio

MENDOZA, 21 de julio de 1945

My dear friend:

Mi madre, que tiene el loable hábito de decirme las cosas con UNA franqueza casi increíble, acaba de comunicarme por carta una charla telefónica en la que creyó entender por parte suya un no pequeño resentimiento contra mi cuyano silencio. La pobre, que tiene la impresión muy justificable de que yo no soy malo del todo, se ha quedado atónita ante la comprobación de mi poca urbanidad epistolar, y así me lo manifiesta a lo largo de unas veinticinco líneas escritas con letra mediana. No en vano somos una familia de maestros; no perdemos oportunidad de remitirnos (certificado con aviso de retorno) grandes homilías, consejos y reflexiones. Ya ve usted las consecuencias históricas que alcanza a veces una simple llamada telefónica. "Si la nariz de Cleopatra... etc." (Pascal —creo—.)

Yo he tomado humildemente nota de las consideraciones de Ma, en parte porque son muy justas, y en parte porque hace ya tiempo-stop grinning, please!—me sentía incómodo moralmente cada vez que su linda personita cruzaba por mi recuerdo. En realidad no me sería difícil organizar *cinco* páginas de sensatas explicaciones, pues que me sobran razones y excusas. Las reduciré a esta carilla y tal vez a una porción de la otra, *según* el grado de elocuencia en que me encuentre ésta noche en que le escribo.

Basta de broma. Mecha, le pido mil perdones por un silencio que en modo alguno se justifica. Ya verá usted más abajo las que estoy pasando (y presumo que Ma le habrá dicho algo) pero no pretendo esgrimir esos azares mendocinos como escudo que disimule mi falta. Ignoro cuándo le escribí por última vez, y cuándo me llegó su última; si era deudor o lo era usted. Entiendo que siempre soy yo deudor con directo a usted, y debí enviarle, aquí y allá, por lo menos algunos boletines noticieros.

No crea —porque me dolería mucho y la creería a usted equivocada —en aquella nuestra teoría (tantas veces comentada melancólicamente, ¿se acuerda?) de la amistad que se esfuma cuando no hay contacto directo y problemas compartidos. No la crea con respecto a mí porque sigo siendo invariablemente el amigo que la quiere y la recuerda. Hasta en mi mala conducta hay un poco de la confianza de quien se sabe perdonado de antemano y se aprovecha un poco de ello. Y peor de lo que ambos creemos.

Has

Usted sigue siendo (me suena tonto decirle todo esto, pero los siguen escribiendo por su cuenta; ¿será un contagio surrealista?

Pero dejémoslo) sigue siendo la camarada que me salvó del tedio de Bolívar en aquellos dos años ya tan lejanos. Y creo que en lo que es más sinceramente mío, sólo tuve allí su comprensión. Otros (muy pocos) me estimaron por A o por B. Usted caló más hondo, y hasta creo que debió tenerme un poco de lástima a veces. De cosas así yo no he aprendido aún a olvidarme.

Well, this letter looks rather gloomy, doesn't it?⁹⁶ Es un poco el contagio de estos dos últimos meses, en que me he cocinado en un infiernito cuyano, muy mono él y del que no sé cuándo o cómo voy a salir. Sigue el boletín:

a) Después de haber abandonado Chivilcoy bajo vehementes sospechas de comunismo, anarquismo y trotskismo, he tenido el honor de que en Mendoza me califiquen de fascista, nazi, sepichista, rosista y falangista. Ambas cosas (las de Chivilcoy y de Mendoza) con tanto fundamento como podría ser la de llamarme sauce llorón, consola Chippendale o Wee Willie Winkie.

b) He tenido violentos entredichos con los dirigentes de la política universitaria cuyana, de lo cual la ilustrará el recorte que le envió para su regocijo. El destinatario era candidato a Rector de la Universidad. Por suerte conseguimos freírlo en su propia salsa (demócrata nacional) bien que el actual Rector no nos haya resultado nada providencial.

c) Raíces del problema: yo fui designado en los nefastos días del ilustre Baldrich. Esas coincidencias (pues en mi caso lo fue) parecen habitualmente otra cosa: incondicionalidad, sectarismo, etc. De ahí las acusaciones y de ahí algunas frases que leerá usted en el recorte y que creo le aclararán el problema. (By the way, el caballero a quien allí se le dice politiquero y mentiroso, como verá en esa carta, se limitó a responder modosamente que él reconocía mi capacidad docente [¿ve que no es tan mal muchacho?] pero que le seguía llamando la atención que yo hubiese sido nombrado "chez" Baldrich. Por lo cual no hubo duelo, lo que hubiese sido una experiencia muy divertida y con gran ventaja para mí, pues mi contendiente es ancho y macizo, y ofrece diversas cuanto variadas superficies para un trocito de plomo; mientras que yo, con plantarme bien de perfil...)

Escribo un poco en broma porque me he empeñado en olvidar toda esa baja y sucia política de provincia. No crea sin embargo que he salido indemne de la pelea. Me siento distinto, mundano, relajado. Por las noches (en las semanas críticas) volvía a mi casa y miraba mis libros como pidiéndoles perdón por el abandono en que los tenía. He sabido lo que es pasar veinticuatro horas en continuo cabildeo, barajando argucias, destruyendo ataques, redactando solicitudes, organizando manifestaciones periodísticas y devolviendo cuanto proyectil honorable tenía a mano. ¿Puede uno lavarse de algo semejante? No sé, viera usted cómo corta el jabón el agua de Mendoza...

De todos modos —y sé que esto la alegrará como me alegra a mí—hay algo que salió más claro y acendrado que nunca de este jaleo: el concepto de los estudiantes de mi Facultad hacia su profesor de variadas literaturas. Mientras mis contendientes enfrentan ahora una sorda hostilidad del alumnado, yo dicto mis clases en un ambiente amistoso y comprensivo. ¿No es el balance mejor para quien ha corneado la bella tontería de ser maestro en la vida? A mí me basta.

Resumiendo: se dice que a fin de este año se llamará a concurso para proveer las cátedras. No sé lo que pasará. Evidentemente la situación de la universidad está controlada por nuestro grupo antagonista, elegantemente disfrazado de "demócrata" (¡viera usted la {Jústoria de cada uno de ellos!}). Si los concursos son "dirigidos", como es de temer... mis chances son la nada en persona. Volver entonces a Chivilcoy... ¡Brr...!

Basta de egotismo. ¿Cómo está usted? Quiero —o mejor, ruego —una carta con LUJO DE DETALLES. Hace tanto que no sé nada de usted que todo lo que me cuente serán novedades. He leído en los diarios que los secundarios se quedaron sin vacaciones de invierno. Aquí pasó lo mismo, pero por distintas razones. Después de casi un mes de huelga estudiantil, las clases se reanudaron justamente en los días patrios, y hubiera sido absurdo que los alumnos volviesen a faltar (ya que en Cuyo las vacaciones se deciden por voluntad estudiantil). Yo espero, sin embargo, conseguir una semana de licencia en agosto y escalarme a Buenos Aires. Creo que estaré por allí hacia el 15, y me volveré el 23 o 24, tal vez algo más tarde.

¿Cómo está Bolívar? (Pregunta ociosa, ¿verdad?) Ni siquiera tengo noticias de allá por Cancio, que solía ser un corresponsal regular, pero al que el matrimonio parece haber pervertido profundamente en ese sentido. Además, tenemos tan pocos temas en común... Las cartas se han ido espaciando, y luego... You know the rest.⁹⁷

Mi famosa novela está concluida, but I keep it in ice,⁹⁸ a la espera de una revisión y reconsideración. Creo que la publicaré, y tal vez me decida este año a publicar los cuentos⁹⁹ aquí en Mendoza donde hay par de imprentas buenas. Esos cuentos me pesan demasiado sobre los hombros y quiero lanzarlos antes de convencerme del todo de que son malos. Que se convenzan los demás: es más cómodo para mí. Mis cátedras me llevan todo el día y buena parte de la noche.

En Literatura Inglesa me ocuparé, hacia fin de año, de Lawrence, Virginia Woolf (cuyo conocimiento le debo a usted) y Huxley. Terminé anoche un ciclo Byron del que estoy satisfecho; creo haber mostrado los valores del poeta... y las deficiencias.

Traduzco para la editorial Nova un libro de Walter De la Mare. *Memoirs of a Midget*. Es divertido pero pasadas las 200 páginas uno se harta. Espero terminarlo para agosto, y entonces respiraré; ha sido una pesada carga, que sumada a todas las demás... Pero usted creerá que me estoy excusando de nuevo.

Consultas: ¿cómo entiende usted —hablando de fenómenos de circo—"the Spottled Boy"? ¿Qué es un "Paisley shawl"? ¿Qué es un "volé": un cuis?

Mecha, esperaré contrito y esperanzado una carta suya.

¿Vendrá, no es cierto?

Su siempre amigo,

Julio

Vivo en: Martínez de Rosas 955, Mendoza.

MENDOZA, 16 de diciembre de 1945

Iniciar una carta para usted es como comprender repentinamente que se está al fin de un largo viaje y sentir la dulzura de volver a los antiguos hábitos, a los afectos de siempre. Se viaja de muchas maneras, y aunque sea un poco pedante hacer citas literarias, me acuerdo ahora de que Xavier de Maistre no necesitó apartarse de su habitación para cumplir un largo itinerario y darnos uno de los libros más encantadores de la literatura francesa. Yo vuelvo ahora de un viaje que empezó en el mes de septiembre, en esta misma Mendoza, y que me ha dejado muchas experiencias, no pocas amarguras y un poco más de vejez en el alma. Durante todo ese tiempo —que trataré de resumirle dentro de un instante— viví al margen de amigos y de toda correspondencia: apenas si algunas líneas a casa pudieron llevarles noticias de mi situación y mis problemas. Todo esto ha pasado ya, vivo tranquilamente y me dispongo a viajar a Buenos Aires para pasar el Año Nuevo con los míos (ya que desgraciadamente deberé quedarme en Mendoza para Navidad). Pero recién ahora comienzo a contestar tantas cartas atrasadas, y a pedir perdón a los amigos que tal vez —piensen usted— me lo acordarán.

En verdad, este ha sido un año cruel y amargo para mí. No me ha ocurrido nada grave en cuanto a mi situación personal o universitaria; pero desde junio, en que conocí todas las miserias de la baja política provinciana, hasta octubre, en que junto con un grupo de alumnos y colegas convivimos el drama de las universidades, he pasado por las más extraordinarias experiencias, suficientes para crearme una espeje de nueva vida provisoria, artificial, dentro de la cual no tenían cabida mis recuerdos. Yo —que tan románticamente vivo casi enteramente de recuerdos, mucho más vuelto al pasado que al porvenir— tuve que someterme a la amarga ley del presente; vivir "al día", solamente en el instante, listo a atacar y a defenderme. No crea usted que se vuelve limpio de un viaje semejante; tendré que ir quitando poco a poco las telarañas que me envuelven; y escribirle hoy a usted y a Marcelle, sentir —de nuevo cerca mío como siempre, es el primer paso hacia mi verdadero ser, oculto y manchado por seis meses de tristes tareas.

Ya sé que estoy exagerando; es un viejo defecto mío, que usted conoce demasiado bien. ¿Pero es culpa mía si las cosas me hieren con más fuerza que a otros? En Mendoza he visto hombres que se insultaron en los diarios —en los días de la contienda electoral universitaria— que una semana más tarde se encontraban en la sala de profesores y se saludaban con una frescura asombrosa. He visto traiciones cumplidas a menos de veinticuatro horas de un juramento: podría citarle hechos concretos, si no valiera más olvidarlos. A mí me tocó de todo —al principio, por haber defendido lo que creí justo y de mayor calidad universitaria, me llamaron "nazi" (¡a mí, nazi!) y merecí artículos especiales en los pasquines mendocinos, donde se me decía "instrumento electoral", "agente de propaganda", "nacionalista", "fascista", y se concluía afirmando que no tenía título habilitante. Me vi precisado a enviar una violenta carta abierta a un caballero de aquí, a figurar en sesiones del Consejo Directivo de la Facultad... que preferiría no recordar. En fin, un pequeño infierno, sin la grandeza del que imaginó Dante; infierno a medias y por eso doblemente cruel y mezquino.

Pasada esa etapa, vino la siguiente: el problema nacional. No seré muy explícito por carta, porque el Correo se ha ensañado particularmente con mi correspondencia y la verdad es que parece altamente interesado por conocer mis opiniones. Pero usted que me conoce, puede figurarse cuál es mi posición en estos tiempos que vivimos. Cuando llegó octubre, fui de los que se encerraron en la Universidad a semejanza de lo que hacían todos los institutos del país. Con cincuenta alumnos y cinco colegas, vivimos cinco días completamente sitiados, recibiendo las consabidas bombas de gases, amenazas, etc.

Por fin nos allanaron, estuvimos presos, y una simple circunstancia afortunada —el brusco vuelco del 11 de octubre —hizo que la cosa no pasara a mayores. Este simple resumen, que alguna vez le ampliaré con anécdotas bastante divertidas, le mostrará la clase de existencia que nos toca a los universitarios argentinos. Desde entonces hasta hoy hemos continuado luchando por el ideal que defendemos. Yo vivo ahora algo más tranquilo, pero no en la medida que necesitaría. Para colmo, en febrero se efectuarán los concursos correspondientes a las cátedras de literatura, y debo estudiar furiosamente todo el verano para llenar lagunas, completar temas, en fin, estar listo para esa peligrosa e incierta prueba.

¿Para qué más? Pienso que usted me habrá creído ingrato, olvidadizo, cambiado. Hay un poco de todo eso, pues en mí hay malísimas tendencias y la ingratitud suele figurar entre ellas; pero usted puede tener la seguridad de que no las he olvidado nunca, y que muchas veces sentí el deseo de sentarme a escribirle. Una y otra vez lo aplacé; me sentía inquieto, incapaz de retornar a esa grata costumbre de hablar con usted; prefería esperar, y he esperado hasta hoy en que me es grato —y casi necesario — enviarle esta carta y pedirle perdón.

¿Cómo están ustedes? ¿Pasarán las vacaciones en Florida? Me gustaría tanto verlas este verano, pero no solamente un rato como en febrero último, sino más tiempo y —¿se lo confieso?—, más a solas, más otros tres, para charlar mucho sin temor de fatigar a quienes nos escuchan. En fin, ojalá pueda yo encontrarlas en Buenos Aires, donde estaré todo el mes de enero, antes de volverme aquí para los concursos. En agosto estuve allá por última vez... ¡Imagínese los deseos que tengo de volver a casa!

Mis cursos fueron bastante aceptables, si se tiene en cuenta lo apretado del año; por dos veces se interrumpieron las clases; todo el mes de junio, y a partir del 30 de septiembre. Sobre unas 50 clases — que es ¿promedio habitual — apenas se dictaron 28 o 30. De manera que alcancé a desarrollar algo más del cincuenta por ciento de los programas. Se los envío, para que tenga una idea de cómo los encaré y su probable interés. El alumnado está por debajo del nivel que uno quisiera encontrar; cuando se habla de un poeta moderno, por ejemplo, se advierte enseguida que reina una gran confusión sobre la materia, que habría que principiar por largas explicaciones de poética antes de abordar el tema en sí. Desgraciadamente no es posible, y la única solución es bajar de nivel, simplificar un poco y acercar Vigny a los mendocinos ya que los mendocinos no saben acercarse a Vigny. La Universidad es muy joven, aún no hay conciencia bien formada; se estudia mal, a tirones, faltan libros, falta buena base de educación secundaria, etc. Pero tal vez dentro de quince o veinte años, esta Universidad empiece a serlo verdaderamente; hasta ahora está bastante lejos de lo que usted podría imaginarse.

¿Y su pintura? La carta que recibí en agosto —y cuyas felicitaciones de cumpleaños me da vergüenza agradecer recién ahora —me decía que el año había sido poco propicio para pintar. ¿Y la primavera no fue mejor? Confío en ver nuevas cosas suyas en Florida, et causer peinture. Aquí hay magníficos artistas en la Academia de Bellas Artes de la Universidad. Están los dos mejores grabadores del país: Víctor Delhez y Sergio Sergi; Gómez Cornet, que pinta esas deliciosas figuras de "changos" que tienen toda la gracia de algunas figuras de Mariette Lydis sin su superficialidad; también está Roberto Azzoni, paisajista fuerte y áspero; y finalmente, en escultura, el gran Lorenzo Domínguez. Como usted ve, la Universidad ha reunido un grupo que «talmente se hallaría en otras academias del país. De mi tarea personal, le diré que reuní los cuentos en volumen, agregué dos o tres escritos hace poco, y espero que me los editen en Buenos Aires, aunque no hay nada seguro —como de costumbre. En cuanto a una famosa novela (¡600 páginas de máquina!) Puede también ser publicada el año que viene, si termino de re-escribirla en parte, eliminar mis dudas y corregir montones de cosas. Se llama *Las Nubes y el Arquero* y me parece assez réussie. (Mi problema editorial es una simple *cuestión* de aristocracia: prefiero no publicar a que la edición sea fea, tosca, vulgar. De modo que sigo esperando que baje el maná en la figura de algún editor comprensivo y adinerado, dos cosas que muy pocas veces se dan juntas...)

Y ahora será hasta pronto. No vuelvo a pedirle que perdone mis silencios porque sé que con usted

no es necesario hacerlo. Créame que no hubo otro motivo que esta terrible dispersión de vida y esta necesidad de cumplir otros deberes que acabaron por desequilibrarme hasta ahora. ¿Tendré noticias de ustedes? Yo estaré en casa desde fin de mes. Dígale a Marcela que le envío el muy cordial saludo de su siempre amigo. Para usted, mi gratitud invariable, y todo mi afecto

Julio Cortázar

A Gladys Adams de Hocévar y Sergio Sergi

HORRIBLES Aires, 26 de enero de 1946

Señora Gladys Adams de Hocévar y
Señor Sergio Hocévar (a) Sergio Sergi

Bichos:

Tras requerir los servicios de un doctor en paleografía y ciencias ocultas, logré enterarme del contenido de la carta del bicho citado en segundo término, y saber por ella que ambos estabais bien y que "Kabíais fracasado afortunadamente en la tentativa de moriros por intoxicación de fin de año y Reyes. ¡Loado sea Dionysos, señor de los pámpanos! No hay duda de que los vinos de Mendoza son excelentes, si tras semejantes trasegadas se emerge sano y bueno de la bacanal.

Del dibujo enviado por el alevoso plantígrado prefiero no hablar; eso sólo podría arreglarse en el terreno del honor, y he advertido que en la Argentina hay una alarmante pérdida de dichos terrenos; no los ve uno por ninguna parte. (Debe ser el avance insidioso del capital extranjero que se está apoderando de los mejores lotes con la ayuda de los vendepatrias, que les dicen.)

Les escribo en plena convalecencia, razón por la cual ruego me perdonen los desaliños sintácticos y me dispensen —esto es para S.S.—de cachadas tales como aludir a mi "prosa maravillosa". La verdad es que he estado bajo las sombrías alas de una hermosa gripe, que derivó finalmente a una bronquitis asmática y me tuvo una semana amarrado al lecho de Procusto, como diría la maestra señorita Italia Migüavacca.¹⁰⁰ ¿Me imagináis envuelto en cigarrillos a base de lobelia? ¡Tiemble, Gladys, erícese todita! ¿Véis mis tiernos bíceps desflorados por inyecciones de adrenalina? Prefiero tomarlo en broma —no sé si se nota —pero la verdad es que vengo de pasar una semana particularmente infecta. Con eso, y las noticias de los diarios, mis vacaciones asumieron un airecillo más bien repelente (...).

Sigo sin noticias oficiales (o extraoficiales) sobre los famosos concursos de la Facultad. Si pescáis algo, send it to me. Estudio todo que puedo aunque la influenza (¡qué culto soy!) me arruinó el plan trabajo. Me enteré por los diarios de los garrotazos que se propinan en las puertas de la Universidad el sábado pasado. Francamente ustedes no merecen la denominación de personas cultas. ¡Golpearse así en la calle! ¡Qué espectáculo penoso! Deberían tomar ejemplo de Buenos Aires, así como del alto ejemplo de cultura cívica que se está observando en la gira de Tamborini-Mosca.¹⁰¹

Como veis, esta carta languidece y será mejor darle fin antes de que el sueño se apodere de los cuatro (la carta y nosotros tres). Cariños a los chicos y hasta bien pronto, con todo el afecto y un gran abrazo para los dos de

Julio

A Sergio Sergi

BUENOS Aires, 10 de febrero de 1946

Mi querido Sergio:

Tuve el gusto de recibir su triple correspondencia. Primero, carta donde me planteaba el terrible problema de no saber qué hacer con el cheque. (Esto, dicho sea de paso, me costó varios centavos en mandarle el telegrama que usted sabe. En fin, hay amigos que salen caros a uno...) Luego apareció por aquí el gallardo Felipe, quien era portador de su medieval pergamino, que descifré luego de toques de trompeta como correspondía a la alcuña de la comunicación. Muy agradecido le estoy por ella. Y finalmente, dos días más tarde, apareció mi cheque escoltado por sus breves líneas. Saborea estas últimas y cobré el primero, que naturalmente estoy gastando de acuerdo en un todo con sus buenos deseos.

Por aquí las cosas siguen que arden. Tengo la leve impresión de que va a ocurrir algo grande antes del 24. He pulsado todo lo posible el ambiente, y me he mezclado bastante en el proceloso mar de política (que le dicen). Estuve en la proclamación de la lista comunista en el Luna Park; estuve en la del P.S. Y finalmente, ayer tuve el inmenso orgullo de estar en la avenida 9 de Julio cuando la proclamación de la fórmula democrática, Presumo que ya habrá visto por las fotos de los diarios lo que fue aquello. Resulta imposible, absolutamente imposible intentar una descripción. Es la multitud más fabulosa que haya yo contemplado en mi vida. Si después de esto el Coronel retirado tiene todavía alguna esperanza de ganar en elecciones correctas... evidentemente le funciona mal el piso alto.

Aparte de los ajetreos proselitistas, hago todo lo que puedo por estudiar, y me paso días enteros en las bibliotecas. Me iré a Mendoza en los últimos días de febrero, probablemente el 27 o 28. Como telegrafiaré a mi hotelero, usted podrá saberlo exactamente si tiene interés, cosa que dudo...

Trovadora: ¿qué hace usted aquí leyendo una carta que está elusivamente dirigida a su esposo? En fin, ya que la veo tan interesada pongo en su conocimiento que mi madre —por culpa exclusivamente suya—padece en estas semanas una aguda crisis de narraciones terroríficas. No sólo devoró las que le llevé sino que se precipita a todos los kioscos por asalto y pronto será especialista en la materia. Oh! cómo cunden los malos ejemplos! How's the ukelele? Hows the kitchen?)

Plata
102

Devoto¹⁰² está en Mar del Plata por segunda vez; apenas retorne transmitiré vuestros saludos. Sergio: parece que la publicación de mis cuentos por NOVA es cosa hecha y muy en serio. Por eso le ruego que si tiene un rato libre le insista a nuestro amigo Arranz en que le devuelva (o me devuelva) el ejemplar que tiene en su poder; sería de lamentar que se produjera algún roce de editoriales o cosa parecida aunque es mucha vanidad de mi parte el suponerlo. Con todo, desde el momento que Nova toma a su cargo mis cuentos, otro ejemplar de los mismos NO DEBE aparecer en ninguna otra editorial; sería, o podría ser, mal interpretado.

Espero que todos ustedes estén muy bien, y será hasta pronto. Dentro de una quincena tendré el gusto (¡oh los compromisos sociales!) de saborear nuevamente sus DELICIOSOS almuerzos, sus ENCANTADORAS sobremesas, y el ambiente ARTÍSTICO-CULTURAL que se respira en su casa. Hasta que tan ansiada hora llegue, reciban ambos mis más cariñosos saludos —y esto es muy en serio—juntamente con grandes abrazos y besos en ambas mejillas de

Julio

Para los Ositos, gruñidos cordiales del tío porteño.

A los firmantes de una nota del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza)

BUENOS Aires, 6 de abril de 1946

Amiigos muy queridos:

A pocos días de enviarles unas líneas en que les expresaba la voluntad de demorar mi respuesta a la nota de Uds., siento que de nada sirve ya mantener un silencio que no coincide con el natural deseo de proceder con mis alumnos y mis amigos en la misma forma que al escribirme. Les dije en esas líneas que prefería esperar notificación oficial acerca de los concursos efectuados en nuestra Facultad, como tal espera no guarda relación con mis deseos de definirme total y absolutamente ante Uds., he creído mi deber escribirles esta respuesta y adelantarme así, definitivamente, a toda decisión oficial sobre mi situación en la Casa.

Los nombres de Uds., al pie de unas palabras que guardaré en el recuerdo con el orgullo más grande —y tal vez más justificado— de la vida docente, me llegan como testimonio de un afecto que creo haber ganado con el único y suficiente mérito de una labor ahincada, y que me resisto a perder por el sólo hecho de que la distancia y el tiempo nos desunan actualmente.

En los breves días en que permanecí en Mendoza despidiéndome de algunos alumnos y amigos, dije a varios de ellos cuánto me dolía no encontrar a todos Uds. para explicarles la razón de mi retorno a Bs. As.; y saludarlos personalmente con esa hondura que ningún mensaje puede reflejar. Uds., al escribirme hoy, me brindan al menos la posibilidad de enviarles esta carta, que espero cada uno leerá como si estuviera especialmente dedicada, pues para cada uno en especial de estas líneas donde vanamente intentaré dar forma a mi afecto. Sean Uds. quienes desentrañen, con la mirada del que sabe leer más allá del mero texto, todo cuanto quisiera yo decirles.

En esta hora en que pasiones tristemente desatadas en nuestra Universidad de Cuyo, se concitan más que nunca en torno a las falsas interpretaciones y los comentarios deliberadamente tendenciosos; en esta hora en que una casi monstruosa subversión de valores, permite medianía aferrada a posiciones mal ganadas y peor mantenidas, erigirse en supuesta representación auténtica de la realidad argentina y fulminar anatemas contra todo aquel que comete el nefando delito de desenmascararla y combatirla; en esta hora, amigos alumnos de mi Facultad, yo siento la obligación de ir a Uds. con la franca llaneza del compañero de no pocos combates y de tantas jornadas de estudio repetir lo que claramente dijera a unos pocos de Uds. a quienes encontré en Mendoza antes de abandonarla.

Amargas experiencias sufridas en 1945, me probaban suficientemente que nuestra Facultad estaba *privada de esas garantías éticas que tornan posible y fecunda una labor voluntariamente consagrada al estudio*. Se está siempre en desventaja cuando, al salir de un gabinete de trabajo, se choca con personas que consagran su tiempo perfeccionándose en el dudoso arte de una política universitaria como la que se ha querido imponer en Cuyo. Se pierde la serenidad, esencial a toda labor de creación o investigación, cuando a las puertas de la cátedra honesta se agazapa la medianía enarbolando, desde mal obtenidas sinecuras docentes, un supuesto apostolado patriótico y democrático que en el fondo no cree ni respeta, y tras el cual se oculta —verdadera razón del ataque— un histérico terror a los que valen más y ganan con su valer el afecto de sus alumnos.

Este proceso lo he seguido desde 1944 hasta estos días. He visto a resentidos sin capacidad que, no pudiendo imponerse a la masa estudiantil por gravitación de la inteligencia y la cultura, buscaban el más fácil y cómodo camino de la demagogia, y alzaban plataformas de supuesto heroísmo patriótico allí donde era necesario tapar una cátedra hueca, una voz sin prestigio real, una ausencia de alcurnia

universitaria. La palabra *democracia*, por una triste ironía que me duele en lo más hondo, fue el sucedáneo de ese otro *título* irremplazable en quien quiere hacer política universitaria: la cultura. Cultura que provee del sentido de los valores, y lleva por tanto al respeto intelectual y moral; cultura que no puede sustituirse por alharacas hábilmente orientadas al viento favorable del sentimentalismo irreflexivo. El panorama de nuestra Facultad, en los dos años que lo conviví, es de aquellos que ponen abiertamente en crisis las posibilidades de salvación espiritual de la patria. He visto agitarse banderas mal habidas y formarse partidos donde el santo y seña era no tener otra ambición que la temporal, grupos rotulados "democráticos" dispuestos a todo antes que perder el tan ansiado gobierno universitario, quizá porque comprendían que su entrega a universitarios auténticos significaba la inmediata caída de los que llegaron a la cátedra por turbios méritos de política local o por el camino vergonzoso del incondicionalismo y la adulación.

Cuando el Consejo Superior resolvió el llamado a concursos para la provisión de cátedras en nuestra Facultad, tuve por un momento la esperanza de que tal recurso —aunque imperfectamente planeado— sería un primer paso en la solución de nuestro problema político y cultural. Me dije que la presencia en la cátedra de valores nos tornaría más sano el aire que allí se respira, tal como un puñado de hombres de buena voluntad trató de hacerlo a lo largo de 1944 y 1945, pero cuando concluyeron los concursos del año pasado, y principiaron a delinarse los rasgos de tales concursos; cuando en el pasado se advirtió la crisis que planteaba la ausencia de no pocos jurados que constituían su mayor garantía, entonces medí con frialdad y sin engaño, las posibilidades negativas que se abrían para el futuro de la Facultad de Filosofía y Letras. No quiero referirme a hechos consumados; me basta conocer el punto de vista de Uds., y agradecerles el último párrafo de su carta donde aluden —con una generosidad que no merezco— a sus propósitos ante el Consejo Superior. Lo que debo agregar ahora será la necesaria —aunque dolorosa— respuesta a la tácita pregunta contenida en *ése* párrafo.

Mi retorno a Buenos Aires, en el período de vacaciones, incluía la voluntad de encontrar en la Capital un clima de vida que me permitiera recobrar la serenidad necesaria para seguir adelante con mis propósitos de estudio e investigación. Circunstancias diversas me aseguraron —a fines de febrero—, la posibilidad de permanecer si así lo decidía, en la Capital. Entonces, y luego de considerar mis deberes con toda la serenidad posible, arribé a lo que espero comprendan y justifiquen ustedes: que un hombre debe a veces romper amarras de afecto y olvidar posibles ventajas materiales, si su vocación auténtica reclama *otra calidad de vida, otro horizonte de acción*.

Sé bien lo que me ha dolido y me duele alejarme de Uds. que confiaron en mí y siguieron mis cursos con la misma dedicación con que yo los dictaba. Desgraciadamente, la buena voluntad y el afecto no son factores suficientes en el panorama actual de la universidad, nada vale consagrarse a seminarios y gabinetes cuando la incesante agitación interna alza en el espíritu las barreras de la desconfianza y desencanto, y escamotea su campo real de acción por los fáciles lugares comunes de las consignas baratas y las ideas en serie. Prefiero soledad de trabajo en Buenos Aires —confiado en el recuerdo de amigos y mis alumnos— a una falsa vida universitaria donde sólo se ponen trabas y regateos a toda ansiedad demasiado evidente de superarse y de ser útil.

Por eso, aunque mi primer deseo hubiera sido continuar compartiendo con ustedes los azares de la verdadera labor política y la verdadera labor intelectual de la Facultad, comprendo que debo alejarme de Cuyo como ya se alejaron, sucesivamente, otros profesores que me exceden en méritos pero no en el orgulloso sentimiento de la dignidad humana y el deseo de cumplir en soledad y trabajo la vocación con la cual he nacido.

Les he escrito esta carta en la seguridad de que mi conducta será rectamente interpretada por Uds. Los veo empeñados, como siempre, en la batalla por la salvación de la Casa; y sé también que sólo de ustedes puede llegarle ya la renovación lustral que termine con tan triste pasado y tan amenazante porvenir. Ojalá logren —y tengo fe en ello— lo que unos pocos colegas y yo quisimos siempre; que las

salas de la Facultad de Filosofía y Letras sean —sin excepción —el recinto a cuya cátedra se asciende por méritos genuinos, para enseñar la verdad a estudiantes que lo merecen.

Con todo mi afecto, con mi recuerdo incesante y dolido,

Julio Florencio Cortázar

BUENOS Aires, 21 de mayo de 1946

Mi querido Sergio:

Presumo que a esta hora habrá usted agotado todo el vocabulario triestino destinado a las injurias, y sumado a eso los modismos de Santa Fe y de Cuyo, sin contar los juramentos porteños que son bastante sabrosos. Tiene toda la razón del mundo, soy algo que sólo podría expresarse mediante una palabra inaudita, algo como esto: o/0£"c/1?1/4\$) (°!!! (Para decirlo en alta voz, llénese la boca de páprika, inspire profundamente y luego exhale en forma de silbido progresivo hasta quedar perfectamente satisfecho.)

Esta carta se ha venido preparando desde hace varias semanas, y voy a explicarle honestamente por qué ha tardado tanto. Sucede que, en vista del fracaso en mi tentativa de permutar las cátedras chivilcoquinas por otras porteñas, tuve que decidirme a completar mi presupuesto en base a traducciones. Tales traducciones me llevan íntegramente la mañana (esa hora en que usted se asoma a la esquina, cruza al almacén, se pone las manos en los bolsillos y se aburre como un enano). Almuerzo y me voy a la Cámara del Libro, donde naturalmente se me va toda la tarde. Por lo común me queda la noche para mí, pero después del trabajo de la mañana, la sola contemplación de la máquina de escribir me causa horror, y le huyo como si estuviera viva y dispuesta a mordirme. (¿Ha pensado usted en el mordisco de una máquina de escribir? ¿Y en el beso que podría dar un teléfono? Debería usted grabar un beso telefónico. Para inspirarse, lea *La voz humana* del gran Cocteau; todo está dicho allí.)

De modo que, por la noche, me siento más inclinado a escuchar discos o a leer poemas de Keats que a escribir a máquina. Tal rasero motivo ha venido demorando mi respuesta, pues bien sabe usted que soy incapaz de escribir a mano y que las lapiceras me parecen objetos aborrecibles y altamente detestables. Por fin, esta mañana me levanté comprendiendo que procedía mal y que no debía dejar irse una sola luna más sin escribirle. Para colmo conocí hace dos o tres días a Maiztegui, quien lo recordó a usted y a Gladys con particular afecto, y eso me produjo un estado de remordimiento acompañado de fiebre y escalofríos. Y aquí me tiene, dispuesto a darle la lata con variadas noticias porteñas.

Ante todo me apresuro a manifestarle que ustedes, grandes pájaros olvidadizos, me tienen también profundamente olvidado. Hace quince días que no recibo ni una línea de Mendoza. Ni ustedes, ni Luis Felipe, ni cierta señora, ni nadie. De modo que a esta hora solamente sé que el doctor Egusquiza es el flamante Redentor de la U.N.C. ¿Y los interventores de las Facultades? Porque los diarios porteños no dicen una sola palabra de aquello, y yo no tengo realmente tiempo de irme a la Casa de Mendoza y revisar la colección de *Los Andes* en busca de esos señores. En fin, ignoro por completo la situación, cosa que por otra parte no crea que me aflige exageradamente. Me interesa sin embargo conocer las consecuencias que para mis amigos acarrea esta intervención, y en ese sentido le ruego que cuando me escriba sea todo lo explícito que quiera y pueda.

Su carta me entristeció, señor Sergio Hocévar. Su carta era triste y apesadumbrada. Su carta era melancólica, verde, anémica. Se veía que estaba flaca y con las venas a flor de piel. Su carta era una carta con gran necesidad de sueño y aire libre. Lo único grato en ella (aparte del cariño hacia mí que me la tornó aún más triste) era la noticia de que se había puesto a pintar. Aludo a esto con cierto temor, porque como lo sé sujeto a rachas y a repentinas desesperanzas, me dolería que cuando abra esta carta esa etapa ya haya pasado y le duela que yo me refiera a ella. De todos modos, si le duele váyase al diablo. Me parece excelente que se haya puesto a pintar, y si algo lamento es no haber tenido la suerte de compartir esa experiencia (compartirla en presencia, se entiende, porque en cuanto al trabajo en sí...). Me hubiese gustado mucho verlo pintar y conocer sus pinturas; lo poco que conocía —se lo he dicho

alguna vez —me gustaba mucho. No sé, me parece que a usted le hará bien meterse por el lado del color y dar unas vueltas en ese país. Quiero decir que le hará bien en el orden personal, hasta físico.

¿Realmente su exposición se inaugura en junio? Yo no sé todavía exactamente cuándo apareceré por allá, pues hay un lío mayúsculo con los pasajes para Chile. La conferencia de editores es el 23, pero ya no se consigue avión para entonces; eso supone irse en el Internacional, pero como saldré con cierto apuro, el 19 o 20, será a la vuelta (el 3 de julio) que podré quedarme dos o tres días en Mendoza. Para ese entonces, me temo que su exposición esté ya clausurada. Lo lamentaré, porque me hubiera encantado ir por allí a prestar oído a todo lo malo que dirán de sus grabados. (La reacción de algunas señoras ante ciertos temas, por ejemplo, debe ser un espectáculo delicioso.)

Tomo nota acerca del amigo, y tal como usted me lo sugiere, procederé "cum grano salis". Empiezo a advertir en parte lo que usted me adelantaba; ya hablaremos esto mano a mano cuando nos veamos.

Mi vida en Buenos Aires se reduce, en principio, a escuchar toda la música que puedo. Recién ahora alcanzo a darme cuenta de la anemia musical que padecí esos dos años en Mendoza. No puedo vivir sin eso, y ahora estoy recuperando lo perdido como si fueran glóbulos rojos. Lo que me falta de una manera terrible es tiempo. Vivo demasiado lejos, y con la dificultad de las comunicaciones tengo casi horas muertas entre ir y venir; no puede ser, y tendré que mudarme más al centro. Lo malo es que no se consiguen casas ni departamentos, y cuando hay alguno le piden a uno tales precios que dan ganas de conseguir tierras fiscales en Formosa e irse a plantar nabos. Comprendo que esto es un problema muy serio para mí, en parte por el tiempo mismo y en parte porque de noche vuelvo tan cansado y exasperado por esa hora y pico en un tranvía (o colgado del estribo de un tranvía o aguantando a sudorosos descamisados en la plataforma) que los nervios se rebelan y cuando llega la hora de asomarse al papel en blanco lo primero que me brota en la Waterman es una hermosa maldición.

Mis cuentos parece que serán ilustrados por Seoane. ¿Qué le parece? Quisiera su opinión sobre el artista. También parece que en dos o tres meses estarán en la calle. Dígale a Gladys que le mandaré un ejemplar de *Memorias de una enana* apenas lo consiga, pues en Nova son muy amarretes y con el pretexto de que el libro vale \$8.00 no me han querido dar más que dos o tres ejemplares. Le mandé uno a Oonah, que era consejera y co-traductora del libro (¡si la habré fastidiado a la pobre con mis consultas!) pero el próximo que consiga se lo enviaré a la Trovadora; sé que le va a gustar. Además me ha venido muy bien el premio que se ha ganado en el "Libro del Mes" —tal vez lo haya visto en los diarios —pues eso me cotiza como traductor y me permitirá elegir a gusto mis tareas y cobrarlas en forma no demasiado indigna. Ahora traduzco unos muy buenos cuentos de Chesterton también para Nova.

¿Y Madame Andrée?

Confío en que todos ustedes estarán bien, y que los chicos habrán decidido patrióticamente pasar este invierno sanos y salvos, sin colitis, bronquitis ni sabañones. Me voy a dar una sorpresa cuando lo vea al Osito: ha de estar grandísimo.

Mi querido y grande Oso: hasta pronto. Ahora tengo la casi seguridad de poder estar con ustedes un par de días en Mendoza. Le confirmaré con todo detalle el asunto tan pronto tenga los pasajes en mano. Por un lado lamento no poder ir en avión, pero bien vale la tierra y la mala comida si uno piensa que podrá quedarse un rato con los camaradas.

Mándeme unas líneas cuando tenga ganas, y si no las tiene..., Pues las doy lo mismo por recibidas. Ya sabe que no debemos hacerlos cumplidos.

Salude de mi parte al doctor Amengual, que recuerdo con mucho afecto. También al grande y recordado Dáneo, a Cordiviola y su señora, y a nuestros amigos comunes (no son muchos) en la Universidad. Siga trabajando fuerte, que le vaya muy pero muy bien en la exposición, y hasta pronto, con un abrazo fuerte de su ex-pensionista pero invariable, permanente e inseparable amigo,

Julio

Gladys: ¿qué tal esas tareas? ¿Por qué no agrega dos líneas, mala mujer, en las cartas de su marido? Y si eso no le resulta cómodo, ¿por qué no desafía *sus muy probables y cómicos celos* mandándome las dos líneas por su cuenta? (Esto si tiene ganas, se entiende, aunque empiezo a sospecharme siniestramente que se ha olvidado usted de su amigo.) Para probarle mi bondad, le recomiendo un libro: *El ministerio del miedo*, de Graham Greene. Editor, Emecé. \$2,50. Barato, ¿no?

Pronto le mando a la enanita, quiero saber si le gusta. Chau y cariños al ukelele que —sin literatura— extraño muchísimo. Es un poco el símbolo donde se condensan muchas horas gratas, muchos ratos de esos que hacían tolerable y amable a Mendoza.

Cariños a Lucrecia, a Adelita, a Tinti, a todos los del claro de luna en el teatrillo.

Sergio Sergi

CARTA al coronel Osokovsky, por mal nombre Sergio Sergi

Buenos Aires veintialgodejuliodemilnovecientoscuarentayalgo

Oso:

Es extraordinario que yo le escriba esta carta, porque hace bastante tiempo que he descubierto con satisfacción lo bueno que es no rescribir cartas, lo estupendamente descansado que es pensar en los amigos y no escribirles, dándoles a la vez la oportunidad de que hagan lo mismo. Usted se habrá fijado que nunca se escribe una carta sin cometer el horroroso pecado de poner al pobre destinatario en la infernal tarea de contestarla. No me parece del todo mal que usted me conteste, porque los xilógrafos me merecen en general poco respeto y los considero bastante despectivamente. Lástima que para darme el pequeño placer de que usted me conteste, oh Oso, tengo que someterme al suplicio de ponerme en esta máquina (que anda mal, como toda máquina de oficina) y llenar este papel (que no es de color lila, ni —está perfumado, ni tiene mis hermosas iniciales) con diversas frases indudablemente inteligentes y aún armoniosas, pero muy enervantes —para mi sistema neurosimpático.

Sí señor, porque usted no merece en modo alguno que yo le escriba. Yo le escribo porque soy bueno, aunque en realidad le escribo porque soy malo y lo pongo en el compromiso de con-tes-tar (por supuesto que usted se vengará espléndidamente con un silencio de tres años y meses). Los remordimientos (microbios desagradables) me han estado asaltando desde que, tiempo ha, le dije a Gladys que no tardaría en mandarle a usted mi librito. Claro que en realidad no han pagado más que ocho o nueve semanas, lapso que, para nosotros, filósofos imperturbables, no cuenta gran cosa. Pero anoche, antes de dormirme y en el espacio de cinco minutos que concedo a los buenos recuerdos, descubrí con enorme encanto que a usted no le gusta mi libro. Sí, señor: no le gusta. Lo sé, porque usted ya lo había leído en una revista. Naturalmente, me faltó tiempo para venirme inmediatamente a la Cámara del Libro¹⁰³ y empezar esta carta y este envío. Observe, Oso de entintadas zarpas, cuánta loable perversidad se junta para provocar el sorprendente suceso representado por esta carta.

Últimamente he estado oyendo el agradable eco de los elogios a usted prodigados con motivo del maquillaje que le propinó a la noble UNC (Universidad Nacional de Cuyo, N. de la R.) en ocasión del —Congreso de los que Piensan en Difícil. [...] Por otra parte presumo que usted guarda cuidadosamente todas mis cartas, ya que en el futuro habrán de publicarse en suntuosas ediciones, y usted se beneficiará con menciones como ésta: "El coronel Osokovsky, cuya fotografía no aparece aquí, fue uno de los corresponsales más fieles del gran cuentista J.C.". Ya ve su conveniencia de guardar mis cartas. Por mi parte si usted me manda TODOS SUS GRABADOS, yo me ofrezco a guardarlos celosamente, para retribuirle la atención.

¿No es cierto que es una carta amable? En fin, ya que tengo que escribirla, que salga lo más caldeada posible; hoy hay menos de cinco grados en Buenos Aires y la calefacción de la Cámara funciona mal. [...] Noticias mías: creo que me voy a Europa antes de fin de año. No se asuste, será nada más, ay, que un viaje de tres meses a Italia y Francia. Por supuesto que este viaje depende de un montón de cosas (por suerte no de dinero, porque hace un año que me aprendí de memoria la fábula de la cigarra y la hormiga, y me puse resueltamente de parte de la hormiga, lo cual es asqueroso ya que la cigarra tenía toda la razón; pero todavía no se han inventado viajes gratis a Europa, salvo cuando a uno lo manda la Universidad. Y usted sabe, ojo, usted sabe que yo... etc., etc.).

Queda muy bien esto; me salió por error pero ahora lo admiro francamente. Parece una pareja de bailarines haciendo un intrincado corte de tango.

De manera que me voy a Europa, si las cosas se me componen. Creo que entre abril y mayo quedaré al frente de mi famoso bufete de traductor público (en inglés y francés, quítese el sombrero, humilde profesor de dibujo, y barra el suelo con la pluma de su respeto). Sí entre abril y mayo quedo al frente de mi famoso bufete de traductor público, entonces deberé irme antes a Europa, ya que después será imposible moverme de aquí por bastante tiempo. Como usted ve, el plan es de una geométrica precisión y elegancia. Como los planes estratégicos alemanes... que les hicieron perder todas las guerras. De donde se infiere, oh sombra de Aristóteles, que acaso no me vaya a Europa.

INNEGABLEMENTE ÉSTA ES UNA BUENA CARTA CON UN DESTINATARIO QUE NO LA MERECE/

Acabo de leer en *La Prensa* que en Mendoza ha hecho un frío de catorce bajo cero. Naturalmente es mentira, pero qué frío habrán tenido ustedes, y que satisfacción para su naturaleza de oso veterano, lanzarse sobre la nieve (tampoco nevó pero yo lo pienso y entonces, en cierto modo, nieva) y patinar a lo largo de la Plaza Barraquero, aterrizar con un buen bufido en la pizzería donde estuvimos con Azzoni, nos indigestamos con empanadas y vino semillón.

Más la miro,

ME PARECE ÉSTA UNA BUENA, UNA MUY BUENA, GRAN CARTA.

Y por eso

ES TIEMPO DE DARLE UN FUERTE ABRAZO

pedirle perdón por tantas macanas (pero es una buena carta)

APARTARME MELANCÓLICO DE ESTE PAPELITO

donde por un rato, usted y yo

nos dijimos alegres insultos fraternales y estuvimos bastante contentos.

Julio

A Sergio Sergi

BUENOS Aires, 26 de julio de 1946

Mi querido Sergio:

Hace mucho que le debo esta carta, pero Buenos Aires tiene entre muchas y señaladas virtudes el defecto menor de crearle a uno toda clase de nuevos problemas, dispersiones y episodios que alejan de la correspondencia. No vaya usted a creer que soy ingrato ni que dejo de pensar con harta frecuencia en usted y todos los de su casa. Sigo extrañándolos como en el primer día de mi ausencia de Mendoza, y pienso todavía en que tal vez la suerte hará que amigos como nosotros (Gladys incluida, naturalmente) vuelvan a juntarse y convivir tan gratamente como lo hicimos el año pasado. Pero todo esto es romanticismo y sentimentalidad; yo me cultivo un poco ese defecto y dejo que mi corazón charle demasiado. Por eso ahora le planto una doble vuelta de llave...ya otra cosa. ¿Para qué tantas palabras,

cuando las cosas están ahí ciertas y perdurables?

La verdad es que ando ocupado. Las traducciones me llevan bastante tiempo, pues debo entregarlas a plazo más o menos breve y no soy muy disciplinado para trabajar (aunque usted opine lo contrario). La Cámara del Libro no me causa ya mayor preocupación, pues una vez que se conocen los problemas y se aprende la técnica, es simple cuestión de rutina. He inventado un procedimiento de trabajo que me da gran resultado. Divido la tarea en dos secciones: a) gestiones a resolver desde mi escritorio; b) gestiones al aire libre. La sección a la cumpla en días nublados, cuando vale la pena quedarse en la oficina y bien pegado al radiador; la sección b la ejecuto apenas brilla el sol y se siente la tentación de echarse a la calle. Hago grandes paseos (cierto que sin los árboles y los paisajes mendocinos) y aprovecho para masticar todas esas cosas raras que me cruzan habitualmente por el cráneo. Ya ve usted que mi gerencia no ha conseguido hasta ahora ahogarme, ni lo conseguirá, ¡voto a bríos!

Hace cinco días me di de narices (literalmente pues casi lo tiro abajo de un tranvía) con nuestro amigo Dáneo, quien avanzaba como una fragata con todas las velas desplegadas por la calle San Martín. Iba con su hija, que me presentó de inmediato, y fue una lástima no poder charlar largo pues ellos andaban con unos amigos y yo tenía apuro en seguir. Quedamos en encontrarnos luego, pero Dáneo se volvía enseguida a Mendoza y yo andaba con mucho trabajo esos días —De manera que convinimos en que el próximo abrazo será en Lunlunta. De la fecha, eso sí, no hablamos...

De lo que está ocurriendo en la Universidad prefiero no decir nada, pues conozco a medias la situación y los informes de los diarios son muy ilustrativos. Veo que la purga ha sido y es mayúscula, pero su alcance y significado no me parece enteramente claro. Más que nunca me alegro de haber *rajado* de ahí justo a tiempo, pues no creo que hubiese tolerado algunas cosas. Por ejemplo: me parece muy bien que le hayan expedido a Villaverde y a Blanco González. Pero no me parecerá nada bien si los reemplazan con jóvenes tomistas. ¿Comprende mi punto de vista? Admito la higiene, y creo que esos dos señores eran unos Tartufos de la docencia; pero si se los fleta para reemplazarlos por Caballeros ungidos por el Papa y el padre Sepich... ahí empieza mi oposición. Prefiero, cobardemente pero con una gran paz de espíritu, estar a 1140 kilómetros del lugar donde ocurren tales cosas.

¿Cómo están ustedes? Tuve carta de Gladys, que le contestaré pronto; después me quedé sin noticias, lo cual es lógico dado que tampoco yo he escrito. Me desmoralizó mucho el tener que quedarme en BA. después (de) mi bien planeado viaje en junio. ¡Y al final no ocurrió nada en la Cámara, no la intervinieron ni la asaltaron ni la violaron... y yo me tuve que quedar en mi casa!

He estado aquí con algunas chicas mendocinas que me dieron buenas noticias de ustedes. Sé que usted está contento de su exposición. Sé que los ositos están grandes y diablos. (Esto último lo sé por Mecha Samada.)

Me ocupo de escribir un boletín bibliográfico para Viau, y usted naturalmente figura entre los habitantes de Mendoza que lo recibirán. Espero que, emocionado por la justeza de la "rédiame", proceda a comprar mensualmente todos los libros que se recomiendan. (Le mandaré un número de prueba para que se divierta leyéndolo como me he divertido yo escribiéndolo.)

Aquí estuvo Vigo e hizo una exposición en Amauta. Fui a la inauguración y encontré a toda la "intelligentsia" de izquierda —¡claro!—. Me gustaron mucho algunas cosas viejas (que no conocía) y algunas recientes; creo con todo que la xilografía no es para él. Mirando los grabados de Vigo se descubre dolorosamente que un artista no da de sí todo lo que podría dar si no agrega la ciencia a la intuición pura. A veces una torpeza de dibujo le malogra algo que podría ser magnífico. Pero cuando se dedica más tiempo a leer la biografía del padrecito Stalin que a mirar grabados de Durero, las consecuencias saltan a la vista.

27 de julio, 9 de la mañana

¡Llegó su carta! Me alegro mucho de que yo no hubiera terminado todavía con ésta, pues en su sobre vienen los recortes que precisamente me estaban haciendo falta para tener una idea más precisa de

lo que ocurre en la U.N.C. Ante todo aclaremos una cosa: he dicho "carta" y maldito si hay carta. Dos líneas garabateadas y los recortes Pero no me enojo pues estaba en deuda con usted y no puedo pretender que me mande una novela de diez páginas. Gracias por su afectu-oso gesto al mandarme esas informaciones; es un gesto muy cariñ-oso, gener-oso y bondad-oso.

Los recortes me demuestran: a) que en todas partes se cuecen judías (y judíos); b) que los señores "democráticos" —Jofré, Goyo Lugones, etc.—son una luz para escurrirse cuando llaman a degüello (no sé si habrá usted advertido que no firmaron los telegramas a Perón, ni los manifiestos); c) que los susodichos "democráticos" (¡¡pobre palabra prostituida!!) sacan a relucir mi nombre cuando les conviene —aludo a eso de que "también el profesor Cortázar perdió una cátedra ganada en concurso"—. Mire, Sergio, esos tipos son unos perfectos hijos de mala madre. Los concursos los pilotearon ellos, y me hicieron ganar esa cátedra sabiendo perfectamente que yo no la aceptaría. Estaban perfectamente seguros de que no iba a volver a Mendoza, y en el caso de haber vuelto y la situación haberles sido favorable, me hubiesen degollado con la misma eficiencia con que hoy los degüellan a ellos. ¡Oh témpora, oh mores! Ahora se debaten y chillan, pero ellos estaban dispuestos a lo mismo o mucho peor llegado el caso.

Mi situación fue siempre paradójica en Mendoza, y por eso insisto en que he hecho harto bien en tomarme el portante. Si hubiese ganado la U.D.¹⁰⁴ (por la cual tanto peleé) yo sabía de antemano que estaba frito en Mendoza. ¿Cree usted que por el mero hecho de quedarme 5 días en la Facultad sitiada me iban a perdonar mi intransigencia ante sus mediocridades? ¿Cree usted que iban a perdonarme que fuera amigo de Cruz, que me saludara con Soaje o que fuera camarada con Felipe? No, mi buen Sergio; el triunfo de la U.D. era mi pasaporte. Exactamente lo mismo que lo era el triunfo de Perón, pero aquí por razones muy distintas. Porque yo no tengo estómago para aguantar la vuelta de Jesucristo a la Facultad, los Sepich y los Soaje entronizados. De modo que en el primer caso "me iban", y en el segundo me iba yo por mi cuenta. Le gané de mano a ambas cosas y me alegro inmensamente.

Basta de Universidad, por favor... (Me gustaría con todo que me escribiese usted sobre el aspecto que el asunto tiene en la Academia. Ya sabe usted que no me entristece la desaparición por el foro de Manolo Civit. ¿Pero cómo han quedado ustedes, ahora? Escriba, escriba; mande noticias pronto.)

Los cuentos irán a Nova en estas semanas, y como constituyen el tercer tomo de una colección, espero que aparecerán, Dios sea loado, hacia octubre o noviembre. Terminó de corregir y rehacer la vela; he estado metido en ella estos cuatro meses y sigo sin comprenderla. Hay momentos en que la metería en el fuego de cabeza.

Otras veces descubro bellezas y aciertos. Lo que le falta, eso es evidente, es cohesión y unidad; son capítulos aislados, sueltos, que apenas se enlazan por la presencia de personajes comunes; *como* atar un montón de páginas con un piolín. Pero la daré a leer a mi presunto editor, y que haga lo que se le antoje. Yo quiero dedicarme a cosas nuevas. Bueno, Sergei Hocévar, grabador conspicuo, me salgo de esta hoja como los que pasean por los cuadros de Trifón y Sisebuta. Dígala Gladys que le escribiré a ella sólita uno de estos días. Acuérdense de mí, gusanos, y hasta pronto, con todo afecto y un abrazo de octopus y muchos abrazos más,

Cariños a Mecha y a su mamá.

Julio

A Sergio Sergi

BUENOS Aires, 4 de diciembre de 1946

Mi querido Sergio:

Comienzo por decirle que ayer recibí cierta carta, negligentemente mecanografiada en horrible

color violeta (con abundantes salpicaduras que contribuían a darle un aspecto entre lúgubre y repelente), la cual resultó ser de su cara mitad en la primera carilla, y de su mitad de usted en la opuesta (donde los garabatos de lápiz no contribuían precisamente a mejorar el tono general de desaliño de tan lamentable espécimen epistolar).

Pese al deplorable efecto estético que causóme vuestra misiva, que le dicen, os lo agradezco mucho, OSOS mendocinos con mezcla santafesina. Empiezo por contestarle (a) usted, pues los hombres son primero, y ya me ocuparé uno de estos meses de enviar cuatro o cinco líneas a la personita de la cinta violeta y las salpicaduras aguachentas, posiblemente emanadas de la cafetera a juzgar por su color cristalino.

Tuve algunas noticias tuyas por Felipe, a las que se agregaron las de su puño y letra (léase zarpa y garabato). Sé que está bien de salud y mal de espíritu, y es de eso que quiero hablarle. Empiezo por hacerle notar que su estado de ánimo es el de todos los que en este momento conservamos aún cierto sentido de los valores. Nos sentimos directa o indirectamente amenazados por peligros que, después de todo, sería preferible que se concretaran de una vez y nos dejaran frente a una situación clara y terminante. Por lo que respecta a usted, insisto en que no me parece que tenga razones directas para estar preocupado, aparte del clima general de malestar que sin duda reina en la UNC y del que Felipe y otras personas me han hablado suficientemente. Estoy seguro de que seguirá usted enseñando dibujo (bastante mal, por cierto) a los pobres chicos y chicas de la Academia; estoy seguro de que nadie tendrá motivo para crearle a usted una situación incómoda o peligrosa. (Esto me brota un poco del corazón, pero creo que objetivamente refleja su posición como docente y como individuo en la Universidad. No tiene usted razón para afligirse por lo que ocurra a otros, desde el momento que los otros han tenido otros procederes, y distinta actuación que la suya, siempre imparcial y ponderada.)

En fin, no se me ocurre decirle nada más, porque me doy clara cuenta de que de nada puede servir en estos momentos en que se vive precariamente y al margen de todo lo que puede servir de punto de referencia. Le pido que no se preocupe más de la cuenta, que acuda a ese magnífico aliado que es el sentido del humor, y que convierta su "spleen" en cuatro o cinco grabados de esos que usted sabe y nosotros queremos.

Por mi parte, continúo haciendo de gerente y traduciendo libros, aparte de leer incontables novelas y escribir uno que otro poema. No se siente uno con ánimo para mucho más; cada vez que me toca acudir a una oficina pública, o diligenciar algún asunto de la Cámara ante reparticiones nacionales, me quedo con una amargura que me afecta días enteros; hay algunos momentos y algunas situaciones en que se tiene la idea cabal e inequívoca de lo que está ocurriendo a la República.

Pasé aquí unas gratas horas con Felipe, oyendo noticias (no tan gratas) y recordando tiempos idos. Tengo frecuentes saudades mendocinas, y me gustaría poder verlos a ustedes con más frecuencia. ¿Sabe que tengo ganas de pasarme allí diez o doce días en enero? Si usted está allá en ese tiempo, y yo me decido a viajar, le escribiré con anticipación para que me resuelva el problema del alojamiento y vaya afilando las uñas para fabricar un inmenso goulash. Realmente me encantaría poder estar algunos días charlando o paseando con ustedes, y acaso sea posible.

*

He recibido ayer un libro de poemas de Calí. Aún no he tenido tiempo de abrirlo, pero lo leeré con gusto a fin de semana, a esas horas de la siesta donde la poesía entra en uno más intensamente que en

los días hábiles. (¿No le parece que la poesía es el monumento a la holganza más fabuloso que haya concebido el hombre... después de la pintura y el grabado?)

Sergio, fuera de la carta se me quedan montones de cosas que querría y debería decirle. Imagínelas, usted que me conoce como pocos allá. Un gran abrazo ukelelesco a Gladys y a los bichitos, y hasta pronto, con todos mis deseos de verlo y un abrazo muy apretado de su siempre camarada,

Julio

A Sergio Sergi

BUENOS Aires, 3 de enero de 1947

Aquerido Sergio:

Le debo una carta desde hace muchos días, y no creo que mi melancólica postal de fin de año haya pagado esa deuda. Si he demorado en escribirle, es porque me retenía la posibilidad de entrar en la magnífica combinación veraniega que su generosidad me proponía. *Luego* de irme a pasar una quincena a su casa (y faltando la Trovadora, sea LA FELICIDAD COMPLETA, LA CALMA, EL BUEN CAFÉ Y LA AUSENCIA-DE TODO UKELELE MÁS O MENOS DESAFINADO) me parecía simplemente perfecto. En fin, ahora sé con seguridad que no podré tomarte mi quincena hasta febrero. Se lo digo redondamente y sin preámbulos, que a nada conducen. Ocurre que en la Cámara hay que celebrar una Asamblea de socios el día 14; eso supone trabajo antes y después de esa fecha. Vale decir, que las dos quincenas quedan perfectamente arruinadas.

Sigo contemplando la posibilidad de irme a Mendoza, aunque sea en febrero. Claro que no a su casa, porque LA TIRANUELA se habrá instalado nuevamente con armas, bagajes y Craven "A" (artefactos pestíferos estos últimos) y no habrá manera alguna de que entienda una indirecta y se aloje por unos días en el Ejército de Salvación o en la plaza Independencia. En fin, Sergio amigo, está escrito que nada coincide con nada, que la armonía cósmica es un camelo, que esta tierra es irrespirable y que probablemente los planetas restantes no serán mejores que éste. (Es al menos lo que tan bien demostré en mi cuento de la simetría interplanetaria.)

Le mando (vale también para Gladys) un número de los *Anafes de Buenos Aires*¹⁰⁵ donde me han publicado uno de los cuentos. El libro estará listo en abril. Parece que va a ser una linda edición.

He tenido muchas noticias de Mendoza. Han venido a verme ex alumnos, amigos y amigas, y el otro día encontré a Cruz y más tarde a Ethel Gray; de manera que no me han faltado lenguas de lo que ocurre por allá.

Usted que sabe alemán y conoce bien esa literatura, ¿ha oído hablar de Hermann Broch y de un libro suyo que se llama *La muerte de Virgilio*? Lo estoy leyendo en español, pero aparte de la dificultad en sí —un *Ulises* más metafísico y más poético —me encuentro con traducción que creo pésima, aparte de que posiblemente sea una versión de segunda mano. Si tiene alguna noticia sobre Broch no dude en hacermela saber.

Trabajo bastante, escribo un... no sé cómo llamarle: teatro poético, poema dialogado, tragedia lírica, qué sé yo. Se llamará *El laberinto* y es una interpretación bastante intencionada de la leyenda del Laberinto, el Minotauro y el joven Teseo. Teseo representará el-orden la ley, el espíritu real, que quiere matar a los monstruos porque el monstruo es lo "fuera de la ley", lo ilegal por definición. El Minotauro representará la libertad, el sentido poético —en última instancia lo humano en lucha contra lo infrahumano. Ya veremos cómo queda. (La variante espectacular y un poco tipo Hollywood es que Ariadna no estaba enamorada de Teseo... sino del Minotauro; le dio el hilo a Teseo en la seguridad de que el Minotauro lo mataría y, siguiendo el hilo, llegaría hasta ella. Bonito, ¿no?)

Dos traducciones mías andan ya en librerías: *Nacimiento de La Odisea*, de Giono (¡¡¡léalo!!!) y *El hombre que sabía demasiado*, de Chesterton (del que mandaré un ejemplar a Gladys si consigo que me lo entreguen gratis en la editorial...). Empiezo ahora una monumental biografía de Pushkin, por Henri Troyat; trabajo para cinco meses. Si lo cobro de una vez, me voy a Europa. (Y no vuelvo nunca más, se entiende.)

¿Usted trabaja? ¿Por qué nunca me habla de eso en sus cartas? Espero que no sea conciencia culpable. Escriba pronto, consuélame de no haber podido ir a ayudarlo a destrozarse la casa. Cariños a Gladys y los chicos, hasta pronto con un abrazo muy fuerte

Julio

A Sergio Sergi

BUENOS Aires, 2 de febrero de 1947

Qué le vamos a hacer, está escrito que Mendoza y yo hemos nacido para mirarnos de lejos. Recibí su carta (después de sus idas y vueltas) y ese mismo día me dijeron en la Casa de Mendoza que era imposible encontrar hotel o alojamiento en Uspallata. Usted sabe que mi plan era pasar tres o cuatro días en la ciudad, e irme inmediatamente a la montaña, para descansar. (Necesito descanso; estoy un poco excedido de trabajo, y a veces siento la neurastenia que me frota la toda con sus afilados dedos, como diría la señora Delfina Bunge de Galvez.) La noticia echó por tierra todos mis planes porque, fuera de Uspallata, ¿adonde se puede ir a *descansar en* Mendoza? Odio los centros de turismo. Los alrededores (Lunlunta, etc.) no son lo bastante montaña como para calmar mis ansias andinistas. Y para colmo, mi licencia empezará el 14 del mes, es decir en la fecha en que usted recibirá la muy grata visita de su compañero Aizenberg. A propósito de este último, me parece espléndido que vaya por allá a hacerle una visita. Aunque usted no parece acordarse —según el lenguaje de su carta— me ha hablado muchas veces de ese amigo, ha rememorado sus tiempos de Santa Fe y hasta me ha dado a leer páginas de Aizenberg, que tiene cosas magníficas. (Había un cuento, ¿se acuerda?, del hombre que entra a un cabaret... No tengo presente el tema, pero sí que me pareció denso y muy hermoso.)

En fin, lamento mucho que tengamos que desencontrarnos. Por mi parte me he quedado con la cresta caída y bastante desanimada—

Me iré al Uruguay con un amigo, y nos pasaremos los abyectos y torridos carnavales metidos en los bosques de Colonia Suiza (donde —carnaval pertenece al dominio de los imponderables).

Me alegro de que le haya gustado otra vez el cuento.¹⁰⁶ ¿Tan malos son los dibujos de Norah? Me gusta el de los hermanos; el otro casa —no es lo que yo puse en el cuento. La casa es muy distinta, pero la imagen de los hermanos bajo la lámpara me parece muy bien.

Lo felicito con entusiasmo por la idea gutembenana (o gutemberguina o gutemberguense; esta última parece un perro salchicha, mírela bien. ¿—Sabía usted que unos amigos de un amigo mío tienen un hermoso perro salchicha llamado Beethoven?). Estupendo eso de editar libros a tiradas chicas y con toda la hermosura del trabajo a mano. Aparte de que usted ha de conocer eso al dedillo, ilustraciones y adornos le quedarán muy bien, etc. ¡Cómo me gustará estar allí! ¿Piensa hacerlo pronto? ¿Qué se le ocurre como primeras ediciones?

(Una idea: el plan quinquenal en caracteres góticos que son los que le cuadran...) Perdone el chiste; volviendo a lo serio, insisto en que parece una idea macanuda. Creo que todos sus amigos estarán de acuerdo en esto. ¿Costará mucho dinero la construcción de la prensa? ¿Y los tipos? Escríbame pronto sobre todo eso; si puedo hacer algo desde aquí (asaltar alguna imprenta, por ejemplo, robarme unos Bodoni o unos elzevirianos...) avise con toda confianza.

Ahora que releo su carta veo que me pide concretamente que le averigüe lo que costaría un buen tipo para imprimir. Voy a hablarle por teléfono a Jorge D'Urbano. Espere un momento, que el teléfono está en otra pieza.

Ya estoy de vuelta. Dice Jorge que le va averiguar inmediatamente los precios (esto significa 8 días; yo conozco muy bien el valor de "inmediatamente" en Buenos Aires). Lamenta que no agregue

usted detalles de tamaño y familia (familia de letras, porque de la suya no tiene mayor interés que yo sepa). Pero le hará una lista y una escala de precios. ¿Conforme, Osazo?

Trabajo intensamente. Creo con usted que mi fuga mendocina fue cosa providencial. (Ya le he dicho en otra oportunidad que yo "rajo" siempre a tiempo, de lo que pueden dar fe algunas ciudades y algunas niñas.) No tengo mucho más tiempo que allá —donde no tenía nada —pero sí tengo más clima y ganas de hacer algo que dure un poco más que yo. Vanitas vanitatem, etc. He terminado algo que se llamará *Los Reyes*. Es el mito de Teseo y el Minotauro, pero visto desde un ángulo esencialmente distinto. Incluso con referencias actuales, a la condición humana de nuestros días. Teseo es el orden, la ley. ¿Por qué mataba Teseo a los monstruos, por qué mató al Minotauro? Porque el monstruo es aquel que escapa a la codificación, es lo libre, el individuo puro, sin especie. De ahí que los otros le llamen monstruo, palabra sin sentido para él. Teseo es el perfecto rey; quiere las cosas ordenadas, legales, a la medida del imperio. Por eso no puede tolerar a los monstruos. El Minotauro representará pues al individuo libre y anárquico, y en cierta medida al poeta (anarquista espiritual). Se dejará matar por Teseo porque así ingresa en la libertad mítica, en la vida fuera del tiempo. Además —otra variante—, Ariadna no está enamorada de Teseo sino del Minotauro. Dio el hilo a Teseo convencida de que éste moriría y que el Minotauro iba a aprovecharlo para escapar del Laberinto y acudir a ella. Etc., etc. Ya está terminado (son cuatro escenas dialogadas) pero debo empezar a releer, ajustar... Estoy bastante contento, creo haber logrado escenas hermosas; una cosa hierática, fría (calor por dentro, como en el mármol bien trabajado) y absolutamente irrepresentable. Hay cosas que me parecen muy plásticas. Por ejemplo, Ariadna dirá un monólogo, sola en escena, mientras el ovillo de hilo se va entre sus dedos que lo sostienen. Cuando el ovillo se detiene Ariadna interrumpe su monólogo, porque en ese instante sabe que Teseo y el Minotauro se están enfrentando.

Muchas gracias por sus deseos para 1947, espero que se cumplan como también los míos para usted. No sé si le escribí que estuve a esperar a Gladys en Retiro. Por culpa de las ilustres langostas, el vuelo llegó con atraso. Estaba Zezette (¿es así?) y la familia —creo —que de Ruiz Daudet (¿me equivoco?). Gladys y el Osito llegaron muy bien, frescos como lechugas (contando con que las lechugas estén frescas que no es probable en estos días de perpendiculares). Apenas los vi diez minutos, hasta que encontramos un taxi, Gladys me prometió avisarme cuando pasara de vuelta por Buenos Aires, y espero que se acuerde.

Bueno, amigo burilero y gubiador, me sigue dando una pena despedirme de usted hasta quién sabe cuándo. Que lo pase bien con Aizenberg y llévelo a conocer los pagos de Dáneo (de quien leí el cuento que le dedica a usted en *Égloga*¹⁰⁷ y que me gusta aunque no enteramente; la tesis es en el fondo de un romanticismo pueril; ¿quién *no* mata en esta época, aunque no lo haga con navaja?). Un abrazo a Dáneo, a Felipe¹⁰⁸ si lo ve por ahí y de quien misteriosamente no tengo noticia alguna, y a los compañeros de *Égloga*. Un beso a Sergito, y para usted un abrazo grande de

Julio

A Sergio Sergi

CÁMARA Argentina del Libro 5 de marzo de 1947

Grande, robusto y querido Oso:

Aunque todavía me dura el amargo resentimiento que me merece su perversa cónyuge, que no encontró nada más divertido que despedirse por teléfono después de haberme prometido una larga entrevista, les demostraré a ustedes la grandeza de mi leal corazón escribiéndoles Y conste que lo hago desde la ilustre Cámara, robando horas a mi difícil y responsable trabajo, gastando el hermoso papel de

la entidad, la cinta de su estupenda máquina y la paciencia de mi secretaria a quien le he quitado la silla, máquina y mesa para estar más cómodo.

Oso Sergio, esta carta tiene por objeto principalísimo darle algunos informes sobre la cuestión letras para su imprenta. Ante todo usted tiene que decirnos:

QUÉ FAMILIA QUIERE (no se asuste, Gladys, él quiere sólo a una familia)

QUÉ MEDIDA

DE QUÉ MEDIDA ES LA PÁGINA QUE PIENSA COMPONER.

La composición se vende por kilo (¿no es precioso?). Sí, señor. Se vende por kilo y en lote de diez kilos. Cada LOTE supone una unidad completa, es decir que está calculado el promedio de "a", de "b", etc. O sea que usted se compra un lote y se levanta tranquilamente su casita... de letras.

Y finalmente —dato capital —el kilo vale de SEIS A OCHO PESOS. ¿*Qué le parece?* ¿*Saca algo en limpio?* Yo espero ahora una carta suya, para salir a averiguarle lo restante y comprarle si quiere dos millones de "a", 23 "b", 68786878 "w" y algunos % de yapa.

Hablando de otra cosa, espero que toda la osada esté bien. Por mi parte pasé unas vacaciones bastante abúlicas, tomando sol y Coca-Cola (bebida infecta) y leyendo el *Ulysses*. Trabajo bastante en lo mío, he escrito y terminado *Los Reyes*, de que le hablé —creo —en otra anterior, y adelanto un ensayo sobre la literatura contemporánea que quizá valga alguna cosa.

Muy bien. Esta carta era solamente de NEGOCIOS. En otra seré más romántico, más estético, más literario, más Julio F. Hoy soy solamente un gerente ocupado que tiene que devolver la máquina y dictar cartas latosas a una secre no tan latosa.

Chau, plantígrados rocosos, besos, zarpazos, abrazos y *gruñidos* en profusión de vuestro siempre amigo y ex pensionista que os quiere mucho, os extraña mucho, os recuerda mucho.

Julio

1948

A Sergio Sergi

BUENOS Aires, enero de 1948

Querido Oso:

Ya sabrá usted por Felipe mis planes veraniegos, que esta vez se realizarán felizmente. Ayer recibí carta de nuestro amigo, explicándome que se quedaría con Oonah en Godoy Cruz, y ofreciéndome la oportunidad —combinada con la gran bondad suya y de Gladys —de repartirme entre ambas casas, a efectos de fastidiarlas por partes iguales.

Pues bien... ¡PERFECTO! Soy poseedor de un hermoso boleto del Cuyano, que me depositará en el andén de Mendoza en la noche del domingo primero de febrero. ¿Qué le parece como fecha? Dicen que los "primos" llegan siempre en domingo, y no he de ser una excepción para ustedes.

Ahora bien, quiero hablarle con entera franqueza sobre lo que respecta a mi alojamiento físico. Calcule usted que si hay alguna dificultad para encontrarme una cama en su casa o en su taller, *todo se arreglaría con que usted me ubique en cualquier pensión u hotel no demasiado lejos de ustedes*, a fin de sentirme en constante contacto con todos. Ya sabe que yo no soy nada complicado en eso (en lo demás, sí), y que mientras pueda verlos diariamente y hacer algún paseo largo por las afueras, me daré por muy satisfecho.

De manera que:

1.—Usted me buscará algún rincón donde dormir, pero sin preocuparse en absoluto que sea en su casa o cualquier lugar alquilable.

2.—Usted me hará el gran favor de no tomarse nada de esto en serio y andar preocupando a la Trovadora.

Item más: si tenían ustedes algún plan extraurbano, avíseme enseguida, y no se preocupe en absoluto por mi llegada.

Dichas estas fundamentales palabras, anúnciele que estoy muy, pero muy contento con la idea de rehacer el grupo y la pandilla de 1945, que los incluye a ustedes, a Oonah y Felipe, y naturalmente a mí. Me encanta la posibilidad de estropearles la paz estival por quince días, revolverle a usted las gubias y demás instrumentos de tortura, desafinarle el ukelele a Gladys y malcriar sistemáticamente a los oseznos. Si todo esto le parece mal, adquiera un jeep y huya a las sierras como los pieles rojas, o aquel famoso cuadro que representaba a campesinos búlgaros escapando de la vacuna.

Y nada más. Y NADA MENOS. He visto a Viola Soto, me visitó en la Cámara y charlamos de ustedes —mal, naturalmente, como corresponde—. Hablé con Jorge D'Urbano sobre su exposición, y se comprometió formalmente a poner el hombro con gran violencia. De modo que es cosa de trabajar, y hacer que Doménico Viado, *detto // Vecchio*, recuerde sus palabras y tenga que llevarlas a ejecución.

Espero unas líneas tuyas antes de remontar al Cuyaño; le aseguro que estaré más tranquilo. Todavía me queda la penetrante sensación de que les estoy originando un lío padre.

Grandes abrazos domésticos, y hasta que usted decida y ordene.

Julio

A Sergio Sergi

BUENOS Aires, 18 de marzo de 1948

Sergi. Pese a que todos terminan por admitir la verdad, me pregunto si no lo hacen por cariño hacia mí... En cuanto a Amengual, que aparece a un costado, es inmediatamente confundido por todo el mundo con el cuidador de la foca. Confieso que mi paciencia no llega ya al extremo de ponerme a explicar la diferencia que va de dicha hipótesis a la verdad. Guardo rencoroso silencio, y guardo además la foto; creo que debí haber empezado por ahí, pero la carne es débil, y a uno le gusta exhibir a sus amigos célebres.

Gracias por los nutridos informes sobre sus nuevos cuarteles de otoño. Me alegro desde aquí pensando en lo bien que han de estar Azzoní y usted en el taller. Ojalá (no frunza el entrecejo con aire retobado) el nuevo techo le inspire nuevos y hermosos grabados. Ojalá trabaje mucho y bueno en 1948. Lo felicito de todo corazón por su definitiva tranquilidad universitaria, que bien se lo merece, y confío que ahora se sentirá con más ganas de estropear madera y papel, y continuar la serie de bichos y bichas que circulan nocturnamente por grabados.

No se imagina lo cansado que estoy, y cómo vivo. ¿Se acuerde aquel proyecto de convertirme en traductor público? La cosa cuajó espléndidamente, pero tengo que recibirme en julio, y eso *significa* meterme *cinco* materias de Derecho en el coco antes de julio, amén de trabajos prácticos y examen final de idioma. Aprobé el ingreso *hace* quince días. Ahora estudio noche y día, y entre dos pedazos de estudio me trago mi pedazo de Cámara del Libro. Es horrible, pero en plena temporada musical no voy a un solo concierto. No me quedo jamás en el centro. Cuelgo el tubo apenas oigo un "¡hola!" en tono femenino menor. Tomo tónicos mentales, vitaminas, cerveza malteada. No leo novelas policiales. No escribo una línea. Largué *Calata*¹⁰⁹ por no tener tiempo de ocuparme de reseñas. Ni siquiera he ido a conocer a los mellizos de Oonah, que a esta hora debe estar pensando que soy un monstruo de ingratitud. No he ido a ninguna clase de Felipe. ¡No TENGO TIEEEEEMPO!

Pero si me recibo en julio, dentro de un año seré mi propio patrón y tal vez entonces la vida adquiera un sentido menos repugnante que hasta ahora. En cuanto a la docencia, no quiero ni oír hablar de ella. El mes pasado rechacé una oferta para ir a EE.UU. a dictar Literatura española. Eran 5000 dólares anuales. Si me lo hubiesen propuesto en diciembre o enero, antes de embarcarme en este asunto, hubiese ido, y ahora estaría bajo las miradas del presidente Truman. Pero ya no me conviene, prefiero atenerme a mi plan de acción.

Daniel le manda un gran abrazo. Está muy bien, trabaja mucho, ha terminado por fin su libro de cuentos que he leído hace quince días y que me parece fenomenal. Será un fracaso de librería, pero un gran libro —como no se escriben en la R.A. Creo que se va a anillar a publicarlo este año. Dentro de dos meses sale mi librito —*Los Reyes*,¹¹⁰ que a usted no le gustó ni medio—. Le mandaré un ejemplar, para que tampoco le guste.

Tengo un montón de estupendas fotos para Dáneo. Pienso escribirle en estos días, y le mandaré la carta a usted, porque no sé poner bien la dirección del viñedo y temo que se pierda la carta. Le hare una confesión: leí —¡debía haberlo hecho mucho antes!—la *Vida de un hombre desconocido*. Es un libro lleno de grandes y hermosas cosas. No es mi línea, ni es mi preferencia, pero me emociona y me interesa como jamás había creído que pudiera ser. Quiero escribirle largo, para decirle todo eso, ahora que lo conozco más después de esos hermosos días que pasamos a su lado. Creo que le agradará saber que su libro tiene en mí un lector lleno de cariño.

Dentro del libro adjunto, que es una promesa mía a Gladys va una carta para ella. Tenga la discreción de no leerla (por las dudas va en inglés) y entregarle ambas cosas.

Oso, déle un abrazo a Azzoni de mi parte, y otro a Amengual que tan cariñoso fue conmigo en febrero. Escribame algún día, no trabaje demasiado en la UNC, y trabaje mucho en su taller. Coma abundantes goulash, beba hermosos vinos, y saquee la pizzería de Barraquero. Yo lo acompaño desde aquí estudiando derecho civil y derecho comercial, malditos sean.

Un grande y apretado abrazo de su camarada (que no es mala palabra, mal que les pese a los dos de

A Fredi Guthmann

BUENOS Aires, 1948

Querido Fredi:

Mil gracias por su carta. Me llegó justamente cuando me disponía a escribirle, pensando que pronto se pondría en viaje hacia el Este y que después ya no sería fácil alcanzarlo. Ya veo que tengo tiempo de que mis líneas le lleguen. Muy hermosa su carta, Fredi; de esas que lo dejan a uno frente a una repentina caída en uno mismo, en lo profundo y olvidado —eso que la vida que algunos tenemos que nos oculta y distorsiona todo el tiempo—. Usted se embarca hacia la fuente, es cierto; pero... "no me buscarías si no me hubieras ya encontrado". Siempre me pareció ver en usted (¡y lo he conocido tan poco y tan mal!) una *situación* muy clara y definida, como la del hombre que a mitad de la vida se ha quitado ya de encima todo o casi todo lo accidental, lo transitorio. Incluso su tendencia a desplazarse, a ir un lado a otro, me pareció un afán de no enraizarse, de no recaer en la triste condición del hombre que tiene una sola casa, una sola mesa, un solo libro, una sola ventana con un solo paisaje. Simplificación, y a la vez enriquecimiento. Por eso me parece que usted va admirablemente preparado para su experiencia oriental. Vous allez boire à la source, mais c'est parce que vous la méritez...¹¹²

Pienso que será magnífico saltar hacia atrás, desde Europa siglo XX a las mesetas originales, fuera del tiempo, a salvo de la historia ¿Se despertarán en el occidental las resonancias de contacto, las armónicas, frente a su escenario primitivo, su punto de partida? Creo sí; por lo menos, algunas experiencias como las de D. H. Lawrence en Taos, y las de ese americano que vivió veinte años entre los indios de Nueva Méjico,¹¹³ hasta aprender no solamente el idioma y las costumbres, sino llegar a pensar como ellos y sentir como ellos... El extremo desarrollo espiritual del hombre puede coincidir mejor con el extremo primitivismo, que los términos medios estilo "misionero" y "antropólogo". Pero usted va en busca de algo todavía más grande: los orígenes simultáneamente dados con la infinita sabiduría del Oriente. Pero, como usted dice, esto exigiría largos desarrollos... En fin, buen viaje para Natacha y usted. Alguna vez, en algún Hades de tierra o del subsuelo, nos encontraremos para que usted me cuente lo que vio, lo que supo, lo que vivió.

Sí, insisto en irme a Europa. Incluso tengo planes bastante concretos, que desgraciadamente no pueden definirse del todo por la maldita demora de las Messageries en darle a Havas la fecha exacta de la partida del barco a Tahití. Hemos visto a un funcionario de Navi-France, en B.A., y nos ha prometido tener informes para mediados de diciembre. Calcule usted que yo tengo que sincronizar exactamente mi regreso con la partida de Havas; el estudio no puede quedar desatendido ni un solo día (Trop de concurrence, et le prestige, mon cher, le pres-ti-ge!).¹¹⁴ Ahora bien, mi plan es irme el 12 de enero en el Alcántara, o el 19 en el Conté Biancamano; los dos van a Francia, y yo me pasaría un mes en París y dos en Italia.

Le agradezco de todo corazón su generosa oferta de dinero. No será necesaria, pero tenga la seguridad de que si hubiese necesitado más plata, no hubiera vacilado en pedírsela. Me arreglaré bastante bien con lo que he juntado. Eso sí, acepto su ofrecimiento de una lista de amigos franceses e italianos, y también todo lo que pueda decirme usted sobre condiciones de vida en París (meaning *very cheap* conditions).¹¹⁵ Puedo vivir en una piecita cualquiera, y comer en donde el apetito me sorprenda. Me dicen que París es horriblemente caro, pero que en cambio puedo economizar más en Italia.

De manera que si tiene diez minutos libres, mándeme sus consejos. Me vendrán estupendamente.

Me pide usted noticias de los amigos. Havas está muy bien, contento por tener su pasaje en el bolsillo, pero restless enough por los azares del cambio, las divisas, etc. Sigue trabajando como un bárbaro, y ya ha reaccionado muy bien de la depresión que le produjo el tener que definir su camino. Si usted pudiera insistir todavía ante ese conocido de las Messageries para que le precisen la fecha de salida del barco a Tahití, le hará un gran favor a Havas, y otro no menos grande a mí, pues yo podré poner inmediatamente en marcha mi viaje a Europa.

Jorge está muy bien, terminando ya su trabajo musical, que este año ha sido bastante intenso. Daniel da conciertos, conferencias, y prepara sus exámenes de latín. Dice que soy un "bárbaro" porque leo a Graham Greene y a Camus. De Rafael¹¹⁶ no sé nada, salvo verlo una que otra vez en los conciertos, porque su nueva vida lo ha alejado de nuestro círculo. Susana y Perla están muy bien, y en cuanto a Arturo hace rato que sólo lo veo cuando lo encuentro en alguna esquina (que son la casa de Arturo; es un contrasentido que Cuadrado¹¹⁷ viva en un sitio que es más bien redondo).

Me parece estupendo que persista usted en traducir Los Reyes—¿De veras suena bien en francés? Un par de personas me habían dicho que les parecía notar una analogía entre ciertas formas poéticas francesas y mis diálogos. No sé, pero me gusta tanto que usted haga con él esa cosa tan bella que hizo con los cuentos y con Ícaro. Y me gusta que haya alguien en Francia a quien le guste el libro... y lo cite. Uno se siente muy importante.

Dígale a Natacha (que se sonreirá como ella sabe hacerlo) que *lucho sus libretas*, sus vocabularios, sus papeles secantes, sus plumas y *sus carpetas*. Y que la recuerdo con muchísimo cariño. Dígale bien que nuestro Cocteau yace sepultado en el olvido. No time for poetry.¹¹⁸

Querido Fredi, que tengan ustedes el mejor de los viajes, y un grandísimo abrazo de su amigo,

A Sergio Sergi

BUENOS Aires, 10 de diciembre de 1948

Julio

Mi querido Oso:

Ya que acabo de cumplir mi propósito: el membrete es elocuente.¹¹⁹ Ahora me falta la práctica, y recibirme en inglés a fin de año. ¿Qué le parece? Estoy bastante satisfecho, porque espero y confío en que dentro de un año (más o menos) seré mi propio patrón y viviré más tranquilo.

Ante todo quiero pedirle que apenas lo vea a Dáneo le diga que mi vergüenza llega al cielo, pero estos meses de brutal trabajo (seis exámenes seguidos!) me impidieron escribirle como yo quería hacerlo. Creo que ahora podré darle el gusto de una muy larga carta, que le enviaré dentro de unos días.

Presumo y deseo que los suyos estén bien, y que la U.N.C. ("In vino... veritas") no le dé a usted demasiado trabajo. ¿Graba? ¿Viaja? ¿Pinta? ¿Come goulash? ¿Cómo está el taller?

Esto no es una carta, sino sólo una noticia semitelegráfica de mi notable graduación de Traductor. Otra vez escribiré de veras. Un abrazo a Gladys y a los Oseznos y también a Azzoni, a Dáneo y Mascialino (si lo encuentra). Avise si viene unos días a Buenos Aires.

Un abrazo grandote de

Julio

Cariños de Felipe y de Daniel.

A Fredi Guthmann

BUENOS Aires, 14 de diciembre de 1948

No hay como un título de Traductor Público para precipitarlo a uno en la más vergonzosa disolución moral. Todas las noches veo su carta al sentarme a mi mesa, pero como todas las noches tengo que escribirme a mí mismo una buena composición en inglés (temas: "Los ffcc¹²⁰ en la Argentina; los caminos en Yucatán; la evolución de la langosta en Misiones", etc., etc.), ocurre que se me pasa el tiempo. Pero hoy, avergonzado profundamente después de una larga charla que tuve con Jorge y donde usted anduvo por el diálogo (vous, sylphe de ce chaud plafond),¹²¹ entonces me vine a la Cámara y decidí esta larga, necesaria y arrepentida carta.

Usted tiene un poco la culpa. Me escribe: quand venez vous a la civilisation?¹²² No es justo decirle eso a un pobre hombre sumido en el verano asfáltico, en la jalea inmunda de B.A. en diciembre. Todas las imprecaciones de Artaud serían pocas para calificar esta desmenuzación del alma que se opera cuando uno vive envuelto, por fuera y por dentro, en una atmósfera blanda y legamosa. Pero yo no he nacido para quejarme, además que Musset y Lamartine agotaron la cuota de la self-pity. No sólo no me quejo sino que en realidad estoy bastante contento. Hice lo que me había propuesto (no sin mi buen infiernito de ocho exámenes, (damn'em all) y estoy a un paso de recibirme en inglés. En cuanto al francés, incluso he pronunciado ya mi solemne juramento en presencia del camarista Doctor Alberto Baldrich, y me tienen bonitamente matriculado en el tomo II, folio 121. De modo que queda usted perfectamente enterado de mi ubicación burocrática en el gran Panteón de los traditores.

Mi querido Fredi:

Me burlo, como usted ve, pero estoy tan agotado que me descubro a mí mismo haciendo tonterías, creándome problemas inexistentes (si eso es posible) y añorando épocas felices —que no lo eran en absoluto, y me consta; pero se llega a tal grado de embrutecimiento...—. Lo peor es que este verano no tiene escapatoria: no hay dónde ir (sans le péze, bien entendu)¹²³ por ejemplo; yo me había entusiasmado con la idea de irme un mes al Cuzco, y me entero luego que los pasajes han subido casi en un 200%. Desgraciadamente tampoco se puede tomar uno de los barcos de Menéndez Behety, que dan la vuelta por Magallanes y que son magníficos para descansar (por simple reducción al vacío, a no tener nada que hacer, salvo mirar). Tampoco hay chance por ese lado. Creo que me iré a la quebrada de Humahuaca (c'est pas la civilisation, mon cher, mais c'est la paix au moins!)¹²⁴ y *me meteré* en Tilcara o algo por el estilo. No vuelvo a Uspallata porque el hotel ha acabado con el pueblo. Mendoza me cansa, la conozco *demasiado*, y *además* encuentro ex alumnos en todas partes, lo que ya es demasiado.

Jorge pasó un mes en el "Diablo Verde" y ha vuelto negro como un caribe y *muy bien*. Ya sabe usted —y si no ahí va la noticia —que separó definitivamente de chez le Vecchio.¹²⁵ El problema para él es encaminarse ahora sin equivocar el camino. Creo que se le presentan oportunidades buenas, pero que el problema es más la elección que el puesto en sí.

Andrée me dio los dos Artaud, muchísimas gracias Fredi. El Húmero de *K* es formidable, incluso por la iconografía. Pero sobre todo los textos, los poemas de los últimos tiempos. No he leído aún *Pour en finir...* porque no me siento con coraje; Artaud me pone los nervios boca arriba y prefiero algo más doméstico, Charles Morgan ejemplo (!). Como me lo suponía, mi nota sobre Artaud¹²⁶ en *Sur* cayó como una piedra en un charco; no hubo la menor referencia en pro ni en contra; creo que ni siquiera la carta de Rodez fue entendida. Ici, on a Jean-Paul et 5a suffit.¹²⁷

Me alegro muchísimo de su experiencia en Italia, que adivino a través de su carta. Uno comprende que los poetas ingleses opten por irse a morir a Italia. Y Ruskin, y *Sparkenbroke*. Todo debe sentirse allí, en un estado de alta pureza, casi terrible. Por lo menos es lo que sus cuadros —los que usted y yo sabemos —contienen y anuncian. Pero para qué hablar, si las cosas empiezan después.

Havas está muy bien, y ahora trabajamos con frecuencia juntos. Empieza a venir trabajo para mí al

estudio (algunos editores que me mandan contratos) y además lo ayudo a confrontar y revisar textos. El pobre continúa intranquilo con respecto a su partida, pero éste es un asunto que ustedes tratan directamente, de modo que me ahorro explicaciones. Como muy bien me lo dice usted en su carta, y puesto que es el padrino de esta combinación en que estamos Havas y yo, quiero agregar que me siento muy cómodo con él, y creo que la comodidad es recíproca, which means a lot.¹²⁸

No he trabajado nada este invierno, pero ahora empiezo a salir del letargo, cuando los exámenes me dan tiempo. En *Las Artes* va a salir una carta abierta mía a Daniel, donde protesto por una nota suya sobre el jazz. En realidad no es más que un pretexto para decir un par de cosas que tenía acumuladas y que me parecen interesantes. Es Posible que Argos edite seis cuentos míos el año que viene. Y *Los Reyes* anda en pruebas de página, pero no sé cuándo saldrá, porque Daniel se ha puesto a terminar su doctorado en Filosofía, y se olvida de las ediciones, lo cual es muy comprensible.

No sé gran cosa de Arturo, ni de Lozano. Hace una semana visité a Perla (que está muy bien) y escuchamos Mozart juntamente con Andrée y Susana. Vi, naturalmente, a Gan y a Tchang, ambos gran forma.

Hasta pronto, Fredi, con todo mi afecto a Natacha y un abrazo fuerte de
Julio

A Fredi Guthmam

BUENOS Aires, 3 de marzo de 1949

Fredi:

Estoy de vuelta en el trabajo después de un mes de relativo *descanso*. Quería irme a Salta, y tenía ya el pasaje en el bolsillo cuando se produjeron inundaciones en la zona norte, y tuve que quedarme en Buenos Aires. Ya era demasiado tarde para irme a otro sitio turístico, y como esto no es Europa, y no se puede elegir mucho, opté por mi casa y las caminatas por la ciudad. He explorado sistemáticamente la Boca, Belgrano, Villa Lugano, los pueblecitos del oeste, y no crea usted que no me he divertido. Eran paseos sin propósito fijo, nada más que salir y tomar sol y meterme en los almacenes a chupar caña y comer salame. (Ahora conozco diez o quince sabores nuevos de salame.)

Algunos de esos paseos los hice con Jorge. Estoy bastante preocupado con él; todavía no ha conseguido estabilizarse, aunque es natural que en enero y febrero no se podía buscar mucho ya que todo el mundo andaba afuera. Jorge lo soporta muy bien, y tiene muchos proyectos excelentes, pero es indudable que necesita una base fija de operaciones. Por desgracia, estamos desde hace casi un mes con una huelga de gráficos, y los diarios no aparecen. De manera que ni siquiera está tranquilo por el lado de *Crítica*. Con todo, supongo que a lo largo de este mes se presentará alguna posibilidad favorable: no dormiré tranquilo hasta entonces.

Creo haberle dicho ya que me recibí en inglés, con lo cual la doble ordalía quedó felizmente terminada. 1948 fue un año maldito, del que todavía no me he curado bien. Voy por las mañanas al estudio de Havas, y aprendo lo mejor que puedo el oficio. Naturalmente, tiene múltiples triquiñuelas, y es preciso ir las conociendo una tras otra. Por cierto que Havas está un poco intranquilo por el silencio de usted. Esperaba que le comprara (o reservara, no sé) el pasaje para tomar el barco en septiembre. Confío en que no haya nuevos inconvenientes, porque tanto a Havas como a mí nos interesa dejar definida la situación en este mismo año. Presumo que en estos días recibirá noticias suyas.

¿Cómo andan Natacha y usted? La verdad es que los extrañados mucho. De usted estuvimos hablando largamente hace días, en casa de Andrée, con Jorge, Toño,¹²⁹ Susana y Perla. Me hice muy amigo de Toño, que es un hombre estupendo. Recién ahora empiezo a tener tiempo para salir un poco, oír música, reajustarme con los amigos. Y trabajar; he escrito algunos cuentos que le gustarán a usted, y se los he dado a Baudizzone. Creo que los va a editar *Argos* en este año; con eso quedan anulados definitivamente los que yo le había dado a Arturo, y que se caen ya de viejos (con excepción, tal vez, de "La mano")

Ya hubiera podido mandarle *Los Reyes* en volumen, pero la huelga de gráficos detuvo las tareas en lo de Colombo, y habrá que esperar. Me parece que va a quedar bonito.

Jorge tiene muchas ganas de irse a Italia el verano que viene, y le gustaría que yo lo acompañara. Sé que no será posible esta vez, porque a pocos meses de iniciarme en el estudio resultaría absurdo abandonarlo por más de unas semanas, y a Europa hay que ir por no menos de tres meses. De todas maneras es una tentación de esas que lo hacen a uno dar vueltas en la cama. La gente que vuelve de allá (he hablado con varios que vuelven de Francia e Italia) lo ponen a uno en la obligación moral de dar el salto. Aquí se está empezando a leer cada vez más a los novelistas italianos de ahora, sobre todo Elio Vittorini y Carlo Levi. ¿Valen la pena?

Querido Fredi, ahí van mis pocas noticias, si tiene ganas mándeme unas líneas (uno de sus célebres palimpsestos a lápiz que obligan a acudir a todos los recursos, inclusive las lupas, tintas simpáticas,

lámparas fluorescentes, etc.) Dígale a Natacha cuánto la recuerdo, con todo mi afecto y reciba un abrazo fuerte de su siempre amigo

Julio

Me encontré en la calle con Sergio de Castro. Me dijo que Lozano está trabajando mucho y muy bien.

A Fredi Guthmann

BUENOS Aires, 1949

Querido Fredi:

Muchas gracias por haber hallado la solución del asunto del Havas y yo recibimos simultáneamente sus cartas, y Zoltan espera de un momento a otro la visita de su hermano Georges. Creo que respecto del asunto está resuelto. Por mi parte, despeja considerablemente la situación y me permite trabajar con orden en la preparare mi viaje a Europa.

Usted me pide noticias sobre lo que ocurre con Havas. La cosa es sencilla: no hay más Paraíso. Ni en Tahití ni en ninguna otra parte. Mi en las islas ni en el mismo Zoltan. Cuando él creyó descubrir el en las islas, es que lo llevaba consigo; y ahora no lo tiene. Más precisamente: Zoltan se siente repentinamente envejecido. Sus cincuenta y ocho años le han caído de una sola vez sobre la espalda. Sus hombros son bien anchos, pero no parecen suficientes a aguantar esa piedra de tiempo que lo doblega. Ahora mismo, hace un rato, estuve hablando con él. Es curioso que jamás, hasta hoy, había franqueado como lo hizo hace una hora. Creo que es la interferencia de su carta que lo ha bouleversé bastante. Sin que yo dijera nada; empezó a hablarme de su vista, de sus años, de su falta de ánimo. De pronto, realmente, me pareció que delante mío había un hombre que ha entrado en la edad del retiro. Le dije: "Puesto que se siente usted necesitado de retirarse, nada mejor que hacerlo en Tahití donde la vejez futura le llegará serenamente". Pero aunque estuvo de acuerdo, presentí una cosa terrible: que su ideal de retorno a las islas iba unido al sentimiento de juventud, de plena posibilidad. No sé la hipótesis de usted, Fredi, acerca de algún fracaso sentimental, es exacta. Ni él diría nada, ni yo averiguaría nada. Pero el sentimiento de fracaso está presente, y ahora se le nota de manera visible. Me dijo "Es triste que la realización de los ideales sea tan penosa, tan dura" Y luego buscó otra explicación, hablándome de los problemas económicos. Realmente, las cosas parecen haberse puesto muy mal en Tahití. Se acabó el paraíso, liquidación forzosa de saldos y retazos. Un huevo cuesta el equivalente de tres pesos. Una casa, quinientos pesos mensuales. Una sirvienta, cuatro mil francos, and so on. A su pérdida de paz interior, a su sentimiento de senilidad, se agrega ahora el temor sobre el porvenir. Me dijo: "La idea de tener que volver a B. A. me resultaría insoportable". Entonces yo comprendí ese párrafo de su Carta, donde usted me repite lo de la piedra al cuello y dejarse caer de canoa.

Ya ve que prefiero contarle todo esto con absoluta franqueza. Zoltan está visiblemente contento de que Georges le traiga el pasaje. Los problemas de familia también se han despejado (no habrá expiación, el suegro se ha mejorado though he went absolutely nuts)¹³⁰ no cabe duda de que estamos frente a una crisis de déracinement, usted mismo había previsto en una carta anterior a mí. Hay tanto orden, tanto contralor en Havas, que el irse a enfrentar (con una familia a la espalda) una vida que ya no es edénica ni mucho menos, lo aflige y preocupa. Creo, con todo, que la preparación y organización del viaje lo restablecerán moralmente. Lo de su vista no es tan serio como le escribió a usted, and of course he is not going blind at all.¹³¹ Tiene la vista muy cansada, y como se empeña en hacer todo su trabajo solo hasta el último día (lo cual es razonable en cuanto le permite reunir más dinero, pero peligroso para su salud), hay días en que tiene los ojos bastante estropeados. Creo que una semana de horizonte marino

lo dejará como nuevo.

Me parece que lo que usted pueda escribirle de tiempo en tiempo a Havas le hará mucho bien.

Hablemos un poco de mí. Estoy encantado con la noticia de que se puso a traducir *Les Rois*. No me importa en absoluto que se represente o no (vanidad peligrosa es el teatro) pero me siento muy orgulloso de que usted haya considerado a *Los Reyes* dignos de traducirse al francés. Por supuesto que esperaré que algún día me haga llegar esa traducción, cuya perfecta coincidencia con el original está descontada —lo que no ocurriría con otro traductor que me conociera menos y se limitara a repetir las palabras—. Muchas gracias de nuevo, y ojalá algún día pudiera yo tener la recompensa de traducir cosas suyas —que tan poco y mal conozco, pero que tanto admiro —al español.

Preparo mi viaje. Parece que "el año santo" me ayudará a ir barato a Europa. Jorge Romero Brest me ha dicho que el cambio es atrozmente malo, y que viviré muy mal con menos de mil quinientos pesos mensuales. Haré lo posible por tener ese mínimo, y en cuanto a las comodidades del viaje no me preocupan en absoluto. Un amigo me ha sugerido alguna combinación para habitar en la Ciudad Universitaria mientras esté en París. También me dijo que está lejos del centro, y que si a uno se le hace tarde en París se queda sin metro, ergo hay que pescar un taxi, ergo cuesta plata. Le agradezco mucho lo que me dice sobre recomendarme a buenos amigos de allá. Por supuesto que acepto encantado, sobre todo porque en una ciudad topográficamente desconocida y en la que se va a estar muy poco, es importante que a uno le indiquen las cosas que *no* hay que ver; sistema eliminatorio muy importante. Pero para eso hace falta que sea gente capaz de tener una buena escala de valores. Sus amigos serán perfectos para eso. En cuanto a Italia, haré una vida errática, pero me gustaría que (si algún día le vienen ganas de hacer de cicerone epistolar) me diga cuáles son ciudades y aún las cosas dentro de ciudades que me aconseja ver. No quiero trazarme desde aquí un itinerario meramente estético, para el cual me ayudarían mis lecturas. Tengo un poco de miedo al procedimiento. Romero Brest sabe bien cuál es la Italia que debe verse mirando hacia el pasado; pero además yo quisiera indicaciones que vayan más allá de cuadros y museos. (Por otra parte me oriento bastante bien; y tendré dos meses para ir de un lado a otro.) He releído la página anterior y tengo la impresión de que usted va a afligirse nuevamente a propósito de Havas. Le pido que no lo haga. Me parece que, en vísperas de soltar amarras, se apodera de él el temblor que se nota en los animales de raza cuando se les obliga a enfrentar una planchada o un puente. Yo, por ejemplo, no me voy tranquilo de la Cámara del Libro. Me consta que Havas no me fallará, pero la idea de volver de Europa y encontrarme con cualquier novedad que no me permita trabajar inmediatamente en el bufete de traductor, es bastante para inquietarme. Creo que, en el fondo, es el mismo estado de ánimo de Zoltan; y en él se agrega el sentimiento físico de *déchéance*, de vejez que avanza.

No news from the Group K. Never heard of it.¹³² Jorge bien, aunque ha pasado por una sinusitis que lo preocu —o un poco. Muy melómano, aguantando millones de conciertos, aristas, flautistas, pianistas y cancionistas, *mélange* impur. Sigue trabajando en Mitchell's, creo que está contento. No sé nada de su viaje a E.UU. Jorge y yo tenemos extraños pudores —como siempre que uno se ha conocido casi de niño —y ante ciertos temas esperamos que el otro hable primero. Se me ocurre que la cosa está un poco paralizada. Es una lástima, porque me hubiera gustado encontrármelo en Europa vagar juntos.

Si ve en alguna parte *En bas*, de Leonora Carrington (o cualquier cosa de ella), ¿me lo manda? Aquí no hay nada y me interesa verla. Me acuerdo de un cuento estupendo, "Lapins Blancs"; et vous savez que je suis quelque peu l'amateur de lapins.¹³³

Cariños a Natacha, y un gran abrazo para usted

Julio

Esta mañana me desperté con esta frase: "No deberíamos ser como el perro de Guillermo Tell, que trepa incansable por la piel de su amo". Se la regalo.

A Fredi Guthmann

BUENOS Aires, 3 de enero de 1951

Mon cher Fredi:

Hace ya mucho que quería escribirle, pero esperaba un poco una carta suya en respuesta a la mía desde París. No me llegó, pero en cambio conocí su larga carta dirigida a Susana, y que también me estaba destinada. De esto ya hacen dos meses; ahora creo que es tiempo de que le escriba sin esperar más. Lo único que lamentaría es que usted no esté ahora en la dirección adonde mandaré esta carta, pero supongo que se la remitirán a cualquier otra parte.

Me cuesta encontrar palabras para decirle lo que significó para mí su carta a Susana. Si algo puede creer de mí, es que la leí con toda la pureza y toda la receptividad posible; con todo el deseo de que la carta hiciera por mí lo que usted deseaba que hiciera por todos nosotros. Sólo que, Fredi, estoy muy lejos, y no sé todo lo que sabe usted, no merezco lo que merece usted. No tome esto como meras frases, no creo que entre nosotros las frases sean necesarias. Su experiencia, esa admirable experiencia que su carta cuenta como solamente un poeta puede hacerlo, es la experiencia que alcanza aquel que agotó plenamente los frutos previos, las etapas previas, los caminos que, finalmente, lo han llevado a su saber de hoy. ¿Y qué somos nosotros, los que y recibimos su carta, los destinatarios de su carta? No puedo hablar por Susana ni por los demás; sólo por mí, sólo por este saco de huesos que ama la vida y le sale al encuentro en su pequeña medida sudamericana, en su mínima dimensión de literatura y de arte y de honor y de tiempo. Entonces, Fredi, su revelación me llega como la luz de la luna; usted es la luna, recibiendo directamente la luz; y lo que me toca a mí es su carta con sus palabras, la luz de la luna para leer su carta.

He tenido con todo una enorme alegría. Por usted, por saber que usted está tan en paz y tan sereno. Su carta transmite una impresión de serenidad como sólo lo dan los textos místicos extremos, esos donde el lenguaje es como el suyo, ya casi no es lenguaje sino voz en estado de pureza, transmisión directa del balbuceo. Qué literario suena todo esto, Fredi. Perdóneme esta retórica que oculta lo que en verdad me gustaría poder decir.

Ha pasado mucho tiempo, y quizá usted esté en otras cosas viviendo otra vida, ya realmente muy lejos de Julio Cortázar. Esta geografía inmensa que nos separa tiene un valor de símbolo, parece mostrar la otra geografía interior que también nos distancia. ¿Estuvimos realmente cerca alguna vez? Sí, por el cariño y por los gustos comunes; estuvimos juntos en una misma página de Pierre-Jean Jouve, en un mismo verso de César Vallejo. ¿Pero tendrán estos nombres algún sentido para quien quizá puede ahora prescindir de todo nombre?

El cariño queda, y la esperanza de algún encuentro en el futuro. Lo extrañé tanto en París, amigo. En mis largas andanzas con Sergio, usted era un nombre incesante en nuestro diálogo. También lo extraño en Buenos Aires, pero de algún modo me doy cuenta de que usted no perteneció nunca a esto, que estaba siempre de paso. Europa lo incluía a usted de una manera casi obsesiva. Me acuerdo de Firenze, de un domingo de tarde en que se me ocurrió ir a escuchar la *Ofrenda musical* que Scherchen dirigía en el Teatro Comunale. Cuando surgió el primer tema, cuando el aire fue Bach, usted ya estaba a mi lado, oyendo conmigo esa pura maravilla. Y por la noche, en el Lungarno, en el Ponte Vecchio, usted caminaba conmigo, y bebía de mi vino en una hermosa, sucia cantina del Borgo Sancto Spirito, a doscientos metros de los frescos del Masaccio.

Poco le puedo contar de mí, y en realidad hasta que no reciba algunas líneas suyas me estaré

preguntando si esta carta no es más una molestia para usted que otra cosa. (El pasado debería quedarse quieto, pero no quiere, se mueve, crece y vuelve; yo también recibo cartas que quisiera no recibir, cartas escritas por muertos.) Lo sé sincero conmigo, y si las palabras del americano ya no tienen sentido para usted, dígamelo en dos líneas. Nada tiene el cariño que ver con esto. Una vez alguien se marchó por siempre de mi lado, y me dejó como despedida esta línea de Rilke: *Il faut laisser seuls ceux qu'on aime*. Es un buen consejo; dígame si debo seguirlo; la amistad se mantendrá del otro lado de las palabras, invariable.

De todos modos, aquí van noticias. Supongo que ya sabe el fracaso del viaje de Havas. No alcanzó a estar dos meses en las islas, y a fines de octubre llegaba nuevamente a B.A. No me parece *justo* abrir aquí hipótesis sobre lo sucedido; él me dijo que había tenido un desfallecimiento, una necesidad de volver junto a su familia, y que eso fue más fuerte que los inconvenientes materiales (que por otra parte eran muchos). Ya se imaginará usted que mi situación se presentó delicada y difícil. A los treinta y seis años, y en Buenos Aires, no es fácil salir a ganarse la vida de golpe. Con todo, Havas se apresuró a decirme que contaba conmigo, y me propuso inmediatamente constituir una sociedad. Acepté, y estamos trabajando juntos. Para mí la solución, aunque sin las ventajas del primer convenio en cuanto a dinero, me representa menos trabajo y una gran tranquilidad. Puedo dedicarme a mis cosas con bastante tiempo, escribo mucho, leo, y vivo en paz. Tengo nostalgia europea, incesantemente; si pudiera irme por siempre allá lo haría sin vacilar. Pero ya imagina usted que un argentino no halla fácilmente con qué subsistir en Francia, aunque estuviera dispuesto a hacerlo pobremente. (Y sin embargo estoy un poco obsesionado; me elijo europeo, y me siento un cobarde por no cumplir mi elección, «quiero decir: tal vez un día... porque ésa es la más repugnante de cobardías. Un día me iré, y eso será todo.»)

¿Quiere noticias literarias, Fredi? ¿Realmente quiere noticias literarias? Mis últimos cuentos están en prueba de página; los edita Sudamericana, y saldrán en un par de meses. Durante el invierno escribí una novela, *El Examen*; no se podrá publicar por razones de tema pero me ha servido para escribir por fin como me gusta, en plena libertad. Yo le conté una vez algunas ideas que irían en esa novela, lo aquello del barrido de los tranvías con todos los pasajeros dentro. Ya está escrito, y me gusta bastante. Y ahora, para pasar el verano, he reunido el mucho material que había juntado en varios años sobre Keats, y estoy haciendo de eso un libro. No quiero que sea cosa de Scholar; lo escribo sueltamente, con toda clase de diversiones y digresiones, con relatos marginales y analogías. Será un libro escandalosamente anti-universitario; por eso, espero, les gustará a los buenos lectores de Keats.

Havas tuvo la gentileza de darme a leer una carta de Ud. a él, y otra de Natacha. Supe por esta última más detalles de su existencia en la India. Pero hace tanto de eso que me pregunto si verdaderamente ustedes están ahora en la India.

Fredi, Venecia era lo que usted me anunció en una carta: la vieja cortesana que ofrece un ramo de violetas marchitas. Un día, en Giudecca, al pie de la Calcina, recordé de pronto que era en Venecia que ustedes se embarcaron para el Oriente. Durante todo el viaje tuve la obsesión de las miradas anteriores. Decirme: "Este Carpaccio ¡qué pintor, Fredi!—lo miraron ellos antes de marcharse". O quedarle delante de un viejo *palazzo*, y decir: Byron miró, quizá tocó estas piedras. Y en Pisa, andando junto al Arno, me parecía ver el pelo suelto de Shelley, su risa aguda. Y cuando fui al cementerio protestante en orna, y me detuve ante la tumba de Keats, y pensé en todos los que hicieron ya (imagino que también usted), y me pareció que Europa es eso: un lugar donde se encuentran indeciblemente las miradas de los seres que merecen vivir.

Susana se marchó a Europa hace dos semanas. Jorge se dispuso a hacer lo mismo el 23; está muy bien, y juntos leímos su carta a Susana. No sé más de sus amigos, a Cuadrado no lo veo, Sergio no vuelto todavía. Me acuerdo de mi despedida con *Sergio*; en el Louvre, en las salas de escultura románica. No acabábamos de mirar, de darnos la mano, y enseguida quedarnos de *nuevo* delante de otra estatua... Entonces él me llevó a las salas egipcias, a mostrarme la gen de una reina de la que se había

enamorado. Se fue, y yo seguí mirando la estatuilla. Ahora que se lo cuento, todo eso es mucho más real y presente que esta oficina de Havas y esta máquina que golpeo. Ah, Fredi, por dónde andará usted viviendo y pensando, y qué absurdo me suena todo esto que le estoy contando.

No quiero comentar el sentido y los alcances de su carta; creo que en ella lo que menos importaba era, digamos, la metafísica, sobre todo la dialéctica; (el) sentido era de experiencia viva, de *participación*. Y creo, se lo repito, no alcanzar esa participación más que como un reflejo que no basta. Tal vez me llegue el día en que acuda, con una muchedumbre, a sufrir la mirada de un iluminado; tal vez mi camino termine en un encuentro, en una *oneness* como veía Keats el acto poético. Por ahora soy un hombre que vive de sus impulsos más que de sus ideas, y que cree en la autenticidad de una vida conectada con todas las fuentes, con todas las aguas profundas. Su carta me he hecho mucho bien, me ha mostrado que siempre hay esperanza. La luna, al fin y al cabo, muestra el camino del sol. Vivo como un gran temblor, como un salto sin bailarín.

Mis muchos cariños a Natacha, mis deseos de leer alguna vez dos líneas tuyas. Havas agrega aquí sus afectos para los dos. Yo lo abrazo muy fuerte, Fredi, y le agradezco de nuevo su mensaje,

Julio

A Fredi Guthmann

BUENOS Aires, 26 de julio de 1951

Querido Fredi:

Con un día de intervalo, llegaron sus cartas a manos de Havas y mías. La idea de que han llegado felizmente hasta aquí nos da una gran alegría, porque los dos estamos convencidos de que mucho cojea y de la India se pierde. Me alegra saber que recibió usted mi última, que le mandé con una extraña sensación de que también iba a perderse. En ésta de hoy, acudo a un procedimiento un poco pueril, que me parece eficaz; la estoy escribiendo con una copia carbón y remitiré dos cartas —con tres o cuatro días de intervalo, para que vayan en distintos aviones—; creo que así tengo la seguridad de que una de ellas le llegará. (Los globos, ¿no soltaban dos palomas? Las patrullas de reconocimiento, ¿no están formadas por dos? The postman always rings twice.¹³⁴)

Hay una razón especial para que no quiera correr el riesgo de que se pierda esta carta, pero antes de hablarle de eso le voy a decir la emoción que encontré en su mensaje. Me pregunto, incluso, si este lenguaje mío no le llega ya a usted como un eco de pasado, una reconexión con algo que fue su realidad de antes. Usted me parece profundamente adentrado en esa verdad que le llegó en su hora, después de una vida previa llena de experiencias y de altas horas. Usted tiene ya le lieu et la formule. Pero el hecho de que encuentre palabras tan próximas a mi sensibilidad para escribirme, me prueba por otro lado que la distancia no es insalvable, que todavía nos tocamos al menos en el afecto y el recuerdo. Y pienso que usted, en cierto modo no se aleja de su antigua vida, sino que entra en un plano total de felicidad, donde cada cosa se sitúa en su justa medida y vale en su justo valor. Esa *oneness* que tan desesperadamente buscó Keats en el panteísmo, en el animismo, la estará usted alcanzando en un plano trascendente. Sólo así se pueden decir las cosas que usted me dice, y el hecho de que sea yo quien provoca esas palabras me confirma que seguimos próximos en la distancia. Sin falsa modestia, comprendo de sobre que su realidad de hoy sobrepasa infinitamente la mía, pero que como hemos partido de un mismo centro — Occidente, nuestros poetas, nuestros valores—, hay una zona donde continuamos en contacto.

Le confieso que cuando escribió usted su larga carta a todos nosotros, contándonos su revelación, me aterró pensar que ese ingreso a una realidad espiritual para mí inalcanzada, me separaría para siempre de usted. Ahora comprendo que el avance de su espíritu es menos un desmiento que un asimiento, una comprensión final y profunda de esta realidad que yo comprendo sin finalidad y sin

profundidad. Le repito que no es falsa modestia. Todo lo que he trabajado en este año pasado y lo que va del 51, sobre todo la tarea abrumadora de escribir el libro sobre Keats, me ha mostrado claramente cómo me sostengo precariamente en lo real, cómo las palabras me engañan y me dan una provisoria seguridad, cómo una buena dosis de lecturas me ayuda como si fuera morfina a sobrevivir y a creer —no siempre, por suerte— que tengo lo que la gente llama una "cultura" —eso que en la mayoría de los casos es un buen sistema de defensas, de límites, de nociones —es decir una barricada contra lo que empieza más allá, que es lo Real Seguro estoy, después de seis meses de trabajar noche a noche sobre los textos keatsianos, sobre mis recuerdos, sobre mis "iluminaciones", que no tengo de la realidad más que una idea provisoria y lamentable —como la tenía el mismo Keats, que se salvaba por su prodigioso don lírico, que iba más allá de él—. A veces, con lo que pueda yo tener de poeta, entreveo fulgurantemente una instancia de esa Realidad: es como un grito, un relámpago de luz cegadora, una pureza que duele. Pero instantáneamente se cierra el sistema de las compuertas; mis bien educados sentidos se reajustan a la dimensión del lunes o del jueves, mi bien entrenada inteligencia se ovilla como un gato en su cama cartesiana o kantiana. Y el noúmeno vuelve a ser una palabra, una bonita palabra para decirla entre dos pitadas al cigarrillo.

No importa, Fredi; mucho es ya saber que esa realidad está ahí, del otro lado. Quizá un día se rompan las compuertas, como se han roto en usted, que está andando por el camino largo. Le agradezco sus deseos de que me informe de la literatura del budismo a través de Suzuki, y también de la obra de Chuang Tzu. Aparte de pedir los libros, voy a preguntarle a Vicente Fatone si tiene el libro de Suzuki, ya que él es dueño de la mejor biblioteca sobre temas indios. Incluso, dados los pedidos que siempre hace de este tipo de libros, resulte más fácil obtener un ejemplar de Londres. Sólo por pereza, por esa fidelidad ciega a lo occidental, me he abstenido de leer las obras de los místicos y los pensadores orientales; sé de sobra que hago mal. Precisamente, esa "dislocación de todo el sistema psíquico" que usted menciona, es lo que uno resiste atávicamente con ese miedo casi orgánico que tiene el occidental de perderse en algo que no sabe si será una realidad más esencial, o simplemente la locura o la aniquilación. Entre nosotros, el *long déréglement de tous les sens*¹³⁵ no pasa de un programa literario o una excusa de las borracheras o la pederastía de los veinte años. (Cf *L'Enfance d'un Chef*, de Sartre.) Es terrible como nos atrincheramos en las categorías lógicas. Sólo en la poesía cedemos a esa posibilidad-de-que-las-cosas-sean-de-otra-manera, y es por eso que las entrevisiones de la realidad suprasensible sólo se nos dan a nosotros en la poesía, ya sea *leyéndola*, o sintiéndola nacer en lo hondo. ¿Y qué queda de todo eso? Un poema, un montoncito de ceniza en el sitio donde habíamos visto arder el Ojo del ser.

Veo por su carta que Natacha y usted están bien, y además que Ven a la Argentina el año que viene. Bueno, ahora tengo yo que darle varias noticias que van a transformar bastante mi vida. El gobierno francés acaba de darme una beca para estudiar diez meses en París, octubre a julio de 1952. Yo me había presentado hace ya mucho, sin mayores esperanzas de éxito, pero una serie de circunstancias favorables han hecho ganar la beca. En primer lugar, mis "antecedentes", esa estupidez en la que todos se fijan tanto; libros publicados, traducciones, licencia, etc. Luego, un jurado excelente, donde estaban Marril-Albé—Py Marc Berest, dos franceses jóvenes a quienes les interesó mucho el plan de trabajo que yo había presentado, y que consiste en líneas generales en investigar la novela y la poesía francesa contemporáneas en sus conexiones con las letras inglesas, mostrando sobre todo el avance de la actitud poética sobre la estética: una vieja teoría mía que llamo "poetismo", y de la que usted tendrá algún recuerdo, ya que le habré atormentado los oídos hablándole de ella.

La cosa es que antayer me enteré de que me habían elegido entre ciento y pico de candidatos (¡ejem!). Hasta ese momento, y como no creía realmente que me tocara a mí, no le dije nada a Havas, pero apenas supe la novedad —que me tomó bastante de sorpresa—, conversé largamente con él. Por supuesto que, desde el momento que Zoltan no tiene por el momento intención alguna de moverse de Buenos Aires, el hecho de mi ausencia durante diez meses le pareció perfectamente factible, y me alentó

de inmediato a que aceptara la beca y no dejara pasar una oportunidad semejante.

Me interesa, Fredi, detallarle bien esta situación mía con Havas, porque usted ha sido el parrain de ella, y porque tanto Havas como yo sabemos cómo se preocupa usted por estas cosas. En primer lugar, si la beca me hubiera sido ofrecida antes de irse Zoltan a Tahití o durante su estadía allá, yo la habría rechazado de plano, ya que había dado mi palabra de atender el estudio y era responsable de que 1/3 de los ingresos fuera a las manos de Mrs. Havas. Pero ahora la situación es distinta. Havas ha vuelto, y no piensa volver hasta un plazo nebulosamente distante. Mi palabra queda, por tanto, liberada, y el hecho de que Havas, amablemente, me ofreciera continuar en sociedad, no altera el hecho de que él, prácticamente, NO NECESITA AHORA DE MÍ. Es decir que se basta y sobra para atender el estudio. Lo que tiene además otra consecuencia importante: Havas —conmigo a su lado— está ganando mucho menos que antes; concretamente, el 50% menos. Si yo me voy por diez meses, él se beneficia en por lo menos 20 o 25.000 pesos, lo cual no está nada mal para un eventual proyecto de irse otra vez a las islas, o para comprarse lo que le dé la gana. Es decir que, al irme, NO LO PERJUDICO. Muy al contrario. Usted sabe cómo es Havas de rutinario, y lo que antes parecía un afán de juntar dinero para irse, es ahora costumbre de trabajar, de pasarse el día en el estudio, de no vivir más que para su trabajo. Ha abandonado por completo el Yacht Club, va y viene de San Andrés todos los días, se niega a ver a sus amigos, y vive realmente encerrado en una misantropía peligrosa, que a mí me preocupa tanto como a usted, pero de la cual no creo que pueda sacarlo ningún homeópata, y mucho menos su junior partner.

En suma, que Zoltan ve con toda satisfacción que yo me vaya a la rive gauche, y me ha declarado que a mi retorno seré tan bienvenido como siempre, cosa que no dudo en absoluto, porque si hay un gentleman en este mundo, después de usted, ése es Zoltan.

Explicado ese aspecto (perdóneme el tono pedagógico, pero quiero ser muy claro, y además cuando uno ha sido profesor durante doce años, vaya a quitarse las mañas, maldita sea), pasaré a la segunda parte, en la que necesito de usted una vez más. La cosa se me plantea así: mi problema con mi madre y mi familia, a la que mensualmente paso dinero, espero arreglarla llevándome algún trabajo de uno o dos editores argentinos, haciendo de agente literario de ellos en París, buscándoles novedades, etc. Es decir que cobraría una cierta suma mensual en Buenos Aires, que mi madre retiraría directamente para ella. Ese asunto queda, por tanto, cubierto. Creo que no habrá dificultad por ese lado.

Pero en cambio, lo que me preocupa, es que el dinero de la beca no me va a alcanzar en absoluto para vivir en París. Me darán alojamiento en la Cité Universitaire —lo cual ya es bastante—, y 15 - 000 francos mensuales, lo cual es muy poco. Gente que viene de allá me ha dicho que la vida ha subido mucho más que cuando yo estuve, y ya entonces 15.000 francos no alcanzaban para mucho. Como usted ve, mi problema consistiría en encontrar algún trabajo (lo más rutinario posible, no hago cuestión de preferencias), que sin robarme el día entero, me diera, no sé... digamos otros 15.000 francos. Usted que conoce aquello mucho mejor que yo, ¿cree que es posible? Con toda franqueza le digo que este asunto es vital para mí; comprendo que si no me aseguro un trabajo en París, no podré irme en octubre. El truco habitual es que a los becarios les mandan dinero desde Buenos Aires; pero para eso hay que tener quién lo mande, lo que no es mi caso. De manera que necesito ese trabajo, y me confío abiertamente a usted. Por supuesto que trataré de hacer otras diligencias, ¡pero es tan difícil desde aquí!

[Lo] que le pido es que si le parece factible darme una mano gil este asunto, lo haga inmediatamente, y sobre todo que me ponga dos líneas apenas se le ocurra algo, ya que en realidad no me queda más que agosto y septiembre, y es muy poco tiempo cuando uno se propone a una aventura semejante.

Me he preguntado a mí mismo si en el fondo lo que estoy buscando es quedarme por siempre en París. Quizá sí, quizá mi deseo intelectual (yo vivo en realidad allá, usted lo sabe bien) es un deseo absoluto, que me abarca por completo. Si así fuera, decidiré de mi destino una vez que sea el momento. Mi plan es ahora aprovechar esta beca, y acercarme un poco más a las fuentes: poesía, plástica, vida

humana, esa entrega que los argentinos negamos y retaceamos y postergamos siempre. No quiero escribir, no quiero estudiar (aunque lo siga haciendo); quiero, simplemente, ser de verdad; aunque ello me lleve a descubrir que no soy nada. Cuánto mejor saberlo que seguir esta vida por mensualidades en Buenos Aires. Y si todo esto le suena absurdo, a usted que está en un orden que incluye y supera a todos los Buenos Aires y los París, sé en cambio que comprenderá mi especial y menudo problema de hombre.

Cuando usted me conteste, le escribiré largamente sobre un montón de cosas, sobre todo lecturas que he hecho, cosas que he escrito, y sucesos que me han pasado. Ahora estoy nervioso y preocupado con este repentino viraje, y tengo plena conciencia del hermoso lío en que me meto. Pero nada hay más hermoso que elegir, como enseñan los del café Flore, y la verdad que es así. El hombre es ese animal que puede elegir. ¡Hurrah!

No le pido perdón por el problema y la molestia que le planteo. Sé que no debo disculparme con usted.

Un abrazo grandísimo de
Julio

*Chére Natacha.*¹³⁶

Siempre recuerdo su rostro cuando fue a visitarme a la Cámara del Libro y me dijo: "Me voy a París, pasado mañana me voy a París. Todos los arcos de los puentes, todos los colores de Rouault giraban como nubes en sus ojos. Ese día usted ya estaba en París, viviéndolo. Por eso sé que comprenderá muy bien todo lo que le escribo a Fredi, y que me acompañará en mi decisión, con todo lo azarosa que pueda parecer. Diez meses allá, sin los apuros del turista, sin tener que ir a veinte sitios en el mismo día (el año pasado, cuando estuve allá, hubo días en que vi dos películas, una pieza de teatro y además galerías de cuadros, aparte de hablar tres horas seguidas con Sergio); ahora podré entrar más a lo hondo, sin las espuelas del tiempo. Natacha, me duele pensar que si yo me voy, volveremos a desencontrarnos, ya que ustedes hablan de regresar a la Argentina en 1952. Pero quizá —¿verdad que sí?— volverán vía París, quedándose un mes allá y entonces qué admirable sería, estar juntos allá, realmente estar los tres allá y que no fuera mentira.

Espero que les llegue el *Bestiario*. Quisiera escribirle mucho más, pero hoy debe salir esta carta sin falta, por lo que usted ya ha leído. Le prometo otra mucho más larga, y contarle montones de cosas. Quiero agregar (no fui bastante explícito con Fredi) que la salud de Havas es buena, físicamente, pero está desanimado, sin planes ni deseos de nada. Ha renunciado a su vida de antes, y encara sus traducciones como lo único que le quedara por hacer. No sé cómo será su vida familiar, pero advierto que prefiere quedarse todo el día aquí. Evidentemente pasa por un climaterio físico y psíquico del que quizá su enorme fortaleza física lo libre. Hes a great fellow.¹³⁷

Natacha, un abrazo fuerte de
Julio

Jorge está muy bien. Daré los saludos a todos los amigos.

A Fredi Guthmann

BUENOS Aires, 8 de octubre de 1951

Querido Fredi:

Su larga carta llegó perfectamente, y ahora acabo de recibir su carta-sobre, en la que me pregunta extrañado por mi silencio. Reconozco plenamente mi culpa, pero quiero tranquilizarlo sobre su carta anterior que me llegó con gran rapidez y que le agradezco mucho. No escribí antes porque estoy envuelto en la maraña previa a las partidas y ésta es una partida para un largo tiempo, de manera que tengo que dejar resueltas montones de cosas. Es en estos días en que uno, convencido siempre de su libertad, descubre hasta qué punto estaba metido en la tela de araña, atrapado por mil pequeñas y grandes cosas que hay que ir despegando cuidadosamente, y que duelen como una lastimadura cuando se empieza a levantar despacito la venda. Un día un amigo del que debo despedirme; su casa, sus libros, el olor de ese ambiente donde viví tantas horas agradables; oír por última vez un disco querido (antes de venderlo, como en mi caso) o mirar las láminas de un libro que va a pasar a otras manos. Y después hay que leer ofertas, tantas cartas que el fuego espera; y revisar fotografías, para no dejar a la espalda testimonios que a nadie interesan y que es mejor liquidar de una vez por todas. Y cuadernos llenos de poemas, de apuntes, de dibujos; y entonces aparece otra carta entre dos páginas, y la letra es de aquellas que lo devuelven a uno a un lugar preciso, a un amor, a un perfume, a todo el romanticismo de la una de la mañana.

Y otra vez el fuego; pero después viene la mañana, y hay que pensar en el cambio del dólar y las visas... Usted, viajero por elección y vocación, sabe mucho más que yo de esto. Me perdonará entonces que me haya pasado el tiempo sin escribirle, y que aún ahora lo haga al volar de la máquina, y por supuesto sin pensar nada de lo que digo, que es como se escriben las buenas cartas.

Le agradezco mucho todo lo que me dice y me aconseja sobre mi estadía en París. No se me escapa en absoluto el problema que enfrento, aún en el plazo limitado y relativo de un año, que es la duración de mi beca. Los cambios están totalmente desfavorables para nosotros, y una carta de Sergio me ha informado de cómo andan los precios en París. Habrá que ajustarse el cinturón hasta que haya más hebilla que cuero; pero esa técnica la conozco un poco, y la practiqué en París cuando estuve el año pasado. Sé de sobra que me espera un invierno difícil, y que me costará salir del paso. No tengo aún ningún trabajo en firme para compensar mis déficits, aunque por suerte he podido arreglar el problema de mi madre, pues traduciré libros para la editorial Sudamericana, los enviaré desde allá, y mi madre cobrará en Buenos Aires en pesos argentinos. De modo que por ese lado puedo irme tranquilo; trabajaré tres horas diarias en la máquina, y la cosa andará y en cuanto a mí, ya veré lo que ocurre. Le agradezco mucho su mención de posibles préstamos de dinero. Lo conozco de sobra para saber que puedo contar con usted en cualquier momento, y a su vez usted me conoce a mí como para sospechar que sólo en un caso absolutamente necesario acudiría a ese recurso. Espero que no será necesario, porque no es el sistema que prefiero, como es natural. Pero es siempre bueno saber que si a uno le tienen que hacer una trepanación de cráneo o extraerle el duodeno, se cuenta con el apoyo material necesario. Otra vez gracias.

Me voy el lunes que viene, 15, en el *Provence*. Llegaré el 1° de noviembre a Marsella, y el 2 o 3 estaré en París. Me han adjudicado una habitación en la Cité Universitaire, pero tengo pocas ganas de ir allí, sobre todo al pabellón argentino donde las cosas son una exacta prolongación del clima universitario argentino. Sergio me anduvo buscando una pieza en la rive gauche, y me encontró una a 7000 mensuales. A decir verdad, la Cité Universitaire vale ahora 6000, de manera que quizá valga la pena gastar la diferencia y vivir en paz. Pero creo que ése es un asunto a resolverlo en el terreno. Iré y veré.

Tiene mucha razón, Fredi, en lo que me dice sobre la vida material en París. Creo que se puede uno arreglar con una comida diaria, y una provisión de cosas comestibles que se tienen en la pieza y se comen de noche o cuando se tiene hambre. Ya lo hice en el '50, y me acuerdo que un puñado de dátiles y un vaso de vino y unos mordiscos de gruyere me dejaban perfectamente satisfecho. ¡Y las baguettes

son allá tan ricas! (Menciona usted a Arden Quin. Lo conocí en París, en casa de Fernando de Szislo, un muchacho peruano que pinta muy bien. Me di cuenta de cómo vivía, y respeté su decisión de seguir adelante. Sólo los canallas pueden asustarse por razones de proteínas e hidratos de carbono.)

Hace tres noches estuve con Lozano, que se acuerda de usted con cariño y ha terminado por admitir que yo no soy tan nefasto como creo que se imaginó al principio —por meras razones de celos, que nuestro amigo Sergio compartía, que por suerte también se le han quitado. Lozano hizo una conferencia sobre temas de poesía que fue realmente digna de escuchar. Se va a publicar en *Sur*, y cuando usted pase por París, si ya ha llegado allá el número, se lo tendré guardado. Me parece magnífica la posibilidad de que nos veamos, *aunque* sea pocos días, allá. Yo estaré más o menos adaptado, y preveo ya con alegría las caminatas con Natacha y usted (y Sergio, claro).

Je m'incline devant Celui, par la Grace de Qui...¹³⁸ Qué hermoso, Fredi, y cómo al decirlo usted, al escribirlo, lo incorpora a mi mundo y a mi deseo. Sí, cuánto quiero hablar con usted, cómo necesito medir desde mi ignorancia esa experiencia a la cual su alma está entregada. En el centro mismo de lo occidental, en París, su proximidad me será —no es una frase —preciosa. Ojalá nos veamos, lo deseo profundamente.

(Trataré de oír la voz de Apollinaire, a quien mucho quiero.)

Hablando de discos, Sergio me escribió que gracias a la amistad de una persona, es ahora una especie de propietario del museo Guimet, tiene acceso a la magnífica colección de discos de música oriental. ¡Vaya si pienso aprovechar de eso! En estos días he estado distribuyendo discos en manos de amigos. Me parecía cruel y estúpido dejar los *discos* guardados, silenciosos, inútiles. Tuve que vender íntegra mi discoteca de jazz (no sonría mefistofélicamente) y le aseguro que me fue un dolor grande, porque ese tipo de disco es irremplazable. Yo la había empezado en 1933, con mis primeros pesos; con otros estudiantes amigos nos reuníamos en un sótano, con una victrola a cuerda, para escuchar a Louis Armstrong y a Duke Ellington. Después pude agregar otras cosas, y llegué a tener unos doscientos discos de primera línea. Realmente ahora no sabía qué hacer; a mis amigos no les interesa el jazz, de manera que prestar esos discos era imposible. Por otro lado alguien me ofreció un precio conveniente por el total. Yo miré el asunto metafísicamente, y descubrí que mi deseo de conservar los discos obedecía al maldito sentimiento de propiedad que es la ruina de los hombres. La vendí a ojos cerrados, cierto que sufriendo mucho (el saber que no se está errado no causa ningún placer ni alivia la sensación de desgarramiento y de pérdida). Después me puse a distribuir discos de los otros entre amigos que podrán aprovecharlos. Vendí muchos, y los otros, los más queridos, los puse en manos que sabrán oírlos. Me gusta pensar que en algunas noches de Buenos Aires, música que fue mía, crecerá en una sala, en una casa, y se hará realidad para gentes a quienes quiero. Me llevo a París *un solo disco*, metido entre la ropa; es un viejísimo blues de mi tiempo de estudiante, que se llama *Stock O'Lee Blues* y que me guarda toda la juventud.

Havas está bien, y me pide le envíe sus saludos. Me dice que no le ha contestado porque no tiene nada que contarle, y que prefiere esperar su vuelta. En la semana que viene empezará un nuevo tratamiento con otro homeópata que le han recomendado; parece ser (hablamos poco o nada de eso) que el otro médico no le sirvió de gran cosa. Está profundamente sumergido en la rutina del estudio; y él solo se basta y sobra para cubrir todo el trabajo. Yo me siento un intruso aquí, en la medida en que la tarea a hacer está por debajo de las posibilidades de los dos juntos. Creo que este año de plena libertad que tendrá Havas en su estudio, le será útil para una de dos cosas: o se cansa y se convence de que hace una tontería malogrando así sus últimos años (cosa que es mi opinión y supongo que la de usted), o directamente se decide a seguir hasta el final, en cuyo caso a mi vuelta yo veré la manera de dejarlo tranquilo y buscarme alguna otra cosa. (Todo esto que quede entre nosotros, Fredi. Havas es siempre el magnífico compañero y absolutamente *fair play*. Soy yo quien ve que está obstruyendo su trabajo y quitándole un dinero que él se ganaría solo sin mucho más trabajo.)

Dígale a Natacha que le escribiré desde el barco o al llegar a París. Tengo montones de cosas que hacer todavía aquí, y le pido me perdone. Yo le confirmaré una dirección apenas llegue allá, para que usted pueda avisarme cuándo pasarán por París.

Hasta pronto, Fredi, con todo el afecto de
Julio

1952

A FREDI GUTHMANN

PARÍS, 3 de marzo de 1952

Mi querido Fredi:

Creo que estarás contento por mí si te digo que acabo de pasar una muy mala noche. Una de esas noches de revisión, de *hilar*, de —preguntarse cosas, de ver qué pequeñas y mezquinas son las respuestas. No he ido más allá de eso, pero me da la medida de lo que fue nuestra conversación de anoche. No había palabras para decírtelo, pelo a cada cosa que tú decías o me leías, yo notaba fríamente en mí la resistencia casi demoníaca de un orden ya cerrado, construido, que teme perder su comodidad y su rutina, y se subleva ante la palabra nueva, ante la Noticia. Ahora sé por qué esa hora y media de charla me ha fatigado tan terriblemente. La noche que acabo de pasar (con los sueños más increíbles) me da la justa medida del combate que lo Viejo y lo Nuevo han librado en mí. Hoy me siento como podría sentirse un campo de batalla: sucio, pisoteado, lleno de muertos y lamentaciones. Pero también sé que uno de mis dos ejércitos ha vencido. Sólo que no sé cuál. Realmente no lo sé, Fredi. Lo que puedo decirte (y esta tonta carta tiene ese objeto) es que en ti *veo* la presencia viva de eso que tus palabras no alcanzan todavía —por mi enorme ignorancia —a mostrarme con claridad. Tú has vuelto de allá con ojos nuevos. Ya te lo dije anoche, y es cierto. Tu cara es la misma, pero te han cambiado la mirada. Tenías una mirada huyente, acechadora, analítica. Ahora miras y ves de una manera que mi propia mirada *siente* profundamente. En cuanto a tus palabras, espero humildemente entenderlas mejor si tienes el deseo de continuarlas para mí. No sé lo que pasará, porque la batalla es dura y yo me he *conformado* hasta hoy con lo que tenía y alcanzaba. Pero el hecho de que haya una batalla te prueba (y me prueba) que nuestro encuentro de anoche no ha sido inútil ni estéril. Quisiera que me creas digno de seguir escuchándote.

Con mi afecto para Natacha, un abrazo de
Julio

A Fredi Guthmann

PARÍS, 12 de mayo de 1953

Mi querido Freddy:

Me crearás un ingrato por este largo silencio, pero tal vez ya han llegado noticias de algunas cosas que me ocurren. Algunas buenas, y otras malas; la proporción de siempre. Tu dois te rappéler de quelques poèmes que te lus à la Jonchére, et que tu trouvas assez beaux. A ce moment-lá, je croyais avoir perdu cette femme pour toujours, et il ne me restait que me souvenir avec le plus de dignité possible. Mais les choses se passèrent autrement, elle vint en Europe et je la retrouvai à Paris. Ma liaison avec Edith était déjà finie, car elle était bâtie que sur un plan primaire et sans lendemain. (D'ailleurs nous sommes restés tres bons amis, car elle ne se trompait pas sur mes sentiments et nous n'avions jamais tombé dans des mensonges à ce sujet.) Aujourd'hui je puis bien te diré que je suis tres heureux, que je me sens en quelque sorte sauvé (de quoi, je ne le sais pas clairement, mais je sens que je viens d'être sauvé de quelque chose qui aurait fini avec moi). Comme tu dois te rappeler du ton de mes poèmes, tu pourras lisément concevoir ce que cette rencontre définitive signifie pour moi. Ma femme (je dois me marier avec elle, mais je ne l'ai pas encore fait à cause de ce que tu vas voir tout de suite) est argentine, et je sús sur que Natacha et toi aimeront faire sa connaissance quand vous viendrez à Paris (chose que j'attends toujours!). Voilà pour les bonnes nouvelles.¹³⁹ Las malas son que me puse la Vespa de sombrero, para no matar a una vieja idiota que se me cruzó en una esquina cuando yo cruzaba con todo derecho y luces verdes; resultado, que hice una maniobra brusca para no matarla, la agarré de costado, me hizo volar la Vespa por el aire, y los sesenta kilos de fierro me cayeron encima, reduciéndome a un sandwich entre el asfalto y el scooter. Resultado, la cara rota, y una doble fractura de la pierna izquierda. Esto pasó hace un mes, el 14 de abril. La policía me llevó al Cochin, y durante 18 días mortales aguanté una sala común, con todo lo que eso supone y que podrás imaginarte bien. Lo pasé muy mal, con fiebres de cuarenta grados, porque tenía un derrame tan brutal que la pierna estaba tres veces más grande que la otra. Era bastante trágico. Por suerte Aurora (un nombre justísimo para ella y para mí) me acompañó maravillosamente, y Daniel se portó como un gran amigo y se ocupó de las mí] cosas que quedaban en el aire. Al décimo día, como la cosa iba mal me hicieron una punción. No te quiero explicar todo lo que salió de esa rodilla, pero empecé a mejorar, y cinco días después me enyesaron. A todo esto, conseguimos dos piezas y una cocinita en una meublé de la rué de Gentilly, cerca de la Place d'Italie. Pas marrant com me quartier, mais on a les deux chambres, pleines de soleil et assez grandes, et la cuisine, pour 12.000 bailes.¹⁴⁰ No es caro, si piensas que por piezas separadas pagábamos 7.000 cada uno. Te imaginarás que el moblaje es apenas lo esencial, pero nos alcanza perfectamente por ahora. Cuando yo esté en condiciones de moverme (dentro de dos meses, hélas!) aprovecharé ratos libres para bricoler y poner las cosas a punto. Lo pasamos muy bien, aunque Aurora tiene conmigo el trabajo que te puedes imaginar: cocinar, lavarme, arreglar la cama, etc. Pero estamos juntos, y en realidad nos divertimos mucho. Tu radio nos resulta ahora una compañía preciosa, pues nos trae aquí toda clase de programas excelentes, conciertos y teatro. No sabes cuánto te lo agradezco. Et voilà, mon vieux... Lo triste es que en el momento en que me accidenté, nos disponíamos a pasar todo el mes de mayo en Italia, que yo quería mostrarle a Aurora. Teníamos un plan genial: mandábamos la Vespa por tren (1.500 francos hasta Milán) y nos íbamos en tren hasta allá. Sacábamos la Vespa y recorríamos toda Italia. (Hoy, por ejemplo, hubiéramos estado en Siena...) Si me mejoro en la forma en que espero, me entrenaré lentamente estos tres meses, y en septiembre nos iremos. Pero en tren, no en

Vespa. Ahora, después de lo que me ha ocurrido, tengo miedo de matar a Aurora y matarme yo. Si esto me hubiese ocurrido en Italia, hubiera sido la catástrofe total. De modo que les dejo los scooters a otros que tengan mejores reflejos que yo, o que tengan la suerte de que viejas idiotas no se les tiren bajo las ruedas. (Es curioso el problema moral que esto plantea. En el hospital tuve largas noches de fiebre e insomnio para pensar que si en ese momento yo hubiera elegido por mí en vez de por la vieja, no me hubiera pasado nada grave... Agarrándola de frente, es decir aceptando matarla, me hubiera salvado con un porrazo y nada más. El problema moral está en saber si yo elegí hacer la maniobra para salvarla, o simplemente fueron mis manos las que mecánicamente hicieron lo necesario. Me es imposible responder a esto con certeza. Y tal vez en el fondo no tenga tanta importancia.) Te aseguro que en esas noches del Cochin tuve también tiempo para reflexionar en tus enseñanzas y tratar de reducir todo mi sufrimiento y toda mi angustia a términos metafísicos. Fracasé en toda la línea, mi cuerpo fue el tirano y el señor durante esas semanas, y nunca pude controlar ni el dolor, ni la imaginación, ni todas las miserias hospitalarias. Escribí, sin embargo un libro tras otro, pero éstas, como siempre, eran maniobras de escape, de sustitución.

Bueno, basta de tanto ego. ¿Cómo están ustedes? Sergio, que vino el otro día a verme, me dijo que había recibido carta tuya y que fiabas bien. El de Castro anda dando los últimos toques a su taller, el lado del Pare Montsouris (sitio mágico, absolutamente mágico, *Jugado* de mil fuerzas que yo he sentido profundamente cada vez que prometido a pasearme por ahí). Parece que el taller va a quedar muy bien, aunque con Sergio nunca puede saberse nada seguro hasta no verlo. Naturalmente hace mucho que no veo su pintura, aunque según él ha entrado en otra etapa que lo tiene deslumbrado; pero ya sabes que Serijo es el espejo de sí mismo y vive por tanto en un encandilamiento absoluto. Lo digo sin malicia, ya que él mismo es el primero en reconocerlo. Además la egolatría es necesaria para ciertos artistas; es lo que des da fuerza y ánimo para salir adelante, sobre todo aquí donde hay 1 Rueños pintores en crecida cantidad. Por *cierto* que tuvimos una inmensa exposición retrospectiva del cubismo, con pinturas traídas de EE.UU. y de todos los museos. Ocupaba íntegramente las salas de exposiciones del Musée d'Art Moderne, y era para tirarse al suelo. Veinte Juan Gris maravillosos, y la completa evolución de Picasso y Braque, año tras *año*. Roger de la Fresnaye, Gleizes, Delaunay, Léger... algo para quedarse asombrado durante días. Yo fui no sé cuántas veces, y me alegro enormemente de haberlo hecho antes de quedarme con una pata dura. Con respecto a Buenos Aires, *Le Monde* y *Le Fígaro* nos tienen al tanto de las noticias más importantes, de modo que podemos seguir más o menos bien la situación de nuestro país. Tuve carta de Jorge hace pocos días, y sé que está muy bien. Ojala pueda darse otra vuelta por aquí, porque realmente lo extraño mucho y me haría muy feliz tenerlo conmigo un par de semanas por lo menos. A Andrée la veo bastante seguido, porque me estuvo acompañando bastante en el hospital y ahora en casa. Está muy bien. Trato de pasar mi tiempo de la mejor manera posible, pero con la primavera en la ventana, hay momentos en que esta pierna enyesada me parece una cárcel horrible. Sueño que paseo, que tomo el autobús, que bajo a la Punta del Vert-Galant... Me despierto furioso, naturalmente. Parece que dentro de un mes me cambiarán este plátre por otro de marche con el cual podré hacer unos pasos dentro de casa. Pero pasará un rato antes de poder bajar las escaleras y salir a la calle... Y todo por dos huesitos rajados.

Bueno, Fredi, perdóname esta carta un poco incoherente, peto aparte de que escribirte a máquina me fatiga mucho (la penicilina lo deja a uno a la miseria, flojo y sin ánimos), no tengo todavía suficiente equilibrio mental y espiritual para que mis ideas sean medianamente inteligentes o entretenidas. De todos modos quise ponerte corriente de todas mis noticias, para que no creyeras en olvido o negligencia. Le dirás a Natacha que la abrazo muy fuerte y que espero estará bien repuesta y que habrá encontrado bien a todos los suyos ti te deseo que estés bien de salud, pues la otra salud ya la tienes para siempre, y bien que te la envidio. Yo, a mi manera, he alcanzado m felicidad personal que me llena de alegría. Me parece haber salido de un pozo, estar de nuevo bajo las estrellas, respirando el aire hermoso de la noche.

Escríbeme cuando puedas, mira que las cartas de mis amigos me hacen mucho bien y me traen como una libertad, como un viaje a otros planos. Hasta siempre, con todo afecto, y un gran abrazo,
Julio

A Fredi Guthmann

PARÍS, 25 de agosto de 1953

Mi querido Fredi:

Tengo tus dos cartas, que me llegaron con muchísimo retraso a causa de esta huelga que todavía no ha terminado. También recibí una de Zoltan, dándome sus noticias *in abstract*, pero diciéndome que sólo pasaría contados minutos en París. Todo esto ha llegado demasiado tarde a mis manos, por la razón antedicha, y supongo que horas Zoltan está ya en la India. Ojalá a su vuelta pueda ver —si hace escala en Europa, pero como me dice que volverá a fin de y para ese entonces yo estaré en Roma, me parece difícil que nos encontremos. Todo lo que me cuentas de Zoltan no me sorprende demasiado, pero me alegra saber que el impulso definitivo, la llamada, nació directamente de él. En su carta reconoce que no tenía la menor intención de hacer el viaje, hasta que de pronto fue como si hubiera volteado un disco, y en vez de una música empezó a sonar otra, y no le quedó otro deseo que se *débiner* en vitesse.¹⁴¹ Creo que si el impulso es tan violento y, sobre todo, espontáneo, Zoltan lleva en el *avión* la semilla de su mejoría y de su Encuentro (lo escribo con mayúscula porque creo, en mi infinita ignorancia, que debe ser así). Ahora sólo me queda desear que su gurú le muestre el camino; demasiadas cosas buenas hay en el corazón de Havas como para no esperar y desearle lo mejor. En cuanto a ti, has hecho lo que debías, es decir mostrarle que en esa pared cerrada en que se debatía como el minotauro, había una puerta invisible que de pronto podía ser visible. También me lo mostraste a mí, pero yo me fabrico diariamente toda clase de puertas, salgo y entro, y ya no sé en qué habitación estoy; todas me parecen hermosas, y en todas me siento bien, en la medida en que le cabe sentirse bien a un hombre de este tiempo.

Mi famosa y ultrajada pierna va mejor, aunque todavía los musculos están débiles y tengo que usar bastón (con lo cual cunde en torno de mí un ambiente de piedad y respeto, y todo el mundo me cede asiento en el metro, lo cual es una ventaja que extrañaré en el futuro). Me hubiera gustado poder consultar a Douglas pues sin duda debe haber una serie de ejercicios y técnicas de recuperación; pero de todos modos un médico argentino (y una médica igualmente argentina) me han dado bastantes elementos para seguir adelante. Creo que en un mes más podré enfrentar a Zapotek, que supongo sabrás es el corredor más veloz desde los tiempos de Paavo Nurmi.

Aurora y yo, unidos por los santos lazos del matrimonio (nos Casamos en la Mairie del treizième, en plena Place d'Italie, y para mejor el día de la Liberación, con bailes nocturnos y miles de banderas, y vivimos en este pequeño departamento de la rué de Gentilly, que es nada famoso pero suficiente por el momento. Como creo haberte dicho, me han confiado la traducción de todas las obras en prosa de Edgar Poe, trabajo para seis meses por lo menos, ya que además hay que escribir un estudio crítico-bibliográfico. En vista de eso, largué mi empleo matinal, y me voy a Roma a trabajar allá. Parece que en Roma se pueden conseguir pequeños "studios" o departamentos por unas 20.000 liras mensuales. Tendríamos así seis meses romanos, tiempo suficiente para llegar a conocer muy bien la ciudad. Luego volveremos a París a lo largo de la primavera, dando toda la vuelta de la Toscana y el norte. (Al principio pensamos en hacer este recorrido antes de ir a fijarnos a Roma, pero preferimos, dado el estado de mi pierna, dejarlo para la primavera próxima.) Está demás que te diga que si tienes previsto ir para Roma, dímelos en alguna carta próxima, ya que al principio estaremos un poco perdidos en la ciudad.

París, a pesar de la huelga, está hermoso como siempre. Ayer estuvimos en la gran retrospectiva de

Duffy, que es admirable. En el Louvre hay una exposición de vitrales, desde los más antiguos hasta el Renacimiento. Vimos Versailles iluminado (fuimos con Andrée) y nos pasamos un espléndido día en Chartres. Ya ves que me muevo bastante. La huelga nos ha tenido encerrados casi veinte días, pues no había ni métro ni autobuses. Los aprovechamos para traducir, leer y caminar por el barrio. Tenemos una ducha municipal a ocho cuadras, donde te bañas espléndidamente por veinticinco francos. Vimos varias veces a Andrée, que anda ahora por Saint Tropez. And such is our life.¹⁴²

Me alegra saber que Natacha va mejor, pues realmente ha pasado unos meses bien duros. Dile que Aurora y yo le mandamos nuestro afecto, y créeme que mucho esperamos que se decidan a darse una vuelta por París para estar juntos. Me da un poco la impresión de que tú y yo jugamos a las esquinitas; en Buenos Aires, te imaginaba todo el tiempo en París, y ahora es al revés. Naturalmente, el día en que llegues aquí, yo estaré en Venecia o en Budapest. Quien sabe si no somos piezas de algún misterioso ajedrez que se está jugando poco a poco. Y ya se sabe que no puede haber dos piezas en el mismo cuadro.

Un gran abrazo a Natacha y otro muy fuerte para ti de
Julio

Un poema para Natacha y Fredi.

En el museo Vaticano vi un vaso griego maravilloso. Representa el momento en que Castor va a bajar al Hades y Pólux, su hermano sube a la Tierra. Según la leyenda, sólo Pólux era inmortal; pero cuando Cástor fue muerto en combate, su madre Leda se desesperó tanto al perderlo, que Zeus le concedió que su hijo saliera del Hades siempre que Pólux lo reemplazara. Así, los hermanos se alternaban en su casa.

LOS DIOSCUROS

*Puesto que la inmortalidad es una muerte
de estrellas, de infinito, y que la sangre
busca un término breve, una violenta fuga de delicia,
te daremos, oh Leda, alternativamente
a tus dos hijos.*

*Cuando desciende Cástor a las sombras
Pólux retorna adormilado y entra
por la puerta pequeña, y sólo el perro fiel lo acoge.*

*De qué jornada lamentable vuelves
con ojos cinerarios, y en el pelo
el hedor vespéral de los asfódelos.*

*Tú el inmortal, el que de amor hollado
cede su permanencia meridiana
para que Cástor suba hasta su madre
y a las pistas veloces de caballos.*

*Oh Pólux, no te ven, y como siempre
todo es preparativo o despedida.*

*Con una mano donde hay una flor
Leda ofrece el augurio de la ruta.*

*De espaldas a lo eterno,
ella la eterna preferirá por siempre
al que la sangre mide, al que murió en batalla,
al que es de tierra.*

*Y lo más que tendrás, Pólux
que aguardas sólo de un perro huésped,
será en esa mejilla donde poses los labios
la sal del llanto por el que ha partido.
Roma, 1953*

UN CANTO ITALIANO

A Fredi Guthmailí

*El presente como un cuarto de estucos y tapices,
con muros falsamente profundos para ojos que consienten.
La puerta, ahí, y también una ventana.
¿Cuál devuelve al pasado, cuál contiene el futuro?
Esta columna socavada sabe más,
pero no cede su lenguaje de ceniza
como si para abrirse paso en la moldura cruel
nos fueran necesarias otras manos que estas pobres
sostenedoras de manzanas y cuchillos.
¡Identidad, reunión! ¡Oh exilio hermoso!
Es dulce este divorcio que nos quema despacio
y luchar con el tiempo sigue siendo
la luz en cada hoguera, la gracia en cada paso.
¡Barca al mar, oh naranja colgando del azul,
brillo de peces contra lo profundo!
¡Veo en la ola un signo sin objeto, crece
como la muerte en cada fruta, estruendo
de aire en pedazos! Quémate, cigarra,
nada transcurre mientras cantes, mientras
el día suspendido de tus élitros
sea una baya dulce de guitarras.
Doy nombre a cosas claras: este trozo
de pensar es Italia. ¿Qué presente
menos manchado de pared, menos opaco?
Esponja meridiana, calabaza sonora,
y en el continuo de las rutas, entre laureles rosa y piedras
este poroso ser, este instante que dura.
Entonces, que el desgarró del amor desahuciado,
la sandalia quemada por el viento, la noche
con todas sus estrellas pesando en las espaldas,
sean reunión. El grillo asoma,
se quiebra un mimbre. ¿Y esto fue, será,
o solamente está ocurriendo? Mira,
bebe de cada fuente. En ti beben los muertos
y la sed del futuro. No te olvides
sin que un nuevo verano de gavillas
te dé el derecho de olvidar. Ni añoses
los viejos años. Ellos duermen*

*en tu vigilia, y se despertarán como ese grillo
en la penumbra de tu sueño.*

*El aposento con estucos y tapices
cede al ser que lo habita, como cede la jaula
si su pájaro canta.*

Roma, septiembre de 1953

Julio

A Eduardo y Alda Castagisio

ROMA, diciembre de 1953

Mis queridos Alda y Eduardo:

Estas líneas van con todos mis mejores deseos para el '54, deseos a los cuales se agrega Aurora muy cariñosamente.

Vivimos al lado de la Piazza di Spagna, de donde sale la escalinata que se ve en el dibujito. En la casa que alcanza a verse a la derecha murió John Keats. Todo el lugar —toda Roma —tiene un color subido ocre, rosa, amarillo oscuro, y los puestos de flores al pie de la escalinata son como estallidos de color contra el blanco apagado de las gradas.

Nos gusta infinitamente Roma, como les gustaría a ustedes. Por los dos hemos echado monedas en la Fontana de Trevi, para que se cumpla la creencia tradicional y puedan venir un día.

Trabajamos mucho en nuestro Poe, pero dedicamos largas horas a los museos, a las calles, a las cosas. Comemos pizza y respiramos un tibio invierno que, al lado de los de París, parece una primavera.

Doc, espero siempre tus noticias. Hoy me limito a este saludo, a nuestro recuerdo de siempre. Nunca camino por ciertas calles sin pensar que, en cierto modo, estás andando a mi lado como en la bajada de Seaver, como en la costanera de Buenos Aires.

Con un gran abrazo para usted, Alda, para Hugo y Bimbo, y para vos, Doc,

Julio

A Fredi Guthmann

ASÍS, 16 de marzo de 1954

Mon cher Fredi:

Hace tanto que te debo carta que me da vergüenza empezar esta. Desde Roma quise escribirte muchas veces, sobre todo después diciembre (pues hasta fin de año tuve la esperanza de que aparecieras en persona, según me habías insinuado la posibilidad). Después Edgar Poe fue más fuerte que mis ganas de escribirte. Después de 15 páginas diarias de traducción, uno no está en condiciones físicas ni mentales para escribir. Ahora, hoy, es muy distinto. Aunque estoy muy cansado, es de la cintura para abajo, después de subir y bajar a pie todo Asís. Ahora, desde el hotel, me resulta muy grato escribirte. No sé por qué todo el día he pensado en ti. No creo que haya relación directa con Asís, su paisaje estupendo o su pintura (¡Giotto, qué bárbaro!). Debe existir alguna analogía más secreta, más escondida. Es muy rara la impresión que me ha causado hoy Asís. Hace 4 años estuve aquí, y *no* me gustó. Lo encontré feo, frío, y hasta las pinturas de la basílica me decepcionaron. Era mi primer encuentro con Giotto y Cimabue, y me dejó perplejo y casi triste. Hoy, en cambio, apenas pisé la plaza y vi a Santa Clara con su increíble arc-boutant a la izquierda, sentí un goce, una delicia inacabables. Una cosa tras otra me los fueron confirmando: el color rosa de todo Asís, las increíbles pinturas de la basílica (Pietro Lorenzetti, Simone Martini, Cimabue...), y después el Duomo, la Rocca Maggiore (¡qué estupenda la ruina feudal en lo alto!) y finalmente un atardecer prodigioso, con nubes rojas y ríos de luz cayendo sobre el valle. Lo curioso es que este cambio, este encontrar perfecto lo que hace 4 años me pareció mediocre, me ha deprimido un poco. Es como un espejo donde uno se ve por sorpresa, sin haber tenido tiempo de "acomodar" la cara, es decir que se ve como es de veras. Comprendí que ninguna impresión estética vale por sí misma, sino que es un producto determinado por mil razones y circunstancias momentáneas. Y además sentí el peso del tiempo, de los cincuenta años que voy a tener muy pronto. A sadder and a wiser man... Wiser?¹⁴³ Tal vez. Pero lo seguro es lo otro, to wake a sadder man. Aurora y yo llegamos a Asís haciendo una escapada de una quincena que terminará en Firenze, donde yo tengo que acabar de traducir a Poe y escribir el prólogo. Nos hacía falta esta vacación después de 6 meses de trabajo seguido. He traducido *1.300 páginas* de Poe. ¿Qué te parece? De modo que mandamos el equipaje a Firenze, y en bolsas de mano y una alta moral de auto-stop nos lanzamos a las rutas. Fuimos a Nápoles, Salerno, Amalfi, Ravello, volvimos a pasar por Roma, y luego Orvieto, Perugia, y desde hace unas horas, Asís. Mañana será Arezzo, luego Siena y San Gimignano, y por fin Fireme Desde Arezzo nos correremos a Borgo San Sepolcro, en persecución de Piero Della Francesca. Te reirías si nos vieras viajar. El "stop" anduvo mal, pues hace frío y no hay todavía turistas. Además ocurre una tragedia, y es que los camioneros italianos no pueden llevar a una mujer (aunque sea la madre) pues hay una ley que lo prohíbe (y que arroja luces reveladoras sobre el "temperamento" italiano). Moralité: privados de los camiones —que tanto ayudan en Francia— el tráfico se reduce a cero, pues los autos "de lujo" no paran ni a tiros, seguramente porque el dueño teme que uno le manche el tapizado; y los autos chicos, son tan chicos en Italia que no pueden levantar a un honesto matrimonio argentino. Por eso, después de perder mucho tiempo en las rutas del sud, estamos usando el tren para la Toscana. Como tenemos poquísima plata, lo que se va en tren hay que ahorrarlo en hotel, y no te imaginas los prodigios que hacemos. Por ejemplo en Perugia una vieja nos alquiló una pieza en un vetusto palazzo por 600 liras. La pieza no tenía luz, aparte de un velador tenebroso; pero en cambio ostentaba un techo lleno de pinturas del seiscientos, entre las cuales descollaba Cupido apuntando sus

flechas justo en dirección a la cama. Te juro que creí que nos habíamos metido en un burdel. Pero no: la señora era jubilada de Correos. Para ir al baño había que atravesar un gran salón, la cocina, y naturalmente pararse a conversar con la familia. En fin, la locura.

Nuestra temporada en Roma fue estupenda. Creo que hemos llegado a conocerla bastante bien, y realmente es una ciudad *entrañable*, llena de alegría, gracia, con encantos a la luz del día y otros secretos, que sólo se dan al que la camina amorosamente, *acariciándola* hasta que cede. Como conseguimos tésseras gratuitas, pudimos ir cincuenta veces a cada museo, y el del Vaticano, por ejemplo, lo *exploramos* a fondo. Ahora contamos quedarnos mes y medio en *Firenze*, tiempo suficiente para verla bastante bien. Después veremos el *norte*, pues ya cobraré por *fin* el Poe y dejaré de vivir haciendo *equilibrios* terribles. Y volveremos a París, que extraño terriblemente. ¿Y ustedes? ¿Cómo está Natacha? Quisiera noticias tuyas, que me escriba unas líneas. Supe indirectamente que habías conocido a un muchacho *Sereno*, amigo de amigos míos. Pero nada más sé de ti. Si dejas pasar quince días luego de recibida esta carta y telefoneas a casa (50 – 4765) mamá te dará mi dirección en Florencia

Pensamos alquilar una piecita barata por mes y medio. Escribe y dime si vendrás a París, si nos vemos. Siempre esperamos ir a B.A. a fin de año, pero depende de que la Unesco me dé trabajo y dólares. Ya veremos. No te escribo más porque estoy realmente muy cansado. Dale un gran abrazo a Natacha de mi parte.

Aurora les manda sus cariños, y yo te abrazo fuerte

Julio

A Damián Bayón

FIRENZE, 3 de abril de 1954

Mi querido Damián:

Nos hemos portado como perros contigo, pero tu carta me agarró enfermo en Roma (una bronquitis nada grave, pero que por no frenarla a tiempo se arrastró más de tres semanas), y en cuanto a Aurora, la proclividad epistolar no es su fuerte. De modo que entre eso y el Poe (¡ah, el Poe, qué linda faena, pero faena al fin, damn'it!) nos llegó el tiempo en que ya no se te podía escribir a los States. Por suerte me entero por Eduardo de que estás en B.A. y que te puedo escribir. La noticia de Puerto Rico nos llena de alegría, aunque presumo que te atará bastante por un tiempo; pero también la cosa ha de tener compensaciones, y abundantes. Aquí en Roma conocimos a Risieri Frondízi y a su mujer. Por ellos supimos muchas cosas de la vida en la Universidad, y dedujimos que el clima es excelente, que se puede vivir agradablemente y que hay muchas personas con quienes ha de ser grato estar. ¿Cómo te va a vos? Me dice Eduardo que te vas en mayo. ¿Hasta cuándo tendrás que quedarte en Río Piedras? (Lindo nombre.) Me resulta raro pensar que no te vamos a encontrar en París cuando lleguemos en junio. Hace quince días que estamos en Florencia, después de una estupenda vuelta por el sud, la Umbría y la Toscana. Llegamos hasta Amalfi y Ravello, vimos (caminándola) la estupenda costa, pero evidentemente no era el mejor momento, y al aire le faltaba la calidad que ha de tener ahora. El pedazo de la costa entre Cetara y Amalfi, es asombroso. No fuimos a Capri, porque hacía frío. Nápoles nos recibió con un chaparrón en cada mano, y una angina para mí. La encontramos deprimente, con gentes cuyo sistema de valores resiste todo análisis apresurado; habría que quedarse más tiempo, *escuchar*, ver. La ciudad estaba llena de carteles, con una indignada protesta del alcalde porque los yanquis han dado instrucciones a sus *marineros* y soldados de que no suban a cierto "quartiere" donde según parece las cosas están tupidas. El alcalde protestaba, en nombre de Italia, el pueblo, la historia, Rómulo y Remo. Y la conciencia napolitana, *contra* tan calumniosa aseveración. Puede que tuviera razón, pero *nosotros*, en pleno centro, tuvimos sobrados motivos para envolver la billetera en alambre de púa y adoptar otras

precauciones parecidas. El Posílipo está hermoso como siempre, y en el Museo esperaban los tiranidas, Alejandro en plena batalla, y el Doríforo.

Anduvimos luego por Orvieto, Perugia, Asís, Arezzo, *Siena*, San Gimignano, y aquí nos tenés en Firenze y en plena inauguración de primavera. Aurora se ha quedado deslumbrada por este desfile de *ciudades*; yo, que las conocía o creía conocerlas, me deslumbré de otra manera; comprendiendo, por ejemplo, lo mal que las había visto la primera vez. Aparte del Harte, nos divertimos mucho con toda clase de cosas que les ocurren a dos personas sin plata, que alquilan piezas 600 liras la noche, y que comen panini imbottiti o buscan ansiosos mensas comunales (que aquí en Firenze son más suntuosas que los *ristorantes*, y tiene un ossobuco de tirarse al suelo). En Perugia nos pasa algo que es como una historia de ángeles. Un amigo nos había dado una dirección de esas "de memoria". Había que bajar del ómnibus en Piazza Italia, buscar una escalera a la izquierda, seguir hasta el fondo desviar a la izquierda, y la segunda o tercera casa, en el segundo o tercer piso, era una locanda baratísima. Bueno, llegamos bajo el agua, fajamos en la plaza. Vimos la escalera, seguimos las instrucciones... ya nada. Pero al lado de esa nada, había otra casa, y en ella una señora que nos dijo que alquilaba una pieza a un señor que se había ausentado por tres días, de modo que estaba dispuesta a cederla, a 600 libras. Nos instalamos, un poco sorprendidos, ya que evidentemente no se trataba de una locanda. A la mañana siguiente descubrimos que nos habíamos bajado en la Piazza Matteotti y no en Piazza Italia; que la escalera era otra escalera, y que el lugar era otro lugar. ¿No creés que a los ángeles les pasan cosas así? (Agregaré que la pieza estaba dividida con un tabique de madera terciada a media altura, y que para ir al baile había que cruzar por el salotto, la cocina y el dormitorio de la señora en cuestión. El techo tenía estucos, y en el centro un Cupido disparando sus flechas justo en dirección a nuestra cama, por lo cual jurante los diez primeros minutos yo tuve un miedo horrible de haberme metido por equivocación en un prostíbulo.)

Aurora te manda muchísimos cariños, y confía en que a pesar nuestro cero en conducta, nos escribas antes de irte a Puerto Rico, muy grato leer tu *Bestiario* en *BAL*.¹⁴⁴ Sigue dándoles cosas. (Qué horrible suena eso de "fue muy grato"; fue así, pero no me guardes encor.) Por favor dile a Elva que Aurora le está escribiendo (ella no lo va a creer), y que yo le mando un gran abrazo. Otro para Félix, a quien supongo ves. De Carlos no sé nada hace tiempo. Espero noticias, y te abrazo con mucho cariño,

Julio

Via della Spada, 5 (presso Pruneti) Firenze.

A Fredi Guthman

FIRENZE, 6 de abril de 1954

Querido Fredi:

No sé si recibiste la carta que te escribí en una de las etapas de nuestro viaje por Italia. En ese momento estaba muy lejos de suponer que volvería a escribirte pocos días después y por una razón tan penosa. Esta mañana he sabido, por carta de mi casa, la muerte de Zoltan. No tengo ninguna noticia, ni siquiera la fecha, aunque me dicen que ocurrió hace tres semanas o un mes. Por tus propios sentimientos podrás medir los míos, pero además está el desconcierto, no saber qué ha pasado. Te pido que apenas puedas me escribas y me pongas al corriente. Mis sentimientos en este momento son difíciles de explicar, y por eso mismo más penosos. No puedo decir que le tuviera cariño a Zoltan; era otra cosa, una mezcla de estimación, de amistad en el mejor sentido, y lo recordaba siempre con ese placer que producen los grandes encuentros del pasado, el contacto con hombres cabales. Su conducta para conmigo fue siempre tan limpia y tan clara, me concedió tanta amistad y camaradería, que esta muerte brutal (brutal para mí, que ni siquiera alcanzo a imaginarla y mucho menos a comprenderla) me confunde y me abruma.

Lo vi a Zoltan apenas una hora en París, cuando volvía con Fishbein de la India. Lo encontré viejo, pero admirablemente bien. Tuve la impresión de que se había salvado. ¿Salvado de qué? Tampoco lo sé bien. De su neurastenia terrible, que me había mortificado tanto en los últimos tiempos de nuestro trabajo en común en la calle San Martín. Me pareció que su contacto con la India le había *devuelto el* aplomo y las ganas de vivir. El mismo me lo dijo, por lo demás. Desde ese día no supe más nada de él. A fin de año, envuelto en *trabajo* como estoy, no le escribí para saludarlo. Lo hubiera hecho en cualquier otro momento, pues de cuando en cuando cruzábamos una carta. No teníamos mucho que decirnos, bien lo sabes. Pero esas cartas no eran cosa de palabras o ideas, sino un equivalente cariñoso de un apretón de manos, de un abrazo. Cuando te digo más arriba que no sé si le tenía cariño a Zoltan, creo que no hago más que disimularme la verdad, y es que sí se lo tenía, y ahora lo siento y lo comprendo. Simplemente ocurría que los dos éramos muy distintos —nadie mejor que tú para saberlo—, y que su mundo, sus intereses y sus pasiones me eran a mi completamente ajenas. Nunca nos comprendimos, pero hicimos algo mejor, y fue estimarnos por encima de toda comprensión. Trabajar a su lado fue para mí una tarea simple y sin esfuerzos; él tenía una paciencia infinita, un corazón siempre dispuesto a aceptar y a compartir.

Te escribo esto al azar de las ideas, dejando que los dedos corran en la máquina. ¿A quién le podría hablar hoy de Zoltan sino a ti? Recuerdo de tantas cosas, Fredi. Me acuerdo de aquellos días en que iba de nuevo a su Tahití, y estaba acosado, desesperado, envuelto en líos de último momento, y se le veía (yo lo presenté oscuramente) que no todo andaba bien en él, que tenía miedo, que le costaba arrancarse a las cuatro paredes de esa jaula donde había pasado tantos años. Después, tres meses más tarde, la terrible carta desde Papeete, apenas líneas diciéndome que sus planes habían fracasado y que se volvía en el primer barco. Recuerdo también mi desconcierto, la sensación de que a partir de ese momento yo me convertiría en un problema para él, en una molestia. Ya sabes que Zoltan se bastaba y sobraba el trabajo del estudio. Lo esperé sin esperanza, bastante fatalista, puesto a dejarlo en libertad si me lo pedía. Pero ni siquiera debía en esa posibilidad... Nunca se vio al gentleman mejor que el de su arribo. Venía deshecho, avergonzado, inventando las primeras falsas explicaciones para los conocidos. A mí, haciéndome el honor de considerarme su amigo, me dijo enseguida la verdad. No tuvo miedo de decirme que había tenido miedo. Hace falta mucho coraje liira eso, Fredi. Y luego me mostró lo que valía, al invitarme a seguir a un lado, en condiciones que evidentemente lo perjudicaban. Puedes ver si te digo que una de mis satisfacciones al marcharme de Buenos Aires fue dejarlo otra vez libre. Desde su vuelta, me sentí siempre s-trop en el estudio. Y me apenaba, además, ver su declinación, su amargura, la sensación de haberse traicionado que revelaba su rostro. Horas y horas, ordenando y pegando sus fotografías del viaje, mirándolas... Nunca más volvió al Yatch Club; daba explicaciones vagas a amigos, prometía ir y no iba... Por todo eso, comprenderás cuánto me alegró saber de su viaje a la India, y verlo en París, tan cambiado y tan contento. ¿Estaba realmente cambiado, estaba realmente contento? A ti te lo pregunto, Fredi. Escríbeme cuando puedas, hadándome de él. Créeme que necesito tu carta. Siento una profunda "amargura, y ya sabes que yo no tengo consuelos metafísicos. Abraza a Natacha de mi parte, sé muy bien lo que ella debe estar sintiendo. Te mando un gran abrazo.

Julio

A Damián Bayón

MI querido Damián

Firenze, 21 de abril de 1954

Recibimos ayer tu carta, y quiero escribirte inmediataraent unas líneas, que te llegarán por intermedio de la hermana de Aurora con lo cual nos ahorramos 160 liras, cantidad suficiente para comer

4 maritazzi con doppia panna, que como recordarás son excelentes. Bueno, primero de todo quiero decirte todo lo que nos alegra la noticia de que se publican tus poemas, sobre todo porque Botella al Mar es de las que tiran a las playas papelitos interesantes, y la gente empieza, supongo, a darse cuenta. En cuanto a la dedicatoria de sendos poemas, nos conmueve de veras, y estamos orgullosos y alborozados. Todo lo que cuentas de tus publicaciones y actividades es formidable. Ya te leeremos en *La Nación*, pues el papá de Aurora nos manda los suplementos dominicales. En cuanto a la obra de colonización intelectual que te has puesto a hacer con mi *Bestiario*, habrá de causar profunda perplejidad a los gerentes de la Editorial Sudamericana, quienes se preguntarán quién puede ser ese comprador misterioso de un not-al-all-seller. (En la última liquidación semestral me acreditaron \$ 14.600 de derechos de autor. Pero ahora no dudo que llegará a los \$20.) Hablando en serio, te agradezco que permutes los regalos de bombones por mis cuentos. Y también que te hayas tomado la molestia de enviarme las condiciones para el concurso de Emecé. Desgraciadamente, niente da fare. Me dice que el mínimo de palabras es 50.000 y yo tengo material de cuentos para un librito igual a *Bestiario*, que está muy por debajo de eso. Estas cosas le pasan a uno por no escribir como los españoles, seres felices que respiran por el idioma, o como aquel escritor peruano del siglo XVIII que produjo un poema en 1258 octavas reales para celebrar la *aparición* de una ballena en la bahía del Callao. Yo, en vez, soy más callao que ellos, y ahora lo pago. Lástima, porque les hubiera mandado los ocho últimos cuentitos, que no están mal dentro de la sencillez del conjunto. Y además debe ser lindo ganarse un concurso y recibir un telegrama *firmado* por Bonifacio del Carril, nombre que siempre me pareció absolutamente mitológico y vagamente ecuestre.

Dile a Elva que participe. Díselo de nuevo, y ahora también de mi parte.

Bueno, ahora te consultaré sobre un tema bastante importante para mí. Quisiera saber el período dentro del cual residirás en Río Piedras este año, y pedirte (si ese período coincide con lo que sigue; un favor. Yo mandaré el Poe, listo y empaquetado, hacia el 15 de mayo, es decir que llegará allá a fin de mayo. Junio se pasará entre que manden el contrato a París (pues ahí los contratos se firman cuando han *recibido* la obra) y yo lo devuelva firmado, y en *julio* la tesorería me liquidará la bonita suma de 2500 dólares (y quizá algo más), bueno, ocurre que la tesorería le manda a uno un cheque contra esa suma y a mí lo que me conviene no es eso, sino que un amigo (autorizado por mí) cobre en Río Piedras, y deposite la suma en un banco americano para que éste me pague traveler's checks en París. En esta yo recibo traveler's a mi gusto, es decir fraccionados, y los bolsanegreo sucesivamente y de acuerdo a las fluctuaciones. Cosa que aprenderás no se puede hacer con un enorme y único cheque. En suma ¿podrías hacerme el favor de cobrar por mí, y depositar la suma *el* banco que convendríamos? Si vas a estar en junio y julio (incluso a comienzos de agosto) dímelo, y yo te autorizaré. Por supuesto que también están Ayala y Carpió para eso, pero Carpió viene a Europa, y Ayala creo que viaja mucho a EE.UU. Nosotros no podemos quedar colgados, porque entre otras cosas de esa suma le debemos un buen pedazo a Eduardo y no veo la hora de pagársela. Dunque, áspetela tua risposta, e grazia tante. (Prego!, dirás tú con *el* automatismo del caso.)

No sé realmente si iremos a ver a Franca Morani, porque hacemos jornadas de nueve horas de trabajo, y el resto se lo come el Harte. Estoy en el momento de los prólogos, notas, biografías, y otros adornos críticos del Poe. Hace dos meses que no leo un diario. Si termino antes de la fecha tope (pues todo va realmente muy bien, y estoy satisfecho), entonces nos despediremos de Firenze con una semana de fiaca absoluta, y tus amigos recibirán nuestra visita. Nos gustaría de veras conocerlos, pero ahora no se puede. No me dices nada de Félix en tu carta. Si lo ves, dále un abrazo, y otro a María y a Eduardo y los tres ositos. Para ti un gran cariño de Aurora, que está feliz con su poema dedicado, y un abrazo fuerte de tu amigo

Julio

Te agradeceré que lo saludes a Jorge Romero Brest cuando lo veas.

PANAME, 25 de junio de 1954

Nuestro querido Damián:

Gracias, muchísimas gracias. Te has movido con una rapidez tal que estamos realmente asombrados. No esperábamos tu carta hasta dentro de cuatro o cinco días, y su llegada nos hizo saltar jubilosamente hasta el techo. Para despachar ante todo el asunto business te informo que acabo de enviar los contratos firmados, que llegarán a la Editorial Universitaria un día antes que esta carta a ti. Estuve pensando si debía enviártelos directamente a ti, pero después pensé que burocráticamente podía ser mejor que se los mandara al Director de la Universidad (no sé quién reemplaza a Ayala y a Carpió, pero "Director" es un término omnivalente y todopoderoso). Supongo que hice bien, y de todas maneras te ahorré un viaje para ir a entregarlos. Si el cálculo que me haces se cumple, y me liquidan en unos 15 días, será estupendo. Muchísimas gracias por tu oferta de dinero, pero no será necesario. Acaban de llamarme de la Unesco para trabajar tres semanas como traductor, y eso aportará a la olla familiar los recursos necesarios para esperar con tranquilidad que nos lleguen los dólares. No te equivocabas al suponer que me pagarán más de lo originalmente convenido. Me pagan 500 dólares más. Creo que los emplearemos para pagar la "reprise" que nos pida algún chancho burgués, y conseguir así un departamento donde organizamos adecuadamente. Por cierto que hemos tenido una gran suerte, pues apenas llegados a París nos fuimos a buscar direcciones para alquilar piezas, y la segunda que visitamos nos resultó perfecta. Ya verás la dirección al pie, y te estremecerás. Tenemos dos piezas comunicadas, con sendos ventanales sobre la calle (en la vereda de enfrente está la casa donde mi muy querido Robert Desnos vivió muchos años). Estamos en el segundo piso, tenemos "uso de cocina", inminente ducha y teléfono (la dueña es una inglesa *profesora* que no ha terminado de instalarse; toca Chopin y Fauré, y nos ama y teme a la vez, es decir que nos ama como inglesa, y nos teme *como* propietaria francesa, después de todo lo que han debido decirle *sobre* los horrores que suceden con la gente que se mete en la casa y *terminan* desalojando a los dueños... Pero ya la domesticaremos).

Nos pides que te contemos planes. Primero te contaré recuerdos, que son más seguros y no engañan tanto. Creo que la última (aparte de las líneas desde París) te la escribí en Florencia, donde estuvimos dos meses enteros. De ahí nos fuimos a Pisa, Lucca (*hermosa*, hermosa Lucca), Prato y Bologna —donde tuvimos frío pero nos encantaron las torres, Santo Stefano con sus iglesias imbricadas, su pequeño claustro tan íntimo, y los jocundos platos de lasagna. Luego vino Ravenna, esta vez no dejé de ir a Classe, en vertiginosa cacería de mosaicos. Saltamos a Ferrara, que no nos gustó demasiado, pero en cuya Opera del Duomo vimos pequeñas maravillas románicas. Y llegamos a Venecia, y el sol salió —después de dos meses de "boulder"—y fue la locura más increíble imaginable durante once días consecutivos. Nos ocurrió algo sensacional, y es que como mal tiempo ahuyentaba a los turistas, los hoteleros alquilaban cualquier cosa a cualquier precio y nosotros encontramos en la "Pensione dei Dogi" una habitación con bajarte, en el quinto piso, sobre la Piazza San Marco, exactamente a ala izquierda del edificio de la Torre del Orologio, de modo que los reyes magos que salen a adorar al Niño cuando da la hora desfilaban a dos metros de nuestras ventanas, y por la mañana al despertarnos levantábamos con una mano las cortinas y veíamos toda la fachada de le San Marco a la izquierda, a la derecha el nacimiento de la plaza l'Campanile, al fondo las dos columnas con el león y San Teodoro y la laguna verde. ¿No crees que esto linda con lo repugnante? Nos costaba mil seiscientas liras tutto compresso; era realmente un regalo, y pasamos diez días felicísimos. De Venecia no te diré nada porque todo lo sabes tan bien como yo, pero sí me gustaría contarte que vimos la barca de la muerte, la góndola funeraria donde se embarcan los ataúdes para llevarlos a la isla de San Giorgio. Cuatro hombres de negro reman lentamente, y en la proa hay una esfera y una cruz de plata que a

distancia parecen un enorme buho. La vimos una mañana de sol deslumbrante, cuando embarcaban a alguien que había muerto en el hospital. Te aseguro que quisiera tener talento para meter eso en un cuento alguna vez. Es de las cosas más terribles que me ha dado Europa.

De Venecia nos fuimos a Padova (¡qué alegría ver los Mantegna restaurados, yo que había visto los pedazos por el suelo en 1950!).

Luego visitamos Verona (la puerta de San Zeno, ¡qué increíble barbaridad!), le hicimos la rabona a Mantova porque diluviaba, y nos pasamos los últimos 5 días italianos en Milán, enloquecidos con la pinacoteca de Brera, el museo Poldi-Pezzoli (¿es así?) y una enorme posición de Rouault. Nos gustó Milán, tan gran ciudad, tan ocupada de sí misma. Pero yo no pensaba más que en París, que nos espera más dulce que nunca, con unos verdes brillantes y Daniel y el hermano de Aurora, y todos los recuerdos. Puesto que nombro a Daniel y tú quieres noticias de él, te diré que estuvo esta mañana, leyó tu carta y me pidió que te dijera que acaba de escribirte. Además pide instrucciones sobre lo siguiente: parece que tú le dejaste 100 dólares a Ayala para que éste se los diera a un señor, pero equivocaste la dicción. Creo que Ayala le ha dejado los dólares a Daniel, quien te pide le aclares la dirección.

Paso a los planes. No son nada claros. Por un lado confío que a la Unesco se le ocurra la buena idea de contratarnos para la Conferencia General que se hará en Montevideo en noviembre — significaría que después cruzaríamos a B.A. para pasarnos dos o meses con nuestras familias y amigos. Sería simplemente magnífico porque además tendríamos bastante dinero para no preocuparnos momentáneamente. Entre tanto Aurora y yo nos lanzaremos a una activa campaña ante los gerentes de líneas aéreas y compañías de navegación (y cine, y radio) para pescar todas las traducciones posibles. Otro chance será que Puerto Rico quiera confiarme alguna edición. Y luego los dioses dirán, que para eso les hago abundantes libaciones a cada rato. Por cierto que nos hemos desencontrado con Carpió, a quien yo le había dado indicaciones para poder ubicarnos cuando llegáramos a París. Pero Daniel me dice que volverá pronto, lo mismo que Ayala, y entonces podré hablar con ellos. ¿Le echaste una ojeada al Poe? Me gustaría saber qué te parece. ¡No sabes qué suspiro di al enterarme por tu carta de que los paquetes habían llegado! Todo este tiempo estuve temiendo vagamente que alguno de los paquetes se perdiera, y se pusiera verde de humedad, o una rata se comiera un pedazo... la sola idea de tener que rehacer un pedazo me daba náuseas.

Después de esta carta me pondré a escribirles a Eduardo y María, pues los he tenido todo este tiempo a media ración, pobres chicos que son buenos como ángeles. Eduardo me mandó de tu parte las bases del concurso de Kraft, al cual me gustaría mucho concurrir, pero será tiempo y plata perdidos pues mi novela (que no me parece nada mala) está de tal manera cargada de puteadas que el jurado considerará obligatorio no premiarla, aparte de que contiene implicaciones geopolíticas de primer agua. ¿Trabajas mucho? Veo que se te pasó el "trac" de las primeras lecciones; y bien me imagino las clases que has de dictar, y lamento que no haya un banco donde ir a sentarme y escucharte. ¿Lo has visto a Frondizi? Tanto él como su mujer nos resultaron encantadores, y pasamos con ellos unos momentos *estupendos*. ¿Lo ves a Revol? A todos ellos dales mis saludos. Supongo que *estaras* enterado de que Félix y Carlos se volvieron a B.A. Marta me *contó* que ya no daban más, que las cosas les habían resultado muy mal, *J* que se habían visto forzados a regresar. Si sabes algo de ellos por vía directa, dímelo. Lamentamos de veras no encontrarlos a nuestra llega —da, pues fueron siempre tan gentiles con nosotros y les tenemos muchísima simpatía.

Para tu especial regocijo, en una revista muy *interesante* de Génova salió un cuento mío en italiano. Estupendamente traducido, by the way. La traductora es una señorita que se interesa *muchísimo* por la literatura argentina. *Me* ha pedido que la ponga en contacto yetas Y cuentistas de allá. ¿No podrías mandarle tu libro, o lo ujeras? Aquí van los datos: Flaviarrosa Rossini, Piazza Raineri 13 Torino. Le gustará mucho si lo haces.

Estoy lleno de ganas de trabajar. En México acaban de salir los "Axolotl" no sé si conoces ese

cuento mío. Tengo un par de cosas nuevas, *muchos* poemas, cuentecitos (no de cronopios). Pepita Sabor estuvo en Italia, y nos dijo que en *Buenos Aires Literaria* se han encariñado contigo y están encantados de publicar tus cosas; no los dejes con las ganas.

Bueno, Damián, no quiero despedirme sin decirte de nuevo todo lo que me gusta "El Extranjero". Mándanos poemas cuando tengas *copias*, y ojalá el libro salga pronto. Gracias por tus muchas gauchadas, y escribe pronto, desde alguna playa con palmeras y objetos se llaman guayacotas o chumbaderas o tabalaras. Aurora te manda muchísimos cariños (está chocha porque hace media hora le llegó de la Unesco: la contratan junto conmigo, lo cual es una espléndida noticia), y yo te abrazo muy fuerte y con todo cariño,

Julio

54, rue Mazarine (chez Champion) Paris 6è.

A Fredi Guthmann

PARÍS, 30 de junio de 1954

Mi querido Fredi

Te debo carta desde Florencia, donde me llegó la tuya en el mes de mayo. En esos días terminaba con la traducción de Poe, y estaba metido en todos los líos que bien conoces de despachar equipaje, averiguar horarios, y preparar la última etapa de nuestro viaje por Italia. Me gustaría contarte algo de la ruta, porque verdaderamente fue un viaje magnífico. Y antes me gustaría decirte algo de Florencia donde pasamos dos meses admirables confirmando lo que siempre habíamos sospechado, y es que sólo la permanencia en una ciudad (o en una cosa, o un ser humano) puede dar intimidad y verdadero conocimiento. Una de mis experiencias más extraordinarias ha sido cotejar mis recuerdos del primer viaje a Italia que hice en el '50, y lo que encontré ahora. Supongo que los genios, los hombres que, como decía Gide de Malraux, piensan diez veces más rápido que los demás, son capaces de aprehender lo esencial de una cosa con una simple ojeada. Pero pensar es una cosa, y ver otra. ¿Basta una sola visita a un museo, por más intensa que sea? No, como tampoco basta una larga conversación con un hombre para conocerlo; la prueba es que casi siempre rectificamos, con el tiempo, la primera impresión que nos había causado una persona. Hay quienes se jactan de tener un "ojo" infalible, y de calar a una persona con sólo mirarla o escucharla un momento. Pongo seriamente en duda esta aptitud. Con mucha frecuencia he visto cambiar la opinión ajena sobre mí, y la mía sobre otros, como para no ser escéptico en la materia. Y con una estatua ocurre lo mismo. Creer que se ha penetrado en el inmenso misterio de un *Donatello*, o en el mundo limitadamente encantador de Desiderio da *Settignano*, por el hecho de que se han pasado dos o tres horas frente a sus estatuas, es desconocer profundamente la naturaleza y los *mecanismos* de comunicación del arte. La gente es siempre tan vanidosa, la gente no quiere pensar que el artista *pone* toda su vida, la suma de su *experiencia*, en una obra que después nosotros pretendemos conocer en veinte minutos de mirarla. Y luego hay otra cosa, que he sentido con mucha fuerza en Italia: llamémosle la influencia *mutua* de los *artistas* a través del espectador. A medida que se mira, se piensa, se analiza el arte de una época, o se contemplan paralelamente distintas épocas, los artistas, los estilos y las técnicas se *ponen* a funcionar en *nuestra* sensibilidad y a gravitar sobre juicios que ya teníamos formados y sobre los que estamos formando. Muchas veces me ha ocurrido que si *una* mañana iba a ver las estatuas de Donatello *antes* que las de *Miguel* mi sensibilidad frente a este último era sutilmente distinta que directamente a verlo antes de mirar otra cosa. Habría que escribir alguna vez sobre el maravilloso campo de batalla espiritual que es la sala de museo, las líneas de fuerza que emanan de cada obra y gravitan *sobre* todas las otras, y los sutiles cambios que experimenta una estatua si se lo retira de un lugar para ponerlo en otro, cambios, bien lo sé, que están en nosotros, pero en el fondo es lo mismo

ya que los proyectamos a la obra, y hoy Donatello me parece más honesto de lo que puede parecerme mañana (si soy honesto y no me dejo guiar por las tres estrellitas de la Guía), y hay días en que el Perugino me resulta trivial (porque acabo de asomarme a la misteriosa profundidad de Van der Goes), pero hay otros en que la gracia dorada de figuras me revela una dimensión donde la profundidad deja de ser importante, y en cambio vale por otras cosas. Bueno, no quiero seguir divagaciones estetizantes que te escribo con maravillosa rapidez, como escritura automática, aprovechando una máquina eléctrica de la Unesco. Estas máquinas eléctricas son un invento asombroso. No haces más que acariciar la tecla y ya se disparó la letra. El carro se mueve automáticamente al llegar al final de la línea, y si la cibernética progresa un poco más, ten la seguridad de que uno podrá quedar leyendo el *Fígaro* mientras la máquina escribe por su cuenta tu correspondencia (y a lo mejor lo hace mucho más perfectamente que uno). Aurora y yo entramos en la Unesco hace dos días, y trabajaremos hasta el 16 de julio. Son tres semanas que se pasarán pronto, y dejarán bastante dinero para instalarnos un poco mejor en París y ver hacia ese espejo que no refleja nada y que algunos llaman futuro. Pero vuelvo a contarte cosas de Italia. De Florencia nos fuimos a Pisa, a Lucca, a Prato y a Bologna, todo ello demasiado rápidamente, no quedaba otro remedio. Por lo demás son ciudades cuyas obras de arte se pueden ver sin necesidad de quedarse demasiado, y queríamos llegar de una vez a Venecia. Pero antes fuimos a Ravenna (y otra me sentí como despojado, como reducido a no ser más que un par de ojos ávidos frente al misterio bizantino, las teorías de vírgenes y de santos en San Apolinario, y la inmensa colmena rubia de San Vitale). Vamos a Ferrara, y por fin a Venecia. Allí tuvimos la suerte increíble que nos alquilaran una habitación que da sobre la misma plaza de San Marcos. ¿Te acuerdas de la torre del reloj, donde están los autómatas? Esa torre tiene dos alas, y nosotros estábamos en el último piso del ala de la derecha, justamente al nivel del reloj. Era misterioso y amante. No podíamos ver los autómatas, pues las ventanas se hallan más adentro del nivel de la torre, pero a cada hora sentíamos virar el viejo edificio bajo los martillazos de los dos moros de la torre, oíamos sordamente el mecanismo de relojería y sabíamos que en ese momento se abrían las puertas y los Reyes Magos salían a saludar a Jesús niño. De noche era casi temible, y yo estaba convencido de que los autómatas entrarían alguna vez en nuestro cuarto. Teníamos dos ventanas y desde ellas veíamos la plaza San Marcos con los cuatro caballos, las dos columnas de la piazzetta, y la laguna con sus barcas. Toda esa inmensa maravilla nos costaba mil seiscientas liras, *tutto compreso*. (En el lavabo, situado en una pieza aparte, había mariposas en la porcelana. Era encantador.)

De Venecia, donde nos quedamos once días, tiempo suficiente para conocerla bastante bien y sobre todo explorar las regiones no turísticas, nos fuimos a Padova, para despedirnos de Italia frente a Giotto. Pasamos por Verona, pero llovía a mares y fuimos muy descorteses con la sombra de Giulietta. Finalmente llegamos a Milán donde pasamos los últimos cuatro días, maravillados con la pinacoteca de Brera, y recuperando esa sensación ya un poco perdida de estar en una gran ciudad. El 9 de este mes llegamos a París, donde nos esperaban Daniel y un cuñado mío, y aquí nos tienes. Aurora tuvo la suerte de aprobar un examen de competencia en la Unesco, y nos han llamado a los dos para trabajar como traductores. Por un lado me siento como un prisionero, apenas llegado y sin poder salir a vagar por París, pero por otro este trabajo nos viene muy bien, de modo que no hay que protestar. Tuvimos por lo demás bastante suerte en materia de alojamiento. Apenas exploramos unas direcciones que nos habían dado en una agencia universitaria, encontramos dos piezas en el departamento de una profesora inglesa, nada menos que en la rue Mazarine. Hay dos ventanas a la calle, y habrá ducha y teléfono dentro de unas semanas, pues la inglesa está terminando a su vez de instalarse. Hemos podido sacar nuestros libros del guardamuebles donde los habíamos dejado al irnos a Italia, y estamos rodeados de nuestras cosas, lo cual después de todos estos meses de hoteles y pensiones me resulta muy grato. Tu radio está naturalmente instalada junto a un sillón, para los conciertos nocturnos. No sabes lo que te la agradezco, sobre todo el año pasado en que me ayudó a soportar el tedio de estar clavado en la cama con la pierna enyesada.

Todavía no he tenido tiempo de ver gente aquí, aparte de Andrée que está muy bien. Daniel trabaja como un loco, se ha *ganado* la admiración incondicional de Marcel Bataillon, y le han renovado por un año su beca, de manera que está muy contento y completamente adaptado a París, cosa que no le ocurría al comienzo. Por mi parte, ya sabes que aquí me siento como el pez en el agua, y lo único que de seo ahora es un poco de tiempo para escribir montones de cosas que en Italia no tuve ocasión ni ganas de hacer. Ahora comprendo mejor aquellas palabras de Rilke en un poema cuando dice (se dice a sí mismo *que* la obra de visión está cumplida, y que *hay* que empezar la a del *corazón*, es decir la obra espiritual y personal. He visto tanto, he mirado tanto, que necesito ahora replegarme, encaracolarme, y *ser un poco* yo mismo después de haber sido tantas cosas en este año *que ha pasado*. Escribí un cuento, que no agrega mucho a lo que ya he *hecho* pero que tampoco está mal. Me alegré mucho de que te gustara mi canto italiano, que fue escrito respondiendo a un impulso *profundo*. Aquí, lo que he alcanzado a leer en diarios y revistas parece bastante mediocre por el momento. Peleas mezquinas, "cocina" técnica reseca y nada más. Pero ya iré encontrando a los poetas. En Italia seguí leyendo mucho a Cadou, cuyos libros me había llevaos terriblemente irregular, pero cuando acierta escribe poemas *maravillosos*. Te copiaría alguno pero tengo los libros en casa, y además acaban de traerme un terrible documento a traducir (informes de los Estados Miembros de la Unesco ante el Consejo de Seguridad, blah, blah). Pero le voy a robar cinco minutos más a la Unesco para decirle dos palabras a Natacha.

Mi querida Natacha, siempre quisiera escribirte una larga carta pero ya sabes la vida que he estado haciendo en estos meses. Aparte de todo lo que había para ver, la traducción de Poe era larga y complicada, y además tuve que escribir un estudio preliminar que no era nada fácil. Pero ya está todo terminado, y te mando algunas noticias. En primer lugar pienso que iremos a Buenos Aires a fin de año. Quizás, si tenemos suerte, la Unesco nos lleve a la Conferencia General que se celebrará en noviembre en Montevideo, y entonces podríamos cruzar a B.A. Pero si no es así, creo que iremos de todas maneras. Al fin cabo el precio de dos pasajes de tercera es más o menos el de un mes de vida en París, de modo que bien podemos gastarlo. En B.A. no tendremos gastos de alojamiento, de modo que podremos arreglarnos perfectamente. Ojalá ustedes estén allá en ese momento. Y si no es así, ojalá nos encontremos en París. ¿Cómo estás? Cuando veo cuadros en las galerías de mi barrio pienso en ti y me pregunto si siempre pintas. Conoces cosas de Zao Wu Ki? Es un chino maravilloso que pinta óleos llenos de un misterio asombroso. No es profundo como Music, pero tiene ese otro misterio de la línea oriental, esa manera de poner los oros y los rojos que sólo puede dar un pincel mojado en tiempo además de pintura. (La imagen es más bien idiota, perdóname.) Sergio ha pintado una última serie de cosas simplemente admirables, y además ha hecho una serie de sillas pintadas sobre canson de color que me parecen muy buenas. ¿Viste en B.A. las pinturas de Cóppola? Por producciones me parecen muy buenas. En Milán vimos una gran muestra de Rouault. Era admirable, pero volví a tener la impresión que ya había tenido en París. Rouault no me parece uno de los grandes maestros del siglo, contra la opinión corriente. Hay una repetición, una explotación de lo ya conseguido, que me fastidian. *Ne jamais profiter de l'élan acquis* decía Gide, y tenía razón. Por otra parte se veía que jamás había andado en bicicleta, como lo prueba esta otra frase suya: *Suivre ta pente, pourvu quelle monte.*¹⁴⁵ Y ahora te mando un abrazo muy grande, y Aurora te saluda con todo cariño y espera el día de conocerte.

Querido Fredi, te agradezco todo lo que me escribiste sobre Zoltan. Cuando la veas a su señora dile, por favor, cuánto la he acompañado en esas circunstancias tan penosas. Me acordaré siempre de Zoltan como de un gran gentleman y un amigo a toda prueba; son cosas que no se pueden decir de mucha gente. Te mando un gran abrazo, y escribe pronto,

Julio

PARÍS, 20 de julio de 1954

Querido Damián:

Libres de la Unesco, loados sean los contratos breves, libres de *ornadas* interminables y los documentos en jerigonza, te escribo esta hojita a ver si te atrapa antes de que des el salto a México. De todas maneras presumo que te la harán seguir, y que terminará por alcanzarte.

Recibí tu carta con yapa del 29 de junio. De nuevo mil gracias por todos los datos que me das, y la forma en que me facilitas las cosas. Contra tus previsiones, no he recibido todavía el cheque, pero supongo que ha de estar al caer. Por eso no puedo darte noticias sobre las "suites" de su recepción, pues no sé todavía como voy a liquidarlo. Consultaré, claro está, al Sr. Milán, y veremos si me conviene por ese lado. De todas maneras, si estás todavía en P.R., hazme el favor de verificar si el papelito salió ya rumbo a la rué Mazarine. ¡Las cartas son tan caprichosas! Por el momento nos estamos arreglando perfectamente con nuestros jornales de la Ionesco (sic), por lo cual puedo agradecerte de todo corazón, y a la vez no aceptar, tus ofrecimientos de dinero.

¿Vas a escribirnos desde México? Tienes que contarnos qué haces y por dónde andas. México es uno de los países que están en mi lista, pero pasan los años sin que me llegue la hora de ir a verlo. Si vas la capital, trata de ver a Emma Speratti Piñero, que está en el Colegio de México. No sé si la conoces; es argentina, y escribe cosas muy inteligentes. Se interesa mucho por mis cuentos, y acaba de hacer publicar uno de ellos en un diario de allá. Creo que puede resultarte grato verla, y en cuanto a ella estará muy contenta. Si por casualidad conoces o ves a Orfila Reynal, dale muchos saludos míos. Y lo mismo a Octavio Paz, que es un muchacho simplemente extraordinario, y todo un poeta.

Recibimos hace días carta de Eduardo y María; con unas fotos preciosas de los tres Jonquitos. Eduardo sigue dando vueltas en su cabeza a la idea de venirse, y naturalmente no encuentra la salida, pues en ese sector de la realidad las paredes no tienen puertas ni ventanas, y sólo tirándose de cabeza contra ellas se puede salir; pero el precio es caro, y a veces los huesos no vuelven a soldarse. Estos chicos me dan realmente mucha pena, pues han llegado a una situación en la que lo que se tiene pesa a la vez mucho y poco, es un lastre en el buen y mal sentido del término. Por mi parte tengo buen cuidado de no alentarlos ni disuadirlos, pues el paso es demasiado grave y exige una decisión absolutamente personal y responsable. A ti puedo decirte, claro está, la inmensa alegría que me daría verlos llegar un día a París. Son como tú lo dices, tan buenos, tan lindos y tan inteligentes. Y son amigos entrañables, y merecen lo mejor.

Hemos pasado algunos días nada buenos, pues acaba de fallecer el padre de Aurora, y la pobrecita ha sentido profundamente el golpe. Sobre todo porque confiaba en verlo otra vez, ahora que estamos decididos a ir a Buenos Aires en noviembre y quedarnos un par de meses. (Me duele pensar que no te encontraremos allá, pues hubiera sido estupendo.) El verano está por fin decidido a entrar en París y nos hemos pasado toda la mañana de hoy en el Bois de Boulogne mirando nadar los patos en el gran lago. Yo leía a Sir Philip Sidney (mira si soy delicuescente) y Aurora a una cuentista americana. Empezamos a ponernos al día en materia de cine y teatro, empezando por el cine italiano que, naturalmente, hay que ver en París. "I Vitelloni", que ocurre en un pueblito de la costa, es una excelente pintura de todos los pueblitos de este mundo, y en especial de los argentinos, que conozco demasiado bien. Esta noche veremos *The Confidential Clerk*, de Eliot por una compañía inglesa que participa en el Festival del Teatro. La pieza, que hemos leído, nos parece todavía más horrenda que *The Cocktail Party*, y creemos que Eliot está idiota o nos toma el pelo; pero iremos a oír a los actores, y puede ser que ocurra un milagro; ya se sabe que es la especialidad del autor (para no hablar de Graham Green).

Tuvimos carta de Elva, y supimos por otros conductos de Félix y de Carlos, a quienes supongo veremos allá en noviembre. De la gente que conoces aquí, hemos visto a Daniel, que está muy bien, y a Marta, que está muy atareada atendiendo a los grandes bonetes de *Clarín*. Se portó admirablemente con

nosotros, nos prestó dinero sin que le dijéramos nada, y hasta quiere dejarnos su departamento por un mes, cosa que no aceptaremos pues no nos conviene. Estamos muy cómodos en la rué Mazarine (me gusta que te acuerdes con cariño de este barrio) y tenemos una luz extraordinaria. Hay libros, la radio, cuadros y láminas, y montones de recuerdos italianos, que *clasificamos* y ponemos en orden poco a poco.

Hablando de Italia, poco tiempo tuve para escribir allá, *salvo* algunos poemas anotados en alguna sala de espera, un banco de plaza, o una trattoria. Ahora empiezo a revisarlos, y a pasarlos en limpio— (¡Cómo se ve mejor cuando está escrito a máquina!) Tengo *algunos* juegos, como por ejemplo este acróstico que me parece que da el tono de la cosa.

Rota di San Romano

Un suspendido azar, tregua de vida

Concertada en espejos que respiran

Cunde entre caballeros y caballos;

El tiempo cristaliza en el topacio

Lúcido de esta guerra ya infinita

La turbia crónica entra en

Organizado caos de aire el cuadro.

¿Te dije en mi anterior que en en Palacio Strozzi vimos una prodigiosa muestra de cuatro maestros Piero della Francesca, Paolo Uccello, Paolo Veneziano y Andrea del Castagno? No hablemos de Piero, porque tendría que pagar ochocientos francos de franqueo. Ni de Del Castagno, descubrimiento fulgurante para mí (¡pensar que los manuales hablan *de* su "tosquedad", su "grosera fuerza"! ¡Hay que ser brutos!) En cuanto a Uccello, además de los patéticos restos de los frescos del Chiostrro Verde, aablemente colgados con una luz perfecta (y con vitrinas contenió láminas y grabados de hace dos o tres siglos, cuando los frescos estaban más visibles que hoy, y que permiten completar con la imaginación lo que ya no te dan los ojos), vimos ese prodigio de tabla (una predella supongo, por la forma y la *anécdota desarrollada en cuatro o cinco* escenas) que se llama "El milagro de la *profanación de la hostia*". Te aseguro que sin necesidad del menor esfuerzo estoy viendo (flota ante los ojos) la imagen de los cuatro caballos, cuyos cuellos sobresalen sucesivamente, y el del medio es verde. En cuanto a la Rota, la han restaurado prodigiosamente; los fondos, que hace cuatro años se veían apenas, están ahora muy visibles. Bueno, ahora te copio otro poema:

Ahogado

No te dejes la máscara, te ven.

No eres estatua ni parábola: entra

En tu verdad de obligación

ladran como los perros, sin halago.

¿A qué luna te ofreces boca arriba?

Tu muerte no nos sirve, no te sirve

Esta noche prosigue, esa victrola

en el recreo del balneario ronca.

Te quitaré una mosca de la cara,

pero que sea la última mañana

a trabajar de firme. Que no quede

más que tu nombre y profesión

en la hoja de noticias policiales

con que empaquetan las legumbres.

Sigue este buen ejemplo, y mándame poemas. Aurora se agrega a este pedido, y te pide además que la perdones si hoy no te escribe. Es muy valiente, pero está todavía muy abatida. Hasta siempre

Damián, y escríbenos desde algún rinconcito mexicano, entre dos chamales (no sé lo que son pero suena a mexicano). Con nuestros abrazos más cariñosos,

Julio

A Damián Bayón

PARÍS, 10 de agosto de 1954

Querido Damián:

Hace ya unos días que me llegó tu carta del 29. De nuevo muchas gracias por preocuparte tanto por nosotros. Tus noticias sobre la partida del cheque me alegró mucho, pero la verdad es que todavía lo estoy esperando. Se me ha ocurrido que quizá han hecho con él un barquito de papel y lo han puesto a la orilla del mar, para que llegue solito. Anoche me despedí de Ayala, que se vuelve a Puerto Rico, y hablando del asunto me dijo que la cosa le parecía normal, pues después salir de la tesorería de la Universidad, el cheque pasa a la del gobierno, etc. Presumo, pues, que llegará uno de estos días. En realidad no me hace falta para vivir, pues la Unesco nos da de sobra (incluso me presta esta fabulosa máquina eléctrica con la cual te estoy escribiendo a todo vapor, entre documento y documento). Pero necesito el cheque para mandar dinero a B.A. a fin de que nos compren los pasajes de llamada. Hemos reservado pasaje en el *Provence*, y nos embarcamos el 16 de octubre en Marsella. El 2 de noviembre estaremos en B.A. El 11 yo estaré en Montevideo, pues finalmente me contratan para la Conferencia General (pas mal, hein?). En diciembre, ya libre, volveré a B.A., y creo que nos quedaremos hasta marzo. Tales son los planes; en cuanto a la reacción de nuestros amigos porteños, ya te la imaginas. Los Jonquiéres nos han escrito entusiasmados, incitándonos que vayamos a vivir a su casa, y algo parecido ocurre con otros amigos, de modo que la crisis de alojamiento no existirá para nosotros. Más le temo a otras cosas, a los encuentros después de tanto tiempo, a los sutiles "décalages" que se operan en los corazones y las inteligencias de los amigos que han dejado de verse, de convivir problemas comunes, de respirar un mismo clima, aunque sea irrespirable. Pero, como decía Rilke, saberse querido es más importante que saberse entendido (parafraseo con demasiada libertad, pero la noción profunda es ésa). Presumo que tanto mis amigos como yo nos daremos unas tantas peladas de frente, pero que luego sobrevendrá el dulce reajuste el encuentro preciso en el lugar debido; y eso, y no otra cosa, es una amistad. Estoy lleno de una incontenible excitación, una especie de animalito peludo que habita desde unos días en la boca de mi estomago, y se agita suavemente cuando pienso en Buenos Aires. Tú has de saber bastante de eso, y comprenderás.

Gran cronopio Damián: la cronopia Glop¹⁴⁶ y yo hemos decido llegar par petite vitesse a Marsella, es decir salir de París el primero de octubre, y bajar suavemente por Francia a fin de arribar a Marsella el 15 y embarcarnos. He estado mirando mapas, consultado algunas guías, y sacando a relucir viejos deseos; con todo eso bien presente, te pido consejo, porque tú conoces bien aquello y podrás decirnos qué es lo que debemos ver Auroglop y yo en esos quince días. Para situarte (¡qué pedante soy!) te diré mi idea general. Me parece que valdría la pena ir directamente en tren o car a Bourges, y hacer esa vuelta románica, incluyendo Vézelay llegando hasta Dijon. Luego hay una zona que me es terra incógnita, la zona entre digamos Bourges y el Midi, por lo cual pensé que podíamos bajar directamente para dedicar por lo menos diez días a ver la Provence. Aquí, sobre todo, quisiera tu consejo. Todos los nombres me fascinan: Arles, Orange, Nimes, Aix-en-Provence... ¿Qué debemos o podemos ver en un término tan corto? Si tienes ganas de pre-acompañarnos en esta ruta, mándanos tus consejos y los seguiremos.

Aurora está muy bien, y trabaja conmigo en la Unesco, a pesar de que el reglamento lo prohíbe. Ocurre así: el reglamento lo prohíbe, y la llaman lo mismo, pero advirtiéndole que el reglamento lo

prohíbe. Aurora agacha la cabeza, se resigna, piensa que si el reglamento lo prohíbe, será la última vez que la llamen... Y entonces recibe un neumático veloz, llamándola. Acude muy asombrada, y le hacen saber que el reglamento prohíbe que trabaje en la Unesco, pero que por esta vez trabajará. Y poco a poco ella y yo empezamos a vislumbrar una hiperrealidad, o infrarrealidad unesquiana, un sistema de leyes según el cual Aurora trabaja *porque* el reglamento lo prohíbe. No creas que es la única sospecha que tenemos de ese misterioso mundo: cada vez que me traen un documento minuciosamente chino para traducir, me pregunto si la Unesco no será el laboratorio involuntario de donde saldrán los robots del futuro. Estos robots (entre los cuales no habrá ningún cronopio, créeme) tendrán inteligencias maravillosamente preparadas para explicar y justificar lo que yo encuentro inexplicable e injustificable con mi pequeña inteligencia prerrobótica. La cuestión de las siglas, por ejemplo. Es así, la Unesco tiene tres *lenguas* de trabajo, inglés, francés y español. Ahora tú recibes un documento en inglés donde se dice que la CEA, la INTI y el ONOSAC conferenciaron con la RUTA, la tecla y el OCOPUF para concluir acuerdos culturales. Provisto de tan fecundos datos, tienes que ir a la secretaría, abrir una enorme carpeta, y enterarte de que la Cea es la Aec, vale decir que cada organismo tiene también su sigla en español. Ergo escribes que la AEC, la ITIN y el SACONO, etc..., Pero he aquí que das vuelta una página del documento, y entras en una parte redactada en *francés*. Inmediatamente descubres que la INI, la PAC y el PERTAL... pero la verdad es que esta Ini es simplemente la AEC, es decir la CEA... etcétera. ¿Se nota o no se nota que es un asunto que ya nada tiene que ver con nuestra estructura mental? Robots, Damián, robots es lo que hace falta para el gran juego de las siglas...

Te diré, para ser justo, que la gente está demasiado predispuesta a calumniar a la Unesco y que en otros terrenos la pobre hace cosas extraordinarias. Montones de tipos interesantes, especialistas en moluscos malayos o en cristales terciarios, se encuentran y conferencian gracias a los desvelos de esta organización. No sé cuáles serán los resultados, pero el sólo hecho de que un pobre y simpático erudito en cromosomas, oriundo del Nepal, pueda viajar a Nueva York y hablar lleno de entusiasmo sobre los cromosomas con otro entusiasta especialista en cromosomas oriundo de Bolivia, basta para justificar la existencia de la Unesco. Yo me he pasado la vida sin hablar con nadie sobre las cosas que realmente me interesan, y eso que no soy especialista, creo que aparte de mi adolescencia, en que tanto yo como mis amigos no teníamos el menor empacho en decirnos mutuamente todo lo que soñábamos, sabíamos o creíamos saber, el resto de mi vida (cuando quizá ya sabía o sentía algo de veras) se ha pasado en silencio, frente al mal espejo de una hoja de papel o de una carta. Comprendo por eso muy bien la embriaguez que debe sentir el especialista en cromosomas, cuando por fin lo dejan mano a mano con otro especialista en Cromosomas, y los dos se miran entusiasmados y empiezan a decirse cosas sobre los cromosomas, y todo eso lo está pagando la Unesco y entonces hay que reconocer que en el fondo la Unesco tiene algo de cronopio.

Conferencí con Daniel, quien tiene los 100 dólares, los va a cambiar, y yo haré el resto. Entérate, en descargo de Daniel, que los dólares los tuvo Ayala en su billetera hasta hace pocos días, pues hubo no sé qué lío memorable que lo obligó a tenerlos hasta encontrar por fin el momento de dárselos a Daniel. Como la Unesco me tiene preso todo el día, lo veo muy poco a Daniel, pero supongo que en estos días me dará el dinero y la lista, y yo aprovecharé un sábado para irme de librerías and buy all your stuff. ¿Debo mandar los paquetes a tu nueva casa? Aunque supongo que sí, confírmame en tu próxima carta; Bueno, me llena de contento que te esté gustando mi ensayo sobre Poe. Dentro del poco tiempo, y las limitaciones propias de una edición como ésa (en la que una introducción no debe resultar abusiva ni exhaustiva), creo contigo que he conseguido clarificar todo lo posible un pseudo-problema poeiano, y terminar un poco con las ampulósidades y los malentendidos que el pobre Edgar Allan se viene aguantando desde hace un siglo. Quiero pedirte un favor: aquí en París releí el ensayo, y también lo leyó Daniel. Me señaló unos defectos de sintaxis, y yo encontré a mi vez unas cositas perfeccionables. ¿Te ocuparías tú de incorporar al texto unas cuantas correcciones que te voy a mandar?

No es mucho, y yo te señalaría exactamente las páginas y líneas, para que en una hora de trabajo cambies esas cosas que me pesan en la conciencia. Dime si puedes, y te mando la lista a vuelta de correo.

Con respecto a mi Keats, que siento de veras no hayas podido leer en París, lamento un poco que no tenga chances editoriales. No creo que valiera la pena publicarlo en inglés, pues si algún mérito tiene, es el de ser el primer libro en español sobre Keats, con un enfoque sudamericano de la cosa, con muchas citas de poetas españoles y argentinos, y un lenguaje bastante suelto y cronopiante a ratos como tú sabes que me gusta. Traducido, sería una cosa rara que no gustaría demasiado. La traducción sólo tendría sentido si se hubiera publicado en español y hubiera logrado aceptación; pero no antes, de ninguna manera. Tuve muchas ganas de hablarle a Ayala de mi libro, pero no lo hice porque tengo un sexto sentido para esas cosas y me pareció que Ayala, que es la bondad y la inteligencia mismas, no tenía ganas de hablar de cosas editoriales, ni de traducciones, ni de nada que significara un compromiso para la Editorial en estos momentos. El debe saber muy bien por qué, de modo que lo dejé irse sin decirle una palabra. Ni siquiera le pedí que me tuviera en cuenta para futuras traducciones, pues sé muy bien que si hubiera algo sería el primero en ofrecérmelo. A los pedigüeños se le pican los dientes, decía una tía abuela mía.

Me hablas de *La Torre*. Pues, señor, la conozco bien, y un ensayo mío debe andar por salir en uno de los próximos números. Se trata justamente de uno de los capítulos del *Keats*, donde se habla de la poesía y la magia y se hace un poco de antropología poética, con perdón de ambas ciencias o artes. Si lo lees (debe estar en alguna gaveta de la Editorial) dime qué te parece. A mí me gusta una *barbaridad*.

Bueno, no me dirás que no te escribo largo. La máquina eléctrica ayudó bastante, y además tenía muchas ganas de escribirte. Espero los poemas prometidos, y que ya estés bien instalado en tu nueva casa. Aurora, que está solita en otra oficina, traduciendo un documento aburrido en inglés, acaba de asomar su respingadísima nariz para decirme que te mande un abrazo. Ahí va, con otro muy fuerte de tu amigo

Julio

A Ana María Barrenechea

PARÍS, 21 de septiembre de 1954

Ya veo que México la ha atrapado. Su carta, aunque no sea exactamente entusiasta, vale por la más elocuente de las confesiones. Y *me alegro*, porque siempre es bello que los amigos estén contentos frente a las cosas que uno quisiera ver alguna vez. Me acuerdo de *cuando* yo planeaba mi primer viaje a Francia, temblaba cada vez que oía hablar de París a la gente que ya "estaba de vuelta". Las críticas, los retaceos, todo se me antojaba una amenaza y una injusticia, sobre todo porque no podía oponerme. Los ídolos son inmortales, ¿no es cierto? Cada uno tiene su colección privada, y los defiende contra las intrusiones de fuera... Hace doce años tuve la primera gran visión de *México*, a través de una serie de libros, poesía y cine. Razones tristemente personales me obligaron a quedarme en la Argentina, y luego pudo más mi cariño por Europa. Pero creo que un día iré allá, y me quedará un largo tiempo; por el momento tengo la sensación estar *mirando* a través de los ojos de Emma¹⁴⁷ y los suyos, y eso ya es mucho.

Quiero decirle que leí con mucho gusto (y provecho, que es también importante) su estudio sobre Borges. La primera parte me interesó menos, porque mi ignorancia es tan inmensa en materia de lenguaje que todas las indagaciones de vocabulario, giros y formas locales no alcanzan más que a dejarme perplejo. Pero en cambio todo lo que dice usted sobre Borges en la parte más importante —para mí al menos —del trabajo, lo encuentro justísimo, lleno de aciertos y con un valor que va mucho más

allá del caso Borges en especial. Supongo que estará enterada del triunfo fulminante de Borges en Francia. La aparición de un nuevo tomo de cuentos traducidos por Caillois ha provocado en los críticos una especie de ola de terror, pues por primera vez en mucho tiempo han tenido que reconocer —cosa siempre dolorosa para el genio francés— que las cualidades aparentemente privativas de su raza se dan en una medida todavía más grande en un escritor de las pampas. Algunos, como de paso, insinúan que Borges se educó en Suiza (!!!). Otros, más decentes, se inclinan hasta tocar el suelo con la estilográfica, y reconocen que hacía rato que no leían nada semejante. Por cierto que en el panorama marcadamente mediocre de las letras francesas de hoy en día, estos relatos llegan como una *mise au point* bastante dura y a la vez llena de belleza. Todos los diarios y las revistas se ocupan de Borges. Casi siempre equivocándose, pero eso no tiene importancia. Después de Eva Perón, Borges se ha vuelto el argentino más popular en Francia. (Quizá a la par de Fangio, para ser jtos, o apenas media máquina atrás.)

La tarjeta con la lista de las conferencias sobre literatura argentina me produjo un ataque de alegre sorpresa. ¡Qué bueno que Emma y usted arremetan con tantas ganas y se ocupen de temas tan fascinantes como Lugones, Quiroga y Cortázar! Está muy bien, lo digo en nombre de los tres, y no me olvido por cierto de Macedonio

Gracias, Anita, por haberme ayudado en la cuestión de la credencial. Emma y usted han sido muy buenas, y les estoy tan agradecido. Pídame lo que quiera aquí en París, pues se me ocurre que *alguna* vez podría serles útil en materia de libros o informes. Por el momento me voy con Aurora a Montevideo, donde trabajaré en la Conferencia de la Unesco, y luego pasaremos el verano en Buenos Aires; pero en marzo ya habremos vuelto a París. ¿Por qué no se vienen Emma y usted a pasear por aquí? Sería tan grato para nosotros mostrarles todos los rincones de esta ciudad de locos, de este infinito corazón del mundo. En fin, por el momento sigamos escribiéndonos, que ya es mucho, y usted no se olvide de mandarme todo lo que publique, porque me es útil: conste que no se lo pido por cortesía.

Daniel está muy bien y lo veo casi todos los días. Trabaja como usted bien sabe, y está muy contento; pero todavía más contento está Marcel Bataillon de tenerlo cerca, y creo que no lo soltará muy fácilmente.

Usted me pide que le hable sobre el cuento, y la verdad es que es un tema fascinante, pero tendrá que quedar para otra vez, pues esta carta sale de una pausa (que no refresca, al revés que el famoso producto) entre dos traducciones de la Unesco. Casi en vísperas de viaje, tengo tantas cosas por hacer que el pensar se convierte en un lujo. Algo le he escrito a toda carrera a Arreóla, pero no se trata de nada sistemático sino de impresiones del momento, nacidas de la lectura de sus espléndidos cuentos. (¡Qué cronopio fenomenal este Arreóla! ¿Verdad que escribe estupendamente?) De todos modos en alguna otra carta le diré lo que se me ocurra sobre el asunto, pues será una manera de obligarme a sistematizar un poco una serie de nociones más o menos vagas sobre algo que no es nada vago y que está *requiriendo* su poética concreta.

Hasta pronto, con todo el afecto de su amigo

Julio Cortázar

A Damián Bayón

PARÍS, 2 de octubre de 1954

Mi querido Damián:

Como suelo tener ataques de amnesia, estoy muy preocupado porque no me acuerdo si te mandé una larga carta que escribí en la Unesco y que guardé abierta a fin de poner, en postdata, las noticias referentes a la compra de libros. La carta ha desaparecido, y yo tengo la vaga idea de que al final te la mandé, pero no estoy nada seguro, primero las cosas importantes: junto con la carta, salen cuatro

paquetes certificados con todos los libros que me pediste. El costo total de los libros es de 23.845 francos. Está tu lista completa. Aparte de eso, la librería española de la avenue Kléber te manda, debidamente embalado, un grabado de Adam. Pasó una cosa bastante divertida, y es que de acuerdo con tus instrucciones, fui a "La Hune" (donde compré los libros) para buscarte el grabado. Tenían uno muy lindo de Adam, pero valía 8.000 francos, lo cual excedía de tu presupuesto. Me acordé /éhtonces de que en la librería de la Av. Kléber había una gran exposición de grabados, entre ellos unos preciosos de Zao Wu Ki. Resultó que estos últimos ya estaban agotados, pero me mostraron los que tenían de Adam, y entre ellos apareció el mismo que en La Hune valía 8.000 y que aquí, oh asombro, sólo costaba 5.000. Ni qué decir que lo compré inmediatamente, y ellos se encargaron de mandarlo certificado por 200 francos más. Espero que lo recibas bien y que te guste. Bueno, de todos tus encargos, sólo me falta suscribirte a *París-Match*, cosa que haré esta semana, pues ya acabé con la Unesco y tengo más tiempo libre. Terminado todo te mandaré un estado de cuenta, para que sepas lo que te queda todavía de tus 100 dólares. (No te infiero la ofensa de mandarte las facturas, pero las tengo conmigo; es un placer armar un dossier especial para ti...)

De lo que estoy bien seguro es de haberte escrito mandándote la lista de discos que le pedías a Daniel. ¿Recibiste la carta? A lo mejor era precisamente la que no sé si te mandé o no. Es que tengo la cabeza hecha un lío con las historias de nuestro viaje a Buenos Aires. La última noticia es que no me dejan desembarcar en Montevideo para la Conferencia de la Unesco, pues como pagué mi pasaje a B.A., hay líos bancarios que no permiten hacer escala. De todos modos creo que arreglaré la cosa pagando la diferencia y sacando mi pasaje desde aquí. Además el buque en que íbamos a viajar, el *Provence*, chocó en B.A., y ahora nos meten en el *Florida*, que es una vieja chalupa. Viajaremos probablemente muy mal. Para colmo existe la posibilidad de que también la contraten a *Aurora* para la Conferencia, pero como sería para tapar un hueco de último momento, se la llevarían en avión, y he que viajaremos por separado, y con líos espantosos de equipaje, visas etc. Ya ves que no tengo razones para estar precisamente tranquilo, pero supongo que al final todo se arreglará.

No me contestaste nada sobre lo que te decía del Poe, pero ahora ya no habrá tiempo para que pueda mandarte la lista de pequeñas correcciones. Quedará para corregir en pruebas, y paciencia. Si lo ves a Ayala, dile que en estos días sale una carta para él con algunas ilustraciones para la edición. No he podido conseguir en París toda la iconografía que hubiese querido, pero aunque parezca paradójico, estoy seguro de poder completarla en B.A. De ahí le mandaré el resto.

Por si no recibiste mi famosa última, te repito que recibimos el cheque, y lo cobramos. Opté finalmente por el sistema de hacerme dar el total en traveler checks; es más seguro, y los iré usando a medida que hagan falta.

¿Cómo estás vos? A Angelina la vemos bastante, y hemos ido juntos al teatro. Le va muy bien aquí, ya está trabajando en un estudio de arquitecto, y además se va a quedar con nuestras dos piezas de la rué Mazarine. Su marido llega el mes que viene, y escribe contando lo bien que le va con sus conciertos. De modo que por el lado Valasek todo va muy bien.

Ya ves que esta carta está lejos de ser divertida, pues se refiere sólo a negocios y noticias poco menos que familiares. Perdóname, pero en otra seré más yo mismo. Prefiero que recibas estas líneas y te quedes tranquilo con respecto a tus libros. Aurora te manda un gran abrazo, y yo otro,

Julio

De ahora en adelante escribe a mi casa de Buenos Aires: General Artigas 3246, Dto. 8. Ellos me mandarán las cartas a *Montevideo* (si alcanzo a desembarcar) o de lo contrario las leeré en B.A. al llegar. Abrazos a Ayala, Carpió, y a los Frondizi.

A Marta y Jean Barnabé

PAQUEBOT *Lavoisier*

Sábado 11 de diciembre de 1954

Queridos Marta y Jean:

Si *no* los hubiera conocido, me habría ido de Montevideo con perfecta indiferencia. Por culpa de ustedes me voy con una sensación de pena, de no haber podido vivir más tiempo aquí, para pasar *muchas* otras noches en Carrasco, cerca de ustedes, cerca de todo lo que ustedes significan ahora para mí: la música, la inteligencia, y más que todo esa indefinible presencia de lo que se comparte, de lo que une de veras.

Como no soy capaz de decirles estas cosas, las escribo en el barco, en un esfuerzo por quedarme todavía un poco más.

Deseo dos cosas (soy más modesto que los cuentos de hadas donde se desean siempre tres). Deseo que sean felices y verlos pronto.

Un gran abrazo de

Julio

1955

A Marta y Jean Barnabé

BUENOS Aires, enero de 1955

Queridos Marta y Jean:

Por paquete postal recibirán —espero —tres libros, dos míos y uno de Felisberto Hernández. A Jean le pido disculpas por haber tenido que dedicarle el libro de Felisberto, pero es una imposición del correo argentino, que no permite salir los libros si no están firmados, en cuanto a los dos míos, las dedicatorias apenas expresan todo mi afecto hacia ustedes; pero me fastidian las frases pomposas, y sé que ustedes comprenderán muy bien.

Bueno, el verano va pasando y no falta ya mucho para el día en el que emprendaremos el regreso a París. Todavía no puedo señalarles la fecha exacta, pero probablemente viajaremos en el *Charles Tellier*, que saldrá de B.A. el 11 de marzo. Por supuesto, volveré a escribirles a fin de confirmar la fecha, pues quisiera verlos aunque sólo sea un momento. Ojalá ustedes estén libres ese día y podamos encontrarnos.

Vivo aquí un verano bastante irreal, rodeados de gentes a quienes quiero mucho y por las cuales he vuelto, pero que sin embargo no alcanzo a sentir plenamente corporizadas. El problema de la esencia y la ausencia es el verdadero drama del hombre; no es posible sentirse plenamente identificado con alguien, cuando se sabe que dentro de muy poco sobrevendrá una separación, quizá definitiva. Pero de todos modos es tan grato volver a oír esas voces, reconocer el color de los ojos, la manera de mover una mano o de girar la cabeza... A ustedes los he extrañado y los extraño. No es un cumplido ni una exageración. Creo que la vida enseña a no equivocarse en materia de amistad. Los únicos errores son los geográficos, el absurdo de que unos tengamos que irnos a Francia mientras otros viven en el Uruguay o la Argentina. Y ni las cartas, ni el recuerdo, ni los viajes, ayudan a vencer el espacio, ese aliado del diablo.

Hasta pronto, en que les daré noticias de nuestro viaje. Aurora les envía sus afectos, y yo los abrazo con mucho cariño,

Julio

A Damián Bayón

BUENOS Aires, 15 de enero de 1955

Mi querido Damián:

Recibimos tus dos cartas, que nos dieron un alegrón de esos que duran largo. Teníamos noticias tuyas por Elva, pero yo estaba de todos modos inquieto, pues desde mi última desde París, no supe nada de ti. Y en realidad todavía ignoro si recibiste los libros, si recibiste el Adam, y si todo estaba a tu gusto. No dejes de decírmelo en otra carta. Bueno, tengo varias cosas que contarte. La primera se refiere a Eduardo, por el cual estamos bastante inquietos. La cosa no es seria en sí, y supongo que unos meses de tratamiento lo dejarán perfectamente, pero de todos modos quisiera saberlo ya completamente repuesto. Supongo que sabes que se trata de una lesión en un pulmón, y que necesitará unos cuantos meses de reposo y calma. Lo malo es que dado su carácter, su descanso es muy relativo. Tiene licencia en la Embajada, pero su casa está siempre llena de amigos y parientes, todas gentes encantadoras pero no siempre lo bastante discretas como para darse cuenta de que deben dosificar mejor sus visitas. Para mí el asunto es un problema, pues como nos vamos en marzo, y Eduardo se marcha a fin de este mes a

Córdoba donde se quedará hasta abril, tanto él como María insisten en vernos diariamente, y nos crean un problema de conciencia bastante jodido. Por un lado no ir lo disgusta a Eduardo (y a mí, por supuesto): por otro, tengo miedo de que la charla lo fatigue y le haga daño. Hemos encontrado un sistema intermedio, que consiste en hacerle unas visitas de una hora y media, y creo que está bastante conforme y contento. Pinta, trabaja y lee como siempre, y el no ir a ese prostíbulo disfrazado de embajada francesa le hace un gran bien. De ti hablamos mucho, y sé *muy* bien cuánto te extrañan y te quieren.

Al llegar a B.A. (después de un mes en Montevideo, donde me aburrí con la Unesco y sus delegados) me encontré con tu libro, que leí enseguida y aplicando una técnica muy adecuada: quiero decir que lo leí en trolebús, a fin de mantener el clima de viaje pero al cubo, pues que viajando leí tu viaje dentro del viaje. No me negarás que como delicuescencia es bastante memorable. Y no te ofendas por lo de trolebús, puesto que no me alcanzaba la plata para alquilar un taxi y leer el libro dando vueltas por Palermo. Bueno, creo que el libro, enterito, mantiene y confirma las promesas de los muchos fragmentos que me habías dado a leer en París. Has encontrado el estilo que hace de una crónica de viaje (de sus momentos elegidos) una construcción con vida propia, independiente de la anécdota que narra. Como la buena pintura, como la poesía. Cada capítulo tiene su luz, su temperatura y su efecto propios; nunca se advierte el fácil truco de prolongar un episodio en el siguiente, aprovechando que el relato está en marcha. Al contrario, se ve que te detienes y arrancas "à neuf". Y sin embargo encuentro que el libro tiene unidad, la que le das con tu perlina y tu estilo. Has tirado por la borda montones de convenciones temáticas, y eso solo bastaría para entusiasmarme; pero además has hecho poesía con esa libertad, y el entusiasmo se me vuelve emoción y gozo. Yo creo que has escrito un libro muy hermoso, y sé ya de muchos que lo piensan conmigo.

En estos días empiezo a traducir para Sudamericana las *Mémoires d'Hadrien*. Te lo digo porque sé que te gustará saber que está en mis manos. Lo leí en Italia, el año pasado, y me entusiasmó (más que a A rurora, que lo encuentra retórico). La traducción plantea problemas pavorosos, pero no creo que ninguno sea insuperable; hay que andar despacio, repitiendo un poco la actitud de la autora, que debió escribirlo pesando y paladeando cada frase.

Lo que nos dices sobre nuestros planes, y una posible visita a Puerto Rico, nos remueve muchos deseos y me llena de esa vaga ansiedad que siempre tiene uno cuando hay que meter las manos en el tiempo y tratar de darle forma al futuro. Por lo pronto, nuestros planes son embarcarnos en marzo y llegar a comienzos de abril a París. Allí veremos. Supongo que habrá algo de trabajo en la Unesco. Le he escrito a Ayala (cuya amistad contigo me alegra tanto por los dos) diciéndole que estoy libre —pues lo de Yourcenar es tarea de verano —y preguntándole si no habrá posibilidad de prepararle alguna edición a largo plazo, dos años o cosa así. De su respuesta dependen muchas cosas, por ejemplo la posibilidad de irnos un tiempo a Inglaterra y trabajar allí (en esa posible traducción) mientras de paso conocemos el país y yo le doy los toques finales a mi *Keats* —que me gustaría tanto que leyeras alguna vez—. Hablando de Keats, me alegro de que te parezca bien mi ensayo para *La Torre*. La opinión de Schajowicz merecería amplios diálogos, pues es muy posible que él y yo tengamos razón a medias, o que estemos más de acuerdo de lo que parece (y distanciados por razones semánticas, como ocurre tantas veces). Dile que le mando un saludo muy cordial, y que soy muy buen amigo de aquellos que discrepan conmigo en el orden intelectual. Tener razón, en el fondo, es menos útil que suscitar problemas y ayudar a que la razón la tengan otros más capaces y lúcidos.

De acuerdo con lo de Rodríguez Feo. Le mandaré un cuento, pues aquí no tengo ensayos: todo quedó en París. En cuanto a Mrs. Porter, irá para ella un ejemplar de *Bestiario* (cuya última liquidación semestral arrojó la suma de doce pesos) y veré si se puede hacer algo para traducir al inglés mis axolotl. También le mando el libro a Harriet de Onís. Damián, me abrumas con tu gentileza, y me estás creando un complejo tremebundo; mi única esperanza de curación es que te decidas a ir a París durante este año,

para poder liberarme por vía de un gran abrazo. ¿Escribes mucho, tienes tiempo para tus cosas? Yo no hago nada serio, ahora, pues después de tres años de ausencia ya te puedes imaginar la de visitas, copas y charlas que estoy alegremente aguantando. De todas maneras en Montevideo escribí dos cuentos que me gustan y que te mandaré con otros que no conoces. El problema es que no tenemos tiempo para hacer copias a máquina, pues Aurora anda también con unas traducciones, y además nos pasamos días y noches viendo gente. Pero ya veré de copiarte y mandarte algunas cosas. Terminé un acto, que se llama *Nada a Pebujó*. Reconocerás que el título no es como para entusiasmar a ningún director teatral. Yo me divertí mucho escribiendo la pieza, que es una mezcla de pesadilla y partida *de ajedrez, pero sin la influencia de Lewis Carroll* que podrías sospechar dada la mixtura.

Bueno, Damián, me vuelvo a Adriano que me espera con sus pausadas y melancólicas reflexiones sobre la vida humana y los destinos imperiales. Abraza a Ayala de mi parte, si aún está en Nueva York. Aurora les manda sus afectos a los dos. Y yo un abrazo muy fuerte para ti,

Julio

A Damián Bayón

PARÍS, 10 de mayo de 1955

Mi querido Damián:

Angelina nos trajo tu carta hace tres días. ¡Hurra, vienes a Europa! ¡*Evohé*, evohé! ¡Huzzah! (Agrega in mente todas las iteraciones *entusiastas* que conozcas.) Pero tu plan de actividades me temo que va a desencontrarse un poco con el nuestro (digo un poco, pues veremos de ajustarlo por ambos lados). Pasa que el 14 yo me voy a Ginebra, a hacer unas traducciones para las Naciones Unidas, y Aurora, que está trabajando conmigo en la Unesco, me seguirá hacia fin de mes. Es decir, que cuando llegues el 11 de junio, sólo encontrarás a Angelina y a Erno para esperarte. Lo sentimos mucho, pues hubiera sido muy lindo tomarte al pie de la letra e ir a la estación como nos dices. Bueno, no sé cuánto tiempo nos vamos a quedar en Ginebra, pues allá uno empieza a trabajar pero no sabe cuándo termina. Quizá la cosa dure hasta fines de julio. De todos modos, si tú vas a estar motorizado en Europa, se nos ocurre que alguno de tus itinerarios podrá pasar por Ginebra, y el peor de los casos nos veríamos al final, en esos dos últimos meses que pasarás en París. Desde ya nos entusiasma la idea de encontrarnos por primera vez. Me parece además estupendo que tus cosas se vayan resolviendo lo bastante bien como para permitirte volver aquí tan pronto. Lo del libro a escribir en Italia es una excelente idea. E Italia no está tan mal para escribir un libro de crítica de arte...

Paso ahora, con la cara llena de vergüenza, al capítulo de los mea culpa. Querido Damián, pago muy mal lo mucho que te preocupas por mí y lo mucho que haces para que la gente me lea. Los inmensos líos previos a nuestra partida de B.A. (pasaportes, amigos, familias) me alejaron del texto de tu carta, y de las instrucciones que leía en ella. De modo que no le mandé el libro a Harriet de Onís, no le mandé el libro a Mrs. Porter (¡horror!, ella me mandó dos *New* y no le mandé nada a Rodríguez Feo. Me pasó lo de siempre, que me cuesta horriblemente hacer un paquete con mi libro y mandarlo. Nací para tener una secretaria, pero para eso hay que ser Bernard Shaw o por lo menos Oliverio Girondo. Por ejemplo, cuando Daniel me editó *Los Reyes* en 1949, me hizo mandar a casa doscientos ejemplares, entre ellos cien de lujo, para que yo enviara a escritores y amigos. Pues todos siguen en casa como el primer día, y ésa es una de las varias razones por las cuales nadie se enteró de la existencia de mi loable poema dialogado. ¿Ves que no es solamente mala educación para contigo? Pero ahora estoy muy arrepentido y avergonzado, y lo peor de todo es que no tengo ejemplares del libro en París, pues naturalmente no se me ocurrió traer más que uno para mí de modo que junto las *manos* como los donantes en los cuadros flamencos, y me encomiendo a tu bondad.

Después de leer *New Writing*, que me parece excelente, me gustaría muchísimo mandarle el libro a Mrs. Porter. ¿Lo hago, o será demasiado tarde? Creo que lo voy a hacer, de todos modos. Ella me perdonará, y además tú dices que no lee español, de manera que no pasará nada grave. Con respecto a los axolotl, yo no soy capaz de traducirlos ni siquiera al basic english, de modo que no sé qué hacer.

Me alegro mucho de que estés preparando otro libro de poemas, y espero que *Simulacro* ya estará en la calle. Ojalá podamos vernos muy pronto en Europa, para hablar tan largo de mil cosas. Antes de venirnos estuvimos bastante con Elva, y la encontramos muy bien —con relación a como estaba a comienzos de verano—. Hablamos mucho de ti, y tu nombre también sonaba a cada rato en casa de Eduardo y María (de quienes no tengo noticias hace quince días). Hace un mes que estamos en París, que está precioso con los castaños florecidos y un airecito caliente. Vamos todo lo posible al teatro y al cine, para *ponernos* al día después de tantos meses de Río de la Plata. También tú tendrás unas ganas tremendas de sentir el olor de estas calles, y saborear los vinos de los mostradores. Escríbeme antes de embarcarte, si puedes, y si no avísanos dónde estarás apenas llegues. Tendré muchas cosas para darte a leer, entre otras un "Manual de Instrucciones", y algo que se llama "Material Plástico", amén de varios cuentos. Hablando de cuentos, creo que me los editarán en México. Ya mandé los originales. El libro se llamará *Final del juego*.

Un gran abrazo de Aurora, y otro muy fuerte de
Julio

Afectos a Ayala, a quien acabo de escribirle sobre temas traducteriles.

Escribe a 91, rué Broca (13é). Es un departamento que conseguimos (y que está a tu disposición si lo quieres en junio, pero no es el ideal).

A Eduardo A. Castagnino

PARÍS, 15 de julio de 1955

Mi querido Doc:

Muchas gracias por tu carta. Nos hacía falta recibir noticias, y lo comprendiste y te tomaste el trabajo de escribirnos en detalle, que nos cuentas nos permitió cotejar las noticias con las abundantes pero contradictorias que la prensa europea nos descerrajó a lo largo del mes. Creo que nunca un episodio latinoamericano interesó tanto a los europeos.¹⁴⁸ Los diarios publican fotos y noticias en primera página, y esto durante un par de semanas, hasta que la noticia dejó de ser tal, y el Tour de Francia, las piernas de Zsa Zsa Gabor y el proceso de Ruth Ellis mandaron al diablo nuestros problemas rioplatenses. Por lo demás no me siento capacitado para hacer comentario alguno, cbles leídos hace dos o tres días me dan la impresión de que allá la tensión ha disminuido (quizá para bien, según parecería desprenderse de algunas noticias). Ni que decirte que tanto Aurora como yo nos imaginamos las que pasaron Alda y vos pensando en los chicos. Decile a Bimbo que me alegro mucho de que el bar Lascano le sirviera de refugio antiaéreo, y que espero haya podido echarle mano a un par de sandwiches de pollo, que son bastante memorables en dicho establecimiento. (Todo esto va en tono de broma, porque el otro tono, el verdadero, ¿qué ganaría con emplearlo? Lo único que te pido es que cuando vuelvas a tener ganas de escribirnos, lo hagas, porque tus cartas nos dan una sensación mucho más cercana y auténtica que otras que recibimos.)

En esos días, yo estaba en Ginebra, donde no caen otras bombas que las políticas, pues es un hervidero internacional muy interesante. Me aburrí en Suiza como jamás creí que pudiera uno aburrirse. Supongo que los que tienen sentido político han de pasarlo mejor que *uno*, pues te aseguro que aquello me pareció plúmbeo. La primera semana fue agradable, pues naturalmente el paisaje es perfecto, el lago está lleno de cisnes y recuerdos de Juan Jacobo, la "fondue" es un plato nacional muy sabroso (queso

fundido con vino y kirsch, que hierva en una ollita de barro, y tú metes cachos de pan y te lo vas comiendo, y a las dos horas te sentís como si Pascualito Pérez te hubiera usado como punchinball). Todo es limpio, claro, impecable. Todo es de un aburrimiento mortal. El programa de excursiones cercanas se agota enseguida; en cuanto a las lejanas, las Naciones Unidas se ocupaban de retenerme en la ciudad. De todos modos lo pasé bien; Aurora vino a pasar un week-end conmigo, saboreando su primer viaje por avión que la tenía entusiasmada. Yo le devolví la gentileza quince días después, y no quieras saber lo que es Ginebra iluminada y el Lago Léman vistos desde dos mil metros de altura, y la llegada a París, y la prodigiosa cena que te dan en el noble Vickers Viscount que te lleva de Ginebra a París en una hora exacta, es decir sin que te des cuenta de que estás volando pues todo se pasa en comer y oír los discursos del camarero... Cuando ya estaba terminando mi trabajo, me tomé un fin de semana para ir a Basilea, y me alegro de haberlo hecho porque es una ciudad encantadora, que respira ya la atmósfera de Alemania (la cual empieza a quinientos metros) y por la cual pasa un Rin espumante y verdísimo. Conocí el fabuloso museo de Basilea, donde hay una colección de Holbein para no creerlo, además de treinta o cuarenta salas de modernos (Klee, los abstractos, y no hablemos de Van Gogh, Gauguin, Braque, etc.). Conocí las cervecerías donde se habla solamente alemán y se comen salchichas memorables, y lo pasé muy bien. De vuelta visité Lausanne, otra ciudad agradable, y regresé a Ginebra por el lago, que no en vano le gustaba tanto a Byron. Y el 30 de junio me tomé el tren para París, con una alegría que es mi mejor opinión sobre Suiza.

Aquí me he pasado 15 días de legítimo descanso, mientras mi mujer trabaja como una santa en la Unesco y mantiene el hogar. Pero ya se me acaba la farra pues a partir del lunes me meten adentro a mí también, hasta fines de agosto. Aurora podrá descansar la segunda mitad de agosto. Ya ves que el matrimonio despliega actividades alternadas pero respetables. Y eso nos permitirá tomarnos todo el mes de septiembre para pasarlo en Inglaterra. El plan, grosso modo, consiste en pasar quince días en Londres, y los otros quince dando vueltas (Escocia merece una buena visita, y yo quiero ver la región de los lagos y recitar con pésimo acento los poemas de Burns y de Wordsworth). En octubre estaremos otra vez en París, pues supongo que ya habrá otra vez trabajo.

París está hermoso, contra la opinión de sus habitantes que odian el verano (sobre todo porque no están acostumbrados al calor, no tienen ropa liviana, y andan con canadienses y pullovers bajo un sol de veinticinco grados, que aquí es canicular). Todo el mundo se va de vacaciones a las playas, y la ciudad se pone preciosa, aunque *demasiado* recubierta de yanquis y alemanes, que son una especie de enfermedad de la tierra. Te imaginarás que como buenos demócratas *hemos* festejado debidamente el 14 de julio, y en realidad el ligero tono de incoherencia y las frecuentes erratas de esta misiva se deben a que todavía sobrenado en una atmósfera de whisky, vino blanco, *coñac*, y musiquitas de acordeón. Anteanoche y anoche estuvimos recorriendo los bailes callejeros, que son la característica más encantadora de la fiesta. Los franceses se divierten a fondo, pero con una "clase" que ya *quisiéramos* nosotros... Cada dos cuadras hay un café que pone una hilera de luces en la vereda y a través de la calle, instalan a un *deonista* (o a una señora de más de setenta años que toca el saxo o el violín, como vimos anoche y te juro que era de no creerlo), y se ponen a bailar como locos toda la noche. Anduvimos por el quartier Saint Germain des Prés, y luego naturalmente por la Bastilla, que es el sitio de reunión de los verdaderos parisienses. Fue muy divertido, nos vimos metidos en farándulas, en ceremonias, en juegos, *canciones*, y lo pasamos muy bien. Terminamos en un parque de diversiones justicieramente instalado en el lugar donde se levantaba la Bastilla, y creo recordar vagamente que anduvimos en los autitos y en la rueda loca. Hacía calor, y la gente estaba contenta. ¿Qué más se puede pedir?

Aparte de eso escribo cuentos, y espero la aparición de un libro que me están editando en México, donde de golpe han aparecido unos admiradores que se han hecho cargo de la edición, con particular regocijo de mi parte. Ya tendrás un ejemplar, si no me despierto antes y descubro que era un sueño.

Vivimos en un departamento de dos piezas en el 13^é arrondissement, al que estamos atados por un

destino misterioso, ya que nos casamos en su alcaldía, y yo me pasé los dos meses de yeso y pata rota en uno de sus hoteles. Este departamento carece naturalmente de las comodidades más elementales, pero lo hemos llenado de cosas divertidas, tenemos una radio y un pickup (y un long play de Gardel), y lo pasamos muy bien. Cuando te decidas a traerla a Alda para que vea cómo es París, ya saben que tienen aquí una habitación.

Bueno, viejo, gracias de nuevo por tu carta, y un abrazo a todos los tuyos. Escribí un día que tengas ganas, aunque sea unas líneas, pero que Manzanares esté lindo a pesar del frío, que debe ser padre. Saludos a los muchachos de por allá, y en especial a Mas y a Blanco Veleiro. Decíle a Mas que no me olvido de su pedido de libros didácticos, que si pesco algo interesante te lo mandaré para que se los pases.

Aurora te manda (les manda) un abrazo, y yo otro muy fuerte,
Julio

A Jean Bernabé

GINEBRA, 31 de octubre de 1955

Mi querido Jean:

Creo que en su carta —que no tengo conmigo —decía usted algo sobre las amistades que no necesitan del contacto continuo, y que pueden prescindir en cierta medida de los cálculos habituales que se hacen sobre el tiempo y el espacio. Nuestra amistad —en la que naturalmente incluyo a Marta —debe tener algo de eso, aunque no quiero utilizar de ninguna manera esa calidad para excusarme por mi largo silencio. Al margen de las razones que hubo para ello —y hubo varias— *la verdad es que en ningún momento me he sentido demasiado en falta con ustedes; yo tengo la seguridad de que los silencios, por largos que sean, no pueden incidir en nuestro afecto.*

Pero de todas maneras tengo además algunas excusas bastante concretas que justificarán en parte este largo intervalo. Recibí su carta poco después de volver a París, luego de mi primera estadía en Ginebra. Me dio una grandísima alegría leer todo lo que en ella me decía, y me propuse escribirle enseguida. Pero entonces me enfermé, con una enfermedad bastante enigmática que se llama mononucleosis, y que se traduce en un estado de astenia y desfallecimiento bastante desagradable, aparte de que busca todas las complicaciones posibles para atormentar al pobre paciente. Tuve que renunciar a mi contrato en la Unesco, y cuidarme en serio. La cosa fue mejorando, hasta que a mediados de agosto se complicó bruscamente con una apendicitis. Me operaron en los primeros días de septiembre, y todo anduvo perfectamente bien. Sólo a partir de entonces empecé a sentirme mejor, y a recobrar el interés en el mundo; toda la temporada anterior había vivido en una especie de limbo, confiándome a los demás —es decir, leyendo muchísimos libros, que me daban el consuelo de vidas y pensamientos ajenos, *a falta de los míos* —y esperando vagamente mejorarme. A fines de septiembre ya estaba bien, y acepté entonces *venir* a Ginebra con Aurora para un trabajo de un mes en las Naciones Unidas. Llevo aquí cinco días, y ahora sé que tengo que *escribirlas*, y 1° hago como *a* la vuelta de un larguísimo viaje. (Y pensar que todas estas reflexiones y consecuencias más o menos metafísicas *obedecen* en el fondo a una alteración de los glóbulos blancos, a una simple *enfermedad* pasajera.)

Muchas cosas han pasado entre tanto, y la más importante para nosotros ha sido la liquidación del régimen peronista. Una de las cosas que más me conmovieron fue enterarme por los diarios de París de las muestras de alegría suscitadas en Montevideo por el triunfo revolucionario en la Argentina; Aurora y yo nos acordamos tanto de ustedes.

He recibido muchas cartas de amigos argentinos; en general *dan buenas* noticias, y varios de ellos acaban de ocupar puestos importantes, lo que prueba por parte del Gobierno la voluntad de llevar gente

honestas a las funciones públicas. Naturalmente hay también informaciones menos optimistas, pero la perfección no es de este mundo, y sería absurdo pretender que una revolución militar levante una Argentina inmaculada en un abrir y cerrar de ojos. Yo espero con mucha confianza, y creo que al lado del régimen caído, cualquier gobierno, por flojo que sea, es preferible a esta altura de nuestra historia.

Le repito que no tengo conmigo su carta, pues me la dejé en París de la manera más tonta. De todos modos la recuerdo lo bastante como para poder decirle cuánto me alegra saber que le sigue interesando trabajar en [renglón ilegible] y usted son tan hermosos que me cuesta creerlo, pero naturalmente estoy más que encantado por la posibilidad de que algún día se lleven a cabo. En ese sentido quiero decirle que estoy relativamente relacionado con Roger Caillois, pues hago traducciones para la revista que él dirige en la Unesco. Cuando usted me envíe algunas de las traducciones, se las daré a leer; creo que si encuentra que los cuentos son buenos, hará algo por publicar uno de ellos en la NRF.¹⁴⁹ No creo que esto interfiera con el proyecto suyo, pero de todas maneras ya me lo dirá cuando me escriba. En México están imprimiendo un libro de cuentos mío;¹⁵⁰ no sé si ya se lo dije en mi carta anterior. Los mexicanos son lerdos, y probablemente pasarán unos meses antes de recibir ejemplares, pero ni qué decir que le mandaré uno inmediatamente. A pesar de estos meses tan desagradables, he trabajado bastante; escribí dos cuentos muy largos, que ocurren en París, y estoy terminando un tercero, todavía más largo. Espero hacer copias de los tres y mandárselos (no por las posibles traducciones, Dios me libre de pretender darle semejante trabajo, sino porque me gusta que Marta y usted lean las cosas que yo escribo).

¿Cómo están ustedes tres? Supongo que su hijo habrá aprovechado estos meses para crecer muchísimo. Ginebra es una especie de paraíso para los niños; en todas partes se advierte que existe una preocupación especial con respecto a ellos, y que todavía falta en Latinoamérica—con consecuencias sociológicas graves, y que explican muchas de las cosas lamentables que ocurren allá—. Hablando de Ginebra, me sigue pareciendo aburrida, pero la compañía de Aurora me la hace mucho más soportable. Los suizos están tan encantados con su perfección política, su paz y la belleza de sus paisajes, que han llegado a desarrollar una psicología bastante exasperante, una mezcla de frialdad y cortesía que no tiene nada de simpática. Prefiero el mal humor pasajero de un changador de París a la eficiencia glacial de sus colegas ginebrinos. Supongo que Suiza tendrá diversas fisonomías, según las influencias regionales. En junio pasé un week-end en Bâle, y la encontré encantadora (sin contar el prodigioso museo de pintura y escultura que tiene). Pero en Ginebra hay un tono internacional que aplasta toda autenticidad, y se diría que toda la ciudad es como el hall de un gran hotel de lujo. Por lo que a mí se refiere, no puedo aguantar los hoteles de lujo (probablemente por falta de experiencia, pues un Marcel Proust los aguantaba y hasta le encantaban...).

Estoy encarnizado con un cuento que no acabo de escribir y que me está dando un trabajo terrible.¹⁵¹ Su tema es aparentemente muy sencillo: la vida —y sobre todo la muerte— de un músico de jazz. Concretamente se trata de Charlie Parker, que murió hace unos meses en circunstancias bastante horribles. Siempre le tuve mucho cariño, y los datos que pude reunir sobre su vida me dieron ganas de intentar una "biografía" ficticia (cambiando incluso el nombre, pero dejando los indicios suficientes para que todo amateur de jazz se dé enseguida cuenta de que se trata de Parker). Quiero presentarlo como un caso extremo de búsqueda, sin que se sepa exactamente en qué consiste esa búsqueda, pues el primero en no saberlo es él mismo. Ni qué decir que en cierto modo estoy haciendo una transferencia personal, y que mucho de lo que me preocupa irá a la cuenta del personaje. No sé cómo terminará esto; hasta ahora hay unas treinta páginas escritas, y hará falta otro tanto.

Trabajo para una Conferencia del Trigo, que se celebra con el auspicio de la UN. Aquí mismo están reunidos los Big Four, y es muy divertido el aire de película de espionaje que tiene todo esto. Hay que mostrar un pase especial al salir y al entrar, no se pueden usar más que ciertos ascensores y escaleras, y policías con aire patibulario lo siguen a uno con los ojos apenas franquea una puerta o da

vuelta a un pasillo. Molotov y sus colegas están muy protegidos, no cabe duda.

París está magnífico a comienzos de temporada, y *sentimos* mucho haber tenido que abandonarlo por un mes. Pero nos desquitaremos a la vuelta. Tuvimos oportunidad de ver un poco de teatro, entre otras cosas *The Firstborn*, de Christopher Fry, que me pareció muy hermoso. Barrault ofreció una versión de *L'Orestie*, con una primera parte extraordinaria, pero muchísimos defectos en el resto. No se puede presentar a los dioses griegos (y sobre todo los de Esquilo, salvajes y primitivos) como si fueran personajes de Marivaux.

Bueno, Jean, me parece que esto empieza a ser una *verdadera* incitación al sueño, y no quiero abusar de su tiempo. Escríbame pronto, aunque sean unas líneas, para tener la seguridad de que le *ha llegado mi* carta y saber cómo están ustedes. Y ya sabe con cuánto deseo el momento de poder leer sus traducciones. Aurora les envía a los tres su afecto, y los recuerda con una simpatía que no suele ser muy frecuente en ella, y que me llena de alegría Nada puede ser más grato para mí que compartir con ella el cariño que les tengo a ustedes. Perdóneme esta efusión, pero es demasiado sincera como para callármela.

Un gran abrazo para Marta y para usted de
Julio

Ya he pedido la novela de la que tanto me ha hablado, y la leeré apenas vuelva a París.

Ya le diré qué me parece.

Si ven a Supervielle (no recuerdo su nombre, pero aludo al Iñigo de ustedes que conocí una noche en su casa) transmítanle mis saludos muy cordiales.

A Damián Bayón

PARÍS, 18 de marzo de 1956

Querido Damián:

Me escribiste el 23 de enero y te contesto el... (Me agacho para agarrar mi cara, que se me ha caído de vergüenza.) Mil perdones, y ninguna excusa, porque las que podría esgrimir son como esas armas que uno empuña en los sueños y de repente empiezan a ponerse blandas, el caño se tuerce, y the thing avanza contra uno y no queda más remedio que soltar un alarido y despertarse. Pero de todos modos tengo alguna excusita, que te suelto al pasar como un puñado de palomas. Primero nos mudamos a la rué Pierre Leroux en los días en que nos llegó tu carta. ¿Tú sabes lo que es mudarse a una casa donde todo está prácticamente por hacerse? Resultado, que la ataqué de lleno, martillo en mano, pero con la diferencia de que éste no se volvía de goma más que cuando daba en los clavos, y en cambio era de HACERO HINOXIDABLE cuando me aplastaba los dedos. A eso agrégale la pintura; tú, que conoces la materia, habrás advertido la culpable tendencia de esta pegajosa substancia a salpicar el mundo y sus alrededores. Teniendo en cuenta que la casa está empapelada de blanco (avec un supon de gris) comprenderás que cada chijetazo rojo o negro, aunque le hubiera encantado a Jackson Pollock, le provocaba a Aurora unos soponcios y unos patatús dignos de una novela de Pérez Galdós. Y en eso estábamos cuando a Glop le da por no aceptar la ola de frío (16 bajo cero) y se pesca una gripe feroz, complicada con hígado. Yo en la Unesco, en la cocina, en la farmacia, en la carnicería, en el papel del que da ánimos y anda con un julepe negro, y tiene que pelar papas y se pela las falangetas, tiene que lavar la loza y llena el piso de pedazos muy vistoso de tazas y copas. Yo bien jodido, créeme. Pero Aurora se mejoró, y desde el 20 de febrero hasta la fecha se abre el ominoso paréntesis para el cual no tengo ninguna excusa, y apenas si la esperanza de tu cariño y tu perdón. Uf...! (Las confesiones son horribles, mal que le pese al obispo de Hipona y al autor del *Sorcier du village*.)

Supimos por Angelina que mascabas el amargo felpudo de la cólera, y no me extraña. Ya ves, me apresuro (sic) a escribirte. Primero con el dato que me pediste. La revista se llama *Revista Mexicana de Literatura*, y su dirección es Avenida Juárez 30, México, D.F. Le ponés dos líneas a Carlos Fuentes, que es el co-director y gran hinchia mío, diciéndole que yo te he invitado a mandar un trabajo. Les mandas lo que se te antoje, aunque lo mejor sería que les mandaras poemas y también algo de crítica, pues así podrán ellos decidir según vayan armando los sumarios de los próximos números. (Por supuesto tenés prosas, cuentos, o lo que sea, mandá lo que te parezca bien —lo que quiero sugerirte es que les ofrezcas la posibilidad de publicar enseguida algo tuyo, sin que eso dependa del tanto por ciento de poesía o de prosa que tengan que acomodar en cada número.) Por mi parte cuando le escriba a Fuentes, le hablaré de vos (mal, claro está; las cosas en su punto).

Te agradezco las confidencias sobre tus posibles retornos al pago. No quiero abrir opinión, pues me parece que en la Argentina todo está todavía tan confuso que vaya a saber qué te dicen tus amigos, y qué decidís vos al final. A mí nunca me parece mal la idea de volver a la Argentina, si realmente no se está mejor en otra parte. (Razón por la cual yo estoy en París.)

Me emocionó enterarme de que los psicoanalistas puertorriqueños miran mis conejitos y les sacan punta como a un lápiz. Yo también he hecho mi psicoanálisis cuando el libro se publicó; descubrí, por ejemplo, que mucho de los cuentos gira en torno a la noción de incesto. Y mis sueños me han probado también que en mí es una tendencia muy honda. Menos mal que encuentra un excipiente literario... Mircea Eliade cita un pasaje del *Journal* de Julien Green, en que éste descubre, con gran sorpresa, al

hacer un recuento mental de sus novelas, que las escenas capitales ocurren siempre en una escalera... Es un poco lo mismo, darse cuenta más tarde de lo que uno es realmente. Hablando de cuentos, ya te mandaré copia de uno último, que se llama "Las babas del diablo", y que me gusta.

¿Ya está listo tu libro? Me dices que estabas en plena tarea. ¿No hay copias para mí de cosas nuevas?

Hemos ido bastante al teatro y al cine. *II Bidone* de Fellini, me decepcionó. Fuimos a ver *Les Chaises* del cronopio Ionesco, que nos tuvo con el alma en un hilo durante una hora. Carlos y Claude fueron por su parte, y quedaron igualmente apaleados. Hablando de los amigos, la otra noche perpetramos una cuchipanda fenomenal en lo de Angelina. Estaban ella y Erno, Carlos y Claude, y nosotros. Luego de copiosas libaciones, y de saborear el famoso bife a la tártara del heredero directo de Gengis Khan, o sea Erno, Carlos y yo nos apoderamos del magnetophone y grabamos un programa de música *concreta* que salió de tirarse al suelo. Anoche estuvieron aquí Marta y Carlos; éste último no anda nada bien de salud, un poco por eczema y otro poco por los cajones de whisky presumiblemente detenidos en el puerto de Buenos Aires. Me preocupa su problema y espero que se le *resuelva* bien, pero los tiempos no parecen estar como para que siga probando fortuna por ese lado.

Creo que la Unesco me manda a Madrid del 3 al 20 de abril (reunión del Consejo Directivo). En realidad la cosa parece segura (ya hecho la reserva de avión, etc.) pero España insiste en tomar personal local de traductores, y hay una lucha sorda que se resolverá en esos días. Naturalmente me voy con Aurora, y cuando termine el trajeo, aprovecharemos para dar una buena vuelta por España. Si tienes ganas, dime qué debemos ver imprescindiblemente. Tendremos tiempo —y pues pensamos quedarnos por allá hasta fines de mayo. De modo que si quieres darme direcciones de amigos, recados, y sobre todo "tuyaux" arquitectónicos, pictóricos y de todo lo que a ti te guste, muchas gracias. Estamos seguros de que siguiendo tus huellas lo pasaremos admirablemente.

Bueno, escribe enseguida, sin imitar el mal ejemplo de esos gusanos que abundan por todas partes y que al recibir una carta fechada un 23 de enero, recién la contestan el 18 de marzo. Son seres repugnantes, que merecen un desprecio indecible.

Aurora te manda muchos cariños (traduce, sentada frente a mí, una introducción de Mario Salmi a un álbum sobre mi muy querido Masaccio).

Hasta pronto, que todas tus cosas salgan bien, y un gran abrazo,

Julio

1 Escribí a 24 bis, rué Pierre Leroux. Paris 7^é. *C artas*

A Juan Prat

PARÍS, 30 de julio de 195

Querido Prat:

No me olvido (no nos olvidamos) de ustedes a pesar de que no le escribo con frecuencia. Pero estas islas desiertas ci-jointes me han hecho pensar con más fuerza en los muchos buenos ratos que he pasado en su casa, y en todo lo que valoro la amistad de Mercedes¹⁵² y de usted

Lamentamos que cuando vinieron a París (si es que vinieron) no pudiéramos encontrarnos. Después hemos andado por España donde me acordé otra vez de ustedes en Barcelona, en el barrio gótico y frente a las obras de Gaudí. Estuvimos en 13 ciudades (un mes y medio en total) y volvimos hechos polvo por la R.E.N.F.E. y la comida española. Entretanto ganamos el concurso de traductores de famosa memoria, y el hecho de haberlo ganado nos puso entre la espada y la pared, pues empezó el asedio para que uno de los dos aceptara un empleo permanente en París o en Nueva York. Yo lo pensé bien y decidí no vender el alma al diablo. Prefiero seguir siendo un free-lance, con gran hincapié en *free*.

Por lo demás en la Unesco me contratan ahora como revisor, es decir que con ese sueldo bastaría que yo trabaje 5 o 6 meses por año. Y el resto quedará para el HARTE, la música (WAGNER FOR EVER, YOU VERDIAN ONE!) y los VIAJES. ¿Para qué un empleo permanente? Bastante permanente será la muerte un día.

Dígale a Mercedes que no pude conseguirle el papel en el Bon Marché (creo que ya le hablé de esto en otra carta, pero no estoy seguro). Ya no tienen esa marca, los muy hideputas.

En París hay una fenomenal exposición de las cerámicas de Miró y Artigas. (¿Vio las fotos en *L'Oeik*) Son una maravilla, y ustedes deberían venir a París nada más que para verlas (y vernos a nosotros de paso).

Bueno, hasta pronto. Aurora los abraza, y también

Julio

A Octavio Paz

PARÍS, 31 de julio de 1956

Mi querido Octavio:

Acabo de terminar la lectura —y en gran parte la relectura y hasta la arquitecatura —de *El arco y la lira*. Quiero escribirle ahora mismo estas líneas cuyo desaliño me será perdonado en nombre del entusiasmo que las motiva. Conste, para empezar, que me jacto de algunas lecturas en el terreno de la poética, un poco porque vivir en Francia significa vivir en el horno central de estas actividades, y otro porque mi tiempo fui también culpable (sé por qué me califico así) de ejercicios de ese orden. Todo lo que siento frente a su libro no es, pues, producto de un descubrimiento o una revelación. Muy al contrario, he conocido muchas veces las influencias (las que van por debajo, las agas profundas) y he coincidido o no con las intenciones que le dictan a usted su texto. Le digo esto para que tenga la seguridad de que mi entusiasmo, mi admiración y mi alegría frente a su obra no son actitud de novicio sino de reconocimiento —por fin —de un trabajo profundo y completo sobre algo que es con mucho uno de los fuegos centrales, si no el mismísimo fuego central del hombre.

Octavio, yo creo que usted ha mostrado en su libro lo que merece ser la característica más profunda del pensador, del ensayista latinoamericano —y muy en especial del mexicano y el argentino—. Me refiero a esa posibilidad que nos ha sido dada (y de la que todavía hacemos poco uso) de conocer y de explorar un tema desde todos sus ángulos, sin la reducción inevitable a un modo de pensar, a una cultura dada, que es el signo fatal de los trabajadores europeos. Leyendo su libro pensé muchas veces en el análogo del abate Brémond (y los ensayos colaterales escritos por Robert de Sousa y otros), y pude darme cuenta una vez más hasta qué punto el ámbito cubierto por usted, por su manera de pensar derivada de un aprendizaje y una experiencia mucho más universal, se traducía en resultados infinitamente más rotundos y fecundos. Y quizá sea lo fecundo lo que me interesa más, porque la noción de profundidad es siempre más relativa y puede depender, en mi caso, de una mayor simpatía hacia el punto de vista francamente metafísico adoptado por usted a lo largo de su libro, cuando en un trabajo de esta naturaleza se puede hacer converger una gama tan vasta de experiencias, aunar a Europa, el Asia y América en una síntesis dictada por una larga meditación, los resultados no pueden sino ser evidentes. Desde el principio al final, *El arco y la lira* es un avance en riqueza, en hondura y en belleza. Y usted, poeta y de los mejores (cuánto me alegro de haberlo dicho alguna vez para los argentinos) ha sido capaz aquí de algo muy poco frecuente, de algo tan raro que sólo se da en casos excepcionales: la ejercitación dialéctica de la aplicación de una crítica y una investigación sistemática, *simultáneamente* con la vigilancia infatigable del poeta, esa tendencia hermosísima que tiene usted de salir disparando de repente, y rematar un párrafo o un capítulo con una lluvia de imágenes imperiosamente necesarias.

(Shelley, me parece, logró algo así en su *Defense of Poetry*, y Keats, en muchas de sus cartas, y Mallarmé, en las *Divagations*. Pero vea qué nombres le estoy citando...)

Yo creo que de todo su libro lo más hermoso es la primera parte, es decir los capítulos correspondientes a "El poema" y a "La revelación poética". Lo que usted ha descubierto sobre el ritmo me parece magnífico. No sé si "descubierto" es la expresión justa; lo es, al menos, por lo que a mí se refiere, porque después de leer miles de páginas sobre el ritmo, no encontré jamás una intuición como la que usted señala y explora: la de que el ritmo es sentido de algo, y que no es medida, sino tiempo original. Y visión del mundo, e imagen del mundo. Cuando se ha entendido esto (y ahora me parece empezar a entenderlo por fin) se derrumban estrepitosamente montones de capítulos retóricos, de vagos esqueletos escolásticos que sobrevivían en nuestros días. Lo mismo le digo del capítulo sobre "la imagen", que es de una riqueza por momentos vertiginosa. Eso, y toda la parte titulada "La otra orilla" son para mí los momentos fundamentales de su libro, las grandes noticias que nos trae usted de las alturas y las profundidades.

He hecho la experiencia de mostrarle unos pasajes del capítulo "Verso y prosa" a un excelente amigo español que vive metido en el mundo de las ideas recibidas, y me ha producido un placer no poco perverso verlo quedarse absolutamente estupefacto frente a la noción del carácter artificial de la prosa comparado con el manar natural del lenguaje rítmico, poético. Es que todavía se enseña y se seguirá enseñando en las escuelas la proposición contraria; en ese sentido, todo su libro tiene un valor de choque, de *situación* por fin clara y precisa de la poesía como actividad elemental humana, como la saben y la sienten y la hacen y la desean todos los poetas.

Supongo que su libro no ha sido escrito enteramente *en* el orden en que lo recibimos ahora sus lectores; a veces, en la segunda parte, se tiene la impresión de algunas reiteraciones, de algunos *puentes* armados para ensamblar algunas islas y darles calidad de tierra firme y continua. Estos no son reparos, porque lo que cuenta es la suma de las múltiples meditaciones que han ido armando la obra, dándole su sentido último. De todos modos, sigo creyendo que las dos primeras partes bastarían para hacer de esta obra el mejor ensayo (y la palabra es chica) sobre poética que se haya escrito en América. Este libro *reduce* además trabajos paralelos a meras monografías. Ya le dije que le escribía esta carta por razones de entusiasmo, de modo que no se azore *por estas* calificaciones. Las siento profundamente ciertas, y no está en *mi modo* de ser de andar retaceando lo que me nace con tantas ganas.

(Otra cosa que está muy bien: los "episodios" vinculados con la obra o el sentido de la obra de algunos poetas. Me refiero a Eliot, a Pound, a Whitman y sobre todo las páginas sobre el surrealismo, que son de una gran justicia y una enorme verdad.)

Muchas otras cosas podría decirle, pero esta carta no es una reseña ni pretende otra cosa que agradecerle su libro, que estoy seguro ha de incidir profundamente en el pensamiento y la sensibilidad de todo lector *honrado*. Voy a escribir a todos mis amigos argentinos que lo lean. Sé de dos o tres que se pondrán frenéticos al llegar a "La revelación poética" —por razones de orden teológico—. Pero como son inteligentes, es posible que también a ellos les haga bien la lectura de su libro.

Gracias, Octavio, por mandarme su obra, y escríbame alguna vez diciéndome en qué anda y si piensa darse una vuelta por París. De gentes que usted conoce puedo decirle que veo a Sergio, que está pintando como un verdadero león (un león zodiacal, magnífico). He perdido de vista a Serrano Plaja. Tenemos tan poco que decirnos... Creo que a fines de octubre me voy a la India con la Unesco. Aprovecharemos mi mujer y yo para quedarnos un mes y medio y ver todo lo que podamos en tan poco tiempo. De los amigos de México (a quienes sólo conozco por cartas y por hechos y por las excelentes cosas que escriben) tengo ya como una especie de nostalgia futura, es decir que los extraño aún sin conocerlos personalmente. Aludo a Fuentes, a Arreóla, a los Alatorre. Si ve usted a Emma Susana Speratti, dígame que me debe carta y que soy un acreedor implacable (como los de Balzac por lo menos). Otra cosa: en la p. 53 de su libro, dice usted que "la operación poética no es diversa del conjuro... Y la

actitud del poeta es muy semejante a la del mago". Usted no ha seguido adelante con esto, porque le interesaba más bien precisar las diferencias entre magia y poesía. Por mi parte el tema me fascina, y en el número 7 de *La Torre* (Universidad de Puerto Rico) escribí unas "Notas para una poética" donde se trata de ese asunto, precisamente. Se lo señalo por si le interesa la cosa.

Mi mujer no lo conoce pero lo tiene ya por amigo querido. Y yo le mando todo mi afecto y un gran abrazo,

Julio Cortázar

Vivo en: 24 bis, rué Pierre Leroux, Paris 7.

A Eduardo A. Castagnino

PARÍS, 8 de octubre de 1956

Mi querido Eduardo:

Te debo ya tantas cartas que toda tentativa de excusa sonaría a mala mentira, y casi a hipocresía. Prefiero callarme, y confiar en tu generosidad. Por cartas de mamá supe de las tristes noticias que afectan a Alda y a vos. Que puedo hacer sino abrazarlos de todo corazón y decirles que este largo silencio no es olvido. Más que nunca quiero estar cerca de ustedes, ahora que los sé doloridos, y pueden crearme que Aurora agrega aquí todo su afecto.

A vos, Doc, te ha de parecer que yo he cambiado, pues me conociste como un corresponsal bastante activo (hablo de los tiempos de Bolívar, de Chivilcoy, de Mendoza). Pero en aquel entonces mi vida era infinitamente más restringida, gozaba de las ventajas de la cátedra, que se traducían en muchas horas libres, y en cambio mi vida en París es por completo diferente. Por lo pronto tengo cantidad de personas a quienes debo escribir (no creas que, salvo a los de mi casa, lo hago más seguido que en lo que a vos se refiere; palabra de amigo). Y luego está la Unesco, y cuando consigo dejar quieta a la Unesco surge un viaje, y después son las mil razones de dispersión que hacen la delicia y la tortura de esta ciudad. París es realmente la ciudad de los dioses; quiero decir que uno debería ser inmortal como ellos para poder aprovecharla por entero y, a la vez no quedar como el diablo con los amigos lejanos. Pero en fin, prometí no excusarme, y prefiero pasar a cosas más agradables.

La primera, claro está, se refiere a esta aventura *increíble* en que vamos a embarcarnos dentro de una semana, y que se llama Nueva Delhi. Todavía no sabemos a ciencia cierta con cuánto tiempo contaremos para viajar por allá. Lo único seguro es que después de mucho trabajo y no pocas dificultades conseguí que nos metieran en el primer avión, que llega el 17 a Nueva Delhi, y que en cambio nos dejarán en libertad hasta el 5 de noviembre, día en que empieza la Conferencia. Es decir que tenemos quince días largos para *ver*. La cosa empieza ahí, sabés, porque apenas uno abre una guía de la India descubre que quince días es tan poco como si uno quisiera escuchar la *Tetralogía* en tres minutos (y aún me quedo corto). En fin, creo que *aprovechando* los excelentes aviones locales, iremos de Nueva Delhi a Bombay en tres horas, y volveremos lentamente a Nueva Delhi (por tren) parándonos en todo lo que hay que ver —y vaya si lo hay. De todas maneras existe la nebulosa posibilidad de que una vez terminada la Conferencia el 5 de diciembre, nos contraten para otra Conferencia (de la Cruz Roja) que se celebrará en enero; eso significaría poder quedarnos mes y medio más, y en ese caso ni qué hablar que visitaríamos a ido un montón de cosas. De todos modos, durante el mes de la Conferencia podremos aprovechar los domingos, y un intervalo a mide las tareas, para ver perfectamente y en detalle la maravillosa Delhi (que está a pocos minutos de Nueva Delhi). Iremos también, como te imaginarás, a Agrá, para ver el Taj Mahal, y además yo me sumergiré en los olores, colores y sabores de ese mundo inconcebible, y trataré de ver con mis pobres ojos occidentales un poco de esa India que mis amigos "vedantistas" me proponen como un ejemplo, un refugio y quizá un Encuentro. (Ya ves que estoy algo

solemne, pero no tomés en serio.)

Por lo pronto leemos guías y nos aguantamos las vacunas. Malditas sean las nombradas en último término: seis en quince días, y de ellas la antitífica me cae cada vez como un balazo en la cabeza (pues es allí donde me duele, aparte de la fiebre); la anticolérica no es mayormente jodida, y en cuanto a la antivariólica, no seremos nosotros, oriundos de Villa del Parque los que nos vamos a achicar ante esa pavada. Todavía nos falta la última antitífica, y se acabó.

Aparte de eso me trago desde hace tres meses ingentes masas de bibliografía india, de todos los autores, tendencias y propósitos. En general no saco gran cosa en limpio, aparte de las grandes líneas generales, pues en ese país la confusión de lenguas, creencias, artes e historia es tan fenomenal, que al lado de eso me comprometo a recitar de memoria la historia de Levene si me dan un cuarto de hora para prepararme.

A fin de activar las pantorrillas, Aurora y yo nos dedicamos el mes pasado a recorrer Bélgica y Holanda, donde nos fue muy bien. Bélgica fue la gran sorpresa, pues además de que lo más admirable de la pintura flamenca está ahí, uno se encuentra con ciudades llenas de simpatía y muy caminables, es decir ciudades que te toman de los tobillos y te llevan por callejuelas, puentes, canales, viejos castillos, increíbles casas medievales, y de pronto te depositan delante de un potente tanque de cerveza borgoñona y un río de papas fritas y rodajas de jamón. Brujas, por supuesto, es encantadora, y ni siquiera los turistas consiguen quitarle la gracia. Bruselas, Gante y Amberes bullen y se agitan, llenas de ganas de vivir y sobre todo de comer bien.

En cuanto a Holanda, los molinos estaban en su sitio, al igual que las vacas, los desvaídos paisajes que se parecerían mucho a la pampa si la Argentina cultivara tulipanes, y numerosos holandeses se escalonaban en todas partes para darnos muestras de su increíble idioma, que se parece extraordinariamente a un cerdo cuando huele bellotas y lo da a entender. En Rotterdam tuvimos el infernal recuerdo de la guerra, pues a pesar de la reconstrucción todo está todavía por el suelo (metafóricamente, pues en Holanda no hay ni siquiera un pastito donde no debe estar; la manía de la limpieza es repugnante, creo que por contraposición...). El puerto de Rotterdam es sensacional; durante una hora (viaje en lancha) no ves más que un bosque de grúas, como marcianos recién caídos del cielo que mueven torpemente sus cabezotas para todos lados. La Haya es muy linda, Delft es una pequeña Brujas, Haarlem vale la visita, pero finalmente lo más hermoso es Amsterdam, por lo cual nos plantamos ahí 9 días y bien contentos estamos de haberlo hecho. Los museos son un prodigio, y la gran exposición Rembrandt es muy superior a lo que yo me había imaginado. Además —esto te va a hacer suspirar, Doc —había una exposición con *doscientas* telas de Van Gogh... (Y de yapa el "Guernica" presentado como jamás lo vi en París, en una inmensa sala especialmente preparada, pues además de la obra estaban todos los bocetos preliminares del monstruo malagueño. ¿Me imaginás ahí? Uno cree que sueña, uno va de cuadro en cuadro, de asombro en asombro... Europa me va a matar, pero va a ser como la muerte de Manolete. Qué me importa que al final me meta un cuerno por la panza si yo he podido clavarle el estoque hasta la cruz.)

(Hablando de toros, en España nos convertimos en fanáticos del toreo. Pero esto quedará para una charla en Buenos Aires.)

Bueno, si tenés ganas de escribirme a la India, podés hacerlo a esta vistosa dirección: Unesco, Conference Hall, King Edward Road, New Delhi, India. Y si no, espero encontrar una carta tuya en la rué Pierre Leroux a mi vuelta. Desde allá te prometo por lo menos un par de postales con maharajás y elefantes sagrados.

Hablando de elefantes, ayer recibí de México, por avión, un ejemplar fresquito de mis cuentos. El libro se llama *Final del juego* y ha quedado muy compadrito. A mi vuelta encontraré los paquetes con todos los ejemplares que me corresponden, e inmediatamente saldrá uno para la calle Lácar. Vamos a ver qué te parecen, aunque en realidad ya conocés varios. Escribo bastante en estos tiempos, pero otra

cosa; cuentos largos —quizá demasiado largos —que ocurren en París. A veces salen bien, a veces... En fin, sigo pegándole.

De lo que sucede en la Argentina tengo la versión de *La Nación*, y los chimentos que llegan por boca de viajeros. No te oculto que tu versión de cómo está aquello me sería muy útil, y que te la *agradezco* desde ya si tenés ganas de escribirme unas líneas al respecto. Mis amigos son unos fiacas monstruosos, y jamás me escriben como yo quisiera. O ténpora, o kilómetros...

Bueno, Doc, será hasta la vuelta. Descuento que tanto Hugo como Bimbo estarán muy bien, y para ellos va también un abrazo

Mi invariable cariño para Alda, y para vos el abrazo tu amigo

Saludos a todos los muchachos en Manzanares. Saludos a Juana.

A Jean Barnabé

PARÍS, 14 de octubre de 1956

Mi querido Jean

Le mando apenas dos líneas para tenerlo al tanto de las novedades. Estamos en vísperas de salir para Nueva Delhi, y ya se imagina los apurones, trámites de última hora, etc.

Tal como habíamos convenido, le mandé por paquete marítimo certificado el cuento largo que escribí en estos últimos tiempos. Supongo que lo recibirá más o menos a fin de mes.

Terminé de copiar sus traducciones, fabriqué un "volumen" muy prolijo y elegante, con ayuda de una "agraffeuse" y mucha buena voluntad, y me fui a llevárselo a Roger Caillois. No estaba, y se lo dejé con unas líneas. Al otro día me mandó una carta, pidiéndome que fuese a verlo. Estuvimos charlando largo rato. Me dijo que desde el punto de vista editorial él cree que no hay nada que hacer, porque los editores franceses cuando oyen hablar de cuentos sacan el revólver. Los lectores de aquí sólo gustan de las novelas. Pero agregé que, por el momento, iba a leer las traducciones, escoger uno o dos cuentos, y hacerlos publicar "en revistas". No aludió concretamente a la NRF, pero supongo que la cosa sería por ese lado.

Me pareció que la entrevista no había sido inútil, y pienso que usted estará de acuerdo conmigo. Además, pienso que si Caillois lee todo el volumen, y le interesa como espero, quizá después de la publicación de uno o dos cuentos en revistas, la idea de la publicación total no le resulte ya tan descabellada.

Por el lado de Plon no puedo hacer nada en este *momento*, porque el amigo que trabaja ahí está desvinculado por ahora de esa editora, de modo que a mi vuelta de la India veremos si se puede hacer algo por ese lado. Finalmente, un amigo me pidió un ejemplar de las traducciones, que irán a las Editions du Rocher, que se publican en Monaco, y donde según parece hay una señora que sabe mucho de literatura rioplatense y está muy interesada en publicar algo. Ya ve que por ahí hay otra esperanza.

No le mando por ahora un ejemplar de sus traducciones, porque me parece preferible dejarlo aquí en manos de otro amigo que puede darlo a leer a gente de editoriales de París. Es como la pesca: en una de esas algún bagrecito se prende del anzuelo...

Bueno, Jean, realmente ahora no puedo escribirle más largo. Sólo le agregaré que me llegó desde México el primer ejemplar del nuevo libro de cuentos (que se llama *Final del juego*). A mi vuelta encontraré todos los ejemplares que me corresponden, y enseguida saldrá uno para usted.

Aurora y yo deseamos que Marta, Jean Philippe y usted estén perfectamente bien de salud, y que la primavera sea muy linda en Caco. Desde la India le escribiré otra vez. Si usted tuviera que decir alguna cosa, mi dirección será: Unesco, Conference Hall, King gd, New Delhi.

Con muchos cariños a los suyos, y un gran abrazo de su amigo que mucho lo quiere,

A Jean Barnabé

PARÍS, 22 de diciembre de 1956

Querido Jean:

Su carta fue la primera en esperarme en Nueva Delhi, y me trajo una gran alegría. Sin embargo, durante toda nuestra permanencia en la India, no me sentí con ganas de contestarla. Estaba demasiado encima de los acontecimientos, de las cosas, y tenía la impresión de que si le escribía en esas semanas, falsearía mis impresiones por exceso de realismo, como toda fotografía demasiado cruda falsea lo que capta. Hace ya ocho días que estamos de vuelta en París, y los recuerdos empiezan a decantarse, a ocupar determinadas posiciones, a adquirir o a perder un relieve. De todas maneras no me siento todavía capaz de escribirle una carta sobre la India, sino solamente de llenar unas páginas con impresiones o con juicios. No creo que nadie (salvo los periodistas, y esos...) sea capaz de extraer una noción precisa sobre ese mundo, a menos que decida quedarse allí mucho tiempo, incorporarse a sus dimensiones espirituales, entrar en su idioma, su concepción de la vida y su especial situación política e histórica. Seis o siete semanas (con una buena parte consagrada a la Unesco) no bastan para eso, y sé muy bien que sólo traigo una visión turística de ese país. He hecho lo posible por mirar (porque ver es fácil) y sobre todo he procurado sentirme en la piel de los indios, ver y sentir como ellos. Sé que era imposible, y sin embargo, cuando comparo mis experiencias con las de la mayoría de mis colegas unesquistas, que se limitaban a superponer sus prejuicios de occidentales a todo lo que veían, y por lo tanto veían muy poco, pienso que quizá he podido entender una mínima parte —y ya es mucho —de ese mundo fabuloso.

Pero creo que lo más divertido va a ser empezar por trazarle un itinerario geográfico y estético de nuestro viaje. Tuvimos mucha suerte en ese sentido, pues llegamos con 15 días de adelanto sobre el comienzo de nuestro contrato. Inmediatamente volamos a Bombay, límite sur al que podíamos aspirar con nuestro dinero y nuestro tiempo disponible. Allí, con un calor espantoso al que resultaba muy difícil adaptarse, empezamos nuestro contacto con el mundo indio. La primera reacción es el miedo, un pavor físico y mental, la sensación de que se ha cambiado de planeta, de que se está entre seres con los cuales es imposible la menor relación. A ese primer choque, sucede uno muy diferente: la paz, la serenidad por contagio de la manera de ser de los indios. La primera noche, en Bombay, salimos del hotel después de cenar y nos perdimos por las callejuelas del bazar. Casi de inmediato empezamos a ver a la gente tirada en las aceras, durmiendo, rezando, hablando en voz baja. Cientos, miles de hombres tendidos en plena calle, que es su casa permanente. Enormes ojos que lo miran a uno con una serenidad y una calma perfectas. Lámparillas en pequeños altares donde continuamente se celebran ceremonias religiosas. Músicas que son una primera aproximación a la sensibilidad india, músicas interminables (porque allí el tiempo no cuenta, ni cuenta la necesidad de "boucler la boucle" que tenemos los occidentales); pero sobre todo los olores, un primer asalto brutal a los sentidos. Incienso, sandalo, especias, todo junto, todo espeso, todo —al poco rato —delicioso. Intercalo un detalle muy curioso: trajimos con nosotros un pañete de bastoncillos de sándalo. Apenas encendimos uno en la rué Leroux, nos dio asco. La casa quedó impregnada todo un día, y no sabíamos qué hacer para ventilarla. Fuera de su ambiente, eso no funcionaba, era repugnante. ¿No le parece un buen ejemplo de la terrible relatividad en que nos movemos? Allí era tan delicioso pasearse por el bazar, saboreando —sí, es la palabra justa —esos olores densos, casi tangibles...)

Quisiera hablarle mucho más de los mendigos, de los pobres de Bombay, tirados boca arriba en las aceras, porque eso es la India más profunda, la raíz del ser indio. Me daría asco hacer literatura de esto,

y escribo al correr de la máquina; pero créame, Jean, esa noche me marcó para siempre. Medí lo que tantas veces había leído en los libros sobre filosofía india, sin tener de ello más que una conciencia intelectual, que casi no es conciencia. Medí esa superación de lo contingente, de lo bajamente humano, del tiempo y el espacio; en los ojos que me miraban desde el suelo, entendí que esa gente estaba realizada. No en el sentido vedántico, no en las alturas místicas; los pobres no saben nada de eso, son de una superstición y una ignorancia abominables. Pero están realizados en la medida justa de su ser, y eso es lo que nos falta a nosotros, para nuestra desgracia y nuestra grandeza a la vez. Quiero decir que esa gente está perfectamente calzada en su piel, abarcando el máximo de sus posibilidades de vida, y que eso lo ha logrado renunciando a toda ambición barata, a toda pérdida de tiempo (lo que nosotros llamamos ganar tiempo, por ejemplo). Sé muy bien que un marxista me acusaría de hipócrita, y diría que cuando esos mendigos de Bombay sepan lo que es una heladera, querrán tenerla igual que cualquier pobre de Montevideo. Sí, eso ocurrirá si se occidentalizan. Pero mientras sigan siendo indios, es decir hombres para quienes la vida es calma, es estar cómodamente sentados o acostados, es trabajar el mínimo para lograr el máximo descanso, y además es comunión continua con lo sagrado (desde el pequeño ídolo grosero que hay en las esquinas hasta la especulación más alta de un "guru"), mientras no cambien como actitud central, la heladera no significará absolutamente nada para quienes tienen mucho más que eso. Tienen, por ejemplo, el sueño. No sé si usted duerme bien; yo, como buena víctima de mil complejos, tengo una carga onírica terrible, y es difícil que pase una buena noche sin tomar previamente alguna droga, o cansarme deliberadamente para dormir con todos los huesos. Mientras andábamos aquella noche por el bazar de Bombay, mirábamos a los mendigos en el suelo. Tirados en plena calle, entre gritos timbres de bicicletas, bocinas, zapatos y sandalias a cinco centímetros de sus manos, de sus caras, de sus piernas, dormían. A las diez de la noche, dormían con una serenidad tan prodigiosa que era como una prueba total de la paz de sus almas. Quizá incurro en ingenuidad, quizá un occidental muy bruto duerme también así, pero mis recuerdos de sueños compartidos con gentes de todo pelaje (en dormitorios comunes, en la cárcel, en un barco) me prueban que no es así. Nos falta ese descenso profundo y perfecto en el reposo; el hombre de Bombay se tira sobre las baldosas y se duerme en la postura que su instinto y la tradición le hacen elegir como la más sedante; duerme sin moverse, o a veces está despierto sin moverse, pero descansando, con los ojos muy abiertos, mirando lo que pasa por sobre él. No sé, Jean, es imposible expresar en unas pocas líneas a toda carrera lo que nacía para mí de ese mundo a la vez silencioso y cantante, de ese encuentro con otra manera de sentir y de encaminar la vida. (Y conste que no renuncio a ser quien soy, y no lamento dormir mal, pues todo tiene sus compensaciones. Al fin y al cabo mis cuentos preferidos nacieron de pesadillas. Y la literatura india, en conjunto, me parece bastante "fade"...))

De Bombay, donde estuvimos cinco días, empezamos a volar por pequeñas etapas hacia el norte. Los aviones de la Indian Airlines son estupendos, verdaderos taxis volantes llenos de cristales que permiten ver hasta los detalles más insignificantes del paisaje. Además no hay nubes, dos meses de sol continuo (estaba por escribir "noche y día", que hubiera sido poéticamente justo). La primera impresión es alucinante: uno se instala en el avioncito, y ve en la cabina un tipo con un enorme turbante, sobre el cual se ha encasquetado los teléfonos de la radio. El anacronismo es tan flagrante que uno se pregunta si va a salir vivo de esa pesadilla histórica. Pues bien, los indios son espléndidos pilotos, y aquí nos tiene sanos y salvos. Bajamos en Aurangabad, para visitar las cavernas de Ellora y Ajanta, que son fabulosamente bellas. Seguimos a Bopal, y de ahí un auto nos llevó a Sanchi, donde se alza la admirable "stupa" budista, que bien mirado es el monumento que más hermoso me ha parecido en toda la India (mejor dicho, en la India que alcancé a ver). Se trata simplemente de un enorme túmulo, rodeado de una valla de piedra tallada, y frente a la cual hay cuatro puertas, simples arcos esculpidos con centenares de escenas de la vida del Buda. Lo más admirable es la serenidad y calma del lugar, las pequeñas y encantadoras ardillas que anidan en las piedras, la presencia ocasional de un monje budista, con sus

ropas color azafrán, su cabeza su rostro añado y gentil. Hubiéramos querido quedarnos muchos días allí —allí y en todas partes...—. Volamos luego a Gwalior, entramos en la zona del arte mogol, que naturalmente culminó frente al Taj Mahal. En realidad (y lo lamento) lo que más he visto en la India ha sido arte mogol, pues Delhi y la zona que la rodea es el centro de esa cultura. Un arte admirable en muchos sentidos, pero que en el fondo me repele, como creo que le repelería a usted. Los palacios, el Taj, todas las tumbas diseminadas en decenas de sitios, son un arte femenino, inspirado por mujeres y destinado a las mujeres. La sensualidad poligámica de los mogoles (vinculados con los árabes y los turcos, como usted sabe) termina por dar un poco de asco. Creo que, a pesar de todo, nosotros somos más austeros. No porque seamos monógamos —pues esto es más una ficción que una realidad, aunque la respetemos una vez alcanzada cierta edad y aceptada la ceremonia matrimonial—, sino porque la poligamia árabe prueba lo que Marañón vio en la poligamia de Don Juan: el triunfo de la mujer sobre el hombre. Un hombre que tiene un harem es un hombre que forma parte de ese harem, es el harem. Y todo el arte mogol traduce esa sumisión terrible a la trivialidad esencial femenina (Marta se va a poner furiosa si lee esto). El Taj Mahal corta el aliento, es tan hermoso parece imposible que el mármol, el cielo, el anochecer, puedan conjugarse en un punto tan alto y tan sublime. Pero después de ese primer choque uno empieza a acordarse poco a poco de nuestro romántico, de nuestro gótico. Y no hay comparación posible, para nosotros al menos. El Taj es como un delicado trabajo en marfil, multiplicado hasta llenar el cielo. Pero el marfil no es la piedra, el Partenón no se hubiera podido hacer con marfil.

Bueno, de Agrá viajamos en tren hasta Jaipur (más arte mogol, y espléndido por cierto), y finalmente tomamos otro avioncito de juguete para llegar a Delhi. El azar (o eso que a falta de su verdadero nombre llamamos azar) nos esperaba para hacernos vivir el momento más maravilloso de todo el viaje. Era la noche del Diwali, una fiesta religiosa en la que los indios encienden millares de lamparillas de tierra cocida en homenaje a las almas de los antepasados. Ponen las lámparas en las puertas de las casas, en las ventanas, y sobre todo en las cornisas de los tejados. Pues bien, tomamos el avión en Jaipur a las ocho de la noche, y cuando llegamos sobre Delhi, una hora más tarde, vimos la ciudad convertida en un inmenso fuego de artificio, con cada casa dibujada como en un plano, cada techo perfectamente recortado por una línea de puntos luminosos, que se multiplicaban al infinito... El piloto —que debía ser un poeta, estoy seguro —comprendió que estábamos en uno de esos momentos perfectos de la vida, en el que se siente que el haber nacido, el estar vivo, son cosas inapreciables; en vez de aterrizar inmediatamente, sobrevoló lentamente la ciudad durante largos minutos, mientras Aurora y yo, olvidados de todas las reglamentaciones ("Fasten your belts") nos precipitábamos de una ventanilla a la otra, gritando como borrachos, embriagados por la maravilla, por ese cielo al revés que aplastaba el cielo de arriba, insignificante al lado de esa locura de luces desplegándose como una inmensa espuma de ola cósmica... Ya ve el lenguaje que esto me arranca, pero si ustedes hubieran estado ahí, Jean... (Uno piensa en sus amigos más queridos, en momentos así, y quisiera tenerlos consigo y compartir tanta belleza.)

Después fue la Unesco, es decir un aburrimiento perfecto durante las horas de oficina, pero con el encanto de los momentos libres, de las escapadas al bazar, de la compra de objetos raros, del cine y el teatro y la danza y la música con que los indios nos obsequiaban noche y día. La música y la danza nos conquistaron, y hemos traído muchos discos, que ustedes escucharán cuando vengan. Yo compré además flautas, y un tambor. El solo verlos me llena de recuerdos gratos. Tuvimos suerte, porque en Delhi hubo grandes manifestaciones con motivo del 2.500 aniversario del nacimiento de Buda. Vimos a los eruditos budistas de toda el Asia congregados en un gran seminario, al cual asistí un par de veces. (Parecía un poco un concilio bizantino; a veces se hablaba de cosas absolutamente irreales, con voces irreales, con trajes irreales; era la pura poesía, las vacaciones en un país imaginario.) Luego llegó Chu En Lai, y hubo grandes reuniones políticas a las que también fui. Vi y oí a Nehru, magnífico ejemplar humano, respaldado por la fe y el entusiasmo de todo su pueblo. Entre tanto pasamos por las zozobras

del lío del Canal, que nos puso a dos pasos de tener que quedarnos en la India (ya habíamos decidido, de común acuerdo con Herrero y Meana, fundar una academia de español como único medio de sobrevivir llegado el caso). Luego vino lo de Hungría, con toda su repugnante evidencia de un estado de cosas del que todos somos más o menos culpables. Y cuando acabó la Conferencia, nos fuimos a Benarés, que no podíamos dejar de ver antes de la vuelta. Fue una experiencia hermosa y terrible a la vez, la mezcla de lo macabro y lo cotidiano, de los muertos envueltos en mortajas de colores, alineados sobre las escalinatas del Ganges mientras arden las piras y las vacas sagradas pisotean los cuerpos para comerse las guirnaldas de flores. Vivimos tres días crispados, tensos como cuerdas de violín, y al mismo tiempo aceptando una realidad a todo trapo, una India desatada y a todo tren, que nos arrollaba y nos empequeñecía y casi acababa con nosotros. Viajamos en barca por el Ganges, asistiendo a las profusas escenas de los peregrinos que se bañan, cantan, rezan o entran en éxtasis junto al río. Visitamos una especie de claustro, donde viven los "gurús" en perfecta calma, rodeados de discípulos, cubiertos de ceniza, enseñando y meditando. Anduvimos por la calle de los prostíbulos, interminable, tan oscuramente necesaria y comprensible en esa atmósfera de muerte y de carne quemada. Vimos multitudes de leprosos, dimos monedas con la sensación de quien echa una taza de agua al mar. En Benarés no hay ingleses, no hay europeos; eso es la India total, sin barrios residenciales, sin edificios modernos (hay algunos, pero totalmente invadidos por el modo local de vida). Y luego nos volvimos, sintiendo que nos habíamos encariñado con ese pueblo dulce, tan simple (tan sutilmente simple, en verdad). París nos encontró totalmente inadaptados, desde su cielo encapotado, desde la vía que esperaba en Orly como una mala noticia, desde el frío que hace, desde la gente metida en sus pequeñas miserias políticas y sociales, lejos de toda esencia, lejos de todo sol, físico o espiritual. Pero esas son lamentaciones inútiles; por mi parte no he renunciado a nada de lo que considero verdaderamente mío, y París se sitúa en primer peldaño. He vuelto a andar con la delicia de siempre por sus calles, y vuelvo lentamente a mi vida de siempre. La India queda como algo más que un recuerdo; una cicatriz, digamos. Pero yo sé que no puedo ser otra cosa que un occidental.

Jean, le repito que su carta me dio una gran alegría. No me reproche que haya tardado todo este tiempo en contestarle, creo que estas páginas bastarán como explicación de mi silencio. Supongo que entre tanto le llegaron los papeles que le había mandado. Ahora, por paquete aparte, va el libro. He estado una sola vez en la Unesco, a los pocos días de mi regreso, y no encontré a Caillois. Creo que empezaré a trabajar después del primero de enero, y entonces tendré ocasión de verlo y saber qué ocurrió con las traducciones. Apenas sepa algo concreto, le escribiré.

No sabe la alegría que me da cuando me dice que le gustaría nuestra presencia en su casa. Creo que todo saldrá como lo deseamos, y que iremos a la Argentina en el '57. Pero hoy no puedo precisar nada, aunque supongo que dentro de pocas semanas tomaremos una decisión definitiva. Entre tanto, espero tener noticias tuyas, y yo le escribiré pronto otra vez.

Dígale a Marta que Aurora y yo la abrazamos con mucho cariño.

Para usted, todo el afecto de su amigo

Julio

1957

A José Lezama Lima

PARÍS, 23 de enero de 1957

Querido Lezama Lima:

Hace dos años que tengo ganas de escribirle, pero soy un perezoso. Ahora la lectura del fragmento de *Paradiso* que he leído en Orígenes¹⁵³ me exige mandarle enseguida esta carta, para que mi admiración por su obra no se me quede solamente en la memoria. Hace dos años leí *Oppiano Licario*. Era la primera vez que leía algo de usted, y me pareció espléndido. Hacía mucho que no encontraba en un texto en español tantas de las cosas que busco continuamente en textos ingleses o franceses. *Paradiso* me confirma la alta calidad de su escritura, y me parece de una elemental honradez decírselo y agregar que lo considero un amigo del otro lado del mar. He buscado (ingenuamente, pues me sabía derrotado desde el principio) alguno de sus libros en las pocas librerías de París que venden libros en español. Por supuesto ninguna tenía nada. La lista de las ediciones de Orígenes, sin embargo, me llena de deseos de leer un libro entero de usted. Cualquiera de ellos, o todos si fuera posible. ¿No le sería demasiado complicado mandarme algo suyo? Por mi parte, y por paquete postal, le mando un libro mío¹⁵⁴ que acaba de salir en México, y algunos textos que me divierte imprimir en mi casa con ayuda de un viejo mimeógrafo. Una pequeña parte de esos textos se publicó hace tiempo en *Ciclón*.¹⁵⁵ Quizá usted los leyó ya, pero me gustaría que tenga la totalidad, y se los mando.

También me gustaría suscribirme a Orígenes, para leerla regularmente. Los números que me llegaron a las manos me fueron prestados por Ricardo Vigón, a quien usted debe conocer. Pero quisiera recibir regularmente la revista. Desde aquí no se puede mandar el dinero de la suscripción, pero quizá, si usted quiere, yo podría suscribirlo a usted aquí a alguna revista francesa que le interese, o mandarle libros. En fin, usted podría decidir el mejor medio.

No quiero prolongar esta carta. Prefiero esperar sus noticias, y entonces le escribiré más extensamente. Ahora le mando un abrazo, con mucho afecto,

Julio Cortázar

Julio Cortázar, 24 bis, rué Pierre Leroux, Paris, 7

A Jean Barnabé

PARÍS, 8 de mayo de 1957

Aquerido Jean:

Supongo que no necesito pedirle disculpas por este largo silencio. Su hermosa carta que recibí a mi vuelta de la India me colmó de alegría, y me dio esa sensación total de la amistad que creía haber perdido con los años, con el acostumbamiento —el embotamiento— que va brotando de la vida y de la rutina. Volví a sentir la exaltación los veinte años, cuando algún amigo me escribía con toda confianza y me admitía en su mundo personal, ese mundo que casi siempre negamos a los demás, dejándoles tan sólo la fachada social, el lado cordial que no es la verdadera amistad. Al mismo tiempo, su carta tenía virtud de no ser un mero arranque momentáneo, como tantas cosas que se escriben en la juventud; lo encontré a usted entero, cabal, como he aprendido a conocerlo y a admirarlo. Me conmueve merecer sus palabras, sus pensamientos, en esa forma directa y a la vez tan sutil con que los expresa. Y si digo "merecer", es solamente porque el mucho afecto que siento hacia Marta y usted me dan una cierta

seguridad; de lo contrario creo que me sentiría sin derecho alguno a tanta confianza de su parte.

No le contesté enseguida porque me ha llevado largo tiempo reaccionar de la India, encajar otra vez en la vida de siempre, y descubrir poco a poco que esta vida es verdaderamente la mía. Los cambios se notan más en la casa que en las personas. Ahora hay almohadones con figuras de vivos colores, estatuillas de bronce, una flauta de madera, un tambor, algunas imágenes hermosas; a veces, cuando estamos solos, escuchamos los discos que trajimos de allá. Suenan de otra manera que en Delhi, que en Bombay. La fascinación pierde poco a poco su terreno; yo vuelvo a preferir el jazz, Bela Bartok, Mozart. Quizá el hecho de que el paisaje y las cosas de la India sean violentamente oníricas, influya en este lento regreso al olvido. Pero a veces, como ocurre con los grandes sueños que lo marcan a uno para siempre, huelo de pronto, en plena calle de París, el olor a incienso del bazar, oigo el grito del vendedor de pasteles, veo unas pulseras de plata en unos tobillos. Dura apenas un instante, y otra vez es el gris de la rué de Sévres. Da vértigo pensar que la realidad es simultánea, que en este mismo momento las calles de Benarés son un alegre infierno de colores funerarios, de procesiones que bajan al Ganges, de vacas sagradas que comen flores amarillas... ¿Es posible que todo eso haya ocurrido ante nuestros ojos, y que al mismo tiempo París estuviera aquí, con sus gentes sin color y sin alegría? Después de todo, empiezo a pensar que la gran lección de un viaje al Oriente (o viceversa, si se trata de un oriental) está en quitarnos un poco más la vanidad del Yo, no en el sentido del Vedanta o de cualquiera de las doctrinas hindúes, sino sencillamente por mostrarnos, vertiginosamente, la multiplicidad inalbrazable, incomprensible, inalcanzable del mundo físico; y, por extensión, hacernos entrever las otras multiplicidades, eso que empieza allá de los objetos y de los nombres, eso que asciende infinitamente hacia las estrellas y la nada. Mientras vivimos y nos movemos dentro de un ambiente dado —en este caso todo lo que es occidental, llámese Francia o Uruguay— solo teóricamente podemos alcanzar lo "ecuménico" —si me perdona el término tan pedante. Quiero decir que estamos teóricamente bien enterados de lo oriental, tenemos ideas más o menos claras sobre su sentido de los valores, pero todo eso lo estamos mirando y pensando desde aquí, sin verdadera trascendencia. Por eso creo, el primer contacto con la India es tan brutal. Empleo deliberadamente la palabra, porque la cosa tiene algo de pelea a trompadas, de encontronazo ciego. La asimilación, para quien sea bastante poroso y sensible, es rápida; creo que de no ser así, resultaría insoportable. Yo me enfermé en Bombay, apenas llegando, y mi enfermedad era un signo de mi estado de ánimo, de sentirme como desollado entre millones de seres tan diferentes a mí y a la vez (y esto era lo que me aterraba) tan próximos, pero próximos en otra dimensión, como quizá haya otros mundos al alcance de la mano, sin que conozcamos el exacto movimiento que nos permitiría entrar en ellos y conocerlos. La adaptación, cuando por fin se produce, trae consigo el placer delicioso de la convalecencia (en mí las dos cosas se daban simultáneamente, sencillamente porque eran la misma cosa). De pronto deja uno de bajar la vista ante esa manera desnuda y maravillosa de mirar de los indios; de pronto se entabla el contacto. Sin palabras —sólo con algunos se puede dialogar, en mal inglés—; un contacto desde dentro, un reconocimiento. Y desde ese instante hay como una integración, algo que se completa en uno. Aquí, en París, hoy 8 de mayo, yo soy también el que está mirando una pira crematoria en Delhi. Pero no se trata de una experiencia más, sino de ese momento en que el círculo se cierra, el periplo se completa. No sé cómo decirlo, Jean. Es un poco como si ahora yo tuviera más derecho a elegir lo que quiero ser, es decir un occidental. Antes lo era de hecho solamente, por la fatalidad de haber nacido en un hemisferio y tener ciertos orígenes raciales. Ahora he vuelto, me he reinstalado en Francia. De todo eso no extraigo la menor vanidad, pero sí un sentimiento de paz. Sé que he decidido que jamás podría vivir en el Oriente y seguir siendo quien soy. Sé muy bien que no soy nada, pero a cierta edad sólo los ingenuos creen que se puede recomenzar un itinerario vital. Los que van a la India, adquieren algunas nociones de Yoga y Vedanta y se consideran "realizados" (como dicen ellos con su jerga especial) me parecen o ingenuos o hipócritas. (Es precisamente lo que les dice Ciorán en su último libro *La tentation d'exister*, que me parece lleno de cosas excelentes.) En todo

se puede admitir la enseñanza del Vedanta —y yo lo hago, en la medida de mis fuerzas —desde aquí, desde el Occidente. Pero creer que basta ir a la India, escuchar a un "gurú" y resolver para siempre los problemas metafísicos, es casi tan absurdo como creer en los prospectos de los medicamentos que todo lo curan en una semana... De manera que allá me limité a mi inevitable condición de turista (¿qué más se puede ser en 2 meses?) y preferí mirar monumentos, saborear comidas y bebidas, y aprender ese admirable sentido del tiempo que tienen los indios y que nosotros hemos perdido. Ya les contaremos cosas, que son más para narrar oralmente que para escribir... Y ahora, ya que hablo de contarles cosas, quiero confirmarle que en agosto vamos a la Argentina. Salimos de aquí el 6, y pasaremos por Montevideo el 24. Espero —y Aurora lo espera conmigo— poder verlos unas horas en Montevideo, aunque no sé lo que durará la escala. Nos quedaremos en Buenos Aires un par de meses, y entonces hablaremos del mejor momento para cruzar el río e ir a hacerles una visita todo lo larga posible, que desde ya me llena de una gran alegría. ¡Tenemos tantas cosas de que hablar! Nos hubiera gustado ir allá en primavera o en verano, pero no podemos elegir. Lo importante es poder pasar juntos un tiempo.

Entre tanto han ocurrido aquí cosas diversas, ninguna de ellas demasiado importantes. Creo haberle dicho en mi carta anterior —anterior a mi partida a la India —que le llevé Bestiaire a Caillois. Me lo evolió diciéndome que las traducciones le parecían "demasiado apegadas al original" (sic). Cuando le pedí que me aclarara lo que quería decir, sostuvo que usted había sido "demasiado fiel" en algunas cosas, alejándose del francés para mantenerse más cerca del giro español, del ritmo de la frase, etc. Creo que fue en ese momento que comprendí por fin por qué las traducciones al francés me parecen casi siempre demasiado alejadas del original; evidentemente la gente como Caillois considera que el autor no interesa gran cosa: lo único que cuenta es salvar a toda costa el GRRRAANNN estilo francés, la manera francesa de decir las cosas... aun a riesgo de cualquier traición.

Agregó, de todas maneras, que las traducciones necesitaban un "reajuste" (ya se imagina lo que eso significa) pero que el problema no era ése, puesto que tenía fácil solución, sino que no conocía ningún editor que estuviera dispuesto a editar un libro de cuentos de un autor desconocido en Francia. Me di cuenta al cabo de un momento que no había leído más que una pequeña parte de las traducciones, pero como su opinión ya estaba más o menos formada, era inútil insistir, aparte de que yo no sirvo para eso. Callois me dijo que había elegido un cuento para incluirlo en una antología de "contes d'épouvante" (!) que va a editar Galhmad. Eligió "La noche boca arriba", que tradujo enseguida un señor Durand. Para darle una idea de la mentalidad de Caillois, le regalo esta pequeña anécdota. "El peligro de su cuento" (es él quien habla) "está en que el lector francés pueda pensar que se trata simplemente de una alucinación del hombre a quien han operado... ¿No le parece que convendría agregar una frase al final, por ejemplo que a la mañana siguiente los enfermeros encontraron muerto al enfermo, y al mirarlo con atención se dieron cuenta de que tenía una herida en el pecho y que le faltaba el corazón?" (!!!) Yo me quedé mirándolo como si me estuviera tomando el pelo, pero hablaba con toda seriedad. Entonces le contesté que yo al cuento no le tocaba ni un pelo, y que si no se publicaba tal cual prefería que no apareciera en francés. Lo pensó mejor, y la traducción es absolutamente fiel al original... Pero ya ve, Jean, que fuimos a mal puerto por leña. En fin, usted sabe que a mí nada de esto me preocupa en lo más mínimo. Ahora Bestiaire está en manos de un editor que es también escritor y que se llama René de Obaldia. Una amiga mía le llevó la traducción. La primera noticia que he recibido, por boca de esta chica, es que a Obaldia le han gustado los cuentos, y dice que las traducciones necesitan algunos retoques, que él mismo se encargaría de dar. Ya se imagina usted que en caso de que se decidiera a publicar el librito, yo estaré atento como un leopardo, porque eso de los "retoques" no me lo trago tan fácilmente. Como le decía antes, conozco muy bien los "retoques" de mis colegas franceses. Son capaces de hacer hablar a un personaje de Dostoievski como si fuera Julien Sorel o Rastignac. De modo que si la cosa sale, me fijaré en cada una de las modificaciones que pretendan introducir, antes de aceptarlas o no.

Entre tanto parece que "El perseguidor" sale en una excelente revista mexicana, lo cual me ha alegrado mucho. Le agradezco, Jean, su ofrecimiento de traducirlo. Ya sabe que nada puede serme más agradable que eso. Pero me asusta el trabajo que supondría para usted, aparte de que en este momento no veo la posibilidad de que pueda ser publicado en Francia. Por supuesto, si usted se siente con ánimos, ¿qué mejor noticia para mí que enterarme de que va a traducir ese cuento? Pero no le robe demasiado tiempo a sus lecturas; yo me siento ya demasiado culpable. Anoche releí "Lointaine". Qué bien suena, qué justo está todo. Los Caillois de este mundo no entenderán jamás ciertas fidelidades. Me acuerdo de que hace muchos años traduje poemas de Supervielle al español. A él le gustaron, pero algunos amigos míos me hicieron exactamente el mismo reproche que ahora le hacen a usted. "Demasiado apegado al original." ¿Puede haber "demasiado" en esa tarea de recreación de un estilo, de un espíritu, en otra lengua? Cuando yo leo una buena traducción al español de un autor inglés, no me molesta encontrar ciertas formas un tanto adheridas a la construcción y al vocabulario inglés. ¿Por qué habría de molestarme? Me asegura la proximidad, el contacto casi con el autor. En cambio cuando uno lee esas traducciones que hacen en Madrid, y donde Tom Sawyer convierte en un relato que ocurre poco menos que al pie del Escorial... francamente es preferible tomarse el trabajo de aprender el inglés y saborear directamente el fruto del árbol, o la leche al pie de la vaca —como hubiera dicho Mauro.¹⁵⁶

¿Cómo está Marta, cómo crece y descubre el mundo y junta caracoles Jean-Philippe? Cuando en su carta me habla usted de la playa donde su hijo estaba jugando mientras usted pensaba todo lo que habría de decirme, sentí muy de cerca toda esa pureza que evocan la arena, una pala de hacer castillos, y un chico que avanza en esa prodigiosa aventura que es la vida. Qué suerte tiene Jean-Philippe de ser hijo de ustedes, de estar desde ya a salvo de tantas torpezas, de tantos errores que malogran la infancia de la mayoría de los hombres. (Tengo un regalo para cuando Jean-Philippe llegue a la adolescencia, que entre tanto pondré en manos de Marta y suyas: los dos tomos de la traducción de las obras de Edgar Poe, que han aparecido ya en la Revista de Occidente¹⁵⁷. Los libros me llegaron cuando ya ni me acordaba de todo el trabajo que me había dado esa traducción en 1953. "reo que el estudio sobre la vida y la obra de Poe me salieron bien; por lo menos la relectura no me disgusta. Noto una vez más la ventaja que tenemos los rioplatenses cuando nos ocupamos de crítica literaria. Estamos mucho más enterados —quiero decir, más universalmente enterados— que los ingleses o los franceses. Hacemos uso de una bibliografía mucho más amplia, porque leemos diversas lenguas y les damos el mismo valor. Un inglés, en cambio leerá obras en otras lenguas, pero su juicio y su sistema de valores se edificarán siempre sobre la raíz inglesa. En el caso de Poe, por ejemplo, yo encontré libros de autores italianos donde se decían cosas muy notables, y los aproveché y cite como lo merecían. Supongo que esta presentación más universal del genio de Poe será bien recibida en todas partes. Menos en los EE.UU. claro está, donde Poe les sigue produciendo una marcada irritación (a pesar de que le sacan el jugo como "genio nacional").

Escribo muy poco, y sobre todo poemas. Creo, sin embargo, que me voy a embarcar poco a poco en un libro largo, cuya naturaleza me es todavía desconocida. (Es curioso eso de tener una sensación forma y volumen antes que de contenido propiamente dicho; pero es así, y me ocurre siempre.) No siento ganas de seguir escribiendo "cuentos" en el estricto sentido del término; siento como si esa ya hubiera sido recorrida. No es un sentimiento vanidoso, sé muy bien que estoy muy lejos de haber escrito relatos perfectos —más bien es un deseo de entrar en otras zonas— que el cuento rechaza conocerme mejor a mí mismo a través de otras experiencias. Pero hasta ahora no hay más que "temor y temblor", una gran ansiedad, una insatisfacción total. Me consuelo leyendo, y escuchando a Colem Hawkins o a Satchmo.

La semana pasada llevé a Aurora a Bourges, para mostrarle la catedral y el hotel de Jacques Coeur. Los vitrales me maravillaron tanto o más que la primera vez; ayer hice la prueba de entrar a Notre-Dame y mirar las vidrieras del ábside, y percibí claramente la diferencia de valor con relación a Chartres

y a Bourges. Pasamos allá dos días muy agradables, vagabundeando de un lado a otro de la ciudad, descansando en los cafés, mirando las casas viejas. En junio tendremos unas semi-vacaciones en Portugal, pues voy a trabajar como traductor durante una semana a un congreso del Interpol (Policía internacional). Terminado el trabajo, nos quedaremos por lo menos una semana más en Lisboa, y quizá remontaremos hasta Galicia, visitando las ciudades portuguesas y las rías gallegas. Me parece un plan excelente, sobre todo a fines de junio en que ya hará calor.

Vaya pensando (y dígaselo también a Marta) si necesita que le llevemos alguna cosa de aquí. No tenga escrúpulos en pedirme lo que sea, pues cuando se viaja en barco hay lugar para todo. Pienso desde ahora en todo lo que podremos charlar y caminar en Carrasco, donde hay tanto silencio propicio. Aurora y yo recordamos siempre el día que pasamos con ustedes, porque después de ese pequeño infierno doméstico que había sido la despedida en Buenos Aires, era como ingresar en un orden armonioso, en una serenidad que nuestros nervios necesitaban. Su casa debería llamarse "La isla".

No quiero despedirme de ustedes sin pedirles otra vez perdón por tanto silencio. No era olvido, no era ingratitud. Los siento —y Aurora siente como yo— muy cerca. Me haría muy feliz recibir unas líneas tuyas, y por mi parte lo tendré al tanto de las novedades editoriales.

Hasta pronto, con un gran abrazo para los dos de

Julio

Notas

A Eduardo A. Castagnino

PARÍS, 9 de mayo de 1957

Mi querido Doc:

Me escribiste hace siglos, no te contesté, soy un vago infecto.

Sé muy bien que cuento por adelantado con tu generosidad, pero de maneras no debería aprovecharme de ella en esta forma. París es realmente una mujer; te echa los brazos al cuello, te va aislando del mundo, te propone cada día algo nuevo para que lo admires o lo rechaces. De pronto te das cuenta que del almanaque se han caído ya dos o tres meses, y te agarrás la cabeza. Pero no creas que me olvido de ustedes, muy al contrario. Cada vez que alguien me trae una noticia de Buenos Aires, sobre todo las de orden político —siempre falseadas, tergiversadas, tendenciosas, oliendo a veneno y a mugre—, me gustaría tenerte al alcance de un vaso de cerveza, en la vieja y querida "Helvética", para preguntarte qué pensás de todo eso, cómo enfocás vos ese merengue apocalíptico que es nuestra dulce patria.

Tu última era bastante broncosa, y Aurora y yo sacamos la impresión de que no te gustaban nada las cosas, sobre todo en la esfera de la enseñanza (esa Cenicienta argentina a la que todos le pegan, sean de derecha o de izquierda, curas o "progresistas"). Me refocilo, sin embargo, pensando que dentro de unos meses podré escucharte largo, saber de cerca lo que pensás. Vos sos un poco mi "testigo", mi doble que ha quedado en la Argentina, y que mira y juzga por mí; creo que en otra forma eso se llama confianza y amistad.

Nos vamos para allá el 6 de agosto, y llegaremos hacia el 26; creo que nos quedaremos dos meses largos. Naturalmente ocurrirá lo de siempre, y es que nos veremos mucho menos de lo que yo y vos querríamos, porque ya te imaginas lo que es hacer frente a dos familias y una respetable cantidad de amigos y conocidos. Pero trataremos de juntarnos todo lo posible, Doc, y sacarnos las ganas de charlar.

Me encantó saber que allá habías podido ver una punta de películas de primera, porque sé lo que significa para vos el cine, y lo privado que han estado de él los argentinos durante el reinado de Juan I. Conozco todas las que citás, y estoy completamente de acuerdo con tu opinión. La strada y The Lady

Killers son, cada una en su género, dos maravillas. La siguiente de Fellini, *Il Bidone*, me gustó mucho menos; prefiero *I Vitelloni*.

Muchas, muchas gracias por los libros de Don Ezequiel.¹⁵⁸ De todo eso, Sábado de gloria es naturalmente la gran acertada. Hacía falta un talento como el de M. E. para recrear con tanta fuerza la sopa grasienta del ambiente peronista. Me molestan sus errores estilísticos, sus graves fallas de lenguaje, su terror a usar el "vos" (¡entre empleados nacionales, date cuenta!) pero todo eso queda olvidado y superado por la tremenda fuerza del relato. El episodio en el banco es fabuloso para mí la cosa tiene especial valor porque en esa ya vieja novela que escribí y que se llama *El examen* (creo que vos no la leíste) usé —o sentí que había que usar— ese mismo procedimiento de "saturación de ambiente", alargando interminablemente las escenas para provocar una angustia hasta física en el lector, y dejarlo en condiciones lo más receptivas posibles para captar el sentido de lo que se cuenta. Eso Martínez Estrada sabe hacerlo perfectamente bien. De nuevo, muchas gracias por el envío. Allá hablaremos, y me darás una lista de lo que vale la pena comprar y leer; estoy lamentablemente desconectado de la literatura argentina, porque los amigos que me escriben —y eso disminuye poco a poco, y es natural, y yo me lo busqué— no están demasiado en la onda. Vos nos aconsejarás sobre libros.

Me alegró saber que mi libro te había gustado. En México ha caído más que bien. A un punto tal que acaba de salir un libro de dos argentinas que viven y enseñan allá (Emma Speratti y Ana Barrenechea), dedicado a la literatura fantástica en la Argentina. En sendos capítulos, se ocupan de Lugones, Quiroga, Macedonio, Borges y el que te escribe. El honor no es pequeño, y me ha dejado turulado. Quizá puedas echar mano a un ejemplar en las librerías del centro. Yo no tengo más que uno, de modo que me perdonarás que no te lo mande.

Todo lo que decís sobre el tema general de "estamos jodidos" lo comprendo y lo sé de sobra. Tenés toda la razón del mundo: somos vanidosos, nos creemos una raza superior, no aceptamos la noción de que Perón no tuvo otra culpa que la de representar un estado de conciencia, una moral que está desgraciadamente enraizada hasta lo más profundo del carácter de los argentinos. El truco del chivo emisario es muy fácil, pero lo seguimos usando sin asco. Lo hicimos con Irigoyen, después con Uriburu, ahora con Perón. Acabo de leer en *La Nación* un seco, claro y contundente discurso de Aramburu, cuyo tono oratorio me parece perfecto (razón por la cual no será popular). Da la impresión de que el hombre ya está harto de decirle al pueblo que estamos arruinados, que no podemos permitirnos lujos inútiles, etc.; y me sospecho que pocos le creen, y que la mayoría desconfía de él y de todo el mundo... hasta la hora en que surja el Gran Demagogo que los engatuse con slogans y diez por ciento de aumento en los sueldos.

Aquí tampoco las cosas andan bien, lo de Argelia es un asco completo, y a los franceses les cuesta mucho convencerse de que son un pobre y pequeño país de escasísima importancia. (Creo haberte dicho que desde la India eso se nota en forma impresionante, y que vale para toda Europa. De golpe te das cuenta de lo que es Asia, ese vivero increíble de hombres y de fuerzas; al lado de eso, Europa es como un rinconcito en el mapa, algo viejo y cansado y paralítico... Pero cuando desembarcás en Orly, ya te encontrás con los títulos jactanciosos de los diarios, Francia de aquí y Francia de allá, e Inglaterra, e Italia, y toda la merza.) No se dan cuenta de la que se viene. Por lo que a mí se refiere, ojalá me muera antes. O, por lo menos, ojalá que la primera bomba me agarre bien en mitad de la cabeza. Soy demasiado occidental para rehacer mi vida al gusto de Chu-En-Lai —y hasta gusto de Nehru.

Chau, viejo, con un gran abrazo de Aurora para Alda y los chachos, y todo el afecto de Julio

¿Qué me contás de Sugar Robinson? Es digno de la *Ilíada*, mal que les pese a los estetas...

LOURIDO (Galicia), 6 de julio de 1957

Querida Anita:

Su carta me llegó cuando estaba con el pie en el estribo punto de volar a Portugal para hacer unas traducciones en un congreso de la Policía Internacional (¿ve de dónde saco mis argumentos literarios?). Desde entonces Aurora y yo hemos estado paseando por tierras lusitanas, y desde el 10 de julio estamos en Galicia, que conocimos el año pasado y que nos encantó. Ahora hemos vuelto, no en plan turístico, sino a buscar una playa tranquila donde descansar dos semanas antes de la vuelta a París y el viaje a Buenos Aires. Lourido es un sitio precioso al sur de Vigo. Se llega en un tranvía, hay un hotel donde nos adoran porque desde el patrón hasta el cocinero todos han trabajado alguna vez en la Argentina (ramo: restaurantes, parrillas y bares), y tenemos una piecita con vista al Atlántico. Hasta ahora dominan los vientos y las nubes, pero yo ya he tenido oportunidad de medirme con Poseidón. Resultado: arena en un ojo, y 75 pesetas de oculista. ¡Oh, el deporte! Pero Aurora está feliz, se broncea como una walkiria (creo que la metáfora se me ocurre porque el hotel está henchido de robustos y aburridos alemanes... todos los cuales leen, en versión germánica, *Gone with the wind*. Y no está mal, porque el viento es el gran tema de esta región).

Su carta (que viajó conmigo) me trajo una gran alegría, sobre todo porque me anuncia la posibilidad —mejor, la certidumbre— de vernos en Buenos Aires y charlar mucho. ¡Cuántos años han pasado ya desde el diálogo en el Comega! Usted tendrá tanto para contarnos, y nosotros. Sí, será muy grato vernos allá.

Me alegra su juicio sobre mi librito. En cuanto al reparo (del que algo creo que sé por una referencia de Emma) ya lo analizaremos juntos. Para ese entonces habré leído su libro sobre Borges, que recibí ya. Ahora quiero decirle que me gustó de veras su contribución al libro sobre la literatura fantástica. Descontaba que lo referente a Borges sería perfecto, pero además tuve la alegría de leer las finas páginas sobre Macedonio. Ya le he dicho a Emma que ustedes dos han hecho una buena obra al preparar esas conferencias y publicarlas como libro. Me parece que si la edición se difunde como lo merece (pero éstos son misterios imprevisibles en los que intervienen seres que se llaman Distribuidores, libreros... *Horresco referens!*), el trabajo de ustedes servirá para fijar puntos de vista, bases de esa escurridiza literatura nuestra. Falta le hace.

Bueno, Anita, ahora será hasta Buenos Aires. En septiembre llamaré o le escribiré, para vernos enseguida. Aurora tiene muchos deseos de verla (porque, naturalmente, también la conoce desde hace mucho y a través de tantos amigos, sin contar a su marido).

Un gran abrazo de

Julio

Lástima que el axolotl fuera negro. No le había sentado el clima de la Galería Florida. Tampoco a mí me sienta. Los auténticos son rosa, color que disimula muchas perfidias.

A José Lezama Lima

PARÍS, 5 de agosto de 1957

Querido Lezama Lima:

Recibí, supongo que hace mucho, los paquetes con todos sus envíos. Digo "supongo" porque desde ese día, con los obligados intervalos de uno que otro viaje y una que otra tarea, me he dedicado largamente a leer sus libros. Preferí no escribirle hasta no terminar con todo lo que había recibido. Ahora que entro en la deliciosa tarea de releer mis textos preferidos (y son tantos que será como leerlo todo de nuevo) no quiero demorar más una carta que me llena de alegría y de orgullo escribirle.

En estas islas a veces terribles en que vivimos metidos los sudamericanos (pues la Argentina, o México, son tan insulares como su Cuba) a veces es necesario venirse a vivir a Europa para descubrir por fin las voces hermanas. Desde aquí, poco a poco, América va siendo como una constelación, con luces que brillan y van formando el dibujo de la verdadera patria, mucho más grande y hermosa que la que vocifera el pasaporte. Creo que en Buenos Aires me habían hablado de usted (Borges, quizá, o algún poeta joven ya muerto); el hecho es que nunca tuve sus obras al alcance de la mano. Tuve que venir aquí y descubrir un día Oppiano Licario, para mi asombro y maravilla. Y ahora he leído sus poemas, su *Analecta*, he completado casi *Paradiso*, y todos estos meses lo he tenido a usted bajo la luz de la lámpara, leyéndolo y releuyéndolo, y admirándolo cada vez más.

No crea que me dejo llevar por un entusiasmo indiscriminado, porque puestos a charlar usted y yo (ojalá lo hagamos un día) tendría muchos reparos que oponerle, muchos cortes que dar en esas tapicerías infinitas que son sus relatos y sus poemas. Lo que me importa decirle es que el placer, el contentamiento que me da su lectura supera indeciblemente los pareceres locales, el no estar de acuerdo con un punto de vista aquí y allá, con una manera de decir o una técnica de trabajo.

En una carta no sé explayarme demasiado. Creo que lo que más me trastorna y me conmueve en sus obras es la situación central en que usted infaliblemente se coloca, y que siento mucho más honda y esencial que el punto de mira habitual en los escritores análogos. La terrible dificultad que plantean muchísimos poemas y muchísimas prosas suyas, el peligro incesante de perder el hilo conductor, de extraviarse, de entender mal o entender a medias —que es quizá peor—viene, me parece, de que usted no está nunca dispuesto a conceder nada, porque conceder significa automáticamente renunciar a esa situación central a la que ha llegado por obra de toda su vida y toda su sensibilidad, esa situación central que le permite aprehender todos los puntos de la circunferencia con una misma sagaz felicidad. He visto en París cómo un lector inteligente y sensible retrocedía desamado ante los primeros ensayos de *Analecta del reloj*, un vértigo que conspiraba contra su amor propio lo obligó a desligarse del resto de la lectura con pretextos cuya debilidad alcancé a adivinar. Por mi parte, me creo invulnerable al desconcierto, y en muchos pasajes de *Analecta*, de "La fijeza" y de "Aventuras Sigilosas" (¡oh, delicia descubrir a mis camaradas de infancia, a Cocardasse y Passepoil!) he tenido que rendirme tristemente a mi incapacidad para juxtaponerme al punto de vista de usted; excéntrico a ese punto, todo el sistema se me escapaba. Creo, sin embargo, que aún en los pasajes menos inteligibles para mí, he sentido siempre la inminencia de la comprensión, por eso he de releer muchas cosas suyas, confiando en llegar un día acercarme un poco más a tanta riqueza. "Las imágenes posibles" (en *Analecta*) me fascina particularmente por la dificultad que me plantea y a la vez, lo mucho que ya me alcanza y me propone. (Anecdóticamente he de agregar que su lectura se vio singularmente complicada por una caprichosa disposición de los cuadernillos del ejemplar que tengo, y que obligó a andar y a desandar camino varias veces...)

De todo lo que he leído me queda el sentimiento jubiloso de haber encontrado alguna vez un escritor en quien se aunara el desposeimiento, tal como lo entendía Mallarmé, con la sobreabundancia prodigiosa de sustancia viva y espiritual que hace la grandeza de lo mejor del surrealismo. Quiero decir que muchas páginas de *Paradiso* o de *Analecta* me daban la sobrecogedora impresión de estar leyendo los cuadernos de una esfinge o de un centauro, de alguien en quien la *Prose pour Des Esseintes* coexistiera con *Nadja* o con *Les Chantes de Maldoror* (todo esto a entender con la máxima latitud, y sin referencia concreta a Bretón o al Conde; más bien la sensación de un encuentro de dos actitudes cotidianamente hostiles, el alquitaramiento de esencias y principios sutiles, y el estallido jugoso de la pasión americana, de la presencia de la tierra y el pez y el vecino de al lado. Todo esto tiene mucho de milagro).

Ahora voy a la Argentina, donde pasaré dos meses y donde hablaré de usted con mis amigos. Me pregunto si allá se podrán encontrar fácilmente sus libros; presumo que no, porque conozco las miserias

del oficio editorial y las sórdidas conspiraciones contra todo lo bueno. Pero de todos modos tendré mis propios ejemplares para darlos a algunos poetas que sé finos y sensibles, y que como viven en Buenos Aires no saben lo que pasa en La Habana. En cuanto a lo que Me pide para Orígenes le agradezco mucho que quiera publicar algo mío. Yo creo que usted mismo puede elegir de entre lo que le envié, que es inédito, salvo algunas "historias de cronopios y de famas" que salieron en Ciclón. De modo que haga como le parezca mejor, y yo tendré la alegría de leer en su revista los textos que sabré sus preferidos. Por cualquier cosa le pongo al pie mi dirección en la Argentina. Estaré de vuelta en París en noviembre, y volveré a escribirle largo, después de las relecturas que deseo y necesito. Un gran abrazo de su amigo

Julio Cortázar.

Julio Cortázar, Gral. Artigas 3246, Dto. 7, Buenos Aires.

Si no le parecieran bien para Orígenes los textos que ya tiene dígame. Le enviaré otras cosas con mucho gusto.

A Jean Barnabé

CLAUDE Bernard, 7 de agosto de 1957

Querido Jean:

Aquí nos tiene, en pleno viaje desde ayer. Voy a mandarle estas líneas desde Vigo, donde hacemos escala mañana, para confirmar nuestra llegada a Buenos Aires el 25. El día antes, claro está, hare escala en Montevideo. Aquí no saben decirnos a qué hora llegaremos y cuánto nos quedaremos. Ya se imagina cuánto nos gustaría encontrarlos en el puerto aunque sólo tuviéramos tiempo para charlar un rato en un café y hacer planes. Creo que lo mejor sería que usted telefonee a la compañía uno o dos días antes. A lo mejor hasta hay tiempo para comer en algún boliche del centro... Pero de todos modos siempre podremos estar un rato juntos.

Su carta me trajo una nueva alegría, sobre todo porque desde las historias editoriales con Caillois me había quedado bastante mal humor y una gran sensación de injusticia por lo que a sus traducciones se refiere. Sigo convencido de que si Caillois las hubiera leído convencido de que eran de mi "traducteur-maison", no hubiera dicho nada en contra. En el fondo, a los hombres de su tipo lo que les molesta que otros "les saquen ventaja", y hagan las cosas antes que ellos... De todos modos acepto contra mi voluntad su opinión y los plenos poderes que me da usted, tan generosamente: las traducciones ya están en manos de Mlle. Laure Guille, traductora profesional y excelente persona, quien ha prometido leerlas y cotejarlas con el original. Como le gustan mis cuentos (pero de ahí a sentirlos y vivirlos como usted... eso lo pongo en duda) pienso que podrá darnos un buen punto de vista "á la française". Hemos quedado en que a mi vuelta caminaremos juntos el resultado de su examen (un peu chinois, hein?).

Esta chica ha traducido a Borges, lo cual puede ser una recomendación... En fin, veremos.

Me gusta tanto lo que me dice de la música y el equilibrio. Durante años prefería la música a cualquier otra cosa en los momentos de crisis. Después he cambiado un poco: ahora busco sus formas extremas (la música concreta, o Webern) y sus modos más arcaicos (el canto gregoriano, Pérotin) como una incitación más que como un sedante. Pero entiendo muy bien que usted se alimente de Vivaldi y de Bach, y cuento con mi cubierto al lado del suyo, alguna noche. Aquí Aurora me interrumpe para pedirles que les diga cuánto se alegra (y yo me sumo a su alegría) por la veraniega llegada de otro pequeño o pequeña Barnabé. Pobre Jean-Philippe, tendrá que pasar por las tristezas y los celos de todo hermano mayor. Pero él ya ha descubierto el mundo, los pinos de Carrasco, la playa, y empezará a vivir consigo mismo, admirándose como todo ser humano normal y sintiéndose muy superior al resto de la humanidad. Si el hombre no se pegará su yo como un molusco, habría desaparecido hace rato, mal que

le pese a las filosofías indias...

Creo que tiene usted razón en lo que me dice sobre la necesidad de "escribir largo". Lo malo es que si empiezo —y creo que voy a empezar ya mismo, quizá a bordo o en B. Aires—, la vaga idea general que tengo de un libro¹⁵⁹ se va a traducir en cientos y cientos de páginas ¿Hay derecho a hacer cosas así? En fin, mientras a mí me satisfaga, y a algún amigo, el resto tiene poca importancia.

Tengo tantos deseos de charlar con Marta y usted, ojalá podamos combinar todo de la mejor manera. Hasta dentro de unos días con los cariños de Aurora y un abrazo para los dos de

Julio

A Jean Barnabé

BUENOS Aires, lunes 4 de noviembre de 1957

Querido Jean:

Ustedes se habrán preguntado por qué nuestro avión tardó en despegar. Vale la pena que se lo cuente, aunque más no sea para "indemnizarlos" del largo rato que tuvieron que esperar. El episodio es divertido, y vale como muestra de la organización rioplatense. Ocurrió que nos sentamos todos, y entonces vino un señor y nos contó como se cuentan las ovejas de un rebaño. Al llegar al último dio un salto de sorpresa. En su lista había 29 pasajeros, y no éramos más que 28. Todo el mundo miró debajo de los asientos, en los bolsillos, pero siempre faltaba uno. Consultadas las listas, el ausente resultó ser una señora llamada Isabel Olo. Por más que gritaban su nombre nadie respondía. Hubo una pausa dramática, y subió al avión un funcionario de aire policial, quien nos miró como si fuera a electrocutarnos séance tenante, y luego pronunció las siguientes palabras: "Señores, no me explico lo que ocurre. Voy a leer la lista de pasajeros, y ustedes levantarán la mano a medida que los nombre". Con gran espíritu de colaboración (y maldiciendo en voz baja a la señora Isabel Olo) empezamos a levantar la mano como chicos de cuarto grado. La lista parecía haber sido escrita por un chico de quinto grado, de modo que el ambiente escolar era perfecto. Para darle una idea de cómo las gastan los empleados de Aerolíneas, Pluna, o quién sea, le diré que Aurora se convirtió en "señora Aurora Beralde", y yo en señor "Julio Carlaza". Varios otros pasajeros reconocieron con idénticas dificultades sus nombres, pero al final todos menos uno levantamos la mano. El menos uno se levantó, rojo como un pimiento, y dijo que él era el señor Israel Boló. No era necesario un gran esfuerzo intelectual para darse cuenta de que el pobre Israel Boló había sido transformado por el autor de la lista en la señora Isabel Olo. Ya se puede imaginar las risas de algunos, la indignación de otros, y el ambiente general de tomada de pelo que reinaba en la aeronave.

El resto del viaje fue sans histoire, y aquí estamos desde hace un par de horas, trasladados a este húmedo y poco agradable Buenos Aires, desde donde Carrasco, Punta del Este y ustedes parecen ya un poco mitológicos, tan diferente es este clima del de los días que pasamos con ustedes. Pero yo, trabajador infatigable (?), me he precipitado ya sobre el catálogo de microsillons, y aquí va el resultado de mi encuesta. Primero, no hay Ofrenda Musical. Es decir, hay un disco donde han metido (como en un avión de Aerolíneas) el Ricercare de la Ofrenda, una Fuga y el cuarteto N° 17 de Beethoven, todo ello por el conjunto de Munchinger. No lo ofenderé suponiéndolo capaz de elegir semejante miscelánea.

Me he fijado entonces en el concierto para dos violines. Hay tres versiones: la de Menuhin con De Vito y la Filarmónica de Londres; la de Stern con Schneider y la orquesta del festival de Prades la de Grehling con Hendll y la orquesta del Sarre. Como ve, la antigua grabación de Menuhin con Enesco no ha sido repiquéé. Pienso que en Disques puede haber alguna crítica que lo guíe para elegir, y me gustaría que me ponga dos líneas al respecto.

(Descarto la idea de llevarle cuartetos de Bela Bartok, porque sólo salió la integral en 3 discos por

el cuarteto Vegh, y me dice un amigo musicólogo que además está agotada en plaza.)

Si no tiene ganas de escribirme por el asunto de los discos, no se preocupe demasiado, pues yo veré ya de encontrar algo que pueda resultarle agradable y que no figure todavía en su discoteca. Pero preferiría que me diera una opinión.

Bueno, ahora espero que el Conté Grande nos dé otra oportunidad de vernos otra vez, aunque sólo sea por un rato. De estos días que pasamos con ustedes no le diré nada porque, como le comentábamos anoche en el auto, lo mejor y más puro de algunas amistades está hecho de silencio. Pero me consta que Marta y usted saben leer como nadie esos silencios.

Un gran abrazo,
Julio

1958

A Jean Barnabé

PARÍS, 15 de febrero de 1958

Querido Jean:

Le escribo en la cama, con una grippe du tonerre. Le aconsejo que pulverice estos papeles con ácido fénico u otro desinfectante, que deben hervir de microbios. Qué cosa jodida es una grippe. Primero son cuatro o cinco días en que uno no está dans son assiette (Aurora dice que dado mi tamaño debería decir plai). Después se tapa la nariz (2 días), cuando se destapa, c'est le Niagara. Y como consecuencia un terrible dolor de oídos (3 días). Cuando esto pasa, empieza el dolor de cabeza (2 días pero esto sí es el infierno). Al final uno se queda en la cama, incapaz de mover una mano, y maldiciendo las enfermedades "ligeras", que al final son las peores. Pero basta de feuilles de température. ¿Cómo están ustedes? Queremos noticias de Marta, aunque sean dos líneas. Me imagino que no tendrán mucho tiempo para escribir, pero sólo pido unas pocas palabras.

Aquí todo sigue parejo —salvo los precios—. Es para agarrarse cabeza, y cada día uno se pregunta cómo pueden vivir los obreros, las dactylos y los empleados... La Unesco aumentó sus sueldos, pero ni así alcanza. Por eso es preferible hablar de Eugenia Grandet. Yo he trabajado mucho (y creo que bien) en la novela que empecé en el Claude Bernard. El viaje de vuelta en el Conté Grande me permitió adelantar bastante, y aquí he trabajado sobre todo los fines de semana, porque en la Unesco me tocó una tarea de "editor español" de las Actas de las Conferencias que era sencillamente embrutecedora. Pero ya la terminé, justo a tiempo para "enchaîner" con la gripe... La novela tiene ya 300 páginas (¡horror!) y tendrá unas 450 en total. Creo que a usted le va a gustar a fondo. La escribo, además, para lectores como usted. Del resto je m'en fous plus que jamais.

Laure Guille ha traducido "Lejana" y "Las puertas del cielo". Acabo de ver su versión de "Lejana". Hay cosas que me gustan y otras que usted resolvió mil veces mejor que ella. Laure es la primera en sostener que usted acierta siempre en los pasajes más difíciles. En otras partes, ella traduce "plus Francais", lo cual hará la delicia de los Caillois et autres... Según parece, los cuentos están a la moda en Francia, de modo que veremos si a algún editor le interesan los míos. Todavía no sé si Sudamericana se decidirá a publicar "El perseguidor", y los otros tres relatos que les dejé al venirme. Supongo que no tardaré en tener una respuesta. No soy optimista.

Hemos tratado de ponernos un poco al día en materia de teatro. Vimos un Henri IV de Pirandello muy bien dado por Vilar, y Ce soir on improvise por Sacha Pitoeff. El music-hall nos dio el placer de escuchar a Trenet y a Léo Ferré (pero éste último pasa de lo bueno a lo pésimo con una facilidad lamentable). Había un estupendo concierto del Modern jazz Quartet (¿lo conoce?) pero mi malvada grippe no me dejó ir. Mis "Historias de cronopios y de famas" —que creo que ustedes no conocen— fueron leídas ayer en alemán por la radio de Sarrebrück. Me pregunto cómo habrá reaccionado el público... Parece que tengo éxito en Alemania. Una lujosa revista de Berlín ha publicado "La noche boca arriba", y me hablan de una posible edición, en Zürich. Sería divertido.

Jean, mándenos noticias domésticas pronto. Aurora y yo abrazamos con todo cariño a Marta y esperamos sus noticias. Cariños a Jean-Philippe y a Madame Barnabé, que espero estará muy bien. Un gran abrazo

Julio

A Paul Blackburn

PARÍS, 20 de abril de 1958

Dear cronopio Paul,

As you wrote me in a magnificent Spanish, I am going to answer in a no less remarkable English. I suppose that a half dozen of good dictionaries and a great deal of patience will help you to decipher this letter. ¡Salud, amigo! (This little Spanish is just to get my second wind, as they say.) Paul, I was very happy reading your kind and highly imaginative letter, so I immediately proclaimed you one of the biggest cronopios that ever lived under Helios. Edith had told me you were a muy simpático y macanudo muchacho (macanudo means nice and especially a very reliable and trustworthy pal. Am I getting well with this letter?). Yes, she told me that and a lot more, but your letter went beyond my expectations. A man able to write such a delightful Spanish must be quite a guy. The only thing that escaped me was your translating of a "caballeriza llena de mexicanos". I know Mexicans love horses very much, as we Argentines do, but a horse-stable full of Mexicans too much for me. Really, I feel quite perplexed there.¹⁶⁰

Estoy esperando ansiosamente que llegue The Dissolving Fabric (I like the title). Tengo muchos deseos de leer tu poesía, y sentir así lo que verdaderamente eres, puesto que ahí estarás todo entero como poeta, así como en tu carta estás todo entero como cronopio. Yo me voy el 27 a Grecia por un mes, de modo que no te extrañes si tardo en escribirte de nuevo; no será ni olvido ni indiferencia, sino que andaré lejos. Me alegro de saber que traduces a Arreóla y a Paz, sobre todo Paz es un poeta que me gusta mucho, y un muchacho excelente. Pero el día que quieras leer a uno de los más grandes poetas en lengua española lee a César Vallejo. Me imagino que ya lo habrás hecho; y quizá Edith te habló de él, porque lo quiere mucho. Eso sí, es muy difícil. Speaking of difficult poets, I have been reading for a long time Wallace Stevens' poems. Sometimes I like them a lot, sometimes I find them rather overworked, if that is the word for a poetry like his. (This tywriter gets funny ideas sometimes.)¹⁶¹ Cuando digo "overworked" quiero decir demasiado fabricado, demasiado artificial; creo que no es la palabra justa, por eso te explico. Pero en cambio casi siempre me gusta la música de Stevens. En cambio otros poetas americanos famosos, como Frost, me dejan frío. Me gusta mucho Hart Crane, pero es difícil. ¿A ti te gusta? Oye, escíbeme en mayo así a la vuelta de Grecia encuentro una carta tuya. Gracias por querer publicar (y que paguen) cosas mías. Salud, amigo Paul, y hasta pronto con un abrazo,

Julio

Turn over please!

Aquí están los datos que me pides: Soy argentino, pero nací en Bélgica en 1914. Hice de todo en esta vida: fui profesor, traductor público, gerente, hice un poco de periodismo, y en París me gané la vida como pude hasta que entré como traductor en la Unesco (pero no soy empleado full-time, just a happy free-lance, so help me God!)

Publiqué dos libros de cuentos: Bestiario y Final del Juego (Buenos Aires, 1951; México, 1956). Un poema sobre el tema del Minotauro, que se llama Los Reyes (Buenos Aires, 1949). He escrito dos novelas inéditas: El examen y Los premios. He escrito también un libro sobre la poesía de John Keats, pero para mi gusto personal sobre todo (no se lo muestro a nadie).

Lo último que publiqué fue una long short-story (60 páginas) que se llama "El perseguidor" y que se basa en la vida de Charlie Parker. Me gusta mucho, y si quieres te lo mandaré, pero tendrás para dos horas de lectura, pobre... (Creo que se va a publicar en Le Temps Modernes, apenas lo traduzcan al francés.)

A Jean Barnabé

ESTAMBUL, 29 de abril de 1958

Querido Jean:

Inquieto por su silencio, llamé a su padre dos días antes de largarnos de París rumbo a Turquía y Grecia, y supe por él la buena nueva del nacimiento de Francois. ¡Hurra! Un gran abrazo para Marta, y nuestra alegría de que todo haya pasado perfectamente. En cuanto a ustedes, al día siguiente de hablar con M. Barnabé, me llegó su carta con toda clase de noticias. Lamento no poder repetir el ¡hurra! tratándose de una tía. Bueno, de todos modos ya se me ha pasado la inquietud que me daba tanto silencio. Una o dos veces estuve por escribirle de nuevo, pero también nosotros anduvimos con la vida bastante complicada. La madre de Aurora se enfermó, y en un momento dado leímos que Aurora tendría que volar a B.A. Cancelamos los billetes para Grecia, y nos resignamos a separarnos por varios meses y perder las vacaciones. Por suerte las cosas se arreglaron allá y pudimos finalmente venirnos juntos. Hace dos días que estamos en Estambul, y mañana salimos para Atenas. Nos quedaremos todo mayo en Grecia. Pas mal, eh? Aquí, como es natural, volvimos a sentir la presencia obsesionante del oriente. Los turcos se visten a la europea y tienen un dinamismo casi francés, pero paralelamente se siente ese otro tiempo oriental, esa calma imperturbable, esa deferencia hacia el extranjero que a veces es casi desdeñosa (o al menos uno se lo imagina). Santa Sofía es más hermosa de lo que la imaginación y la literatura me hacían esperar. Es una inmensa corona de oro suspendida sobre la cabeza del que entra y se detiene bajo la cúpula. Tiene algo de colmena, de piedra preciosa facetada; es un poco como ver el mundo desde el centro de una amatista. (Escribo todas estas imágenes antes de arrepentirse de ellas.) Esta mañana vimos los prodigiosos mosaicos de lo que era la iglesia de San Salvador en tiempo de los bizantinos y ahora se llama Keriye y es una mezquita. Los mosaicos son del siglo XII y XIII, y aunque los turcos los destruyeron bastante, lo que queda es suficiente para justificar el viaje a Estambul. Y además la ciudad, el puente de Gálata hormigueante de gente, el olor de las especias y el chiche-kebab. Los bazares cubiertos, especie de laberinto interminable donde todo se cuenta por millares: tapices, narguilehs, joyas, dulces... De noche, el Cuerno de Oro y el Bósforo la parten por la mitad a la bahía de Río de Janeiro. Hay algo así como 400 mezquitas; hacia cualquier lado que se mire saltan los minaretes, y a las 4 de la tarde se oye el clamor del muezzín. Sí, es el oriente (hasta por las peleas con los taxis, que pretenden cobrar el triple, y la superbolsanegra en todas las esquinas...). Ahora será Grecia, espero escribirles desde allá. Aurora los abraza y los felicita. Salaam, Effendi! Terri Turqut Ergiu, KaJ-a Knafor galatasaray eczanési. (Palabras copiadas de los carteles que veo desde el café donde escribo.) Un gran abrazo

Julio

A Kathleen Walker

PARÍS, 26 de octubre de 1958

Kathleen Walker, ¹⁶²

Editor, Américas,

WASHINGTON D.C.

Estimada señora:

Acabo de recibir su carta del 21 del corriente. Lamento mucho decirle que lo que en ella se califica de "little judicious cutting", y especialmente las "condensations" tan hábilmente llevadas a cabo por los esfuerzos conjuntos de dos editors de las ediciones española e inglesa de Américas, me parecen mutilaciones inaceptables desde todo punto de vista.

Sé muy bien que mi cuento¹⁶³ es demasiado largo para la revista. Pero cuando el sastre me prueba un traje que no cae bien, no se le ocurre pedirme que me corte las piernas o reduzca a cinco el número total de mis costillas. Del mismo modo, un vendedor de marcos no pretenderá que un pintor suprima varios centímetros de su tela para que encaje exactamente en el modelo disponible. En este caso el marco es Américas, y si mi cuento es realmente tan digno de ser publicado como lo señala la última frase de su carta, el marco debe servir a la tela, y no viceversa. Lo contrario será, quizá, excelente periodismo; pero ya se sabe que del buen periodismo sale la mala literatura. No me crea vanidoso ni pedante. Deseo simplemente dejar constancia de que para mí un cuento no se diferencia intrínsecamente de un poema, en el sentido de que sus valores rítmicos, la estructura de la frase y el desarrollo de la acción deben cumplir sobre el lector un efecto de carácter análogo al de la poesía. Si yo aceptara, por ejemplo, la "condensación" de las últimas líneas de la P.2, que me propone usted, también cabría aceptar que el comienzo de *Burnt Norton* fuera condensado" en la forma siguiente:

Time present and (time) past

Are (both) perhaps present in (time)future,

*And (time) future contained in (time) past*¹⁶⁴

Dudo mucho de que T. S. Eliot aceptara esa condensación que, sin embargo, es un buen trabajo de pre-edición.

Sé muy bien que en los EE.UU. las alteraciones de este tipo son de práctica corriente. Stephen Spender las denunció hace años en un magnífico ensayo publicado en *Horizon*. En la Argentina y en Francia creemos que Spender tenía razón y que nadie, ni siquiera por razones de estilo, tiene derecho a alterar un texto literario, pues un escritor debe cargar con sus defectos tanto como con sus méritos, y el único juez de ellos ha de ser el lector. Personalmente me hubiera parecido muy razonable que Ud., por razones literarias, me sugiriese cortes y condensaciones de mi cuento. Lo que me subleva, y me obliga a contestar negativamente a su carta, es que esas modificaciones proven gan tan sólo de una falta de espacio. ¿No hubiera sido mucho más simple no publicar el cuento, o publicarlo con caracteres más pequeños para que cupiera en el espacio disponible?

Excúseme la vehemencia de esta carta, pero definiendo en ella algo que creo esencial a la definición misma de lo que debe ser un escritor. Nada podría agradarme más que la publicación de un cuento mío en Américas, cuyo amplísimo público lector conozco y respeto. Deploro, pues, que los términos que se me proponen me resulten inaceptables.

No quiero terminar esta carta, señora Walker, sin agradecerle a título personal su gentileza para conmigo, y el esfuerzo que ha cumplido en mi favor. Créame su amigo invariable, y acepte mis mejores saludos,

Julio

P.D. Devuelvo adjunto el formulario incluido en su carta.¹⁶⁵

A Perla Rotzait

PARÍS, 17 de noviembre de 1958

Querida Perla:

Hace ya mucho tiempo que, al abrir un pequeño sobre que candaste, el sutil contenido ceniciento me arruinó uno de los mejores chalecos que jamás haya tenido. Desde ese día, créeme, no he podido olvidarme de vos. Si pudieras penetrar en mis pensamientos —sobre todo los primeros días— estoy seguro de que te echarías a llorar. Por lo menos, cada vez que he conseguido expresarlos en forma de palabra he visto en la cara de Aurora una expresión rayana en el extravío, por eso creo justo agregar que

en varias ocasiones te escribí, dándote a conocer mis sentimientos, pero las cartas fueron interceptadas por mi amante esposa, que no sé por qué se negaba a que yo las llevara al correo. Todos mis esfuerzos por despacharte un paquetito con una selecta media docena de escolopendras hambrientas, se vieron malogradas por los reglamentos del correo francés, que evidentemente carece de todo sentido del humor. Como tampoco aceptan bombas, tuve que resignarme a modelar figurillas de cera en mis ratos de ocio y a esconderlas de Aurora, que se empeña inexplicablemente en sostener que tu envío no justifica mi entusiasmo por responderte en forma igualmente inspirada. Me extraña mucho en Aurora; yo la creía dueña de una gran fantasía y me resulta una timorata cualquiera.

De todos modos, creo que ha llegado el momento de que te mande unas líneas sin que tengas necesidad de ponerte guantes de goma para sostener el papel (las recetas de Catalina de Médicis están desprestigiadas, uno se toma una pastilla de aureomicina y se ríe de Renato el Florentino y otros envenenadores célebres). Contribuye a mi amable estado de ánimo el hecho de que, aprovechando una semana que pasé en Londres trabajando para la policía internacional, pude recorrer Bond Street y comprarme un nuevo chaleco, muy superior al contaminado por tu gentil ofrenda. Para esbozar una descripción, te informo de que es de tartán escocés (clan de los Mac Guloughans), y que ostenta en el lado izquierdo el escudo de Edimburgo, a la derecha las armas de la princesa Margaret, y los siete botones representan otras tantas escenas de la familia real a la hora del té. Con eso he conseguido olvidar a la víctima de tu magia, que en realidad era un chalequito de poca monta, verde y violeta, él, con vivos amarillos.

Desde el glorioso día en que nos estuviste estornudando entre tres y cuatro horas, oh monstruito, han pasado muchas cosas, de las que estarás más o menos enterada. Nos pasamos todo el mes de mayo en Grecia, luego Aurora se fue a Viena, a fusionar materias radioactivas, yo a Londres a combatir el tráfico del opio a la sombra de Scotland Yard, y finalmente nos dimos cita en Venecia, el mes pasado, y nos encontramos románticamente en la Piazza San Marco, con el maravilloso sol de otoño y una sensación que si no es la felicidad debe andar cerca. Ahora atravesamos laboriosamente la conferencia general de la Unesco, hasta el 5 de diciembre en que recobramos la libertad. Estamos muy contentos por la próxima llegada de Eduardo (dejando aparte las razones de su viaje, que son bien tristes, y que vos conocés de sobra); también viene Jorge D'Urbano, que es un viejo amigo mío, además se habla mucho de la venida de los esposos Rotzait, pero eso yo quisiera que alguien me lo confirmara oficialmente (y sin talco, de ser posible). De verdad, esperamos que nos avisen si vienen, y cuándo llegan (para encargarnos las orquídeas y la banda de música; yo además pienso preparar una improvisación de ocho páginas cuerpo dieciséis, en verso si me ayuda el estro). En estos últimos tiempos, cada vez que Aurora y yo hemos pasado una tarde agradable andando por las orillas del Sena, o nos hemos metido de noche en algún cafecito, a los dos nos ha ocurrido pensar al mismo tiempo lo grato que sería tenerlos a ustedes con nosotros, para compartir un poco esta inmensa burrada que es París, que está tan hermoso en invierno como en verano, y que es cada vez más la caída de la estantería. Damián vino ayer a buscarnos con su verde Dauphine, y charlamos mucho mientras tomábamos café al lado de la Place... Dauphine. (La monotonía no quita el encanto, en este caso.) El otro día, pasando por la placita Furstenberg, Aurora se acordó de que a Enrique le gustaría vivir en ella. Yo sostuve que él prefería la isla San Luis. Llegamos a la conclusión de que tenía muy buen gusto de cualquier manera. Este papel empieza a ladearse; o la casa se está cayendo o la hoja se está acabando. Prefiero creer lo segundo, mandarle un gran abrazo a Enrique, y decirte que te queremos mucho y que los esperamos. No me guardes rencor por mi largo silencio; sería mucho más horrible si supieras de cuántos fragores y sordos ruidos se componía este silencio. Pero todo está olvidado, cual el talco derramado. Muchos cariños de

Julio

PARÍS, 17 de diciembre de 1958

Querido Jean:

Sería casi absurdo que le pidiese disculpas por mi largo silencio porque esto ya no se arregla con disculpas. Me he portado mal, y no hay nada que hacerle. Podría acumular excusas, algunas de ellas bastante válidas; pero quedaría en pie el hecho de que mandar dos líneas cuesta más de un cuarto de hora... Lo malo es que uno acaba por no escribir porque cada vez que siente que debe hacerlo, tiene ganas de escribir una carta larga y detallada, lo que supone largo tiempo y condiciones psicológicas propicias. Supongo que nada de esto le es ajeno, y que le deben pasar cosas muy parecidas. Pero de todas maneras me siento avergonzado por estos meses de silencio, y ahora que estoy libre (el viernes pasado terminé mi último contrato con la Unesco y no volveré a trabajar hasta la primavera), lo primero que se me ocurre es mandarle estas líneas para que sepa que no los olvido y que tengo muchas ganas de recibir sus noticias.

Creo recordar que le mandé unas líneas desde Estambul o desde Atenas. Cuando volvimos a París, empezó una época muy agradable a pesar de la oficina, porque trabajé mucho en mis cosas y seguí explorando esta ciudad infinita. En septiembre Aurora se fue por cinco semanas a Viena, para hacer traducciones, y yo a Londres, donde se reunía el Interpol y había trabajo. Terminadas nuestras tareas, nos citamos románticamente en Venecia, y nos encontramos una mañana de sol en la Piazza San Marco. Volvimos a conseguir una pieza en la Bensione dei Dogi, debajo de la torre del reloj, y estuvimos ocho días maravillosos andando por una Venecia asoleada, otoñal, sin turistas casi. Esa deliberada repetición de algo que ya habíamos vivido en 1954 tenía sus peligros, porque el tiempo ha pasado y uno se acuerda de Heráclito... Sin embargo, volvimos a sentir la misma maravilla de abrir por las mañanas el balcón de nuestro cuarto y ver, ahí a quince metros, los caballos de bronce de San Marco, la laguna en el fondo, y oír el murmullo de las palomas y la música de las orquestas de los cafés. Fuimos a Torcello, donde hay una de las vírgenes bizantinas más hermosas; y dedicamos todo un día a Padua, es decir a Giotto, Mantegna y Donatello.

Después empezó aquí la conferencia general de la Unesco, y pasamos un mes bastante infernal, a pesar de que el nuevo edificio es magnífico y estamos muy cómodos, sin contar que vamos y venimos a pie desde casa. De todos modos hay un momento en que uno está más que saturado, y la libertad que tengo desde fines de la semana pasada me parece casi demasiado hermosa. Salir a las once de la mañana a la rué de Sévres, vagar por Montparnasse, entrar en la galería Jeanne Boucher, tomar un vinito tinto en un bistrot de la rué Gaité... Y por la noche ir al teatro o al cine sin el problema de tener que madrugar al otro día... Pero lo que más me gusta es saber que voy a poder ponerme a escribir a toda máquina. Tengo un montón de cosas "en chantier", algunas bastante terminadas y otras en estado de proyecto o borrador. Terminé una larga novela que se llama Los premios, y que espero leerán ustedes un día. Quiero escribir otra, más ambiciosa, que será, me temo, bastante ilegible; quiero decir que no será lo que suele entenderse por novela, sino una especie de resumen de muchos deseos, de muchas nociones, de muchas esperanzas y también, por qué no, de muchos fracasos. Pero todavía no veo con suficiente precisión el punto de ataque, el momento de arranque; siempre es lo más difícil, por lo menos para mí. También he escrito algunos cuentos. Uno muy breve (una página y algunas líneas) va a salir en le N.R.F., traducido por Caillois.¹⁶⁶ Ya parece que Les Lettres Nouvelles publicarán finalmente uno de los cuentos de Bestiario que les ha llevado Laure Guille. En la lujosa y muy mediocre Anthologie du Fantastique (Club du Livre), hecha por el mismo Caillois, que no entiende nada en la materia, está incluido "La noche boca arriba", traducido por René F Durand con el título de "La nuit face au ciel". Es una buena versión, pero por un lamentable descuido de Caillois el cuento salió con una errata en las últimas frases, que lo estropea bastante. De todos modos tuve la alegría de que un señor Jacques Sternberg, reseñando la antología en France Observateur, dijera que mi cuento es (sic) "un cauchemar d'une telle densité qu'il

rejetta au rang de la plaisanterie littéraire une bonne partie des récits qui lui sont opposés...”¹⁶⁷ Y si se piensa que entre los autores figuran Dickens, Villiers, Poe, Borges, Balzac, Mérimée, etc., creo que no puedo quejarme, aunque el bueno de Sternberg exagera.

Aparte de eso, Aurora y yo decidimos después de mucho pensarlo comprar un auto para empezar a ver un poco de Francia, que desconocemos casi por entero. Tenemos una Peugeot 203, que espero nos dará buenos resultados. Es un coche de línea ya vieja, pero sólido y relativamente barato. Por el momento no tengo ningún placer en manejarlo porque paso por toda clase de terrores en las calles de París, que es el peor sitio imaginable para habituarse a manejar. Le envidio a usted su magnífico dominio del auto, y sé que jamás llegaré a manejar bien; aspiro solamente a no incurrir en torpezas peligrosas, y poder andar a 60 o 70 kilómetros por hora en la carretera. Ayer hicimos nuestra primer escapada fuera de París; bien modesta, por cierto, pues consistió en salir por la Porte d'Orléans y llegar hasta el Parc des Sceaux. Pero ya noto que voy teniendo más seguridad en el volante, y Aurora, por su parte, ha empezado a tomar lecciones en una escuela de Montparnasse. Puede ser que un día el auto me produzca algún placer; por el momento creo que no hay nada como el métro.

Nuestros planes para 1959 son muy nebulosos todavía. Nos gustaría hacer un viaje triangular, Nueva York-Buenos Aires-París. Paso habría que conseguir un contrato de trabajo en las Naciones Unidas, pues de lo contrario no hay dinero que alcance. Espero noticias por ese lado. Si no resulta, iremos de todos modos a la Argentina en el '59, pero no sabemos en qué momento; quizá a fines del verano europeo, digamos septiembre. ¿Y ustedes, cómo van las cosas y cuándo vienen a Europa? Por supuesto que el problema es mucho más complicado con los dos niños; pero quizá hayan planeado algo interesante. ¡Cómo nos gustaría poder ir con ustedes en auto a Italia! Sería magnífico tomarse un mes entero para ver la Toscana, la Umbría y el Lació. ¿No habrá alguna posibilidad? Escribame sobre eso, porque los planes hay que decidirlos desde mucho antes, es la única garantía de que se realicen algún día.

París está muy hermoso, y la temporada teatral promete muchas cosas buenas, de las que ya hemos visto algunas. Hay magníficas posiciones, y buen cine. Pero la situación de Francia sigue incierta (por no decir más que eso), y la gente anda malhumorada, crispada, sin saber qué cariz van a tomar las cosas. En cuanto a la Argentina, ustedes estarán mejor enterados que nosotros; pero con lo que sabemos basta para perder todavía más las esperanzas de que eso se arregle a leve plazo... Creo que el Uruguay tampoco pasa por un buen momento. Y no sé qué pensar de los últimos resultados electorales. Cuento con su carta para entender un poco mejor todo eso.

Bueno, Jean, Aurora y yo les mandamos un gran abrazo y nuestros mejores deseos para Navidad y el nuevo año. Ojalá, si M. K.¹⁶⁸ los "brillantes" políticos de los EE.UU. no deciden otra cosa, podamos encontrarnos en alguna parte en un futuro no demasiado lejano.

Otro abrazo fuerte de

Julio

1959

A Amparo Dávila

PARÍS, 20 de junio de 1959

Señorita

Amparo Dávila

Muy estimada amiga:

Muchas gracias por su libro y la tan cordial dedicatoria. He tenido un gran placer con la lectura de *Tiempo destrozado*, que me parece un excelente libro. En la solapa se habla de esta obra como de su tercer libro de cuentos; si es así, admiro la maestría y la técnica que advierten en cada página. Si algo sé, es lo que cuesta lograr plenamente un cuento; en realidad, en cada libro que publico no estoy satisfecho más que con uno o dos de los relatos. Los otros, después de múltiples tentativas, se niegan a adoptar esa forma quizá demasiado perfecta que quisiéramos darles. Y como la forma no existe en sí misma, sino que es más bien la justificación de lo que se escribe, la prueba tangible y estética de que valía la pena escribirlo, hay que deducir que pocos cuentos nacen plenamente vivos, con ese derecho a perdurar en la memoria que es su terrible fuerza y su más exacta belleza. Le digo esto porque en su libro también la tensión es desigual, al lado de cuentos logradísimos, hay otros que titubean y se apoyan más en el tema (siempre feliz, insólito, "uncanny", original) que en la expresión. Me gustaría saber si coincidimos en esto. Los relatos que prefiero son "La celda", "El espejo" y "Moisés y Gaspar". Por supuesto, "Tiempo destrozado" me parece extraordinario, pero toca ya otro plano, no lo creo un cuento sino más bien un poema, algo como ciertas páginas de Leonora Carrington o de Pieyre de Mandiargues. Al lado de los textos citados, el resto me parece sensiblemente inferior. ¿Pero qué importa, cuando se ha tocado ya tan alto?

Me hará muy feliz recibir otras cosas suyas. Aquí en Europa, todo lo que me llega de tierras americanas huele profundamente a vida, a una realidad más primordial y secreta. De nuevo, muchas gracias, y toda mi admiración.

La saluda su amigo,

Julio Cortázar

A Jean Barnabé

PARÍS, 27 de junio de 1959

Mi querido Jean:

Su carta, su tan hermosa carta, llegó a París cuando Aurora yo estábamos en Viena. Un amigo, a quien le habíamos prestado el departamento, nos la envió enseguida, y yo tuve la gran alegría de recibir noticias de ustedes justamente cuando empezaba a preocuparme seriamente por un silencio tan largo. Pero hablando de silencio, ya han pasado más de dos meses. Dos meses muy tontos y absurdos para mí, porque unos pocos días después de recibir su carta, me di un tremendo golpe y me rompí la cabeza del húmero izquierdo (en buen criollo, me fracturé un brazo). No era nada, en realidad, pero un médico vienés, olvidado de que ejercía su profesión en la ciudad de Freud nada menos, hizo una enorme burrada conmigo, diciéndome que no valía la pena enyesarme; me tuvo tres semanas con el brazo en cabestrillo, y cuando me sacaron la radiografía de control, la pequeña fractura se había abierto más de dos milímetros, y había peligro de que el hueso quedara completamente roto. Y esto ocurría dos días

antes de terminar yo mi trabajo en Viena y salir para Italia a tomarnos un descanso y aprovechar el auto por esos caminos toscanos y umbríos que tanto quiero. Se imaginará mi malhumor y mi tristeza al ver que todo se derrumbaba. Me enyesaron ese mismo día, después que yo le dije al médico en mi mejor inglés todo lo que pensaba sobre él y parte de su familia, y tuvimos que volvernos cabizbajos a París. Por suerte el amigo argentino que iba a reunírse nos en Venecia para hacer el viaje italiano con nosotros, subió inmediatamente a Viena, y fue él quien piloteó Nicolás hasta París. Aquí caí en manos de una médica y de una legión de ménades bondadosas, que se apoderaron de mi pobre brazo y lo someten diariamente a las más extraordinarias maniobras, masajes, corrientes eléctricas y otros sistemas de tortura, gracias a lo cual ya puedo escribirle a usted esta carta usando las dos manos. Lo del viaje a Italia fue tan sólo "partie remise", pues nos vamos el jueves que viene, y pasaremos allá más de tres semanas. Le debo estas vacaciones a Aurora, y a mí me van a hacer mucho bien.

Aparte de estos accidentes osteopáticos, que son mi especialidad, lo pasamos muy bien en Viena. Yo tenía un contrato de 3 meses en el Organismo de Energía Atómica, y Aurora practicó el turismo y el estudio detallado de los magníficos museos. Viena está muy bien durante un mes, porque el barroco merece verse, y un museo donde hay 16 Brueghel y 8 Velázquez no se encuentra así nomás; pero pasado un mes y una vez que se ha conocido la Ópera y se han saboreado diversas cervezas, se descubre que la ciudad es bastante provinciana, la barrera del idioma es casi angustiada, y que cuando se tiene la suerte de contar con una casa en París lo único inteligente es habitar en ella lo más posible.

Su carta me alegró y me entristeció a la vez, porque veo que ustedes no vendrán por el momento a Francia, y lo lamento muchísimo, maldito dinero y maldito trabajo, cómo nos fastidia a todos. Nosotros, por nuestra parte, estamos un poco "en el aire". Seguimos dispuestos a B.A. una vez terminada la conferencia de septiembre/octubre en Viena, donde trabajaremos, pero por otra parte no sabemos todavía si tendremos la posibilidad de ir a los EE.UU. y trabajar en la Asamblea de las Naciones Unidas. En este último caso, haríamos un viaje triangular, pero no llegaríamos a la Argentina antes de febrero del año que viene. Todo es muy vago e impreciso; de todos modos, las cosas se decidirán en estos dos meses próximos, y yo lo tendré al corriente. Me gusta muchísimo que ustedes estén dispuestos a ir a B.A. para encontrarse con nosotros. Ahí o en Montevideo, según nos convenga a los cuatro llegado el momento, nos encontraremos. Es tan poco lo que nos vemos, y Aurora y yo los sentimos a ustedes tan amigos nuestros, tan profundamente camaradas, que estos raros y breves encuentros nos parecen, como a usted, una injusticia. Usted me habla de sus amigos, todos ellos tan lejos; yo también dejé a los míos —dos, quizá tres— en Buenos Aires. Verse por pocos días no sirve de mucho, porque el tiempo nos va separando, y no es fácil restablecer de inmediato el contacto, la intimidad, ese acuerdo maravilloso que en un momento dado se reanuda en lo más profundo. Y precisamente en ese momento hay que despedirse... Tuve esa impresión cuando pasamos esos días juntos en Punta del Este, y la volveré a tener cuando nos encontremos de nuevo. Somos tan complicados, nosotros, tan llenos de misteriosos resortes, de resonancias secretas, de alianzas y hostilidades, de encuentros y desencuentros... Jugamos un ajedrez casi demoníaco, y maravilloso. La amistad, esa que sólo se da a unos pocos seres a lo largo de toda la vida, es como una aventura espiritual llena de peligros, de acechanzas, de riesgos... Siempre me maravillan los españoles, que se tutean a los cinco minutos y se declaran íntimos amigos al cuarto de hora... Y están convencidos, y a lo mejor es así. Pero esas amistades hechas de ignorancia mutua, de pura superficialidad, me parecen lo que podría parecerme la relación con una prostituta si se la compara con el amor profundo. No es que yo esté en contra del erotismo puro, desvinculado del amor; muy al contrario, creo que es uno de los caminos importantes por donde se puede salir a la búsqueda de una realidad más completa; pero la amistad no es un mero encuentro en plena calle. De la simpatía a la amistad hay un largo itinerario, que pocos son capaces de seguir hasta el final. Y por eso nosotros tendemos siempre muy pocos amigos, y los queremos tanto.

Usted, que ya ha aludido más de una vez a mi lado "secreto*" y que quisiera descifrarme un poco

mejor a través de la lectura de la novela, me conozco sin embargo mucho mejor que tanta gente o cree estar al corriente de mi vida y mis sentimientos y mis gustos disgustos. Es cierto que soy discreto, y que la gente extravertida me molesta (por eso me molestan los españoles, como a usted, si no me equivoco). Pero en el fondo, Jean, lo que ocurre es que en mí no hay mucho de interesante, no hay mucho que mostrar ni que contar. No crea que me hago el interesante, o que pecho de modesto. Lo que escribo es sobre todo invención, y es invención porque no tengo nada que recordar que valga la pena. Entonces, aprovechando un cierto don que me ha dado la naturaleza, invento, fabrico, extraigo "ex nihil". Gentes como Miller, Hemingway, Malraux, Céline, han vivido aventuras personales asombrosas, y con sólo contarlas bien ya tienen asegurada la admiración de los lectores. Yo, en cambio, me rompo un brazo, visito el Partenón, navego por el Ganges, pero siempre estoy como dentro de mí mismo; mis entusiasmos —que son grandes— no me arrancan del esteticismo o a lo sumo de una ansiedad de tono casi místico pero de calidad más que dudosa. Mi vida de joven fue igualmente anodina; amores opacos, violentas pasiones casi siempre injustificadas y por lo tanto rematadas en "queue de poisson", esperas, rebeldías sin mayor mérito... Ya ve que no es un curriculum vitae interesante. Usted cree que yo puedo quizá llegar a ser un novelista. Me falta, como me dice, "un peu de souffle pour aller jusqu'au bout".¹⁶⁹ Pero aquí, Jean, intervienen otras razones, y éstas estrictamente intelectuales y estéticas. La verdad, la triste o hermosa verdad, es que cada vez me gustan menos las novelas, el arte novelesco tal como se lo practica en estos tiempos. Lo que estoy escribiendo ahora¹⁷⁰ será (si lo termino alguna vez) algo así como una antinovela, la tentativa de romper los moldes en que se petrifica ese género. Yo creo que la novela "psicológica" ha llegado a su término, y que si hemos de seguir escribiendo cosas que valgan la pena, hay que arrancar en otra dirección. El surrealismo marcó en su momento algunos caminos, pero se quedó en la fase pintoresca. Es cierto que no podemos ya prescindir de la psicología, de los personajes explorados minuciosamente; pero la técnica de los Michel Butor y las Nathalie Sarraute me aburren profundamente. Se quedan en la psicología exterior, aunque crean ir muy al fondo. El fondo de un hombre es el uso que haga de su libertad. Por ahí se va a la acción y a la visión, al héroe y al místico. No quiero decir que la novela deba proponerse esta clase de personajes, porque los únicos héroes y místicos interesantes son los vivientes, no inventados por un novelista. Lo que creo es que la realidad cotidiana en que creemos vivir es apenas el borde de una fabulosa realidad reconquistable, y que la novela, como la poesía, el amor y la acción, deben proponerse penetrar en esa realidad. Ahora bien, y esto es importante: para quebrar esa cáscara de costumbres y vida cotidiana, los instrumentos literarios usuales ya no sirven. Piense en el lenguaje que tuvo que usar un Rimbaud para abrirse paso en su aventura espiritual. Piense en ciertos versos de Les Chimères de Nerval. Piense en algunos capítulos de Ulysses. ¿Cómo escribir una novela cuando primero habría que des-escribirse, des-aprenderse, partir "à neuf", desde cero, en una condición pre-adamita, por decirlo así? Mi problema, hoy en día, es un problema de escritura, porque las herramientas con las que he escrito mis cuentos ya no me sirven para esto que quisiera hacer antes de morirme. Y por eso —es justo que usted lo sepa desde ahora—, muchos lectores que aprecian mis cuentos habrán de llevarse una amarga desilusión si alguna vez termino y publico esto en que estoy metido. Un cuento es una estructura, pero ahora tengo que desestructurarme para ver de alcanzar, no sé cómo, otra estructura más real y verdadera; un cuento es un sistema cerrado y perfecto, la serpiente mordiendo la cola; y yo quiero acabar con los sistemas y las relojerías para ver de bajar al laboratorio central y participar, si tengo fuerzas, en la raíz que prescinde de órdenes y sistemas. En suma, Jean, que renuncio a un mundo estético para tratar de entrar en un mundo poético. ¿Me hago ilusiones, terminaré escribiendo un libro o varios libros que serán siempre míos, es decir con mi tono, mi estilo, mis invenciones? A lo mejor sí. Pero habré jugado lealmente, y lo que salga será así porque no puedo hacer otra cosa. Si hoy siguiera escribiendo cuentos fantásticos me sentiría un perfecto estafador; modestia aparte, ya me resulta demasiado fácil, "je tiens le système", como decía Rimbaud. Por eso "El perseguidor" es diferente, y usted habrá pensado en él al leer estas líneas tan confusas. Ahí

ya andaba yo buscando la otra puerta. Pero todo es tan oscuro, y yo soy tan poco capaz de romper con tanto hábito, tanta comodidad mental y física, tanto mate a las cuatro y cine a las nueve... Para subir a la Santa María y poner proa al misterio hay que empezar por tirar la yerba a la basura. Y con este mal anacronismo cierro este capítulo que sin embargo estoy contento de haber escrito para usted, como una confidencia y un anuncio.

En Buenos Aires sale en estas semanas *Las armas secretas*. No lo compre, le mandaré desde aquí un ejemplar apenas el editor me haga llegar los que me corresponden. Y dígame lo que le parecen esos cuentos todos juntos, y no tenga miedo de criticarlos a fondo; yo espero eso de usted.

Dígale a Marta cuánto la recordamos Aurora y yo, y lo mucho que nos alegra tener buenas noticias de los chicos. ¿Me escribirá de París cuando el trabajo se lo permita? (Un estanciero, vamos, es hombre muy ocupado... ¿Dónde está la estancia, y qué hacen en ella?) A mi vuelta de Italia tendré noticias sobre nuestros planes, y le avisaré enseguida.

Un abrazo muy fuerte de su amigo

Julio

A Paul Blackburn

PARÍS, 29 de junio de 1959

Querido Paul:

Primero llegaron los cronopios, y al día siguiente tu carta, a tiempo, porque me voy pasado mañana a Italia por tres semanas. Pasó que en Viena me rompí un brazo, y eso nos arruinó las vacaciones que teníamos proyectadas. Volvimos a París, yo convertido en mi propia estatua (de yeso), y sólo hace unos días he vuelto a encontrarme con mi brazo. Como ves, ya puedo escribir muy bien a maquina. De modo que nos vamos a Italia, y el 23 de julio estaremos de vuelta en París.

Tus noticias me dejaron lleno de contento. Realmente los tienes locos a los editores. Esos hijos de puta se lo merecen, por lo demás. Yo he sido gerente de la Publisher's Association (Cámara del Libro) en Buenos Aires, y los conozco muy bien. Como decimos los argentinos, son una manga de atorrantes (a pack of heels, more or fess). Puede ser que a alguien le gusten sus traducciones, y que un día los cronopios empiecen a subirse al subway y a los taxis, a acostarse con rubias platinadas, y a tirar la pasta dentífrica desde el piso 98 de Rockefeller Center (si alcanza a tener 98 pisos).

Paul, tu traducción es formidable. La he leído dos veces, anotando al pasar las observaciones que tengo que hacerte, y que son meros detalles. Has conseguido el espíritu de la cosa, esa manera de escribir que yo utilicé en los cronopios y que queda magnífica en inglés (por momentos me hace pensar un poco en Damon Runyon, a quien siempre admiré muchísimo). Te felicito, y te abrazo muy fuerte (con un solo brazo, porque el otro está hecho polvo todavía).

Isla de Pascua: "going ga-ga-ga", OK. Pero "estancia del partido de Trenque Lauquen" significa "a big farm in the country of Trenque Lauquen". "Estancia", en la Argentina, es como "fundo" en Chile; digamos, los ranchs de los cowboys.

Bueno, aquí van las observaciones sobre los cronopios.

The Dance of the Famas

"dance and sing in such a way that". Ese "that", ¿no está demás? Si en inglés se puede suprimir, mejor.

Gayety of the Cronopio

En la frase que empieza: "Fearful of the always-alert..." hay un error. Los "microbios relucientes" no son las palabras, sino las esperanzas. La frase en español se podría escribir: "...temeroso de que las esperanzas, esos microbios relucientes, no se deslicen en el aire y por una palabra equivocada... etc.".

The Cronopio Blues

Te parece que Richmond de Florida tiene algún sentido para el lector americano?

Es un gran café en pleno centro de Buenos Aires (la calle Florida). Quizá sería mejor poner algo como "the Richmond Bar", o alguna cosa así.

Travel

(Penúltima y última línea.) They, en la última frase, ¿se refiere a las estatuas? Uno tiene que ir a visitar las estatuas, porque las estatuas no se toman el trabajo de venir a visitarnos a nosotros. Ésa es la idea. Tú verás si se entiende eso en la traducción. Lo mismo en la frase: "They forego travelling in favor...". No sé si es lo que yo quise decir. Mi idea es que las esperanzas, como son unas lazy bones, en vez de viajar dejan que las cosas y los hombres "viajen por ellas", ¿entiendes? Como cuando estás caminando por una ciudad y de pronto tienes la impresión de que en realidad tú estás quieto y la ciudad es la que te pasa por debajo, por encima y por los costados. Una cosa así.

Conservación de los recuerdos

No sé si "souvenirs" significa exactamente recuerdos en el sentido que yo le he dado. Para mí son directamente "memories". Souvenirs, ¿no serían más bien objetos, cosas que uno guarda como recuerdo de un viaje o una mujer? En cambio los recuerdos a los que me refiero, son los mentales, exclusivamente "memories". Por eso el contraste es mayor con el hecho de que los famas los envuelven y les ponen etiquetas. Si fueran "souvenirs" (un bibelot, por ejemplo), sería menos interesante.

No es "Quilmo", sino Quilmes (un pueblo cerca de Buenos Aires).

Otra cosa: en la línea 10, dices... "and when someone passes through...". ¡Ojo! ¿Se le puede llamar "someone" a un recuerdo en inglés? Creo que no. Mi idea es la siguiente: los cronopios dejan a los recuerdos sueltos en la casa, y cuando alguno de esos recuerdos pasa corriendo, lo acarician... etc.

Otra cosa más ..."having fastened the souvenir with webs and reminders" no sé si corresponde a "con pelos y señales". En español esto quiere decir: "con todos los detalles, minuciosamente, ¿comprendes?

Clocks

Línea 5: ¿Por qué a wood-artichoke? ¿Es una clase especial?

Línea 10: Si pones: "always the leaf belonging to that particular hour", parecería que las horas ya están marcadas en las hojas. En realidad en mi texto el cronopio saca las hojas de izquierda a derecha, y por eso la hoja indica la hora justa. El cronopio no elige, sino que saca una hoja, y la hoja marca la hora. No es fácil de explicar; en todo caso déjalo como está, porque la diferencia no es muy grande.

The Public Highways

Línea 5: ¿No sería mejor punto y aparte después de: "...the houts". Me parece que queda mejor si "The cronopio looks at etc.", va en la línea siguiente y no seguido.

Línea 8: ¡Ah, las frases argentinas son complicadas! "El vigilante queda duro" quiere decir que se queda stonished, estupefacto, and immovable", no da la idea de asombro.

Philantropy

Línea 16: "Drooling at some little tart". Pues creo que no. Las "babas del diablo" son esos hilos plateados que flotan en verano en el aire (creo que son unas telas de arañas). Como ves, una ocupación digna de cronopios.

Línea final: ¿te parece que "se ne fregan", que en italiano tiene un sentido muy fuerte, coincide con "don't fret themselves over it?" a cosa como: "don't care a damn", o algo igualmente grosero serviría quizá mejor, pero aquí no estoy nada seguro y me limito a señalarlo al pasar.

The Narrow Spoonful

Las dos últimas líneas: "his perfection, etc....". No sé, me parece que no es la idea. En traducción literal sería algo como: "...such their perfection and their fear..."

His faith in the Sciences

¿Por qué "His", y no "Their"? Así como más adelante pusiste: "Their Natural Histories", lo mismo aquí debería ser "Their faith".

Línea 13: "Paulista de San Martín". Same as with "Richmond e Florida". Paulista is a big café in calle San Martín.

Línea 18: ¡Ojo! "Ñato de corte japonés" no tiene nada que ver con la corte del Japón. Quiere decir "de estilo japonés", "al modo japonés".

Improprieties in the Public Service

Línea 16: "...a certain warmth to the confusion daddy". Quizá esto sea una expresión norteamericana, pero me suena rara. En español, "se fomentaba una confusión padre" quiere decir simplemente Una confusión enorme, fenomenal, desmesurada. "Se armó una pelea padre", "hubo una fiesta padre", son siempre formas admirativas que indican algo muy grande.

Línea 5 (contando desde abajo): "despite the Administration...". Si puedes, prefiero que pongas el equivalente de "Superior Gobierno", pues en la Argentina la mera "administración" no es importante, y la sátira de mi cuentecito se dirige al "Superior Gobierno" o sea a los Ministros y Presidente.

Última línea: es difícil, claro, traducir esto. "Ciudad de filatelistas y atentados." "Crimináis" no me gusta. "Atentados" viene de todos los países más o menos balcánicos son siempre pródigos en atentados contra los reyes y los presidentes (desde Sarajevo...) "Assesinations", ¿no sería mejor, o algo así? "Criminal" suena sin alusión histórica.

Make yourself at Home

¡Ojo! Aquí está el error quizá más notable. La última baldosa dice: "Rajá, perro". Esto es muy argentino, y quiere decir exactamente: "Scram, you rascal", o su equivalente: "Scram, you dog". ¿Comprendes la idea? El cronopio se da el gusto de engañar a los posibles visitantes con las primeras cuatro baldosas, y en la quinta los echa groseramente, tratándolos de perros. En cambio "Beware of the dog" significa, creo, algo muy distinto.

The particular and the Universal

No sé por qué, pero la primera frase me suena como si faltara algo. Después de "balcony", quizá tendría que ser algo como: "and as he was..." o "and since he was...", es decir algo que explique mejor lo de: "he squeezed the tube". Probablemente está bien, pero te lo señalo lo mismo.

Education of the Prince

Línea 6: "Urbanismo" no creo que sea "refinement". Empleo la palabra en el sentido de los arquitectos, o sea la ciencia del urbanismo, de crear ciudades hermosas.

Telegrams

"Olvidaste sepia canario", significa: "Olvidaste el pedacito de sepia que se pone entre los barrotes de la jaula para que el canario se afile el pico". ¿Dice así tu telegrama? "Sepia canary" me sonó raro.

Última línea. ¿Por qué "A shame"? Sería más bien: "A pity". Es en ese sentido que empleamos "Una lástima". Por ejemplo: "Ayer llovió todo el día, fue una lástima porque no pudimos salir". (¡Y es cierto, carajo, porque ayer llovió todo el día en el gay Paris, y no pudimos salir!)

Cóndor and Cronopio

Como esto ocurre en las montañas del norte argentino, me parece que no hay allí "concrete walls". Es la roca de la montaña (el granito).

Fama y eucalipto

Última línea: yo pienso que quizá sería mejor que el eucalipto dijera: "To think that this imbecile had only to...". ¿No crees que da mejor la idea de la fatalidad? En presente suena menos terrible.

¡¡¡Basta basta basta!!! ¡¡¡Se acabó!!! Wow! Triple wow! Pobre como te habrás aburrido. Pero tú querías mis críticas, y las tienes y ya ves que no son más que unos detalles. El resto es magnífico. Más lo leo, más me gusta. Ojalá tengamos suerte y se publique, desde todo ese trabajo que te has tomado.

Bueno, en la Argentina sale dentro de un mes mi último libro de cuentos. "Te lo mandaré

enseguida. ¿Tú ya tienes Bestiario y Final del juego, mis dos libros de cuentos anteriores? Avísame, porque puedo mandártelos. Tengo la impresión de que, como eres poeta, lo que más te interesa de mí son los textos poéticos; pero es bueno que sepas que según la opinión de mis críticos, lo mejor que escribo son cuentos. Por paquete separado te mando la traducción inglesa de uno de ellos, Bestiario. Tiene bastantes errores, pero te dará una idea de lo que me gustaba escribir hace diez años cuando publiqué los primeros cuentos. Te mando también "Letters from Mamma". Por favor, ¿me los devuelves?

Cuestión contrato: a mi vuelta de Italia te lo mando. Antes quiero que me aclares una cosa. En la cláusula 2), donde dice: "the lights of translation into a foreign language", ¿no crees que debe agregarse "salvo en francés, inglés e italiano", puesto que yo me reservo mis derechos en esos países? Si te parece bien, yo lo pongo al margen en máquina. Te hago esta observación porque empiezan a traducir cosas en Francia e Italia, y naturalmente yo quiero tener mano libre en esos países, lo mismo que en Alemania donde Edith se ocupa mucho de mí. En estos días, en que ya puedo andar sin el brazo atando, iré al consulado de los EE.UU. para que legalicen mi firma, pero antes quiero que me des tu OK. Quizá lo mejor sería que tú mismo redactaras lo de la cláusula 2) al contestarme, o me mandarás otro ejemplar con esa parte incluida. En fin, a mi vuelta de Italia (el 23 o 25 de julio) espero encontrar unas líneas tuyas al respecto. ¿No te molesta, verdad? Me gustaría que todo esto quedara bien establecido y a entera satisfacción de los dos, para que podamos correr la gran aventura sin inconvenientes ni problemas de orden práctico, que son la peor peste de este mundo.

Edith (Arón) está en Sarrebruck, en casa de su padre. Se ocupa del trabajo comercial que éste hacía en vida, y parece que le va muy bien, aunque se aburre horriblemente y quisiera volver a París. Pero necesita juntar un poco de plata, porque de lo contrario sus problemas se multiplican y la hacen sufrir demasiado. Está tratando de conseguir que la Insel-Verlag edite cuentos míos; ya veremos...

Te agradezco la confianza que me demuestras al escribirme ese párrafo sobre Freddie y tú. Yo no estoy enterado de nada de tu vida personal, aparte de lo que supe por Edith, pero te deseo la mejor suerte en tu tentativa. Mereces ser feliz, gran cronopio. Y es muy difícil, damn it.

Te devuelvo los pedos, las putas, las figas, los higos y todos los saludos que me mandaste, junto con un gran abrazo. Write as soon as you can.

Tu amigo

(The broken-armed lanky fellow Julio.)¹⁷¹

A Paul Blackburn

PARÍS, 2 de noviembre de 1959

Querido Paul:

Ante todo, gracias por los dos poemas. Me hicieron pensar en la China, no sé por qué, supongo que ciertos poemas chinos (que he leído en traducciones) tienen esa misma brevedad, esa síntesis rápida y esencial que se apodera de lo que vale —como la gaviota del pez— y deja sin decir todo lo secundario.

¡Pobres cronopios! Pero está bien, porque su destino es que los echen a patadas de todas partes. No tiene ninguna importancia, acabarán por entrar por la ventana o la chimenea, y un día cada editor se despertará con un cronopio a los pies de la cama, y ya no lo podrá echar más.

Como tú eres mi agente, me parece justo señalarte que probablemente mis cuentos encontrarían más aceptación. Por lo menos en Francia se están publicando en muchas revistas (puedo mandarte ejemplares si te hacen falta para convencer a los famas): Preuves, La Table Ronde, N.R.F..., Pero además en EE.UU. se han publicado dos cuentos míos en Américas, la revista de la Panamerican Union. ¿Lo sabías? El primero les gustó tanto que dos meses después me pidieron otro, es decir que a cierto

público de allá le caen bien mis cuentos. Mira, de todos modos te mando por paquete separado mi último libro que acaba de salir en Buenos Aires. Tú verás. Hay ahí un long short story, que se llama "El perseguidor", y que es la historia de un músico de jazz. Como creo que es realmente buena, se me ocurre que podría gustar; en cuanto a los otros cuentos de ese libro (todos ocurren en País) ya verás lo que te parecen.

[...] Me encantaría recibir noticias de la AMSOC. Trabajar en una casa que empieza por el nombre Funk [miedo] no debe ser muy divertido. Claro que la Unesco tampoco es muy alegre. ¿Sabes que estuve a punto de ir a Nueva York, de paso para B.A.? Me alegraba tanto pensando en que podríamos encontrarnos y que me mostrarías la ciudad, y que iríamos a comer spaghettis y a lo mejor a escuchar a Bud Shanks. Pero todo se echó a perder, y finalmente tengo que ir directamente de París a B.A. Pero no pasará mucho sin que me arregle para trabajar dos o tres meses en la ONU y conocer New York, esa vieja puta que hace años me tienta y me atrae.

[...] Ciao, Paul, con un abrazo fuerte de tu amigo
Julio

A Jean Barnabé

QUERIDO Jean:

Buenos Aires, 9 de diciembre de 1955

Hubiera querido escribirle apenas llegamos a Buenos Aires pero me dejé sumergir por el torrente de los parientes y los conocidos y me sentí tan desdichado en este mundo negro y estropeado de la Argentina que preferí dejar que pasaran las primeras semanas, los primeros cansancios y las primeras desilusiones, antes de comunicarme con ustedes. Ahora estoy saliendo a la superficie, y quiero noticias de la calle Baicurú, quiero verlos, y Aurora quiere también todo eso y los dos nos quedamos a la espera dando grandes saltos en el cordón de la vereda, que es la forma que tienen los cronopios de esperar a sus amigos.

Las cosas son así: nos volvemos a Francia el 24 de enero, embarcados en el Río Belgrano, un carguero de la Flota Mercante del Estado que lleva solamente 12 pasajeros. La perfección, porque en el peor de los casos se puede prescindir de 12 personas, mientras que en los barcos grandes no hay la menor posibilidad de ignorar a los 400 o 500 estruendosos ítalo-argentinos y gallego-criollos que cantan en la cubierta y se tiran a la piletta entre rugidos de entusiasmo. El Río Belgrano tiene 6 cabinas, escalas misteriosas —que dependen de la carga— y llegará a Genova después de tres o cuatro semanas de navegación. Como cura de reposo me parece perfecto: llevaremos libros y papel para escribir. El resto lo hará el sol, el mar y el tiempo.

En su última carta usted me decía que quizá vinieran a Buenos Aires para coincidir con nosotros. Ojalá sea así, pero si no pudieran decidir el viaje en esta temporada, me queda la esperanza de que nuestro barquito se decida a hacer una escaía bastante larga en Montevideo. Lo pregunté a la agencia, pero todavía no tienen la menor idea. Me gustaría recibir unas líneas de ustedes, para combinar un encuentro y la posibilidad de hablar largo de tantas cosas.

Por paquete separado le mando mi último libro, parte de cuyo contenido ya conocen ustedes. No lo hice desde París (el libro apareció en septiembre) porque los editores, con la sabia prudencia que distingue a los catalanes y a los vascos, sólo me enviaron cinco ejemplares que debí entregar a editores franceses y alemanes, más o menos interesados en llevarme a sus respectivos idiomas. Después de mi última carta, en la que creo que le hablaba de estas cosas, La Table Ronde publicó "Circe" con todos los honores... y un par de erratas muy divertidas. Aquí en Buenos Aires me encontré con un airecillo de celebridad que empieza a traducirse en las amplias sonrisas de Sudamericana S.A. Están encantados con

las reseñas de los diarios y revistas, por

Jemas tan elogiosas como anodinas. Este es un país sin crítica, donde se dice que un libro es bueno o es malo sin aducir razones y sin siquiera firmar lo que se dice. Pero en mi caso no me puedo quejar, por los cuentos han caído muy bien. Me gustaría saber por ustedes si también en el Uruguay tienen algunos lectores a quienes les interesen.

Jean, mándeme dos líneas lo antes que pueda para que tengamos noticias de ustedes. Hágalo a General Artigas 3246, Dto. 7, que es la casa de mi madre. Yo volveré a escribirle enseguida, y más largo, tengo tantas ganas de charlar con usted, que este papel me resulta muy poco agradable. Las cartas son siempre un espejo y no un diálogo. Aurora los abraza cariñosamente, y también

Julio

Vinimos en avión, lo que le explicará que no tocáramos Montevideo.

A PAUL BLACKBURN

BUENOS Aires, 15 de diciembre de 1959

Querido Paul:

Ya veo por tu insistencia ante los de New Directions terminará por provocar una serie de harakiris. BIG PUBLISHER FOUND DEAD Literary agent suspected.¹⁷² Déjalos vivir, hombre. Pobres diablos. Los famas siempre serán famas, no hay nada que hacerle. Aquí en Buenos Aires mis editores me recibieron entusiasmados por el éxito de Las armas secretas. ¡Vieras las sonrisas de manteca, las gordas manos sudadas extendiéndose como palmas de triunfo! Uno de ellos es amigo mío y muy decente, pero el socio es un catalán bastante asqueroso. Querían originales inéditos, claro; huelen que puede ser negocio para ellos. Y do not mind giving them a couple of novels I wrote some time ago. We'll see... By the way, they hoped to become my agent for the USA. I explained it was too late. They did not like it a bit. So what?¹⁷³ Pero hablemos de cosas serias. Me gusta tu idea de ofrecer juntos los cronopios y "Material plástico". No creas que me parece mal, porque en realidad esos textos son muy cortos, y por separado no se puede hacer un libro. Te advierto que para "Material plástico" tengo cinco o seis pequeños textos más, en París; en caso de que eso se editara, yo te los mandaría para que los leyeras y los agregaras si te parecen bien. ¿Te mandé unos textos cortos que se llaman "Manual de instrucciones"? Son en el estilo de "Material plástico", y también puedes contar con ellos si los editores quisieran un libro digamos de 150 páginas o algo así. El "Manual de instrucciones" contiene handling instructions para cosas tales como peinarse, subir una escalera (o bajarla, porque son cosas diferentes), llorar, disecar lechuzas (to stuff owls, I like it in English, if it is the right translation, which I doubt),¹⁷⁴ etcétera.

Bueno, tú ya verás.

Paul, es estupendo que hayas leído los cronopios en N.Y. y que la gente se haya divertido tanto. No sabes lo que me alegra eso. ¿No hiciste un tape recording? Cómo me gustaría oír tu voz leyendo tus traducciones, sería fabuloso. Muchas gracias por desparramar mis cronopios en los cafés de la 9th Avenue. Se habrán comido todos los hamburgers, me imagino, y después se fueron sin pagar. Conducta lamentable de los cronopios en New York.

Aurora da grandes saltos de entusiasmo pensando que nos has mandado un paquete a París. Nuestra portera, que es un dragón bondadoso, lo habrá guardado cuidadosamente y nos lo entregará al llegar. De nuevo muchas gracias.

Paul, aquí en B.A. no tengo ningún ejemplar de los cronopios, y tampoco tu traducción. Todo se quedó en París. De modo que no puedo decirte lo que me parecen las correcciones que has hecho a la

traducción. A simple lectura me parecen muy justas y acertadas. Pero desde París te escribiré dándote más precisiones. La frase en "Gayety of the Cronopio" suena magnífica ahora.

[...] Ciao, amigo, feliz Navidad y Año Nuevo. Cariños de Aurora y un gran abrazo de tu amigo Julio

[Hay un dibujo con la siguiente inscripción: "Poet Paul Blackburn, delivering Cronopios to an enraptured audience". (El poeta Paul Blackburn leyendo los Cronopios a un público extasiado.)]

A LAURE BATAILLOY

BUENOS Aires, 22 de diciembre de 1959

Querida Laure:

Aquí nos tienes, metidos hasta el cuello en este pegajoso verano porteño, con calores de 35 grados (te escribo en el comedor de casa, con un pantalón de baño por única vestimenta) y una humedad que nos hace sentir como peces en un acuario. Pero un acuario con agua tibia. Realmente Colón estaba loco. Qué idea, venirse por estos lados, con lo fácil que le hubiera sido ir a Tahití, por ejemplo. Uno comprende que lo metieran preso, y que terminara tristemente su vida. Nos metió a todos en un lío padre.

Nuestro viaje en el Comet fue bastante espectacular, después de un comienzo un tanto tartamudeante, pues nos llevaron de París a Madrid en otro avión, y ahí tomamos el Comet. Pero las cosas anduvieron bien a partir de ese momento, y llegamos a Buenos Aires 17 horas después de haber salido de Orly. Créeme que cuesta aceptar la evidencia; los primeros dos o tres días, al abrir la ventana de mi cuarto tenía la impresión de que iba a encontrarme con los gloriosos caracoles que decoran la casa de enfrente en la rué Pierre Leroux. Después, poco a poco, empezamos a bajar por los círculos de este modesto infierno bonaerense, donde todo está mal, donde la vida se ha convertido en una protesta continua por el precio de las cosas, los golpes de estado, el petróleo... En fin, ustedes saben algo de eso. No vale la pena insistir.

Entre tanto ya ha pasado más de un mes de nuestra llegada. (Se rompió la máquina de escribir. Es española, ¡tú comprendes! Sigo a mano.) Tanto Aurora como yo no vemos la hora de volvernos a París. Para ella el problema es bastante penoso porque su madre no esta bien, y completamente sola. Empiezo a preguntarme si no será necesario que yo me vuelva a trabajar a París y Aurora se quede aquí unos meses cuidando a su madre. La idea nos parece abominable a los dos, pero enfrentamos hechos concretos y habrá que resolverlos lo mejor posible. En fin, no seamos pesimistas. Por lo pronto hemos reservado pasaje en el Río Belgrano, un carguero de la Flota Mercante del Estado. Ocho mil toneladas... y solamente doce pasajeros. ¡El paraíso! Un mes de mar, escalas imprevistas... Sería magnífico. Pero no sé si todo saldrá tan bien. En el mejor de los casos, llegaremos a Génova hacia el 15 de febrero, y subiremos inmediatamente a París (no sin antes comer pizza en la Via della Maddalena).

Aquí en B.A. me encontré con ese raro monstruo llamado celebridad. Una celebridad restringida y de minoría —gracias a Dios —pero no por eso menos palpable y sorprendente. Las armas secretas y Bestiario se venden enormemente, mis editores se frotan las manos (¡en un gesto inequívoco!) y me piden originales. Todos los días me entero de como se me lee, se me sigue y se me cita. Rechacé una interview en la TV (se quedaron estupefactos, porque parece que los autores se mueren por esas propagandas) y me negué a dar conferencias. Entre tanto leí todo lo que ha aparecido en el país, pensando también en ti (para posibles traducciones). En general encuentro que todo es muy flojo, demasiado "neorrealista" (pero sin verdadera fuerza). Ya te pasaré libros y hablaremos de todo eso. ¡Ojo!: mis editores se ofrecieron a "representar mis intereses" (?) en Francia, Alemania, etc. Les dije que estaba de acuerdo pero que en lo referente a Francia tú eras mi traductora, y que los editores

franceses deberían publicar tus versiones en caso de que se decidieran a publicar algo. Les pareció muy bien. ¿Sabes que a Aurora y a mí nos dejó tristísimos la muerte de Gérard Philipe? Yo creo que encarnamos en él todo nuestro cariño por Francia. Y además, esa estúpida injusticia de eso que llaman Destino... Laure, esta carta es muy tonta, perdóname pero hace demasiado calor. Tengo tantas ganas de charlar pronto con Philippe y contigo. Si tienes ganas manda dos líneas a General Artigas 3246, Dto. 7. Si no puedes no te preocupes. Yo estaré allá en febrero, y hablaremos hasta la extinción total de la voz.

Aurora los saluda con todo cariño. Un abrazo para Philippe y otro para ti de

Julio

A Francisco Porrúa

PARÍS, 15 de marzo de 1960

Hace un par de semanas terminé la revisión de Los premios,¹⁷⁵ que mandé ya a Sudamericana. Me acordé entonces de lo que me había dicho usted sobre los cronopios, y me puse a buscar esos papeles que andaban bastante desparramados por toda la casa, como corresponde a cosas de cronopios. Pero finalmente aparecieron, algunos salpicados de sopa y otros con evidentes huellas de un taco de goma; copié algunas páginas, modifiqué otras, y traté de fabricar un librito que tuviera cierta unidad dentro de la locura general del tema. Se lo mando por paquete marítimo y certificado, o sea que lo recibirá más o menos un mes después de estas líneas, que reciben trato privilegiado.

Ahora que junté todos esos pequeños textos, y los estuvimos leyendo y criticando con Aurora, tengo la impresión de que no se excluyen de ninguna manera, aunque reflejan distintas épocas e intenciones. Los hay marcadamente estetizantes ("Manual de instrucciones"), y otros que son redondamente bárbaros. Pero creo que el humor no falta en ninguno, y eso es lo que encuaderna el libro, si de libro puede hablarse. Ya verá que la cosa se compone de cuatro partes, la última de las cuales está formada por las historias de los cronopios.

Si sigue usted con ganas de publicar esas cosas, será cuestión de que primero me escriba diciendo con su franqueza habitual (y que es la razón¹⁷⁶ de mi simpatía por usted) los méritos y deméritos del bicharraco. Yo a mi vez le diré, si llega el caso, cómo me imagino el libro. Me refiero a sus características gráficas. Por cierto que en los EE.UU. o en Inglaterra un libro de esta índole hubiera encontrado enseguida un ilustrador, Porque las historietas son, me parece, inspiradoras. Eso no podrá hacerse en B.A., por razones económicas bastante obvias, pero en cambio sí creo que el libro debería tener toda la "ventilación" posible, es decir ser generoso en márgenes y blancos, para que los cuentecitos pudieran patalear a gusto y no estar como en el Anglo¹⁷⁷ a las diecinueve horas.

En fin, todo esto es a lo mejor estar soñando despierto. Pero Usted tiene la culpa por haberme adelantado la posibilidad de largar a los cronopios por las calles de B.A., que son las únicas que no conocen (en México, Cuba, New York y París andan como en su casa, esos descastados).

Quizá se entere por los de Sudamericana que Fayard va a publicar Los premios en francés. Es una buena noticia, pero yo me agarro la cabeza pensando en la traducción. La hará una amiga mía, y me pasaré las noches en vela tratando de ayudarla a hacer hablar al Pelusa en algo que sea, digamos, el argot de Ménilmontant. Va a resultar algo horrendo.

Bueno, me quedo a la espera de sus noticias. No se moleste en escribir antes de que le llegue el paquete. Pero cuando lo haga, cuénteme algo de usted, sigamos charlando un poco en este Richmond transoceánico del correo aéreo. A usted y a su mujer les tengo un poco de rabia: yo me iba muy tranquilo de Buenos Aires cuando los conocí, y entre los dos me estropearon la partida. Hubiera querido quedarme dos o tres meses más para seguir charlando con ustedes, en esa maravillosa tarea de pasarle revista al mundo con nuevos amigos, que es como lavarle la cara y hacerlo más tolerable. Qué absurdo que no nos hayamos conocido muchos años atrás; al fin al cabo no hay tanta gente como nosotros en la Argentina.

Bueno, hasta pronto.

Awise si necesita libros de París, o cualquier cosa. Mis afectos a Sara, y un abrazo para usted de Julio Cortázar

PARÍS, 21 de marzo de 1960

Querida Anita:

Al llegar a París, supimos por Eduardo y María que habías perdido a una de tus hermanas. Tanto a Aurora como a mí nos duele no estado allá para acompañarte lo más posible; una carta es siempre una inútil tentativa, algo que no vale (aunque nada vale mucho en circunstancias como ésta) lo que un apretón de manos o un rato de charla. Quiero creer que te habrás sobrepuesto a esa desgracia, y que estarás trabajando en tus cosas y dejándote llevar un poco por la vida. A todos tus amigos parisienses nos gustaría tanto tenerte con nosotros; en nuestras charlas con los Jonquières y con Bayón ocupas siempre un lugar muy grande. ¿Por qué no vienes alguna vez a pasarte unas semanas? (Me imagino tu sonrisa. Ya sé que no es fácil, pero...) Aquí estamos, después de un magnífico viaje en el Rio Belgrano, que nos resultó una especie de yate privado. Doce personas en un barco es lo mismo que un barco vacío, es decir, la fórmula perfecta, aprovechamos para devorar montañas de libros, quemarnos como cafres en la cubierta, y yo puse a punto Los premios, que no ha quedado mal. Encontramos a París casi en la primavera, y ya nos sumimos dulcemente en esta vida tranquila que hacemos aquí, viendo a unos pocos amigos, yendo al teatro y a las galerías, y caminando hasta no poder por la ciudad, que es el mejor de los teatros. La Unesco nos trata mal, porque hay poco trabajo, de modo que yo me dedico a la literata y continúo mis estudios (por llamarlos así) sobre el teatro isabelino, que me maravilla. Leo una pieza diaria, saltando de Dekker a Shakespeare, de Ford a Massinger, y encontrando maravillas a cada paso. A todo esto vos me has sumido en la más profunda de las estupefacciones, porque en este mundo uno cree conocerse un poco, y si buen día aparece una persona que a uno le merece el más alto de sus respetos, y esa persona empieza a decir cosas de uno que no se sospechaba en lo más mínimo. Imagínate mi asombro y casi mi pavor al enterarme, gracias a tus clases, que yo suelo abundar en el estilo indirecto libre, o que me agazapo en forma de narrador fingido, sin contar que a veces me planto en el estilo directo... Me has dejado verdaderamente pasmado. Lo malo es que ahora cada vez que agarro la lapicera para empezar alguna cosa, me pregunto afligido: "Y esto, ¿lo haré en estilo indirecto, o me quedo del otro lado y le cedo la palabra a un narrador fingido?". Son dudas terribles, Anita, capaces de paralizar cualquier impulso, por más cronopio que uno sea. Yo no sé lo que va a pasar. ¿Abro una rotisería y me quedo en paz por el resto de mis días? Una rotisería es siempre en estilo directo, creo. No hay problemas. La idea empieza a tentarme, aunque me falta el capital.

Bueno, ahora hablando en serio, leí con mucho interés tu clases, que me enseñaron una cantidad de cosas, no tanto sobre mí (aunque también, y más de lo que te imaginás), sino sobre la técnica narrativa en general. Me imagino cuánto habrá interesado ese curso a tus alumnos, porque tu enfoque es vivo, ágil, sin el menor asomo de retórica; vas siempre al grano, y en esas pocas páginas que me pasaste se ve tu especial manera de sentir y de enseñar. Huelga decirte lo que me emociona que yo te haya servido un poco para ilustrar esas nociones que querías enseñar. Y qué finos análisis has hecho de "Las puertas del cielo" y de "Lejana". Vale la pena escribir para alguien que penetra tan intensamente en una obra; es una recompensa real,¹⁷⁸ lo único que verdaderamente da ganas de seguir adelante (aparte del placer personal, que en definitiva es el más importante).

Si algún día tenés ganas, mandanos dos líneas. Yo también te tendré al tanto de mis novedades. Aquí va una: Arthème Fayard edita Los premios en francés. Vamos a ver cómo me reciben estas hormigas cartesianas, analíticas, sutiles y en el fondo profundamente sentimentales.

Aurora te abraza muy fuerte, y yo también,

Julio

PARÍS, 27 de marzo de 1960

Estarás pensando que me ahogué en el deep blue sea, o que me olvidé de los amigos. Ni lo uno ni lo otro. En Buenos Aires había una huelga en el puerto, y salimos de allá con tres semanas de retraso. Hace muy poco que estamos en París (y tan contentos, después de tres meses aburridos y penosos en la Argentina, que está hecha una mierda) Pero nada de esto importa. Lo que sí importa es que al llegar entregamos el paquete, primero, y después el otro paquete. Ahora vamos a hablar del paquete, y después nos ocuparemos del otro paquete. Bueno, el paquete con los tubos de stripes, ¡eso sí que es un regalo! The double-barreled tooth paste!¹⁷⁹ Inmediatamente abrimos la ventana y empezamos a limpiarnos los dientes y a cantar, pero por suerte los famas no se juntaron en la calle. Nunca he visto nada más surrealista que esa pasta con el corazón blanco y los hilitos rojos. Si a uno le sangran las encías, no se da cuenta. STRIPES hace olvidar todo, STRIPES es la ÚNICA PASTA PARA CRONOPIOS. Si miras el recorte que te mando, verás que tengo razón: en el Toothpaste Derby de Inglaterra, STRIPES no llega ni siquiera séptimo: delante van Sr. Pepsodent, Colgate, etc., que son las pastas para los famas. Si STRIPES hubiera ganado el Derby, yo habría sufrido muchísimo, porque me habría dado cuenta de que no era una pasta para cronopios.

Y ahora EL OTRO PAQUETE, la cinta parlante, el regalo de los galos. En serio, Paul, no te puedes imaginar con qué emoción, con qué alegría he escuchado tus grabaciones. Yo no tengo magnetófono, tuve que ir a una oficina donde los venden. Me metieron en un rincón y me dejaron a solas con tu voz y con los ruidos de Nueva York, tira una sensación extraordinaria, al principio no entendía bien porque me hablabas desde lejos y había otros sonidos de fondo. Después empezaste a leer los Cronopios, y fue tan perfecto como un milagro. Yo metido en una oficina del Champ de Mars, y tú hablando junto a una Ventana por donde se oyen los sonidos de Nueva York... Yo creo que el tiempo de la magia ha empezado ahora, no en la época de Hermes Trismegisto. Todo es magia, es increíble que ese rollo de cinta marrón tenga dos horas de tu voz, de tu respiración, y de golpe un speaker que grita: "¡Automóviles nuevos, usados, en lo de Leonardo Rodríguez!", y Miles Davis, y otra vez tu, con tu poesía. Porque yo te quiero hablar de tus poemas sobre todo, pero antes te diré que la lectura de los Cronopios me sirvió para sentir cómo están de bien traducidos, cómo siguen tan vivos en inglés como en español. Ahora tengo que conseguir un magnetófono en casa para reunir a los amigos que saben inglés hacer que te escuchen toda una noche. Se van a quedar como locos.

Pero tus poemas son lo importante. Mira, Paul, yo leo perfectamente el inglés, pero por falta de práctica, no siempre lo comprendo a fondo cuando lo oigo hablar, y máxime si se trata de poemas (aunque los tuyos se ve que son muy difíciles, muy compactos, tremendamente concentrados). De modo que mi impresión no es completa, porque tendré que escucharlos muchas otras veces, retroceder, ponerlos de nuevo, empaparme en cada verso como si anduviera caminando despacio debajo de una llovizna neoyorquina muy sutil y compleja. Lo que sé, lo único que sé, es que una gran parte de esos poemas no me han entrado solamente por los oídos, ha sido como una invasión total, una presencia tuya extraordinaria, la presencia del poeta que transmite su mensaje, que lee algo que es un pedazo de su cuerpo y su alma, un gran poeta metido en su ciudad, rodeado de un inmenso mundo terrible y hermoso, y que le hace llegar a un amigo lejano ese resumen de toda su vida. "Meditation on the BMT", por ejemplo, me produjo una impresión tan fuerte que tuve que cerrar el aparato, fumarme un cigarrillo, y después volver a pasarlo y tratar de objetivarlo, recibirlo de otra manera. Me parece (junto con el que sigue, "The Franklin Avenue Line") uno de los más hermosos, quizá porque lo comprendí —creo— muy bien, muy claramente, con toda su tremenda hermosura y su fuerza. Te podría nombrar todos los

poemas que me gustaron, pero sería injusto, porque probablemente los que me gustaron menos es simplemente que los entendí menos, y que tendría que escucharlos varias veces. De todos modos ahí va mi choice: "Plaza Real With Palm Trees", admirable. "Book of Numbers", a world in a nutshell!¹⁸⁰ "Venus", "The Lark...", "How To Get Through Reality", "Depth Perceptions", "El día viene como una promesa de calor", donde tu mención de las Cicladas me devolvió por un minuto a la maravillosa paz de Mikonos, donde fui tan feliz hace dos años, "Wall at Sundown" y "Puesto del Día", que me parecen hermosos y perfectos. Pero te repito, Paul, cuando tenga un magnetófono y haya podido escucharlos cinco o seis veces cada uno, se que también entenderé y sentiré mucho mejor los otros. Si alguna vez tienes copias por escrito de esos poemas (y de otros, claro), ¿me los vas a mandar? Yo te prometo desde ahora que el día que tenga un grabador, te enviaré un tape de poemas míos, que creo te gustarán, aunque son completamente diferentes de lo que conoces de mí (no tiene nada que ver, ¿verdad?).

Tu regalo de esos poemas ha sido para mí lo mejor que me esperaba en París. Es tan admirable oír al poeta diciendo sus versos. Tú sabes que tengo aquí muchos discos de poesía, Dylan Thomas diciendo "And death shall have no dominion" y otras cosas, el viejo Eliot.

En Viena escuché a Joyce leyendo un fragmento de "Finnegan's Wake" éra algo sobrenatural. Te imaginas que Rimbaud hubiera podido escuchar "Bateau Ivre". Mais il aurait fini par un merde! qui aurait crevé le phonographe...¹⁸¹

Bueno, ahora paso a las noticias profesionales. Pero antes: cronopio Paul Blackburn, private firstclass,¹⁸² tu collectiong The q está muy bien. Sólo un cronopio puede escribir así de los crocos, y hablar de uno de ellos diciendo "the dismayed cronopio", me parece perfecto. Veo que mis bichos verdes y húmedos se han íi matado en Nueva York, y que se pasean alegremente y entran en bares de Christopher Street. Ahora me parece que también se van aclimatar en Buenos Aires —y paso a las noticias profesionales, now iti speaking to my, ejem!, Literary AAAgent. Salam, Sahib. Allah ibn Allah. Ciao!¹⁸³

Las noticias son que un editor de Buenos Aires parece que se va a decidir a publicar un bonito volumen con los "Cronopios", "Material plástico", "Manual de instrucciones", y unos últimos textos que he escrito en estos tiempos y que se llaman "Ocupaciones raras". Tú me decías en tu última carta que te disgusta la idea de publicar juntos los "Cronopios" y "Material plástico", pero en el fondo son textos bastante afines. Yo estoy contento de que se publiquen en español, y pero que salgan este año mismo.

Entretanto firmé contrato para la edición de una novela, Los premios, que saldrá en septiembre en Buenos Aires. Y casi enseguida la Maison Arthème Fayard compró los derechos para publicarla en francés. Me parece muy bien, porque esa novela no está mal. No sé si te dije que Las armas secretas ha tenido un éxito increíble en América del Sur. El cuento sobre Charlie Parker ("El perseguidor") los ha dejado locos a todos. ¿Ya lo has leído? Me interesa ver como reaccionas tú, americano, frente a un tema que se refiere al jazz y a cosas que te tocan muy de cerca.

By the way, mi editor en la Argentina se ofreció para converse en mi agente literario en el mundo entero. Acepté, con la excep —pón de los Estados Unidos, y les di tu nombre para que sepan que eres ttu agente allá. (Te paso un dato, I mean Eli give you a hint: mis editores me dijeron que Knopf andaba buscando autores argentinos que valieran la pena. ¿No crees que quizá Las armas secretas les interesaran?)

Bueno, Paul, ¿qué planes tienes? ¿No vas a venir a Europa? Yo por el momento no puedo salir de Francia, mi viaje a la Argentina me arruinó completamente (ese maldito país queda por el culo del mundo, ¡carajo!). Ahora hay que juntar de nuevo dinero para vivir y para estar en paz. Pero a lo mejor el año que viene puedo ir. Escríbeme pronto con noticias. Te mando Bestiario por paquete marítimo certificado. En ese librito están quizá mis mejores cuentos (junto con "El perseguidor"). Tal vez alguna vez se podría hacer una edición en inglés sacando las cosas que más puedan interesar al público

americano decir sacando algún cuento de cada uno de los tomos. Tú verás. Bueno, Paul, gracias de nuevo por STRIPES, gracias por todo Eres tan bueno y tan macanudo y tu voz es tan la voz de un amigo de verdad (y esos gorriones que cantaban en tu ventana, y el ruido de la lluvia), que me cuesta cerrar esta carta. Seguiría escribiéndote tonterías toda la noche. Pero tengo que seguir con una novela que creo me va a salir bien... algún día.

Aurora te manda muchos cariños, y yo un abrazo,
Julio

A Jean Barnabé

PARÍS, 30 de mayo de 1960

Mi querido Jean:

A bordo del Río Belgrano les escribí unas pocas líneas, en las que le prometía una carta más larga desde París. Ya ve que la carta se ha hecho esperar bastante, pero hasta ahora no me he sentido demasiado bien. El viaje a Buenos Aires fue algo tan lamentable y tan deprimente que todavía me queda un poco la sensación del que se despierta de una pesadilla. No quiero exagerar, y sin embargo le estoy diciendo la verdad. Una de las pocas oportunidades que hubiéramos tenido de pasar momentos agradables —me refiero a encontrarnos con ustedes— se malogró por las razones que creo haberle dicho en mi carta anterior. Cuando pienso en esas últimas semanas de Buenos Aires, en enero y comienzos de febrero, me pregunto si realmente estábamos en el mismo espacio y en el mismo tiempo, o si habíamos entrado en uno de esos planos de "X-dimensiones" que tanto aman cultivar los autores de "science fiction". Más de una vez Aurora y yo nos hemos interrogado ese estado como de modorra —que dejábamos pasar los días, sin aportarnos ya nada, completamente ahogados por la doble conjura —de las desgracias familiares y la sensación de estar en una ciudad ande o todos son fantasmas y uno sigue vivo, o uno es un fantasma que se mueve entre los vivos. La dialéctica de muchos cuentos míos se cumplía rigurosa; era casi para reírse. ¿Usted imagina una fiesta de fin de año en que las dos familias están reunidas, bebiendo y festejando, y en ese momento, como un final de teatro minuciosamente preparado, alguien cae muerto¹⁸⁴ en medio de las copas de champaña? Desde fuera, parece literatura; metido en el baile, lo deja a uno marcado para siempre. En dos horas vi convertirse una sala de fiesta en capilla ardiente, sacar copas y botellas y reemplazarlas por candelabros y velas. Imposible pedir más: el teatro isabelino amaba esos contrastes violentos, esas tormentas sentimentales que hacen pasar de un polo al otro y le dejan al héroe los cabellos blancos. Yo conservo los míos con su color natural pero ahora sé algo más sobre la muerte; lo noto, porque cosas que antes me entusiasmaban me dejan casi indiferente, y porque otras han adquirido de golpe un sentido inquietante, una vida que no me imaginaba en ellas. A usted puedo decirle estas cosas, así al correr de la máquina. Quisiera que comprenda mejor por qué me fue imposible cruzar al Uruguay, y cómo era casi fatal y necesario que nuestro barco, contra todo lo imaginable, no hiciera escala en Montevideo. Estaba escrito que las cosas debían salir mal. Tal vez salimos todos ganando, porque yo no hubiera tenido ánimo para nada, y los hubiera aburrido. La pobre Aurora, con infinitos problemas por el lado de su madre, no estaba en mejores condiciones que yo... En fin, ahora ponemos nuestra esperanza en que ustedes vengan a Francia. Yo no sé lo que pasa que apenas llego a París todo es tan distinto. Sé de sobra que las cosas andan muy mal, y el caso de Argelia es de día en día más monstruoso. No crea que soy un "escapista" en ese sentido, y que me valgo de mi condición de extranjero para ignorar todo lo que ocurre en torno. Pero hay las compensaciones. Eso es lo que siempre faltó en la Argentina, la balanza se inclina solamente hacia el mal lado. Viera la cara que tenían mis mejores amigos cuando los vi en Buenos Aires. Viven como de prestado, reprochándose vivir, yendo al cine (ven todas las películas oyen todos

los conciertos, leen todos los libros, y están tan tristes). No pueden hacer lo que acabamos de hacer Aurora y yo, meterse en el auto y pasar una semana explorando los rincones de Bretaña. ¿Escapismo? Sí, pero del bueno, en todo caso. Menhires, pueblecitos de pescadores, calvarios, Locronan, Douarnenez, Carnac, y a la vuelta la increíble maravilla de la catedral de Le Mans (para no hablar del Mont St. Michel).

Me gustaría tanto saber como están ustedes, en qué andan y qué planes tienen. Los nuestros son bastante simples. París hasta agosto, luego Viena en septiembre (trabajo en el Organismo Atómico). Yo daré un salto de cinco días a "Washington (trabajo para el... ¡Interpol! Homosexualidad, drogas, contrabando: muy divertido, y la posibilidad de quedarme una semana en Nueva York y conocer a gentes de Greenwich Village que, según parece, leen poemas míos en los cafés). Y antes y después de eso, París y más París.

Escribo mucho, pero revuelto. No sé lo que va a salir de una larga aventura a la que creo aludí en alguna otra carta. No es una novela, pero sí un relato muy largo que en definitiva terminará siendo la crónica de una locura. Lo he empezado por varias partes a la vez, y soy a la vez lector y autor de lo que va saliendo. Quiero decir que como a veces escribo episodios que vagamente corresponderán al final (cuando todo esté terminado, unas mil páginas más o menos), lo que escribo después y que corresponde al principio o al medio, modifican lo ya escrito, y entonces tengo que volver a escribir el final (o al revés, porque el final también altera el principio). La cosa es terriblemente complicada, porque me ocurre escribir dos veces un mismo episodio, en un caso con ciertos personajes, y en otro con personajes diferentes, o los mismos pero cambiados por circunstancias correspondientes a un tercer episodio. Pienso dejar los dos relatos de esos episodios, porque ca vez me convenzo más de que nada ocurre de una cierta manera, sino que cada cosa es a la vez muchísimas cosas. Esto, que cualquier buen novelista sabe, ha sido en general enfocado como lo hizo Wilkie Collins en *The Moonstone*, es decir, un mismo episodio "visto" por varios testigos, que lo van contando cada uno a su manera. Pero yo creo ir un poco más lejos, porque no cambio de testigo, sino que le hago repetir *el episodio...* y sale distinto. ¿No le ocurre a usted, al contar algo a un amigo, darse cuenta en el momento que las cosas eran diferentes de lo creía? A mitad del relato, un golpe de timón desvía el barco. Lo justo, en ese caso, es presentar las dos versiones. Pero como el lector se aburriría si tuviera que leer dos veces seguidas un mismo relato, en el que los cambios serían siempre pocos con relación al total, he fabricado serie de procedimientos más o menos astutos, que sería un poco largo contarle ahora. Baste decirle que el libro ocurre mitad en B.A. mitad en París (creo tener ya bastante perspectiva de ambas como para hacerlo), pero que con frecuencia los episodios se cumplen en un "no man's land" que la sensibilidad del lector deberá situar, si puede. En realidad me propongo empezar por el final, y mandar al lector a que busque en diferentes partes del libro, como en la guía del teléfono, mediante un sistema de remisiones que será la tortura del pobre imprentero... si semejante libro encuentra editor, cosa que dudo.

Los premios, la novelita náutica que escribí hace dos años, sale en B.A. en septiembre. Fayard la publicará en francés el año que viene. Creo que usted estará contento al saber esto último, y también que Gallimard acaba de pedir los derechos para editar mis cuentos. Caíais, después de nueve años, ha terminado por descubrirme, y será el responsable de la edición Gallimard. No sé qué cuentos irán, pero presumo que buena parte de los de *Bestiario* y *Final del juego*. ¿Se lee en Montevideo una pequeña revista bonaerense llamada *El Grillo de Papel*? Me dicen que acaba de salir un cuentito mío, el mismo que se publicó en francés en la NRF de febrero del '59. Me gustaría su opinión sobre ese ejercicio — pues no es más que eso—. Pero sobre todo me gustaría conocer su opinión sobre *Los premios*.

Podría seguir hablándole de lo que hago, pero antes quisiera recibir una carta suya, que me conecte otra vez más de cerca con ustedes. Hace tanto que no nos escribimos que hay como una niebla. Ayúdeme a disiparla, y entonces charlaremos mejor.

Aurora y yo hablamos con frecuencia de ustedes, y los asociamos a tantas cosas que amamos. No

lo olviden, y perdonen el desencuentro de este verano. Nos sentimos más cerca de ustedes en París, cuando sólo el río nos separaba. Daríamos no sé qué por olvidaros de esos tres meses.

Un gran abrazo de su amigo

Julio

A Francisco Porrúa

PARÍS, 19 de agosto de 1960

Querido Porrúa:

Su carta me trajo, junto con una gran alegría, un alivio casi físico. Su largo silencio me tenía muy perplejo, porque si bien yo sé que los argentinos somos sabios y no nos matamos por semana más o se mana menos, de todos modos me daba escalofríos la idea de que el paquetito se hubiera perdido en alguna cuneta de Hurlingham. Debo decir que el nombre del pueblo me devolvía un poco la confianza porque de los ingleses se podrá decir mucho de malo pero no que andan tirando las encomiendas en los rincones. En fin, la cuestión es que los cronopios llegaron a su casa y que por lo visto no han perdido tiempo en subirse a los roperos y tomar por asalto a Minotauro. Y eso, después del alivio, es una de las razones de la alegría a que aludo al principio. Alegría sobre todo por tener noticias de usted, y de enterarme de que el Minotauro se adentra sin miedo en el laberinto editorial. Yo, que como usted sabe tomé partido hace mucho por el Cabeza de Toro, no temo que ningún Teseo le pise el poncho. Teseo siempre me pareció un atleta, y con eso queda dicho todo.

Bueno, me emociona mucho que usted lleve el afecto y el heroísmo hasta el punto de meter a los cronopios entre dos tapas de cartulina. Como soy bastante honesto, se lo advierto por adelantado: le van a hacer la vida imposible. Lo sé, porque aunque los tiré por la ventana hace seis años, reaparecen continuamente en la sopa, en los sueños, en esta máquina de escribir (observe el arrancón medio frustrado, arriba a la izquierda: son ellos), y en general se inmiscuyen desconsideradamente en las actividades más serias. Apenas usted los edite, va a ser la locura total: bastará mirar las caras de algunos señores para ver de lo que son capaces esos microbios insidiosos. Me cuesta creer que todos esos textos (¿no son demasiado, no lo asustan tantas páginas?) van a salir en libro. Fueron escritos en todas partes, en épocas y lugares tan distintos, y anduvieron metidos en bolsillos y cajones años y años. La verdad es que una vez reunidos, creo que se sostienen bastante bien unos a otros. Pero, por supuesto, me gustaría su crítica al respecto. He oído decir que es mejor un libro gordo que uno flaco. En fin, usted verá.

La fecha que me propone me parece muy bien, porque este año ya está muy avanzado y no tendría sentido andar apurándose. Usted me pide que le describa mi idea del libro, y la verdad es que no tengo ninguna. Siempre fui un negado para las artes gráficas. Veo un libro bonito, con todo el blanco posible. Veo, si fuera posible, una casi insólita, por ejemplo más ancha que alta. Pero ahí se me acaban las invenciones. Quizá el duende del libro haya que buscarlo sobre todo del lado de los caracteres, o usar papel de color, no sé... Quizá lo mejor será que usted lo proyecte y yo parta de ahí para señalar alguna cosa que pueda ayudar a la maqueta definitiva. Le agradezco tanto que quiera regalarme un libro hermoso. Anímese y haga usted el proyecto. Siempre podremos cambiar ideas, y además a lo mejor yo me topo aquí con algún libro que me guste desde el punto de vista gráfico y se lo mando enseguida.

Por carta es siempre difícil decir algunas cosas, pero quiero sepa todo lo que valoro su opinión sobre lo que escribo. Ya se lo dije, creo, en mi primera carta, pero ahora usted vuelve a emplear palabras que me conmueven profundamente, no por el elogio que encierran sino porque quien las dice es un crítico sin concesiones. Un día pediré que lea lo que estoy haciendo ahora, y que es imposible de explicar por carta, aparte de que yo mismo no lo entiendo. Ignoro cómo y cuándo lo terminaré; hay cerca de cuatrocientas páginas, que marcan pedazos del fin, del principio y del medio del libro, pero que

quizá desaparezcan frente a la presión de otras cuatrocientas o seiscientas que tendré que escribir entre este año y el que viene. El resultado será una especie de almanaque, no encuentro mejor palabra (a menos que "baúl de turco..."). Una narración hecha desde múltiples "ángulos, con un lenguaje a veces tan brutal que a mí mismo me rechaza la relectura y dudo de que me atreva a mostrarlo a alguien, y otras veces tan puro, tan poco literario... Qué sé yo lo que va a salir. Hay una sola cosa cierta, y es que ya no sé escribir cuentos, y que Los premios se ha quedado tan atrás que me va a costar horrores corregir las pruebas. Le cuento todo esto como una manera un poco menos torpe que las otras de decirle cuánta confianza tengo en su amistad; y la alegría que me da poder confiarle, por lo menos como una primera impresión, lo que estoy haciendo y lo que quisiera hacer.

Bueno, tomo nota de lo que me dice sobre libros franceses. (Veo que está bien enterado de que la "science fiction" no es un género que prospere en este país, pero podría suceder que le echáramos mano a algún libro bueno. No conozco a Hennenberg, que usted cita) ni tampoco las novelas de Sternberg. Me han prometido pasarme un libro cuyo autor se me escapa ahora, y que parece bueno. Si lo es de veras, se lo mando por avión. De todos modos lo tendré al tanto de mis pesquisas.

La antología de Caillois podría publicarse, me parece, pero cambiándola bastante. Por supuesto "La Pata de Mono" tiene que volar, y en cambio habría que incluir el sector surrealista de lo fantástico, que Caillois desdeña por una cuestión de "parti pris". ¿Estaría él dispuesto a esos cambios? He aquí algunos nombres necesarios para el enfoque surrealista: Leonora Carrington ("Conejos blancos", por ejemplo), André Pieyre de Mandiargues... Si usted decide publicarla cuente conmigo para buscar buenos cuentos fantásticos.

¿Ha pensado usted en la posibilidad de hacer alguna vez una antología de textos de locos? Aquí el género tiene grandes representantes, y yo por mi parte colecciono maravillas desde hace años. El problema es siempre la selección, porque los atisbos geniales están casi siempre metidos en la hojarasca, y se trata de aislarlos y ponerlos bien en relieve. Pienso que un libro donde esos textos se alternaran con reproducciones de cuadros "naifs" (de los que hay en este momento una hermosa exposición en París) podría ser algo muy hermoso.

Amigo, hasta pronto. Me ha dado usted una alegría muy grande. Escriba cuando tenga ganas, y no les dé mucha confianza a los cronopios.

Con mis afectos a Sara, un gran abrazo para usted de

Julio Cortázar

1961

A Paul Blackburn

PARÍS, 21 de febrero de 1961

Mi querido Paul:

Shame on me! Hace ya tanto que recibí tu hermoso regalo de reyes, que lo escuché, que lo volví a escuchar... No te escribí antes porque me había puesto a trabajar en mi nueva novela (¡que ya tiene 400 páginas!) y los días se me fueron pasando. Pero todas estas últimas noches he vuelto a pasar la banda con tus poemas, y ahora quiero decirte cuánto me ha gustado escucharlos leídos por ti. El sentido de muchos poemas se me escapa en parte, porque no siempre tu grabador estaba bien graduado, a veces leías desde muy lejos y no se te entiende con suficiente claridad; pero en general la grabación es clara, y a fuerza de repetirla voy comprendiendo el sentido de la mayoría de los poemas. Como es natural, los que he saboreado más son aquellos cuyo texto ya tenía por escrito. Por eso te voy a pedir el texto de algunos que me han impresionado enormemente, y que quisiera comprender a fondo. La lista de los textos que más me gustaría tener es la siguiente: *cafe at night* / *La vieille Belle* (beautiful!) / *Bow to*

Live With One Another Somehow / Sirventes (yes, yes!) "/ Etruscan Tomb (un día tú y yo tenemos que hablar de los etruscos, que eran unos cronopios inmensos; este verano voy a ir a Italia en auto y visitaré todas las tumbas etruscas), The birds (¿Qué alianza misteriosa hay entre tú y los pájaros? Siempre que hablas de ellos dices cosas tan hermosas) / affinities (creo que este poema es muy importante dentro de tu obra, y lamento no entenderlo completamente; ¿me puedes facilitar el texto?) También me gusta enormemente The lanner (con la explicación que me diste, y que me permitió entender mejor); friends / NIGHT song for 2 mystics / The Yawn / The Going / The Accumulation of Histories y The Quarrel.

Esto no quiere decir que los otros poemas me hayan gustado menos, pero sí que mi contacto directo con ellos ha sido menos intenso, posiblemente por mi ignorancia del inglés. En realidad a mí me gustaría tener todos los textos; pero es mucho pedir.

Las versiones de Agusti Bartra suenan muy bien. Vamos a ver si las que estoy haciendo aquí de algunos de tus poemas te gustan. No eres nada fácil, ¿lo sabías? Pero pronto te mandaré una primera serie y ya me dirás. Otra cosa: ¿me autorizarías a enviar algunos poemas ' Buenos Aires, para que se publiquen en alguna buena revista? Si estás de acuerdo, mándame un breve curriculum vitae.

So you lost my list of books, you obnoxious cronopio. Never mind, I had a double. Here it is:¹⁸⁵ Ezra Pound —ABC of Writing. Dylan Thomas —Quite Early One Morning. Ferlinghetti —A Coney Island or the Mind. New Directions 16 New Directions 11 (Giant) Ferlinghetti— Her Harry Levin (?) — James Joyce Ezra Pound— The Confucian (?) Odes Gregory Corso —The Happy Building or Death Denise Levertov— With Eyes at the Back or our Heads

Espero que a tu vez hayas recibido la banda que te mandé, y en la que había grabado diversos textos propios y ajenos.

Mi novela Los premios es un best-seller en la Argentina. (¡Mala señal!) Recibo reviews entusiastas. La traducción en francés sale a fines de marzo.

Un muchacho americano que vive en Ibiza y en París, y se llama Van der Voort, tradujo al inglés el primer cuento de Bestiario, que se llama "Casa tomada". Te mando una copia para que me digas que te parece la versión inglesa. Yo no estoy muy satisfecho de la forma en que Van der Voort ha cortado las frases. Me dijo que no se podía traducir siguiendo el estilo del original, porque daba un inglés demasiado Victoriano. Maybe he is right, I don't know.

Kelly me mandó el número 2 de Trobar, donde hay cosas muy formidables.

Tu poema es muy difícil para mí, pero lo siento mágico, tremendamente mágico. No me gusta que pongas el punto separado de las palabras, no entiendo por qué haces eso. ¿Quieres que el lector haga una pausa larga, o qué? Please explain. I'm so dumb. Explain "Maera. Deino" too.¹⁸⁶ ¿Me gustaría tanto traducir ese poema! Dame todas las explicaciones posibles. The gods will take care of the rest.¹⁸⁷

Ese verso: Here is the king's coffin and his cradle, me emocionó mucho, porque cuando fui a Estambul hace tres años vi en un museo el ataúd de Alejandro Magno, y escribí un largo poema¹⁸⁸ que nunca terminé, donde también se habla de un king's coffin. El poema está escrito en español, francés y hasta en inglés, so you can imagine the results. Te copio un pequeño fragmento:

Je t'ai vu ce cercueil, et le crane qu'on a trouvé dedans, sansfoije les ai regardés —Dehors le Seraglio sentait le pistache, au loin la Carne d'Or était une come verte et ambre, comment ne pas hisser les focs de la douleur, alas, poor Yoricksander, alas, bright boy!, fusillé toi aussi en pleine stratégie par les soldats de Dieu Etc.

"Fusillé par les soldats de Dieu" es una quotation de un poema de Jean Cocteau. Como ves, es un poema lleno de alusiones. Un día, si lo termino, te lo mandaré para que me corrijas, si quieres, las artes en inglés. Me nacen espontáneamente, pero deben ser terriblemente imperfectas.

¿Quién es Roselle Owens? Me interesó mucho su poema en obar. El de Kelly (Sun of the Center) es como un enorme salto en el espacio, un impulso. Tiene una gran fuerza que me gusta. Me falta eer

sus notas sobre la poesía, y también el texto de Rothenberg.

¿Sara está bien? ¿Qué haces tú? Mándame dos líneas con noticias. Yo me quedaré en París hasta mayo, y entonces saldremos muy ¿espacio para Italia, cruzando toda Francia y viendo todo lo que haya n el camino. Pero antes de eso me gustaría tener noticias tuyas. ¿Te gustó Ubu Roz?

Hasta pronto, amigo, con un gran abrazo,

Julio

PARÍS, 31 de marzo de 1961

Señor

Manuel Antín Austria 2247 Buenos Aires

Estimado señor Antín:

Su intención de filmar un cuento mío¹⁸⁹ me ha alegrado mucho y no dudo de que los resultados serán excelentes puesto que, a juzgar por los términos de su carta, coincidimos en una cierta manera de ver las cosas y de expresar esa visión. Por lo que toca a la tarea de adaptar el relato al cine, tengo la seguridad de que Arturo Cerretani la llevará a cabo de la mejor manera. En ese sentido, pues, me da usted todas las garantías necesarias.

Hace diez años que me marché de la Argentina, y aunque he vuelto una que otra vez por algunas semanas, estoy muy desconectado de la realidad (o la irrealidad) económica y jurídica de mi país. Por eso no sabría en este momento cómo fijar las condiciones que usted me solicita. Creo que lo mejor es que la HS (me guío por el membrete de su carta) me proponga sus condiciones, y yo por mi parte trataré de situarme mejor mediante un par de consultas a amigos porteños que conocen bien esta clase de problemas. En esa forma, cuando usted vuelva a escribirme, podré contestar concretamente a las proposiciones que se me hagan.

Quiero señalarle desde ahora que estaré en París todo el mes de abril, pero que a principios de mayo (hacia el 10) saldré a recorrer Francia e Italia, por lo cual la correspondencia se volverá azarosa a partir de ese momento. Regresaré a París a comienzos de julio.

Gracias otra vez por su carta tan cordial, mis mejores deseos de que todo se cumpla a satisfacción suya, y hasta pronto.

Suyo,

Julio Cortázar

P.D. Mi dirección exacta es: 9 Place du Général Beuret (París 15).

A Francisco Porrúa

París, 22 de abril de 1961

Querido amigo:

Por supuesto las excusas no eran necesarias, el cronopio Cortázar sabe muy bien cómo es el cronopio Porrúa, meses más meses menos, esas cosas. Me entusiasma la idea de que ustedes se mudaron al mismo tiempo que yo, es una especie de magia simpática. Yo de chico creía en serio que se podían transmitir mensajes con dos caracoles, previo contacto de los cuernos; lo que nunca entendí muy claro era la manera de convencer al caracol A de que moviera los cuernos en algún Morse especial, para que el B repitiera el mensaje. ¿Usted le tocó los cuernos a un caracol? Es increíble como desaparecen instantáneamente, con unos movimientos tan delicados que al lado de eso un soto de Vocos Lescano parece la nueva Facultad de Derecho. A propósito de caracoles y de coincidencias en las mudanzas, las "Historias Naturales" de los cronopios responden a un gran amor por los animales, y de todos los textos cuya supresión me propone usted, son los que más me dolería tirar al canasto. Pero primero de todo muchas gracias por su larga carta, que me trajo noticias de primera mano sobre unas cuantas cosas. Me quedé estupefacto al darme cuenta de que mi nota final de la novela¹⁹⁰ lo había obligado a modificar la solapa. Hombre, de haberlo sabido... En realidad estoy de acuerdo con M. A. Bosco en que la nota sobraba (Castillo también me lo dijo con gran vehemencia). Uno no debería enojarse con los que pretenden mostrarle la Vía Recta y Justa. Basta seguir por donde se cree que hay que seguir, y se acabó. En fin, todo eso forma parte de los riesgos del oficio, y en este caso es bastante divertido, lo mismo que

la urticaria que le provocó usted a Mallea con su frase. Por cierto que La Nación, si bien ha ignorado hasta ahora el libro, le ha confiado el comentario nada menos que a mi cuñado Paco Bernárdez, que según parece tiene de mí una idea sorprendentemente buena. Cómo va a conciliar Paco sus principios con los míos en materia de conjetura y de solazada expectativa (me salen unas frases de lo más castizas). Para mí Paco Bernárdez ha sido un gran descubrimiento personal, pues nada en él hace pensar en lo que suele escribir. Lo he visto en Madrid y en París, y me encontré con un hombre lleno de elasticidad —esa virtud tan escasa en nuestros escritores —y de sentido del humor. Me pregunto de qué parte de sí mismo saca los sonetos y las liras. Pero no hay que olvidarse de que también escribió Alcándara y otras cosas muy hermosas illo tempore. En cuanto a lo que me dice usted de Rama¹⁹¹ y sus comentarios, como no tengo el texto no puedo entender un par de alusiones. Urgoiti¹⁹² me ha prometido enviármelo. Me he reído con una frase de su carta, donde me dice que al releer la novela ya no encontré los desequilibrios y el exceso de charla inteligente que me había señalado la primera vez. Explicación de por qué me reí: este cronopio no echa en saco roto las observaciones inteligentes, y veintidós días de viaje de vuelta en el Río Belgrano le dieron amplia oportunidad de cortar, cambiar, reescribir equilibrar y otras actividades sartorias que, me alegra comprobar, dieron su resultado. Ya ve que a mí me puede decir siempre lo que piense, aunque por supuesto no puedo garantizarle los resultados...

Por eso vamos a hablar ahora de los cronopios. Primero, tengo aquí las cartas de Vaché y me gustan las medidas del libro; es poco frecuente (como los cronopios), y entonces les puede servir muy bien de casa. Creo que su diagramador ha tenido una excelente idea. *Quedaría* por ver el problema de la tapa. La del libro de Vaché (si su dibujante ha pensado también en ella) es demasiado pesada, me parece. Me gustaría mucho recibir algún boceto, no porque sea capaz de criticarlo eficazmente, sino porque en esos casos yo aplico diversos sistemas mágicos entre los que el consumo de altas dosis de coñac desempeña un papel importante, y de golpe se me ocurren cosas de las que en realidad soy completamente incapaz. No haga caso de las múltiples contradicciones que encierran estas últimas frases, y vamos adelante.

De su carta me quedará siempre en la memoria una frase conmovedora: "Al fin, Buenos Aires será cronopio, o no será". Le juro que me conmueve al margen de todo narcisismo, porque me doy cuenta muy bien de lo que usted quiere decir. El aire cronopio tiene que entrar en Buenos Aires, sea yo o cualquier otro el que abra de par en par las ventanas. Ya ha habido otros que han volteado paredes, y entre ellos César Bruto¹⁹³ y Niní Marshall, que alguna vez tendrán sus respectivos capítulos en la verdadera historia de nuestra literatura. ¿Sabe quién es violentamente cronopio? Miguel Brascó. Lástima que, me temo, el periodismo y una cierta fiaca personal lo estén alejando de una obra que prometía. Yo le conozco textos, bromas, tomadas de pelo y cartas verdaderamente inmortales. Pero los argentinos somos flojos, no aguantamos casi nunca las tensiones que exigen las grandes aperturas de ventanas. Si Brascó se malogra será una lástima. (By the way, ahora que lo pienso, ese muchacho es un dibujante lleno de humor; se lo digo por si necesitara monigotes divertidos para los cronopios o cualquier otro libro.)

Mire, la idea de suprimir una serie de textos me parece muy bien. He releído uno por uno los que figuran en su lista negra, y coincidido plenamente con usted en lo que se refiere a: "Instrucciones para peinarse", "Instrucciones para disecar una lechuga" (éste me gusta mucho, pero convengo en que disuena dentro de la clave en que está afinado el libro), "El prisionero", "Vialidad", "Never stop the press". Como ve, estamos de acuerdo sobre 5 textos, y ya puede hacerles una gran cruz con lápiz azul.

Discrepo en cambio con la idea de suprimir "Cuento sin moraléja", que me parece un "digest" latinoamericano bastante actual; "Trabajos de oficina" no puede ser que no le guste, puesto que es como la razón de todo lo que sigue, de una manera no solamente de escribir o de entender el mundo. Me explico: sí que puede ser que no le guste, sí que puede ser que sea malo. Para mí es un texto importante, que por algo está al comienzo de "Material plástico". Lo mismo me ocurre en "Qué tal, López", y

prefiero correr el riesgo de estar equivocado.

Con respecto a los cronopios, convengo en que los telegramas son menos que nada, pero si supiera usted cuánta gente se los sabe de memoria en Nueva York, por ejemplo, o en París. Algo debe haber ahí de duende, porque vuelta a vuelta la sepia del canario y la tortuga tonta, reaparecen en la correspondencia de gente que me escribe desde sitios inesperados. (El año pasado una radio de New York pasó todos los cronopios en una magnífica versión de Paul Blackburn. Hubo una lluvia de cartas, que el traductor me mostró, y los telegramas eran citados siempre con gran regocijo.) Tampoco me gustaría suprimir "Haga como si estuviera en su casa", y las "Historias naturales". Creo humildemente que los cronopios son también tontos, y que hay que dejarlos con sus absurdas aventuras entre flores y leones y cóndores. Otra cosa: tal vez usted tenga razón al invertir el orden de los últimos textos, pero no me molesta la idea de que el libro termine con las "Historias naturales", es decir en una nota menor y casi insignificante, sin el do de pecho final que todo el libro lucha por evitar. Dígame usted a su vez si todas estas razones le parecen de cierto peso, y creo que estaremos perfectamente de acuerdo y que todo saldrá muy bien.

Si me quedan ganas de seguir dándole a la máquina le agregaré aquí unos pequeños textos. En caso de que le gustaran y creyera que pueden entrar en el libro, póngalos donde quiera.

Sobre la antología, no me he olvidado de lo que hablamos, y me sigue gustando la idea de colaborar. Muchas gracias por querer que sea mi antología, en realidad la haremos usted y yo, y para mostrarle mi interés; aquí van ya unas ideas. Me parece que no hay que hacer otra antología de la literatura fantástica, primero porque como usted me dice, Sudamericana va a publicar la de Caillois, y eso saturará bastante a los lectores, que al fin y al cabo no son tantos. Se me ocurre que sería mucho más divertido y original hacer algo así como una "Antología de la literatura insólita".¹⁹⁴ Esto nos daría una enorme latitud, porque si bien el grueso del libro estaría dado por cuentos fantásticos, podríamos agregar muchas otras cosas curiosas y fascinantes

Textos de locos, por ejemplo, y pasajes de ciertas filosofías (Zen, taoísta) en los que hay cosas extraordinarias; podríamos incorporar textos de un cierto humor negro en la línea de Ionesco y sobre todo Schwitters (¿conoce "La lotería del jardín zoológico"?) y también Alpo Aliáis; podríamos dar dos o tres cuentos breves de surrealistas como Leonora Carrington (o sea ese lado de lo fantástico que los espíritus geométricos como Borges o Caillois detestan o dejan de lado); también se me ocurren cosas como las recetas de cocina de Edward Lear pasajes de Jarry... Antes de ponerme a pensar en serio en la recopilación y selección de textos, quiero su opinión sobre este enfoque. Piense incluso en la posibilidad de intercalar algunos "cartoons" extraordinarios, para quitarle al libro todo aire de "importancia" y darle por contragolpe su verdadera importancia. Bueno, y por hoy ya lo he abrumado bastante. Mis afectos a Sara, y escíbame lo antes que pueda (dentro de la sencillez del conjunto, como decía el otro). Yo me voy a Viena por dos semanas, a ver cómo se portan los isótopos en el Organismo de Energía Atómica, pero vuelvo a París el 20 de mayo. El 25 (que amaneció frío y lluvioso) salimos en auto para perdernos por Francia e Italia un par de meses. Por eso me gustaría una carta suya antes de esa fecha, porque después habrá por lo menos dos meses en que no podremos comunicarnos. Un gran abrazo

Julio

[Al margen, manuscrito, dibujo con la siguiente inscripción: "Caracol Cortázar recibiendo entusiasmado las noticias del Caracol Porrúa sobre mudanzas y otros cataclismos".]

PARÍS, 29 de abril de 1961

Querida Amparo Dávila:

Muchas gracias por su carta, por el cuento y su cordial dedicatoria. Nada podía alegrarme más que recibir noticias de usted, y enterarme de que trabaja en un segundo libro de relatos. En nuestros países es bastante frecuente que los escritores abandonen casi enseguida la partida, después de uno o dos libros. En la Argentina, por lo menos, es un caso corriente y lamentable. A usted la veo dispuesta a seguir adelante, y me alegro de verdad, porque ha elegido un género fácil y peligroso, en el que vale la pena luchar durante años hasta conseguir lo que se quiere. Y usted ya ha conseguido mucho.

Leí "El entierro", y me gustó la forma en que está escrito, el tono del relato. No era fácil contar así el episodio, y usted ha trabajado su idioma, lo ha modulado con una gran finura. Leyéndolo tenía el tiempo sensaciones musicales; no exactamente sonoras, sino más bien esa sensación de pasajes, de modulaciones entre un párrafo y otro, que hacen la magia de ciertas músicas. La verdad es que la noción de musicalidad, aplicada a la literatura, es siempre un malentendido, creer que un texto es musical porque tiene muchas eles o ritmos aliteraciones diversas. Para mí lo musical se da en eso que llamo pasaje, es decir, en saber ligar el transcurso del relato, no interrumpirlo nunca brutalmente para pasar a otra cosa ni tampoco darle un ronrón monótono en el que uno acaba por irse distraendo. Creo que desde mi punto de vista, usted escribe admirablemente bien.

Si algún reparo le encuentro a su cuento, es quizá que la idea que ha motivado el cuento en sí, y que se concreta en los párrafos finales, no se equilibra suficientemente con el pausado desarrollo preliminar. Quiero decir que quizá el cuento es demasiado largo en función de eso que usted revela al final. Como episodio dentro de una novela, por ejemplo, sería incluso demasiado corto; pero entendido como un cuento, se demora excesivamente con relación al desenlace. Detalle menor frente a las calidades del relato, pero que quizá le convendrá tener en cuenta para otras narraciones. El cuento es monstruosamente exigente, y creo que por eso nos fascina a usted y a mí. Nunca tendremos mejor enemigo, amante más implacablemente rebelde.

Me alegra saber que tiene ganas de venir a Europa, y si pasa por París no deje de avisarme. Yo estaré muy poco en París este verano (me voy el 25 de mayo a Italia) pero a lo mejor usted viene hacia julio, y entonces sí estaré.

Gracias por mandarme los saludos de Emma, a quien también le he escrito en estos días. Y gracias de nuevo por dedicarme su cuento y por escribir tan bien.

Con todo el afecto de

Julio Cortázar

PARÍS, 21 de mayo de 1961

Muy estimado amigo Antín:

Ayer, de vuelta de Viena, me encontré con su carta. Lamento su anterior se haya perdido, pero no le oculto que su nueva carta paga con creces la pérdida de la primera.

Quiero decirle ante todo cuánto agradezco la seriedad y sobre todo la sensibilidad con que usted enfoca la idea de hacer una película con mi cuento. Estoy tan acostumbrado a no ir a ver adaptaciones obras literarias (y no me refiero solamente al cine argentino, que prácticamente no llega a Francia, sino a lo que se hace aquí o en Hollywood) que todos los escrúpulos y la delicadeza que se manifiestan en su carta me llenan de alegría y de esperanza. No soy más vanidoso que cualquier otro escritor, pero es natural que las masacres a las que suele asistirse en las pantallas de cine me inspiren recelo y desconfianza. Todo eso cede ahora terreno a una gran tranquilidad; me siento en buenas, en muy buenas manos. No es cosa frecuente, y por eso le doy las gracias.

Por lo que puedo juzgar, el reparto que me anuncia es excelente. Me gusta mucho que María Rosa¹⁹⁵ sea Laura. No sé si ella se acuerda de mí, pero yo la recuerdo con ese cariño que nace de haber compartido experiencias de bohemia (Roma, en el '53). Los otros actores no me son conocidos, porque diez años lejos de la Argentina es mucho tiempo; por supuesto sé quién es Milagros de la Vega y también Murúa. Lo que me dice del título es muy cierto, y la gente podría imaginarse una comedia amable. No se me ocurre ninguno más apropiado, pero entre Cerretani y usted lo encontrarán seguramente. Estoy completamente de acuerdo en que lo cambien si les parece mejor. Espero con mucha curiosidad la adaptación cuyo envío me anuncia, aunque quizá no pueda leerla hasta mi vuelta a París ya entrado julio. Aprovecho para decirle que si tuviera algo urgente que comunicarme, lo mejor será que escriba a Poste Restante, Cannes, hasta el 15 de junio; si calcula que la carta va a llegar después de esa fecha, diríjala al Fermo Posta de Roma. Y si su carta va a llegar a Europa después del 7 de julio, lo mejor es que la envíe a mi casa. En esa forma tendremos dos posibilidades de estar en contacto mientras yo ande de viaje.

Demás está decirle que me alegra mucho saber que va a venir a París para completar la filmación, pero todo el problema está en saber la fecha, porque este año yo ando de un lado para otro, sobre todo por cuestiones de trabajo. De todos modos no deje de avisarme, porque haría todo lo posible por no desencontrarme con usted. Iré a esperarlo a la estación, y sé que ni "mamá" ni Nico nos harán una jugada. A menos que usted y yo, sin saberlo, seamos a nuestra vez fantasmas para un tercero o una tercera, y el juego continúe al infinito, como le gusta a nuestro Borges.

Dígale a Cerretani cuánto aprecio su colaboración y que también espero conocerlo algún día, y acepte un abrazo de su amigo

Julio Cortázar

A Francisco Porrúa

París, 22 de mayo de 1961

Querido Porrúa:

Volví anteayer de Viena y me encontré con su carta del 3 de mayo, que ha debido cruzarse con una mía en la que le contestaba su anterior. A pesar de las fantasías que se permitió en el sobre, llegó muy bien a casa. En realidad el arrondissement era bueno, o sea el 15. Pero escribir Bousset por Beuret era ya un tanto vertiginoso.

Quizá yo hubiera debido esperar otra suya¹⁹⁶ antes de escribir para evitar un nuevo cruce de cartas, pero ocurre que a fin de esta semana salgo de viaje por Francia e Italia, y como voy a irme con Nicolás

—nombre con que bautizamos nuestro auto el día que lo compramos —andaremos un poco perdidos por los caminos y las ciudades, sin plan ni itinerario fijo. Prefiero, pues, acusarle recibo, y darle de paso un par de postes restantes para el caso de que quiera mandarme alguna noticia a lo largo de junio y julio. Puede escribirme hasta el 15 de junio a Cannes (Poste Restante), y hasta el 5 de julio a Fermo Posla, Roma. A partir de esa fecha lo mejor será mandar las cartas a París. Volveré, calculo, hacia el 20 o 25 de julio; todo dependerá de lo que me duren los dólares que acabo de extraerle al Organismo de Energía Atómica.

No he recibido la carta de su amigo Alfredo Betanín, pero todavía puede llegar. Lo que me dice de él me da desde ahora las garantías necesarias, y yo también creo que la novela podría convertirse en una película "que nos gustara a todos", como dice usted. Lo del color y el cinemascope son males inevitables de la época, pero cuando uno ve el partido que les saca un René Clément en *A plein soleil*, por ejemplo, se advierte que aún con esos recursos principescos pueden hacerse buenas películas. Lo que no creo factible es hacer yo mismo una eventual adaptación cinematográfica. Primero porque no sé cómo se hace, y segundo porque ya ando en cosas muy alejadas de Los premios y totalmente despegado de su pequeño mundo. Me imagino que el mismo Betanín estará perfectamente capacitado para hacerlo, y por supuesto yo no me negaría a mirar los diálogos y aportar un punto de vista más a la empresa. Lo que más me ha entusiasmado es lo de los caños de hierro; realmente es un enorme progreso comparado con los fideos de Cartas de mamá". Cosas así lo estimulan a uno en esta vida.

De todos modos, y para dejar este asunto bien claro, dígame a Betanín que estaré a tiro en las direcciones que le cito más arriba, y que prometo una respuesta inmediata si es necesario. Así me puedo ir tranquilo a mirar iglesias románicas, por más que sean en blanco.

Y eso es todo. La edición francesa de la novela está muy bonita, aunque con un precio tan astronómico que ni yo pienso comprarla. Me asombraría que tuviera el más pequeño éxito; pero lo mismo pensaba con respecto a la Argentina, y parece que me equivoqué entre tanto aproveché Viena para terminar la primera versión de *La Rayuela*, y al volver de mis vacaciones la trabajaré a fondo para que esté lista, si es posible, antes de fin de año. Lo que usted me diga de ella será muy importante para mí; ojalá encuentre la manera de hacerla copiar a máquina para mandarle un texto en noviembre o diciembre. Prepárese, son unas 700 páginas. Pero yo creo que ahí adentro hay tanta materia explosiva que tal vez no se haga tan largo leerla. De ilusiones así va uno viviendo.

Mis mejores afectos a Sara, y hasta pronto, con un abrazo su amigo

Julio Cortázar

DE CÓMO AL SALIR A ECHAR UNA CARTA AL CORREO LE PONEN A UNO UN SOBRE EN LA MANO Y ES NECESARIO VOLVER A CASA Y AGREGAR ALEGREMENTE OTRA PÁGINA.

Todas sus noticias me han parecido excelentes, y la mejor despedida posible en vísperas de mi partida. Ya me sospechaba yo que usted era un patafísico de primera, y los Berros y otras ensaladas me han dejado convencido. En esas condiciones, todo hace suponer que nos va a salir una antología de abrigo. Pero procedamos metódicamente, como dijo la monja antes de descuartizar a la abadesa.

Veo que estamos de acuerdo con las supresiones y las conservaciones. Por mi parte creo que usted tiene razón con lo de "tiranuelo", pero la gran macana es que no tengo a la vista ningún ejemplar de los cronopios (regalé el penúltimo a un poeta de Nueva York, y el último se lo mandé a usted, de manera que cuídelo). No me opongo a cambiar tiranuelo por presidente, pero sólo en caso de que a usted le parezca que la fuerza de la cosa se mantiene. A lo mejor habría que poner tirano a secas. ¿No lo podría yo resolver en pruebas? Porque espero que me mande primeras pruebas, a fin de meter toda la tijera necesaria. Hace tantos años que escribí esos textos, que sin duda habra algunos cambios; no demasiados, y sobre todo nunca habrá ese tipo de cambios que salen caros en la imprenta. Sacaremos una florcita de aquí y la reemplazaremos por un pastito más allá. Lo cual, claro, me lleva al eucalipto.

Sí, dejémoslo, me alegro de que acepte finalmente, aunque no sea tan decididamente como en los otros casos. "Rajá, pero me gustó siempre por su concisa violencia. Los americanos lo tradujeron: "Beat it, you dog", y parece que les gustaba mucho así. Quedamos en que los telegramas se salvan. Para su diversión, aquí a la vista tengo un auténtico telegrama de cronopio, que ha recibido un peruano llamado José Durand, autor de un librito sobre la leyenda de las sirenas que se publicó en Tezontle. Este bueno de Pepe cambió unos telegramas con un hermano cura que tiene en Perú, al efecto de que este último le juntara dinero para el pasaje de vuelta. Ignoro el texto de los telegramas anteriores, pero el último, del cura a su hermano (a quien adora, protege y echa a perder) dice textualmente: ENRIQUE JUNTANDO DOSCIENTOS DÓLARES IRÁN MIÉRCOLES STOP No SOY ADIVINO TÚ NO SEAS IMBÉCIL. RICARDO. ¿Qué le parece? Pepe estaba enloquecido de entusiasmo, y ya le ha mostrado el telegrama a medio París.

Bueno, a mí me parece bien festejar su cumpleaños en nombre en compañía de los cronopios, que son capaces de regalarle mangueras de colores o hacerle algo todavía peor. ¿Por qué no me manda los bocetos de que me habla,¹⁹⁷ cuando el amigo Fassio los haga? Yo vuelvo a París hacia el 25 de julio, y entre esa fecha y fines de agosto podríamos poner todo a punto. Si es demasiado tarde, paciencia. Pero me permito insistir en que quisiera por lo menos pruebas, que los dos quedemos contentos del texto definitivo. Me alegro de que mi idea de la antología le haya gustado. Yo estoy empezando a mirar cosas, a anotar mentalmente autores, pasajes, y tía clase de perversidades, sorpresas, tirones de nariz y jabonadas de piso para el inocente lector. Coincido con usted en el culto a Lewis Carroll, y en que la antología debe ser voluminosa, para darnos realmente el gusto. Lo que sobre se lo dejamos a Cócaro.

Gracias por su carta tan suya, y hasta pronto, con otro abrazo

Julio

PARÍS, 22 de julio de 1961

Mi querido amigo:

Espero que haya recibido mi carta de mediados de mayo mujer la echó al buzón sin darse cuenta de que el franqueo era insu' ficiente, por lo cual deduzco que le habrá hecho pagar a usted la dife rencia, y esto en el mejor de los casos, porque también puede haber ocurrido que la carta no haya llegado. Ahora encuentro una carta de Urgoiti a la que se agregan los contratos con Minotauro. Los firmo y devuelvo, completamente de acuerdo con el artículo 1, que es el único que he leído; los otros supongo que son los de rutina.

En el contrato se habla del libro con el título Historias de cronopios y famas, pero supongo que es un error del que lo redactó. Me interesa mucho que se diga "y de famas", que le da su ritmo especial, aparte de que quiere decir otra cosa.

Cuando iba visitando los dos o tres Postes Restantes que dejé indicados a Sudamericana y a usted, tenía la esperanza de encontrar noticias tuyas, pero no fue así. En cambio Urgoiti me escribió con excelentes noticias sobre Los premios y los otros libros, que por lo visto se aprestan a invadir el suelo italiano. Lo he pasado muy bien en Italia, visitando las tumbas etruscas y explorando pueblos y ciudades que aún no conocía (Urbino, por ejemplo, que es una maravilla).

Me quedo en París hasta el 20 de agosto, y luego me voy a Copenhague y a Viena. ¿Tendré noticias tuyas antes de esa fecha? Vamos, mande unas líneas para saber cómo se portan los microbios verdes y húmedos. No se imagina las ganas que tengo de ver pruebas del libro.

Esta carta es demasiado "matter of fact". Perdóneme, pero estoy tapado de correspondencia que se juntó durante dos meses. La próxima será una carta de amigo.

Con mis afectos a Sara, un gran abrazo de

Julio

P.D. Al dorso encontrará una perfecta copia de esta carta, resultante de haber puesto el carbónico al revés. Le ruego me la guarde cuidadosamente, si es posible en una carpeta encuadernada en cuero de Rusia. Al fin y al cabo un carbónico decente debería tener carbón de los dos lados, y todos viviríamos más tranquilos...

PARÍS, 28 de julio de 1961

Pablo:

Got your explosive letter yesterday. Instantly I gathered in paper, a yard of string, and had an awful struggle making the parcel. Both the Argentine and the French copy of Los premios resented the treatment and made their best to escape. In the last minute I embered you were asking for a copy of "Manual de instrucciones", after a few curses I added it, and oh! suddenly the peace was made, both copies kept still and I could wrap them like dead babies. Rather bid, eh?

By this time I reckon you got my letter explaining you that are the absolute pilot of my soul in the States. In case my Argentine publisher forget that and try to engage negociations with Pantheon I'll take care of it, never mind. You and I will be millionaires in put a hundred and ten years, it is a dead shot.¹⁹⁸ Estoy muy contento de que estés de acuerdo conmigo en que los cronopios tienen que aparecer con "Material plástico" y el "Manual de instrucciones". Así es como van a aparecer en Buenos Aires dentro de unos meses. I just signed the contract. So sorry about Leanne, we would have liked so much to see her here. Tell Sara that her letter in Spanish would be most welcome.¹⁹⁹ [...] Por si te conviene para tus gestiones en Pantheon, puedes desde que Les gagnants ha tenido una gran crítica en Francia. Por ejemplo, Maurice Nadeau, en L'Express, Pierre de Lescure, en Les Lettres rangaises, Hubert Juin (ditto). Son cosas que conmueven mucho a esos cabrones de editores.

Hasta pronto, you big Agent, with gran abrazo

Julio

PARÍS, 14 de agosto de 1961

Querido cronopio:

...y de famas. Perfecto. Las pruebas pueden venir sin inconveniente a París, pues a partir del 10 de octubre estaré de vuelta en casa y muy dispuesto a la lectura de esos textos inmortales.

Las máquinas y monumentos de Fassio me han entusiasmado y espero que vayamos juntos a su casa cuando me toque darme uná vuelta por el río color de león. Hablando de máquinas, nada me regocijó más que un día en que asistí a una demostración de la máquina de pintar de Tinguély en una de las terrazas del Trocadero. Era domingo, y todas las viejas y los vagos del barrio estaban ahí muy asombrados mirando el artefacto que, además de pintar admirablemente sobre unas largas cintas de papel (tengo una autografiada) se desplazaba de un lado a otro dando unos saltitos positivamente marcianos. Lo extraordinario era que tanto los burgueses como los policías presentes al acto se retorcián de risa y hablaban del camelo del arte moderno, de la necesidad de meter en la cárcel a los fumistas, etc., pero al mismo tiempo se iban acercando a la máquina y cada vez que podían se apoderaban de uno de los pedazos de cinta de papel pintadas, los plegaban cuidadosamente y se los guardaban. Pero el momento más prodigioso se repetía cada diez minutos más o menos, y era que sin que nadie se diese cuenta, la máquina iba desarrollando una enorme vejiga por uno de sus lados, la cual vejiga reventaba con un estallido aterrador, dejando a todo el mundo estupefacto y en plena desbandada. A todo esto Tinguély, serio y vestido de negro, presidía el acto y firmaba las pinturas. Cada uno se fue con la suya, y me pregunto si alguno no la tendrá colgada arriba de la mesa de luz.

Ya me dirá su impresión de Brascó, que es un cronopio inconmensurable. Mis felicitaciones a la pareja recalcitrante: por fin alguien que no lee Los premios. Aquí los franceses siguen hablando de Huxley, simplemente porque se lo mencionaba en la solapa, lo cual prueba que la "crítica" no varía mucho de una latitud a otra. Han sido de una generosidad casi tropical conmigo; menos mal que entre tantos elogios me llegó la nota de Rama en Marchadonde me sacude severamente contra las sogas. El mozo quiere decir algo que a mí me gustaría comprender mejor, pero no he podido darme bien cuenta por qué el libro no le gusta. Además ese sistema de ir alternando la loa con el áloe me resulta medio barato. Sí voy a Montevideo le pagaré un café en el Tupinambá, y a lo mejor aprendo cosas útiles. Hablando de Montevideo, tuve una de las mejores recompensas de mi vida: una carta de Onetti en la que me dice que "El perseguidor" lo tuvo quince días a mal traer, para mí es como si me lo hubiera dicho Musil o Malcom Lowry, esa es de planetas.

Lo de la angina yo no lo sabía, y le agradezco doblemente esa nota. Espero que andará bien (y no que fumará menos, porque esas cosas insensatas las dicen las tías). Yo de muchacho tuve una cosa así, entras preparaba exámenes en la Facultad. Al final los aprobé, pero sin meritorio.

Lo de la versión francesa de la novela es un cuento chino, Simone Signoret incluida. Vaya a saber de dónde salió la cosa. En cuanto vea a su amigo Betanín, le confieso que nunca creí demasiado en su existencia real; pienso que es una alucinación provocada por la amigdalitis, máxime que el apellido del mozo tiene algo de antibiótico, dicho sea con todo respeto.

¿La Rayuela? Pero si estoy apenas en la casilla tres, y a cada rato tiro la piedrita afuera. No habrá libro hasta fin de año, pero entonces sí se lo mandaré y veremos. (No me la imagino a la Sudamericana liblicando eso. Se van a decepcionar horriblemente, este Cortázar que-iba-tan-bien...) Terminé la obra gruesa del libro, y lo estoy poniendo en orden, es decir que lo estoy desordenando de acuerdo con las leyes especiales cuya eficacia se verá luego, cuando tenga el coraje de releer de un tirón las 600 páginas.

Lo de El examen²⁰⁰ lo podríamos dejar quieto por ahora. Yo no me veo en eso, aunque también me da pena que se pierda la pelea por el peine. En cuanto al Panorama Insólito, apunto cosas y me preparo a comprar libros con textos curiosos; pero usted no se sorprenderá si le digo que antes quisiera terminar La Rayuela, digamos a fin de año, y entonces podré dedicarle unos meses. La antología de J. J. Pauvert la recuerdo mal, pero no recuerdo que hubiera nada que desconozcamos demasiado los argentinos. La verdad es que en nuestros pagos sabemos mucho más de literatura fantástica que los europeos considerados separadamente. Si los argentinos supiéramos sacar partido de esa forzada visión sintética que nos impone la falta de una visión enteramente propia... Pero este tema se lo vamos a dejar al pez voraz que devoraba esclavos en tiempos de Calígula. Lei mi capisce.

Espero que mi conferencia haya salido bien, lo mismo que El Rosal de las Ruinas. ¿Me habrán pagado algo, che? A lo mejor me mandan una foto. Espero que no me habré puesto mi traje gris y la corbata de seda. A veces soy tan descuidado...

Mis mejores afecto a Sara, y un abrazo de

Julio

Mande la versión de Carroll, tengo muchas ganas de verla.

A Paul Blackburn

VIENA, 27 de septiembre de 1961

Dear Paul,

I found two letters and a beautiful book from you on my arri —cat Vienna. I was very glad to get your poems, some of wich I had .ithe tape you sent me last year. So now I'll be able to grasp better "eir meaning, and go on with the Spanish translations I began long '5. The book is very fine (I mean the graphic aspect) and the poems gk beautifully.

? Sarah and Paul, thanks a lot for sending me the report from Jeinstock. I was so glad I had to dance tregua for almost an hour, a ilfeplay that was resented most bitterly by the famas who preside this iüüghty Agency (Atoms for peace) (Peace my foot). I never imagined hat an American reader could find anything really interesting in Los ' remios, but in a way I thought the same concerning the French pu —felic, and the French translation was very well received. So you never án tell, and the only thing to do is be happy about itit pope that Pantheon will arrange something, in order that "ou get your agent percentage. Any other arangement would seem very unfair to me. I do not understand (as I already told you) the strange combinations that English and American publishers make in order to spare their dough, but the only thing is to have you in the yfery core of the transactions, yes sir, Paul Blackburn first, and the rest can go hacer puñetas. So.

(Señor Urgoiti, my publisher from Buenos Aires, was in Paris ten days ago. A pity I did not get your news a bit before. He told me udamericana considered Pantheon quite a terrific house, meaning a verry, verry good and important house. They were most happy to Know that Pantheon was considering Los premios. By the way, he told Cíe he was going to London to see the people at Souvenir Press and • tmaybe Jonathan Cape. Well, maybe something will spring of all this.)

Now, my little bit of news to pay your kindness. You know Olympia Press? Publishers in Paris, publish erotic books in English that sell tremendously among you puritan American tourists vaca —tioning in French beaches and bitches. Genet, Henry Miller, The Na —ked Lunch... you see the "genre". Well, Olympia starts a magazine, tmonthly, 60.000 copies, simultaneously in Paris, New York and London. Ráster copy made in Paris. And what happens? I am quite ignorant of everything, and then suddenly a very sweet feminine voice squee— Zes throught the telephone and presents the owner of the voice as Miss Marilyn Meeske, and Miss M. M. wants to know if Mr. Cortázar is the celebrated author of some short texts about certain beings cal] j Cronopios. I answer, Yes, I am the guilty one. She says, jump into taxi and bring it to me. I say proudly, I'll jump in my own private tomobile, which has even a canopy, so do not humiliate me by ref£" ring to such a plebeian artifact as a taxi. Etc., etc.

To make a long story short, Paul, the cronopios have taken Olympia by storm. Half of the text will appear in the second number and moreover, the story about Bird Parker is being read at the mo' ment by the editor. Cronopios caused a big sensation, everybody we re happy about them. Well, they are going to pay 50 dollars for 1.000 words, so maybe I'll get about 350 dollars. This includes the fee fot the author and the translator, so I consider only fair to split it with you on a fifty fifty basis. I'll let you know as soon as I collect. But the most interesting thing is that probably you will be able to use this pu —blications in order to push some American publisher and have finally the cronopios in book form. The magazine will sell awfully well, I am sure, and cronopios will take care of the rest.

I have to go back to isotopes and uranium-235. Awful. Write to Paris as soon as you can. I write to day to Sudamericana, telling them to press Los premios upon the anglosaxon publishers, and let us hope for the best. Last week I finished La Rayuela (_Hopscotch, you know). It is, I humbly believe, a very beautiful thing. On these brights news I say "á bientôt"1, abrazos Sara querida, Paul querido

Julio

Nota

1. Querido Paul:

Ai llegar a Viena encontré dos cartas tuyas y un hermoso libro. Me alegró mucho recibir tus poemas, algunos de los cuales estaban en la cinta que me enviaste el año pasado. Ahora sé que entenderé mejor su significado y sigo con las traducciones al español que empecé hace tiempo. El libro es muy bonito (me refiero al aspecto gráfico) y los poemas quedan espléndidos.

Sara y Paul, muchísimas gracias por mandarme el informe de Weinstock. Me alegró tanto que bailé tregua durante casi una hora, espectáculo que ofendió amargamente a los famas que presiden esta magna agencia (Átomos para la pax) (Paz de mis cojones). Nunca imaginé que un lector americano pudiera encontrar algo verdaderamente interesante en *Los premios*, pero en cierto modo pensé lo mismo del público francés y la traducción francesa fue muy bien recibida. Nunca se sabe y lo único que queda por hacer es alegrarse. Espero que Pantheon tome alguna disposición para que tú recibas tu porcentaje de agente. De no ser así, me parecería injusto. No entiendo (como ya te lo he dicho) las extrañas combinaciones que hacen los editores ingleses y americanos para ahorrar plata, pero sólo sé que tú tienes que estar en el centro mismo de las transacciones, sí señor, Paul Blackburn primero, y el resto que se vaya a hacer puñetas. Qué tanto.

(Urgoiti, mi editor de Buenos Aires, estuvo en París hace diez días. Lástima no haber recibido noticias tuyas un poco antes. Me dijo que Sudamericana consideraba a Pantheon una

Lsa fantástica, es decir, una casa muy, pero muy importante. Estaban muy contentos de que ¿itheon se interesara por *Los premios*. Dicho sea de paso, me dijo que iba a Londres para er a la gente de Souvenir Press y tal vez de Jonathan Cape. Quizá algo salga de todo esto.) Ahora algunas noticias mías para compensar tu gentileza. ¿Conoces alalympia Press? ditan en París libros eróticos en inglés que se venden muchísimo a ustedes, los turistas —ericanos puritanos que pasan las vacaciones en playas y putas francesas. Genet, Henry '11eler*El almuerzo desnudo...* el "genre" que tú sabes. Olympia va a lanzar una revista men —lial, 60.000 ejemplares, en París, New York y Londres simultáneamente. La edición origi —_al sale en París. ¿Y qué ocurre? Ignorante de todo, de pronto me llega una dulcísima voz emenina que dice ser Miss Marilyn Meeske, y Miss Marilyn Meeske quiere saber si Mr. Cortázar es el celebrado autor de unos textos breves acerca de ciertos seres llamados Cro— "ópios. Contesto sí, yo soy el culpable. Me dice, salte a un taxi y tráigamelos. Le digo *con* ' rguílo: saltaré a mi propio coche privado, que tiene incluso una marquesina, de modo que o me humille haciendo referencia a un artefacto tan plebeyo como un taxi. Etc., etc. Ptc abreviar, Paul, los cronopios han tomado a Olympia por asalto. En el segundo número aparecerá la mitad de los textos y además, el director está leyendo en este momento el guento acerca del Bird Parker. Los *Cronopios* han causado sensación, a todo el mundo le fenciaátan. Bueno, van a pagar 50 dólares las mil palabras, de modo que serán unos 350 dólares. Esta suma incluye los derechos de autor y de traductor y me parece justo compartirla contigo por partes iguales. Te diré cuando los cobre. Pero lo más interesante es que probablemente podrás utilizar esta publicación para interesar a algún editor americano y que por fin aparezcan los *Cronopios* en forma de libro. La revista se venderá muy bien, estoy se— iguro y los cronopios harán el resto.

Tengo que volver a los isótopos y al uranio 235. Horrible. Escríbeme a París en cuanto 'puedas. Le escribo hoy a Sudamericana a propósito de *Los premios* para que presionen a los (editores anglosajones y que la suerte nos ayude. La semana pasada terminé *La Rajuela* {*Hopscotch*). Es, creo humildemente, una cosa muy bella. Con estas brillantes noticias te digo "á bientôt".

PLACE de Ponte noy, París 27 de octubre de 1961]

Mi querida Emma:

Vaya paliza. Menos mal que soy de los que aguantan bien hasta saben ponerse de parte del que les pega, para aprender a fondo las razones del vapuleo y sólo entonces, si es el caso, contragolpear a fondo. En este caso no habrá contragolpe, porque creo comprender perfectamente por qué no le ha gustado la novela. Usted me da todos los elementos a lo largo de su carta, y me confirma en mi opinión de que hice muy bien en agregar la nota final al libro. Lástima que usted no haya querido entenderla como yo lo deseaba, y se haya incluido automáticamente en el sector de aquéllos para quien estaba dedicada la nota (o sea de aquéllos a quienes yo quería irritar y decepcionar con la nota). Lástima, sí, porque hubiera preferido tenerla a usted del lado de los que aceptan —les guste o no —este golpe de timón que me está llevando, creo, a cosas mucho más interesantes que los cuentos fantásticos.

En una carta no se puede explicar nada. Lo de "más interesante", por ejemplo. Alude a una necesidad que se me ha vuelto insuperable de hacer frente a otra visión de la realidad o la irrealidad en que estamos metidos. Los premios es un pequeño e insignificante y perecedero ejercicio técnico, destinado a darme mejores armas para trabajar. Lo publiqué porque no lo creo un cuento inflado, como le parece a usted. Es una novela, buena o mala, pero nada tiene ya de cuento. No se mete en un libro a casi veinte personajes, tratando de hacer algo vivo de buena parte de ellos, sin desembocar francamente en la novela. ¿Qué noción tiene usted del cuento para confundir géneros tan diferentes? Los defectos de mi libro son múltiples, pero son defectos dentro de una novela. No sabía, quizá todavía no sé, manejar a tanta gente; el cuento es música de cámara, siempre, es dos o tres personas dentro de una situación dada; la novela es el movimiento sinfónico, la orquestación a base de diferentes timbres. Mucho menos refinada y perfecta que el cuento, pero el único medio inventado hasta hoy para mostrar un avance paulatino en cualquier forma de la realidad. Ahora he aprendido a manejar cosas, tiempos, estados, que nada tenían que ver con el cuento. Mi próxima novela le probará, si su bondad la induce a leerla, que me hacía falta el puente de Los premios para pisar firme en este nuevo territorio en el que creo me voy a quedar para siempre. Terminados, los cuentos fantásticos. La cuota está completa. Si vuelvo a escribir alguno será también en otro plano, con otros fines.

¿Cómo es posible no darse cuenta de que después de "El perseguidor" ya no está uno para invenciones puramente estéticas? No me he mordido por ningún bicho dialéctico-materialista. Nada de eso simplemente estoy más viejo, y descubro cosas que pasan en torno a mi y que cuentan más que las invenciones puras. Pero, vuelvo a decirle, en una carta no se explica nada, Tampoco usted me ha explicado por qué no le gusta el libro. Demasiado malhumor para razonar. En aunque sigamos caminando por el mismo camino del cariño, no hay duda de que en materia de gustos cada uno ha agarrado por un sendero diferente. Yo me voy con Gabriel Medrano, yo soy cada vez más Medrano con toda su infelicidad, su medianía y, quizá, su reste in extremis. Usted, oh afortunada, seguirá la ruta que lleva a Tlon. La envidia sin envidiarla, aunque esto parezca casi un verso conceptista.

Por aquí anduvo Carlos Fuentes, y tuve mucho gusto en conocerlo y charlar un par de horas con él. Me pareció inteligentísimo y sensible, lleno de fervor y de fuerza. Vamos a ver qué hace al fin de cuentas con todos esos dones. En nuestra América hay gente que los emplea para malograrse minuciosamente, pero espero que no sea su caso.

Amparo Dávila se volvió bastante enferma a México, pero probablemente ya se habrá mejorado. París la trató mal, y eso que estaba fascinada y llena de entusiasmo, Me pareció una de las mujeres más encantadoras que he conocido, y nos hicimos todo lo amigos que nuestras respectivas timideces lo

consienten. Con decirle que empezamos a tutearnos en el momento mismo en que nos despedíamos...

La dirección de Bataillon es: College de France, 11, Place Marcelin Berthelot, Paris 5.

Perdóneme este horrible papel con membrete, pero le escribo desde la oficina y no hay otro. Si un día anda con ganas, mándeme noticias de usted, y además la dirección actual de Carlos Blanco Aguinaga, si la conoce.

Hasta siempre, con un abrazo de

Julio

notes

¹ Revista literaria.

² Revista del Centro de Estudiantes de la Escuela Normal Nacional Mariano Acosta, donde Cortázar hizo sus estudios secundarios y el profesorado.

³ Federico García Lorca

⁴ Eso del teatro de Federico me lo tendrás que explicar lo antes posible.

⁵ Cortázar traducía textos literarios del inglés y del francés para la revista *Leoplán*.

⁶ *Presencia*, Buenos Aires, El Bibliófilo, 1938, volumen de *sonetos*

⁷ *Sammy* era el nombre del perro de la casa

⁸ *La demoiselle élue*, de Claude Debussy, sobre un poema de Dante Gabriel Rossetti.

⁹ Sus poemas serán siempre bien recibidos... aunque no siempre bien entendidos.

¹⁰ ¿Lamentaré más bien mis últimas frases... o tonterías?

¹¹ No deje que sus alumnos le tomen *tanto* tiempo.

¹² Tan gentilmente —mi "encantador soneto".

¹³ Christina Rossetti

¹⁴ Insulsa.

¹⁵ Seudónimo utilizado por Cortázar.

¹⁶ Querida amiga: ¡Usted lo ha dicho! ¿Así que me invita a que le escriba en inglés? ¡Ah, muy bien, lo pagaré! Me sorprendería que entendiera mis jeroglíficos (¡fíjese qué ortografía!). Ya lo sabe, no es culpa mía...

¹⁷ No, no me decepciona usted cuando dice que entiende mis poemas. Por el contrario, me alegra mucho, me reconforta saber que tengo una amiga que me lee y siente como yo. Usted dice: "Me gustan" (los poemas). Gracias, es maravilloso oírlo. Es una lástima que usted no escriba; siento que tiene cosas que decir y que podría decirlas bonitamente.

¹⁸ Considero que la literatura es la "más elevada" de las artes y no contribuiré a degradarla.

¹⁹ De modo que mi conciencia no se queda tranquila y seguiré sospechando de usted.

²⁰ Submarino alemán que se refugió en el Río de la Plata. Salvada la tripulación, el capitán se hundió con la nave.

²¹ Espero que le gusten los poemas de Coleridge. Le confieso que he buscado los de William Blake; no he podido encontrarlos de modo que tal vez usted no desaprobe (¡esto debe de estar horriblemente escrito!) del todo las rimas que le envió. ¿No le parece que Coleridge era un gran poeta? Quizá a veces un poco "prosista", lo cual no me sorprende, porque es el "sello nacional" de todos esos poetas. La Poesía es, usted lo sabe, algo que sólo los franceses manejan con soltura. ¿Cómo anda su francés? ¿Lo lee de corrido? Si es así, dígamelo, tengo un libro para usted que le gustará, poemas de Rainer María Rilke, el más grande poeta alemán de todos los tiempos. Están traducidos al francés y es un poco difícil sentirlos, porque la poesía es cuestión de sentimiento, de intuición, más que de simple comprensión. Mi alemán ha quedado interrumpido desde que estoy en mi nuevo trabajo. Pero me he prometido a mí mismo dedicarme a su estudio severo y ascético durante las vacaciones. Amiga mía, como dice el foxtrot, ¡basta ya! Estará usted a punto de dormirse.

²² Le deseo unas Navidades apacibles y un año nuevo terriblemente feliz.

²³ Revista vanguardista fundada por Evar Méndez en 1924. Dejó de publicarse en 1927.

²⁴ Aridez del alma.

²⁵ Libro que nunca se publicó. El manuscrito ha desaparecido.

²⁶ ¿Puedo empezar a escribir en inglés? Dentro de poco, si insisto en mandarle cartas como ésta, usted se convertirá en experta en jeroglíficos (ocurre que no tengo aquí mi diccionario, de modo que ni siquiera conozco la ortografía de las palabras. El cielo quizá me perdone, ¡pero usted ha de estar condenándome severamente!). Por lo tanto, seguiré en español.

²⁷ Coartada.

²⁸ "El señor Denis está un poco perturbado, pero pronto se recuperará." Si piensa así, se equivoca.

²⁹ Como ve, no oculto mis pensamientos.

³⁰ Más allá de la explicación.

³¹ Una manera de llenar, de matar, la vida.

³² No, no creo en un eterno sinsentido. Sería estúpido. Dejemos esa idea a los jóvenes.

³³ Un cuento contado por un idiota.

³⁴ No vuelva la espalda

³⁵ Abuelita

³⁶ Sí, yo también me quedé atrapado aquí. Nada de fin de semana. Pero tengo tanto trabajo (4 mesas) que no puedo siquiera pensar en esta triste cosa. Seré libre dentro de unos pocos días y espero que el señor Coll nos conceda una temporadita de descanso. Estoy hambriento de correr como un gato salvaje a Buenos Aires sólo porque hay cuatro muchachos negros llamados Mills. ¿Puede usted explicarme la resurrección de John Mills, el mayor? Yo estaba seguro de que había muerto. ¡Lo leí! ¡Los diarios de hace unos tres años daban cantidad de noticias de ello! Decían que el "viejo" ocuparía el lugar de John. Y ahora estuve viendo las instantáneas tomadas en el puerto. ¡Son cuatro muchachos y una guitarra! ¿Irá usted a escucharlos? Tengo un poco de miedo. Quizá no sean tan buenos como mi idea de ellos. ¿Quién sabe? ¡Veremos!

³⁷ ¿Qué es lo que está mal en esta frase? Of...? No me suena correcta.

³⁸ Esta carta es muy insólita. De paso, descubrí el misterio Mills. Efectivamente, el pobre John ha muerto. Ayer escuché un disco: *Rockin'Chair*. Qué triste era la voz de ese muchacho cuando decía "Llévame, llévame amable carroza, para terminar con mis penas". ¿No somos románticos?

³⁹ ¿Así que consiguió "Bedtime Story"? Me gusta ese breve texto. Es hondo y cada vez que lo leo, siento un extraño escalofrío, como si hubiera algo vivo. Es curioso, pero lo siento

⁴⁰ Como ve, los muchachos son la nota fuerte (por lo repetida) de esta carta. (Más bien una nota melancólica, ¿no le parece?)

⁴¹ Los muchachos son fantásticos y John ha de estar satisfecho, ahora, en su lugar en el cielo, cerca del Señor, en las "praderas verdes".

⁴² Eugene O'Neill.

⁴³ ¡Nadie puede detener a un poeta!

⁴⁴ ¡Oh, no! Se lo repito: no, querida amiga, amo la poesía, con o sin Stéphane. ¡Dios mío, por favor, no me clasifique, no me atribuya una parcialidad! Confieso mi predilección por Mallarmé, ¡pero si supiera cuánto me gustan otros poetas! Por las mismas razones podría usted honrarme (se dice así, ¿verdad?) con epítetos como "rimbaldiano", "lautreamondista", "ríkeano", y así al infinito.

⁴⁵ Fracasó.

⁴⁶ Raptor del fuego.

⁴⁷ Y volvamos a la señorita que escribe versos. Conozco bien el género. Y como usted me autoriza a ser franco, y de *todos* modos lo hubiera sido, ¡ahí va!

⁴⁸ ¡Uf, qué agobio! Y fíjese, porque sigue.

⁴⁹ Pasamos junto a un magnolio. Alzaba contra el muro una genealogía de palomas.

⁵⁰ Y ahora le pido perdón por mis malignas ironías dirigidas contra esa joven. Dígale que trabaje.

Dígale que lea un librito: *Cartas a un joven poeta* de Rilke (siempre el mismo). Hay una traducción notable editada por Bernard Grasset, la encontrará en Buenos Aires. Cuando me releo, mi espantosa jerga me horroriza, pero me da un verdadero placer mandarle unas palabras en este hermoso "castillo de la poesía", ¿como decía quién?

⁵¹ —Usted me entiende, ¿verdad? Pero yo busco y espero. ¡Hasta pronto!

⁵² Su "chachara", como usted dice, es muy divertida, leí las cuatro páginas de un tirón, es decir, demasiado rápido. Le agradezco mucho su carta que —seamos justos —se hizo esperar demasiado. Usted me pide perdón por su "jerigonza". ¡Nada de eso! ¡Es realmente cómica! Ya ve, tiene usted un verdadero "amigote" (¿se dice así?) y le estrujo los espárragos. ¿Qué le parece mí jerigonza? No está mal, ¿verdad?

⁵³ (¿Sabía usted que este era el anagrama de Paul Verlaine? ¿Y sabía usted, señorita, que Paul Verlaine es uno de los poetas más grandes de este triste planeta nuestro?) Y si no lo sabía, escuche esto:

⁵⁴ El poema dice: "L'agilité des poulains".

⁵⁵ Sus "chismes" de la escuela son muy divertidos.

⁵⁶ Breve aclaración al margen: el "manuscrito" que le di a Mercedes nada tiene que ver con mi pobre librito "baqueteado", maltratado, repetido, aplastado por esos tiburones del "jury", ¡amén! Es un poema de fecha muy reciente (¿se dice así?: lo *dudo*) y en cierta medida está lejos del libro. Me van a devolver el manuscrito y habrá uno para su mamá y usted, y para Mercedes, naturalmente.

⁵⁷ [...] "mi corazón al desnudo, como decía el pobre y grande Baudelaire". Y si no es así, apelaré a las mayores virtudes cristianas y naturalmente me resignaré, puede ser, guárdeme el secreto—, que publique este libro si la "guita" como usted dice, me lo permite. ¡Veremos!

⁵⁸ ¡Los Mills Brothers! Entiendo todo lo que usted dice en su carta. ¿Los ha visto? ¡Son encantadores, tan llanos, tan amistosos!

⁵⁹ Tiene usted razón. Parece un sueño, un sueño que ha terminado. Me alegra saber que pudo escucharlos. Claro que su tía es un Angel —déjeme pensarlo—, ¡es Gabriel! (Los negros aman al ángel Gabriel más que a ningún otro, porque un día los conducirá a las Praderas Verdes.)

⁶⁰ Gracias por "Just a Kid named Joe". ¡Son tan conmovedores! La cantan como si fuera una plegaria.

⁶¹ La canción / la canción ha terminado / pero la melodía / la melodía / queda.

⁶² Desde luego, lo leeré en inglés. El predicador que ha perdido la vocación, "Ma", Tom Joad son todos símbolos de estos tiempos oscuros.

⁶³ Revista de poesía de la llamada Generación del Cuarenta (Buenos Aires, 1940 – 1941)

⁶⁴ 'Argos" ha de ser la famosa nave griega capitaneada por Jasón.

⁶⁵ Alfredo Mariscal.

⁶⁶ [...] y muy barato. ¿Tiene alguna posibilidad? Así lo espero.

⁶⁷ "Rimbaud", en Huella, 2, Buenos Aires, 1941.

⁶⁸ ¡Vaya, es usted un detective perspicaz! He leído *Murder in the Calais Coach*, pero me decepcionó: triquiñuelas bobas y explicación ilógica.

⁶⁹ Y que tu conciencia te guíe siempre.

⁷⁰ ¡Pronto armaremos una gran juerga!

⁷¹ Francisco Reta.

⁷² "Fábula de la muerte", así como "La renuncia al poema", probablemente eran parte del volumen De este lado.

⁷³ Nunca me meteré en política.

⁷⁴ Se refiere a la conferencia que con el título "Ser o no ser" pronunció en el Club Social de

Chivilcoy en octubre de 1941.

⁷⁵ Traidoramente, porque de *promesa* pasó a postergación.

⁷⁶ Mi querida amiga: Me alegra saber que ha pasado unas felices vacaciones (su tarjeta postal es exultante). ¿Pero por qué estropear ese lugar celestial con mis amargos, glaciales y desagradables poemas? Al principio pensé que era preferible no enviárselos, después de reflexionar... Ya ve, ¡ahí van! Espero que mis propios versos no tiñan de melancolía sus cielos azules con otra clase de "blues". [Cortázar juega con el plural de *blue* (azul): *blues*, que significa tristeza, melancolía.]

⁷⁷ Diario vespertino de Buenos Aires, fundado y dirigido por Natalio Botana.

⁷⁸ Cuentos de Pago Chico (1908) y El casamiento de Laucha (1906), de Roberto J. Payró (1867 – 1928).

⁷⁹ Perdón. Esto es una olímpica macana. La cosmovisión es bien distinta.

⁸⁰ Uno se encuentra muy cerca, pero un poco diferente.

⁸¹ Como sólo dispongo de los endebles recursos de la acuarela, me parece imposible acercarme a semejante gracia, pero he abandonado tanto el óleo...

⁸² Obra desaparecida

⁸³ Cuento de Cuy de Maupassant, citado en "Distante espejo" (La otra orilla).

⁸⁴ Cometí una errata, pero queda tan bonita que no me atrevo a borrarla. [En lugar de How escribe Haow.]

⁸⁵ Mi querida amiga: Los dos somos culpables de este frío, largo y desdeñable silencio. Permítame arrojarle una primera flecha con noticias. Una flecha amistosa, claro está; no como las de Robin Hood. ¿Cómo está usted? ¿Por qué no me escribe unas líneas? Después de todo, ¿se supone que las mujeres son más amables que los hombres! Me imagino que estará usted muy ocupada con sus alumnos, así que dejemos caer el tema y entre otras cosas, volvamos al viejo, dulce español.

⁸⁶ El general Edelmiro J. Farrell sucede en el poder al general Pedro Ramírez en una serie de gobiernos de facto

⁸⁷ ¡Pare de reírse, por favor!

⁸⁸ Dios la bendiga y le destine un bonito rincón en el cielo, como en "Cabin in the sky", con querubines negros sentados en lo sito de blancas columnas de mármol (y Ethel Waters cantando "Little Joe").

⁸⁹ Pero sigue siendo un buen cuento. Se llama "La Bruja".

⁹⁰ No puede hablar inglés...

⁹¹ A veces me siento como un huérfano.

⁹² Esa novela, por ejemplo, a la que usted se refirió una vez. Mecha, mi novela duerme aquí en el fondo de mi escritorio, olvidada y casi detestada. Me la traje conmigo pensando en bella tarea de fin de semana. Pero ocurre que las semanas no tienen fin en Mendoza, como esferas, todas semejantes por donde quiera que se las mire. Así que mi libro (casi seiscientas páginas, alabado sea Dios) dormita en la oscuridad y no veo la manera de despertarlo.

⁹³ Es el llamado "Hansel y Grecl". El otro no me divierte en lo más mínimo.

⁹⁴ Si necesita reírse un poco, vaya a ver a Danny Kaye en "Soñando despierto"

⁹⁵ José Stalin

⁹⁶ Esta carta tiene un tono bastante lúgubre, ¿verdad?

⁹⁷ Usted conoce el resto.

⁹⁸ Pero la dejo en suspenso.

⁹⁹ Se refiere a *La otra orilla* (Alfaguara, 1994), volumen aparecido postumamente

¹⁰⁰ Personaje cómico de Conrado Nalé Roxlo (1898 – 1970), poeta, dramaturgo y humorista

argentino.

¹⁰¹ Candidatos a presidente y vicepresidente de la Nación. En las elecciones triunfó el entonces coronel Juan Domingo Perón. Reelegido en 1952, fue depuesto en 1955 por el general Eduardo Lonardi.

¹⁰² Daniel Devoto.

¹⁰³ Cortázar fue gerente de la Cámara Argentina del Libro de 1946 a 1949.

¹⁰⁴ Unión Democrática

¹⁰⁵ Revista literaria (1946 – 1948).

¹⁰⁶ Casa Tomada, cuento publicado con ilustraciones de Norah Borges

¹⁰⁷ Revista mendocina dirigida por Américo Calí (1944 – 1946)

¹⁰⁸ Felipe de Onrubía, profesor de la Universidad de Cuyo—

¹⁰⁹ Revista literaria (Buenos Aires, 1947 – 1948).

¹¹⁰ Los Reyes, Buenos Aires, Gulab y Aldabahor, 1949.

¹¹¹ Alianza Libertadora Nacionalista, agrupación política de extrema derecha, partidaria de Franco y del Eje.

¹¹² Usted va a beber a la fuente, pero es porque la merece

¹¹³ Se refiere a Carlos Castañeda, autor de *Las enseñanzas de Don Juan*.

¹¹⁴ Mucho público, ¡y el prestigio, querido, el pres-ti-gio!

¹¹⁵ Me refiero a condiciones *muy económicas*.

¹¹⁶ Rafael González

¹¹⁷ Arturo Cuadrado

¹¹⁸ No hay tiempo para la poesía.

¹¹⁹ En la esquina superior izquierda del membrete dice: "Julio F. Cortázar —Traductor público — Estudio de Z. de Havas —San Martín 424 2º P. Esc. 17— Telef. 31 2703".

¹²⁰ Los ferrocarriles.

[121] *El verso de Mallarmé dice: "Moi, Sylphe de ce froid plafond".*

¹²² ¿Cuándo viene usted a la civilización?

¹²³ Sin plata, claro está

¹²⁴ No es la civilización, querido amigo, pero por lo menos es la paz.

¹²⁵ Sobrenombre de Domingo Viau, dueño de una prestigiosa librería de la calle Florida.

¹²⁶ "Muerte de Antonin Artaud", publicada en Sur, revista fundada y dirigida por Victoria Ocampo desde 1931 hasta 1973.

¹²⁷ Aquí tenemos a Jean-Paul, y con eso basta.

¹²⁸ Que es mucho.

¹²⁹ Antonio Salazar.

¹³⁰ Aunque ha perdido totalmente la cabeza.

¹³¹ Y desde luego, no se ha quedado ciego.

¹³² Ni noticias del grupo K. No he oído mentarlo.

¹³³ "Conejos blancos", y usted sabe que soy algo aficionado a los conejos. [Alude a "Carta a una señorita en París".]

¹³⁴ El cartero siempre llama dos veces.

¹³⁵ El largo desarreglo de todos los sentidos.

¹³⁶ Natacha, esposa de Fredi Guthmann, colaboró con Cortázar en la traducción de *Opium* de Jean Cocteau.

¹³⁷ Es un gran sujeto.

¹³⁸ Me inclino ante Aquél por cuya Gracia.

¹³⁹ Recordarás algunos poemas que te leí en la Jonchére y que te parecieron bastante buenos. En aquel momento creía haber perdido a aquella mujer para siempre y sólo me quedaba su recuerdo con la mayor dignidad posible. Pero las cosas pasaron de otra manera; ella vino a Europa y la encontré en París. Mi relación con Edith estaba ya terminada, pues se había construido en un plan primario y sin futuro. (Por lo demás, seguimos siendo muy buenos amigos, Edith no se engañaba sobre mis sentimientos y en ese sentido nunca nos mentimos.) Hoy puedo decirte que soy muy feliz, que me siento en cierto modo salvado (de qué, no lo sé claramente, pero siento que acabo de salvarme de algo que hubiera terminado conmigo). Como recordarás el tono de mis poemas, te será fácil imaginar lo que este encuentro definitivo significa para mí. Mi mujer (me casaré con ella, y si todavía no lo he hecho es por lo que sabrás enseguida) es argentina y estoy seguro de que a Natacha y a ti les gustará conocerla cuando vengan a París (¡cosa que sigo esperando!). Éstas son las buenas noticias.

¹⁴⁰ Un modestísimo hotel de la rué de Gentilly, cerca de la Place d'Italie. Barrio poco divertido, pero tenemos dos habitaciones llenas de sol y bastante grandes, y una cocinita, por 12.000 francos.

¹⁴¹ Picárselas a toda velocidad.

¹⁴² Así va nuestra vida.

¹⁴³ *Un hombre más triste y más sabio...* ¿Más sabio? (...) Pero lo más seguro es lo otro: despertarse más triste.

¹⁴⁴ Buenos Aires Literaria.

¹⁴⁵ Seguir tu pendiente, con tal de que suba.

¹⁴⁶ Uno de los apodosos con que Cortázar llamaba a Aurora Bernárdez.

¹⁴⁷ *Emma Speratti Pifiero*.

¹⁴⁸ Bombardeo de la Plaza de Mayo que precedió a la caída de Perón en el mes de septiembre.

[149] *Nouvelle Revue Francaise*.

¹⁵⁰ Final del juego, México, Los presentes, 1956.

¹⁵¹ "El Perseguidor."

¹⁵² Prat, revisor en el Organismo de Energía Atómica, estaba casado con la escritora Rodoreda.

¹⁵³ Revista cubana fundada en 1944 y dirigida por Lezama Lima.

[154] *Final de juego*.

¹⁵⁵ Cortázar le manda Final del juego y una serie de poemas impresos en mimeógrafo título Larga distancia

¹⁵⁶ Personajes de "Las puertas del cielo" (Bestiario).

¹⁵⁷ Publicados en 1957.

¹⁵⁸ Se refiere a Ezequiel Martínez Estrada, mencionado más adelante como M. E.

¹⁵⁹ Los premios.

¹⁶⁰ Querido cronopio Paul: Como has escrito en un español magnífico, te voy a contestaren un inglés no menos notable. Supongo que una media docena de buenos diccionarios y una buena dosis de paciencia te ayudarán a descifrar esta carta. ¡Salud, amigo! (Esta frasecita en español es sólo para recobrar fuerzas, como dicen.) Paul, me alegró mucho leer tu carta tan amable e imaginativa, de modo que inmediatamente te he proclamado uno de los más grandes cronopios que jamás hayan vivido bajo Helios. Edith me había dicho que eras un muchacho muy simpático y macanudo (macanudo quiere decir bueno y sobre todo muy de fiar y digno de confianza). (¿Me va saliendo bien esta carta?) Sí, me dijo eso y mucho más, pero tu carta supera mis expectativas. Un hombre capaz de escribir un español tan delicioso debe ser un gran ripo. Lo único que se me ha escapado es tu traducción de una caballeriza, llena de mexicanos". Sé que los mexicanos aman mucho a los caballos, como los argentinos, pero un

establo lleno de mexicanos es demasiado para mí. Me he quedado muy perplejo.

¹⁶¹ Hablando de poetas difíciles, estuve leyendo largamente poemas de Wallace Stevens. A veces me gustan mucho, otras me parecen demasiado trabajados, si esta palabra se aplica a una poesía como ésta. (Esta máquina tiene a veces ideas divertidas.)

¹⁶² Directora de la revista Américas.

¹⁶³ "Casa tomada."

¹⁶⁴ El tiempo (presente) y el (tiempo) futuro / están (ambos) quizá presentes en el (tiempo/ futuro / y el (tiempo) futuro contenido en el tiempo pasado.

¹⁶⁵ La señora Walker respondió: " Touché\ Pensamos publicar el cuento íntegro en nuestro próximo número (aunque tengamos que imprimirlo en los márgenes)".

¹⁶⁶ Continuidad de los parques.

¹⁶⁷ Una pesadilla de tal densidad que relega a la categoría de broma literaria buena parte de los relatos que lo acompañan...

¹⁶⁸ Monsieur Kroushov, transcripción francesa de señor Kruschev.

¹⁶⁹ Un poco de aliento para llegar hasta el final.

¹⁷⁰ Rayuela

¹⁷¹ Julio, el tipo desgarbado del brazo roto.

¹⁷² Importante editor muerto. Sospéchase de agente literario.

¹⁷³ No me importaría darles un par de novelas que escribí hace tiempo. Ya veremos... De paso, esperaban convertirse en mis agentes para los EE.UU. Les expliqué que era demasiado tarde; no les gustó nada. ¿Y qué?

¹⁷⁴ To stuff owls, me gusta en inglés, si es la traducción correcta, cosa que dudo.

¹⁷⁵ Se publicó ese año.

¹⁷⁶ Una de las razones [nota manuscrita].

¹⁷⁷ Tren subterráneo, el primero que se construyó en Buenos Aires.

[178] *Real, de reyes.*

¹⁷⁹ Dentífrico de dos colores.

¹⁸⁰ Pero hubiera terminado en un ¡mierda! que El mundo en una cascara de nuez

¹⁸¹ El mundo en una cascara de nuez

¹⁸² Cronopio Paul Blackburn, soldado.

¹⁸³ Ahora le hablo a mi ¡ejem! ageente literario

¹⁸⁴ Se refiere al dramático fallecimiento de su padrastro, la noche del 31 de diciembre de 1959.

¹⁸⁵ Así que perdiste mi lista de libros, cronopio repelente. No importa, tengo un doble. Aquí va.

¹⁸⁶ Explica, por favor. Yo soy tan tonto. Explícame también "Maera. Deino".

¹⁸⁷ Los dioses se ocuparán del resto.

¹⁸⁸ Se refiere al poema "Grecia 59", publicado en el libro *Salvo el crepúsculo* (1984).

¹⁸⁹ "Cartas de mamá."

¹⁹⁰ Se refiere a *Los premios*.

¹⁹¹ Ver carta a Francisco Porrúa del 14 de agosto de 1961.

¹⁹² Uno de los directores de la Editorial Sudamericana. Siendo director de la Cámara del Libro, conoce a Cortázar y decide, por estima personal, publicar Bestiario.

¹⁹³ César Bruto, seudónimo del humorista Carlos Warnes.

¹⁹⁴ O, mejor "Panorama".

¹⁹⁵ Se refiere a María Rosa Gallo.

¹⁹⁶ Me acaba de llegar. Véase página 2.

¹⁹⁷ Esteban Fassio había diseñado una máquina para leer Rayuela.

¹⁹⁸ Ayer me llegó tu explosiva carta. Inmediatamente busqué papel de estraza, una yarda de piolín y libré una espantosa batalla con el paquete. Tanto el ejemplar argentino como el francés de *Los premios* se ofendieron con el tratamiento e hicieron todo lo posible por escapar. A último minuto recordé que me pedías un ejemplar de "Manual de instrucciones", y después de algunas maldiciones lo añadí y de pronto se hizo la paz, los dos volúmenes se quedaron quietos y pude envolverlos como a niños muertos. Bastante morbosos, ¿no? Calculo que en este momento habrás recibido mi carta donde te explico que eres el piloto absoluto de mi alma en los States. En el caso de que mi editor argentino lo olvide y trate de iniciar negociaciones con Pantheon, yo me ocuparé, no te preocupes. Tú y yo seremos millonarios dentro de unos ciento diez años, es una fija.

¹⁹⁹ Ya he firmado el contrato. Lamento lo de Leanne, nos hubiera gustado mucho verla aquí. Dile a Sara que su carta en español será muy bien recibida.

²⁰⁰ Revista uruguaya semanal fundada por Carlos Quijano en 1939. Fue cerrada definitivamente el 22 de noviembre de 1974. ^{Va''}